3 1761 07591374 9

From the library of
J. H. Cornyn,
Mexico City, Mexico

4°
11

Luis G. Vasquez.

LA HIJA DEL DIPUTADO.

Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn

Date Nov. 26, 1937.

O385f
5

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

LA HIJA DEL DIPUTADO.

POR

JORGE OHNET.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

344061
8. 12. 37.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

LA HIJA DEL DIPUTADO.

I

Al volver, como todos los días, á las siete á su suntuoso hotel de la calle de Presbourgo, el barón Tresorier no se dirigió, según su costumbre, hacia el saloncillo de su mujer, para charlar con ella unos cuantos minutos antes de ir á vestirse para la comida. Subió en derechura la ancha escalera de balaustres de onix y ya en el primer piso llamó con el timbre á su ayuda de cámara y en tono seco, que hacía contraste con la política benévola que siempre adoptaba respecto de sus sirvientes, dijo:

—¿Hay todavía gente en las habitaciones de la señora?

—Creo que sí, señor barón..... Hay dos coches esperando en el patio.... pero voy á preguntarlo en la antecámara....

—No. Baje usted al salón, y diga á la señora que venga á hablar conmigo en cuanto le sea posible.

—El criado salió y Tresorier entró en su habitación alumbrada con luz eléctrica; arrojó el sombrero y los guantes encima de la mesa, se quitó el gabán y sesentó con aire de mal humor al lado de la chimenea.

Era un sábado, día de liquidación de quincena en la Bolsa, y el agente de cambio tenía la coquetería de no parecer ni siquiera cansado por aquella tarea enorme, que ponía en movimiento á todo el personal á sus órdenes, empezando por él mismo. Volvía á la oficina por la noche para echar una ojeada al trabajo, y después iba á recoger á su mujer á los salones ó á la Opera cómica, donde se presentaba sonriente, listo, alegre, como si no tuviera otra cosa en qué ocuparse más que en sus placeres. Le encantaba que le dijesen: «Es usted asombroso, amigo mío; nadie diría que está usted metido en los negocios: sólo se le ve vivir para divertirse.»

Y en realidad, jamás sibarita alguno había entendido la organización de las comodidades ni la distribución de los goces de la vida como el barón. Desde el arreglo del hotel hasta la confección de las listas de sus comidas, todo en su vida era refinado y exquisito. Era un hombre que sobresalía en el arte de almohadillar la existencia, de sacar la quin-

ta esencia del lujo y de dar á la decoración que le rodeaba el grado máximo de elegancia y de suntuosidad. Era, en su género, un artista, y se le citaba como un organizador de fiestas absolutamente sin rival. En esto fundaba su vanidad y todos sus esfuerzos estaban dedicados á no decaer en ese caracter especial. Este hombre brillante, dichoso, atravesaba la vida con la sonrisa en los labios, al acecho de todo lo que pudiera consolidar su prestigio; capaz de prodigalidad por hacerse de un cocinero afamado; pronto á hacer una locura por adquirir un cuadro que sobresaliese en una galería célebre. Presumía de legitimista, frecuentaba la sociedad más encopetada, tenía una excelente mujer y se veía con orgullo reproducido en su hijo, guapo mozo, de refinado buen gusto y que, menos egoísta que su padre, prometía ser un amable compañero. Nuestro hombre poseía, pues, cuanto es necesario para ser dichoso, y en realidad, lo era.

Sin embargo, en aquel momento, recorriendo á largos pasos su habitación, parecía presa de una molesta agitación. Se detuvo delante de una ventana; echó una mirada al patio, blanqueado por los rayos de las lamparas del vestíbulo, y con aire de melancolía, volvió á sentarse en un sillón cerca de la chimenea y se abstrajo en una meditación que no parecía agradable, porque las cejas fruncidas coronaban sus ojos y su boca se contraía con amargura. De pronto murmuró:

—¡El majadero!....

Al ver entrar á su mujer, un poco sofocada por haber subido de prisa, se levantó.

—¿Que hay pues, amigo mío? preguntó la baronesa con cierto apresuramiento inquieto.

—¡Oh!....Hay....hay bonitas cosas, ¡mira! exclamó el agente de cambio en tono regañón. Tu señor hijo me ha dado un placer....

Según que Enrique Tesorier se portaba bien ó mal, era ó no el hijo de su padre. Cuando la baronesa oía decir «tu hijo» á su marido, era que el heredero se había atrevido á cometer alguna escapatoria que necesitaba una reprimenda, de la cual ella tomaba para si las tres cuartas partes, para que tocase eso menos al muchacho.

—Me habías asustado enviándome á buscar tan solemnemente. Temí algún contratiempo en la Bolsa....

—¡No! ¡no! dijo Tresorier con aire de importancia; la liquidación se ha hecho con regularidad....Pero tu hijo....

—Y bien, ¿qué es lo que ha hecho ese pobre chico? ¿Deudas?....

—¡Deudas! Eso no sería nada.

—¿Ha tenido algún desafío?

—¡Eso seria una desgracia para su adversario! exclamó el barón, cuya vanidad paternal tuvo una recaída.

—¿Ha robado alguna mujer?

—¡Quisiéralo Dios!

—¡Oh!

Tresorier se colocó delante de la baronesa y en tono de indignación, exclamó:

—¡Ese imbécil quiere casarse!

La madre sonrió, arrojó un suspiro, y sentándose tranquilamente, preguntó á su marido:

—¿Y cómo lo has sabido?

—¡Ah! ¡Cómo lo he sabido! Pardiez, con mi buen olfato ya sospechaba yo que había algo....Desde que volvió de las fiestas rusas, de Tolón, no era el mismo. Había dejado de ir á la Opera. Aquellas muchachas me decían continuamente: «Pero, ¿y el joven barón? ¿qué es de él? ¡Ya no se le ve!» Yo no podía realmente ofrecerme á reemplazarle....Seguía con la vista á mi buen

mozo y le sorprendía distraído, preocupado. Un día me embrolló todas las órdenes de la carpeta de la renta....de modo que el 3 por 100 bajó siete céntimos sin ninguna razón... y hasta ganamos una buena suma, sin querer, ese día....En cuanto salía del despacho, en lugar de ir al bosque ó al círculo ó á buscar á sus amigos, mi hombre se escurría y yo no podía saber á dónde. En fin, en sus costumbres había un cambio radical....sí, radical, esa es la palabra; vas á ver. Esta mañana, antes de la apertura de la Bolsa, mi colega Heurtebise, que anda en tratos con el Gobierno porque quiere que le condecoren, me dijo con aire socarrón: «¡Calla....Tresorier; ayer noche ví á tu hijo en el baile!»—¿En qué baile?—«En el Ministerio de Comercio.» Naturalmente, me quedé helado. Enrique en un baile oficial, con su nombre, sus gustos, sus relaciones....El, que es aristocrático hasta la punta de las uñas....y que no hubiera ido al Eliseo ni aun por una fiesta de beneficencia....La cosa era increible....Entonces dije á ese barbarote de Heurtebise. «¡Ah! sí; ya lo sabía....Se trataba de un negocio....No fué allí por su gusto.»—«¡Bah! me respondió mi hombre; pues él, sin embargo, bailaba lindamente con la hija de Courcier.» —¿El diputado radical de Bizy?—«Sí, querido, tu diputado, el que te ha derribado en las últimas elecciones.. ¡tu vencedor! Ahora, ¿sabes? tu hijo puede vengarte... Es muy bonita la muchacha.» No quise oir más y fingí que arreglaba mis papeles. Por otra parte, la campana sonó muy oportunamente....Puedes imaginar cómo tendría yo la cabeza para los negocios....Hasta las tres, he comprado y vendido sin saber precisamente lo que hacía....Por fin se cerró la contratación; yo estaba ardiendo....Dí todos mis papeles á mi ayudante y corrí á la oficina....Enrique estaba allí fumando un cigarrillo en mi despacho. Cerré la puerta y le dije á quemarropa: ¿Qué aventura es esa del baile del Ministerio de Comercio que acaban de contarme? Se puso pálido y se le alargó la nariz....ya sabes, como cuando le cogíamos en falta, siendo niño.

—¡Pobre chico! interrumpió dulcemente la madre.

—Oh! espera, espera, para abogar por él. Veremos lo que dices dentro de un instante. Como se quedó mudo, con el aspecto de buscar una historia, repetí más severamente: Sí, señor, ¿qué aventura es esa del tal baile? Me miró con aire agradable y con su voz más cariñosa me dijo: «Dios mío, papá, una curiosidad que he tenido. Sabes que Brigoizier—uno de mis empleados—tiene un hermano que es jefe del personal en el Ministerio de Comercio. Me trajo una invitación y por curiosidad.... No creo que eso sea un gran crimen.... Por lo demás, ese baile estaba mucho mejor de lo que hubiera podido suponer.... El mundo oficial se va formando.» Trataba de bromear.... Entonces le asesté el golpe decisivo: Y para contribuir á que se forme mejor, has bailado con la señorita Courcier, la hija de mi enemigo político.... Enrique se incomodó, sus mejillas se pusieron rojas y preguntó con aire furioso: «¿Quién te ha contado eso?—Alguien que lo sabe.—¡Pues tendrá que habérselas conmigo! Estoy soguro de que ha sido el imbécil de Heurtebise....—Sea él ó sea otro, poco importa; ¿es verdad?....» Dudó un momento y en seguida dijo con resolución: «Sí, es verdad.— ¡Pues bien! supongo que me vas á explicar qué significa semejante cambio en tus costumbres....» ¡Oh! no se encontraba á sus anchas en aquel momento el joven barón, co-

mo al lado de sus amigas de la Opera.... Hubiera cedido su sitio por poco precio.... Se veía el sudor que brotaba de su frente.... Y sin embargo, yo no soy un padre terrible. Dios sabe si he educado á ese muchacho con suavidad, acaso excesiva, y si le quiero tiernamente. Creo que es preciso que le dé toda la dicha posible á fin de hacer su existencia tolerable. El puede decir si he sido siempre débil para él.... Pues bien, estaba delante de mí como un culpable delante de un juez.

—¡Bien! y de este modo le torturaste allí durante un cuarto de hora... En fin, ¿te ha confesado algo?

—¡Todo! ¡Oh! debo hacerle esa justicia; ha tenido una franqueza completa. Y entonces he sido yo el que ha empezado á no reirse.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que te ha dicho?

—¡Oh! sencillamente, ¡que ama á la pequeña Courcier!

—¡Y bien, pobre chico, si la ama...

—¡Eso no es una razón! La hija de ese socialista, de ese comunero, de un bandido que me ha calumniado, ultrajado.... arrastrado por el arroyo

—¡Procedimientos electorales!.... Eso no es serio.

—¡Cómo que no es serio! Un bribón, que ha vociferado por todo el distrito que mi casa de la Chevrolière devora las cosechas de los campesinos; ¡yo, que pago 30,000 francos de multas todos los años! que yo era el candidato de los conejos.(1) y que, á última hora, se ha atrevido á pegar en la tapia misma de mi posesión un inmundo cartel con estas dos solas palabras impresas: *Tresorier, cazador!* ¿Y crees que puedo olvidar tales injurias? Sin contar con que ha sido elegido, el muy animal.... ¡Gracias á qué chanchullos! Dios y el Consejo de Prefectura lo saben. Y yo he salido por mis 60,000 francos de gastos. ¡Puedes juzgar de qué modo he recibido á tu señor hijo cuando me ha declarado que ama á la chicuela de ese desarrapado!

—!La chicuela! Acaso esa joven sea muy presentable.

—¡El dice que es encantadora!

—¡Lo ves!

—Pero repito que eso no es una razón. ¡Existe el padre, el atroz padre!

—Seguramente; eso es fastidioso.... El padre es deplorable.... Pero....

—Sí, ya te veo venir; me vas á obsequiar con el clásico argumento: no se va á casar con el padre....Lo que no impide que forme parte de la familia, por que es imposible tenerle enteramente alejado, so pena de tener dificultades con la hija, y entonces, poco á poco, acabaremos por tenerle á nuestra mesa, á tu derecha, ¿entiendes? A tu derecha ese radical, ¡ni siquiera á tu izqüierda!

Hablando de este modo, Tresorier se había animado y puéstose muy rojo. Se miró en un espejo al paso, observó aquella coloración inusitada, y como cuidaba mucho su salud y entre todos los accidentes era la apoplejía lo que más le hacía temer, se detuvo de pronto y sentándose enfrente de su mujer, gimió:

—Ya ves de que color me he puesto.... ¡Harán que me muera si me atormentan así!....

—Cálmate, dijo la baronesa; te acaloras de un modo.... Hablemos tranquilamente.

—¿Hay medio de hacerlo así, cuando se trata de una cosa tan grave?..

—Pero ¿dónde ha conocido á esa

(1).....*des lapins;* imposible dar á esta frase el doble sentido que tiene en el original francés, Un *lapin*, es algo parecido á lo que se llama en español, en lenguaje canallesco, *un mico*.—N. del T.

joven? ¿Dónde la ha encontrado? Seguramente no ha sido en nuestra sociedad....

—Dice que ha sido durante el viaje de Tolón.... ¡Bonito negocio hemos heco con la alianza rusa! Esto es todo lo que me ha producido hasta ahora!

—¿Y él te ha declarado que la ama?

—Sí, y que quiere casarse con ella.

—Vamos, amigo mío; son cerca de las ocho.... Bajemos á comer.... Esta noche cogeré á solas á ese niño y yo le diré....

—¡Si crees que está aquí! ¡Como que iba á venir á afrontar nuestras observaciones!.... Me ha dicho que iba á comer con unos amigos.... Puede que en casa del padre de su novia....

—¡Oh! No se conducirá tan libremente.... Es reservado y mientras no esté seguro de nuestras intenciones no se comprometerá con esas gentes.... Yo hablaré mañana con él.... Hasta entonces no intervengas en el asunto. Es preciso no violentarle.... Eso sería comprometer el porvenir....

—Bueno, dijo Tresorier.... Pero cuando pienso que hay quien se queja de no tener hijos.... No sabe lo feliz que es.

—Calla; no digas lo que no piensas.... ¡Qué sería de tí, con tus ideas, si no tuvieras un heredero á quien dejar tu nombre, ta situación, tu fortuna, todo, en fin....

—¡Sin duda! Pero, si contrae esa triste alianza.... ¡Qué escándalo! ¡Qué dirán los Príncipes!

—Nosotros trataremos de impedirlo.

La baronesa se levantó y tocó el botón del timbre. El ayuda de cámara apareció.

—Diga usted que sirvan la comida.

Y volviéndose hacia su marido que permanecía pensativo en el sillón, añadió:

—Vamos, no tengas pena. Todo se arregla en la vida.

—Bien lo sé; pero lo importante es que todo se arregle como uno desea.

II

Muy cerca de la dársena, en la orilla del muelle, blanco de sol, la chalupa de vapor del *Latouche-Tréville*, esperaba al mando de un oficial. En el tapiz de paño azul que cubría la popa estaba sentado un joven muy elegante, moreno, de ojos azules y fino bigote. Después de un rato de silencio, el joven dijo al oficial:

—Mi capitán, ¿pensará hacerse esperar mucho tiempo ese personaje oficial?

—Querido señor, todo lo que él guste.... Estamos á sus órdenes.... Ya sabe usted que en la actualidad todo está á la disposición de los señores diputados.... Hay unos veinte almorzando en la Prefectura y mientras no se acabe el *champagne*, tendremos que tascar la aldaba....

—Tasquemos, pues, mi capitán.

Encendió un cigarrillo y contempló el curioso cuadro que se ofrecía á sus ojos. En los muelles empavesados, en todas las calles, en las que flotaban las banderas, las oriflamas, azules y blancas por la Rusia, tricolores por la Francia y de todos los matices por los países extranjeros, una multitud bulliciosa se apiñaba, rodando hacia el puente con ensordecedor estrépito de cantos y de músicas, para presenciar la llegada de la escuadra rusa, vista hacia una hora entre Sicié y Saint-Mandrier. En la rada pululaban los botes, las lanchas, los navíos, los remolcadores, las balandras de vela, de vapor

ó de remo, cubiertas de pasajeros hasta hundirse y ostentando á miles los vestidos claros, los sombreros floridos, las sombrillas brillantes; una orgía de colores bajo el rutilante sol de la Provenza. Todo se movía, todo se deslizaba; los muelles estaban negros de gente; el mar desaparecía bajo las embarcaciones. Y allá, en el horizonte de un tranquilo azul, los grandes acorazados de la flota francesa, salidos al encuentro de la escuadra rusa, esperaban empavesados de banderas y empenachados de humo.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para llegar al *Latouche-Tréville*, mi capitán? preguntó el joven oficial.

—Media hora próximamente, caballero.

—¿Y el comandante Beauvoisin ha dado á usted orden de esperar al diputado?

—Sí, señor; y á usted.

—¡Oh! yo he llegado con tiempo.... Pero, ¿quién es ese diputado? ¿Usted lo sabe?

—Lo ignoro por completo.... Debe ser un personaje importante.

—Alguno de esos individuos que echan pestes en la tribuna contra los supuestos despilfarros del presupuesto de Marina y á quienes tratan con tanto miramiento porque les temen como á una epidemia.

El oficial no respondió más que con una sonrisa.

Un grupo de señoras vestidas de claro, acompañadas de unos señores con faja tricolar y escoltadas por funcionarios de uniforme, apareció abriéndose paso trabajosamente entre la multitud. Un hombre de aspecto grave, vestido de negro y sombrero de copa y con una sombrilla blanca en la mano, se destacó del grupo y se aproximó á la lancha.

—¿Es usted, señor mío, quien manda la embarcación del *Latouche-Tréville?*

—Yo soy, sí, señor, dijo el oficial.

—Entonces, yo soy la persona que usted viene á buscar.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Ven, hija mía, dijo el diputado dirigiéndose á una joven alta que esperaba el resultado de la información. Esta es la lancha que debe conducirnos.

La joven se adelantó y poniendo en la proa un bonito pie muy bien calzado, saltó á la chalupa, sostenida por el oficial, al que dió las gracias con una sonrisa. En seguida se dirigió á popa, donde fué recibida sombrero en mano por el joven pasajero. Se embarcaron los marineros, se sentó el oficial y la chalupa de vapor se puso en marcha pasando con facilidad y rapidez sorprendentes por enmedio de los barcos de todas las formas y de todos los tamaños que se dirigían á alta mar; movimiento espontáneo y grandioso de un pueblo entero que sale al encuentro de sus aliados para festejarlos.

En la chalupa, los viajeros empezaron á comunicarse sus impresiones excitados por aquel espectáculo sin par.

—¡Qué prodigioso cuadro, dijo el diputado, y qué admirablemente da idea de la fuerza de un pueblo!....

—¿Cuántas embarcaciones habrá en movimiento en torno de nosotros? preguntó el joven al oficial de marina.

—Es muy difícil de calcular..... Pero todo lo que Tolón puede poner á flote sin riesgo de irse á fondo está hoy en el agua.

—Escuchen ustedes, dijo la joven; allí cantan.

Los ecos de la *Marsellesa*, transportados por las olas, llegaban á nuestros expedicionarios. Era una sociedad coral embarcada á bordo de una chalupa, que amenizaba aquella larga espera improvisando un

concierto. De pronto, en otro barco, una banda tomó parte en la fiesta y empezó á tocar con todos sus instrumentos el vals del *Petit Bleu*. Y entonces se produjo un extraordinario desacorde entre el canto patriótico y el estribillo de café concierto, pero en medio de aquella atmósfera recargada, de aquella orgía de colores y de aquel desbordamiento de entusiasmo, las voces y los instrumentos se confundían en el ruído universal y no desentonaban.

Deslizándose por la rada, la chalupa había dejado atrás los barcos de los paseantes que bordeaban por el puerto: los pasajeros no veían á su alrededor más que los buques capaces de afrontar el movimiento de las olas que á la proximidad de la alta mar se dejaban ya sentir. El diputado palideció ligeramente y comprendió que su dignidad parlamentaria podría resultar súbitamente comprometida si se acentuaba un poco más aquel vaivén.

—¿Estaremos pronto á bordo del buque? dijo.

—Dentro de un cuarto de hora escaso, señor; respondió cortesmente el oficial. Y señalando con la mano una mole negra que levantaba sobre las olas su arboladura empavesada, añadió: ahí tienen ustedes el *Latouche-Tréville*.

Sentado en el tapiz de paño azul que guarnecía la popa de la lancha y muy ocupado en contemplar á la encantadora hija del diputado, el joven pasajero no sentía su atención más que muy débilmente solicitada por lo que pasaba á su alrededor. Desde el primer momento quedó conquistado por la gracia espontánea de los movimientos de la muchacha rubia y por la cándida sencillez de su atavío. Había aprovechado cómodamente la ocasión de admirar su fino perfil, sus hermosos ojos y su boca traquila. La joven no se fijó siquiera en él, absorbida por el espectáculo que se desarrollaba ante su vista. Ni una actitud afectada, ni una palabra que tendiese á producir afecto. Se divertía de buena fe y lo dejaba ver. El elegante pasajero, por aquella naturalidad, tan rara en las muchachas que tenía costumbre de encontras en sociedad, cedía poco á poco á la dulzura de su admiración y olvidando su escéptica indiferencia habitual, se desarmaba en el momento en que precisamente hubiera debido acorazarse mejor. Pero creía correr tan poco peligro al lado de aquella cándida persona, que le hubiera parecido una locura tomar precauciones.

La joven no le había mirado siquiera y ciertamente no hubiera podido decir si su vecino era joven ó viejo, guapo ó feo. El mar, el cielo, las costas, los barcos ocupaban sus miradas y transportada de alegría, no tenía pensamiento sino para extasiarse. Sin embargo, cuando la chalupa llegó al *Latouche-Tréville* y se colocó al pié de la escalera que conducia sobre cubierta, se vió obligada á dar las gracias á su joven compañero, que la cogió del brazo para impedir que perdiese el equilibrio al subir, á causa de la agitación de las olas. Entonces dirigió lo vista hacía él y viéndole tan obsequioso y amable, no pudo menos de mirarle con complacencia. Desde este momento, sin haber sido mutuamente presentados y aun sin conocer sus nombres, se hablaron con una especie de irresistible simpatía.

Envueltos en el movimiento de aquella admirable solemnidad, perdieron casi por completo las costumbres de reserva y hasta de formalismo que debian á su educación. Eran jóvenes, se sentían expansivos y aprovecharon esa tendencia para

dejar llevar á una confianza momentánea como la que se establece en los bailes durante el fugitivo espacio de un cotillón. Una vez á bordo del buque, perdidos entre la multitud de personajes oficiales que obstruía el puente, abandonados por el diputado que se sentía cada vez peor, los jóvenes se refugiaron en un rincón tranquilo, á proa, y se dedicaron á gozar con toda libertad del asombroso espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

A la vista, bajo sus palos cubiertos de banderolas, la escuadra rusa avanzaba escoltada por la francesa. Y en el aire límpido se elevaban los hurras respondiendo á los vivas, mientras que las enormes piezas de las baterías tronaban y arrojaban á las olas las grandes bocanadas blancas de la pólvora. A medida que los barcos rusos se aproximaban, los buques franceses los saludaban con salvas á los que respondían solemnemente los cañones de la costa. Y las sordas detonaciones de la artillería, los gritos de los marineros, las músicas, que repartían sus armonías estridentes y agudas por la extensión del mar, llenaban el corazón de una emoción irresistible. La escuadra rusa pasó y los hurras estallaron más entusiastas en las vergas, en los obenques, en los parapetos, cubiertos de sombríos racimos de marineros, mientras que en el puente del buque almirante, el comandante en jeje, derecho y con apostura de gigante, imponente y grave, estaba de pie, rodeado de su estado mayor Y en la estela de los acorazados blancos, los buques negros avanzaban como trayendo á la Francia el alma de la Rusia. Fué aquel un instante inolvidable En seguida el silbato de los contramaestres vibró en el *Latouche-Tréville* y el crucero, estremeciéndose á su vez bajo el esfuerzo de sus poderosas hélices, emprendió la marcha hacia el puerto.

Al anclar los navíos y al disponerse las lanchas á conducir á tierra á los pasajeros embriagados del humo, de cánticos, de sol y de todo lo que aquel cuadro de hadas ofrecía de seductor para la vista y para el pensamiento, los dos jóvenes recobraron el imperio de sí mismos.

Cambiaron unas sonrisa é impulsados por una satisfacción común, se dijeron:

—¡Oh! ¡qué hermoso día!

—¡Y que dejará un eterno recuerdo!

—Cómo agradecer á usted, caballero, su amabilidad.....

—Yo soy, señorita, el que queda agradecido por su buena acogida.....

Se detuvieron, asombrados de tener tan halagüeña opinión el uno del otro y de habérselo confesado tan espontáneamente.

—Usted, señorita, irá sin duda al baile oficial de esta noche....

—Mi padre y yo estamos invitados, pero es posible que volvamos á París después de comer....

El joven pensó que había llegado hasta el último límite de la curiosidad lícita y á tiempo que el diputado, vuelto á sus facultades por la quietud del buque, se dirigía hacia su hija, saludó respetuosamente y se alejó sin añadir una palabra.

¿Experimentó el diputado deseo de tomar un desquite en tierra, de la molestia que su excursión por el mar le había proporcionado? ¿La encantadora joven rubia supo convencerle de que hubiera sido realmente fastidioso pasar la noche en el tren en lugar de ir á ver de cerca al almirante Avellán y á sus oficiales? Acaso hubo un poco de lo uno y de lo otro. Ello fué que á eso de las once el pasajero del *Lautoche-Tréville*, que se paseaba melancólico por los salones de la Prefec-

fectura marítima, se puso de pronto radiante al divisar en un grupo de señoras de edad á la única persona capaz de hacerle tomar interés por el baile.

La muchacha estaba vestida muy sencillamente con un traje blanco y no llevaba ni una joya, pero el joven vió sus bonitos hombros y sus brazos de una perfecta elegancia, y tuvo que confesarse que jamás había encontrado persona alguna á quien mirase con tanto placer. Ella le vió plantado á diez pasos, en una postura de admiración tan manifiesta, que se puso confusa; pero como el joven, viendo que le había conocido, se lanzó hacia ella balbuceando algunas palabras, creyó que la invitaba á bailar y sin más ceremonia se levantó para seguirle. Valsaron—ella lo hacía á la perfeccion—una, dos, tres veces. La joven no conocía á nadie más que á él yá él le sucedía lo propio en aquella confusión de invitados militares y civiles. Hablaron largo rato, cambiaron sus impresiones libremente y divirtiéndose, se encantaron y se sometieron el uno y el otro á la emboscada de aquella intimidad repentina, nacida de su aislamiento. Hacia la una de la madrugada, sin embargo, el joven parisiense encontró al oficial de marina que le había conducido á bordo del crucero y ambos se detuvieron en un rincón.

—Á propósito, dijo el oficial; usted parecía tener curiosidad esta mañana dè saber el nombre del diputado que nos acompañó con su hija á bordo del *Latouche-Térville*.

—En efecto.

—Pues bien, ya le conozco.

—¿Quién es?

—Es Courcier, el diputado de seine-et-Marne.

El techo de la prefectura, al caer sobre la cabeza del joven, no le hubiera hecho un efecto más contundente. Permaneció estupefacto, mirando á su interlocutor sin verle, mientras éste seguía hablando:

—Un radical rabioso, libre pensador, que se come á los curas en su periódico y que pide todos los años á las Cámaras la supresión del presupuesto de cultos.... No tiene grandes dotes de marino....pero si alguna vez se ahoga, no será en agua bendita....

Esta broma de mediano gusto no obtuvo éxito alguno: el interlocutor del oficial permaneció frío como el marmol. Al cabo de un instante, durante el cual pareció que reflexionaba, se despidió con voz insegura del oficial, y sin tratar siquiera de volver á ver á su encantadora compañera, se fué al guardarropa, cogió el gabán y se marchó al hotel.

III

Enrique Tresorier era un amable joven de veintiseis años, de esta generación un poco blanda, que no ha conocido los rigores del año terrible, pero que educada en medio de las dificultades, de las artimañas, de las violencias de la instalación republicana, ha concebido una viva repulsión hacia la política y hacia todo lo que con ella se relaciona. El día en que su padre manifestó la intención de presentarse á las elecciones, el joven Tresorier, lleno de asombro, exclamó: ¡Qué graciosa idea! Y cuando el barón, un poco resentido por aquella exclamación replicó que era necesario consagrarse á los negocios públicos, aunque no fuera más que para impedir que tomasen su dirección los partidos extremos, Enrique, con mayor indiferencia de la que hubiera sido natural, declaró que «si á su padre le agradaba ir á la Cámara, no veía en ello inconveniente.»

—¡Menos mal! dijo el barón, con alguna amargura. ¡Estos jóvenes son asombrosos! Nada les interesa, nada les apasiona; han venido helados á este mundo. No éramos nosotros así, y aun ahora, con mis cincuenta y cinco años, me entusiasmo todavía con facilidad.

Indudablemente, el joven Tresorier no se entusiasmaba. Llevaba una existencia muy arreglada y muy cauta con amigos de su clase. Tiraba las armas sin violencia, usaba la bicicleta sin exageración, iba al teatro y á las carreras y hasta se ocupaba en los negocios, todo á sus horas, como muchacho ordenado. Su padre se desesperaba por esas cualidades.

—El día menos pensado, decía, este chico se va á desbocar y á capitalizar todas las pequeñas locuras que hubiera debido hacer, en una sola tontería gorda, que nos causará todas las inquietudes del mundo. Es imposible que se esté toda su vida tranquilo como un San Juan Bautista, y yo preferiría que se emancipase ahora á verle caer después en el libertinaje.

La señora de Tresorier no participaba de las ideas de su marido en en ese delicado punto. Gustaba del buen juicio de su hijo y se sublevaba cuando el barón pretendía que tendría que concluir. Ese guapo chico, dulce, amable, siempre cerca de ella, reemplazaba bastante bien á una hija.

—¡Sí, eso parece más bien una muchacha!— exclamaba el agente de cambio. ¡Tiene bigotes y no se excede nunca del crédito que le he abierto en la caja! ¡Qué generación, Dios mío! No tiene sangre en las venas.... ¡Daría cincuenta mil francos por verle, sólo seis meses, ser un poco mal sujeto!

Evidentemente, Enrique Tresorier no era un Faublas, pero no tenía nada de José. Frecuentaba el saloncillo de las bailarinas de la Opera y tenía entre ellas mucho partido. Sin exigencias, se mostraba sumamente galante y generoso, de modo que todas aquellas muchachas no tenían para él más que sonrisas. Pero ninguna había logrado fijarle. Buen amigo, siempre dispuesto á hacer un favor en las horas difíciles, jamás había querido ser dueño y señor con las cargas de todo un tren de existencia. No quería responsabilidades y tenía en mucho su independencia. El barón había tenido, sin embargo, un rayo de esperanza. En cierta ocasión Enrique se había encontrado en Niza con la más bonita y la más peligrosa de las *horizontales*. Presentado por unos amigos pareció que el joven agradaba y él mismo se animó más que de costumbre. Aquella astuta persona, sabiendo todo el partido que se podía sacar de un hijo de familia como el baroncito, echó mano de todos sus artificios y quiso prender un verdadero incendio, antes de dejar caer en él una sola gota de agua. Durante quince días, bajo los naranjos en flor, se desarrolló una seducción á todo trance, y después, una mañana, la hermosa, juzgando en sazón á su enamorado, tomó el rápido y se volvió á París, invitándole á reunirse allí con ella. Pero su despecho fué inmenso cuando, después de esperarle tres días, le vió llegar no más ardiente y resuelto que cuando le dejó, sino tranquilo y sonriente, como un amigo en visita. El barón, á quien sus amigos habían regalado con los comienzos de la aventura, exclamó cuando le informaron de aquel cambio:

—¿Será torpe esa mujer? Le tenía allí, al sol, todo reanimado y pronto á florecer en aquellos quince grados de temperatura, y le deja volver aquí, donde tenemos apenas tres so-

bre cero. ¡Pardiez! ¡Qué más ha querido él!

Aquel joven tan razonable, á quien su padre hubiera querido ver más caprichoso, era un hijo modelo. Jamás dejaba de entrar en el cuarto de su madre antes de salir de su casa, ni de besarla como un niño, cuando volvía. Nunca se hizo rogar para salir con ella y pasaba tardes mortales en el Conservatorio, oyendo sinfonías que le adormecían en medio de las exclamaciones de admiración de unas gentes que se aburrían como él sin querer convenir en ello. Del mismo modo, durante el peor tiempo, acompañaba imperturbablemente á su padre á las batidas de la Chevrolière, aunque no le gustaban sino muy medianamente tales cacerías. Por deber, mataba sus cien faisanes en el día, como cualquiera, y volvia á París con una buena jaqueca, sin quejarse. En vano se le hubiera buscado un defecto: el único que tenía, era, acaso, el no tener ninguno, porque la perfección, inútil es disimularlo, es una inferioridad, y muy frecuente es más fácil en este bajo mundo agradar por los vicios que por las virtudes.

Al volver de Tolón en el tren de lujo, Enrique Tresorier, de muy mal humor, contra su costumbre, se arrinconó en un ángulo de su berlina y trató de dormir para pasar el tiempo, pero no pudo lograrlo. En su pensamiento se reproducían los recuerdos tumultuosos de aquel día de fiestas, y en un desorden increíble volvía á ver el puerto de Tolón colmado de estandartes, hirviendo en curiosos, atronador de gritos, y el mar con sus barcos de todas especies, el humo de los cañones de las dos escuadras, los vivas, el entusiasmo, la Francia y la Rusia, la una en los brazos de la otra, y en medio de esta apoteósis, destacándose como una aparición celestial, la cara sonriente de una joven rubia, en la que le parecía que había de pensar toda la vida. Después, por un contraste sorprendente, se mostraba la fisonomía solemne y gruñona del diputado, echando una mancha negra en aquel cuadro lleno de sol, cuyo encanto se disipaba entonces bruscamente. Enrique deseaba vivamente apartar todo aquello de su memoria; pero á pesar suyo, la imagen seductora de la joven reaparecía, y á despecho de sus prevenciones, no podía menos de hacer revivir todos los incidentes de aquellas horas pasadas cerca de ella.

En medio de aquellas alternativas de angustia y de placer, Enrique llegó á París, y ya en la realidad de su vida ordinaria, tomó la resolución de no ocuparse más de su compañera de un día. Volvió á los negocios con más aplicación, buscó distracciones con más ardor, é hizo cuanto pudo por olvidar á la sola mujer que hasta entonces había producido una impresión seria en su corazón. Pero no pudo conseguir no pensar en ella, y experimentó un vivo disgusto por no saber siquiera su nombre. ¡La señorita Courcier! Llamar al objeto de sus ensueños «la señorita Courcier» era robarla en un instante toda su poesía. ¿Qué era lo que podía evocar en su imaginación «la señorita Courcier?» Una costurera, una modista, una doncella de casa grande, algo vulgar, vacío, comercial. Y sin embargo, aquella bonita rubia debía tener un nombre. Como hecho de propósito, el estúpido de su padre no la había llamádo más que «hija mía,» «niña.» Enrique se puso á buscar qué nombre podía convenirla, y trató de buscarle en consonancia con la gracia modesta y dulce de su persona. ¿María? No; no le parecía encontrarla en la acentua-

ción de esas dos sílabas. ¿Matilde? ¿Juana? ¿Luisa? No; ninguno de esos nombres le satisfacía. No se detuvo, naturalmente, en los nombres ridículos y anticuados de Eufrasia, Noemia, Úrsula. Le hacía falta algo cándido, amable, fino, que le diese la sensación de una flor, de un perfume delicado y casi desvanecido. Y cada vez más esta investigacion evocaba en su espíritu la idea de un ramo de lilas blancas. La flor virginal y aristocrática le parecía que personificaba maravillosamente á sus ojos, á la adorable joven que por primera vez le había vuelto soñador. Entonces tomó la costumbre de llamarla lila blanca cuando pensaba en ella, lo que sucedía casi continuamente.

Al cabo de una semana su caracter pareció tan cambiado á todos los que vivian cerca de él, que se lo hicieron observar, y de repente Enrique adquirió la certidumbre de que la crisis moral que estaba sufriendo era más grave de lo que había creído. Si sus padres, si sus amigos le hubieran dejado entregado á sí mismo, acaso hubiera olvidado. Pero las preguntas inquietas «¿Qué tienes? ¿Estás malo? ¿Por qué estás preocupado?» dieron á su estado toda la importancia de un hecho de notoriedad pública. No trató ya de defenderse, y se confesó á sí mismo que estaba completamente cogido.

Una mañana, en la oficina, antes de la Bolsa, cogió maquinalmente el *Todo París* y al hojearle saltó bruscamente á su vista este nombre: Courcier (Julio), diputado de Seine-et-Marne, calle de Spontini, 48, y en Bizy (Seine-et-Marne). Cerró el libro con despecho, encendió un cigarro y pasó á la habitación de los empleados para distraerse de aquella irritante obsesión. Pero á eso de las cuatro, después de haber dado cuenta de sus operaciones, tomó un coche de alquiler y se hizo llevar á la entrada de la calle de Spontini, esquina de la avenida Victor Hugo. Una vez allí, recorió lentamente la acera, por el lado de los impares, buscando el número 48. Le encontró y vió delante de él una especie de cuartel de piedra sillería, de cinco pisos, con siete huecos de fachada y la planta baja ocupada por un café, un comercio de pájaros y una librería y papelería.

Sus miradas recorrieron la fachada en todas direcciones buscando algún indicio para reconocer la habitación del diputado. Y pensó: «Quién sabe, acaso vive en el fondo del patio. Por el otro lado, la casa debe tener vistas al jardín.» Una gran tristeza se apoderó de él al creerse incapaz de obtener ni el más sencillo dato acerca del señor Courcier y de su hija. ¿Entrar en casa del librero y tratar de hacerle hablar? El medio era muy usado y muy vulgar, sin contar con que se exponía á ser denunciado al padre y á causar de este modo una contrariedad á la joven. ¿Instalarse en el café, al lado de los cristales, y esperar? El tiempo pasaría sin que recogiese indicación alguna. Y por otra parte, ¿qué vería? ¿Salir al padre? ¿Entrar á la muchacha? ¿Y después? ¡Bonito adelanto y feliz resultado! Reflexionando así, observó que al lado de la puerta cochera había un letrero que decía: «Se alquila un cuarto» y le ocurrió la idea de visitarle. Entró en el departamento del portero y se encontró enfrente de una mujercilla muy pálida, de aire enfermizo y que cosía á la máquina. Explicó que buscaba habitación y la mujer se levantó, arregló su costura y cogiendo un manojo de llaves que estaba colgado cerca de la chimenea, dijo:

—Tenemos desalquilados tres cuartos; dos al patio, uno á la calle;

mil trescientos, mil ciento y dos mil. Si usted quiere verlos....

—Vamos allá.

Salieron y subieron la escalera. La habitación á la calle fué rápidamente recorrida. Estaba en el piso segundo; el propietario la dejaría, acaso, en mil ochocientos.

—Es demasiado grande para mí solo, dijo Enrique.

—¡Ah! ¿El señor vivirá solo? preguntó la portera. Debo advertir al señor que la casa está habitada por personas decentes y que el propietario no quiere en su casa más que gente tranquila....

—Muy severo es ese propietario, dijo Enrique riendo; ¿habita él la casa?

—¡Oh! no señor. Es un antiguo notario y vive en su hotel de los Campos Elíseos....

—Entonces, ¿quién hay en la casa tan fácil de escandalizarse?

—Señor, todos los inquilinos, replicó la portera con aire de reserva.

Enrique creyó que no la obligaría á hacerle confidencias y dijo bruscamente:

—Vamos á ver las habitaciones que dan al patio.

Estas tenían vistas á unos bonitos jardines. Un entresuelo muy pequeño pareció que llamaba la atención del visitante, que examinó los techos, las chimeneas, los papeles, con intención de que pasara el tiempo para obtener noticias acerca de los inquilinos.

—Yo, díjo, vendría para trabajar en la casa....¿Se está aquí tranquilo? ¿No hay niños bulliciosos en el piso de arriba, ni maestra de canto ó de piano? ¿Quién vive encima?

—Un empleado del ayuntamiento, soltero; se marcha á las nueve de la mañana y vuelve á las seis de la tarde. Vive con su hermana....

—¿Y debajo? preguntó golpeando el suelo con el pie.

—Un diputado.

Enrique se puso encarnado y repitió, para poder contenerse:

—¿Un diputado? ¡Oh! Debe haber entonces muchas idas y venidas... ¿Y qué diputado es? Sabe usted que con los anarquistas hay que fijarse en estas cosas....

—¡Oh, no! dijo la portera sonriendo; este sirve más bien de protección á la finca. Es radical....aunque muy buena persona.... Por lo demás, no recibe visitas más que en la Cámara....á causa de su hija, que vive con él....Ocupan los dos cuartos de la planta baja y disfrutan del jardin....Vea usted, justamente, á la señorita cuidando las flores....

En lugar de correr á la ventana, Enrique se separó de ella con aire indiferente. Desde el sitio en que se encontraba, veía á la joven, que en el estrecho paseo que rodeaba á un macizo, estaba deshojando en un canastillo rosas ajadas. Una esclavina de paño gris cubría sus hombros y sus manos estaban cubiertas de guantes. Tenía la cabeza descubierta y el blondo cabello sencillamente retorcido sobre la nuca, y la línea graciosa de su talle se dibujaba sobre el fondo obscuro del follaje. Enrique hizo un esfuerzo para sustraerse á aquel encantador espectáculo y con voz un poco alterada dijo, dirigiéndose á la portera.

—Dice usted que son mil cien francos estas cuatro piezas al patio.... Es muy caro.

—Acaso se deje el cuarto en mil....pero sin reparaciones....

—Poco me importa....Está limpio.

—Solamente, habrá que pagar seis meses adelantados....Es la costumbre de la casa....

Enrique no pudo menos de sonreir. ¡Él, que tenía una pensión de dos mil francos al mes, verse obje-

to de sospechas respecto al pago regular del alquiler!

—Eso no será un obstáculo..... Veré....reflexionaré....

La cara repentinamente nublada de la portera le indicó claramente que ésta tenía como rota la negociación.

—Bueno, señora, dijo; volveré mañana. Tenga usted la bondad de no alquilar el cuarto sin haberme vuelto á ver. Y tome usted esto como obsequio.

Le puso diez francos en la mano y aquella liberalidad inusitada estuvo á punto de echarlo todo á perder. La portera se volvió desconfiada.

—Pero, caballero, esto no me lo da usted como señal. ¿Está usted seguro de volver mañana?

—Si no vuelvo, usted queda en libertad....Pero espere usted hasta las cinco.....

La portera le examinaba con todo el aspecto de pensar: «Me parece que me estás contando cuentos.....¿Qué será lo que tú traes aquí? Pero, en fin, me has dado diez francos.»

Enrique dirigió otra mirada á la preciosa rubia, que continuaba pacíficamente cuidando sus rosales, y salió.

—Entonces, hasta mañana, caballero.

—Muy probablemente.

En la imaginación de Enrique empezaba á precisarse un proyecto. De repente pensó: «¿Y por qué no alquilar un cuarto en la casa? Esta es la ocasión de ver á la mujer en quien no dejó de pensar, de acercarme á ella. Pero ¿cómo hacer para llegar á mi objeto sin que se sepa quién soy? ¿Tomar un nombre falso? El medio me parece algo tortuoso y un si es no es ridículo. Y sin embargo, ¿cómo hacer si no?» Mientras reflexionaba así, rodaba su coche de alquiler. Numerosas objeciones acudian á su mente. «¿Qué será lo que tenga que fingir en ese entresuelo? La gente de la casa va á saber que nadie viene á verme, que no recibo cartas, que no duermo en el cuarto, y me va á tomar por un anarquista que fabrica bombas, por un bribón que construye moneda falsa ó por un espía al servicio de la Triple. Pero no; encargaré á la portera que limpie el cuarto y verá que no trabajo en nada reprobado. Entonces resultaré para ella más sospechoso todavía; creerá en alguna historia de mujeres y esto acaso comprometa á mi rubia... Sin contar con lo que ella misma piense al reconocerme, porque es imposible que no me reconozca. Y entonces, ¡cuál será su asombro!

Me juzgará mal, acaso se asuste, puede que se ofenda y entonces no tendré nada que esperar de ella. Y si ella, casualmente, no tomase por lo trágico mi tentativa de aproximarme á ella y se mostrase dispuesta á ser amable, ¿no experimentaría yo la más triste desilución? ¡Bah! mi proyecto es insensato; no hay que pensar más en él. Lo que tengo que hacer es no pensar más en esta joven, no ocuparme más de ella y no conservar de su encuentro más que un fugitivo y deliciosos recuerdo.»

Se felicitó por su cordura, se afirmó en esa resolución y se sintió más tranquilo y más dichoso. Comió alegremente con su padre y su madre y les mostró una cara mucho más serena....Pero al día siguiente, á las cuatro, estaba en la calle de Spontini y alquilaba el entresuelo en mil francos, pagando quinientos adelantados, bajo el nombre de Enrique Gervais.

IV.

Tres dias después, un miércoles, día en que no hay sesión en la Cámara, el señor Courcier salía de su casa, á eso de las cuatro, y se cruzó en el patio con un joven que se le quitó respetuosamente el sombrero. El diputado hizo con la mano el noble ademán con que tenía la costumbre de saludar á las multitudes, y pasó diciéndose: «¡Calla! es el joven que fué en la chalupa con nosotros, en Tolón; ¿qué vendrá á hacer aquí?»

Por una costumbre de desconfianza que contrajo irremediablemente en la época en que conspiraba, Courcier entró en el cuarto de la portera y dijo en tono inquisitorial:

—¿Quién es ese joven con el que acabo de cruzarme en el patio?

—Es el señor Gervais, un nuevo inquilino....

—¿Y quién es ese señor Gervais?

—Un estudiante de derecho que acaba de recibirse de abogado...Se ve precisado á tener un domicilo á causa de los estatutos de la Orden, como él dice, pero come y duerme con su familia.... Tiene un aire muy distinguido.... Yo le limpio el cuarto....

—¿Y qué habitación ocupa?

—El entresuelo, encima de ustedes.

—Bueno, gracias.

Courcier disimuló un gesto y salió á la calle pensando: «Quién sabe si será algun espía que me ha puesto la policía.... Veremos.» Por la noche, cuando llegó á su casa, salió al jardín y como estaba oscuro, examinó con atención las ventanas del entresuelo. No tenían luz. Hacía más de una hora que Enrique había salido.

Queriendo saber si su hija había observado algo normal, Courcier dijo:

—¿Sabes, hija mía, que el entresuelo de encima está alquilado?

—No, contestó la joven; no lo sabía, pero no me extraña, porque hace tres días hicieron mucho ruido en la escalera al subir muebles, por lo demás, el nuevo inquilino es muy pacífico; no se le oye.

—¿Sabes quién es ese inquilino? El joven de las fiestas rusas de Tolón.

La señorita Courcier manifestó una sorpresa tan acentuada, que el padre no pudo menos de decir.

—¿No es verdad que es un encuentro extraordinario?

La joven tuvo tiempo de reflexionar, y dijo un poco inquieta:

—Muy extraordinario, en efecto. Conoces tú á ese señor?

—Absolutamente. Es un abogado que se llama Gervais, según dice la portera. Pero yo sabré en seguida á qué atenerme, escribiendo dos letras al Prefecto de policía...

—No hagas atormentar á ese pobre hombre.... Ya sabes qué brutal y qué torpe es la gente de policía....

—Es verdad, demasiado he tenido que ver con ellos en otro tiempo; pero ahora es diferente; están á mi disposición..... Pediré solamente que vigilen á ese Gervais, sin que él lo conozca.....

La señorita Courcier no pareció del todo tranquila, pero sin embargo, no insistió. Un secreto instinto le decía que era conveniente cambiar de conversación y distraer la atención de su padre. Le llevó inmediatamente á la política, preguntándole los nuevos incidentes de la crísis ministerial. Courcier, que hacía dos años practicaba toda clase de esfuerzos para obtener una cartera, se extendió entonces en amargas recriminaciones contra la ingratitud de los hombres. A ese Jacquinot, encargado de formar el mi-

nisterio, él le había creado, impulsado, lanzado.

¿Qué hubiera sido Jacquinot sin él? Un oráculo de café, un tribuno de comisiones, nada, en fin. Courcier, al fundar el grupo Utilitario con los restos de los grupos Progresista y Liberal, dando la presidencia á Jacquinot, había proporcionado á ese ambicioso el trampolín, sin el cual hubiera vegetado acaso toda su vida entre los más desconocidos miembros de la Cámara. El ingrato, llegado en pocos meses y gracias á algunas intrigas de pasillo, á ser el hombre necesario, olvidaba á su fiel y hábil compañero de los malos tiempos. Porque juntos habían estado presos, cuando el diez y seis de Mayo tomaron el mismo tren para escaparse, en un estado de espanto del que pronto se serenaron, de los sicarios del orden moral. ¡Y no había ni una mala cartera para Courcier en la combinación que se estaba elaborando á fuerza de carreras de coches de alquiler; ni siquiera una pobre plaza de subsecretario! ¡Ah! Es verdad que Courcier no era orador. Esto era lo que le echaba siempre en cara Jacquinot cuando se presentaba á pedir que le dejase entrar en el Gobierno: «Tú no sabes estar en la tribuna más de un cuarto de hora. ¿Cómo te las compondrías para fatigar á una mayoría que se resistiese y á la que fuera preciso hipnotizar con el rum rum interminable de largos párrafos, como una nodriza aturde al niño que está en la dentición y no quiere dormirse?» Sí, ¡cómo! y no se salía de ahí. ¡Una cuestión de charla y no de adelanto! Sin embargo, era sabido que él, Courcier, tenía las manos muy limpias. Era pobre y se jactaba de ello; ¿cuántos podían hacer otro tanto? ¡Oh! Su amargura era grande. Masón de un grado muy elevado, pues conocía el Cedro; libre pensador convencido; socialista resuelto á distribuir al pueblo la fortuna pública con tanta mayor facilidad cuanto que él nada poseía; pronto á jugar la vida de todos sus electores si la República estaba amenazada, permanecía simple secretario del grupo Utilitario y veía á todos sus antiguos camaradas del café *Procope* encaramados en posesiones importantes, gobernadores de las Colonias, venerados como virreyes; presidentes de la Cámara ó del Senado; todos en la cúspide, todos brillantes, bien forrados y dichosos. ¡Y él, nada!

Había noches en que comprendía á Robespierre y soñaba con resucitar el tribunal revolucionario; con una hermosa guillotina en la plaza de la Concordia, enfrente del puente. Era un hombre ulcerado. Ocultaba esos malos sentimientos á su hija y disimulaba con ella sus rencores, porque la amaba tiernamente y —¡oh propiedad suprema del padre de familia!—no quería turbar con esos fermentos de odio aquel corazón casto y dulce. Eso sí, se quejaba delante de ella de Jacquinot:

—¿Comprendes esto, decía; un hombre que ha comido con nosotros con tanta frecuencia cuando estaba á la cuarta pregunta, sin periódico, sin domicilio casi, perseguido por los acreedores, me trata como á una cantidad despreciable....¡Que no sé estar en la tribuna más de un cuarto de hora! Espera; voy á prepararte un discurso sobre la separación de la Iglesia y el Estado, uno de esos discursos que anonadan á una asamblea; suspensión de sesión, dos salvas de aplausos al tiempo de la peroración; un discurso de ministro, en fin. ¡Oh! ¡Si yo pudiese derribar á Jacquinot!

—¡Papá!....

Pasó la velada en declamar contra su amigote, en hacer proyectos para el porvenir y hasta entrevió la

presidencia de la República en aquella sesión de soñar despierto. ¡Dios mío! se llega á ese puesto tan fácilmente ahora....Una casualidad dichosa, ¿no es así? Una hermosa propiedad que se destaca y consta, en el momento en que tantas conciencias están turbadas por miedo al juez de instrucción, y no hace falta más.....Se acostó temprano y no pensó más en el nuevo inquilino.

Pero su hija pensó en él por los dos. ¿Quién era aquel joven? ¿De dónde venía? ¿Qué quería? ¿Se llamaba Gervais? Su presencia en Tolón en el momento de las fiestas y en un buque del Estado, indicaba una posición privilegiada y su aspecto tan elegante y tan correcto daba testimonio de que pertenecía á una familia acomodada. Sus maneras políticas, discretas y dulces probaban una esmerada educación. Y venía á vivir en un cuartito de la calle Spontini pocos días después del encuentro; no ¿había para hacer reflexionar á una muchacha, por muy formal, modesta y poco novelesca que fuese? Y en la cama, presa de una agitación que le quitaba el sueño por primera vez en su vida, la joven dió vueltas á esta idea.

Hasta este momento su existencia no había sido enteramente dichosa, aunque su padre la amaba y era bueno para ella. Perdió su madre, siendo muy pequeña, y en su infancia no había conocido las dulces caricias, los tiernos cuidados que nada reemplaza y cuya privación llena de duelo el corazón de los huérfanos. Los cuidados del interior de aquella casa, un poco bohemia, estaban á cargo de una antigua criada, en torno de la cual la niña había estado siempre, deseosa de una afección femenina, y á falta de cosa mejor, se había contentado con las caricias triviales de la doméstica. En aquella época mudaban de casa con frecuencia, porque los alquileres se pagaban difícilmente. Courcier era redactor de un periódico, cuyo director, para dar ejemplo de igualdad y de fraternidad, se adjudicaba un gran sueldo, y coche, y dejaba á los redactores que se apretasen el vientre á la hora de comer y que echasen el pulmón detrás de los ómnibus. Por fortuna, Courcier unía á su apostolado político una explotación comercial; colocaba sidras y aguardientes por cuenta de una gran casa de Caudebec, y gracias al jugo de la manzana, conseguía no morirse de hambre en el culto de Blanqui. Porque Blanqui era su Dios, ó por mejor decir, su hombre. Un día en que, en un momento de entusiasmo, dijo al antiguo revolucionario en persona: «Señor, usted es mi dios,» éste le echó una mirada de desprecio y le respondió con acritud: «Ciudadano, ha dicho usted una tontería doble; yo no puedo ser su señor ni su dios, porque no hay lo uno ni lo otro....» Courcier no olvidó la lección y desde entonces llamó siempre á Blanqui «el Padre.»

Cuando aquel regenerador de las sociedades dió sus huesos á la tierra, Courcier se apoderó de sus doctrinas, y en los clubs, en su periódico, en las asambleas, la predicaba con convicción ciega, que es la única convicción. Porque, ¿qué es una convicción que examina? Courcier estaba firmemente convencido de que la religión tenía á los hombres «bajo el yugo embrutecedor del obscurantismo» y de que Francia no sería libre hasta que hubiese denunciado el Concordato. Creía en la posibilidad de la absorción de la fortuna pública por el Estado, único dispensador de la riqueza según las necesidades de cada uno, no según sus méritos. Pedía la supresión de los ejércitos permanentes, en la seguri-

dad de que en caso de invasión bastaría con que la población se trasladase ante el ejército enemigo agitando ramos de oliva y cantando himnos fraternales, para que las armas cayesen de todas las manos y el conflicto terminase en una general efusión; prólogo de la República universal. Así lo decía y lo escribía y estaba dispuesto á hacer correr torrentes de sangre, si era preciso, y acaso también la suya, por proporcionar á la humanidad semejante dicha.

Educó á su hija en los más amplios principios de libertad intelectual, pero la señora Courcier, que era piadosa y razonable, encontró ocasión, antes de morir, de hacer que bautizaran á la pobre criatura, que iba muy pronto á abandonar. A partir de aquella ceremonia religiosa, la niña creció en la indiferencia. Jamás había ido á la iglesia ni abierto un catecismo, y por consecuencia no había hecho la primera comunión. A los veinte años era una parisiense en estado natural, semejante á esos salvajes que los misioneros van á arrancar de la ignorancia y que escuchan la palabra santa sorprendidos y encantados, como si les contasen una sublime historia. La joven tenía, respecto de los salvajes, una inferioridad y era que nunca había oído hablar de la religión sino para blasfemar de ella; del Creador, más que para negarle, y de los sacerdotes sino para proscribirlos. Pero una honradez fundamental y nativa la protegió contra aquellas atroces declamaciones á que el padre y sus amigos se entregaban delante de ella sin respetar su infancia. Su espíritu se había replegado sobre sí mismo, como una sensitiva, y no había absorbido el veneno. Acaso un ángel guardián había extendido las alas sobre aquella alma para conservarla inmaculada. Ignoraba la religión, permanecía indiferente, pero no tomaba partido contra los que creen y los que rezan.

Debía, sin embargo, un principio de iniciación á la antigua criada de su padre, la cual, sin ser devota, era creyente, como todas las mujeres del pueblo. La buena mujer, en sus momentos de ocio, había empezado á contar á la niña, que se encaramaba en sus rodillas, las historias de la Virgen y del Niño Jesus. Pero Courcier pilló un día á la doméstica «inficionando á su hija de clericalismo», según él decía, y bajo la amenaza de ser puesta en la calle en el mismo instante, aquella sencilla institutriz tuvo que cesar en su enseñanza. En cuanto á lo demás, la muchacha se había hecho instruida y había concluido su educación en un colegio de niñas, del que acababa de salir con un brillante certificado de estudios. Era valerosa y quería ganar dinero para ayudar á su padre en las cargas de la casa, pero el padre se había opuesto á ello tanto por cariño como por amor propio. ¡La hija de Courcier trabajadora! ¿Era esto admisible? ¿Qué pensarían sus colegas de la Cámara que ya se mostraban reservados con él porque sabían que con frecuencia estaba mal de fondos? No, era preciso que estuviese en casa tocando el piano, leyendo ó bordando, como una señorita. No era él colectivista para que su hija se viese obligada á trabajar. La liquidación social, que él procuraba con todas sus fuerzas, no tardaría en darle rentas, y un buen matrimonio aseguraría la suerte de su hija. Alimentaba á la muchacha con estos sueños y le hacía pensar en un porvenir brillante. Mientras, no le negaba ninguna de las modestas cosas que ella deseaba, se privaba de todo para que fuese bien vestida y

la llevaba á la sociedad oficial ó al teatro, á los palcos de los ministerios, siempre que encontraba ocasión.

La joven no era desgraciada, pues su humor era igual y su caracter fácil. Pasaba los dias cosiendo ó haciendo investigaciones, para su padre, en las colecciones de actas administrativas ó de periódicos. Para hacer ejercicio y sostener su buena salud, salía con la anciana Rosalía. Se levantaba temprano, se acostaba pronto y no conocía el insomnio. Aquel producto de la educación puramente laica no tenía verdaderamente nada que pudiese inspirar horror de la institución. Aparte de que no tenía ninguna especie de idea religiosa, su estado intelectual y moral no tenía nada de chocante. Su honradez se manifestaba por completo. Es verdad que todavía no había tenido que habérselas con ninguna de las dificultades de la vida, que no había necesitado ningún auxilio contra el dolor y que no conociendo las tempestades, no había sentido la necesidad de levantar los ojos al cielo para buscar la estrella que guía cuando el camino está lleno de obscuridad y de peligros.

V

En cuanto se levantó, el día siguiente al de haber sabido la llegada del nuevo inquilino, la joven sintió la necesidad de tomar el aire y de limpiar unas crisantemas recién plantadas. Su padre estaba leyendo los periódicos en su despacho, y segura de no ser vigilada, levantó los ojos hacia el entresuelo misterioso, sin que pareciese que miraba. Nada más bonachón que el aspecto de aquella habitación. Unas cortinillas de muselina, de extraordinaria blancura, estaban colgadas tras los cristales. Nada se movía en el interior. Enrique estaba á aquella hora abriendo el correo en el gabinete de su padre, calle del Cuatro de Septiembre, y la señorita Courcier podía investigar las interioridades del cuartito. No había peligro de que se comprometiese por aquel inocente espionaje, pero quedó un poco desencantada y hasta sintió algo de mal humor por no haber descubierto nada. No esperaba que, como en un cuento de hadas, se abriesen las ventanas y un príncipe encantador descendiese por una escala de seda para caer á sus pies; pero aquel silencio, aquella inmovilidad, aquellas tres ventanas que permanecían impenetrables bajo sus blancas cortinillas, parecidas á unos ojos ciegos, le dieron frio en el corazón.

Su padre se marchó al Palacio Borbón y ella se encontró libre para pensar en el nuevo vecino sin miedo de que se la interrogase por su preocupación. Las sospechas que desde el primer momento le había inspirado la extraña coincidencia de aquel impensado vecinaje con el encuentro de Tolón, tomaban más consistencia y ya no se preguntaba para qué había venido Enrique á la casa. No quedó ciertamente encantada por aquel apresuramiento, que le pareció chocante y algo sospechoso. ¿Qué pretendía, pues, aquel joven y cuáles eran sus proyectos? Permaneció con cuidado parte del día, escuchando vagamente si percibía en el piso de encima ruido de pasos, el roce de algún mueble ó de alguna silla, un movimiento cualquiera que anunciase la presencia del misterioso habitante del entresuelo y á eso de las cuatro tuvo esa satisfacción. Las puertas golpearon, la ventana rechinó y resultó evidente que el señor Gervais acababa de entrar en su casa. En seguida se produjo de nuevo el silencio como si sólo hubiese entrado para ventilar

el cuarto y se hubiese marchado enseguida. ¿Qué hacía? ¿Estaba allí todavía? Puede que estuviese acechando el jardín desde la ventana. Muchas ganas tenía de bajar, pero no se atrevía. Llamó á la criada y dijo:

—Rosalía; he oído pasos en el cuarto de encima; el inquilino está, me parece, en su casa y hasta puede que se ocupe en mirar al jardín....Es muy fastidioso para mí, que tanto me gusta pasear en él....

—¡Bah! ¿qué te importa eso, hija mía?.... Te estorban los demás vecinos de la casa? Sin embargo, todos pueden verte cuando cuidas el jardín....

—Están más lejos de mí. Mira si está observando ese señor.

La doméstica abrió la puerta de cristales, bajó la pequeña escalinata que conducía al jardín, dió algunos pasos, levantó la cabeza y con todas sus fuerzas se puso á gritar:

—Gilberta, no hay nadie; puedes venir.

—¡Chis!..... calla, pues; dijo la joven, roja de despecho; si no mira, puede escuchar....

—Pero qué tienes, hija mía? preguntó la vieja, asombrada de precauciones tan inusitadas.

—¡Nada! dijo la joven desconcertada.

Y dejando á Rosalía entrar en la casa, empezó á dar vueltas por los estrechos senderos, que el otoño había ya sembrado de hojas muertas.

Al acecho, detrás de la cortinilla hábilmente dispuesta para poder observar sin ser visto, Enrique asistió á toda esta escena, oyó á la criada llamar á la señorita Courcier «Gilberta,» y quedó asombrado de no haber creído nunca que pudiera llamarse así. ¡Gilberta! sí, podía muy bien llevar ese bonito nombre, de corte un poco novelesco. Resumía perfectamente la gracia cándida y altiva, el encanto á la vez sencillo y refinado de la que tan pronta y fuertemente se había impuesto á su pensamiento. Había sentido placer llamándola, en su ignorancia, con el nombre de una flor, pero experimentó una deliciosa satisfacción al poderla dar su verdadero nombre, aquel con el cual vivía, amaba y era amada. Al mismo tiempo se dió cuenta de la turbación de la joven y tuvo la certeza de que estaba ya informada de su presencia, de que se ocupaba de él, de que no era para ella indiferente.

Sintió, sin embargo, escrúpulos de turbar aquel joven espíritu, y resolvió no mostrarse á Gilberta, respetar la libertad de su existencia ordinaria, no molestar en nada sus modestas distracciones de todos los días. Y latiéndole el corazón, devorándola con los ojos, permaneció detrás de la cortinilla, inmóvil, silencioso, invisible. Fué para él un gozo indecible verla andar por las calles del jardín, chafando con su pie menudo las hojas amarillentas. Se daba cuenta de su turbación, veía sus miradas inquietas y curiosas dirigirse hacia las ventanas y percibía sus palpitaciones de impaciencia. La joven no quería aparecer preocupada, y afectaba un aspecto libre y descuidado; pero sentía una increíble irritación por no saber si era observada. Si hubiera visto al joven indiferente y en modo alguno ocupado en seguirla con la vista, hubiera experimentado un alivio singular, mezcla de seguridad y decepción. Paseó cerca de una hora, maquinalmente y casi sin saber lo que hacía, y al caer la tade entró en su casa un poco triste y muy descontenta. En cuanto desapareció del jardín, se oyó un ruido de pasos ligeros en el entresuelo, después el golpe vago de una puerta al cerrarse; luego, el silencio. El señor Ger-

vais acababa de dejar su observatorio, en el que nada tenía ya que observar y se alejó de la casa.

Por la noche, al volver de una sesión tumultuosa de la Cámara, Courcier pareció más satisfecho. Jacquinot había fracasado en su tentativa de formar ministerio, y no pudiendo elevarse con él, su amigo le veía caer con cierto gozo. Aquel fracaso les aproximaba.

—Sabes, dijo á su hija; ese pobre Jacquinot no ha podido agrupar doce republicanos. En cuanto esos personajes se han visto juntos, se han inspirado horror los unos á los otros Barouillet es, sin duda, el que va á continuar las negociaciones. Este es un hombre realmente capaz.... No me sorprendería que intentase cerca de mí.... Hay ministerios en los que no es preciso hablar.... Así es que....

—Pero tú hablas tan bien aquí, entre tus amigos....

—¡Ah! sí, aquí, en familia, cuando nadie me interrumpe..... Pero si pierdo el hilo, me cuesta un trabajo del diablo volverle á atrapar..... Interpelo notablemente, porque el Gobierno me deja hablar.... El ataque.... ¡he aquí mi fuerte! Pero al replicar, en medio de los gritos y los apóstrofes, me turbo y todo se va á paseo..... ¡Ah! es una gran desgracia; pero acabaré por acorazarme y el porvenir será mío....

Gilberta tenía mucha gana de preguntar á su padre si había tomado informes sobre el nuevo vecino, pero no se atrevió á pronunciar el nombre de Enrique. Le pareció que dejaría abrir su alma y que se podría sorprender en ella todo lo que quería ocultar.

Ocho días transcurrieron así. Courcier, entregado por entero á las preocupaciones políticas, parecía haber olvidado completamente á su vecino. No le había vuelto á encontrar y no sabía siquiera que existía.

Sin embargo, Enrique Gervais iba á la casa asíduamente y con regularidad. Llegaba á eso de las cuatro y se marchaba al caer la noche, es decir, en cuanto Gilberta desaparecía del jardín. Hubo algunos días malos en los que la lluvia impidió á la joven recorrer aquellas calles encharcadas, y entonces oyó al vecino pasearse de arriba á abajo durante dos horas para entretener sus ocios, y en la manera de andar, lenta y un poco cansada, adivinó su despecho y su descontento. Estuvo á punto de coger un paraguas é ir, bajo el chaparrón, hasta las plantas del fondo para dar al pobre muchacho la ocasión de verla; pero juzgó esa salida demasiado significativa y verdaderamente arriesgada. Se resignó, pues, á escuchar los tacones de su enamorado, marcando el rítmo de su desolado paseo. Y aquel ruido monótono, regular, continuo, tomó para ella una significación sinfónica. Descubrió en él toda una lamentación, ruegos, declaraciones, como el lenguaje de un espíritu golpeador que hubiese traducido los sentimientos de un amante desterrado.

Courcier, sin embargo, que con tenacidad de sectario, nada olvidaba, había avisado al secretario general de la prefectura la llegada misteriosa de «un llamado Gervais» á la casa. El secretario general encargó de practicar investigaciones á uno de los jóvenes agregados á su despacho que hacían su aprendizaje administrativo gozando de los placeres de la capital. Una observación rápidamente llevada y muy fácil de realizar, porque Enrique no se ocultaba, condujo al agente desde la calle de Spontini á la de Presburgo, y en doce horas obtuvo las noticias pedidas. El inquilino á quien

se conocía con el nombre de Enrique Gervais, era el hijo del barón Tresorier, agente de cambio y dueño de una de las más considerables fortunas de París.

Ahora bien, la casualidad quiso que el joven funcionario fuese un compañero de colegio de Enrique; buen muchacho, entregado á la carrera prefectorial por la escasez de sus medios y la veleidad de su carácter. Antes de proceder á nada, reflexionó. Tresorier alquilando una habitación de mil francos en una casa de un barrio extraviado..... nada podía haber allí que fuese amenazador para el orden social. Alguna intriga de mujeres; un misterio galante. ¿Era cosa de estorbar aquella dicha clandestina y hollar con las botazas de la policía los senderos discretos donde dos amantes paseaban sin duda sus deseos?

No hizo siquiera llamar á Enrique; pasó por la Bolsa, después de almorzar, y llevándose á su amigo al jardín, le dijo á quemarropa:

—Diga usted, señor Gervais, ¿qué es lo que usted trama en un entresuelo de la calle de Spontini?

El joven Tesorier hizo un violento ademán de sorpresa.

—Amigo mío, tiene usted á la policía sobre su pista hace dos días y sin mí estaría usted expuesto á alguna sorpresa desagradable. Acaso tiene usted consideraciones que guardar, por sí ó por otra persona... Supongo que no conspira usted! contra el Estado!....He creído, por tanto, conveniente prevenirle....

—¡Oh! amigo mío, ¡qué servicio me hace usted! exclamó el joven... ¿Cómo agradecérselo? Sí, ha adivinado usted la verdad; tengo consideraciones que guardar.... Y le aseguro que no se trata de política.... Pero dígame usted, se lo ruego, ¿quén me hace vigilar?

—Un diputado muy avanzado y que se mueve mucho.... Una hermosa barba, detrás de la cual está el vacio: Courcier.....

—¡Diablo!....¿Pero, por qué me hace espiar?

—Para saber quién es usted, de dónde viene y qué quiere....Es un imbécil que cree que el mundo entero se ocupa de su augusta persona y que tiene á la policía como al fuego, sin perjuicio de servirse de ella contra los demás.... ¿Qué le respondo?

—Pues es muy sencillo, amigo mío; que me llamo Gervais y que me encierro en la calle de Spontini para estudiar economía política....

—Bueno; pero no cometa usted alguna imprudencia que nos comprometa.....

—Esté usted tranquilo, y muchas gracias.

Courcier, completamente tranquilizado al saber que su vecino era efectivamente Enrique Gervais y que se dedicaba á estudios transcendentales, había dejado de ocuparse de él, cuando un jueves, á eso de las cuatro, se cruzó en el patio con el joven, el cual, no contento con saludarle, se acercó á él con aire lleno de deferencia.

—Señor diputado, dijo inclinándose como ante un potentado, no sé si tendré el honor de que usted se acuerde de mí. He tenido ya el honor de encontrarme en su presencia....Y si me atrevo á dirigirme directamente á usted es porque sé que un hombre de su valía no rechaza á los principiantes ni á los laboriosos por modestos que sean..

Courcier se irguió y echando mano de su voz electoral, respondió:

—Veo que usted me conoce, joven; sí, me intereso por los que trabajan y especialmente por los principiantes.... ¿En qué puedo ser á usted útil?

—He emprendido un trabajo im-

portante sobre el colectivismo, y como sé que usted es el depositario de la doctrina pura, desearía consultarle ciertos puntos, para no exponerme á críticas apasionadas....

—¡Ah! ¡Ah! ¿Realmente, joven, sobre el colectivismo? Obra inmensa y que necesita facultades geniales.....

—Por eso he tenido la idea de dirigirme á usted....

—Sí, yo sin duda....Pero, ¿usted no ha conocido al padre?....¡Ah! aquel era un cerebro colosal....

—En su defecto....

—Sí, sí, ya lo sé....Yo sólo poseo su verdadera doctrina.... puedo decirlo....¡Sí, óslo!....Porque no faltan audaces.... Pero poco importa....Yo escucharé á usted; soy el apóstol de las ideas colectivistas y no puedo negar mis consejos....Mañana, en la Cámara, á eso de las once, nadie nos molestará.... Haga usted que me pasen su tarjeta.....

—¡Cuánto se lo agradezco!

—No me dé usted las gracias.... Me debo á usted desde el momento en que usted defiende, como yo, la causa del progreso humano....

Dirigió un saludo protector á su vecino y entró en su casa. Por la noche, en la comida, Gilberta tuvo la sorpresa de oír á su padre decir de repente:

—He encontrado hace poco al señor Gervais....Es un joven muy agradable, poseído de.....las buenas ideas..... No me extrañaría que tuviese un buen porvenir....

La joven pensó: «¿Cómo había hecho para ablandar á papá? Se conoce que es hábil y que me ama verdaderamente, porque el paso que ha dado ha sido para acercarse á mí. ¿Quién sabe? ¡Acaso papá le tome afición; parece muy dispuesto hacia él?» Y toda la velada estuvo alegre y se sintió feliz.

Durante aquel tiempo, Enrique, encerrado en su casa de la calle de Presburgo, se echaba al cuerpo á Proudhon y á Cabet á fin de asimilarse bastante sus ideas para poder sostener el papel que pensaba representar con Courcier. Y en el magnífico hotel de su padre, rodeado de todos los refinamientos del lujo, leía con aplicación el célebre folleto: «*La propiedad es un robo.*»

A la hora indicada del día siguiente, Enrique Tresorier llegó al Palacio Borbón y de empleado en empleado llegó á la biblioteca donde Courcier leía los periódicos esperando la hora de almorzar. El diputado se levantó, condujo al joven á una galería aún solitaria, le hizo sentar cerca de él y le dijo con aire grave:

—Ante todo, amigo mío, una pregunta. ¿Tiene usted medios de existencia?

—Dios mio, sí, señor diputado..... Mi familia está en buena posición y hasta dispongo de una pequeña fortuna....

—¡Eso es muy bueno! Porque, amigo, en los tiempos que corren la política no alimenta....

—¡Oh! Yo tengo con que vivir....

—¿Y es usted socialista?

Enrique miró á su interlocutor severamente y replicó:

—¡Lo soy por convicción!

—¡Ah! He conocido algunos como usted, que eran los más rabiosos y los más fanáticos!....¡Bueno! ¿Y qué forma trata usted de dar á sus trabajos sobre la doctrina?

—La más eficaz para la causa y la más ruidosa para mí....

—¡Ah! ¿No teme usted hacerse notar?

—¡Eso es á lo que aspiro!

—¡Diablo! Tiene sus riesgos atacar el orden social.

—Los desafío.

La voz de Courcier bajó de tono.

El diputado tuvo el presentimiento de que se encontraba en presencia de un energúmeno. Las correctas maneras del joven, su dulce voz, su aspecto distinguido hacían tan extraño contraste con la exageración de sus declaraciones, que el diputado sintió una especie de malestar. Había visto, en tiempo de la *Commune*, jóvenes como el que estaba á su lado, cuyas frías violencias le aterrorizaban. No pensó ya en bromear y observó á su interlocutor con asombro.

—Al principio pensé fundar una revista, pero no tengo la autoridad suficiente para dirigirla....Sería necesario un nombre... una capacidad reconocida.... ¡Ah! si una persona como usted....

A esta invitación, Courcier se puso de color de púrpura y sus ojos relampaguearon. Aquel desconocido acababa de ofrecerle la realización del sueño de toda su vida; tener un órgano suyo, hacerse una potencia, imponerse al Gobierno, no estar más á las órdenes de nadie, ¡mandar!.....En un segundo se evocaron en su ardiente imaginación las imágenes enloquecedoras de la fortuna y de la grandeza. Vió la Cámara inclinada, obediente, sumisa á su voluntad, á Jacquinot caido en el olvido por haber negado su valía. Le pareció que oía los aplausos y las invectivas y se vió siendo el hombre de la situación, el actor en auge, el ídolo ante el cual se prosternaría todo el mundo. Aquella apotéosis quimérica de un instante, compensó sus veinte años de medianía efectiva. Miró á su joven compañero con una repentina simpatía, pero la duda volvió á su corazón, de largo tiempo habituado á las decepciones.

—¡Una revista! dijo, es muy difícil de establecer y muy costosa.... ¿Puede usted consagrar á esa empresa una suma importante?....

—Podría emplear unos cincuenta mil francos para empezar....

Courcier cambió de fisonomía y se puso muy grave. Creyó que el momento era solemne y se estaba decidiendo su destino.

—Escuche usted, querido amigo.. Me ha conquistado usted por su franqueza y su ardor. Pide usted un apoyo....Pues bien, yo le doy el mío.....Combatiremos juntos en buena guerra....Pero no es una revista lo que debemos fundar....Se nos presenta una ocasión como ninguna....*El Partido revolucionario*, periódico socialista está agonizando....Sé que por veinte mil francos se puede adquirir la propiedad.... Es un periódico diario de cinco céntimos, un instrumento admirable de propaganda....Usted será redactor jefe.... yo tomaré la dirección.... Atraeremos á nuestra bandera á los más avanzados del partido: Mathieu-Lérand, que está en Santa Pelagia....Cabusol, que astá en Bélgica....Raffinet, que está en Inglaterra....Y libraremos todos los días una nueva y más encarnizada batalla contra la sociedad....¡Qué programa! El taller para el obrero, la tierra para el labrador, la casa para el inquilino, el capital para el Estado....La revisión social, con un reparto equitativo de la fortuna..... ¡Todo para los nuestros.....nada para los demás! ¡Ah! ¡La hora del desquite va por fin á sonar!

Erguido y con la larga barba agitada por el entusiasmo, peroraba en el vacío sonoro de la desierta galería.

Enrique, espantado como un imprudente que hubiera abierto las compuertas de una esclusa, sin saber cerrarlas después, permanecía con la boca abierta ante aquel desastre, aquel desbordamiento, aque-

lla avalancha de majaderías, y se preguntaba cómo haría para salir de la aventura.

Había querido hacer uso de una estratagema para ponerse en buen lugar con el padre de Gilberta, y de repente, le cogía éste la palabra y amenazaba arrastrarle á las complicaciones más inesperadas. Creyó, pues, necesario echar un poco de agua fría en el entusiasmo del diputado.

—Estudiaremos la cuestión, dijo en tono evasivo. No soy hombre de embarcarme sin reflexionar, porque una vez lanzado, ya no me detengo....

—Reflexione usted, pero, créame, no encontrará nada mejor que *El Partido revoluciovario*.....Por lo demás, ¿quiere usted que hablemos esta noche?

Al oír esta proposición sintió Enrique renacer su valor.

—¿En casa de usted?

—Sí, en mi casa, á las nueve....

—Acepto, dijo con fuego el enamorado de Gilberta.

Courcier, tranquilizado al ver que renacía en la actitud de Enrique la animación de los primeros momentos, creyó conveniente no dejar que algún rival le quitase su colaborador. ¡No fueran á escamotearle su caballo blanco!....Sonrió con aire benévolo y dijo:

—Haga usted otra cosa mejor; véngase á comer con nosotros esta noche, sin ceremonia alguna...Reanudará usted su conocimiento con mi hija y, en la velada, fijaremos las primeras bases de nuestro negocio.

—¡Está convenido! exclamó Enrique, encantado por la rapidez de aquel resultado en el que apenas se atrevía á soñar.

—Hasta la noche, pues; á las siete.

—A las siete.

Cambiaron un apretón de manos, y Enrique Tresorier salió del Palacio Borbón después de haber hecho en una hora muchas más locuras de las que su imprudente padre hubiera podido desear que cometiese en toda su existencia.

VI

—Pero, amigo Gervais, usted no se fija en lo que estoy leyende....

—Perdóneme usted, señor Courcier; no pierdo una palabra....

—El piano de mi hija le distrae.. Vamos á cerrar la puerta de la sala.

—¡Oh! no; se lo ruego.

Ambos estaban sentados delante de la mesa de despacho y Courcier daba conocimiento á Enrique de un brillante manifiesto destinado á *El partido revolucionario,* mientras en la habitación inmediata Gilberta, á la que habían dejado sola después de comer, tocaba para distraerse un andante de Beethoven. Y aquella música clásica, que en el Conservatorio, interpretada por la primera orquesta del mundo producía al joven un profundo fastidio, le producía el más vivo placer tocada por la señorita Courcier en un mal piano. Hacia diez minutos que no oía siquiera la voz del diputado, que seguía declamando los períodos inflamados de su prosa. No tenía oídos más que para Gilberta, que, puesto el pedal de la sordina, para no molestar á los dos colaboradores, bordaba la ejecución con la vaga sospecha de que su enamorado podíra escucharla de todos modos. Y ciertamente la escuchaba. Se había colocado de manera que le permitiese cotemplarla y por la puerta entreabierta divisaba una parte del hombro, un delicado perfil y una mano ágil que recorría las teclas. Enrique, poseído de la melodía, marcaba con movimientos de admiración la pieza ejecutada por

la joven, mientras Courcier, que creía dedicada á él toda aquella mimica, exclamaba con su fuerte voz:

—¿No está mal, verdad? ¡Esto es contundente!..No les dejo hacerse ilusiones.... ¡Si después de esto no están convencidos de la suerte que les espera!..

Y aquellos á quienes se referían tales interjecciones é interrogaciones de satisfacción, "ellos", eran los propietarios, los rentistas, los capitalistas execrados, Tresorier padre é hijo, en fin, y todos sus amigos...

Hacía ocho días que el señor Gervais comió por primera vez en casa de Courcier y el día siguiente mismo se había comprado *El Partido revolucionario*. Después, las necesidades de la organización habian hecho ir con frecuencia á Enrique á casa de su director y el fervor político del joven se sostenía por la irresistible influencia que ejercía sobre su resolución la dulce mirada de Gilberta. Sin coquetería, sin cálculo, por el solo prestigio de su inocencia y de su belleza, la joven había convertido al pobre muchacho en dócil servidor de su padre. Enrique no discutía las ideas de Courcier; las admitia en conjunto. No quería más que una cosa, ver á Gilberta. Cuando estaba cerca de ella no retrocedía ante las teorías más monstruosas. La miraba, la admiraba, la adoraba, y esto le era suficiente para ser dichoso.

Pero lejos de su presencia recobraba su libre albedrío y entablaba terribles discusiones con su conciencia. Se creía loco de atar. ¿A dónde le conduciría su pasión? ¿En qué tirrible callejón sin salida iba á verse acorralado de un momento á otro? Porque era bastante inteligente para comprender que todo le separaba del objeto de su amor y que le sería más fácil amalgamar el *Mont-Blanc* con el Vesuvio que conseguir un acuerdo entre el barón Tresorier y el ciudadano Courcier. Sin embargo, persistía en su empresa. ¿Qué esperaba? ¿Cuál era su sueño? ¿Se había presentado á su mente el proyecto de seducir á Gilberta? Ni un solo momento había discutido consigo mismo la posibilidad de semejante desenlace. No hubiera pensado en él más que para rechazarle con horror. Su respeto por la joven era igual á su amor.

En realidad, era muy desgraciado. Su preocupación constante, después de haber puesto á Courcier el pie en el estribo y de haberle proporcionada la cabalgadura, era no caracolear ni exhibirse con él. Huía del periódico y temblaba ante la idea de que se pudiera saber su participación en aquella obra malsana. Después que veía á Gilberta diariamente y se paseaba con ella por el jardín, hubiera querido aniquilar el periódico que había sido causa de sus alegrías.

Una mañana, en el despacho, tuvo una viva emoción. Sobre una mesa, en el gabinete de su padre, se destacaba un número de *El Partido revolucionario*, arrugado por una mano irritada y con la tinta de imprenta fresca todavía. Viéndole como fascinado ante aquel temible papel, Tresorier le dijo:

—Sí, querido; aquí tienes á ese canalla de Courcier que posee un periódico ahora.... Tenemos que esperar que nos arañe el mejor día.... Pero el diablo me lleve sí esta vez no ensarto á ese charlatán....¡Mira! Lee el artículo de entrada....Hay ahí también un malvado, que firma, Gervais.... Un futuro huesped del presidio, seguramente.....

Enrique, con la frente mojada en sudor, cogió el número para disimular y se encontró con un repugnante artículo firmado Gervais y

escrito por Courcier, pues por economía, el diputado redactaba todo el periódico y á fin de evitar la monotonía se servía indistintamente del nombre de su colaborador y del suyo. Era una innoble apología de la indisciplina en el ejército. Enrique se puso pálido, dió un gran golpe en el periódico con la mano, y balbuciente de cólera, exclamó:

—¡Pero!.... ¡Esto es insufrible! ¡Esto no puede pasar!

Y lanzó á la chimenea la inmunda hoja, hecha una bola, ya que no podía hacer lo mismo con Courcier.

—Querido hijo, ahí tienes cómo estamos, añadió el barón; pero no te incomodes por tan poco. La policía correccional hará cualquier día justicia á esos bribones.

Por la noche hubo una explicación un poco viva entre Courcier y Gervais, el cual empleó con su jefe un tono tan áspero, que el diputado, estupefacto, no halló una palabra que responder.

—¡Caracoles! Yo soy soldado, decía el joven. ¿Sabe usted que con un artículo como el de esta mañana podría hacerme caer en un consejo de guerra?..... Diga usted cuanto se le antoje, pero bajo su nombre, no bajo el mío....Además, creo que conduce usted el periódico de un modo absurdo y no quiero ocuparme más en él. En vez de abordar las grandes cuestiones, de desarrollar las teorías, no trata usted más que personalidades y no discute sino hechos....No comprendo la discusión como usted..... ¡Hasta aquí hemos llegado!

En lugar de enfadarse, el diputado, aterrorizado por el pensamiento de perder un auxiliar tan útil, prometió formalmente la enmienda. Se convino en que el nombre de Gervais desaparecería de las columnas del periónico y que Courcier sería en adelante el único responsable. En realidad, éste prefería que las cosas se arreglasen así, porque de ese modo no se repartiría la influencia y en adelante no se vería ni se temería sino á él. Y como precisamente había enviado á las cajas un artículo firmado Gervais, que debía aparecer el día siguiente, y en el cual se maltrataba con dureza al clero y al papa, Courcier cogió á toda prisa el sombrero y el gabán y se preparó á correr al teléfono para dar orden de suprimir la firma.

—Espéreme usted; la oficina del teléfono está á dos pasos; estaré de vuelta dentro de un cuarto de hora....

Solo con Gilberta la primera vez, libre de las miradas de la anciana Rosalía y desembarazado de la vigilancia de Courcier, Enrique se sentó cerca de la joven y silenciosamente la miró trabajar. Estaba haciendo un bordado en seda y era delicioso ver aquellos dedos blancos y finos pasear los colores en el cambiante cañamazo. Un poco inclinada bajo la lámpara, sus ojos estaban ocultos, pero la luz enviaba un rayo dorado á su bonita nuca desnuda, acariciaba su aterciopelada mejilla y jugueteaba en el hueco nacarado de sus diminutas orejas, orladas de rosa. Alzó un poco la frente y dijo sonriendo:

—Me parece que no está usted enteramente de acuerdo con papá.... He oído que hablaban ustedes fuerte en el gabinete.... Siempre se tratará de esa dichosa política que tanto detesto....

—¿Y por qué?

—Porque todas las penas que hemos tenido hasta aquí han provenido de ella.... Mi padre que es tan bueno, se pone terrible cuando se trata de sus opiniones, y siempre tengo miedo de que se comprometa en aventuras peligrosas.... Ya me ha tenido muchas veces con el alma en un hilo. ¿Cómo es que usted, se-

ñor Gervais, que es joven y puede ejercer la carrera de abogado, tan hermosa y tan lucrativa, se lanza á la política?.... ¿Es que le gusta á usted?....

Enrique estuvo á punto, en un primer impulso, de decir á la joven:

—¡Dios mío! ¡A mi no me gusta nada más que usted!

Pero vió á Gilberta tan confiada, tan cándida, que la declaración no pudo salir de su boca.

—El caracter apasionado de su padre de usted me ha seducido y por seguirle me he afiliado á su partido.

La mirada de Gilberta tomó de pronto una expresión de gravedad un poco inquieta. Clavó la aguja en la seda y dijo muy pausadamente:

—Mi padre es un hombre excelente; pero si hubiera de empezar de nuevo á vivir y yo tuviese alguna influencia en la dirección que debiera adoptar, haría toda clase de esfuerzos para apartarle del camino que ha seguido y en el que nunca ha encontrado más que decepciones, cuidados y peligros. Por eso sería grande mi pena si creyera que mi padre tenía bastante autoridad sobre usted para llevarle en su seguimiento.... ¿Qué dirán sus padres de usted? ¿Qué dicen?....

Enrique bajó los ojos ante la límpida mirada de la joven y se dió cuenta por primera vez, pero muy intensamente, de todo lo que tenía de vergonzosa la superchería que le habia hecho penetrar en aquella casa, bajo un falso nombre y con un fin que aun no se confesaba á sí mismo. Se avergonzó de su conducta y sintió un violento deseo de exclamar: «La he engañado á usted; no soy quien usted cree; arrójeme usted de su casa, porque no quiero mentir más.» Pero la humillación de confesarlo todo, le contuvo y permaneció ante la joven turbado, infeliz y tan confuso, que ésta le dijo:

—Nunca nos habla usted de su familia.... ¿Viven aún su padre y su madre?....

—Sí, señorita; tengo un padre y una madre que me quieren tiernamente....

—¿Pero saben, al menos, lo que usted ha emprendido? Porque estaría muy mal hecho el ocultarse de ellos....

—Muy mal, sí, Gilberta; pero suponga usted que una razon poderosa me haya impulsado, que me haya sido imposible obrar de otro modo que como lo he hecho, y en fin, que no sea dueño de mi voluntad....

Gilberta se ruborizó y perdió en parte su calma. Le pareció que Enrique acababa de explicar, con aquellas frases ambiguas, que sólo por ella se habia lanzado por aquellas vías peligrosas de las que trataba de apartarle, y que si engañaba á sus padres y arriesgaba su tranquilidad futura y su seguridad presente, era únicamente porque la amaba. No se atrevió, pues, á llevar mas adelante el interrogatorio, porque tuvo miedo que Enrique aprovechase la oportunidad que se le ofrecía de exclamar: ¿Cómo tiene usted conmigo la dureza de vituperarme, cuando mi sólo fin ha sido acercarme á usted? Vió claramente que todas las acciones del joven estaban impregnadas de cierto misterio, que no era lo que pretendía ser y que no pensaba como hablaba. Le vió tan correcto, tan elegante, tan refinado, que parecía imposible que fuese un héroe de barricada, un nivelador de la sociedad. La aristocracia, proscripta y anatematizada por él, protestaba en su atavio, en su lenguaje, en sus actitudes, le hacia traición; le entregaba. Su boca tenía por conveniente gritar: ¡Viva la social! sus ojos respondían: ¡Viva el rey!

La joven experimentó un gran sentimiento de tristeza y su franqueza se alarmó por la doblez que adivinaba. Su honradez se rebeló contra el engaño. Pero una extraña debilidad detuvo las protestas de su conciencia. «Si nos ha engañado, pensó, mi padre le arrojará de aquí y no le veré más. ¡Qué pena el no volverle á ver!» Y la joven observó con terror la extraña modificación que se había verificado en todos sus sentimientos hacía una semana, para que aquel joven, desconocido poco tiempo antes, hubiera llegado á serle querido hasta el punto de considerar como una gran desgracia el verse privada de su presencia.

Por fortuna su padre llegó y Gilberta tuvo el alivio de no poder continuar una conversación tan temerariamente entablada.

Enrique se despidió de su colaborador y de Gilberta, pero su voz temblorosa y turbada parecía pedir indulgencia para todas sus imposturas. Estaba tan visiblemente consternado, que la joven tuvo piedad de él, aun pensando que no la merecía, y al ofrecerle la mano, le procuró por primera vez el delicioso placer de estrechársela con sus dedos trémulos, que él hubiera querido acariciar frenéticamente con los labios.

VII

En el saloncillo de su madre, el día después de haber tenido que declarar sus tenebrosas intrigas. Enrique, con aire resignado, terminaba su confesión completa. La escena era menos conmovedora que con su padre. La baronesa era indulgente por costumbre con el tierno hijo que no le había causado jamás una pena seria, é instintivamente se sentía dispuesta á perdonar aquel bonito crimen de amor. Pero, ¡la hija de Courcier! ¡Imprudente joven! ¿Cómo había podido dejarse coger en aquel lazo? Entre todas las muchachas á quienes hubiera podido cortejar, había ido á eligir justamente la única inaceptable. ¿Pero la amaba siquiera? Se dice muy bien: ¡La amo! y luego, á las seis semanas, no se piensa más en ella....¡Enrique! ¡Enrique! ¿No es verdad?....

—¡Oh! mamá: no os atormentaría de este modo á papá y á tí por un capricho pasajero....No; mi sentimiento es muy serio....He luchado antes de decidirme....Si hubiera tenido valor para resistir, lo hubiera hecho, tanto era mi temor de lo que sucede....Pero no he podido, no....la amaba ya demasiado para eso....¡Si supieras qué encantadora es!

—Supongo que para haber vuelto loco á mi Enrique no debe ser una criatura vulgar.....Pero, querido mío, ¡considera en qué dificultades has venido á parar! La hija de Courcier, el único hombre que detesta verdaderamente tu padre....

—Pero, mamá, ¿podemos hacerla responsable de actos que ni conoce siquiera?....Si la vieses, comprenderías mi locura....Rubia, con ojos negros, un aire de inocencia de los que no engañan, un talle encantador, manos....como las tuyas, y una voz de timbre delicioso que conmueve el corazón....

Estaba de rodillas en la alfombra delante de su madre, como en los tiempos en que, siendo muy pequeño, deseaba ardientemente obtener un favor, y la baronesa, con una sonrisa que no podía disimular, miraba con complacencia aquel hermoso muchacho inclinado á sus pies. Paseaba suavemente los dedos por la cabellera de su ûijo, y pensaba: «Me dice que ama á esa muchacha, pero ella también debe amarle.... ¿Cómo no? ¡es tan bueno! ¡Tan ge-

neroso! ¡Tan guapo! ¡Y él está desesperado delante de mí y declara que no se consolará nunca si se le obliga á prescindir de ella!.... Pero ¿cómo atraer á su padre, que está empeñado en no acceder y que se obstinará si se le fuerza la mano?.... ¡Qué terrible complicación! ¡Por qué fatalidad ese horrible revolucionario tiene una hija tan seductora!»

—Vamos, Enrique; ¿no crees que si emprendieras un hermoso viaje?.... El verano pasado hablaste de ir á Egipto..... Eso te distaería..... Te proporcionaríamos compañeros agradables....

—Tú no puedes querer enviarme á morir de pena lejos de aquí..... respondió el joven con emoción. ¿Separarme de tí en el momento en que sería tan desgraciado; cuando tendría tanta necesidad de tu bondad y de tu ternura?....¡Oh! no... Si debo sufrir, que sea al menos al lado de los que sabrán compadecerme, ya que no consolarme....

Las últimas palabras se hicieron un nudo en su garganta, y dominado por las lágrimas, Enrique mostró á la baronesa un semblante tan alterado, que ésta cogió en sus brazos á aquel niño querido y se echó á llorar con él. El enamorado de Gilberto presintió entonces que tenía medio ganada la victoria; redobló sus esfuerzos, y con la cabeza sobre el seno maternal, como si muy cerca de aquel tierno corazón, sus argumentos pudiesen llegar hasta él más fácilmente, dijo:

—¿Qué es lo que te pido? Que la veas solamente, que la hables, que no me condenes sin saber si tengo disculpa.... Te encantará, estoy seguro, como me ha encantado á mí. Es imposible que no te des cuenta de que no ha nacido para vivir en el medio en que se encuentra..... ¡Qué importa su padre! No hay que ver sino á ella. Una mujer toma el nombre de su marido y se transforma en un instante. La naturaleza lo ha querido, la ley lo exige, el amor lo facilita..... ¡Oh! madre querida, consiente en verla, háblala, y te conviertes en mi aliada y estoy salvado, porque teniéndote de mi parte, estoy seguro de triunfar de papá..... ¿Acaso no has obtenido de él todo lo que has querido?

La baronesa sonrió á través de su llanto.

—¡Ah! serpiente, cómo me enlazas y cómo sabes ser elocuente cuando se trata de tus amores.... Jamás te había oído un discurso tan largo.... Pero abusas y me adulas... Tu padre tiene su voluntad y no pretendo vencerla. Será preciso que todo salga de él.... Y cómo conducirlo á eso?

—Nosotros nos dedicaremos á conseguirlo..... Pero..... Verás á mi Gilberta?

—¡Tu Gilberta! repitió la baronesa algo celosa. En fin..... será preciso acostumbrarse á no ocupar ya más que el segundo lugar en tu corazón.....

—¡Oh! siempre el primero, mamá querida, no sólo en mi corazón, sino también en el suyo..... Ella te adorará en cuanto te conozca..... Y tú misma verás qué deliciosa hija encontrarás en ella.....

—¡Bueno! veré á tu Gilberta.... Pero, dónde y cómo?

Enrique se puso grave. Se alzó del suelo, y sentándose con aire pensativo:

—Será preciso, dijo, tomar precauciones infinitas y dejarme preparar el terreno, porque no puedo poneros en presencia la una de la otra de buenas á primeras.... Gilberta ignora mi verdadero nombre.

—¡Cómo! ¿La has engañado?....

—Era preciso. Imagina que si me hubiera presentado ante el señor

Courcier como el hijo de mi padre, no me hubiera tolerado ni un minuto en su casa.... ¡Romeo entrando sin máscara en casa del viejo Capuleto!.... La obra se acababa inmediatamente.... Y se hubiera perdido una bonita música....

—Sí, ríe, mal muchacho.... Ojalá te hubieran puesto en la puerta.... No estaríamos ahora en semejante apuro.... ¿Pero cómo te llamas en casa de ese bebedor de sangre?

—Gervais. Enrique Gervais.

—¿Y cómo te has areglado para entrar en la casa sin despertar las sospechas del padre ni la desconfianza de la hija?

—Al padre le he cogido por su lado débil; la política.... En cuanto la hija....

—La has embaucado como hace un momento á mí....

—¡Oh! no, mamá; jamás la he dicho una palabra que no debiese oir. La amo demasiado para no respetarla.... Nunca la he dicho que la amo. No lo sabe.... como no lo haya leido en mis ojos....

—El libro es bastante inteligible! Pues bien, te dejo obrar. Veré á esa joven cuando quieras.

Enrique no dió las gracias á su madre; saltó á su cuello y la abrazó de un modo que la recompensó su sacrificio. En seguida, juzgando que había obtenido cuanto podía desear por el momento, se dispuso á ir á la calle de Spontini para librar allí otro asalto mucho más grave y de éxito mucho más seguro.

Confesar á su madre que amaba á Gilberta y que se había presentado en casa del señor Courcier bajo un falso nombre, no ofrecia grandes dificultades, pero declarar á Gilberta su veradera personalidad y su situación real; hacerla ver que la había engañado, así como á su padre, ¿no ofrecía terribles riesgos? Se daba cuenta de ello y, sin embargo, no retrocedía ante ninguno de los obstáculos que fuese necesario vencer. Estaba hirviendo en deseos, lleno de confianza y animado por una voluntad que le hubiera impulsado á asaltar una muralla sin escala, á franquear de un salto un precipicio. Sabía que encontraría á Gilberta sola, porque era la hora en que Courcier oficiaba de pontifical en la cantina ó suscitaba dificultades al Gobierno en las comisiones. Rosalía, que veía á Enrique en gran predicamento con el padre, no pondría inconvenientes para dejarle penetrar hasta la hija.

Llegó de una carrera, sin haber preparado su discurso, y se encontró en presencia de la que amaba. La joven salió de su cuarto para recibirle en la sala, sin la menor sombra de sospecha. La sonrisa con que acogió á su engañador, estaba llena de confianza. Solamente le preguntó con viveza:

—¿Le envía á usted papá?

Esta pregunta le ruborizó, porque indicaba perfectamente todo lo que su conducta tenía de reprensible, pero respondió con valor:

—No, señorita; no he visto todavía á su padre de usted....

—Entonces, ¿piensa usted encontrarle aquí?

—No; sabía, por el contrario, que no le encontraría....

La fisonomía de Gilberta cambió; una vaga inquietud entristeció su mirada, y como sintiendo tener que vituperar al que hubiera querido poder aprobar siempre, dijo con firmeza:

—Entonces, ¿cómo es que viene usted?

Enrique bajó la cabeza con melancolía. Se encontraba desde el primer momento con las dificultades que había previsto. Esperaba, sin embargo, tener un poco más de tiempo pa-

ra preparar á Gilberta á sus embarazosas confesiones.

—Á usted es á quien deseaba encontrar; tengo necesidad de hablar con usted....

La joven prescindió de melindres ridículos; no hizo pretexto al pudor para efectar miedos intempestivos. Era mujer por su inteligencia y por su corazón y se sentia bastante fuerte en su virtud para oir lo que Enrique pretendia decirla. Se sentó y sencillamente, con un movimiento, le mostró una silla. Y en saloncillo de aquel modesto cuarto, ante la soledad del jardin, permanecieron un segunto, oprimidos por el silencio y presintiendo que las palabras que iban á cambiar decidirian su vida. Por fin Enrique hizo un gesto de resolución, y como si se arrojara en un precipicio, dijo con voz entrecortada:

—Gilberta, es preciso que usted me perdone; he engañado á su padre y á usted..... Sí; he abusado de la confianza de los dos....No me llamo Gervais, no soy un revolucionario fánatico, todo lo que ustedes saben de mí, es falso; me acuso de ello humildemente.

Un torrente de sangre subió á la cara de la joven, las lágrimas brillaron en sus ojos, respiró con esfuerzo como si se detuvieran los latidos de su corazón y con una pena que no trababa de ocultar, preguntó:

—¿Y por qué, caballero, todos esos engaños? ¿Qué razones tenía usted para abusar de unas personas de las que nada podía esperar? Porque somos pobres y carecemos de influencia. ¿Nos quería usted mal á mi padre y á mi?

Enrique juntó las manos, en ademán suplicante.

—¡Oh! ¡no lo crea usted!

Gilberta respondió con sencillez:

—¡No! me hubiera costado trabajo creerlo. Entonces, ¿qué proyecto tenía usted?

Enrique fijó en ella sus ojos llenos de ternura, y después, con su voz más penetrante, y sin embargo, en tono un poco bajo, para no asustar á la joven, dijo:

—Mi único proyecto era acercarme á usted, verla, hablarla, introducirme en su existencia, no permanecer extraño á sus alegrías y á sus penas, porque, Gilberta, yo amo á usted y no me era posible vivir sin amarla.

La joven se puso pálida y sin una palabra de protesta ó de repreche, sin gestos, sin llamadas, con una dignidad perfecta, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Pero Enrique llegó antes que ella, y colocándose resueltamente delante de la salida, dijo, con la cara ardiendo de emoción:

—No salga usted; se lo suplico. Si me deja usted en este momento, sin dejarme el medio de explicarme, de disculparme, de convencer á usted, de obtener su indulgencia, si no su perdón, soy perdido; no nos veremos más y eso es matarme. Gilberta, por Dios, oigame usted tan sólo. ¿Qué puede usted temer? ¿No está usted segura de mi respeto? ¿Duda usted de mi sinceridad?

Gilberta no respondió, pero le dirigió una mirada tan triste, que le hizo estremecer de dolor.

—Sí; ya he mentido otra vez..Esto es lo que usted piensa y lo que tiene la generosidad de no decir. Pero ahora, ¿cree usted que la engaño cuando me acuso? ¿Qué interés tengo en ello? ¡No me creerá usted loco! Cuando me arriesgo á enajenarme para siempre las simpatías de usted mostrándome tal cual soy, contando todo lo que me he atrevevido á hacer, es que quiero poner fin á una situación que no es digna de usted ni de mi. Continuando en

mi silencio hubiera podido seguir viniendo, tranquilo y dichoso, pero hace un momento he prometido á mi padre no disimular más y por eso arriesgo ahora una partida tan peligrosa para mí....

Entre todo lo que acaban de decir con tanta vehemencia, una sola cosa hirió con precisión el espíritu de Gilberta en medio de la extrema turbación que se había apoderado de ella; que Enrique estaba de acuerdo con su madre para dar aquel paso supremo. Sin juzgarle, le encontró menos culpable, menos audaz, á causa de aquella intervención tutelar de la familia. Se volvió lentamente, se sentó de nuevo al lado de la chimenea, y levantando de pronto la frente con movimiento gracioso y obstinado, dijo:

—Pero ¿cómo se llama usted? puesto que es preciso, al fin, que sepa quién es....

Por primera vez en su vida, dijo Enrique con humildad aquel nombre, verdadera llave de oro, que en la existencia ordinaria le abría todas las puertas y le conciliaba todas las buenas voluntades.

—Me llamo Enrique Tresorier. Mi padre es el enemigo del de usted.

La joven movió la cabeza y dijo:

—¡Ah! Ahora comprendo por qué se ocultaba usted de nosotros.

—Ya ve usted que mis motivos eran muy imperiosos, replicó Enrique con vivacidad, y que no podía hacer otra cosa que la que he hecho. Pronunciar mi nombre delante de su padre de usted, era poner fin á una intimidad que me parecía tan dulce; las circunstancias solamente me han inducido á disimular. Y se lo aseguro, no es ese mi gusto, en mi vida había, hasta ahora, ocultado la verdad.

La joven dibujó en sus labios una tímida sonrisa y dijo, no sin dulzura:

—¿Así, pues, yo soy la causa de la falta? Es justo, entonces, que tome mi parte en ella.

—¡Oh! Ya la ha tomado usted, puesto que la he mortificado, asustado; yo, que tanto hubiera querido no intervenir en su vida sino para proporcionar á usted la felicidad...

—¡Ay! ¿Por qué no se ha apartado usted de mí desde el primer momento?....

—Cuando supe su nombre, no era tiempo ya....

—¿No lo sabía usted cuando nos encontramos en Tolón?

—Lo supe por la noche, después de haber visto á usted todo el día; después de haber hablado, reído, bailado con usted en la plena libertad de espíritu y de corazón. Aterrado por la inesperada revelación que se me hacía, me marché sin aproximarme siquiera á usted para darla un adiós y resuelto á no verla más, comprendiendo las dificultades que habría de suscitarnos la hostilidad de nuestras familias..... Y vea usted qué consecuente he sido conmigo mismo.....No habían pasado quince días cuando me instalaba cerca de usted y pasaba horas enteras mirándola pasear por el jardín....Esa era mi única dicha...

La joven levantó hacia él sus hermosos ojos, y dijo dulcemente:

—Ya lo sospechaba yo....Algunas veces he prolongado, por eso, mis paseos....

Enrique prorrumpió en un grito de alegría, y cogiendo la mano de la joven:

—¡Oh! Gilberta, dijo: así pues, ¿tiene usted la indulgencia de perdonarme? ¿No me rechaza usted? ¿Quiere usted permitirme que la ame?

Gilberta retiró la mano, y después, dijo con gracia un poco burlona:

—Antes, es preciso que sepa si lo

merece usted: cuénteme lo que ha dicho á su madre....

—¡Pues bien! Hace algún tiempo se había observado en mi casa que todas mis costumbres habían cambiado y un poco también mi carácter....

—¿Se volvió usted malo?

—¡No: Estaba preocupado y triste. Mis padres me veían con inquietud, cuando la casualidad hizo que el día siguiente de aquel baile del Ministerio de Comercio en el que bailamos tanto y tan agradablemente—hablo por mi....

—¡Oh! yo disfruté la mitad del placer....Aquella noche es uno de los mejeres recuerdos de mi vida, tan tranquila y uniforme.

—Al día siguiente, previno á mi pedre uno de sus amigos que conoce al señor Courcier.....

—Y habría un interrogatorio molesto....

—Y una explicación franca por mi parte. !Oh! quemé mis naves; todo lo dije, el pasado, el presente y hasta me atreví con el porvenir. . Declaré á mi padre que amaba á usted, que nunca había amado sino á usted y que mi única y más querida ambición era hacerla mi mujer.....

Gilberta se sonrojó, pero no se bajó su mirada. Permaneció grave presintiendo muy bien todas las dificultades da la empresa y hasta dudando, en el fondo de su alma, de poderlas superar. Estaba, sin embargo, contenta de la actitud de Enrique; le encontraba valiente, leal, tal como había soñado en el secreto de su pensamiento al hombre á quien pudiese amar. Permanecia silenciosa, y Enrique inquieto por su actitud preocupada y ceñuda, preguntó:

—¿Y usted, Gilberta; consiente en aceptarme por marido?

—La joven le tendió la mano, con un movimiento resuelto y dijo, sonriendo con profunda ternura:

—Nos costará mucho trabajo reunir nuestros corazones, porque si usted ha tenido que sufrir por parte de su padre una resistencia de la que no me habla, sin duda para no afligirme, yo tendré que luchar terriblemente contra el mio, bien lo sabe usted; no le digo nada nuevo. Pero si usted me ama fielmente, acaso podremos triunfar de todos los obstáculos, y entonces yo le prometo, ¡oh, sí, con toda mi alma! que le indemnizaré con mi cariño de todo lo que haya sufrido por mi causa.

Se miraron, muy conmovidos por la solemnidad de las palabras que habían cambiado. Estaba de pie, enfrente el uno del otro y con los ojos brillante de lágrimas, pero muy felices y muy confiados. Enrique atrajo dulcemente á Gilberta y sin ninguna resistencia de su parte, rozó con sus labios la frente de la joven. Aquel beso fué casto y solemne como una promesa. Así lo juzgaron ellos, porque Enrique dijo en seguida:

—Ahora, Gilberta, es usted mía y no será más que para mí.

Ella bajó la cabeza en señal de asentimiento y respondió sencillamente:

—Sí.

—¡Pues bien! añadió Enrique, escuche usted todo lo que me falta decirla. El resultado de la conversación que he tenido con mi madre es de la mayor importancia. He conseguido que vea á usted, que la hable. Juzgue usted con que empeño he procurado que se decidiese á ello. Ponerlas á ustedes en contacto es para mi la mitad del éxito: la influencia de mi madre es inmensa. Cuando usted la haya ganado para nuestra causa, lo que es indudable, dados los encantos que usted posee y su bondad, seremos inexpugna-

bles por parte de mi padre. Ahora queda el de usted....¡Ah! Gilberta; si estuviese tan seguro de ver á usted triunfar de sus resistencias....

—Mi padre me ama tiernamente.

—Pero es ciego cuando se trata de sus opiniones.... ¡Y bien sabe Dios que va á ser sometido á una ruda prueba! ¿Cómo tomará mi metamórfosis? Habia abierto los brazos á un socialista.... ¿No cerrará su puertas al hijo de un amigo de los Príncipes? Porque Gilberta mía; yo soy uno de los que él sueña con suprimír.....

—En teoría: en la páctica es incapaz de querer mal á nadie.... ¡Pobre padre! siempre ha sido de los que padecen y jamás será, según creo, de los que pueden oprimir....

—En fin; el señor Courcier hubiera concedido sin vacilar la mano de su hija á Enrique Gervais, pero se la negará rotundamente á Enrique Tresorier....

—¡Oh! ¡cómo le va á contrariar saber quién es usted!

—¿Debo esperarle para revelárselo yo mismo?

—Guárdese usted de tal cosa. En el primer momento podría perder la razón y pronunciar palabras de las que no se olvidan.... Después de haber reflexionado será más moderado y más manejable.... Le conozco bien; ¡le he calmado tantas veces en sus cóleras y consolado en sus descepciones!.... ¡Ah! ¡qué pena que no sea usted verdaderamente Enrique Gervais! Todo se hubiera arreglado tan facilmente.

Enrique sonrió y dijo:

—Espero, mi querida Gilberta, que después encontrará usted algunas ventajas en que yo sea el hijo de mi padre....

La joven movió la cabeza:

—Comprendo lo que quiere usted decir; es usted, acaso, muy rico, eso es precisamente lo que me trastorna y entristece. Si usted fuera un joven pobre, como yo soy una pobre muchacha, sabría imponerme mejor la decisión de pertecerle.... No parecería que tenía otro móvil que mi cariño.... Mientas que esa fortuna me molerta un poco.... Se podrá creer que soy una ambiciosa y me sentiré menos libre para defender mi dicha.

—Acépteme usted rico, como me hubiera aceptado pobre, Gilberta, dijo Enrique tiernamente. No es culpa mía si hay tanto dinero en mi casa. Yo no he hecho nada para ganarlo. Soy un hombre de negocios bastante mediano y en realidad no hubiera tenido grandes necesidades, porque soy sencillo en mis gustos; pero prometo á usted que daré mucho dinero por sus manos á los que sufren, para que se me perdone el poseer más de lo que es justo.

Se echó á reir y dijo:

—Quisiera que su padre de usted estuviese allí: vería que soy tambien un poco socialista....

—¡Oh! usted es generoso y bueno y me gusta todo lo que le oigo decir.... Pero es muy tarde; es preciso que se vaya usted, porque mi padre puede volver y sería violentarle si le encontrase aquí.... Su madre de usted quiere verme; ¿cómo haré para encontrarla?....

—¿Asustará á usted ir mañana á la calle de Presburgo con Rosalía?....

—Intimidarme, un poco.... pero asustarme, nó.

—Entonces voy á anunciar su visita y mamá la esperará.... Deje usted su explicación con el señor Courcier para la noche, si es posible, á fin de tener toda su libertad de espíritu durante el día.

—¡Qué precupado está usted por el efecto que pueda producir!

—Si nada la turba, si es usted... usted misma, ¡oh! entonces estoy

tranquilo; obtendrá usted todos los sufragios.

—¿Su padre de usted estará en casa?

—No; no está nunca durante el día.

—¿Y usted?

—Me parece más correcto no parecer por allí. Se encontrará usted sola con mamá.... Y verá usted Gilberta mía, que mujer tan perfecta y adorable.... Todavía muy hermosa, aunque el gandulón de su hijo la envejece un poco.... Pero sobre todo, amable y benévola....Usted la amará, estoy séguro.... Y ella tambien tendrá que amar á usted.....

Gilberta sonrió y señalando el reloj, dijo:

—Vamos Enrique; es preciso separarnos.

—¡Es verdad! Me estaría aquí hasta la noche si usted no me despidiese.... No me doy cuenta de que pasa el tiempo, tan dulce es para mí estar cerca de usted....¡No separarnos más, Gilberta, nunca, nunca! Sera una felicidad tan grande, que me pregunto si llegaremos á realizarla.

—¿Ya duda usted del éxito?

—A fuerza de desearle.

—Hombre de poca fe, y sobre todo, de poca obediencia; hay que marcharse....

—Sí; y no puedo decidirme á ello. Si una vez fuera de aquí no pudiese volver, ni ver á usted más..... Tengo el corazón apretado como por el presentimiento de una desgracia.

La joven fijó en él sus ojos tranquilos y francos.

—¿Me olvidaría usted, dijo, si no me volviese á ver?....

—No, Gilberta; pero sería muy desgraciado.

—Yo también sería muy infeliz, por mí y por usted.....Acaso consintiera en sufrir sola....Pero saber que usted sufría como yo y por mi causa, creo que me daría el valor necesario para afrontarlo todo á fin de poner coto á su pena....No dude usted, pues Si.... me ama verdaderamente, nada podrá separarnos, sino nuestra voluntad.

—¡Que si amo á asted!....

—Hasta la vista, entonces.

—Hasta la vista.

Se estrecharon largamente las manos y pareció que en aquel apretón de sus dedos temblorosos, cambiaba sus corazones.

VIII

La tormenta que Gilberta y Enrique habían resuelto retardar hasta el día siguiente por la tarde, después de la visita á la calle de Presburgo, estalló de improviso aquella misma noche. Al volver Courcier á las seis de la Cámara, solamente en su paso irregular y en su manera brusca de cerrar las puertas adivinó la joven que su padre no se encontraba en su estado ordinario de espíritu. Por lo demás, apenas entró en el gabinete para dejar sus papeles, pasó á la sala, y sin tomarse tiempo para decir buenas noches, se apoyó en la chimenea con aire trágico y exclamó:

—¡Bonitas cosas he sabido hoy, hija mía! Verdaderamente, cree uno ser perro viejo, haber visto mucho y estar á la defensiva, y está expuesto á pesar de todo á las peores sorpresas.....Nuestro vecino, ese joven, ese Gervais, que se decía tan buen republicano, que subvencionaba mi periódico y que se hacía mi discípulo, mi satélite..... Ah! ¿Sabes quién es?

Gilberta palideció de dolor y de inquietud, y con voz alterada respondió:

—Pero, papá....

—¡No, tú no puedes sospechar una cosa así! La realidad va más allá de toda previsión, de toda suspicacia....Parece que está uno soñando.....Ese joven no se llama Gervais, es un reaccionario furioso, no ha puesto *El Partido revolucionario* á mi disposición más que para perderme, se ha unido á mí para espiarme....Es un polizonte, un canalla, y para decirlo todo, el hijo de mi peor enemigo: el barón Tresorier.

Gilberta prorrumpió un ¡oh! que tanto podía pasar como una protesta que como una acusación, y temblorosa, no abrió los labios. Su padre andaba á largos pasos y amenazaba al techo con sus brazos furiosamente agitados.

—¡Quién comprende semejante aventura! ¡Y yo he caído como un imbécil en las redes de ese malvado!....Tenía el aire tan cándido, tan convencido.... y después, pagaba. ¿Hase visto cosa semejante? ¡Pagaba! Yo mismo le he visto sacar treinta mil francos del bolsillo, como yo sacaría cincuenta céntimos....¿Y para qué? Sí, ¿para qué? Evidentemente para embarcarme en algún mal asunto y perderme..... ¿Piensas tú que se dan treinta mil francos así como así, para nada, por el gusto de gastarlos? El mejor día me hubiese visto maniatado, á merced de esos innobles realistas, que hubieran tratado de convertirme en un traidor á mi partido. ¡Ah! ¡No me conocen! ¡Antes la muerte! sí, ¡la muerte!

Estaba rojo como la púrpura y su larga barba, erizada por el furor, presentaba unas puntas como dardos. Hizo un ademán á lo Danton y rompiendo en una carcajada, exclamó:

—¡Ah! pero ya he descubierto la mina....Ahora, que vengan; aquí me encontrarán!

Un poco aliviado por aquel desahogo furioso, anduvo menos bruscamente y sin vociferar. Entonces Gilberta se arriesgó á preguntar:

—Pero, cómo has sabido....

—¡Oh! De la manera más sencilla....Había sabido que en la prefectura de policía había hecho mucho efecto el gran artículo que publiqué hace dos días, titulado: *La revolución y los agentes provocadores*.... Hoy he encontrado á Marvejouls, empleado en el despacho del prefecto; me paró en la galería de la Paz y me dijo: Vamos á ver, Courcier; ¿es una guerra á muerte la que usted nos declara?—Sí, respondí; ya lo sabe usted, nada de treguas.—Entonces él replicó:—Eso no es amable; abusa usted de nuestra complacencia, porque si quisiéramos hundirle, lo haríamos con una sola palabra.—¡Cómo hundirme!—Sí. Bastaría hacer publicar por uno de nuestros amigos de dónde viene el dinero de su periódico de usted....Entonces, tú me conoces, la sangre se me subió á la cabeza y me puse á gritar: ¡De seguro no viene de ustedes! ¡No! ¡Nada de fondos secretos! ¡Yo no cometo tal bajeza!....El imbécil se permitió mofarse y me respondió:—Usted prefiere el dinero de los jesuitas y de los orleanistas.—Dí un salto:—Explíquese usted, si no..... —Entonces me sopló al oído que mi comanditario no se llama Gervais, sino Tresorier; que es esto, que hace lo otro.... todo lo que yo sabía tan bien como él, y me dejó petrificado al pie del busto de Mirabeau, que parecía burlarse de mí....¡Aquí tienes cómo lo he sabido! ¿Cabe imaginar una combinación más tortuosa ni más pérfida? ¡De los jesuitas, sí; tenía razón Marvejouls, y de los orleanistas! ¡Bien se ve su marca de fábrica! Pero esto no puede quedar así; en cuanto Gervais, ó mejor dicho, el hijo de Tresorier, cai-

ga en mis manos; ¡yo le haré saber si es permitido burlarse impunemente de un discípulo de Blanqui!

—Pero, padre mío, replicó Gilberta dulcemente; ¿es seguro que el señor Tresorier ha tenido proyectos tan maquiavélicos?.... Acaso la verdad sea mucho más sencilla de lo que te han dicho y de lo que tú crees....

Courcier se detuvo bruscamente, y plantándose delante de su hija, con la mirada severa y ceño fruncido, dijo:

—¿Qué significan esas palabras?.... Explícate.....sin reticencias ..... ¿Sabes algo? ¿Ese Gervais te ha hablado?

—Sí, papá mío; hoy mismo.

—¿Y qué te ha dicho?

Gilberta permaneció silenciosa, pero su silencio estaba tan lleno de revelaciones, que Courcier vió claro en un instante, y todos los velos se descorrieron para él. La conducta de Enrique resultó explicada y se hizo racional y lógica, pero no más satisfactoria para el padre de familia y tan comprometedora como antes para el hombre político. Después de un instante de reflexión, durante el cual la situación se desenvolvió en su mente hasta las más remotas consecuencias, Courcier creyó necesario interrogar á su hija, y dijo con mucha calma:

—Así, pues, era por ti, por quien se acercó á nosotros....

—Sí, padre mío.

—Pues bien, hija mía; por cambiar de objeto no es menos reprensible la conducta de ese hombre, porque además del daño que su ingerencia en mis asuntos me ha causado, existe el que su intrusión ha podido causarte. Pero ¿ha tenido la audacia de declararte sus sentimientos?....

—Preciso ha sido. Debo decir que se ha explicado con una perfecta conveniencia.....

—¿Y cuál ha sido su conclusión?

—La única, padre mío, que podía ser admisible: me ha expresado el deseo de casarse conmigo....

Courcier exclamó con furor:

—¡Tú! La hija de Courcier, casarse con ese aristócrata?

—¿Acaso te opondrías á ello, padre mío?

—No tendría necesidad de mezclarme en el asunto para que todos esos hermosos proyectos viniesen á tierra, dijo Courcier con amargura. ¡Verás lo que piensa de ellos la familia Tresorier! ¿Gilberta Courcier nuera de la señora baronesa?..... ¡De una mujer que exhibe armas nobiliarias en la portezuela de su coche, que es amiga de la madre del pretendiente y que preside la asociación de propaganda del Sagrado Corazón? ¡Ah! mi pobre hija; tú verás lo que somos nosotros para esa gente.... ¡Su hijo, el joven Tresorier! ¡Una princesa les parecería poco! ¿Sabes que el barón tiene más de un millón, doscientos mil francos de renta ganada en la Bolsa, que es el oficio más degradante que existe? ¿Y todo ese dinero iba á ser para la hija de Courcier? ¡Vamos!..... En primer lugar, yo no querría.... ¡Pero no tendré el trabajo de negarme! no se nos ofrecerá semejante cosa...

—Entonces, papá, ¿qué significan las palabras del señor Tresorier? ¿Qué oculta su petición?

—¡Un lazo! Un lazo innoble y muy usado á fuerza de haber servido. El de todos los seductores que, antes, dan palabra de matrimonio y después....Hija mía, te he dado una educación viril; conoces las dificultades y los peligros de la vida y tu virtud está iluminada por tu inteligencia.... Puedo, pues, hablar sin herirte.... No tengas confianza alguna en las promesas que te haya

hecho..... Son otras tantas mentiras....frases de hombre corrido.... subterfugios del antiguo régimen.... Ese caballero se ha dignado fijarse en una hija del pueblo y con esa proletaria todo es permitido; ¡son juegos de gran señor!.... Estate en guardia; no te dejes convencer, porque no tendrías bastantes lágrimas para llorar tu desengaño.... Por lo demás, ya estoy sobre aviso y me encargo de dar buena cuenta de esa galante ave de rapiña si se atreve siquiera á pasar por delante de mi casa. ¡Tan verdad como que todos los hombres son iguales; si le atrapo, le rompo la cabeza!

Gilberta hubiera podido traer á su padre á un concepto más justo de la situación revelándole las intenciones de la señora de Tresorier, pero creyó prudente no decir nada. Dado el estado de su espíritu, Courcier tenía que apreciar torcidamente la intervención, tranquilizadora sin embargo, de la baronesa. ¡Quién sabe si se hubiera opuesto á la entrevista proyectada y hubiera hecho así muy improbable la realización de los planes de Enrique!.... La joven hizo lo que tenía por costumbre cuando su padre, quejoso de su suerte, agriado por el éxito de un camarada ó exasperado por algo que él consideraba como una injusticia, echaba rayos y truenos y consumía la cólera en palabras violentas. Presentó la espalda á la tormenta y la sufrió sin quejarse. Estaba ocupada en algo delicioso que le permitía no prestar atención á las amargas amplificaciones de su padre; reproducía en la memoria aquella hora encantadora en la que Enrique le había declarado su amor. Veía la cara conmovida del joven; oía sus palabras acariciadoras; observaba sus ademanes, sus impaciencias, sus desfallecimientos; le contemplaba arrodillado delante de ella y sentía aún en la mano el dulce contacto de sus labios. Courcier podía tronar, amenazar; Gilberta no le oía. Su espíritu flotaba por las encantadas regiones del ensueño, en alas de su amor venturoso.

A las dos de la tarde siguiente, la señora de Tresorier estaba en su saloncillo del primer piso, en el que no recibía más que á los íntimos y donde se veían sus magníficas colecciones de marfiles chinos, la *Virgen* de Holbein y el *San Miguel* de Francia, cuando la doncella, que estaba ya advertida, anunció discretamente que la señorita Courcier estaba allí. La baronesa dió orden de que entrase y con una emoción que la extrañó, pues el trato del mundo le había hecho perder la costumbre de tales agitaciones, esperó la entrada de la joven. Vestida con sencillez pero no sin elegancia; deliciosamente adornada con una capotita negra que realzaba su tez rosada y su cabello rubio, Gilberta avanzó con aire tímido, nuevo aliciente de su gracia. Su sonrisa, un poco inquieta, parecía implorar, pero sus ojos límpidos y dulces fulguraban ya la esperanza.

La señora de Tresorier se adelantó dos pasos hacia la visitante, la tendió la mano y atrayéndola hacia un sofá la hizo sentar á su lado y la envolvió en una mirada observadora, como si quisiera penetrar en su pensamiento. En seguida dijo, con una voz que recordó á la joven el timbre de la de Enrique:

—Doy á usted las gracias, señorita, por haberse tomado la molestia de venir; estoy muy contenta de ver á usted, de hablarla, porque aun no conociéndola, no debe usted dudar que está muy cerca de mi corazón....

—Sí, señora, dijo Gilberta; lo sé y crea que me acerco á usted con confianza, protegida por una afección

á la que no puede usted ser indiferente.

Mientras estaba hablando, la señora de Tresorier la observaba y admiraba la distinción de la joven. Ninguna disonancia en sus palabras, cuyo tono respondía al concepto; su aspecto era perfecto; nada de gestos, y una placidez de fisonomía que anunciaba una conciencia limpia y un espíritu recto. «Esta muchacha es verdaderamente extraordinaria, pensó la baronesa. ¿Qué milagro ha hecho brotar esta azucena regia en el estiércol democrático del ciudadano Courcier? Nuestras hijas de buenas casas tienen con frecuencia maneras y apostura de chalequeras, mientras esta bonita plebeya sólo parece fuera de su sitio en casa de su padre..... No me extraña el ardor de ese diablo de Enrique; su novia es encantadora.» Pero viendo que la joven permanecía un poco violenta por aquel silencioso examen, reanudó la conversación:

—¿Qué edad tiene usted, hija mía?

—Veinte años, señora.

—¿Y vive usted sola con su señor padre?

—Sí, señora, y con la antigua doncella que que me ha educado.... Tuve la desgracia de perder á mi madre siendo muy pequeña.... Mi padre ha hecho sus veces como mejor ha podido, y verdaderamente me ha querido por él y por ella.... Nunca nos separamos.

La baronesa encontró muy bien que Gilberta elogiase á Courcier delante de ella y en la casa donde todo tenía que serle hostil. Vió que estaba en presencia de una mucha fiel y valerosa y la aprobó con una mirada.

—Sin duda se debió á esa circunstancia la presencia de usted en las fiestas de Tolón....

—Sí, señora; mi padre no quiso que estuviera tanto tiempo lejos de él. Así es como....

Se sonrojó y no acabó la frase; pero la señora de Tresorier la completó por ella:

—Como se verificó el encuentro de usted con mi hijo.... Ustedes no se conocían y esto favoreció su simpatía mutua....

La señora de Tresorier sonrió, y añadió en seguida muy despacio:

—Pero yo atribuyo á usted, acaso con error, sentimientos que.... Enrique me ha dicho que ama á usted; pero yo no sé si usted ama á Enrique....

Gilberta se puso preocupada, bajó la cabeza, y dijo con gravedad melancólica:

—Acaso esa sea para mí una gran desgracia. Pero no ha dependido de mi voluntad el evitarla.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y con voz temblorosa continuó:

—Ya he disgustado gravemente á mi padre, y no estoy segura, señora, de no desagradar á usted. Por de pronto, si usted me acoge con tanta indulgencia, no es por su plena voluntad.... Juzgue usted si debo sentir más tristeza que alegría y dígame si no hubiera sido mejor para todos nosotros que su hijo no me hubiera conocido.

—¡No, no! hija mía; no lo creo así, respondió la señora de Tresorier. Todo cuanto dependa de mí para evitar á usted una pena, lo haré, me comprometo á ello. Por cariño á mi hijo estaba dispuesta á acoger á usted favorablemente, pero ahora que la he visto, que la he hablado, que he empezado á penetrar en su pensamiento, conozco que va usted á agradarme por su propia cuenta.... Si esto puede tranquilizarla y alegrarla, lo declaro con toda franqueza, encuentro á usted encantadora, señorita Gilberta, y de quien quiera

que sea usted hija, no veo má sque ventajas en que entre en mi familia.... No proteste usted, hija mía; no quiero decir nada contra el señor Courcier.... Hago constar tan sólo que las malditas disensiones políticas que han surgido entre él y nosotros, son los únicos obstáculos que tendremos que vencer, pues por lo demás, la cuestión del mundo y de la fortuna no es nada á nuestros ojos y aceptaríamos á usted tal como es, con su juventud y su belleza.... Ahora bien; yo sé á qué atenerme respecto de mi marido, pero ignoro lo que podemos esperar de su padre de usted....

—¡Ay! Nada bueno, señora; lo temo. Y esto me desespera mucho más ahora que estoy en el caso de apreciar la amplitud de ideas de usted y la generosidad de su corazón.... Es verdad que cuanto ha dicho ha sido en el primer ímpetu de su cólera y que se le calma facilmente..... Sin embargo, la cuestión es de las que tienen que encontrar en él más resistencia.

La baronesa hizo un ademán de mal humor, y con alguna irritación contestó:

—Sería gracioso que él se defendiese cuando nosotros capitulamos y que, habiendo cometido tantas faltas para con nosotros, quisiese aún permitirse la de tenernos á distancia.

—¿Ve usted, señora, dijo Gilberta, qué falso es el terreno en que nos hemos metido? Usted, tan buena y tan resuelta á la conciliación, pierde ya la calma.

—Es verdad, hija mía; y eso es muy ridículo en mí, respondió la baronesa, ya tranquila. No es justo afligir á usted, que es la víctima inocente de todas estas discordias tan vanas y tan mezquinas....

—¡Oh! señora; oiría con gusto las recriminaciones y aceptaría las repulsas si de eso hubiera de resultar una pacificación final. No creería haber pagado muy caro un acuerdo al precio de muchas contrariedades....Pero me encuentro impotente para obrar con eficacia.

—Sin embargo, su padre de usted la quiere.

—Tiernamente.

—La ha educado á usted bien.....

—Lo debo, señora, á los cuidados de que él me ha rodeado. Usted puede juzgar mejor que yo del resultado.

—Es excelente, ó yo me engaño mucho. Pues bien, ese padre previsor y cariñoso debe desear que usted sea feliz....y á menos que no ponga el triunfo de sus principios y la satisfacción de sus rencores por debajo de la dicha de usted, me parece que le será difícil privarla de una alianza que todos los padres desearían para sus hijas....

—Lo espero, señora.

—En fin, querida niña, ¿no ha contrariado hasta el presente las ideas de usted? ¿No le ha impuesto alguna vez las suyas?

—No, señora; me ha dejado absolutamente libre; jamás me ha hablado de política, ni de religión. Siempre me ha dicho: «Quiero que cuando seas mayor puedas elegir con conocimiento de causa y decidirte por lo que más te agrade....»

La señora de Tresorier, al oir estas palabras, paraciò asaltada por una inquietud repentina. Dejó oir una tos nerviosa y sonrió, pero ya no con expansión. Una contracción involuntaria crispó sus facciones y pareció dudar, como si temiese dar forma al pensamiento que encerraba en su mente. Por fin preguntó con voz un poco alterada:

—Sin embargo, ¿ha dejado á usted cumplir sus deberes para con Dios?

Gilberta dirigió á la señora de

Tresorier una mirada en la que centelleaba el candor y respondió sencillamente:

—Señora, tenía un año cuando perdí á mi madre, y todo lo ignoro en religión. A excepción de mi antigua doncella, nadie se ha tomado el trabajo de guiar mi conciencia. Soy una ignorante completa, lo confieso ruborizada delante de usted, pero soy demasiado sincera para ocultarlo.

—¡Cómo! exclamó la señora de Tresorier con estupor: ¿Nada de religión? ¿Nada de creencias? ¿La indiferencia absoluta?....Pero, hija mía, los salvajes que los misioneros encuentran en el desierto no tienen el alma más cerrada.... ¡Veinte años y sin religión! ¿Es posible? ¡Pero eso es un crimen!

—¡Oh! señora....contestó Gilberta, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Perdóneme usted, querida niña. Yo me exalto....¡Es esta una sorpresa tan grande y tan dolorosa para mí....Pero, vamos á ver; no es posible que esté usted completamente fuera de la Iglesia... ¿Ha sido usted al menos bautizada?

—Sí; señora....

—¡Ah! ¡El cielo sea loado! exclamó la señora de Tresorier como aliviada. ¡Siquiera es un sacramento! y no está usted como un perro ó un gato....¡Pero hasta los veinte años lejos de la luz, sin creencia buena ó mala, ni aun herética!....En fin, todo se puede reparar.... Veamos; cuénteme usted....explíqueme

—Es indudable, señora, que si mi pobre madre hubiera vivido, hubiera yo seguido su religión sin que mi padre pusiese obstáculos....Ella era piadosa y papá la dejaba en completa libertad. Respecto de mí, hubiera sido preciso que él rompiese su neutralidad y no ha querido...

—Y usted, querida niña, ¿no ha pedido nunca hacer su primera comunión, aprender el catecismo, como sus amigas?

—Nunca las he tenido, señora; siempre he vivido muy aislada..Mi padre, que no es de París, nunca ha entablado relaciones más que de política ó de negocios. Solamente á los quince años he tenido compañeras en el liceo, al que he asistido como externa para completar mi educación.

—¡Al liceo! exclamó la baronesa fijando en Gilberta miradas de consternación. ¡Naturalmente; esto no podía faltar!.... ¡Al liceo de niñas!....¿Y qué han enseñado á usted en esa casa, hija mía?

—¡Oh! aquellas señoras eran muy buenas, dijo la joven, y todo lo que nos enseñaban era excelente.... Sería una ingratitud no reconocerlo....

—Pero ¿qué principios han dado á usted? ¡Qué! ¡La escuela sin Dios; las niñas sin religión! ¿Pero qué mujeres serán despues? ¿Qué madres? ¡Sí! Esas desgraciadas tendrán á su vez hijos, y no les enseñarán á juntar las manos para decir una oración, y no les mostrarán el cielo, y no les hablarán de la Virgen ni de Jesús....Les ocultarán los más hermosos ejemplos de abnegación y de caridad que se conocen.... ¡Querida hija mía; eso es monstruoso! ¡No! no puedo discutir con calma semejantes cosas....¡Ah! yo no me esperaba muchas dificultades y terribles sorpresas, pero lo que acabo de descubrir excede á todo lo que pudiéramos temer....¡Sin religión! Pero al menos, veamos, dígame, ¿no la tiene usted horror?

La baronesa, mientras hablaba, se había acercado á Gilberta; la había casi cogido en sus brazos y la interrogada con un ardor en el que se veía ya el proselitismo.

—¿Cómo he de tenerla horror?...

La tumba de mi madre tiene una cruz grabada en la piedra y me arrodillo siempre delante de ella cuando voy á llevarla flores....Mi vieja Rosalía, cuando yo era muy pequeña, me enseñó una oración, la única que conozco, para pedir que mi querida madre reposase en paz....Esta oración se dirigía al cielo, á un sér que yo desconocia, pero al que invocaba para que fuese indulgente con aquella cuya desaparición me llenaba de pena. Usted lo ve, señora; la religión no puede ser repulsiva para mí, puesto que ha estado mezclada á mis fervores instintivos y á mis recuerdos más tiernos.

—¡Bendito sea Dios! Nosotros la salvaremos y de este modo será usted aún más la predilecta de mi corazón. Pero, hija mía, es preciso que usted reflexione sobre lo que acabamos de decir: todo esto es grave y no debe ser tratado ligeramente. Se le presenta á usted una modificación moral considerable, y conviene que usted la acepte, ¿qué digo? que la desee con ardor. No quiero que hablemos de esto más tiempo, porque temo no dejar á usted bastante libertad....

La señora de Tresorier, que había recobrado toda su sangre fría, tocó con su blanca mano la mejilla de Gilberta, y dijo muy afectuosamente:

—¡Ah! pagana, usted no ha adorado nunca más que á la naturaleza.... y no ha pensado en el que la creó.....Pero, ¿á quién atribuyen esa obra sus maestros de usted? ¿A la casualidad?

Gilberta sonrió y un relámpago de malicia brilló en su mirada.

—¡Oh! á la casualidad no, señora. ¿Cómo creer eso? A transformaciones sucesivas de la materia....

La baronesa le puso la mano en la boca, y dijo riendo:

—¡Pequeño monstruo, cállese usted! ¡Está usted blasfemando! ¡Ay! ¡No se les habla de Dios y se les predica Darwin! ¡Vamos! Separémonos....Hemos hablado demasiado para poder dormir esta noche..... Quiera Dios que nuestro sueño sea mañana más tranquilo.

La baronesa se levantó y acompañaba á Gilberta, cuando al pasar por una de sus hermosas vitrinas llamó su atención un objeto. Era un librito encuadernado en tafilete violeta con flores de oro, cerrado por un broche en forma de cruz. La señora de Tresorier se detuvo, abrió el mueble, y cogiendo el volumen, se le ofreció á la joven.

—Tome usted, hija mía; no quiero que se vaya con las manos vacías. ..Llévese este libro: tiene un valor histórico que usted apreciará, porque perteneció á Mme. Isabel, hermana de Luis XVI, y en él leía en el Temple esperando la muerte.... Pero tiene también otro valor moral; es la *Imitación de Jesucristo*.... Léale y encontrará en él todavía las huellas de las lágrimas de la noble mártir á quien ayudó á sufrir con resignación....Es la obra más bella que ha salido de manos de los hombres....En él aprenderá usted á conocer lo que la han dejado ignorar.

Gilberta recibió el precioso volumen con mano un poco temblorosa. Tímida, balbuceaba una fórmula de agradecimiento, cuando la señora de Tresorier la atrajo hacia su pecho con un movimiento maternal y la abrazó con ternura. Se abrió la puerta, la joven, toda turbada, vió en una banqueta de la antecámara á la vieja Rosalía que la esperaba, y después de dirigir á la madre de Enrique el último ademán de despedida, se alejó.

IX

Oculto tras una cortina de la ventana de su cuarto, Enrique observó la llegada de Gilberta y con el corazón palpitante gozó de aquel espectáculo delicioso para él; la entrada en aquella casa de la que amaba. Este primer acto de una posesión, que en su pensamiento debía ser definitiva, pues él no admitía que la señorita Courcier pudiese no ser suya, había sido preparado por él con una perseverancia que no le era habitual. Su indeferencia y su molicie ordinaria se habían trocado en decisión y atrevimiento. Se sentía apercibido á la lucha y no dudaba de la victoria. Al oir el apagado ruido de idas y venidas en el hotel, se dijo: ya sube la escalera principal; ya llega al saloncillo; ya entra y se encuentra delante de mamá. ¡Con tal que no esté demasiado asustada!.... Quizo aguzar el oido, pero no oyó nada más; entonces se puso á pasear para entretener el tiempo, desde la puerta hasta la chimenea, con la vista en el reloj y obsérvando con alegría que la entrevista se prolongaba. Al cabo de tres cuartos de hora, un vago movimiento, el ruido de una puerta al cerrarse, pasos ligeros en el vestíbulo, le advirtieron que la visita terminaba. Se acercó al balcón y vió á Gilberta que atravesaba el patio, en compañía de su doncella: iba con la cabeza un poco inclinada y como embargada por graves reflexiones. La portera abrió un postigo y Gilberta desapareció. Enrique, repentinamente triste, sin sabér por qué, permaneció cerca de los cristales mirando la arena del patio, con una sensación de frío en el corazon. Aquella impresión era tan penosa, que quiso sustraerse á ella, y lanzándose fuera de su cuarto se dirigió al de su madre.

La baronesa estaba sentada con aire pensativo al lado de la chimenea en el sitio en que la dejó Gilberta. Levantó la cabeza al ver entrar á su hijo, y adivinando su impaciencia, dijo:

—Acaba de salir, hijo mío....¡Ay! ¡Qué encantadora es:

—¿Por qué «¡ay!» mamá?

—¡Ah! amigo mio, porque todo cuanto pudieramos temer de su horrible padre, es nada, comparado con lo que acabo de saber.

—Pero.... ¿qué?

—¡Qué no tiene religión!

Enrique hizo un gesto que podía muy bien significar, ¿y no es más que eso? porque su madre añadió en seguida:

—¿Qué podria ocurrir más grave?

—¡Por favor, mamá; no exageremos. Efectivamente, eso es muy serio, pero no irremediable. Y desde luego es infinitamente preferible á que tuviese una pierna rota....

—¡Qué horror! exclamó la baronesa escandalizada. He aquí cómo pensais ahora.... ¿Y es mi hijo el que habla de ese modo?.....

—Vamos, mamá, dijo Enrique; te lo suplico, no tomemos las cosas á lo Torquemada.... Sabes muy bien que no tengo ideas subversivas, pero, sin embargo, he adelantado con mi siglo.... Un poco de liberalismo no sienta mal.....Seamos tolerantes.....

—Pero, en fin, ¡tú no pensarás casarte solamente en la alcaidía!..... ¿No es verdad? Ni con una muchacha que á penas está bautizada.... si lo está.... Ella lo asegura, pero...

La señora de Tresorier no terminó la frase; la palabra expiró en sus labios, porque la puerta del salón se abrió y entró su marido. La madre y el hijo cambiaron una mirada ansiosa. La aparición del barón les puso instantáneamente de acuerdo.

—¡Y bien! ¿qué sucede? preguntó

el barón adelantándose, ¿os calláis cuando yo entro? ¡Parece que disputábais! ¿Son aún las historias absurdas de este caballero las que introducen aquí la turbación? Vamos á ver, ¿qué pasa? Quiero que se me explique.....

La baronesa se creyó en el caso de decir la verdad.

—He tenido la curiosidad, que tú me perdonarás, de conocer á esa joven....Ya sabes....

—¿La señorita Courcier?

—Sí; la he rogado que viniese á verme y acaba de salir de aquí.

—¡Bueno! ¿Y cómo la has encontrado?

—¡Encantadora, amigo mío, completamente encantadora!....

—¿Que me dices?....

—Solamente que he quedado enteramente contrariada porque en el curso de la conversación he averiguado que no ha cumplido ninguno de sus deberes religiosos....

La baronesa esperaba una explosión, pero su marido no pestañó. La miró tranquilamente, y dijo:

—¿Y qué te asombra en eso?

—¡Cómo! balbuceó la señora de Tresorier; ¿no estas indignado?

—¡Indignado!.....¿De qué? Eso era de esperar. Vais á buscar la hija de un canalla y os quedáis estupefactos porque no es un ángel.... ¡Es gracioso!

Al oir esta conclusión, Enrique, que empezaba á animarse viendo á su padre mucho más moderado de lo que esperaba, se dejó caer en un sillón y se apretó desesperadamente la cabeza con las manos.

—¡Enrique! exclamó la baronesa, y volviéndose hacia su marido, añadió: ¡No vez la pena que causas á este muchacho!....

—¿Piensas que le voy á ocultar la verdad? Le trato como á un hombre. Se ha metido en una aventura que no le producirá más que males.... Quiero salvarle, antes de que sea ya tarde....

Enrique bajó las manos y mostró una cara cuya palidez y cuya tristeza alarmaron dolorosamente á sus padres. En seguida dijo con voz firme:

—Mi padre quiere tratarme como á un hombre y se lo agradezco. También yo hablaré como hombre. Sin culpa alguna por mi parte; por el solo efecto del azar, he encontrado á la señorita Courcier, la he amado, y la considero como inocente de las malas acciones que podéis achacar á su padre. Os pregunto, pues, á los dos, si queréis contribuir á asegurar mi dicha haciendo todo lo que dependa de vosotros para que se allanen las dificultades contra las cuales voy á estrellarme. Sin vosotros, no puedo lograr nada; con vosotros puedo esperarlo todo. Tenéis en mí un hijo respetuoso. Hasta hoy jamás os he causado una pena, que yo sepa, y en todo caso habría sido involuntaria y os pediría sinceramente perdón. Me queréis mucho, no puedo dudarlo, porque me habéis dado de ello muchas pruebas; y no podéis desear que sea desgraciado. Sed, buenos, pues, conmigo hasta el punto de ayudarme á sacar á esa joven de la mala atmósfera en que se encuentra; á educar su alma como se ha educado su pensamiento; á hacerla, en fin, tan perfecta en lo moral como lo es en lo físico. Os lo suplico, no rechacéis el ruego que os dirijo, olvidad vuestras prevenciones, prescindid de vuestros prejuicios. Sed para la que amo tan indulgentes como habeis sido para mí, y toda la vida la pasaré en demostraros, con más cariño todavía, el agradecimiento que llenará mi corazón....

Dominado poco á poco por una emoción creciente, Enrique pudo apenas articular las últimas pala-

bras. Las lágrimas acudieron á sus ojos y ahogado por los sollozos, permaneció mudo ante sus padres, que sentados juntos, miraban con estupor á aquel hermoso joven, del que estaban tan orgullosos y que parecía encontrarse en el último grado de la desesperación. Les parecia que aquella existencia tan cuidada, tan dichosa, tan brillante, caia de pronto en ruinas. La madre no pudo resistir más tal espectáculo; cogió la mano de Enrique, y atrayéndole hacia ella, dijo:

—Vamos á ver, Enrique; no vayás á ponerte malo.... ¿Ves? estás tembloroso.... Abrázame.... ¿Acaso te hemos dado jamás una pena tu padre ni yo?.... No tenemos más que á ti en el mundo, bien lo sabes.... ¿Qué sería de nosotros si te viésemos desgraciado?.... Tu padre va á encontrar un medio de arreglar todo esto.... Tranquilizate.... Ya sabes que es hombre al que nada se resiste cuando quiere formalmente una cosa.... El tendrá piedad de nosotros.... ¡Es tan bueno!

Viendo á su mujer pasarse de este modo al enemigo, ante sus ojos, y dejarle solo en su campo, el barón hizo un ademán de descontento.

—¡Esa es buena! ¡Así tenía que acabar esto! ¡La madre y el hijo aliados contra mí! ¡Diablo! hija mía; no tienes caracter.... No puedes ver llorar á este gandulón durante cinco minutos sin volverte loca.... ¿Qué puedo hacer ahora para resistir su obstinación? ¡Voy á parecer un tirano, y bien sabe Dios que no tengo semejante vocación!

Y empezó á pasearse por el saloncillo, contrariado, perplejo, pero ya tranquilo. Al cabo de un instante se detuvo delante de la madre y el hijo, que estaban abrazados para consolarse de sus recientes y comunes angustias, y preguntó con aire regañón:

—¿Y es muy bonita esa chiquilla?

—¡Oh! papá, ¡si la vieras!....

—¡Su sangre es mala! No me fío.... ¡Nos hará andar en un pie!.... Ya ha empezado por de pronto.

—Pero es dulce, buena, encantadora....

—Antes, todas son así; pero después.....

—En cuanto hables con ella cinco minutos, la adorarás.... Aquí tienes....mamá....

—Tu mamá no está tan entusiasmada....¡Eres tú el que la vuelve del revés!..

—Sí, amigo mio, dijo la señora de Tresorier; es verdaderamente deliciosa....Creo que nos haria honor....Y tú, que eres tan aficionado á todo lo bello....

—¡Eso está bien! ¡Ahora salimos con otra canción! ¿Qué apostamos á que va á ser preciso meter á esa joven en nuestra falilia á titulo de objeto de arte?

—¡El más preciso de tu colección!

—¡El más caro, sobre todo! ¡Cáspita! ¡La hija de un Courcier! ¡Qué efecto para el mundo! ¿Qué se va á decir?

—Bien sabes que nadie se atreverá á discutirte....¡Un hombre como tú!....

El barón no pudo impedirse una sonrisa, y dijo con aire tranquilo:

—Es verdad que se me trata bien generalmente.. ¡Buena falta va á hacerme, porque, en realidad, esto va á ser una irrisión!

—¡Ah! ¡Ya no dices que no!

—¡Qué medio me queda, si me estáis atormentando los dos!..

—Enrique saltó á su cuello con tan buenas ganas, que estuvo á punto de ahogarle. Y mientras su padre le acogia sin resistencia, dijo:

—Será preciso que tomes á tu

cargo el ver al señor Courcier....

—Pero....

—Es indispensable. ¡Figúrate si estará orgulloso, en el fondo, por el paso que vas á dar!

—Nunca lo estará tanto como yo contrariado....

—No querrás que sea mamá la que vaya....

—No, ¡yo iré!... ¡Yo iré!... ¡Ah! Ese Courcier... Pero que no esté inconveniente, porque entonces...

—¡Oh! No irás á verle para buscarle querella....¿Quieres que te acompañe?

—No sería correcto. Y despues, prefiero que no presencies mi humillación....

—¿Entonces irás mañana?

—¿Por qué no ahora mismo?

—Es que creo inútil que reflexiones.... Puedes enfriarte....

—¡Ah! Enrique, ¡qué mal trago me haces pasar! ¡Yo, que te estaba arreglando un buen matrimonio con la chica de Hennecourt!..

—¡No hablemos de eso! Te lo ruego....

—¡Dos millones de dote y una de las mejores casas de Francia!..

—Sí, pero fea como los siete pecados.... Prefiero á mi Gilberta sin nada.

El barón de Tresorier miró á su mujer con expresión de asombro.

—¡Cuando pienso que yo acusaba á este muchacho de ser demasiado razonable! ¡Ah! ¡Qué pronto ha recuperado el tiempo perdido!

Enrique dijo alegremente:

—Por algo la mitología ha dado alas al amor.

—Pero le ha puesto una venda en los ojos, replicó el padre.

Estas dos frases inofensivas dieron fin á una batalla tan violentamente comenzada, y la velada continuó tranquila.

Á eso de las seis del dia siguiente, estaba el señor Courcier en su gabinete, leyendo los periódicos de la tarde, cuando entró Rosalía y le anunció que un caballero deseaba hablarle.

—¿Le conoce usted? preguntó el diputado, que se habia vuelto escamón después del chasco del falso Gervais.

—Esta es su tarjeta, dijo la doméstica. Y dejó sobre la mesa un pedazo de bristol en el que Courcier leyó: El barón Tresorier, agente de cambio. Tuvo que leerlo dos veces, tan grande fué su sorpresa, y por fin dijo con voz alterada:

—¿Dónde está esa persona?

—En la antesala.

—Hágale usted entrar en el saloncito.

Se levantó, se quitó la americana, se puso de levita, y más emocionado de lo que hubiera pensado, salió de su gabinete y entró en la habitación contigua. De pie, á tres pasos de él, vió al barón Tresorier con aspecto grave y solemne. Los dos enemigos se midieron un instante sin hablar. En seguida, Courcier indicó una butaca á su visitante, se sentó y preguntó ceremoniosamente:

—¿A qué debo, señor barón, la honra de verle aquí?

El barón se inclinó ligeramente, y con mirada que hasta podía pasar por amable, dijo:

—Señor Courcier, vengo á entablar con usted una pretensión cuya enunciación basta para dispensarme de explicaciones más completas. Usted tiene una hija....encantadora... á la que mi hijo tuvo la dicha de encontrar.... No ha podido verla sin amarla, y vengo á rogar á usted que nos haga el honor de concedérsela por esposa....

Courcier sonrió con amargura; se pasó la mano por la barba oprimiéndola contra el pecho, y después dijo, mirando á Tresorier con aire burlón:

—No estaba preparado á tan halagüeña petición, pero, ante todo, conviene esclarecer un punto; su señor hijo de usted, ¿es un llamado Gervais que se introduce en las familias con falsos pretextos y que vive en esta casa, encima de mi cuarto?

El barón se puso rojo y después muy pálido. Hizo un movimiento brusco para levantarse, pero se contuvo y respondió con sangre fria:

—Mi hijo es, en efecto, ese del que usted habla.... El mismo explicará á usted cuánto le pesa su supercheria.... Su excusa es que no hubiera podido, acaso, haber obrado de otro modo.... En todo caso, espero que usted tendrá en cuenta que su petición desvanece esas ligeras faltas, puesto que prueba la lealtad de sus intenciones.

Al oir esto Courcier, se irguió y con voz de reunión pública, acompañada de grandes actitudes, exclamó:

—¿Qué es lo que oigo? ¿Se trata de una reparación? ¿Acaso la necesitamos? ¿Hay aqui lo más minimo que reparar? Si hemos sido víctimas de un impostor, ¿tenemos alguna culpa? Las injurias que se nos han hecho, ¿exigen que se nos indemnice? ¡Mi hija y yo desdeñamos esos ofrecimientos! No os conocemos más que bajo falsas apariencias muy repugnantes y muy despreciables..... ¡A esas queremos atenernos!

Tresorier, sentado, escuchó impasible aquella violenta salida. Se pellizcó los labios con gesto desdeñoso y respondió secamente:

—Señor Courcier, temo que esté usted loco.....

—¡Loco! exclamó Courcier. ¿Y usted, qué viene á mi casa para hacerme esas asombrosas proposiciones? ¿Acaso hay, acaso puede haber algo de común entre los dos!

—Empiezo á temerlo.

—Usted es de los aristócratas, de los explotadores, de los repletos.....y cree que nos hace un gran favor invitándonos á participar de su corrupción....

—Perdone usted, interrumpio friamente el barón; hay aquí un ligero error. No es la mano de usted la que tengo el honor de pedir.....Es la de su hija.

—¡Señor mío!

—Sé, hace mucho tiempo, lo que usted piensa, y conozco á fondo su retórica. Permítame recordarle que no se trata aquí de sus sentimientos, sino de los de Gilberta... Usted nos aborrece, convenido; pero ella... ¿Está usted seguro de que ella nos detesta?....

—Ella no puede hacer más que despreciar á su hijo de usted.....

Tresorier se sintió poseído de una especie de ironía que le alivió.

—¡Bah! dijo; las mujeres carecen con frecuencia de lógica.

—Se sonrojaría de venderse por unos cuantos millones....

—Siempre es eso mejor que venderse por algunos escudos.

Courcier se puso lívido. Vió en esas palabras, dichas por el barón sin segunda intención, una alusión á los veinte mil francos de *El Partido revolucionario*, y herido á la vez en su interés y en su amor propio, contestó:

—Crea usted, señor mio, que devolveré el precio del periódico y que ni un céntimo del dinero de su hijo de usted quedará en mis manos.

—¿Qué dinero? ¿Qué periódico?

—*El Partido revolucionario*, que su hijo de usted redactaba bajo el nombre de Gervais....

El barón se quedó con la boca abierta ante aquella revelación enorme. En un instante acudieron á su memoria aquellos artículos feroces firmados por Gervais y que tanto le indignaban. Olvidó dónde esta-

ba y delante de quién hablaba, y dando con ambas manos una palmada, exclamó:

—¡Oh! Eso es demasiado.... ¡Ha llegado hasta hacer una política de incendiario y de bebedor de sangre....! ¡Él, mi hijo! ¿Y después de semejante prueba de amor, anda usted con distingos para darle su hija?

—¡Mi hija no será nunca de tal petardista!

—Su hija de usted será de quien ella quiera.... No se dejará tiranizar.... ¡Hay leyes, señor mio, para los padres ciegos por las preocupaciones!

—No las hay para autorizar el rapto y yo se lo probaré á usted.

—Señor Courcier.... He venido á esta casa resuelto á sufrirlo todo con paciencia.... Sin embargo, todo tiene su límite....

—¡Ah! ¡Ah! su delfin de usted, continuó Courcier, se ha dignado honrar á mi familia con sus preferencias.... ¡Oh!.... Consiente en hacernos el favor de renunciar á sus aspiraciones nobiliarias; ¿pero irá, ese piadoso joven, hasta contentarse con un matrimonio civil? ¡Mi hija no ha sido educada en el seno de la Iglesia! ¡Es independiente y libre!

Al decir esto, saltaba de entusiasmo, creyendo haber asestado el golpe decisivo á su adversario, pero el barón permaneció impasible y dijo:

—Pues bien, nosotros la convertiremos; será una admirable conquista que ofrecer á Dios....

Ante esta réplica inesperada, Courcier dejó completamente de ser dueño de sí mismo y con los ojos fuera de las órbitas, babeando de furor, rugió:

—¡Ah! Ese es el plan de ustedes; robarme mi hija para entregársela á los curas.... ¡Perderme á los ojos de mis amigos, que me creerían su cómplice! ¡Pero yo pondré estas cosas en orden! Sépalo usted; ¡jamás será mi hija de su hijo de usted ni de su Dios!

Pataleando y con el brazo levantado, amenazaba á Tresorier. De pronto se detuvo. Se abrió una puerta y Gilberta apareció en el umbral. Estaba muy pálida, pero tan bella, que el barón, desvanecido de admiración, permaneció en su sitio sin saludar, sin hablar, con los ojos clavados en aquella niña cuya cara resplandecia á la vez de energia y de dolor.

Gilberta se adelantó hasta interponerse entre los dos hombres, y hablando con lentitud, como si quisiera estar segura de no ir más allá de su pensamiento, dijo:

—Padre mio, el ruido de esta discusión á ido á alarmarme en mi cuarto.... A pesar de mi voluntad de no mezclarme en tal debate, he tenido que oir tus últimas palabras y estoy por ellas penetrada de dolor. Para satisfacer tus rencores, has traficado con mis sentimientos y abusado de mi corazón. ¡Eso está mal hecho!

—¡Mi hija! gritó Courcier espantado.

La joven se dirigió á Tresorier, y con una firmeza que parecia invencible:

—Señor, le dijo; es necesario que usted lleve de aqui una respuesta para su hijo. Dígale usted que le he dado mi corazón, y que si no puedo ser suya, porque en esto dependo de mi padre, nada me impide ser de su Dios, porque para esto no tengo más dueño que mi conciencia.

—¡Gilberta! exclamó de nuevo Courcier. Me haces traición, me abandonas....

La joven no respondió. Erguida, inmóvil en medio de la sala, con la bonita cabeza atrevidamente levantada, tenia tan soberbia apostura y tan altivo continente, que Tresorier

permanecía desvanecido. Sin embargo, se sustrajo á su contemplación, y saludando á Courcier con un movimiento altanero de cabeza, se inclinó ante Gilberta muchó más que tenía por costumbre hacerlo ante las princesas.

X

El P. Brossard, segundo gran vicario, estaba en su despacho del arzobispado, ocupado en corregir las pruebas de unas instrucciones dirigidas á los curas de la diócesis, cuando un eclesiástico entró sin llamar, se acercó á pasos discretos hasta inclinarse sobre el hombro de su superior y murmuró con voz apagada:

—¿Tendrá usted inconveniente, señor abad, en recibir á una joven que se presenta sin tarjeta de audiencia para hablar á su Eminencia?

—¿Sola? preguntó el vicario, sin apartar la vista de su trabajo.

—No, señor abad; acompañada de una sirvienta y con aire muy respetable.....

—Si quiere hablar con su Eminencia, nada tiene que ver conmigo.... Dígale usted que escriba.....

—Creo, por su insistencia, que tiene una petición urgente que dirigir.....

—Pues bien; hágala usted entrar.

El vicario apartó los papeles y se levantó. Era un hombre delgado, muy moreno, de aspecto escéptico, vasta frente y mirada chispeante de inteligencia. Sobre la sotana negra llevaba la muceta ribeteada de rojo, del abad, y su delgadez le hacía parecer más alto de lo que era en realidad. Con sus manos largas y finas daba vueltas á un crucifijo de cobre que llevaba suspendido al pecho. Con aire pensativo anduvo por su amplio despacho, pobremente amueblado con un escritorio de madera negra y tres sillas tapizadas de cuero usado. Sobre la ajada alfombra, sus pasos se deslizaban sin ruido, y sólo un reloj de mármol turbaba con su tic tac el silencio de la habitación. La puerta se abrío misteriosamente, y guiada por el eclesiástico, apareció Gilberta. El vicario despidió al introductor con un signo de cabeza, é indicando á la joven una silla, permaneció de pié delante de ella, apoyado en la chiminea y la miró con interés, pero sin sombra de curiosidad mundana.

—Señorita, dijo, y su voz resonó musical y simpática; me han advertido que quería usted ver á su Eminencia el cardenal arzobispo..... pero tengo el sentimiento de hacer á usted observar que no ha solicitado audiencia.....

—Es verdad, señor, respondió Gilberta; soy muy ignorante de estos usos..... Venía á pedirle consuelo á mi pena, naturalmente, como á un guía y á un consejero. Perdóneme usted.....

—No tengo nada que perdonarla, hija mía, replicó el sacerdote con dulzura; muy al contrario..... Y si monseñor estuviera en el palacio, no dudaría en faltar á la regla para conducir á usted hasta él..... El me daría las gracias, porque es un tierno pastor..... y los afligidos tienen sus preferencias..... Pero, hija mía, ¿quiere usted volver mañana?..... ó si no le conviene esperar, ¿no podría darle la asistencia que viene á buscar otro menos sabio y menos inspirado seguramente, pero tan benévolo y tan sincero?

La gracia y la unción del discurso eran tan perfectas, que Gilberta se sintió tranquilizada, y tomando su partido en un momento, resolvió confiarse al que la acogía tan paternalmente. Dirigió hacia él sus be-

llos ojos que imploraban, y dijo un poco más bajo:

—Haré á usted mi juez, si tiene la bondad de oirme

El sacerdote bajó la cabeza en señal de asentimiento y con cierta extrañeza preguntó:

—¿Es una confesión lo que usted quiere hacer?

—¿Una confesión? ¡Oh! no, señor.

El sacerdote la interrumpió con mucha benevolencia y dijo:

—Llámeme usted padre.

—Pues bien, padre mio, es un proceso; el de mi dicha, por el que vengo á abogar aqui..... Necesito ser bien comprendida para que se me juzgue con equidad..... ¡Ah! mi situación es tan cruel, que no puedo tomar sola una resolución. Usted mismo, ¿se atreverá á dictarmela?

—Responderé en conciencia..... y si hay motivo de dudas, rogaré á Dios que me ilumine. Antes de hablar, hija mia, ¿quiere usted que le roguemos juntos? Junte usted las manos como yo, y diga el *Padre nuestro.*

Gilberta se ruborizó y las lágrimas brillaron en sus ojos. Con voz sorda, respondió:

—No sé rezar.

El sacerdote hizo un gesto de asombro compasivo:

—¡Cómo! hija mia; ¿no es usted cristiana?

—No soy nada, padre mio, más que una pobre alma turbada. Mi espíritu está en la obscuridad y mi corazón en la duda. Nada me han enseñado y de ahí viene todo mi mal....

—Parece usted de una condición social acomodada. ¿Cómo, entonces, ha sido usted educada fuera de la Iglesia?....

—Mi padre la odia y hace alarde de combatirla.... ¡Oh! Dios mio, exclamó Gilberta con desesperación; después de lo que me he visto obligada á confesar á usted, ¿no me tomará horror y se negará á seguir oyéndome?

—Más paternalmente aún, hija mia, porque juzgo que es usted más digna de compasión.... Vamos; serénese usted; ponga en orden sus ideas. Si el esfuerzo que tiene que hacer para exponerme su situación es muy grande, ¿quiere usted que yo la interrogue?

—Si, padre mio; pregunte usted y yo le responderé con toda franqueza....

Entonces, entre el sacerdote, que sondaba aquella pura conciencia con respetuosa precaución, y la joven, que depositaba sus penas en aquella alma consoladora, se desarrolló el relato de aquella página de amor empezada en la alegría y muy acerca de terminarse en la pena. Gilberta no ocultó nada, ni sus inocentes engaños respecto de su padre, ni los artificios de Enrique para aproximarse á ella. Al oir el nombre del señor Tresorier, el vicario permaneció impasible y no pareció conmoverle más el de Courcier. Escuchó grave y religiosamente, haciendo preguntas que daban á los incidentes su verdadero valor, y prescindiendo de las personas como si no tuvieran para él la menor importancia. Cuando Gilberta terminó su relato, permaneció un instante pensativo y como deliberando consigo mismo. Por fin dijo:

—Si he comprendido bien, hija mia, usted viene aqui á preguntar cuáles son sus derechos morales enfrente de su padre, pues en cuanto á los materiales, no dependen de nuestra jurisdicción. ¡Pues bien! Los mandamientos de la ley de Dios le responden: Honrarás padre y madre.... Usted debe, pues, ante todo, obediencia á las órdenes de su padre, y aunque el respetarlas deba costarla la felicidad, debe usted inclinarse ante su decisión. Así, si él

no aprueba el matrimonio que usted desea contraer, no resista usted á su autoridad y busque sólo en la sumisión y en la ternura los medios de hacerle volver de su acuerdo.

Gilberta inclinó la cabeza con humildad, y pálida por su doloroso esfuerzo, respondió:

—Eso es, justamente, lo que yo misma pensaba; usted me confirma en mi decisión. Mi deseo es, suceda lo que quiera, no aceptar por marido al que mi padre rechaza.... Pero ¿quién me dará la fuerza del sacrificio?

La frente del sacerdote se irguió, sus ojos se iluminaron, y con voz ardiente exclamó:

—Dios, nuestro divino Salvador, que usted no conoce y del que emana toda gracia. Ruéguele, ámele, sírvale y él la concederá la resignación y la paz. Y con tanto mayor fuerza, cuanto que acabo de aconsejar á usted que obedezca á su padre, la mando volverse hacia el Creador, que es el padre de todos. Usted sería culpable si se sustrajera á la ley paternal, pero ¿qué sería usted si, ahora que le ha sido revelada, desconociera la supremacía divina? Si su padre terrenal la hace llorar, su padre celestial la consolará. El uno la hará sufrir la prueba del dolor; el otro sabrá recompensarla por haberla soportado.

Hubo un silencio. En la habitación desnuda y pobre, ante la ventana por la que se descubría un espacio de cielo azul, Gilberta lloró amargamente, porque comprendía que toda felicidad había acabado para ella. El sacerdote la miraba, triste, pero firme, después de haberla hablado según su conciencia. Gilberta se levantó, se enjugó los ojos y sonrió á su rudo y sincero consejero.

—Padre mío, doy á usted las gracias por haberme hablado como lo ha hecho. No sé qué me reserva el porvenir; pero en las horas de duda ó de sufrimiento, acaso tendré necesidad de un apoyo contra mi debilidad. ¿Podré venir á ver á usted?

—Me encontrará usted, hija mía, siempre pronto á compadecerla y á consolarla.

—Hasta la vista, pues, padre mío.

Se inclinó, y el sacerdote levantó la mano y con un ademán augusto bendijo á la joven.

En el vestíbulo encontró Gilberta á Rosalía que la esperaba pacientemente haciendo calceta; y afligida pero resuelta salió del palacio arzobispal.

Por la noche, después de una comida silenciosa, turbada solamente por las idas y venidas de la doméstica, Gilberta y su padre se encontraron frente á frente en la sala. El diputado era un hombre ardiente que no temía los disturbios: sus costumbres electorales lo probaban. Y sin embargo, hacía una hora que se sentía molesto bajo las miradas tranquilas de su hija. No se habían visto desde la víspera, pues él, exasperado, había ido á comer fuera de casa después de la escena con que terminó la visita de Tresorier, y por la mañana almorzó en el ambigú de la Cámara. Comprendía que era necesaria una explicación entre su hija y él, y la calma de Gilberta le hacía presentir que esa conversación sería escabrosa. No pensaba, sin embargo, evitarla, y la esperaba con un poco de crispación nerviosa. Al tiempo que cogía un periódico de la tarde y rompía la faja, Gilberta, en lugar de tomar la labor, se aproximó á la chimenea y dijo:

—Creo, papá, que no verás con disgusto que recuerde los sucesos de ayer, para discutir razonablemente sus consecuencias probables.

La joven miraba á su padre con

completo desembarazo: él no bajó los ojos y respondió:

—Lo creo indispensable. Es preciso saber exactamente á qué atenernos el uno y el otro.... ¡Me has amenazado!

—He hecho mal, dijo la joven con sumision, y te pido que me perdones.

—¡Ah! ¡Vamos, dijo Courcier en tono satisfecho; eso es ya un progreso. Si has comprendido, por lo menos, todo lo que tenia de insultante para mí el paso de ese jactancioso personaje que ha introducido la perturbación en nuestra casa....

—No veo en qué te ha podido ofender.....

Courcier dió un salto. Había creido vencer sin combate y de pronto se trababa la lucha.

—¡Cómo! Ese viejo ridículo, que tiene la audacia de venir á insultarme en mi propia casa y que me ofrece al arlequin de su hijo por yerno...

—Si no hubiera dado ese paso, ¿qué hubieras pensado de él y de su hijo? Tú mismo decias el dia anterior que el barón no consentiria nunca ese matrimonio y que su hijo tenia únicamente intenciones perversas.... Y no encontrabas palabras bastante despreciativas. Hoy te proponen ese matrimonio, que te parecia tan improbable; ¡y eres tú el que no quiere!

La lógica de su hija exasperó á Courcier.

—¡No! ¡No quiero! ¡No tengo gana de parecer el criado de mi yerno! Yo sé muy bien lo que esa gente piensa de mí.....¡Una alianza con ellos! ¡Yo, Courcier, á quien los más suspicaces creen incorruptible! ¡Vamos, pues!..... Y además, ¿qué diria mi partido?

—¡Ya salió á plaza la gran cuestión! dijo fríamente Gilberta. Me sacrificas á tu partido. Temes las críticas de tus amigos, de esos amigos tan fieles que siempre te han abandonado cuando podian servirte y han vuelto á ti cuando podias serles útil.....

—¡Eso es una gran verdad! declaró con acritud Courcier. Yo soy más fiel á mi partido que mi partido lo es para mí.... Pero mi honor consiste en ser así y no cambiare. Y después, hija mía, ten entendido que te evito muchas penas contrariando tu empeño. Si tú supieras las decepciones que habria de producirte un matrimonio con el tal Tresorier!.... No serias nunca de los suyos; no tendrias jamás sus ideas, sus gustos, sus tendencias.. ¡Esa gente no piensa más que en sus placeres, en su rey y en la misa! ¡Voluptuosos y fanáticos! Te conservarian un año, dos, y después que el tiempo hubiera ejercido su acción, el marido se separará de tí, el padre y la madre te tratarian como á una cenicienta, y habrias hecho traición y abandonado á tu padre; para nada.

¡Entonces no te quedaría otro recurso que venir á llorar á su lado! Te lo ruego, no te obceques..... reflexiona..... Ten confianza en mí.... Dentro de dos años, mis amigos y yo estaremos en el poder y te casarás con algún guapo muchacho de porvenir, que tendrá un dia bajo sus pies la Francia y todos los Tresorier con ella. Fía en mí durante ese tiempo solamente, y verás qué suerte te preparo.

La joven movió la cabeza.

—Padre mío, no nos entendemos. Te hablo ternura, y me contestas ambición. Preferiria una vida miserable con el que amo, á una existencia brillante con alguno que me fuera indiferente. Amo á Enrique Tresorier; te suplico que me permitas casarme con él.

—¡Estás loca!..... Debo defenderte de tí misma.

—Si mi madre viviera, ella también te rogaría conmigo.

—¡Tu pobre madre tenía muchas ideas falsas!

—Ella creía en Dios.

—Ya lo ves. Debilidad de espíritu....

De todas las palabras que se habían cruzado, algunas de las cuales habían sido muy crueles, esta fué la más grave y la más decisiva, porque hirió á Gilberta en el corazón.

—Seré, pues, débil como ella, dijo la joven con dolorosa sonrisa, y si tengo la desgracia de no poder obtener de tí lo que espero, ojalá pueda abandonar la vida, joven también, para no tener mucho que sufrir.

Esta respuesta desesperada hizo á Courcier volver un instante á la realidad. Vió á su hija, á quien amaba, desolada delante de él y por su causa. Hubo en él un movimiento de bondad, y cogiendo á Gilberta en sus brazos, dijo:

—Hija mía, me desesperas.... Te juro que me hace desgraciado el oponerme á tus deseos, pero tengo la convicción de que lo hago por tu bien.... ¿Vas á entregarte á los que he combatido durante toda mi vida y á los que considero como mis peores enemigos?.... Hazme una concesión..... Espera. ... Ten paciencia.... Verás como tengo razón... Ese joven te olvidará.... ¿Y qué te quedará entonces fuera de tu padre?

—Dios.

Courcier volvió á montar en cólera.

—¡Dios! Aquí tenemos á Dios ahora! ¿Dónde está Dios? ¡En medio de las nubes, en un templo de magia, sobre un trono de oro; pretensioso, fulgurante, barbudo, rodeado de sus ángeles que tocan el laúd!

—No, padre mío; sencillo, grande, misericordioso, con este corazón desolado por templo.... ¡Mi único recurso, puesto que tú rechazas mi ruego!

Courcier se pasó la mano por la frente con aire de consternación. Veía que sería precisa una discusión enorme para combatir las supersticiones de su hija, y que así no lograría acaso convencerla. Observó que se le escapaba en un momento arrastrada por unas creencias cuya vigorosa tenacidad conocía. Fué lentamente á sentarse cerca de la chimenea y permaneció sumido en dolorosas reflexiones. Pensaba: «¿Quién ha podido transformar tan prontamente las ideas de esta niña; ayer tranquila, tan equilibrada, tan libre de todo fanatismo? No puede haber nacido espontáneamente ese misticismo exagerado....» Se volvió violentamente, y examinando á su hija con mirada de desconfianza, preguntó:

—Tú has salido hoy, Gilberta; ¿dónde has estado?

Gilberta guardó silencio. Entonces él se levantó y con la cara roja por la cólera, exclamó:

—Tú has visto á un cura.... Vamos, confiésamelo, ¡tú le has visto!

Incapaz de mentir, la joven respondió:

—Sí, padre mío.

—¡Ah! ¡Ya decía yo! exclamó, ¡debí sospecharlo! ¿Y qué infames consejos te he dado?

—Uno solo, el de obedecerte respetuosamente.

—¡Pues lo haces á las mil maravillas! ¡Reconozco en eso al de Loyola y su casuística! ¡Obedecer sin obedecer! ¡Doblez, hipocresía! ¿Y quién es el vil, malvado, que ayuda á que me roben mi hija? ¡Dime su nombre para que le persiga con mi odio, para que le denuncie al desprecio de las personas honradas!

—¿No me has dicho siempre que

era libre y que cuando tuviese la edad de la razón me dejarías seguir la inspiración de mi conciencia? Pues bien, mi conciencia ha decidido; si me niegas al que amo, te verás obligado á concederme á Dios.

—¿No te ha dicho tu consejero, preguntó con sorna Courcier, que pronto serás mayor de edad y podrás prescindir de mi consentimiento?

—Me ha ordenado que acate tu voluntad, por dura que sea, y que no cuente más que con tu indulgencia....

—Sí, y que me proporciones una vida de infierno en mi casa, hasta que ceda.

Gilberta dirigió á su padre una mirada de reproche.

—Dentro de ocho días, dijo, si no has cambiado de resolución, pienso pedirte permiso para retirarme á un convento.

Courcier palideció y dijo con voz ahogada:

—¡Ahora mismo, si queréis! Veo perfectamente que no podemos vivir juntos.

La joven hizo un ademán de angustia y sus ojos se agrandaron, aterrorizados.

—¡Oh! papá ¡Es posible! ¿Ya no me quieres? Me verás marcharme sin pena....¡Yo, que tengo el corazón desgarrado!....¡Oh! ¡por misericordia, no me hagas tan desgraciada!....¿Qué te he hecho yo, papá? De repente, por algunas ideas contrarias; por una resistencia tan excusable, me arrojas de tu corazón....¡Ten piedad de mí!....

Sus rodillas sonaron al chocar contra el suelo; Gilberta cayó ante su padre, prosternada á sus pies. Courcier hizo un movimiento de dolor y de rabia, y contestó rugiente:

—¡No! Eres una ingrata.... ¡Déjame! ¡No quiero verte más!

Y sin piedad para la pobre niña que sollozaba, entró en su gabinete.

XI

A consecuencia de la conversación que tuvo su padre con Courcier, Enrique estuvo á punto de volverse loco de desesperación. Tres días seguidos fué á la calle de Spontini á acechar una ocasión de hablar con Gilberta, sin conseguir encontrarla. No se atrevía á presentarse en casa de Courcier. Permaneció horas y horas en su entresuelo esperando que su amada saliese al jardín, para cambiar algunas palabras con ella y saber lo que pasaba. Gilberta no salió. Y sin embargo, debía oír sobre su cabeza el ruido de los pasos febriles de Enrique. ¿Estaba enferma de pena? ¿La encerraba su padre? El desventurado muchacho no sabía ya qué creer ni qué suponer. Esperaba encontrar en la escalera á Rosalia, pero no se atrevía á aventurarse mucho por miedo de encontrarse de manos á boca con el padre de Gilberta. Se decidió á escribir, y la carta le fué devuelta bajo sobre. Sin duda se la habían dado á Courcier y la joven no la había leido. Enrique, en el colmo de la desesperación, se encerró en sus habitaciones de la calle de Presburgo y se pasó los días echado en un sofá, tan desfigurado como si hubiese sufrido una grave enfermedad y causando mortales inquietudes á su padre y á su madre, que perdían su tiempo y sus palabras en tratar de que entrase en razón.

El señor Tresorier parecía muy afectado. Aquel escéptico había sido impresionado fuertemente por la intervención de Gilberta. La ac-

titud tan terminante, tan resuelta de la joven le habia producido una sensación rara, cuyo valor él solo conocía. Así lo hacía constar aquella misma tarde en una conversación íntima con su mujer:

—No he experimentado más que tres emociones parecidas en mi vida; el día en que fuí presentado al conde de Chambord, el momento en que llegué, en Venecia, á la plaza de San Marcos, y cuando vi el primer pantalón rojo del ejército de Versalles que recobraba París de los hombres de la *Commune*. Ahí veras, querida amiga, si esa joven es toda un persona. Si no llega á ser mi nuera, será viva mi pena. Creo que honraría á nuestra familia.

Cuando la señora de Tresorier repitió á Enrique esta opinión de su padre, experimentó la sorpresa de no ver al joven saltar de alegría como ella esperaba, ante aquella aprobación oficial, pues asegurado con tal asentimiento Enrique, no debía ya temer. Permaneció sin embargo, inmóvil en el sofá con la cara vuelta hacia la pared, y al instarle su madre á que hablase, á que dijese lo que sentía, respondió:

—El silencio de Gilberta es para mí el síntoma más alarmante. O está enferma ó renuncia á luchar contra su padre, y en uno y otro caso resultó sacrificado. ¿Qué importa el consentimiento de papá si no puede desenlazar la situación? Nunca he dudado de que le ganaría para mi causa: era cuestión de tiempo, de habilidad, pero un éxito seguro. Mas si Courcier sigue intratable y Gilberta no lucha, ¿qué va á ser de mí?

—¿Quieres que vaya á la calle de Spontini? preguntó la baronesa.

Enrique se levantó, saltó al cuello de su madre, la besó lleno de lágrimas y repitió veinte veces:

—¡Qué buena eres! ¿Cómo agradecértelo? ¡Tú, exponerte á las impertinencias de ese agreste Courcier!..¡No; no puedo permitirlo!.. ¡Oh! Te lo agradezco con el alma de todos modos....¡Que buena! Una mujer como tú, acostumbrada á todos respetos....¡No! es imposible! Prométeme que no irás...Sería más desgraciado pensando que habías sido mal recibida por ese grosero personaje.

La baronesa lo prometió, pero, sesgando el asunto, envió á casa de la señorita Courcier su doncella, parisiense muy lista que no se dejaba aturdir fácilmente, y la encargó de llevar una esquela, de traer la respuesta, y sobre todo, de hacer averiguaciones. Por fin, á las cinco de la tarde del cuarto día, la señora de Tresorier, radiante de satisfacción, entro de repente en el cuarto de su hijo y exclamó desde la puerta:

—¡Enrique; ya tenemos noticias!

El joven se puso de un salto cerca de ella, la hizo sentarse y se colocó de rodillas á sus pies, con los ojos ávidos,

—Ante todo, tu Gilberta no está enferma....

—¡Ah!

—Pero es muy desgraciada...

—¿Quién la ha vist ?

—Clemencia, mi doncella; no hace una hora.

—¡Brava muchacha!

—Tranquilízate; la he recompensado. Además, me ha visto tan contenta, que también ella lo está.

—¿Entonces, su horrible padre la maltrata?

—No se hablan, y parece que esa pobre niña va á entrar en un convento.

Enrique hizo un gesto de desesperación.

—Pero entonces no la veré más....

—Sí; la verás mañana. La esperarás en la Muette, á la entrada del

bosque, á las dos. Se escapará durante veinte minutos con su doncella.

—¡Oh! ¡Querida madre! Que felicidad! Hablarla, saber lo que piensa, lo que desea....¡Estoy salvado!

—Pero yo..Terrible joven, mira lo que me obligas á hacer....¡Obtener de una muchacha una cita con mi hijo! ¡Bonito papel!

—¡La culpa es de ese monstruo!

Acabaron por reir alegremente, él reanimado por la esperanza, ella dichosa al ver la alegría de aquel hijo por el que hubiera sacrificado toda la tierra.

A las dos del día siguiente, Enrique, que se paseaba á lo largo de las fortificaciones, vió llegar por la avenida Victor Hugo á la señorita Courcier escoltada por Rosalía, y corrió hacia ella con los brazos abiertos. La joven contuvo los transportes de su enamorado con una mirada firme y cariñosa y le dió la mano, que temblaba, desmintiendo la calma de la fisonomía. Enrique la cogió y la colocó sobre su brazo, y detrás de las casas del *Ranelagh*, en un paraje solitario, empezaron á pasear muy despacio mientras la vieja criada se sentaba pacíficamente en un banco, al sol. Se veian por primera vez libremente, al aire libre, bajo el azul del cielo y creian pertenecerse más por completo, lo que amargaba más y más la tristeza de su separación. Ni en aquel instante dichoso podian olvidar el trabajo que les habia costado reunirse y que ni aun con trabajo se volverian á encontrar ya probablemente. Enrique, impaciente por conocer su suerte, no supo abstenerse de preguntar, y dijo oprimiendo dulcemente el brazo de la joven:

—Y qué, querida Gilberta; ¿hemos llegado al último grado de la desgracia?

—Sé que sufre usted mucho, amigo mio, pero, ¿qué dirá usted de mi pena? Usted, al menos, tiene padres que le aman y que le consuelan. El mio se aparta de mi y de él procede todo lo que sufro.

Enrique dirigió á la joven una mirada de desesperación.

—Y pensar que soy yo la causa de esos sinsabores.... Antes de conocerme, vivia usted tranquila y dichosa. Ha bastado mi presencia para cambiarlo todo y esto me desespera.

—No lo sienta usted, dijo cariñosamente Gilberta; ni al precio de mi tranquilidad y de mi dicha desvanecidas, querria no haberle conocido.

—¿Entonces, usted me ama, Gilberta?

—Sí, Enrique; tanto como usted á mi.

Se miraron como en éxtasis. Pero Enrique pensó en seguida que una felicidad tan grande iba á ser inmediatamente destruida y toda su alegria se trocó en furor.

—En ese caso, exclamó, ¿quién podrá separarnos?

La joven respondió con mucha calma:

—Nadie más que nuestra voluntad.

—¿Quiere usted, pues, abandonarme, Gilberta?

—Sí; mi deber me obliga á ello.

—¡Y dice usted que me ama!.....

—Y lo pruebo no consintiendo en darle una mujer indigna de usted.

—¡Pero eso es una locura! Va usted á permitir que la tiranía odiosa de su padre produzca todos sus efectos. Mientras estemos separados, será omnipotente contra nosotros. Estemos reunidos, y no tendrá siquiera interés en resistir.

—¿Lo que usted me propone es abandonar la casa de mi padre?

—¡Sí! exclamó Enrique con exaltación, para confiarse á mi. ¡Oh!

Compréndame usted bién, esté segura del respeto sin límites que me inspira y cuente con mi absoluta lealtad.... Jamás una hermana será más amada, más delicadamente cuidada que usted lo sería.... Será usted libre de verme ó de no verme, á su elección.... Vivirá con Rosalía y yo no iré jamás á casa de usted sin ser llamado.... ¿No está usted tranquila con mis ofrecimientos? ¿Quiere usted que sea mi madre quien la guarde?..... La conozco; partirá con usted, si usted quiere..... Irán ustedes las dos al Mediodía.... Yo no apareceré.... Pero lo importante es que no esté usted más bajo lo dominación de su padre....Es el sólo medio de salvación para nosotros; no hay otro.... ¿Lo comprende usted?

—Lo comprendo, dijo Gilberta, mas no debo hacer lo que usted me pide, no porque me falte confianza —estoy demasiado segura de mi misma para temer ningún peligro— sino porque no conviene comprometer á su madre de usted en una aventura que, dado el estado de espíritu de mi padre, podría terminar por un escándalo judicial. Me ha devuelto mi libertad, pero tiene el derecho de juzgar si abuso de ella y de quitármela de nuevo. Saldré de mi casa, puesto que casi me ha arrojado de ella, pero no será para seguir á usted, sino para entrar en un convento. Allí nadie podrá sospechar de mi conducta ni de mis intenciones; estaré bajo una tutela que desafiará toda crítica de buena fé. No pareceré una joven que se deja sacar de su casa para atrapar un buen matrimonio, sino una muchacha que busca la calma y la instrucción, guiada únicamente por su conciencia. Allí, amigo mío, seré inexpugnable. Y si algún día mi padre cede en su rigor, podré ofrecer á usted dignamente mi mano y no habrá ni una sombra, ni una duda sobre nuestra unión. Todo será claro, franco, puro. Esto es lo que yo quiero, Enrique, para que no haya jamás arrepentimientos entre nosotros y para que, juntos ó separados, podamos estimarnos tanto como nos amamos.

—¡Oh! Bien sé que eso es el final de toda esperanza, y que acaba usted de pronunciar nuestra sentencia; pero todo cuanto ha dicho es tan digno, tan noble, que no encuentro en mi corazón desolado una palabra para contradecirlo. Es, pues, preciso que pierda á usted, Gilberta, cuando veo que es usted mía, en el momento en que usted me resulta cien veces más adorable por su cordura y su valor..... ¡Ah! Yo no tengo tanto como usted; yo no soy tan razonable; soy cobarde y no sé más que llorar mi dicha perdida....

Se detuvo, no atreviéndose á mirar á Gilberta y dejó correr las lágrimas. La joven, cerca de él, en aquel sitio desierto, no sentía otra preocupación que el dolor de su amigo y le miraba, pálida y muda, porque temía, si pronunciaba una palabra, no poder contener tampoco sus sollozos. Enrique permaneció durante largos instantes apoyada la frente contra la dura corteza de un árbol, olvidado de todo y abismado en su desesperación. Por fin, Gilberta le cogió la mano, la apretó entre las suyas, y se aventuró á decir:

—Enrique, se lo ruego, me desgarra usted el corazón..... ¿Soy yo quien debe consolarle?.... ¡Yo, que tanta necesidad tengo de fuerzas para cumplir mi dura misión!....

El joven se calmó casi en seguida:

—Es verdad, amiga mía, dijo; perdón; no soy digno de usted.... Soy, de los dos, el menos digno de lástima y me muestro más débil.... ¡Oh! querida Gilberta, ¿qué alegrías nos

reservará el porvenir para compensarnos los dolores presentes?

—Nos acordaremos un día de nuestras lágrimas, dijo Gilberta con sonrisa conmovida, y nuestra dicha nos parecerá cien veces más preciosa.

—Entonces, ¿usted espera todavía?

—Sí, Enrique, porque ofreceré á Dios mi fe y haré un llamamiento á su misericordia. Debe ser tan bueno y tan grande que aceptará mi modesta ofrenda y nos devolverá, en cambio, la dicha.

Anduvieron durante algunos segundos sin hablar, anonadados bajo el peso de sus pensamientos. Por fin Enrique preguntó:

—¿A qué convento va usted á retirarse?

—No lo sé todavía. No quisiera que fuese en París, y sin embargo, tampoco muy léjos; al alcance de mi padre.....

No añadió «y de usted», pero su mirada lo expresó con claridad.

—¿Quién la aconsejará en este caso?

—¡Ah! Alguien muy poderoso y muy sabio..... Cuando haya tomado mi resolución, encontraré medio de informar á usted.....

Llegaron cerca del banco en que Rosalía trabajaba en su eterna calceta, y la vieja criada dijo:

—Gilberta, ha pasado con exceso el tiempo que habíamos convenido..... Es preciso que volvamos, hija mía.....

Gilberta vió á Enrique palidecer, pero sin discutir, sin sublevarse, y dijo:

—Querida Rosalía, ¡cinco minutos más solamente!

Y volviendo á apoyarse en el brazo de Enrique con movimiento vivo, se alejaron de nuevo por el solitario paseo. Ya no hablaban; sé miraban con ojos brillantes y se apretaban más uno contra otro. Al llegar al extremo de su paseo, se detuvieron un instante como para retardar el momento de la vuelta. El sol descendía ya en el cielo y bañaba el bosque con sus rayos oblicuos. Reinaba un silencio profundo turbado solamente por el gorjeo de los pájaros.

—Es preciso despedirnos, Enrique, dijo Gilberta.

El joven la estrechó en sus brazos, por primera vez, sin que ella opusiese resistencia, y la oprimió contra su pecho devorándola con los ojos, como para grabar en la memoria los rasgos de aquella cara, y después, castamente, besó sus cabellos de oro pálido.

—¡Adiós, Gilberta!

—¡Adiós, Enrique!

Volvieron á cogerse del brazo y, á buen paso, sin engaño, sin vacilaciones, seguros de sí mismos, volvieron á donde estaba la criada y se separaron con una sonrisa.

A los dos días, Enrique recibió un papel en el que estaban torpemente trazadas estas palabras: «Señor don Enrique; tengo el encargo de prevenir á usted que la señorita Gilberta está en el convento de las Señoras de la Compasión, en Neuilly. El señor no se ha opuesto á su partida, pero no está contento. Saluda á usted: *Rosalía*.»

XII

Como decía muy bien Rosalía, no estaba contento el señor. Hasta el último momento no creyó que Gilberta realizaría sus proyectos. ¡Vanas amenazas! pensaba; cuando vea que me mantengo en mis trece, se resignará. ¿Qué es un capricho de muchacha? Humo ligero, nube que el viento disipa. Pero cuando Gilberta se presentó en su despacho y muy reposadamente le dijo que,

usando de su autorización, entraría aquella misma tarde en el convento; Courcier recibió un rudo golpe. Según su detestable costumbre se extendió en sarcasmos hacia las religiosas á quienes acusó de los más vergonzosos cálculos, insinuando que solamente atraían á Gilberta para apoderarse de algunos miles de francos que la joven poseía de la herencia de su madre. La joven respondió fríamente que no podían existir tales propósitos, por la sencilla razón de que las hermanas ignoraban que su educanda poseyese nada y que, muy al contrario, la admitían por caridad y para servir una importante recomendación....

—La de la mujer de Tresorier, sin duda, que paga por arrancarte de mi lado....

—La señora de Tresorier no conoce siquiera el nombre de la institución que me recoge y no ha podido dar paso alguno para facilitarme la entrada....

—¿Y en qué vas á pasar el tiempo en ese beaterio? dijo con sorna Courcier. ¿En genuflexiones, en adoraciones y en todas las prácticas de la más inepta idolatría?....

—No; en trabajar para vestir á los pobres y para prepararles la comida mañana y tarde....

—¡Vas á ser sirvienta de los pordioseros! ¡A fregar la escudilla de los falsos mendigos! ¡Tú! ¡mi hija! exclamó el socialista con indignación.

—Esa es la fraternidad, padre mío.

Courcier la miró de través. Sentía un gran deseo de volverse atrás de la autorización que había dado en un momento de cólera y de prohibir á Gilberta que saliese de su casa.

—Todo cuanto me dices me disgusta mucho, dijo. Vas á echarte á perder completamente en esa atmósfera.... ¿Por qué vas?

—Para hacer mi primera comunión.

Courcier soltó un juramento capaz de derribar el Sagrado Corazón de la altura de Montmartre, y paseándose furioso, dijo:

—¿Pero qué tiene esta muchacha, tan cuerda, tan razonable hasta ahora, para caer en semejante aberración? La he educado filosóficamente y de pronto se me hace santurrona.... ¿Será que las mujeres tienen ese vicio en la sangre? Pues bien, yo resistiré. ¡No irás á casa de las monjas!

—¿Querrás ahora contrariarme después de haberme dejado libre? ¿Es así como respetas los derechos del pensamiento?

Tiene razón, pensó Courcier. Desmiento todas las afirmaciones de mi vida política. No puedo darme semejante bofetón á mí mismo.... Y sin embargo, entregarla á mis enemigos.... ¡Ah! Cuando se trata de los demás es muy fácil transigir, pero cuando es preciso hacerlo para uno mismo.... Gilberta, ya ves mi angustia.... No me resigno á perderte.... ¿Qué hay que hacer para retenerte á mi lado?

—No inspirarte en tu amor propio, sino en tu amor paternal; no dejarte llevar por la ambición de sobreponerte á unos enemigos imaginarios, sino por el deseo de hacer dichosa á tu hija.... ¡Oh! papá, quieres verme de rodillas ante ti, dándote las gracias, bendiciéndote, adorándote?.... Déjame casarme con el que amo....

Courcier respiró ruidosamente, como un hombre que se ahoga, y dijo después con voz sorda:

—¡Prefiero verte en el convento que en casa de los Tresorier!

—¡Adiós, pues, padre mío! dijo

Gilberta con la cara inundada de lágrimas.

Courcier no quiso verla y volvió la espalda. La joven arrojó un profundo suspiro, y quebrantada por esta última lucha, partió.

Cuando por la noche se encontró Courcier solo por primera vez en el comedor, se sintió acometido de una repentina tristeza. Comió de prisa y mal, bajo las miradas hostiles de la criada, y se refugió en su despacho, donde se puso á fumar para distraerse. Pero en las espirales azules que subían del cigarro hacia el techo, vió dibujarse la fisonomía burlona de Tresorier, la cara entristecida del falso Gervais y un pobre perfil de religiosa, con traje de estameña y blanca cofia, que le recordaba á su hija; y su descontento aumentó. En seguida se puso á pensar: «Yo hubiera debido devolver á esos Tresorier el dinero de *El Partido revolucionario.* Mañana le recibirán.» Tenía ofrecimientos de compra de un grupo político, y el negocio pendía solamente de que se arreglase un importante detalle; Courcier quería reservarse en el contrato la dirección del periódico durante tres años, y sus colegas querían conservarla ellos, y sólo consentían en tenerle como redactor jefe y sin compromiso. Esto no le aseguraba su posición, y Courcier había resistido hasta entonces, pero la necesidad de devolver aquel dinero envenenado no le dejaba ya retroceder. Tuvo un momento la idea de ir á buscar á Jacquinot, que al fin había logrado pescar la cartera de Obras públicas, en un ministerio de concentración, y pedirle que le diera de los fondos secretos para pagar el periódico. Pero le detuvo un escrúpulo, había pasado su vida reclamando la supresión de los fondos secretos y no quería legitimar su existencia haciendo uso de ellos. Y después, no fiaba gran cosa en la respuesta que le daría Jacquinot: le había pinchado un poco el día antes en su crónica y sabía que Jacquinot era susceptible. De todos modos, si el ministro acogía favorablemente su pretensión, quedaría á sus órdenes y tendría que defenderle á la primera señal. El pensamiento de hablar bien de su amigo en el periódico, era para él un suplicio. Vendió *El Partido revolucionario* y tuvo la satisfacción de enviar á Enrique Tresorier un cheque de veinte mil francos exigiéndole recibo motivado. El correo se lo trajo el mismo día, y Courcier le leyó con áspera satisfacción. Despues pensó: han tomado, de todos modos, mi dinero; nada tengo suyo, mientras ellos tienen mis fondos. Le parecía que sus veinte mil francos valían mucho más que los de Enrique y que el joven resultaba debiéndole algo.

No conservó por mucho tiempo esa ilusión. El día siguiente por la mañana vió esta partida á la cabeza de una subscrición abierta por los periódicos para una obra de caridad popular: «Gilberta, veinte mil francos.» Bramó de cólera y dudó si escribir á Enrique Tresorier para declararle que le consideraba como un farsante. Pero, después de reflexionar, se confesó que lo que el joven había hecho estaba muy bien. Se encerró en su aislamiento y en su misantropía y fué muy desgraciado. Caído de la altura de su dirección de periódico, sufrió continuas humillaciones. Las personas que le saludaban profundamente el día antes para obtener una palabra en los *Ecos parlamentarios*, afectaban ya no conocerle. No fué reelegido presidente de su comisión, y un diputadillo del centro izquierdo, que apenas tenía veintiseis años, un chicuelo, le derrotó en la de Comer-

cio, ¡á él, discípulo de Blanqui! Uno de los pilares de la extrema izquierda!.... Observó que todo se volvia en contra suya y que nada lograba ya de cuanto emprendia. A los diez años de vida parlamentaria, se encontraba menos influyente que el primer dia. Su caracter se hizo sombrio; no hablaba nunca y su físico se desmejoró visiblemente.

Durante ese tiempo, Gilberta, instalada en Neuilly, adelantaba su instrucción religiosa con alegría y trabajaba con valor. La casa en que habia entrado siguiendo el consejo del director de su conciencia, no era uno de esos conventos en que las santas madres viven en la ociosidad y la oración. Un obrador, un asilo de niños y un refectorio popular estaban instalados en la casa. Fundada por una bienhechora admirable, que la construyó y dotó á sus expensas, la casa tomó rápidamente tal desarrollo, que fué preciso procurar recursos más considerables y se formó un consejo de señoras muy ricas, que administraban la institución de acuerdo con la hermana Teresa, persona de capacidad poco común. Las religiosas albergaban en la casa algunas novicias y pensionistas que se ocupaban en los quehaceres más pesados. Dedicadas alternativamente al servicio de la cocina, de las celdas, del obrador ó del dormitorio, hacían la sopa, barrían los corredores y los patios, cuidaban los niños ó dirigían los trabajos de costura. Aquellas valerosas mujeres se multiplicaban, de la mañana á la noche, en un trabajo solamente interrumpido por los ejercicios religiosos que les imponía su profesión, y aun las habia dispensadas de ellos para dedicarse á la vigilancia y para continuar las tareas comenzadas, en tanto que las demás oraban en la capilla.

Desde el primer dia, Gilberta las imitó sin vacilaciones, aunque los antecedentes de su educación no la habían preparado para trabajos tan vulgares, é hizo sin repugnancia el oficio de criada entre aquellas hermanas que en su mayor parte eran unas campesinas sin ninguna distinción, sencillas é inocentes. Dos veces por semana el abad Brossard iba á instruir á su penitente, lo que era para Gilberta un motivo de reposo y de verdadero recreo. Por la noche aprendía el catecismo mientras sus compañeras dormian, pues Gilberta se avenía bien con levantarse con el alba, pero le era insoportable acostarse al anochecer. Su salud se sostenía perfectamente con todas aquellas ocupaciones. No tenía tiempo de pensar en su situación, y era dichosa. Sin embargo, no olvidaba á su padre. Todas las semanas le escribia dos letras para pedirle noticias suyas y asegurarle que, aun de lejos, le amaba como siempre; pero jamás recibia respuesta. No parecía sino que Courcier habia arrancado á su hija de su corazón, y esta era la mayor pena de Gilberta.

De este modo pasó la jóven dos meses, entregada á trabajos excesivos que la dejaban rendida por la noche, pero tranquila y decidida á continuar. Una mañana estaba en el guardarropa ocupada en colocar unas pilas de sábanas construidas en el obrador, cuando apareció la hermana Teresa, acompañando á una señora á la que hacia los honores de la comunidad, y con violenta emoción la joven reconoció en la visitante á la madre de Enrique. La baronesa, impasible, recorrió la vasta habitación escuchando las explicaciones que le hacía la superiora, y después se dirigió á Gilberta y dijo como si la hubiera visto el dia antes:

—Buenos dias, hija mia; me ale-

gro en el alma de ver á usted..... Está usted muy linda con su cofia..... Hermana, ¿podré decir dos palabras á la señorita Courcier?

—¡Cómo, señora baronesa! cuatro, si usted lo desea.... ¡Ah! ¿conoce usted á esta querida niña? Se la presento como un modelo de docilidad y de cordura.... Escuche, hija mía; la señora baronesa, una de nuestras bienhechoras..... Pronto deberemos á su bondad el nuevo edificio....

Y agitando un manojo de llaves, que dió un sonido de campanillas, la superiora pasó á la habitación próxima. En cuanto estuvieron solas, la señora de Tresorier atrajo hacia sí á Gilberta, la abrazó tiernamente, y dijo:

—Por usted solamente estoy aquí, hija mía; creo que no lo dudará usted. Alguien á quien amo mucho se volvía loco por no saber qué era de usted: ha sido, pues, preciso poner en conmoción todo el comité de Señoras para que me dieran en él una situación que me permitiera venir á esta casa cuando lo desee y á las horas que me parezcan bien. Como usted ve, lo he logrado....

—Lo que ha dicho hace un momento la hermana Teresa, me enseña á qué precio....

La baronesa sonrió:

—Eso es poco importante, hij mía; y además es para los pobres..... ¿Pero, cómo se encuentra usted? ¿No sufre demasiadas privaciones? ¿Esta existencia no es demasiado dura para sus fuerzas?

—Me encuentro muy bien, señora, y si recibiera noticias de mi padre, no ambicionaría nada....

—Puedo dárselas á usted muy recientes..... Mi doncella ha visto ayer á Rosalia.... La salud del señor Courcier es satisfactoria, pero su humor.... ¡ay! no ha cambiado.

—¡Qué buena es usted de haber previsto mi deseo! ¿De modo que no está enfermo, con este invierno tan frío?

—No, hija mía; está abrigado en la Cámara ó en su casa...Pero la celda de usted debe ser glacial....

—Eso es muy sano.

—Y tiene usted las manos enrojecidas.

La baronesa cogió entre sus manos, cubiertas de finos guantes, las preciosas manos de Gilberta, apenas endurecidas por los groseros trabajos á que se entregaba, y conmovida por el valor y la resignación de aquella niña, la miró con tierna inquietud.

—¡Ah, señora! dijo gravemente la joven; si yo no sufriera, no tendría excusa, porque mi padre sería solo á sufrir, y por mi causa.

La señora de Tresorier besó á la joven en la frente, y reuniéndose con la superiora en la habitación inmediata, continuó la visita. Entre las dos mujeres no se pronunció el nombre de Enrique, pero el corazón de Gilberta estuvo más alegre aquella tarde, y la hermana la sorprendió cantando á media voz mientras trabajaba.

En la calle de Presburgo se esperaba con impaciencia la vuelta de la baronesa. Enrique estaba como sobre ascuas, figurándose á su madre al lado de Gilberta, y el señor Tresorier mismo no había ido aquel día á su escritorio. Atraída al saloncillo, sin tener tiempo siquiera para desatarse el sombrero, la señora de Tresorier tuvo que explicarse en seguida; dar detalles.

—¡Por Dios, Enrique, déjame respirar, dijo la baronesa gozando de antemano por el placer que iba á causar. Pues bien, sí; está buena que es un encanto y más bonita que nunca con su cofia de alas y sus gruesas medias azules..... Con su vestido de lana gris, tiene un talle

que hace daño á la religión...Cuando entré, estaba arreglando un montón de sábanas, pero me han dicho que el día antes había barrido el patio.....

—¡Barrido! exclamó el señor Tresorier sofocado.

—Sí, amigo mío, y muy bien. Parece que maneja la escoba con un vigor asombroso....

—¿Como las desgraciadas de la calle, entonces? gimió Enrique. ¿Como esas pobres criaturas que por la mañana, cuando papá y yo vamos de caza, vemos tiritar? ¡Ah! ¡Dios mío!

—Y todavía ella lo hace de balde.

Enrique no participó del risueño optimismo de su madre. Sublevado con la idea de las fatigas que pasaba su Gilberta, se puso enteramente taciturno.

—Aquí tenéis, dijo, á dónde ha conducido á esa deliciosa criatura un padre feroz y estúpido....¡Cuándo acabará esta prueba! ¡No se puede prever! Ahora está en el noviciado, pero no es de esperar que el rigor de Courcier se dulcifique, y llegará á pronunciar los votos..... Después de la tortura de saber su situación miserable, tendré el dolor de perderla para siempre. Los votos no son eternos, es verdad, pero una muchacha del caracter de Gilberta, no vuelve sobre sus determinaciones, y una vez en el convento, en él permanecerá....¡Qué será entonces de mí!

La señora de Tresorier quedó consternada. Esperaba producir alegría al anunciar que la joven se mostraba valerosa de espíritu y robusta de cuerpo, y por el contrario, provocaba desolación y penas. Su marido parecía también abatido.

—Me pongo en el lugar de ese Courcier, dijo. Debe estar anonadado de dolor.

Enrique dió un salto.

—Ese Courcier es un monstruo. ¿Le compadeces? Pues á mí, me dan ganas de ir al Palacio Borbón, agarrarle por su hermosa barba de imbécil y arrastrarle á puntapiés por la galería de la Paz... ¡O lio á ese hombre! Quisiera matarle ¡Ah! sí no fuera el padre de Gilberta....

Los señores de Tresorier miraron asustados al dulce Enrique que, por primera vez en su vida, montaba en cólera delante de ellos, y trémulo, los ojos inyectados en sangre, pataleaba como un demente. Por fin se calmó y dijo:

—No importa; es posible que esto dure.... ¡No lo consentiré!

—Pero, pobre hijo mío, ¿qué puedes hacer? Te estrellas contra obstáculos invencibles; la resistencia del padre y la voluntad de la hija.

—Si no los venzo, procuraré flanquearlos: esto no puede continuar así....

Tenía el aire tan resuelto, que los señores de Tresorier sintieron una viva inquietud.

—Supongo, dijo el barón, que no preparas alguna extravagancia.

—No, papá.

—No intentes nada que pueda comprometer á esa muchacha. ¿Entiendes? ¡Eso es sagrado!

—¡Prefiero morir á causarla el menor perjuicio!

—Sí, pero no se trata de morir tampoco, objetó la madre.

—Pues bien, sé amable y cuéntanos á tu madre y á mí cuáles son tus proyectos....

—No tengo más que uno; buscar al señor Courcier y explicarme de una vez con él. No le he vuelto á encontrar desde que supo quién soy..Necesito verle la cara y oir su metal de voz...

—Pero has expresado hace un momento intenciones de tal violencia....

—He hecho mal. Mis palabras no

tenian ningún sentido, puesto que no podia llevarlas á la práctica... Tonterias inspiradas por la cólera.

—Y si te pones de nuevo furioso cuando hables con Courcier....

—Pensaré en Gilberta y estaré tranquilo.

—Pero, ¿qué es lo que te propones decirle?

—Todo lo que me inspire mi desesperación.

—¿Y si él no quiere escucharte?

—Entonces sabré que no hay nada que esperar de él. Mientras, dudo todavia.

—Pues bien, hijo mío, dijo la señora de Tresorier; sigue tu inspiración. En todo caso, puedes adquirir compromisos con el señor Courcier en nombre de tu padre y en el mio. No te desautorizaremos, sea lo que quiera lo que prometas....¿Verdad, amigo mio?

—Seguramente, dijo el barón. Lo primero es hacer la felicidad de estos dos muchachos....Aunque fuera preciso renunciar á presentarme jamás contra Courcier en Bizy...¿Y bien sabe Dios el trabajo que me costaria!

Enrique reflexionó un momento y dijo gravemente:

—¿Me permites ir hasta renunciar en tu nombre tus opiniones politicas?

Tresorier hizo un movimiento de hombros y su fisonamía expresó un cierto malestar moral.

—Veo con pena, Enrique, que no tienes ninguna especie de convicción...¡Es asombroso, querida mia, hasta qué punto están poseidos de indiferencia todos estos jovenes!.... La monarquia, la república, y hasta cualquier clase de república, les importan poco!....¡No quedan ya más fieles que los viejos!....

—¡Oh! papá, para mi no hay más que una felicidad importante; la que he jurado á Gilberta.

La madre sonrió, y dijo:

—Es joven, ¡que quieres! está enamorado y no es feliz....

—En fin, hijo mio, dijo el barón concediendo; con tal que no pases del centro izquierdo....

Enrique estrechó entre los brazos á su padre con verdadera furia de ternura.

—¡Ah! Veo que me quieres verdaderamente, porque es un gran sacrificio el que haces..... Pero puedes estar tranqilo, no abusaré. Por lo mismo quiero obtenerlo todo de Courcier sin concederle nada.

—¡Bueno! pues vamos á almorzar, dijo el barón reanimado.

Y cogiendo del brazo á su mujer, añadió:

—Esa muchacha no sabrá nunca el trabajo que nos ha costado hacerla millonaria y baronesa.

XIII

Eran las tres cuando Enrique Tresorier bajó del coche en la calle de Borgoña y entró en el vestibulo del Palacio Borbón. Se dirigió hacia la entrada, pero un ujier le detuvo y le preguntó si tenia tarjeta. No la tenía, pero no perdió su presencia de espiritu y rogó al ujier que tuviese la bondad de avisar al marqués de Cerneuil, diputado de la Vendée, que el señor Tresorier deseaba hablarle. A los pocos instantes apareció el marqués en persona.

—¡Calla! querido amigo, ¿es usted? dijo el legitimista; crei que se trataba del barón. ¿Qué diablos viene usted á hacer aqui? ¿Trae usted algún libro de cheques en el bolsillo?

—¡No! no pretendo corromper á nadie. Necesito ver á una persona en la Cámara, pero como no me dejaban entrar.....

—Sí; á causa de las bombas, dijo el diputado. Desde el atentado, no dejamos entrar sin tarjeta á las personas inofensivas; pero, con ella, se

abren las puertas á todos los bribones.... Eso es lo que llamamos guardar la asamblea.

Subieron hablando, la escalera, y al llegar á la galería:

—Está usted dentro, dijo el marqués; no tiene usted ya necesidad de mí....

—Sí, quisiera que hiciese usted avisar al señor Courcier que le esperan aquí....

—¿Courcier? ¿Ese charlatán?

—Sí, Courcier.... Y sobre todo, no me nombre usted: si sabe quién soy, es muy capaz de no salir....

—¡Oh! querrá usted tratarle mal y lo sospechará?

—No, ciertamente.

—Pues bien; voy á avisarle yo mismo....

—Marqués, ¡qué amable es usted!

—Expresiones á ese querido barón.

Se alejó, y Enrique permaneció solo, paseando muy despacio y escuchando el confuso rumor que salia del salón de sesiones cuando se abria alguna puerta. Parecía el murmullo de los muchachos de una clase insubordinada con las explosiones de voz del orador, los gritos del inspector, imponiendo silencio. En seguida algunos repiques de la campanilla presidencial le recordaban vagamente el momento de la llegada en las carreras. Debía tratarse, de seguro, de alguna discusión útil, porque nadie parecía escuchar. Pasaron dos periodistas, y uno de ellos dijo:

—Ese Cazaguaire es soporífero con su cuestión agrícola..... ¿Qué nos importa que el trigo se venda á diez y ocho francos, si el precio del pan no varía? .....

—¡Ah! la agricultura está falta de brazos, dijo el otro bromeando, pero no carece de lenguas.

—Por lo demás, si no se insultan, todo esto no tiene interés para nosotros.

—Parece que hay un nuevo proceso empezado .....

—Sí; no se habla de otra cosa en sesión.... Se dice que Jacquinot está comprometido....

—Tras de los unos van los otros.

Enrique aguzó el oido, pero no tuvo tiempo de completar sus investigaciones, porque Courcier se presentó Al ver al joven, se detuvo irresoluto y hasta hizo un movimiento para volverse á entrar, pero Enrique no le dió tiempo. Se aproximó á él y en tono de autoridad le dijo:

—Señor Courcier, tenemos que hablar.

El diputado hizo un gesto de contrariedad y replicó:

—Señor mío, no es este el sitio ni el momento de explicarnos.

—No puedo elegir el uno ni el otro, contestó secamente el joven; así, pues, tendrá usted la bondad de escucharme....á menos que tema la discusión....

—¿Yo? exclamó Courcier; jamás, señor mío, he tenido una discusión....y con usted menos que con cualquiera.

—Perfectamente, dijo Enrique sonriendo al ver el éxito de su argumentación. Escúcheme usted entonces.

Se colocaron en el hueco de una ventana, y Courcier, mirando al joven con amenazadora ironía, dijo:

—Las cosas han cambiado mucho desde el dia en que por primera vez hablamos aquí, *señor Gervais*...

—No ha dependido de mí que no cambiasen mucho más, señor Courcier....

El diputado miró á Enrique, estupefacto de tal aplomo. Se puso rojo de cólera y pellizcándose los labios, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir? No lo comprendo bien....

—Me comprende usted perfectamente, replicó el joven con más firmeza todavía, pero voy á disipar toda duda. A estas horas, si usted no hubiera estado ciego por un fanatismo que por otra parte le cierra todo porvenir, debería yo ser su yerno y usted no vería subirse sobre sus espaldas ciertos malvados como Jacquinot, á quien acecha el juez de instrucción....

—Señor mío, exclamó Courcier; el hombre del que usted habla tan ligeramente, es mi amigo....

—Un concusionario no puede ser amigo de usted, afirmó rotundamente Enrique. Me asombra que usted se detenga en pequeñeces como el compadrazgo político; en política no hay amigos, sólo concurrentes. ¡Cómo! Después del tiempo que hace que está usted viendo evolucionar á los que llaman sus amigos, ¿no ha observado aún sus sucesivos cambios de opinión? Salidos del socialismo puro, se encaminaban hacia el radicalismo intransigente, después bifurcan sobre el radicalismo gubernamental y ya los tiene usted encarnados en el misterio....Usted sólo no se ha movido y no se lo perdonan, porque acusa con su inmovilidad su mudanza y sirve para señalar siempre el punto de partida....Por esto es por lo que usted no llega á nada....

Courcier, petrificado al oirse explicar en tres frases lo que él hacia seis meses había empezado á comprender confusamente, permaneció mudo ante Enrique, preguntándose por qué superior clarividencia se daba aquel joven cuenta de la situación con tanta precisión. Olvidó á Gilberta, su cólera, sus prevenciones, y juzgando á su interlocutor como muy fuerte, se sintió, como en otro tiempo, dominado por él. Se olvidó de la situación, hasta decir:

—Amigo mío, mi honor consiste en no haber variado....

Pero de repente le acudió la idea de que tenía delante al hijo de su enemigo, al seductor de Gilberta. Crispó los puños, sacudió la poblada barba, y exclamó:

—Y sobre todo, á usted no le importa nada de esto.

—¡Cómo! ¡Que no me importa! replicó Enrique con furiosa energía; usted se burla de mí..... ¡Mi vida depende completamente de su ceguera y me niega el derecho de abrirle los ojos..... Señor mío, no me voy de aquí sin haberle convencido..... De nosotros dos, uno razona como un chiquillo, y aseguro á usted que ese no soy yo.

—Nadie autoriza á usted á tomarse conmigo esas libertades, balbuceó Courcier.

—No debo ocultar á usted que pienso tomarme otras muchas, dijo friamente Enrique, si me veo obligado á hacerlo..... No solamente por mi interés, sino también por el de usted, pues si no intervengo en sus asuntos, es usted hombre al agua. Vamos á ver; usted no observa que en su partido se le considera como una cantidad despreciable....Y usted vale tanto como esos pretendidos talentos que le juzgan con tanta desenvoltura.... Yo lo sé, que he trabajado con usted.....

Esta imprudente alusión estuvo á punto de hacer perder á Enrique todo el terreno que había ganado. Courcier movió la cabeza con amargura.

—¡Ah! dijo; si usted hubiera sido realmente Gervais.... Pero usted me ha engañado y quiere hacer lo mismo ahora....

—¿Qué sabe usted? ¿Está usted seguro de haberme juzgado bien? Yo quería unirme á usted, pero con to-

da lealtad. Usted no ignora por qué. Fuí á su casa como Jacob á la de Labán, para servirle, para merecer su hija.... Si hubiera podido disponer de tres meses para penetrar en su pensamiento, hubiera cumplido la obra decisiva.... Le hubiera á usted llevado á una evolución indispensable para asegurar el triunfo de su carrera.... ¿Cuál fué mi primer acto? Darle un periódico.... Poco á poco la corriente de la opinión le hubiera conducido á concesiones prácticas, no sobre la doctrina, sino sobre los medios de aplicarla.... Hubiera usted pasado inmediatamente al rango de los hombres sensatos—¡no digo moderados, digo sensatos!—y hubiera entrado en la reserva de las personas con las cuales es preciso contar en un momento dado. En esa reserva es donde se reclutan los ministros.... Todos los amigos de usted, que son sin embargo medianías, han llegado ya.... Y entonces el partido socialista, viéndole á usted tomar autoridad é influencia, hubiera pensado: «Courcier es un puritano cuyas manos están limpias y que nos realizará las reformas que todos prometen y nadie da....» El tiempo hubiera pasado, los hombres hubieran caído—¡caen tan pronto!—y la hora de usted hubiera sonado.... Sí; usted debía, en mi pensamiento, ser dueño de la situación. Lo que la exageración de sus avanzadas opiniones tenía de amenazador, yo lo atenuaba. Se hubiera dicho: «Courcier es un hombre inexorable.... Hará tabla rasa del orden establecido.... Echará por tierra el edificio social....» Pero á renglón seguido se hubiera añadido: «No hay que temer nada; tiene consigo á Tresorier, su yerno, que obtendrá gracia para el mundo antiguo.... Courcier será un regenerador, pero no un destructor.» ¿Qué destino estaba reservado á un hombre político acerca del cual la opinión hubiera formulado tales juicios? ¡Qué papel hubiera representado en la historia! Hubiera podido ser el Washington de Francia.... ¡He aquí lo que yo había soñado para usted!

Se calló un momento para respirar. Courcier, mudo, se miraba los zapatos con aire soñador y no hacía ni un simulacro de resistencia. Enrique pensó: «Me he mostrado bíblico con Jacob y Labán; he citado á Washington y he elevado á mi ambicioso hasta la cima de la montaña para enseñarle el mundo á sus pies. Todo esto está muy bien; en este momento mi hombre está bajo la influencia de su quimera orgullosa; pero si pronuncio el nombre de Gilberta, vuelve á caer á la tierra, no piensa más en sus rencores, recobra sus antipatías y soy perdido. Era sin embargo preciso llegar á la cuestión.

—¿Cómo me ha recompensado usted, continuó, por tener tanta confianza en su talento? ¿Qué trato me ha hecho usted sufrir? Sin darme tiempo para explicarme; arrebatado por una cólera indigna de usted y que inspiraría dudas sobre su capacidad á otro que á mí, usted me ha expulsado, ha destruido la obra comenzada, ha vendido el periódico y todo el edificio ha venido á tierra.... ¿Y por qué? Por mezquinas consideraciones de personas; por diferencias de religión, como si sus amigos de usted dudasen frecuentar las casas de los reaccionarios y casarse, si les conviene, en la iglesia.... Pero engañado por su misma rectitud, cree usted que no debe hacer ni una concesión, separa de su lado un aliado fiel y trata con el último rigor á su propia hija.

El efecto que Enrique temía, se produjo. Courcier levantó la frente,

hasta entonces inclinada, lanzó al joven una mirada de odio, y dijo:

—¡Sí; usted me ha privado hasta de mi hija! Por culpa de usted me ha abandonado....

—¡Usted la ha echado de su casa!

—¿Cree usted que yo querría convertir mi casa en sacristía?

Enrique exclamó:

—¡Usted no es ni será nunca más que un sectario! Se llena usted la boca de palabras, en vez de fijarse en las ideas. Empiezo á creer que sus amigos de usted tienen razón al afirmar que tiene usted mucha fachada y poca profundidad.

—¿Dicen eso?

—Sin ocultarse. Y usted hace todo cuanto puede por darles la razón....

El joven se levantó é indicó un vago saludo. Courcier creyó que se marchaba y se puso también de pie.

—¿Es eso todo lo que se proponía usted decirme? Porque no supongo que su único designio fuese hacerme recriminaciones.... ¿Qué proposiciones quiere usted hacerme?

A estas palabras Enrique se estremeció hasta el fondo de su alma, como un general que en lo más rudo de la batalla y cuando desespera de arrollar al enemigo, descubre de repente en el lado contrario un punto débil para penetrar y vencer. Adoptó un aire muy frío, y mirando á Courcier de muy alto, respondió:

—¡Proposiciones! ¡Yo! ¡A usted! Usted se desconoce, señor mío. Mi padre se las ha hecho y usted las ha rechazado con la última dureza.... Basta, pues; atengámonos á eso.

—Pero usted decía hace un momento que pretendía convencerme....

—Estaba equivocado. Desespero de esclarecer su fanatismo. No se puede sacar partido de usted....

—Pero, en fin, ¿por qué ha venido usted á inquietarme hasta aquí? exclamó Courcier exasperado.

—Para advertir á usted, únicamente, que su hija está en la condición más miserable en el asilo de las Señoras de la Compasión, donde se le obliga á entregarse á los más viles trabajos.... Ayer estaba mondando las verduras para la comida de la comunidad, y anteayer estaba barriendo los patios.... A eso la ha reducido usted....

—Mi hija, señor mío, ha hecho lo que ha querido.... nada tiene usted que ver con eso....

—¡Pues bien! Vaya usted allá para verlo por sí mismo.... Vaya á gozar de ese espectáculo tan halagüeño para un apóstol como usted.... Vaya á ver á la señorita Courcier reducida á la servidumbre.... Vea si trabaja más de ocho horas al día.... ¡Eso es tan interesante como una huelga! ¡Y tan mortífero! ¿Comprende usted?

—Señor mío, gruñó Courcier, ¿cómo se atreve usted á hablarme de ese modo?

—Mi lenguaje no expresa más que muy débilmente lo que pienso de su conducta....

—Si la mitad siquiera de lo que usted me cuenta es cierto, exclamó Courcier temblando de furor, yo haré cerrar esa caverna clerical....

—¡Eso es! Se trata de una obra filantrópica, donde se alimentan mil doscientos pobres al día....

—¡Interpelaré al ministro!....

—Ya sabe usted que no tiene autoridad alguna!.... ¡Se burlarán de usted!....

Courcier palideció. Presentía vagamente que Enrique tenía razón.

—Señor Courcier, continó el joven, ha creído usted ser muy fuerte y ha caído en sus propias redes.... Por no darme su hija, se la ha dado á la Iglesia.... ¡Vaya usted á ver lo que hacen con ella!

—Ciertamente que iré, exclamó el padre de Gilberta con un gesto de furia.

Enrique, que sólo esperaba esta declaración para terminar la entrevista, dirigió al diputado una mirada acusadora y dijo:

—Adiós, señor Courcier.... Usted lamentará un día no haberme comprendido mejor....

Y sin añadir una palabra, se alejó. Courcier le siguió con la vista, y muy pensativo volvió á entrar en el salón de sesiones.

Por la noche comió con mal apetito. Se encerró en su despacho y trató de poner en orden las ideas que le había sugerido su conversación con Enrique Tresorier. Por de pronto, se fijó en la sospecha de que había llegado á los cincuenta años sin distitinguir más que las apariencias de la comedia humana que se representaba ante sus ojos, y sin penetrar los resortes secretos de la intriga. ¿Era, pues, verdad que estaba ciego y que empujado por los acontecimientos, servía de juguete á los hábiles que saben sacar partido de ellos? Pasó revista á los últimos años de su vida y se encontró sorprendido al observar que juzgaba ciertas resoluciones de un modo distinto que en el momento en que las tomó. ¿Había, pues, para las ideas, como para los hechos, una indudable oportunidad? Se había jactado siempre de no variar jamás y de ser inmutable en sus principios. Decía muchas veces de sí mismo: soy una barra de hierro. Y ahora se preguntaba si el hierro, metal rígido, pesado, brutal, no era una materia inerte. Todos los que había visto obstinarse faltos de flexibilidad, se habían quedado en el camino para marcar las señales de las etapas recorridas. Los otros, los acomodaticios, los dúctiles, los maleables, habían tomado la delantera y se solazaban en la cima. Tuvo un momento de orgullo y dijo: esos son los salteadores.... Pero en el mismo instante una voz murmuró á su oído: ¿quién sabe si los otros son unos majaderos? Al llegar á este punto se encontró desorientado y no vió ya claro en su conciencia. Toda esta discusión se cristalizaba para él en esta sola cuestión: ¿tengo derecho á sacrificar mi hija á principios discutibles? Un repentino enternecimiento se apoderó de él. Aquella pobre niña, ¿qué había hecho, fuera de amar á un hombre que á su padre no le agradaba? ¿Era eso un gran crimen? Jamás le había causado anteriormente ni una pena, ni un cuidado. Había crecido á su lado en una magnífica indiferencia religiosa, solamente turbada por la necesidad de poner de acuerdo su cultura moral con las necesidades del mundo. ¿No había él extralimitado sus poderes combatiendo su resolución? Porque, como ella le había dicho: debía dejarla libre de adoptar una religión ó ninguna, á su elección. Se había, pues, salido de la neutralidad que le estaba impuesta. En resumen: proscribía la religión, la juzgaba perjudicial para la humanidad; pero no hubiera puesto las manos al fuego para probar que tenía razón. Los grandes hombres del pasado estuvieron muy divididos en este punto. Robespierre se inclinaba á un Sér supremo. Y Camilo Desmoulins escribía en el *Vieux Cordelier* «que no se hubiera debido quitar á la humanidad que sufre, la esperanza de otra vida.» Sí; pero quedaba la cuestión del educador, del sacerdote, y en esto ya no dudaba Courcier. Su odio recobraba la supremacía y le disponía á todas las violencias. La doctrina condensada en la conocida fórmula «abajo la sotana» que había sido el credo de toda su vida, le bullía de nuevo en el cerebro. Olvi-

daba todo lo que había pensado cuerdamente, y volvia á caer en su locura. Entonces penso: ¿es posible que mi hija sea tratada por esa canalla clerical como una mercenaria? Yo la habia amenazado con que así sucederia, pero de eso á tolerarlo va mucha distancia. ¿Ha venido al mundo mi Gilberta para barrer conventos? Esta idea le llenó de furor y se dió á pensar que Gilberta era una víctima y los sacerdotes sus verdugos. ¡Siempre la Inquisición! En cuanto á él, se abstuvo de calificar el papel que representaba; para sí mismo tenia grandes indulgencias.

Y muy cansado, se metió en la cama.

Pasó una noche agitada por pesadillas espantosas, en las que se vió en camisa, con un cirio de diez libras en la mano, haciendo penitencia ante la verja de la Magdalena, mientras que su hija, en traje de desposada, bajaba la escalinata del brazo de Enrique Tresorier. Después cambió la decoración y se encontró en la Cámara, siendo ministro y desarrollando en la tribuna un proyecto de ley que aumentaba diez veces los derechos de las comunidades religiosas. Uno de sus antiguos amigos del socialismo, retórico difuso y obscuro, le interrumpía violentamente hablándole de «la antigua canción para adormecer la miseria humana,» y él le respondia: «todo eso es viejo.... Imitáis á los antiguos de la Convención.» Y la voz triste de Jacquinot murmuró esta acusación: «mientras yo estaba en Mazas, él se ha hecho ministro.... ¡Es un vendido! ¡La barra de hierro se ha doblado! Quiso responder, indignarse, pero le faltó el aliento y vió por todas partes á su alrededor, unos carteles en los que estaba escrito con letras enormes: «*El Partido revolucionario:* ¡Trescientos mil lectores!» Cayó en una profunda postración, y al rayar el alba se despertó empapado en sudor.

XIV

Acababan de dar las diez. La hermana Teresa estaba en su escritorio inclinada sobre un formidable librote que contenia la contabilidad de la institución, cuando entro una novicia y dijo:

—Madre, el señor de Courcier está en el locutorio y pide hablar con su hija....

La superiora levantó la inteligente cabeza, puso el dedo en la columna de números que estaba comprobando, para saber donde dejaba su operación, y respondió:

—Hija mia, ruegue usted al señor Courcier que venga aquí; tendré gusto en recibirle.

Una vez sola, continuó la suma con perfecta calma, como si no sospechase que un lobo devorador acababa de entrar en el rebaño. Al cabo de cortos instates, se oyó ruido de pasos, se abrió la puerta y apareció el diputado. Tenía un aspecto más sombrío que de costumbre y toda su persona denunciaba la desconfianza. La hermana apartó el libro, se levantó, y con aire risueño, haciendo sonar las llaves, dijo al visitante:

—¡Ah! señor diputado....Tenga usted la bondad de sentarse, se lo ruego....

Courcier inclinó un poco la cabeza como para indicar que aquel agasajo no le conmovía, pero su frente se aclaró un poco al ver que le conocían la condición que le hacia temible.

—Señora, dijo en tono arrogante, deseo que se me ponga en presencia de mi hija.

Pareció que decia: «condúzcame usted á su sepultura». La religiosa sonrió y dijo:

—Nada más fácil. Debe estar en el dormitorio. Si quiere usted tomarse la moleslia de acompañarme....

Movió su llavero y dijo alegremente:

—Hay aquí muchas llaves, pero son de los armarios....

Courcier se sintió adivinado y se turbó. La hermana se echó á un lado y le hizo pasar delante de ella á una gran sala muy clara y con las paredes pintadas de grís, donde unas cincuenta mujeres trabajaban con actividad ante unas mesas de roble pulimentadas por el uso.

Sor Teresa extendió el brazo y dijo dirigiéndose á Courcier:

—Este es nuestro obrador, señor diputado....Todas las mujeres que usted ve son indigentes que nosotros ocupamos sin distinción de culto ni de nacionalidad....No queremos saber nada de ellas sino que son desgraciadas y que necesitan trabajar para vivir.

Courcier hizo oir un gruñido sordo, que la hermana tomó como signos de aprobación, porque continuó:

—Cuando en una de ellas descubrimos aptitudes superiores de gusto ó de inteligencia, la colocamos en las casas de confección.... Vea usted, aquella bajita que está allí, va á entrar en una tienda de pasamanería donde ganará cuatro francos diarios.... Y hace una semana la llevaron ante el comisario de policía porque estaba sin asilo y se moría de hambre....

Courcier hizo un gesto vago y dijo con alguna impaciencia:

—Pero, yo habia pedido ver á mi hija.

La hermana sonrió, y mostrando el extremo de la sala, dijo:

—Por aquí, señor diputado.

Al oir esto, las obreras levantaron la cabeza con curiosidad, y Courcier, que fué el centro de todas las miradas, experimentó la sensación de que inspiraba respeto, admiracion y envidia. No quedó por eso descontento y sus ojos se detuvieron con benevolencia en aquellas humildes mujeres. Tomó la actitud oficial de las visitas á los establecimientos escolares, á los museos y á los concursos agrícolas. Al llegar al primer banco, cogió maquinalmente un pedazo de tela y la frotó entre los dedos.

—Esa tela la compramos en la Somme y hacemos con ella paños que vendemos al *Bon Marché*.

Tocó con el dedo el hombro de la obrera que estaba cerca de ella, y dijo con aire de importancia:

—Levántate, María, y pide al señor diputado que se interese por tí....Es un personaje poderoso y conseguirá que te hagan justicia...

—¿De que se trata? preguntó Courcier con curiosidad.

—De una pensión de retiro, cuya liquidación no se puede conseguir....Es para su padre, antiguo obrero de la manufactura de Sevres....Esta ciego y su hija tiene que mantenerle..Ella no se queja.... pero están en la miseria.....

—Envieme usted una nota y yo veré....yo estudiaré....

—Da las gracias, María; ya ves como no hay que desesperar nunca de la bondad y de la justicia....

Courcier pensó asombrado: esta hermana es evidentemente una mujer de primer orden. Qué sencilla, qué clara, qué práctica y qué libre de preocupación religiosa. Si fuera laica, no hablaría ni obraría de otro modo....

Salió del obrador y entró en una especie de refectorio, vacío entonces, en el que podían comer al mismo tiempo y con comodidad cien personas. En el extremo dos enormes marmitas en las que se podría ahogar un hombre, cocían en unos

anchos fogones como los de los lavaderos públicos. Dos hermanas, con delantales blancos, vigilaban la operación. En unos aparadores se veían grandes pilas de relucientes escudillas de metal blanco que esperaban á la clientela.

—Aquí tiene usted nuestro refectorio popular, dijo la hermana. Todos los días á las doce y á las seis distribuímos mil docientas escudillas de sopa y carne á los necesitados que se presentan, sin pedirles ninguna referencia ni informe, sean quienes sean....

Courcier señaló á un gran Cristo de madera que había en la pared.

—¿Con tal de que hagan oración antes de comer? preguntó con tono zumbón.

—Ni eso, replicó la superiora sonriendo. Una de nosotras dice el *Benedicite* en alta voz, y lo aprovecha quien quiere....

Una gravedad repentina dió á la cara de la religiosa todo su valor de alta y expansiva inteligencia.

—Nuestro Señor, añadió, dejó á Judas comer á su mesa sabiendo que le hacia traición.... Nosotras, que somos sus humildes siervas, no debemos ser más severas que él.

Courcier bajó la cabeza con aire convencido y no replicó más. Se había apoderado de él la certidumbre de que la institución que le enseñaba era útil y de que las mujeres que á ella se consagraban eran buenas.

—No le propongo á usted que pruebe la sopa, porque no está todavía á punto, dijo Sor Teresa con su voz alegre, pero antes de marcharse, si usted quiere almorzar con los pobres, verá que los alimentamos bien....

—No me avergonzaré por eso, dijo Courcier. Soy del pueblo; todo lo que á él se refiere me interesa... y los abandonados son mis preferidos....

—Su hija de usted es lo mismo, contestó la hermana con viva mirada; va usted á verla en el asilo de niños....

Salieron del refectorio y entraron en una pequeña ala de edificio en la cual veinte cunas, con otros tantos niños, estaban alineadas á la claridad de anchas ventanas. Cuatro hermanas las guardaban y no se oían llantos, sino únicamente el canturreo vago de una de las religiosas que acunaba sabre las rodillas á un niño enfermo y se esforzaba por dormirle. Courcier, más emocionado de lo que hubiera permitido, según él, su dignidad, atravesó de puntillas la sala, y al llegar á la habtiación próxima se detuvo estupefacto. La puerta se entreabrió y Courcier vió á su hija vestida con los hábitos de la comunidad y con toca. Le volvía casi la espalda, inclinada sobre una mesa, y rodeada de tres chicuelos, los que estaban trazando en un papel una muestra de escritura. Un encerado que había en la pared, lleno de letras escritas con yeso, indicaba que había terminado la lección de lectura.

—Es ella, murmuró la hermana. Ha tenido la idea de recoger esos niños, que jugueteaban por la calle, y mientras sus madres están en el obrador, ella los instruye. «Papá, nos dijo, asegura que la instrucción es aún más preciosa para los hombres que el pan cuotidiano....Me tomaré este trabajo, pensando en él....

Courcier sintió en los ojos un hormigueo singular; su garganta se contrajo y se quedó mirando á su hija sin dar un paso ni decir una palabra. La veía bien en aquel momento y observaba las huellas de sus trabajos y de sus penas, que estaban impresas en sus mejillas, un poco enflaquecidas, y en las ojeras que rodeaban sus ojos, más brillan-

tes que de costumbre. Oyó que decía á sus discípulos:

—Formad bien las *o* y las *a* y tened cuidado con los rasgos. En cuanto hagáis una plana, os iréis á jugar al patio.

En este momento entró Courcier. La joven volvió la cabeza, reconoció á su padre, lanzó un grito de alegría y de un salto estuvo en sus brazos. La superiora se llevó silenciosamente los niños y el padre y la hija quedaron solos. Se miraron como si les costara trabajo creer que estaban juntos. Gilberta juntó las manos con emoción y dijo:

—¡Oh! papá, ¡Qué dicha la de verte!

Y este grito brotó con tal pasión de su alma, que Courcier pensó: ¿cómo habré podido estar tanto tiempo sin venir? ¿Estaría loco? Después, examinándola con ternura, observó sus vestidos y una nueva amargura le turbó. El recuerdo de sus agravios reapareció, y dijo:

—¿Debería encontrarte con semejante traje?

Gilberta le abrazó y le dijo al oído:

¿Por eso dejo de ser tu hija? Aquí no he aprendido sino á quererte más. Mi único consuelo es hablar de ti con la buena Sor Teresa.... Ella me animaba cuando estaba muy triste por verme privada de tu presencia y me aseguraba que un día te veríamos llegar....

Courcier frunció el entrecejo. Le pareció que la superiora tenía poca confianza en la firmeza de sus resoluciones.

—He venido, porque he sabido que estabas obligada á trabajos groseros.....

—¿Obligada? ¡Oh! no; estoy muy libre. Yo soy la que ha podido hacer lo que todas..... Tenía mucha pena.... No comía, no dormía.... y he querido fatigarme, aniquilarme de cansancio.... Así he recobrado el sueño y el apetito.....

—De modo que ya piensas menos en mí..... dijo Courcier irónicamente.

—¡Oh! no; al contrario. Me he acordado de que te había oído decir que en tu juventud trabajaste corporalmente y que nunca habías tenido mejor salud....y he seguido tu ejemplo. Me parecía que esta era una manera más de agradarte....

Courcier suspiró.

—¡Antes de dejarme, hubiera sido preciso pensar eso!.....

—Papá, no me hables así, exclamó Gilberta. Me desgarras el corazón. He sufrido mucho con la idea de haberte causado pena y no podría resistir tus acusaciones..... ¡Oh, no! saber que eras tan desgraciado como yo, sería imposible. Mientras no se conoce el dolor, se puede ser fuerte, pero cuando se ha sufrido, no se puede ya aceptar la idea de hacer sufrir á los demás.....

Courcier la miró fijamente.

—Si te digo que mi vida ha sido enteramente turbada por tu partida y que no puedo acostumbrarme á la soledad, ¿volverás á mi lado?

La joven bajó la cabeza, y respondió:

—Ese es mi deber y le cumpliré...

– Y sin embargo, también era ese tu deber hace algunas semanas.....

—Le conozco mejor ahora....

Los labios de Courcier temblaron.

—¡Pues bien! Gilberta, quiero que te vuelvas conmigo. Serás libre para practicar tu religión, pero no te separarás de mí. Estoy demasiado abandonado.....

Gilberta se aproximó á su padre y le abrazó tiernamente.

—Te obedeceré, papá. Y te pido perdón por haberte afligido.

Courcier la apartó y la miró hasta el fondo del alma.

—¿Es verdad? No me engañas?

—¡Oh, no! papá. No sé mentir.

El padre la atrajo hacia él, la estrechó contra su pecho y la besó con fuerza, no ocultando su emoción.

—Está bién, Gilberta. ..... Eres una buena hija.....Quédate aquí, puesto que lo deseas; yo te lo permito.

La cara de la joven se esclareció con un rayo de alegría.

—¿Pero vendrás á verme?

—Con frecuencia; te lo prometo.....

—¡Muchas gracias, papá; estoy muy contenta!....

Courcier estaba sentado cerca de la mesa. Gilberta se había aproximado y un poco inclinada, apoyaba dulcemente la cabeza en el hombro de su padre. Al cabo de un instante, dijo éste con voz enternecida:

—Ya lo vez, Gilberta; estoy en un día en que obtienes de mí cuanto quieres..... Aprovecha el momento....¿No deseas nada más?

La joven no respondió. Pero su padre sintió de repente que el corazón de su hija palpitaba contra su pecho y vió las lágrimas que caían lentas, pesadas, en el paño de su gabán. Comprendió que ardía en deseos de hablar, pero que estaba cohibida por el temor de disgustarle. Y esta resignación, esta dulzura, comparadas con su firmeza y su resolución de otro tiempo le conmovieron más que nuevas súplicas y nuevos discursos. Sentía á Gilberta palpitar de angustia y de dolor en sus brazos, y pensaba que dependía de él volverle la calma y la alegría.

Sin decir una palabra, extendió la mano hacia una de las hojas de papel que servían para la leccion de escritura, mojó la pluma en el tintero y de un sólo rasgo trazó estas palabras: «Autorizo á mi hija Gilberta para casarse con Don Enrique Tresorier.»

—¡Toma! Ya no podré arrepentirme.

Gilberta leyó, arrojó un grito de reconocimiento, y más pálida de alegría qne lo que había estado de dolor, se deslizó á los pies de su padre, apoyó la cabeza en sus rodillas y se puso á sollozar con fuerza. Courcier, viéndola casi desvanecida, quiso animarla y no encontró una palabra. Aturdido por lo que había hecho, pero sin arrepentirse, permaneció acariciando el cabello de su hija como cuando era pequeñita y se dormía sobre sus rodillas....

Enrique Tresorier y Gilberta se casaron en Saint-Honoré-d'Eylau. El abad Brossard ofició y Courcier asistió á la ceremonia. Toda la Cámara estaba representada; la izquierda por el padre de Gilberta; la derecha por el padre de Enrique. El presidente del Consejo fué á la sacristía á estrechar la mano á su «querido diputado» y todos los amigos de Courcier le cumplimentaron calurosamente por un matrimonio que tenía, sin duda, la ventaja á sus ojos de ser una especie de revindicación sobre el capital. Al salir de la iglesia, el diputado radical daba el brazo á la baronesa Tresorier, iban detrás su hija y su yerno y después el suizo galonado, con su alabarda al hombro. Courcier no parecía ni fuera de su sitio ni molesto. Su porte era bueno y su barba negra tenía un pliegue conciliador. Andaban en medio de las apretadas filas de los concurrentes, y al paso, sorprendió este corto diálogo entre dos colegas.

—¡Parece que ha vuelto á comprar *El Partido revolucionario.*

—Sí; pero ahora le titula tan sólo *El Partido republicano.*

—¡Oh! Courcier tiene el sentido de la política practicable.... Es un hombre de mérito....

—¿El? ¡Antes de seis meses estará en el banco de los ministros!

Courcier se estremeció de júbilo y pasó escoltando á Enrique y á Gilberta, que marchaban rodeados de la aureola de la dicha.

Al subir los recién casados en el coche para ir al hotel de la calle de Presburgo, donde estaba preparado un *lunch*, la señora de Tresorier dijo á su acompañante:

—Señor Courcier; ¿usted viene conmigo en la berlina, no es verdad?

—¡Con mil amores, señora baronesa!

FIN

El caso extraño del Dr. Jekyll.

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

Roberto Luis Stevenson.

EL CASO EXTRAÑO DEL Doctor Jekyll.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL.

HISTORIA DE LA PUERTA.

El señor Utterson, el abogado, era un hombre de rostro duro en el cual no brillaba jamás una sonrisa; frío, lacónico y confuso en su modo de hablar, poco expansivo; flaco, alto de porte descuidado, triste, y sin embargo, capaz no sé por qué, de inspirar afecto. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, había en todo su sér algo eminentemente humano que chispeaba en sus ojos; pero ese no sé qué, nunca se traducía en palabras; sólo lo manifestaba por medio de esos síntomas mudos que aparecen en el rostro después de la comida, y de un modo más ostensible, por los actos de su vida. Era rígido y severo para consigo mismo; bebía ginebra cuando se hallaba solo, para mortificarse por su afición al vino; y aun que le agradaba el teatro, hacía veinte años que no había penetrado por la puerta de ninguno. Pero tenía para con los demás una tolerancia particular; á veces se sorprendía, no sin una especie de envidia, de las desgracias ocurridas á hombres inteligentes, complicados ó envueltos en sus propias maldades, y siempre procuraba más bien ayudar por censura. «Me inclino—tenía por costumbre decir, no sin cierta agudeza—hacia la herejía de Caín; dejo que mi hermano siga su camino en busca del diablo.» Con ese carácter, resultaba á menudo que era el último conocido honrado y la última influencia buena para aquellos cuya vida iba á mal fin; y aún á esos, durante todo el tiempo que andaban á su alrededor, jamás llegaba á demostrar ni siquiera la sombra de un cambio en su manera de ser.

Sin duda era fácil esa actitud para Utterson, pues era absolutamente impasible, y hasta sus amistades parecían fundadas en sentimientos similares de natural bondad. Es característico en un hombre modesto el aceptar de manos de la casualidad las amistades, y eso es lo que había hecho el abogado. Sus amigos eran sus parientes ó aquellos á quienes había conocido desde hacia mucho tiempo; sus afecciones, como la hiedra, crecían con el tiempo, pero no procedían de ninguna inclinación especial. De áhí, sin duda, provenía la amistad que le unía á Ricardo Enfield, uno de sus lejanos parientes, y hombre que frecuentaba mucho la sociedad. Para algu-

nos había en ello un enigma: ¿qué podrían hallar uno en otro, y qué podía haber de común entre ambos? Los que los encontraban en sus paseos del domingo, referían que no se hablaban, que parecían sombríos, y que la aparición ó la llegada de algún amigo era acogida por ellos con evidentes signos de satisfacción y hasta de consuelo.

Apesar de todo, ambos daban gran importancia á aquellos paseos, que eran como el principal placer para ellos, y no sólo rechazaban todas las demás distracciones, sino que prescindían en absoluto de los negocios, para disfrutar con mayor libertad de sus paseos.

La casualidad hizo que en una de aquellas excursiones, cruzasen una callejuela situada en un barrio comercial de Londres. Era sumamente tranquila, pero en los días de trabajo había en ella un comercio activo. Sus habitantes hacían todos buenos negocios, esperaban hacerlos mejores en el porvenir, y dedicaban el sobrante de sus beneficios al embellecimiento de sus reciden cias, de tal suerte, que las fachadas de las tiendas alineadas á lo largo de la calle parecían invitarlo á uno como hubieran podido hacerlo dos hileras de sonrientes vendedoras. Hasta el domingo, cuando aquellos atractivos encantos estaban ocultos y la calle parecía relativamente descierta, ofrecía marcado contraste con las inmediaciones, bastante sucias, contraste parecido al de un fuego brillante en medio de un bosque sombrío; no cabe duda de que aquellas persianas recien pintadas, aquellos bronces relucientes, y aquella nota de limpieza y de alegría sorprendían y agradaban á los transeuntes.

A dos casas de distancia de la esquina de la calle, á mano izquierda yendo hacia el Este, la línea se hallaba cortada por la entrada de un callejón sin salida, en el que se levantaba un edificio de aspecto triste, cuyos aleros se extendían sobre la calle. Tenía dos pisos, ninguna ventana, solo una puerta en la planta baja, y el muro deteriorado que se elevaba hasta el extremo superior; en todo demostraba aquella construcción largo tiempo de abandono y descuido. La puerta, en la cual no había campanilja, ni picaporte, estaba deteriorada y sucia. Los vagos acostumbraban sentarse en el escalón de ella, y la utilizaban para encender fósforos; los muchachos de las escuelas habían probado sus cuchillas en las molduras; y durante muchísimo tiempo nadie se había preocupado de rechazar aquellos visitantes, ó de reparar sus daños.

El Sr. Enfield y el abogado cruzaban por el otro lado de la callejuela, y al llegar frente á aquel edificio, el primero señaló á la puerta con su bastón.

—¿Habéis observado alguna vez esta puerta? preguntó; y cuando su amigo le hubo contestado afirmativamente añadió: se halla enlazada en mi memoria con una historia harto singular.

—¿De veras? dijo Utterson, con una ligera alteración en la voz, ¿qué historia es esa?

—Hela aquí, replicó el señor Enfield. Regresaba á mi casa desde un punto lejano, á eso de las tres de la madrugada, una obscura noche de invierno, y mis pasos me llevaron á una parte de la ciudad en donde no se veía más que los faroles. Todo el mundo dormía; las calles se hallaban iluminadas como para una proseción y completamente desiertas; mi ánimo había llegado á hallarse en aquel estado en que se desea ardientemente ver á un agente de policía. De pronto vi dos personas: una de ellas era un hombre-

cillo que caminaba á buen paso hacia el Este, y la otra una niña de ocho á diez años que corría tanto como le era dable, por una calle transversal. Al cruzar en la intersección de las dos calles, chocaron uno con otro, y el hombre pisoteó con la mayor calma el cuerpo de la niña, dejándola tendida en el suelo y continuando su camino. Aquello no era el proceder de un hombre, sino más bien el del diablo indio Juggernaut. Lancé un grito, eché á correr, cogí á mi hombre por el cuello, y lo llevé al punto en donde ya, alrededor de la criatura, que se quejaba lastimosamente, había varias personas. Estaba enteramente tranquilo, y además, no opuso la menor resistencia, pero me lanzó una mirada que me infundió verdadero terror. Las personas que habían salido de la casa inmediata eran todas de la familia de la niña, y poco después llegó el médico, á quien habían ido á buscar. En realidad, la criatura no estaba gravemente herida, sino más bien asustada, según dijo el facultativo, y tal vez podríais suponer que las cosas no pasaron de ahí, pero había una circunstancia curiosa. Desde el primer golpe de vista había experimentado yo odio contra el agresor, así como la familia de la niña, lo cual era muy natural. Lo que más me sorprendió fué la conducta del médico. Era un tipo ordinario, sin nada de particular, con un marcado acento escocés y de aspecto tranquilo y pacífico; pero no pudo menos de experimentar la misma conmoción que nosotros; cada vez que miraba á mi prisionero, veía yo que el doctor palidecía y contenía el deseo de arrojarse sobre él. Yo comprendía lo que pasaba, y él á su vez, también comprendía mi pensamiento, y como no era posible asesinar á aquel hombre, optamos por lo mejor. Le dijimos que nos proponíamos hacer tanto ruido respecto de aquel asunto, que su nombre sería maldecido de un extremo á otro de Londres. Mientras le decíamos esto, nos vimos obligados á defenderlo contra las mujeres, que parecían tan exaltadas como harpías. En mi vida he visto una reunión de caras que demostrasen el odio que aquéllas; y en medio de todos, nuestro hombre parecía hacer alarde de una presencia de espíritu brutal, sarcástica, como desafiando á todos, aunque en el fondo yo veía que estaba asustado.

—Si lo que deseas, dijo, es sacar dinero á costa de este incidente, me declaro vencido. Todo caballero desea evitar el escándalo, añadió; decidme la suma que pretendéis.

La fijamos, no sin trabajo, en cien libras esterlinas, para la familia de la niña; se comprendía que hubiera querido resistir, pero había en todas nuestas fisonomías algo que debió asustarle, concluyó por acceder. Después fué preciso obtener el dinero; y ¿adónde creéis que nos llevó? precisamente al mismo lugar en que se hallaba esa puerta; sacó rápidamente una llave, entró y volvió á salir con diez libras en oro y un vale por el resto, á cargo del Banco de Coutt, pagadero al portador y á la vista, y firmado con un nombre que no puedo decir; era un nombre muy conocido y más de una vez publicado en caractéres de imprenta. La suma era fuerte, pero la firma valía mucho más, si realmente era auténtica. Me tomé la libertad de hacer notar á nuestro personaje que todo aquel negocio parecía fantástico, y que no era común que un hombre entrase á las cuatro de la madrugada por la puerta de una cueva para salir con un vale perteneciente á otra persona, por un valor de cerca de cien libras; pero

acogió mi indignación con una tranquilidad perfecta, y dijo con un tono sarcástico:

—Tranquilizaos; voy á permanecer con ustedes hasta que se habra el despacho del Banco, y cobraré el vale yo mismo. Partimos todos; el doctor, el padre de la niña, nuestro hombre y yo pasamos el resto de la noche en mi casa. Por la mañana, después de haber almorzado, fuimos juntos al Banco. Presenté el vale, dudando si sería falso; pero nada de eso; era bueno.

—Vaya, Vaya, exclamó Utterson.

—Veo que experimentáis igual duda que yo, repuso Enfield; sí, es verdaderamente una historia original. En cuanto á mi hombre, era un sér con el cual nadie habría querido tener tratos; un hombre temible y peligroso; y la persona que firmó el vale pertenece á la flor de la alta sociedad, es muy conocida y lo que da lugar á mayores sospechas, es que forma parte de los que se tienen por hombres de bien, y á quienes se llama así. Yo creo que es un hombre honrado que tiene que pagar á peso de oro el silencio de alguien que conoce alguna locura de su juventud; asi es que á esa casa de la puerta le llamo yo la casa de la difamación, aunque, como lo podéis comprender, todo esto se halla lejos de explicar las cosas, añadió, y después continuó pensativo, sumido al parecer en profunda meditación; pero no tardó en salir de ella, por la siguiente pregunta que le dirigió Utterson:

—¿Y no sabéis si el firmante del vale vive aqui?

—¡Ah! ¡sería verdaderamente una hermosa residencia para él! repuso Enfield, pues he tenido la suerte de lograr algunas noticias relativas á sus señas; no vive aquí.

—¿Y jamás habéis preguntado nada respecto del sitio en que está la puerta? volvio á decir el señor Utterson.

—No señor, he tenido esa delicadeza, añadió Enfield. Tengo viva repugnancia por las preguntas; eso se asemeja demasiado á lo que se hará el día del Juicio final. Lanzáis una pregunta, y es como si tiráseis una piedra; estáis tranquilamente sentado en la cima de una colina, y la piedra desciende arrastrando á otras consigo; y resulta que un viejo pájaro cualquiera (el último de quien os acordáis,) queda herido por la piedra en su propio jardín, en su misma casa, y la familia se ve obligada á cambiar de nombre á causa del escándalo. No señor, he llegado á hacer de ello una regla de conducta; cuando más sospechosa me parece una cosa, menos pregunto.

—Es, verdaderamente, un buen método—dijo el abogado.

—Pero he estudiado el paraje yo mismo—siguió diciendo Enfield—la construccion no se parece apenas á una casa. No tiene ninguna otra puerta y nadie ha entrado ó salido por esa en un largo espacio de tiempo, sino el caballero de mi historia. Hay tres ventanas con vista al callejón sin salida, en el piso principal; debajo no existe ninguna; los postigos están siempre cerrados, pero se ven limpios. Además, tienen una chimenea que echa humo constantemente; luego, alguien debe vivir allí. Más no es absolutamente seguro, pues las casas de aquel callejón sin salida encajan de tal modo unas dentro de otras, que es difícil decir dónde concluye una y comienza otra.

Caminaron durante algún tiempo sin decir una palabra.

—Enfield—Exclamó el señor Utterson—tenéis una excelente regla de conducta.

—Así lo creo—repuso Enfield.

—Pero, á pesar de todo—continuó

el jurisconsulto—hay una cosa que quisiera preguntaros; desearía saber el nombre del hombre que pisoteó á la niña.

—Bien—contestó Enfield—no veo ningún mal en ello. Era un individuo llamado Hyde.

—¡Hum!—dijo Utterson—¿qué clase de hombre es?

—No es fácil de describir. Se observa en todo su exterior cierta falsedad, algo desagradable, algo evidentemente detestable. Jamás he visto un hombre que me agrade ménos, y casi no sé por qué. Debe haber en él algo deforme; produce el efecto de una gran deformidad, aunque no me sea posible precisarla. Tiene una mirada extraordinaria, y sin embargo, nada puedo especificar que se salga de lo común y ordinario. No, señor, no me es posible llegar á una conclusión, ni tampoco describirlo. Y no es por falta de memoria, pues puedo verlo en este mismo instante.

El Sr. Utterson anduvo algunos pasos más sin interrumpir el silencio, y luego preguntó, como obligado por sus reflexiones:

—¿Estáis seguro que hizo uso de una llave?

—Querido señor.....—dijo Enfield, notablemente sorprendido por aquella pregunta.

—Sí, ya sé—continuó Utterson—ya sé que eso debe parecer extraño. El hecho es que no os pregunto el nombre de la otra persona, porque la conozco ya. Lo veis, Ricardo, vuestra relación ha dado en el blanco. Si en algún punto habéis sido inexacto, haríais bien en rectificar.

—Creo que hubiérais podido avisarme—replicó Enfield, con algo de mal humor—pero he sido completamente exacto. El hombre tenía una llave; y lo que es más, la tiene todavía. Lo vi usarla no hace aún una semana.

—Utterson lanzó un profundo suspiro, pero no volvió á hablar; y el joven, reanudando entónces la conversación, añadió:

—Hé aquí para mí una nueva lección y otro motivo para callar. Me avergüenzo de haber tenido la lengua demasiado larga, y convengamos en no volver á tratar ese asunto.

—De todo corazón—respondió el abogado—os doy mi palabra y un apretón de manos, Ricardo.

EN BUSCA DEL SR. HYDE.

Aquella noche el Sr. Utterson volvió á su cuarto de soltero, con el ánimo sombrío, y se sentó sin placer ante la mesa en donde se hallaba servida la comida. Tenía costumbre, el domingo, cuando concluía de comer, de ir á sentarse junto al fuego con un tomo de cualquier teólogo árido sobre su pupitre, permaneciendo así hasta que el reloj de la vecina iglesia tocaba doce campanadas, y entonces iba tranquilamente á acostarse. Sin embargo, la noche aquella, así que quitaron el mantel, tomó una bujía y fué á su gabinete. Allí abrió un cofre y sacó del sitio más secreto un documento envuelto en un sobre, en el cual estaba escrito lo siguiente: "Testamento del Doctor Jekyll," y se sentó melancólicamente para estudiar su contenido. El testamento era ológrafo, pues aunque Utterson se había encargado de guardarlo una vez hecho, no quiso intervenir en su redacción. Aquel testamento declaraba, que no sólo en el caso de fallecimiento de Enrique Jekyll, Doctor en Medicina, etc., todos sus bienes deberían pasar á manos de su amigo y bienhechor Eduardo Hyde, sino que por la desaparición ó una ausencia inexplicable del Dr. Jekyll, ausencia que excediese de un período de tres meses, el referido

Eduardo Hyde debería tomar posesión de los bienes de dicho Enrique Jekyll, sin ningún otro plazo, y libre de toda carga ú obligación, salvo algunas pequeñas sumas que pagar á los criados de la casa del Doctor. Hacía ya mucho tiempo que aquel documento desagradaba al abogado. Le molestaba á la vez, en su calidad de jurisconsulto y en el concepto de partidario de los usos sensatos y ordinarios de la vida, y de enemigo de todo lo extravagante. Además, su desconocimiento de la persona del Sr. Hyde, era lo que había aumentado su indignación; y ahora, gracias á un acontecimiento inesperado, le conocía. Ya era bastante malo que tuviese un nombre respecto del cual nada podía saber, que nada decía, y era mucho peor, cuando aquel nombre fué revestido con detestables imputaciones, y el espeso y nebuloso velo que había cubierto sus ojos durante tanto tiempo se rasgó de golpe, para dejarle ver á un verdadero demonio.

Después de esto, apagó la bujía, se puso el gabán y salió. Encaminóse hacia la plaza Cavendish, ciudadela de la Medicina, en donde su amigo, el gran Doctor Lanyón, tenía su casa y recibía á sus numerosos clientes. "Si alguien sabe, será Lanyón," se dijo á sí mismo el jurisconsulto.

El solemne ayuda de cámara le conocía y le saludó; como no se le sometía á las interminables antesalas de las visitas ordinarias, fué directamente desde la puerta hasta el comedor, en donde se hallaba el Doctor Lanyón.

El doctor era un caballero que vivía bien, excelente compañero, saludable, bien portado y de rostro algo encendido; su cabello había encanecido antes de tiempo, y lo llevaba desordenado. Sus ademanes eran bruscos y alborotados. Al ver a Utterson, dejó la silla y corrió á su encuentro, tendiéndole ambas manos. Aquella efusión, que era uno de sus hábitos, tenía algo de teatral; pero se hallaba cimentada sobre verdaderos sentimientos de amistad, pues ambos eran antiguos camaradas y condiscípulos de la escuela y la Universidad, que se guardaban mutua consideración, y aunque no sea consecuencia de ello, les agradaba hallarse juntos.

Después de una corta y trivial conversación, el abogado llegó al asunto que le aguijoneaba penosamente el espíritu.

—Supongo, Lanyón—dijo—que vos y yo debemos ser los dos amigos más viejos que tiene Enrique Jekyll.

—Yo quisiera que los amigos fuesen más jóvenes—contestó riéndose el Dr. Lanyón;—pero creo que así es. ¿Y qué más? Lo veo tan poco á menudo ahora....

—¿Cómo?—exclamó Utterson—yo creía que teníais intereses comunes.

—Los hemos tenido—repuso el doctor—pero dede hace diez años, el Dr. Enrique Jekyll se ha vuelto demasiado fantástico para mí. Comenzaba á emprender un mal camino, mal camino desde el punto de vista intelectual; y aunque sigo, sin duda, interesándome por él, á causa de nuestro antiguo y buen compañerismo, he visto y veo muy rara vez á nuestro hombre en estos últimos tiempos. Sus extravagantes ideas—añadió el doctor poniéndose encarnado—hubieran hecho reñir á Damón y Pythias.

Ese pequeño estallido de cólera llevó un poco de calma y algo de alivio al ánimo de Utterson. "Habrán diferido únicamente de opinión en alguna cuestión científica," pensó para sí, y no siendo hombre capaz de tener pasiones científicas

(salvo el caso del procedimiento y diligencias de su oficio) añadió, hablando consigo mismo: "no será cosa grave." Dejó algunos segundos de respiro para que se repusiese su amigo, y le lanzó la pregunta objeto de su visita:

—¿Habéis visto alguna vez á uno de sus protegidos, un tal Hyde?

—¿Hyde?—repitió Lanyón.—No, jamás he oido nada de él. Su amistad debe ser posterior á nuestras pequeñas diferencias.

Esos eran los únicos informes que llevaba el abogado al regresar á su gran lecho sombrío, sobre el cual se agitó en todos sentidos hasta las primeras horas de la mañana. Fué una noche aquella de poco descanso para su atormentado espíritu, envuelto en obscuridades y asediado por la duda.

Las seis daban en la cercana Iglesia, también situada con respecto á la habitación del Sr. Utterson, y éste continuaba soñando en su problema.

Hasta entonces sólo le había considerado desde el punto de vista intelectual; pero en aquel momento estaba dominado por las diferencias, por los saltos de su imaginación; y aunque acostado, y volviéndose de un lado para otro, en medio de la sombría obscuridad del cuarto, conservada por espesas colgaduras, la historia del señor Enfield se iba desenvolviendo delante de él, y todos los detalles se le presentaban como cuadros luminosos de un panorama.

Veía primero los espacios inmensos de una ciudad alumbrada por faroles; luego la forma de un hombre caminando rápidamente; después la de una criatura que volvía corriendo de la casa del médico, y en fin, su encuentro, y aquel diablo (Juggernaut) de apariencia humana, pisoteando á la niña y marchándose sin que le detuviesen sus gritos. Su visión continuaba: veía un cuarto, en donde dormía su amigo, soñando y sonriendo á sus sueños, abrirse la puerta del cuarto, separarse los cortinajes, despertarse su amigo, y frente á él presentarse una forma que tenía el poder, aun en aquella hora indebida, de hacerle levantar y darle órdenes. Aquella forma con dos rostros tan distintos persiguió el espíritu del abogado toda la noche, y si lograba dormirse algunos instantes, seguía viendo la forma deslizarse disimuladamente á lo largo de las casas cerradas, ó caminando rápidamente, más rápidamente aún, hasta caer desvanecida, á través del laberinto de una ciudad alumbrada, iluminada, y luego, en la esquina de cada calle, pisotear á una criatura y abandonarla á pesar de sus lamentos y sus gritos. Y aquella forma no tenía jamás un rostro que permitiese reconocerla; hasta en sueños no tenía una cara conocida, ó la que tenía se ocultaba y desvanecía cuando quería mirarla; y así fué, gracias á ese sueño, como creció y creció en el ánimo del abogado aquella curiosidad verdaderamente extraña, casi extravagante, de conocer la fisonomía del verdadero señor Hyde.

Pensaba que, si alguna vez llegaba á fijar sus ojos en él, se aclararía el misterio, desapareciendo en absoluto, como sucede con todo lo sobrenatural cuando se examina de cerca. Hallaría sin duda alguna razón para explicar la extraña preferencia ó esa esclavitud de su amigo (llámesele como se quiera), y también las cláusulas sorprendentes de su testamento. Sea lo que fuere, no cabe duda de que el rostro valía la pena de ser visto; ese rostro de un hombre cuyas entrañas no tenían compasión ni piedad ninguna, era rostro que sólo con presentarse ha-

bia logrado inspirar en el ánimo del insensible Enfield un sentimiento de odio profundo.

Desde aquel instante, Utterson se puso á examinar frecuentemente la puerta de la callejuela de las tiendas. Por la mañana, antes de la hora del escritorio; al medio día, cuando los negocios estaban en plena actividad y teniendo escaso tiempo; por la noche, á la luz de una luna velada por la niebla; en una palabra, con todas las luces y á todas horas, solo ó en medio del gentío, podía verse el abogado en aquel sitio.

Al fin su paciencia se vió recompensada. Era una noche hermosa y apacible; helaba y las calles estaban tan limpias como el piso de un salón de baile; los faroles, cuyos mecheros no agitaba ni el más ligero soplo de aire, daban la cantidad de luz y de sombra requerida.

Hacia las diez, cuando todas las tiendas estuvieron cerradas, la callejuela quedó desierta y silenciosa, sin oírse más que el ruido sordo de sus alrededores. Del otro lado de la calle se percibían los movimientos, las idas y venidas en el interior de las casas, distinguiéndose los pasos de los transeuntes mucho antes de verlos. Hacía algunos minutos que Utterson estaba en su puesto, cuando llamó su atención un paso ligero y extraño que se aproximaba. En el curso de sus nocturnas peregrinaciones había llegado á acostumbrarse á distinguir en medio de los zumbidos y de los ruidos más diferentes de una gran ciudad, los pasos de una persona sola, lejos aún, y que venía bruscamente á él, pero nunca se había sentido su atención tan excitada ni tan fija como en aquel momento definitivo, y poseído de un sentimiento absoluto y supersticioso de un buen éxito, se ocultó en la entrada del callejón.

Los pasos se acercaban rápidamente, haciéndose más y más distintos en el recodo de la calle. El abogado, mirando desde su escondite, no tardó en ver con qué clase de hombre se las tenía que haber. Este era pequeño, vestido con sencillez; su exterior, aun á aquella distancia, no fué enteramente del agrado del observador. El hombre fué derecho á la puerta, atravesando el arroyo para ganar tiempo, y sin dejar de andar, sacó una llave del bolsillo, como quien llega á su casa.

El señor Utterson atravesó la calle y le tocó el hombro cuando pasaba, diciendo:

—El señor Hyde, si no me equivoco?

Hyde retrocedió vivamente, y su respiración pareció cambiarse en un silbido. Pero su temor sólo fué momentáneo, y aunque no podía ver el rostro del abogado, contestó con sequedad:

—Ese es mi nombre. ¿Qué me queréis?

—Veo que vais á entrar—repuso el abogado.—Soy un antiguo amigo del Dr. Jekyll—Utterson, de la calle Gaunt.—Debéis haber oído mi nombre, y encontrándoos tan á propósito, he pensado que tendríais la bondad de recibirme.

—No hallaréis al Dr. Jekyll; no está en su casa—replicó Hyde soplando en el cañón de la llave, y luego, de repente, sin mirar al abogado, añadió:—¿Cómo me habéis conocido?

—Ahora os toca á vos—dijo Utterson—¿queréis concederme un favor?

—Con mucho gusto—contestó Hyde—¿de qué se trata?

—¿Queréis dejarme ver vuestro rostro?—preguntó el abogado.

Hyde pareció vacilar; luego, impelido sin duda por alguna reflexión súbita, se volvió enseñando el ros-

tro con cierto aire de provocación ó desafío, y ambos se miraron fijamente durante algunos segundos.

—Ahora os reconoceré—dijo Utterson—lo cual puede ser conveniente.

—Sí—replicó Hyde—no me disgusta que nos hayamos encontrado; y á propósito, os daré las señas de mi casa—y le dijo un número de una calle en Soho.

—¡Dios mío!— pensó Utterson—¿se habrá acordado también él del testamento?— Pero guardó sus temores para sí, y murmuró algunas palabras como para agradecer las señas dadas.

—Bien, veamos—dijo Hyde—¿cómo me habéis conocido?

—Por una discripción—fué la respuesta.

Una descripción, ¿de quién?

—Tenemos amigos comunes—añadió Utterson.

—¿Amigos comunes? — repuso Hyde como un eco y con voz ronca. —¿Quiénes son?

—Jekyll, por ejemplo—dijo el abogado.

—Jamás os ha dicho nada—exclamó Hyde con un movimiento de cólera.—No os creía capaz de mentir.

—Algo dura me parece esa palabra—replicó Utterson.

Hyde lazó una estrepitosa carcajada, y con una rapidez extraordinaria, levantó el pestillo de la puerta y desapareció dentro de la casa.

El abogado se quedó inmóvil y desconcertado al ver la desaparición de Hyde. Al cabo de un rato echó á andar calle arriba, deteniéndose á cada paso y llevándose una mano á la frente, como un hombre preso de la mayor perplejidad. El problema cuya solución buscaba, según iba caminando, era de aquellos que rara vez la tienen. El señor Hyde era pálido y de pequeña estatura; producía la impresión de lo deforme sin que fuese posible designar esa deformidad con una palabra exacta; tenía una sonrisa desagradable; se había conducido con una mezcla criminal de timidez y de audacia; había hablado con una voz ronca, que silbaba por momentos, y algo cascada. Todos estos detalles le eran contrarios, pero aun reunidos no bastaban para explicar la repugnancia, el odio y el miedo con que los consideraba Utterson. Debe de haber algo más, se dijo perplejo. Hay algo más; si pudiese darle á eso un nombre. ¡Ese hombre apenas se parece á un sér humano! Tiene algo del troglodita. ¿Será esto como la antigua historia del Doctor Fell? ¿O es únicamente el simple reflejo é irradiación de una alma mala que pasa á través de él y que altera ó desnaturaliza su envoltorio corporal? Porque, ¡oh, mi pobre viejo Enrrique Jekyll, si alguna vez he leído la firma de Satanás puesta en un rostro, ha sido en el de vuestro nuevo amigo!

Precisamente al doblar la esquina de la calle, había un grupo de antiguas y grandes casas, en su mayor parte ya muy deterioradas, divididas en pisos con habitaciones separadas que se alquilaban á hombres de todas clases y condiciones; grabadores, arquitectos, abogados sin clientes, y agentes de negocios dudosos. Una de aquellas casas, sin embargo, la inmediata á la de la esquina de la calle, se hallaba ocupada por un solo inquilino, y la puerta de aquella casa, que tenía cierto aspecto de comodidad y de riqueza, aunque medio sumida en la obscuridad, porque únicamente le alumbraba un farol interior, fué donde se detuvo Utterson, y á la que llamó. Un criado anciano y de buen porte abrió la puerta.

—Poole, ¿Está en casa el Dr. Jekyll?—preguntó el abogado.

—Voy á ver, Utterson—contestó Poole, haciendo entrar al jurisconsulto en un extenso recibimiento bajo de techo y embaldosado, adornado con hermosos armarios de roble, y calentado, al estilo de las casas de campo, por un gran fuego que ardía en una chimenea abierta.

—¿Queréis esperar aquí junto al hogar, caballero, ó preferís pasar al comedor?

—Aquí, gracias—contestó el abogado, aproximándose al fuego.

Aquella habitación, en la que se quedó solo por unos momentos, era la predilecta de su amigo el doctor, y el mismo Utterson tenía costumbre de hablar de ella como de la más agradable de Londres. Pero aquella noche Utterson se hallaba en una situación excepcional; el rostro de Hyde no se apartaba de su memoria; sentia (cosa rara en él) como disgusto de la vida, y su espíritu entristecido le hacia ver como una amenaza en los reflejos de las llamas sobre las partes brillantes de los armarios, y en los oscilantes movimientos de las sombras del techo.

Cuando Poole regreso y anunció que el Dr. Jekyll había salido—he visto al Sr. Hyde entrar por la vieja puerte del gabinete de anatomí Poole—le dijo el abogado—¿es eso natural no estando en casa del Doctor Jekill?

—Completamente natural y regular, señor Utterson—repuso el criado.—El señor Hyde tiene una llave de aquella puerta.

—Vuestro amo, Poole, parece tener la mayor confianza en ese joven.

—Sí, señor, es verdad—contestó Poole—todos tenemos orden de obedecerle.

—No creo haber encontrado aquí jamás al señor Hyde—dijo Utterson.

—¡Oh! de seguro que no; nunca come aquí—añadió el ayuda de cámara.—En realidad pocas veces oímos hablar de él en este lado de la casa; siempre entra y sale por el laboratorio.

—Bien, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado emprendió el camino de su casa con el corazón oprimido. ¡Pobre Enrique Jekyll! (decía hablando consigo mismo) tengo el presentimiento de que va por mal camino. Era libertino cuando joven, hace tiempo, es verdad, pero según la ley de Dios, siempre, tarde ó temprano, llega para cada uno el castigo de sus pecados. Y debe ser algo así; el espectro de algún antiguo pecado, el cáncer roedor de alguna vergüenza oculta, cuyo castigo viene cuando años después la memoria ha olvidado la falta y el amor propio la ha excusado.

Asustado por sus mismas ideas, recordó su pasado, buscando y escudriñando en todos los rincones de su memoria, temeroso de que algún antiguo pecado se mostrase en plena luz. Su pasado era bastante limpio y sin tacha; pocos hombres hubieran podido leer las páginas de su vida con menos temor y aprensión, y sin embargo, sentíase como profundamente humillado á causa de las numerosas malas acciones que creía haber cometido, al mismo tiempo que se gozaba con el recuerdo de las que había sabido evitar.

Volviendo al asunto que le preocupaba, tuvo un rayo de esperanza.

Si se pudiera profundizar en el estudio de ese Hyde....dijo para sí, debe tener grandes secretos; secretos siniestros, á juzgar por su cara; secretos ante los cuales las peores acciones del pobre Jekyll serían co-

mo brillantes rayos de sol. Pero las cosas no pueden seguir así. Se me hiela la sangre cuando pienso que ese sér se arrastra como un ladrón hasta el lecho de Enrique; ¡Pobre Enrique, qué despertar el tuyo! Y lo más peligroso de todo eso es que si el tal Hyde sospecha la existencia del textamento, tendrá prisa por heredar. Es preciso que yo me ocupe de este asunto, si Jekyll quiere permitírmelo, añadió: si Jekyll quiere dejarme obrar, pues una vez más vió ante sus ojos escritas, con igual claridad que en el papel, las extrañas cláusulas del textamento.

EL DOCTOR JEKYLL ESTABA TRANQUILO.

Quince dias después, por una feliz casualidad, el doctor daba una de sus alegres comidas á cinco ó seis antiguos amigos, hombres inteligentes, respetables y conocedores del buen vino; el señor Utterson, que era uno de ellos, se arregló de modo que permaneció allí después de haberse marchado los demás. No fué aquello un hecho fortuito, porque ya habia ocurrido otras veces.

En donde querian á Utterson, lo querian deveras. Los anfitriones se complacian en retener al austero abogado, cuando los demás convidados, con la lengua suelta y el corazón alegre, habian traspasado el umbral de la puerta; les era grato permanecer algún tiempo en su discreta compañía, comenzando así á acostumbrarse á la soledad en que iban á quedar, y habituando el espíritu al silenció, pasada la exuberante alegría producida por el banquete. El Dr. Jekyll no era una excepción de esta regla; y sentado en el lado opuesto al fuego, él, hombre de unos cincuenta años, bien constituido, de rostro barbilampiño, con un aspecto quizá algo disimulado pero de apariencia inteligente y bondadosa, daba á entender que experimentaba por Utterson una amistad tan viva como sincera.

—Deseaba hablaros, Jekyll, comenzó diciendo el señor Utterson ¿recordáis aquel testamento vuestro?

Un atento observador hubiera podido notar que el asunto no era agradable al doctor, pero lo acogió alegremente, al parecer.

—Mi pobre Utterson, le dijo: sois desgraciado tratándose de un cliente como yo. Jamás he visto á un hombre tan turbado como vos cuando mi testamento, excepción hecha del intratable pedante, el Doctor Lanyón, cada vez que habla de lo que llama mis herejías científicas.

¡Oh! bien sé que es un excelente compañero, no tenéis necesidad de fruncir el entrecejo, sí, un excelente compañero, y cada dia deseo verlo más á menudo; pero á pesar de todo es un intratable pedante; un pedante declamador é ignorante. Nunca me ha contrariado tanto un hombre como Lanyón, ni me he equivocado con otro, como con él.

—Ya sabéis que jamás he aprobado vuestro testamento, dijo el señor Utterson, volviendo al tema de su conversación.

—¿Mi testamento? Sí, ciertamente lo conozco, añadió el doctor algo contrariado, ya me habíais hablado de eso.

—Pues bien, os lo vuelvo á decir, continuó el jurisconsulto, he sabido algo respecto del tal Hyde.

La ancha y hermosa cara del doctor Jekyll palideció, y un círculo negruzco se dibujó alrededor de sus ojos.

—No deseo oír nada más, exclamó; pensaba que no volveríamos á hablar de esa cuestión, según lo teniamos convenido.

—Lo que he sabido es horrible, dijo Utterson.

—No puedo variar nada; no comprendéis mi situación, replicó el doctor, con cierta incoherencia. Mi situación es penosa, Utterson; mi situación es verdaderamente extraña, muy extraña. Es uno de esos asuntos que no se pueden arreglar con palabras.

—Jekyll, dijo Utterson, me conocéis; soy hombre en quien se puede confiar y á quien todo se puede decir. Decidme toda la verdad en confianza, y tengo la seguridad de poder sacaros de esa situación.

—Mi buen Utterson, repuso el doctor, lo que hacéis es bueno, es francamente una gran bondad de vuestra parte, y no puedo hallar expresiones suficientes para daros las gracias. Os creo en absoluto, me fiaría de vos antes que de cualquiera otro hombre, antes que de mí mismo, si tuviese que escoger; pero no es lo que os imagináis; no es tan malo, y para tranquilizar vuestro buen corazón, os diré una cosa y es que en el instante mismo que yo quiera, podré librarme, desembarazarme del señor Hyde. Dicho esto, he aquí mi mano; gracias otra vez. Sin embargo, quiero añadir una palabra, Utterson, y estoy persuadido de que no la llevareis á mal: ese es un asunto privado, y os ruego que lo dejéis dormir.

Utterson reflexionó un momento, mientras seguía mirando al fuego del hogar.

—No dudo que quizá tengáis razón, dijo, en fin, levantándose.

—Pues bien, ya que hemos hablado de este asunto, y por última vez, según lo espero siguió diciendo el doctor, hay un punto que desearía haceros comprender bien. Tengo, realmente, grandísimo interés por ese pobre Hyde. Sé que lo habéis visto; me lo ha dicho, y temo que haya sido grosero. Pero tengo afecto, muchísimo afecto por ese hombre y si llego á perecer, Utterson, deseo que me prometáis sufrirlo y hacer valer sus derechos. Creo que lo haríais si lo supiéseis todo, y aliviaríais á mi espíritu de un gran peso, si me lo prometiéseis.

—No puedo asegurar, á pesar de todo, que llegue á quererle, dijo el abogado.

—No es eso lo que os pido, contestó Jekyll, como si defendiese una casa y apoyando la mano sobre el brazo de Utterson, no os pido más que justicia; os pido que le ayudéis por amor á mí, cuando yo no esté aquí.

Utterson no pudo impedir que se le escapase un profundo suspiro.

—Bien, dijo, lo prometo.

EL CASO DEL ASESINO DE CAREW.

Un año después, poco más ó menos, en el mes de Octubre de 18**, la ciudad de Londres quedó horrorizada por un crímen que demostraba una brutalidad poco común, siendo el hecho más ruidoso aún á causa de la alta posición de la víctima. Una criada que vivía en una casa situada cerca del río, subía á acostarse hacia las once. Aunque la neblina había cubierto á la ciudad durante las primeras horas del día, la noche estaba clara, y la callejuela á la cual tenía vista la ventana del cuarto de la criada, se hallaba brillantemente iluminada por la luz de la luna llena. Nuestra mujer tenía ideas románticas, pues se sentó sobre su baúl, que estaba colocado precisamente al lado de la ventana, y se entregó por completo á sus ensueños.

Jamás — acostumbraba á decir, derramando lágrimas, cuando refería después el acontecimiento—ja-

más se había sentido tan en paz con todos los hombres, ni había tenido ideas tan buenas acerca del mundo. Hallándose sentada así, vió á un caballero de edad, de buen porte, con el pelo blanco, que caminaba casi rozando la pared de la callejuela; á su encuentro fué otro caballero, de pequeña estatura, en quien no había reparado ella al principio. Cuando llegaron bastante cerca uno de otro para poder hablar, el hombre de más edad se inclinó, acercándose al otro con la mayor deferencia.

No pareció que el objeto de su pregunta fuese de grande importancia; y según su manera de hablar, podía suponerse que sólo preguntaba el camino; la luna se reflejaba en su rostro mientras hablaba, y la muchacha se alegraba de verlo, porque parecía indicar un caracter ingénuo, con un no sé qué de altivo, y como de amor propio bien fundado.

En esto, los ojos de la joven se volvieron hacia el otro personaje, y le sorprendió reconocer en él á un señor Hyde, que había una vez visitado á su amo, y cuya presencia le desagradó. Tenía en la mano un pesado bastón, con el cual jugaba; no contestó, y parecía apartarse con una impaciencia mal contenida. De pronto tuvo un terrible acceso de cólera, pateando, blandiendo el bastón y agitándose como un loco (según los términos mismos empleados por la criada). El señor anciano retrocedió un paso, como sorprendido y ofendido; pero el señor Hyde, arrebatado, le acometió á palos y lo derribó. Al mismo tiempo, y con la furia de un mono, pateó el cuerpo, y le descargó una lluvia de golpes bajo los cuales se rompían los huesos, rodando la víctima hasta el arroyo. Viendo aquellos horrores y oyendo los golpes, la muchacha perdió el conocimiento.

Eran las dos de la madrugada cuando volvió en sí y fué en busca de la policía. El asesino había huído hacía ya tiempo, y la víctima yacía en medio de la callejuela, horriblemente mutilada. El bastón que sirvió para cometer el delito, aunque de madera dura, rara y pesada, estaba roto por la mitad á causa de los golpes dados con una ferocidad insensata; uno de los pedazos había quedado allí, y el otro debió, probablemente, llevárselo el asesino. Al registrar á la víctima, se le encontraron una bolsa y un reloj de oro, pero ninguna tarjeta ni papeles, salvo un sobre cerrado y sellado que iba, sin duda, á echar al correo y en el cual estaban escritos el nombre y las señas del señor Utterson.

Aquel sobre fué llevado al abogado al día siguiente por la mañana, antes de que se levantase; así que lo vió y supo las circunstancias en que había sido encontrado, sus labios se contrajeron.

—Nada diré hasta haber visto el cadaver—exclamó—esto puede ser muy serio. Servíos esperar á que me vista. Y con la misma cara impasible tomó su desayuno, y partió en coche hasta el vecino puesto de policía en donde se encontraba el cadaver.

Tan pronto como entró en la celda, inclinó la cabeza, y dijo:

—Sí, le reconozco. Tengo el sentimiento de decir que es Sir Danvers Carew.

—¡Dios mío! ¡será posible! caballero—exclamó el agente de policía. Y sus ojos brillaron con el fulgor de la alegría del oficio.—Este asunto hará ruido, y quizá podáis ayudarnos á encontrar al asesino.—Luego refirió rápidamente lo que había visto la criada, y enseñó el pedazo roto del bastón.

Utterson se había extremecido ya al oir el nombre de Hyde; pero cuando le enseñaron el bastón no le que-

dó la menor duda; roto y todo, lo reconoció, por habérselo regalado hacía muchos años á Enrique Jekyll.

—¿Es Hyde—preguntó el abogado—persona de pequeña estatura?

—Es pequeño, y tiene muy mala mirada, según ha declarado la criada—añadió el agente.

Utterson reflexionó; luego, levantando la cabeza, dijo:

—Si queréis venir conmigo, en mi carruaje, creo poder llevaros á casa del asesino.

Serían entonces las nueve de la mañana, y era el primer día de gran neblina de la estación. Un inmenso velo sombrío cubría la ciudad, pero el viento rompía de cuando en cuando aquellas nubes de vapor, y como el coche caminaba con precaución, Utterson pudo presenciar á su sabor un continuo cambio de sombras y de luz; pues ya la obscuridad era como al anochecer, ya se veía, por el contrario, una claridad viva como la que proyecta un incendio, y ya, por fin, la neblina se desvanecía completamente, y un descolorido rayo de luz penetraba por entre los torbellinos de nubes.

El triste barrio de Soho, visto á través de aquellos rápidos claros, con sus calles enfangadas, sus transeuntes sucios, sus faroles encendidos para poder luchar contra aquella invasión de obscuridad, parecía en la mente del abogado como la parte de una ciudad presentada en una pesadilla, entrevista en sueños. Sus pensamientos, además, eran lúgubres, y al volver la vista hacia su vecino de coche, sintió algo de ese temor que inspiran siempre la ley y sus representantes, y que puede experimentar hasta el hombre más honrado.

Cuando el carruaje llegó frente al número indicado, la neblina se disipó un poco y le dejó ver una calle sucia, una taberna, una casa de comidas de precio ínfimo, una tienda en donde vendían periódicos á cinco céntimos y lechugas á dos cuartos, muchos niños harapientos acurrucados en las puertas de las casas, y numerosas mujeres de distintas nacionalidades que iban y venían, llevando en la mano las llaves de sus cuartos, de donde salían para ir á tomar el trago de la mañana. Poco después, la neblina volvió á ser intensa, y se halló separado de todos aquellos desagradables cuadros.

Allí estaba la residencia del favorito de Enrique Jekyll, de un hombre que debía heredar la cuarta parte de un millón de libras esterlinas.

Una mujer de edad, de rostro pálido y cabello blanco, abrió la puerta. Tenía mala cara, aunque suavizada por la hipocresía, pero sus modales nada dejaban que desear.

—Sí—dijo—aquí vive el Sr. Hyde, pero no está en casa.

Añadió, que había llegado por la noche, muy tarde, y que había vuelto á salir haría poco menos de una hora; nada de particular había en eso; sus costumbres eran muy poco uniformes, y estaba á menudo ausente; en prueba de ello, dijo que hacía dos meses que no lo había visto, hasta la tarde del día anterior.

—Perfectamente, deseamos ver su habitación—dijo el abogado—y como la mujer empezaba á manifestar que era imposible.—Bueno es que sepáis—continuó—que el señor es el inspector Newcomen del Distrito de Scotland.

Un relámppgo de siniestra alegría brilló en el rostro de la mujer.—¡Ah! —exclamó—¿tiene que habérselas con la policía? ¿Qué ha hecho?

Utterson y el inspector cambiaron una mirada.

—Parece que no es hombre muy popular—observó el inspector.—Y ahora, buena mujer, permitidnos

hacer un examen minucioso de la habitación.

En toda la extensión de la casa, que estaba enteramente vacía, salvo la presencia de la vieja, Hyde sólo ocupaba dos piezas, que se hallaban adornadas con lujo y buen gusto. Un armario estaba lleno de botellas de vino, la vajilla era de plata, la mantelería elegante, de la pared colgaba un buen cuadro, regalo (supuso Utterson) de Enrique Jekyll, quien era muy inteligente en pinturas, las alfombras gruesas y de colores agradables. Pero en aquel momento había en las dos habitaciones indicios numerosos de un desorden reciente y precipitado; se veían trajes en el suelo, con los bolsillos vueltos para fuera; en el hogar un montón de ceniza gris, como si hubiesen quemado muchos papeles. De entre las cenizas, calientes aún, sacó el inspector el lomo verde de un libro talonario de vales, que había resistido á la acción del fuego; la segunda parte del bastón roto se encontró detrás de la puerta; y como esto confirmaba las sospechas, el inspector se regocijó de ello. Una visita al Banco; en donde el asesino tenía un crédito de varios miles de libras, completó su satisfacción.

—Podéis estar seguro, caballero—dijo el inspector á Utterson—de que caerá en mi poder. Es preciso que haya perdido la cabeza, pues de otro modo jamás hubiera dejado aquí el trozo del bastón roto, ni el pedazo del libro talonario. No tenemos más que esperarlo en el Banco, y mandar publicar los anuncios con su filiación.

Sin embargo, esas señas no eran fáciles de dar, pues el señor Hyde tenía pocas intimidades; el amo de la criada sólo le había visto dos veces; no se tenía ninguna noticia respecto de su familia; jamás había sido fotografiado, y aquellas personas que pudieron describirlo, no estubieron conformes en muchos puntos, como acostumbra suceder comunmente con los observadores inexpertos. Sólo convenían en una cosa, en esa idea vaga de una deformidad difícil de describir, que había llamado la atención de cuantos lo habían visto.

INCIDENTE DE LA CARTA.

Era ya muy entrada la tarde cuando Utterson llegó á la puerta de la casa del Doctor Jekyll, en donde fué recibido por Poole, quien lo condujo por las cocinas, y atravesando un patio, que en otro tiempo fué jardín, hasta el edificio llamado indistintamente laboratorio ó gabinete de disección. El doctor había comprado aquella casa á los herederos de un célebre cirujano; pero como sus aficiones particulares le inducían más bien á la química que á la anatomía, había cambiado el destino del edificio situado al extremo del jardín Era la primera vez que el abogado penetraba en aquella parte de las habitaciones de su amigo; examinó con curiosidad aquel edificio desaseado y sin ventanas; miró á su alrededor con extrañeza, mientras atravesaba la sala que antes se llenaba de estudiantes, y ahora se hallaba vacía y silenciosa. Las mesas estaban cubiertas materialmente de aparatos químicos, y el suelo de tarros y de manojos de paja. La luz bajaba obscura desde la cúpula, como en medio de una atmósfera nebulosa; en el extremo, unos cuantos escalones conducían á una puerta tapada con un lienzo rojo, y pasando por esa puerta entró, en fin, Utterson, en el gabinete del doctor. Era una pieza espaciosa, adornada con armarios con puertas de cristal, y entre cuyos muebles se veían un espejo grande, de cuerpo entero, y una

mesa-escritorio. Ese gabinete recibía luz por tres ventanas, cubiertas de polvo, con vista al patio. El fuego chisporroteaba en el hogar; una lámpara estaba colocada sobre la piedra de la chimenea, pues hasta dentro de la casa dejaba sentir sus efectos la neblina; muy cerca del fuega se hallaba sentado el Doctor Jekyll, al parecer, enfermo de cuidado.

No se levantó para ir al encuentro de su amigo, pero le alargó una mano helada, y le dió la bienvenida con voz conmovida.

—Y bien—le dijo Utterson, así que Poole se hubo marchado—¿ya sabéis la noticia?

El doctor se estremeció.

—La voceaban por el barrio—contestó.—Lo he oido todo desde mi comedor.

—Una sola palabra—repuso el abogado—Carew era cliente mío, voz también lo sois, y deseo saber lo que debo hacer. ¿Habéis sido bastante loco para ocultar á ese hombre?

—Utterson, juro por Dios—exclamó el doctor—que jamás volverán mis ojos á mirarlo. Os doy mi palabra de honor de haber concluido con él en este mundo. Todo tiene fin; y en realidad, no necesita mi ayuda; no lo conocéis como yo, está en lugar seguro, enteramente seguro; atended bien á mis palabras, no volverá nunca más á tratare de él.

El abogado escuchaba con tristeza; la actitud febril de su amigo no le agradaba.

—Parecéis estar muy seguro de él—le dijo—y por lo que os estimo, espero que tendréis rasón. Si el asunto llega á los tribunales, vuestro nombre podrá salir á luz.

—Estoy completamente seguro de él—replicó Jekyll;—para semejante certidumbre, tengo razonesque no me es posible comunicar á nadie. Pero hay un punto respecto del cual podréis darme consejo. Tengo..... he recibido una carta, y estoy dudando si debo ó no enseñarla á la policía. Desearía dejarla en vuestro poder, Utterson; vos juzgaréis la cosa con sabor y prudencia, estoy cierto de ello; ¡tengo tanta confianza en vos!

—¿Teméis, probablemente, que esa carta pueda llegar á hacerlo descubrir?—preguntó el abogado.

—No—contestó el doctor—no puedo decir que me preocupe lo que ocurra á Hyde; he concluido enteramente con él. Sólo pensaba en mí mismo; hasta dónde podría exponerme ese deplorable asunto.

Utterson reflexionó durante algunos instantes: le sorprendió el egoismo de su amigo, y sin embargo, quedó en cierto modo tranquilo.

—Pues bien—dijo—dejadme ver la carta.

La carta estaba escrita con una letra extraña, casi perpendicular, y firmada: «Eduardo Hyde.» Decía, en términos breves, que su bienhechor, el Doctor Jekyll, á quien desde tanto tiempo había recompensado tan indignamente las mil generosidades de él recibidas, no tenía que afligirse ni alarmarse en cuanto á su salvación, pues, para escapar poseía medios en los cuales tenía absoluta confianza.

La carta agradó bastante al abgado, porque parecía dar un color más favorable á la amistad que existía entre Hyde y Jekyll; y se censuró interiormente por algunas sospechas que había llegado á concebir.

—¿Teneis el sobre?—le preguntó.

—Lo he quemado—repuso Jekyll—antes de reflexionar en lo que podía contener; pero no tenía sello de correo. La carta ha sido traída á la mano.

—¿Debo guardar la carta y espe-

rar á mañana para tomar una determinación?—preguntó Utterson.

—Os ruego que juzguéis vos mismo y que obréis como os parezca mejor—le contestó;—he perdido toda confianza en mí mismo.

—Bueno, examinaré la cosa—replicó el abogado—pero me queda todavía que haceros una pregunta. ¿Fué Hyde quien dictó las frases de vuestro testamento referentes á esa desaparición?

Pareció que una gran debilidad se apoderaba del doctor; apretó los labios y bajó la cabeza.

—Lo he sabido—dijo Utterson—tenía intención de asesinaros: ¡de buena habéis escapado!

—Pero hay algo que me ha contrariado mucho más que el peligro; ¡oh! ¡Dios mío, qué lección he recibido, Utterson!—Y se cubrió el rostro con ambas manos.

Al salir, detúvose el abogado y cambió algunas palabras con Poole.

—Decidme ¿han traído hoy una carta? ¿á quién se parecía el portador?

Poole afirmó que nada habían llevado sino por el correo, y sólo circulares.

Ante aquellas afirmaciones, Utterson volvió á experimentar sus antiguos temores. La carta habría llegado, sin duda, por la puerta del laboratorio. También era posible que hubiese sido escrita en el mismo gabinete del doctor; y en este caso, era preciso apreciarla de otro modo, examinarla con el mayor cuidado y con gran prudencia.

En la calle, los chiquillos, vendedores de periódicos, gritaban con voz ronca: «¡Edición extraordinaria! ¡Horrible asesinato de un miembro del Parlamento!»

Esa fué la oración fúnebre de un amigo y cliente, y el abogado no podía dejar de temer que la buena fama de otro de sus amigos se viese comprometida de rechazo en aquel escándalo. De todos modos, era una determinación difícil la que tenía que tomar, y aunque generalmente acostumbraba á fiarse de su propio discernimiento, comenzó á sentir la necesidad de pedir consejo á algún otro, si no directa, indirectamente.

Poco después, estaba sentado junto á la chimenea de su cuarto, y el señor Guest, su primer pasante, enfrente de él, teniendo entre ambos, á una distancia bien calculada del hierro, cierta botella de vino añejo, especial, que durante mucho tiempo había permanecido en la cueva de la casa. La neblina se cernía aún sobre la ciudad, y los faroles encendidos brillaban como carbunclos. En medio de los ruidos de todas clases, que las espesas nubes hacían más sordos, la vida general de la ciudad seguía su curso ordinario en las grandes arterias, imitando el rugido poderoso de un fuerte viento. Pero, gracias á la lumbre, el cuarto tenía un aspecto alegre; el vino había llegado ya al grado de calor deseado; el rojo había adquirido con los años tonos más suaves, parecidos á los colores tamizados de las vidrieras ojivales; el ardor de las calientes tardes de otoño sobre las colinas plantadas de viñas iba á poder salir de su recipiente y dispersar las neblinas de Londres. Poco á poco el abogado se fué volviendo más expansivo. No había hombre para quien tuviese menos secretos que para el señor Guest; y hasta creía haberle confiado demasiados Guest había ido á menudo á casa del doctor para tratar de asuntos; conocía á Poole; era imposible que no hubiese oído hablar de la familiaridad con que el señor Hyde era tratado en casa del doctor; por consiguiente, debía haberse formado una idea, una opinión; ¿no era, pues, conveniente, enseñarle una carta que

podía explicar aquel misterio? Y, además, siendo Guest un buen estudiante y perito en autógrafos, consideraría aquel paso como muy natural y corriente.

El pasante era, además, hombre de buen juicio; le hubiera sido difícil leer un documento tan extraño sin dejar escapar alguna observación, y según fuese ésta, podría Utterson orientar su futura conducta.

—Es un triste suceso ese de Sir Danvers—dijo el abogado.

—Sí, señor. Ha excitado vivamente el sentimiento público—repuso el señor Guest.—Aquel hombre debía estar loco.

—Me gustaría saber vuestra opinión sobre eso—contestó Utterson. —Tengo aquí un documento en forma de carta..... esto con reserva y entre los dos, pues ignoro aún lo que haré; de todos modos es un negocio feo, pero he aquí el documento; es nada ménos que el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest brillaron; se recostó en la silla y leyó el documento con el mayor interés.

—No, señor—dijo—no es de un loco, pero la letra es muy extraña.

—Y según parece, el que lo escribió es también un hombre extraño —añadió el abogado.

Precisamente en aquel mismo instante, entró el criado con una carta.

—¿Es del Doctor Jekyll, señor?—preguntó el pasante;—me parece haber reconocido la letra. ¿Algún asunto privado?

—Me invita á comer, nada más. ¿Por qué? ¿Queréis ver la carta?

—Sí, permitidme por un momento.—Y el pasante colocó una al lado de la otra ambas hojas de papel, y las comparó cuidadosamente.

—Gracias, caballero—dijo al fin, devolviéndole una y otra—es un autógrafo muy interesante.

Se sucedió una pausa, durante la cual tuvo lugar una lucha en el ánimo del señor Utterson, que de repente preguntó al pasante:

—Guest, ¿por qué habeis comparado esas dos cartas?

—Pues bien, señor Utterson, hay entre ellas una rara semejanza; las dos letras son idénticas en muchos puntos; sólo difieren en su oblicuidad.

—Es cosa original, ¿verdad?

—Sí señor, muy original—contestó Guest.

—No pienso hablar á nadie de esta carta, ¿me entedéis?—dijo el abogado.

—Sí, señor—contestó el pasante—ya comprendo.

Tan pronto como Utterson se quedó solo, se apresuró á guardar el documento en la caja de hierro, en donde permaneció siempre.

—¡Cómo!—pensó.—¿Será posible que Enrique Jekyll haya falsificado la letra de un asesino?—y la sangre se le heló en las venas.

NOTABLE INCIDENTE DEL DOCTOR LANYON.

Transcurrió algún tiempo, ofreciéronse miles de libras esterlinas de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fué considerada por todos como un ultraje público, pero Hyde había desaparecido á pesar de las investigaciones de la policía, lo mismo que si jamás hubiese existido. Desentrañáronse, descubriéronse muchas cosas respecto de su vida privada, y verdaderamente, el conjunto era vergonzoso. Refiriéronse historias sobre la crueldad á la vez insensible y violenta del hombre, sobre su vida abyecta, sus extraños conocidos, sobre el odio que había ido dejando tras sí; pero del momento presente, ni siquiera un indicio. Desde la mañana del asesinato, en que había dejado la casa

de Soho, había desaparecido por completo; poco á poco, y con ayuda del tiempo, Utterson comenzó á reponerse de sus temores, y su tranquilidad fué aumentando. A su juicio, la muerte de Sir Danvers se hallaba ampliamente compensada con la desaparición de Hyde. Ahora que aquella nefasta influencia no se ejercía, el Dr. Jekyll tenía una vida nueva. Dejó el encierro, reanudó las relaciones con sus amigos, volvió á ser su huésped familiar y su anfitrión, y como antes por su caridad, se hizo entonces notar por sus sentimientos religiosos. Estaba ocupado á menudo, fuera de su casa; tenía buena salud; su rostro parecía más franco, más dilatado, como si sintiese el golpe de rechazo del bien que hacía; y durante más de dos meses el doctor llevó una vida apacible.

El 8 de Enero, Utterson había comido en casa del doctor en compañía de un pequeño grupo de invitados, Lanyón entre ellos; las miradas del doctor se dirigían de unos á otros, como en otro tiempo, cuando formaban los tres un trío de amigos inseparables. El doce, y después el catorce, cerróse la puerta para el abogado: «el doctor está encerrado en sus habitaciones—decía Poole—y no recibe á nadie.» El quince trató otra vez de entrar, pero obtuvo igual negativa; y como durante los dos meses que acababan de transcurrir, se había acostumbrado á ver á su amigo casi todos los días, aquella vuelta á la soledad influyó en su ánimo. Cinco días después convidó á Guest á comer, y al siguiente se decidió á ir á casa del Doctor Lanyón.

Allí, á lo menos, no se le negó la entrada; pero desde que llegó junto al doctor, quedó sorprendido por el cambio operado en todo su sér. El doctor llevaba escrito en su rostro el signo de la muerte. Aquel hombre de tez sonrosada, se había vuelto pálido; sus carnes estaban caídas; distintamente se le veía más calvo y más viejo; pero no fueron sólo aquellas visibles pruebas de rápida decadencia física lo que llamaron la atención del abogado, sino más bien la mirada y la manera de ser del doctor, testimonio evidente de algún terrible espanto en su espíritu. Era poco probable que el doctor tuviese miedo á la muerte; así lo sospechó Utterson.—Es médico—pensó—debe conocer su estado y saber que sus días están contados; y esa revelación es superior á lo que sus fuerzas le permiten soportar.—Y como Utterson le hizo notar su mala cara, el doctor con un acento de gran firmeza, le declaró que estaba perdido.

—He sufrido un choque—dijo el doctor—y no volveré á recobrar nunca la salud. Es cuestión de algunas semanas. Sí, la vida ha sido agradable; la he querido; sí, señor, tenía el hábitó de quererla. Pienso algunas veces, que si lo supiésemos todo, nos iríamos con más gusto.

—Jekyll está enfermo también—indicó Utterson.—¿Lo habéis visto?

Pero el rostro de Lanyón cambió, y levantó la mano temblorosa:

—Deseo no volver á ver ni oír jamás hablar del Doctor Jekyll—exclamó con voz trémula.—Todo ha concluido entre él y yo, y os ruego que evitéis cualquier alusión á alguien á quien considero muerto.

—Veamos—dijo Utterson, después de un largo silencio:—¿puedo seros útil para algo?—éramos tres viejos amigos, Lanyón; no viviremos lo bastante para tener otros.

—No hay nada que hacer—repuso Lanyón—interrogadle más bien á él.

—No quiere verme—contestó el abogado.

—No me sorprende—añadió Lanyón;—quizá algún día, cuando yo haya muerto, sabréis, Utterson, lo fuerte y lo débil de todo esto. No puedo decíroslo ahora. Y además, si queréis permanecer sentado y hablar conmigo de otras cosas, por amor de Dios, quedaos y hablad; pero si no podéis evitar tocar ese asunto, ¡oh! entonces en nombre de Dios, idos, pues no puedo sufrir esa conversación.

Así que regresó á su casa, Utterson escribió á Jekyll, quejándose de ser excluído, de no ser recibido por él, y preguntándole la razón de su desdichada ruptura con Layón. Al siguiente día, recibió una larga contestación, en la cual empleaba Jekyll expresiones muy patéticas, y á veces, con intención, términos obscuros y misteriosos. La disputa con Lanyón no tenía remedio ni arreglo. «No censuro á nuestro viejo amigo —escribía Jekyll—pero pienso como él, que no debemos volver á vernos. Desde ahora me propongo llevar una vida absolutamente retirada; no os sorprendáis y dudéis de mi amistad, si mi puerta está á menudo cerrada hasta para vos. Es preciso que me soportéis dejándome seguir mi sombrío camino. Llevo conmigo un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el principal culpable, soy, tambien, la víctima principal. No creía que esta tierra pudiese contener un sitio para sufrimientos y terrores tan inhumanos; y vos, Utterson, no tenéis que hacer más que una cosa, aliviar mis sufrimientos, y para ello, respetar mi silencio.»

Utterson quedó pasmado; separada la nefasta influencia de Hyde, había vuelto el doctor á sus antiguas inclinaciones y amistades; hacía una semana que sus ojos se habían alegrado ante repetidas pruebas de una dulce y honrada vejez, y ahora, pocos instantes despues, amistad, tranquilidad de espíritu; todo el orden de su vida quedaba solo de nuevo. Un cambio tan grande y tan imprevisto indicaba evidentemente, locura. Pero recordando el estado y las palabras Lanyón debía haber en todo aquello algún misterio más grave.

Una semana después, el doctor Lanyon tuvo que meterse en cama, y antes de los quince días, murió. La tarde que siguió á los funerales, que le afectaron profundamente, Utterson abrió la puerta de su gabinete, y sentándose junto á la melancólica claridad de una luz, sacó de una gaveta y colocó enfrente de si un sobre que le había sido dirigido por su difunto amigo, cerrado con su propio sello. Ese sobre llevaba la enfática inscripción siguiente: «Personal. Para ser entregado en manos del mismo señor Utterson solamente, y en el caso de haber fallecido antes que yo, para ser destruído sin leer su contenido.» El abogado temía abrirlo. «He enterrado á un amigo hoy—pensaba—¿qué sería si esto me costase otro?» Luego, considerando ese temor como un acto poco leal, rompió el sello.

Pero había un segundo sobre, sellado lo mismo que el primero, y en el cual se hallaban escritas estas palabras: *No debe ser abierto antes del fallecimiento ó de la desaparición del Doctor Enrique Jekyll.* Utterson no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Otra vez la desaparición; otra vez, como en aquel insensato testamento que había devuelto hacía ya tiempo á su autor, la idea de desaparición y el nombre de Enrique Jekyll estaban juntos.

Pero en el testamento, la idea de desaparición era debida á la siniestra sugestión de Hyde, estaba allí con un fin harto claro y harto horrible. Mas, en la pluma de Lanyón,

¿qué significaba aquella palabra? Una gran curiosidad se apoderó del fidei-comisario; tuvo deseos de no atender á la prohibición y de penetrar hasta el fondo, en busca de todos aquellos misterios.

Pero su profesión y la confianza que tenía en su difunto amigo le imponían severos deberes; de modo que el paquete fué á descansar en el más secreto cajón de su cofre particular.

Si por una parte su curiosidad se hallaba mortificada, por otra parecía excitada con violencia; y casi puede dudarse si desde aquel momento deseó Utterson con igual vehemencia la sociedad del amigo superviviente. Pensaba en él con afecto, sin duda; pero sus ideas estaban perturbadas y eran temerosas. Fué á verlo, sin embargo; quizá se congratuló de no ser conducido hasta su presencia; quizá también, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en la escalera y en medio de la atmósfera y de los ruidos de la gran ciudad, á penetrar en aquella casa en donde reinaba una esclavitud voluntaria, y sentarse á hablar con su impenetrable prisionero. Poole, además, no tenía nada bueno que comunicarle. El doctor, al parecer, se encerraba más que nunca en su gabinete ó en el laboratorio, en donde llegaba algunas veces, hasta á quedarse dormido. Estaba muy triste; hablaba poco, no leía y hubiérase dicho que pesaba algo sobre su ánimo. Utterson estaba ya tan acostumbrado á aquellas respuestas idénticas, que poco á poco fué disminuyendo las visitas.

INCIDENTE DE LA VENTA.

Aconteció un domingo, que dando su acostumbrado paseo con el señor Enfield, la casualidad los condujo de nuevo á pasar por la callejuela; cuando llegaron junto á la puerta, ambos se detuvieron un instante para examinarla.

—En fin—dijo Enfield—esa historia ha concluido. No volveremos á ver al señor Hyde.

—Así lo creo—repuso Utterson—¿Os he dicho que lo ví una sola vez y que experimenté la misma repulsión que vos?

—Era imposible verlo sin experimentar ese sentimiento—añadió Enfield. Y sea dicho de paso, ¡por cuán tonto me habréis tenido al saber que yo ignoraba que esta puerta trasera conducía á casa del Doctor Jekyll! Y por cierto que vos habeis sido la causa de que yo buscase y de que haya encontrado.

—Habéis hallado, pues, la comunicación ¿no es verdad?—preguntó Utterson—y ya que la conocéis, ahora podríamos detenernos en el patio y echar un vistazo á las ventanas. A deciros verdad, estoy inquieto respecto del pobre Jekyll y hasta en mi interior siento una voz que me indica el bien que podría quizá procurarle la presencia de un amigo.

El patio era muy frío y tambien un poco húmedo; reinaba en él un crepúsculo prematuro, aunque el cielo estaba aún brillantemente iluminado por los rayos del sol poniente.

La ventana del medio se hallaba entreabierta, y sentado detrás de ella, tomando el aire, con un rostro muy abatido, como el de un preso inconsolable, vió Utterson al doctor Jekyll.

—¡Hola! Jekyll—le gritó—supongo que estáis mejor.

—Estoy muy decaído, Utterson—contestó el doctor tristemente con voz apagada.—No será por mucho tiempo, gracias á Dios.

—Permanecéis demasiado encerrado—siguió diciendo el abogado. Deberíais salir para hacer ejercicio

como lo hacemos Enfield y yo. Es mi primo; el señor Enfield, el Doctor Jekyll. Venid, poneos el sombrero y venid á dar una vuelta con nosotros.

—Sois demasiado bueno—repuso el doctor—bien lo quisiera; pero no, es enteramente imposible. No me atrevo Pero, de veras, Utterson, me alegro que hayáis venido; es realmente una gran alegría para mi el veros. Quisiera preguntaros á vos y al señor Enfield; pero el lugar no es del todo conveniente.

—¿Por qué?—exclamó el abogado con afabilidad—lo mejor que podemos hacer es permanecer aquí abajo, y hablar con vos desde el sitio en que estamos.

—Era precisamente lo que iba á atreverme á proponeros—replicó sonriendo el doctor. Pero pronunció las palabras con dificultad, y antes que la sonrisa hubiese desaparecido por completo de su cara, ésta expresó un terror y una desesperación tales, que nuestros dos caballeros sintieron helárseles la sangre en el cuerpo.

Todo aquello duró nada más que un momento, pues la ventana fué cerrada instantáneamente; sin embargo, aquel instante les había bastado, y dieron media vuelta, saliendo del patio para cambiar algunas palabras. Atravesaron en silencio la callejuela, y sólo cuando llegaron á una calle inmediata, en la cual, á pesar de ser domingo, había alguna animación, fué cuando Utterson se volvió, por fin, hacia su amigo y lo miró.

Ambos estaban pálidos, y había en sus ojos una expresión de horror tan grande, que decía bastante por sí misma.

—¡Que Dios nos perdone! ¡Que Dios nos perdone!—exclamó Utterson.

El señor Enfield hizo gravemente un signo con la cabeza, y siguió en silencio su camino.

LA ULTIMA NOCHE.

Una tarde, después de comer, Utterson estaba sentado junto al hogar, cuando quedó sorprendido por la vista de Poole.

—¡Dios mío! qué es lo que os trae aquí, Poole!—le dijo el abogado; y mirándolo de nuevo, añadió:

—¿Qué os apena! ¿está enfermo el doctor?

—Señor Utterson—contestó el criado—hay algo que va mal.

—Tomad asiento, y aquí tenéis un vaso de vino para vos—añadió Utterson.—Ahora, sin ninguna prisa, decidme con sinceridad lo que deséais.

—Conocéis la manera de vivir del doctor—empezó á decir Poole—y sabéis como se encierra. Pues bien, se ha encerrado de nuevo en su gabinete, y no me gusta eso. Señor Utterson, estoy asustado.

—Y ahora, mi buen Poole, ¿por qué estáis asustado? Hablad claro.

—Me asusté hace una semada poco más ó menos—contestó Poole, evitando con algo de mal humor la pregunta que se le hacía—y no puedo ya soportar más la cosa.

El aspecto del hombre justificaba completamente sus palabras; y salvo el instante en que por primera vez había hablado de su espanto, no había vuelto á mirar á la cara del abogado. Aun después, permanecía con el vaso apoyado sobre la rodilla, pero sin beber, y sus ojos se fijaban en un punto del techo.

—No puedo soportar por más tiempo eso—volvió á repetir.

—Vamos—dijo Utterson—veo que tenéis un verdadero motivo para hablarme así; veo que hay algo que anda verdaderamente mal. Procurad decirme lo que es.

—Creo que ha habido algún crimen—añadió Poole con voz ronca.

—¡Un crimen!— exclamó el abogado muy asustado, y dispuesto á parecer más irritado aún—¿qué crimen? ¿qué queréis decir con eso?

—No me atrevo á decirlo, señor, pero ¿queréis venir conmigo y verlo vos mismo?

Por toda contestación Utterson se puso en pie, tomó su sombrero y una capa de abrigo, y notó con sorpresa el rostro del criado, quien le pareció como aligerado de un gran peso; observó con no menos sorpresa, que el vino no había sido tocado.

La noche era fría, noche propia del mes de Marzo; la luna estaba pálida y en su último cuarto, como si el viento la hubiese volcado; algunas nubes rápidas y diáfanas corrían por el cielo. El viento furioso impedia hablar y cruzaba la cara; había, además ahuyentado á los transeuntes y limpiado las calles de gente. Decía Utterson que no había visto tan desierto aquel barrio de Londres, y no era precisamente lo que hubiera deseado en su interior; jamás durante toda su vida había sentido un deseo tan vivo de ver y tocar á sus semejantes, pues volviendo al curso de sus ideas lúgubres, tenía el pensamiento de que se dirigía hacia una gran desgracia.

Cuando llegaron á la plaza, todo estaba lleno de polvo; los árboles descarnados del jardín parecían fustigarse entre sí á la largo del muro. Poole, que durante el camino se había adelantado uno ó dos pasos, se había quitado el sombrero y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo encarnado. No obstante la rapidez de su marcha, no era el sudor producido por ella lo que enjugaba, sino el provocado por la angustia que le sofocaba, pues su rostro estaba pálido y su voz era dura y ronca.

—En fin, señor—dijo—hemos llegado, y quiera Dios que no haya sucedido nada malo.

—Amén, Poole—contestó el abogado.

En esto el criado llamó con precaución; entreabrieron la puerta, sin quitar la cadena, y una voz preguntó desde adentro:

—¿Sois vos, Poole?

—Yo soy—dijo Poole—abrid la puerta.

El recibimiento estaba brillantemente alumbrado; un gran fuego ardía en la chimenea, y en derredor todos los criados, hombres y mujeres, confundidos, se estrechaban unos contra otros como un rebaño de carneros. Al ver al señor Utterson, una criada fué acometida de contorsiones histéricas; y el cocinero, exclamando:—¡Bendito sea Dios, es el señor Utterson—corrió hacia él como queriendo abrazarlo.

—¿Qué hay? ¿Estáis locos aquí? —dijo el abogado con aire triste.— Es muy irregular, muy inconveniente, y disgustaria mucho á vuestro amo.

—Todos están asustados—repuso Poole.

Desconcertados, permanecieron callados, ninguno protestó contra aquellas palabras; la doncella sólo dejó oír su ahogado llanto y sus gemidos.

—Callad de una vez—le dijo Poole, con un acento tan brutal, que demostraba hasta qué punto tenía los nervios sobrexcitados; y realmente, cuando la doncella había lanzado gritos de desesperación, todos se estremecieron mirando la puerta interior, con espanto en los rostros.

—Y ahora—añadió Poole dirigiéndose al mozo de cocina—dadme una luz, y vamos á saber la verdad de este asunto.

Rogó al señor Utterson que le si-

guiese, y le enseñó el camino que conducía al jardín.

—Andad lo más espacio que podáis—dijo Poole—y sin ruido; os ruego que escuchéis y que no dejéis oír nuestras pisadas. Tened cuidado, señor, de no entrar, si por casualidad os llamase.

Ante esta inesperada recomendación, Utterson se extremeció y casi quedó desconcertado; pero pronto recobró su valor, y siguió al criado á través del laboratorio, de la sala de anatomía con sus vasos y sus botellas, y llegó al pie de la escalera. Poole le indicó que permaneciese á su lado y escuchase, mientras que él, dejando la luz y apelando visiblemente á todo su valor, subió los peldaños, llamando con temblorosa mano, es decir, dando algunos golpecitos sobre la tela encarnada de la puerta del gabinete.

—El señor Utterson desea veros, señor—dijo el criado; y al hablar hacía seña con viveza al abogado para que escuchase.

Una voz contestó desde el interior:

—Decidle que no puedo ver á nadie—y sus palabras parecían un largo quejido.

—Gracias, señor--respondió Poole con cierto acento de triunfo en la voz; y tomando otra vez la luz, condujo á Utterson por el patio hasta la gran cocina, en donde el fuego estaba apagado y los grillos saltaban por el suelo.

—Señor—dijo mirando á Utterson—¿os parece que era aquella la voz de mi amo?

—Sí, parece haber cambiado mucho—contestó Utterson muy pálido, y mirándole también.

—Cambiada, no cabe duda—añadió el criado.—¿Hubiera estado yo veinte años al servicio de mi amo para engañarme de ese modo respecto de su voz? No, señor, la voz de mi amo ha desaparecido y también él; ha sido muerto hace ocho días cuando le oímos gritar el nombre de Dios; ¿y quién está en vez de él? ¿y por qué ese ser está aquí? Todo eso pide venganza ante Dios, señor Utterson.

—Hé aquí una extraña relación, Poole, que más bien parece relación salvaje, mi buen hombre—dijo Utterson mordiéndose los dedos.—Supongamos que la cosa fuese tal cual la creéis; supongamos que el doctor Jekyll haya sido asesinado, ¿por qué se empeñaría el asesino en permanecer aquí? Esa historia no se sostiene por sí misma; la simple razón se niega á creerla.

—Bueno, señor Utterson, sois hombre difícil de convencer, pero sin embargo, llegaré á lograrlo—contestó Poole.—Es preciso que sepáis que durante toda la última semana, él, ó sea quien fuere el que esté en aquel gabinete, gritaba noche y día para tener una especie de droga y no podía lograrla como la deseaba. Mi amo acostumbraba algunas veces á escribir sus órdenes en un papel y echarlo por los escalones. Desde hace una semana, eso es todo cuanto tenemos de él, nada más que papeles y una puerta cerrada; con respecto á los alimentos, colocados sobre los peldaños, iba á retirarlos á escondidas. Pues bien, señor, todos los días y aun dos ó tres veces en un día, he sido enviado corriendo á todos los drogueros de la ciudad. Cada vez traía el producto, pero otro papel me mandaba volver, porque no era puro, y tenía otra orden para distinta casa. Necesita, pues, señor, en absoluto aquella droga por una razón cualquiera.

—¿Tenéis alguno de esos papeles?—preguntó Utterson.

Poole buscó en sus bolsillos y halló un papel arrugado, que el abo-

gado examinó cuidadosamente acercándose á la luz. Su contenido decia lo siguiente: "El Doctor Jekyll saluda á los señores Maw, y les asegura que la última muestra es impura y no sirve para el objeto deseado. En el año de 18** el doctor J. adquirió una cantidad bastante grande en casa de los señores M., y hoy les ruega que busquen con la exactitud más escrupulosa, y si quedase de igual cantidad, que se la envíen inmediatamente. No hay que reparar en el precio. La importancia de la cosa para el Doctor Jekyll está por encima de cuanto pudiera decir." Hasta allí la carta estaba bastante correctamente escrita, pero entonces la emoción le habia vendido, y hubiérase dicho que habia materialmente aplastado la pluma contra el papel al añadir las siguientes palabras: "Por el amor de Dios, enviádmela de igual calidad que la antigua."

—Es una extraña nota—dijo Utterson y luego añadió con severidad—¿cómo la habéis tenido abierta?

—El dependiente del señor Maw estaba furioso, señor, y la echó hacia mí como si hubiese sido una cosa repugnante—repuso Poole.

—¿Sabéis si esa nota es con seguridad de puño y letra del doctor?—preguntó el abogado.

—He pensado que la letra se parecia á la suya—dijo el criado con tono áspero, y luego, cambiando de tono, añadió: ¿pero qué importancia puede tener una nota escrita, cuando le he visto á él en persona?

—Le habéis visto?—repitió Utterson.—¿Y bien?

—He aquí, he aquí la historia—prosiguió Poole.—Entré súbitamente en el laboratorio, yendo desde el jardín; creo que se habia atrevido á salir en busca de esa droga ó de cualquier otra cosa, pues la puerta del gabinete estaba abierta, y él se hallaba en el fondo de la habitación revolviendo y escudriñando las viejas botellas. Me vió entrar, lanzó una especie de grito, y se volvió rápidamente al gabinete. No le ví más que un instante, pero los pelos se me pusieron de punta. Señor, si aquella aparición era mi amo, ¿por qué llevaba una careta sobre el rostro? Si era mi amo, ¿por qué habia lanzado aquel grito y habia huido de mí? Hace bastante tiempo que lo sirvo; y luego....—Poole calló y se pasó la mano por la frente.

—Realmente, son muy extraños esos detalles—dijo Utterson—pero creo entrever la verdad. Vuestro amo, Poole, se halla sin duda atacado por una de esas enfermedades que, á la vez torturan y deforman al enfermo; de ahí, por poco que yo sepa, la alteración de su voz; de ahí la máscara y su propósito de evitar la presencia de sus amigos; de ahí la pasión de buscar esa droga por medio de la cual el pobre hombre conserva alguna esperanza de curación. ¡Dios quiera que no se defraude! Esa es mi explicación; la cosa es bastante triste, Poole, y bastante sorprendente de considerar; pero se explica y es natural; todo ello concuerda bien, y nos saca de esas espantosas alarmas.

—Señor—dijo el criado poniéndose alternativamente pálido y encarnado—aquella aparición no era mi amo, esa es la verdad. Mi amo—miró entonces á su alrededor y se puso á hablar en voz muy baja—es un hombre alto, bien constituido, y el otro era más bien un enano.

Utterson trató de protestar.

—¡Oh! señor—exclamó Poole—¿podéis pensar que no conozco á mi amo después de treinta años? ¿Pensais que no sé á qué altura llega su cabeza en la puerta del gabinete, en donde le he visto todas las mañanas de mi vida? No, señor, esa

cosa con máscara no ha sido nunca el doctor Jekyll; sabe Dios lo que era, pero jamás ha sido el doctor Jekyll; y nadie me quitará de la cabeza que ha debido de cometerse un crímen.

—Poole—replicó el abogado—si habláis así, mi deber exige llegar hasta la certidumbre. Por más que deseo respetar los sentimientos de vuestro amo, me desconcierta esa nota, según la cual parece demostrado que vive todavía; considero como un deber romper aquella puerta.

—¡Ah! señor Utterson, ¡eso se llama hablar!—exclamó el criado,

—Y ahora viene la segunda pregunta—continuó diciendo Utterson; ¿quién romperá la puerta?

—¿Como? vos y yo, señor—dijo valerosamente Poole.

—Bien dicho—repuso el abogado—y suceda lo que quiera, yo cuidaré de que nada perdáis; dejadlo de mi cuenta.

—Hay una hacha en el laboratorio—indicó Poole—y vos podéis tomar un hiero de la cocina.

El abogado se apoderó de un grosero pero pesado instrumento, y moviéndolo, dijo á Poole que le estaba mirando:—¿Sabéis que vos y yo vamos á colocarnos en una situación que ofrece algún peligro?

—Bien lo podéis decir, señor—contestó el criado.

—Entonces es justo y conveniente que seamos francos. En nosotros dos, el pensamiento va más lejos que las palabras que nos hemos dicho; hablemos con claridad. Esa enmascarada que visteis, ¿la habéis reconocido?

—Pues bien, señor, pasó tan rápidamente, la persona estaba tan inclinada, que no me atrevo á afirmar; pero si pensáis que fuese el señor Hyde, yo también me figuro que era él, pues aquel sér era de su tamaño, tenía el mismo andar rápido y ligero, y además, ¿quién sino él hubiera podido entrar por la puerta del laboratorio? No habéis olvidado sin duda, señor, que cuando ocurrió el asesinato, conservaba la llave cansigo. Pero hay más aún. Ignoro, señor Utterson, si habéis visto alguna vez al señor Hyde.

—Sí—contestó el abogado—he hablado una vez con él.

—Entonces debéis saber como todos nosotros, que había algo extraño en ese personaje, algo que trastornaba, no sé cómo expresarme, señor; sentia un frio hasta la médula de los huesos al mirarlo.

—Confieso que he experimentado una cosa parecida á lo que indicáis—contestó Utterson.

—Pues bien-siguió diciendo Poole—cuando aquella cosa enmascarada parecida á un mono, saltó en medio de los aparatos de química y se escurrió en el gabinete, sentí un frio terrible en la espalda. ¡Oh! bien sé que eso no es creíble, señor Utterson; soy bastante instruído para saberlo; pero el hombre tiene presentimientos y os aseguro que era el señor Hyde.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el abogado—mis temores me hacen creer lo mismo. Temo que se oculte aquí una gran desgracia, que ocurriría sin duda, con semejante encuentro. Y, de veras, os creo; creo que el pobre Enrique ha sido asesinado y que su asesino (solo Dios sabe con qué objeto) está aún oculto en el cuarto de su víctima. Pues bien, venguémosle. Llamad á Bradshaw.

El lacayo contestó en el acto, pero muy pálido y muy nervioso.

—Armáos de valor, Bradshaw;—dijo el abogado—el misterio que reina aquí es un peso para todos vosotros; queremos conocerlo. Poole y yo queremos penetrar, hasta empleando la fuerza, en el gabinete.

Si todo va bien, soy bastante fuerte para responder de las consecuencias de esa fractura. Sin embargo, como puede haber debajo de todo eso algo obscuro y malo, ó bien que algún malhechor trate de huir por la puerta trasera, vos y otro criado id, dando vuelta por la calle, á colocaros á la puerta del laboratorio armados con buenos palos. Tenéis diez minutos para llegar á vuestro puesto.

Cuando Bradshaw hubo salido, el abogado miró su reloj.—Ahora Poole—dijo al criado—vamos allá;—y llevando el hierro bajo el brazo, se dirigió hacia el patio. Las nubes habían ocultado la luna, y todo estaba completamente obscuro. El viento que llegaba como por bocanadas á aquel fondo de los edificios agitaba la llama de la bujía mientras caminaban, hasta que estuvieron al abrigo, bajo el techo del laboratorio; sentáronse en silencio y aguardaron. A su alrededor se oía el apagado murmullo de Londres; pero junto á ellos, sólo interrumpían el silencio y la tranquilidad los pasos que iban y venían dentro del gabinete.

—Así es como anda todo el día—dijo Poole—y ¡ay! también parte de la noche. Unicamente se detiene un poco cuando llega un nuevo producto de la droguería. ¡Sólo una conciencia mala puede animar á semejante enemigo del descanso! ¡Ah! señor, ¡hay sangre vertida en cada uno de sus pasos! Pero escuchad con atención desde más cerca, y decidme si es ese el andar del doctor.

Los pasos eran ligeros y extraños, como una especie de balanceo, pero muy apagados, y en nada se parecían al andar ruidoso y pesado del doctor Jekyll. Utterson suspiró.

—¿No hay nada más?—preguntó luego.

Poole hizo un signo afirmativo con la cabeza.—¡una vez—dijo—una vez le he oído llorar!

—¿Llorar? ¿cómo puede ser?—exclamó el abogado extremeciéndose de horror.

—Llorar como una mujer ó como una alma extraviada—añadió el criado.—Me fuí con el corazón tan enternecido que hubiera podido llorar también.

Los diez minutos estaban para concluir. Poole sacó el hacha que se hallaba oculta bajo un montón de paja; colocaron la bujía sobre la mesa más próxima para alumbrarse durante el ataque; comprimiendo los latidos de sus corazones se acercaron al paraje en donde los pasos iban y venían en medio de la tranquilidad de la noche.

—Jekyll—gritó Utterson con voz fuerte—quiero veros.—Detúvose un instante, pero nadie contestó.—Os doy un buen consejo; hemos concebido sospechas; es preciso que os vea y os veré—y moviéndose, añadió—si no por medios leales y honrados, será por medios violentos; si no lo permitís, entonces se empleará la fuerza bruta.

—Utterson—dijo la voz—por amor de Dios, ¡piedad, piedad!

—¡Ah! no es la voz de Jekyll, se la de Hyde—exclamó Utterson.—¡Poole, derribad la puerta!

Poole blandió el hacha por encima del hombro; el golpe extremeció el edificio, y las colgaduras encarnadas quedaron pendientes sobre la cerradura y los goznes. Un grito horrible como el de un verdadero animal espantado, resonó en el gabinete. El hacha dió un nuevo golpe; los tableros crujieron, el marco saltó; otras cuatro veces cayó el hacha, pero la madera era dura, y las diversas partes estaban completamente ajustadas, de modo que hasta el quinto golpe no quedó rota la cerradura y los trozos de la puerta

echados hacia el interior de la estancia.

Los vencedores, asustados de su obra, y del silencio que había sucedido, se retiraron un poco y miraron. El gabinete estaba á su vista con su lámpara tranquilamente encendida; un gran fuego llameaba y chisporroteaba en el hogar; la cafetera hervía junto á la lumbre. Una ó dos gavetas abiertas, papeles bien ordenados sobre la mesa escritorio, y más cerca del fuego, los utensilios preparados para el té; hubiérase creído que era el cuarto más tranquilo, y á no ser por los armarios brillantes llenos de botes y redomas, el lugar más vulgar de Lóndres aquella noche.

Precisamente en medio de la habitación yacía el cuerpo de un hombre cuyas contorsiones se veían aún. Acercáronse en puntillas, pusiéronlo boca arriba, y reconocieron el rostro de Eduardo Hyde. Estaba vestido con ropas demasiado grandes para él; ropas que correspondían á la corpulencia del doctor; las fibras de su rostro se movían todavía con una semejanza de vida, pero la vida se había separado del hombre; el frasco roto que tenía en las manos, y el fuerte olor de almendras esparcido por el aire, probaron á Utterson que tenía delante de sí el cuerpo de un suicida.

Hemos llegado tarde—dijo con dureza—tanto para salvar como para castigar. Hyde ha pagado su deuda, y sólo nos queda que buscar el cuerpo de vuestro amo.

La mayor parte del edificio se hallaba ocupada por el laboratorio que comprendía casi todo el piso bajo, y recibía luz por el techo, y por el gabinete que, en uno de los extremos formaba otro piso y tenía vistas al patio. Un corredor llevaba desde el laboratorio á la puerta de la callejuela, y ésta comunicaba, también directamente, con el gabinete por otra escalera.

Hacia el otro lado no había más que cuartos obscuros y una gran despensa.

Todos aquellos parajes fueron completamente examinados. Cada habitación podía verse con rapidez porque estaban llenas de objetos, y por el polvo que caía de las puertas al abrirlas, se comprendía que habían permanecido cerradas hacía mucho tiempo.

La despensa estaba ocupada por objetos rotos puestos allí desde el tiempo del cirujano, predecesor de Jekyll, pero al tratar de abrir la puerta, se convencieron de la inutilidad de sus investigaciones por la caída de una inmensa tela de araña que desde años tapaba la entrada. En ningún punto había el menor rastro, la más ligera señal de Enrique Jekyll, ni muerto ni vivo.

Poole dió con el pie fuertes golpes sobre las losas del corredor:

—Es preciso—dijo, escuchando el ruido de los golpes que volvía como un eco—que esté enterrado aquí.

—O puede haber huído—repuso Utterson, y fué á examinar de nuevo la puerta de la callejuela. Estaba cerrada; cerca de ella, sobre las losas del pavimento se hallaba la llave enmohecida ya.

—Esta llave no parece haber servido—observó el abogado.

—¿Haber servido?—repitió Poole con la exactitud de un eco—¿no veis, señor, que está rota? Diríase que álguien la ha pisado.

—Y—siguió diciendo Utterson—los puntos rotos también están enmohecidos.

Los dos hombres se miraron con espanto.

—Todo eso, Poole, está por encima de mi inteligencia—dijo el abogado.—Volvamos al gabinete.

Subieron la escalera sin hablar, y

mirando con temor al cadaver, comenzaron á examinar con mayor atención los diversos objetos que había en el gabinete. Sobre una de las mesas se veían restos de preparaciones químicas; montoncitos de diferente tamaño de una especie de sal blanca estaban puestos en platos de cristal como si el desdichado hombre hubiese preparado alguna experiencia que quedó interrumpida.

—Esa es precisamente la misma droga que yo iba siempre á buscarle—dijo Poole; y mientras hablaba, el agua del jarro se puso á hervir con más fuerza y se esparció por el suelo haciendo un ruido espantoso.

Aquel incidente los llevó hacia el hogar, cerca del cual había sido colocado un cómodo sillón; los utensilios para el té estaban preparados junto al sillón, y el azúcar necesario, en la taza. Sobre una mesita veíanse varios libros; uno de ellos, abierto, figuraba al lado mismo de los utensilios para el té, y Utterson quedó sorprendido al ver que era una obra piadosa, respecto de la cual había expresado Jekyll más de una vez grandísima admiración; mas el libro contenía notas del propio puño del doctor, que eran horribles blasfemias.

Continuando las investigaciones llegaron al espejo de cuerpo entero, en el cual se miraron, extremeciéndose á pesar suyo. El espejo estaba colocado de tal modo que no les dejaba ver nada más que el reflejo de las llamas rojas sobre el techo, el del fuego reproduciéndose cien veces sobre los tableros pulimentados de los armarios, y también sus propias personas pálidas y asustadas.

—Este espejo ha debido ver extrañas cosas, señor—dijo Poole.

—Pero de seguro que nada sería tan raro como ese ser—repuso el abogado casi con el mismo sonido de voz.—¿Con qué objeto tenía Jekyll....?—y la palabra se perdió en sus labios; pero luego, dominando su debilidad, añadió;—¿para que tenía Jekyll necesidad de un espejo?

—También me dirijo idéntica pregunta -contestó Poole.

Luego fueron á la mesa escritorio. Sobre el pupitre, en medio de papeles colocados con orden, había un gran sobre, en cuyo sobrescrito, de puño del doctor, se leía el nombre del señor Utterson. El abogado lo abrió, y varios otros sobres cayeron al suelo. El primero contenía sus últimas disposiciones, redactadas en los mismos términos exéntricos que el testamento devuelto seis meses antes, eran un testamento para el caso de muerte, y una donación en el caso de desaparición; pero en vez del nombre de Eduardo Hyde, el abogado leyó con grandísima sorpresa el nombre de Gabriel Juan Utterson. Miró á Poole, después al papel y finalmente al cadaver del criminal que yacía en el suelo.

—La cabeza me da vueltas—dijo —ha tenido este documento todos estos días en su poder; no tenía motivo ninguno para quererme; debió rabiar al verse desbancado, y no ha destruido el documento.

Recogió otró papel; era una carta muy corta escrita de propio puño del doctor con una fecha en lo alto. —¡Oh! Poole—exclamó el abogado —estaba vivo aquí hoy mismo; no puede haber arreglado todo eso tan rápidamente; ¡debe estar vivo, debe haber huido! Pero ¿por qué haber huido? ¿Y cómo? En este caso ¿podemos exponernos á declarar el suicidio? ¡Oh! hay que pensar mucho en todo eso, pues preveo que podríamos conducir á vuestro amo á alguna espantosa catástrofe.

—¿Por qué no leéis lo demás?—preguntó Poole.

—Porque temo—repuso el abogado con tono solemne—¡quiera Dios que no tenga ningún motivo para temer!—y hablando así, acercó el papel á sus ojos y leyó lo siguiente:

«Querido Utterson: cuando estas líneas caigan en vuestras manos, habré desaparecido; en qué circunstancias, no tengo le presciencia requerida para preverlo, pero mi instinto y todas las condiciones de mi indefinible vida me dicen que mi fin es seguro y debe estar próximo. Id, pues, y leed primero la confesión de vuestro indigno y desgraciado amigo.

ENRIQUE JEKYLL."

—¿Hay otro sobre—preguntó Utterson.

—Aquí está, señor—dijo Poole entregándole un paquete cerrado con varios sellos.

El abogado lo guardo en uno de sus bolsillos.—No hablaré de este paquete—añadió.—Si vuestro amo ha huido ó ha muerto, podemos á lo menos salvar su honor. Son las diez, debo volver á mi casa y leer con calma esos documentos; pero volveré antes de las doce, para enviar á buscar á la policía.

Salieron cerrando tras sí la puerta del laborátorio, y Utterson, dejando de nuevo á los criados reunidos alrededor del fuego en la antesala, regresó tranquilamente á su despacho para leer los dos documentos, en los cuales va á descorrerse el velo de este misterio.

RELACION DEL DOCTOR LANYON.

«El nueve de Enero, hace hoy cuatro días, recibí por el correo, en el reparto de la tarde, una carta certificada, cuyo sobre estaba escrito del propio puño y letra de mi colega y antiguo compañero Enrique Jekyll. Quedé sumamente sorprendido, pues no teníamos costumbre de corresponder por escrito; además habia visto al doctor el día anterior y comido con él, y no podía adivinar lo que en nuestras relaciones exigía las formalidades del certificado. El contenido de la carta aumentó aún mi sorpresa; hé aquí los términos en que se hallaba concebida:

*«10 de Diciembre de 18***

«QUERIDO LANYÓN: Sois uno de mis más antiguos amigos; aunque hayamos tenido á veces discusiones sobre asuntos científicos, no recuerdo por lo que á mí se refiere, á lo menos, la menor interrupción en nuestra amistad. Si hubiese llegado un día en que me hubiéseis dicho:—Jekyll, mi vida, mi honra, mi razón se hallan á vuestra merced; hubiera sacrificado mi fortuna y mi mano derecha para ir en vuestra ayuda. Lanyón, mi vida, mi honra, mi razón se hallan enteramente á vuestra merced si me faltáis esta noche, estoy perdido. Después de este prefacio váis á creer que necesito pediros alguna cosa deshonrosa. Juzgad vos mismo.

«Vengo á rogaros que aplacéis todos los compromisos que podáis tener para esta noche—aunque fuéseis llamado junto al lecho de un emperador—que toméis un coche, y llevando con vos esta carta para consultarla, que vengáis directamente á mi casa. Poole, mi criado, tiene mis órdenes; estará aguardándoos con un cerrajero. Será preciso forzar la puerta de mi gabinete; luego entraréis solo; abriréis el armario que tiene un cristal (letra E), á la izquierda, romperéis la cerradura si está cerrado; sacaréis, *con todo su*

contenido, tal cual está, la cuarta gaveta contando desde arriba, ó lo que es igual, la tercera empezando á contar desde abajo. En medio de mi extremada desesperación, tengo un temor mortal de no indicaros bien las cosas; pero aunque me equivocase, conoceríais la gaveta que necesito, examinando lo que contiene: algunos polvos, un frasco y una cartera de apuntes. Os ruego que llevéis con vos esa gaveta á la plaza de Cavendish, tal cual la halléis.

«Esta es la primera parte del favor que os pido. Si partís así que recibáis esta carta, deberéis estar de regreso mucho antes de media noche; pero os dejo algunas horas de margen, no sólo por temor de uno de esos obstáculos que no se pueden prever ni impedir, sino también porque es preferible que haya llegado la hora del descanso de vuestros criados para concluir lo que os quedará que hacer.

«Luego, á media noche, os ruego que permanezcáis solo en vuestro gabinete de consulta, que conduzcáis hasta él á un hombre que se presentará en mi nombre, y que le entreguéis la gaveta que habréis llevado de mi casa. Entonces habrá concluído vuestro papel y mereceréis mi más completa gratitud. Cinco minutos después, si insistís deseoso de tener una explicación, comprenderéis que todas estas precauciones tenían una importancia capital, y que el haber descuidado una sola, por fantástica que pueda parecer, hubiera sido cargar vuestra conciencia con mi muerte ó con la pérdida de mi razón.

«A pesar de la confianza en que estoy de que no os burlaréis de mi ruego, mi corazón desfallece, y tiembla mi mano sólo con pensar en semejante posibilidad. Acordáos de mí en esta hora, de mí que estoy en una extraña situación, atormentado por la negrura de una desgracia que ninguna imaginación podría llegar á exagerar; pensad, también, que si queréis servirme con puntualidad, desaparecerá mi turbación y todo ello no será más que una historia enterrada.

«Prestadme ese servicio, mi querido, Lanyón y salvad á vuestro amigo.—E. J.

«P. S.—Había cerrado ya esta carta, cuando un nuevo terror se apodera de mi alma. Es posible que el correo cometa un error y que esta carta no llegue á vuestras manos hasta mañana por la mañana. En ese caso, querido Lanyón, cumplid mi encargo durante el día á la hora que os sea más cómoda, y aguardad otra vez mi mensajero á medio noche. Pero quizá será demasiado tarde; y si transcurre entonces la noche sin ninguna novedad, podréis decir que habéis recibido la última noticia de,

ENRIQUE JEKYLL.»

Al leer aquella carta me convencí de que mi colega estaba loco; pero hasta que la cosa no ofreciese género ninguno de duda, decidí ejecutar lo que me pedía. Cuanto menos comprendía yo todo aquel fárrago, menos me hallaba en el caso de juzgar de su importancia, y tal petición dirigida en semejantes términos, no podía ser rechazada sin incurrir en grave responsabilidad. Me levanté inmediatamente de la mesa y fuí á buscar un carruaje, que me condujo directamente á casa de Jekyll. El criado aguardaba mi llegada; había recibido por el mismo correo que yo un pliego certificado que contenía sus instrucciones, y envió á buscar en el acto á un cerrajero y un carpintero. Ambos obreros llegaron mientras estábamos hablando, y fuimos todos juntos á la sala de disección del viejo Doctor Denman, por

el extremo de la cual, según lo sabéis probablemente, se entra con mayor comodidad en el gabinete particular de Jekyll. La puerta era muy sólida, la cerradura excelente; el carpintero confesó que tendría mucho trabajo y que haría mucho destrozo, si tenía que emplear la fuerza; el cerrajero llegó á creer que no podría descerrajarla, pero era un hábil obrero, y después de dos horas de trabajo, quedó abierta la puerta.

El armario señalado con la letra E no estaba cerrado; saqué la gaveta, la hice rellenar con paja y envolver en papel, llevándomela á la plaza de Cavendish.

Así que llegué, me puse á examinar su contenido. Los polvos estaban bastante bien arreglados, pero no con el cuidado de un químico fabricante ó vendedor, de modo que, á no dudarlo, habían sido manipulados personalmente por el Doctor Jekyll. Abriendo uno de los sobres, ví que su contenido se parecía, sencillamente, á una sal cristalizada de color blanco. El frasco, que examiné después, estaba lleno hasta la mitad; contenía un licor rojo, con un olor muy agrio, con algo de fósforo y éter volátil. En cuanto á los otros ingredientes, no pude saber lo que eran. El cuaderno ó carterita de apuntes era como casi todos los que usan los colegiales, y sólo contenía unas cortas series de fechas. Esas fechas se extendían á un largo período de años, pero observé que las entradas habían cesado hacía un año poco más ó menos, y bruscamente. Aquí y allí, se veía añadida alguna breve observación, á una fecha, que generalmente era nada más que la palabra *doble*, que se hallaba repetida quizá seis veces en un total de algunos centenares de entradas; una vez, enteramente al principio de la lista, y seguidas de algunos signos de admiración, estaban las palabras *fracaso total.*

Todo esto, aunque excitando mi curiosidad, me decía poco respecto del objeto final. Un tarro con cierta tintura, un papel con una sal, el diario de una serie de experimentos que (como ocuría á menudo con las investigaciones de Jekyll), no conducía á nada práctico. ¿Por qué razón la presencia en mi casa de esos varios objetos podía afectar á la honra, ó al estado del espíritu, ó á la vida de mi ligero colega? Si su mensajero podía ir á un punto ¿por qué no podía ir á otro? Y aunque hubiese alguna imposibilidad, ¿por qué ese caballero tenía que ser recibido en secreto? Cuanto más reflexionaba en todo eso, más me convencía de que me hallaba en presencia de una enfermedad cerebral; sin embargo, al ordenar á mis criados que se recogiesen, fuí á buscar un viejo revólver, para encontrarme en estado de defensa personal, si hubiese sido necesario.

Las doce acababan apenas de sonar en Londres cuando el picaporte se dejó oir muy despacio. Fuí á abrir yo mismo, y encontré á un hombre de pequeña estatura, vuelto de espaldas á los pilares de la entrada.

—¿Venís de parte del Doctor Jekyll?—le pregunté.

Me contestó que sí, con aire encogido; cuando le dije que entrase, no me obedeció sin haber lanzado antes una mirada escudriñadora hacia la plaza, sumida en la obscuridad. Un agente de policía estaba cerca, y venía con su linterna sorda abierta; al verlo creí notar que el desconocido tembló y que se apresuró á entrar.

Estos incidentes me sorprendieron, no lo ocultaré, de un modo desagradable; no perdí de vista á mi hombre, gracias á la luz brillante que

había en mi sala de consultas, y puse la mano sobre el arma para estar prevenido á todo evento. En fin, tuve la suerte de verlo. Jamás, es absolutamente cierto, mis ojos lo habían visto antes. Era pequeño, según he dicho; me sorprendió la expresión de su fisonomía, en la que podia leerse una curiosa mezcla de grandísima actividad muscular y de indudable debilidad de constitución; por último, me sorprendió todavía más la penosa turbación subjetiva que me producía su vecindad, y fué de género tal, que mis miembros parecían helarse y que el pulso latía con menos violencia. Atribuí entonces aquellas sensaciones á alguna repugnancia idiosincrásica y personal; pero á pesar de todo, me sorprendía la vivacidad de mis impresiones, si bien desde aquella fecha he tenido motivos para pensar que su causa yacía muy profundamente oculta en la naturaleza misma de aquel hombre, y que me movía algún pensamiento más noble que el odio.

Esa persona, que desde el instante en que entró había producido en mí una sensación que sólo puedo definir llamándola *curiosidad mezclada con repugnancia*, estaba vestida de un modo que hubiera sido ridículo en cualquiera otro individuo; su traje, aunque era en realidad, de un género rico y de color obscuro, parecía enorme, inmensamente grande para él, bajo todos conceptos; sus pantalones colgaban de las piernas y habían sido recogidos para preservarlos del lodo; el chaleco le llegaba muy abajo de las caderas, y el cuello de la levita se extendía demasiado ancho sobre los estrechos hombres. Por extraño que fuese, aquel burlesco traje no me hizo reir. Al contrario, como había un no sé qué de anormal y de contrahecho en el sér que tenía á la vista, algo que sobrecogía, que sorprendía y que escandalizaba en su repugnancia misma, aquella nueva originalidad confirmaba mis ideas y les daba fuerza; llegó casi á interesarme la naturaleza y el caracter del hombre, y sentí curiosidad de saber su origen, su vida, su fortuna y la posición que ocupaba en el mundo.

Aunque estas observaciones requirieron mucho tiempo para analizarlas, se me ocurrieron en el espacio de algunos segundos. El desconocido demostraba arder en una sombría impaciencia.

—¿La habéis traído?—exclamó—¿la habéis traído?

Y era tal su impaciencia, que puso la mano sobre mi brazo, tratando de sacudirlo.

Lo rechacé, habiendo experimentado á su contacto como una sensación glacial en toda mi sangre.

—Vamos, caballero—le dije—olvidáis que no tengo el gusto de conoceros; permaneced sentado, si gustáis.

Le dí ejemplo, sentándome en mi sillón habitual, con la misma tranquilidad que si hubieso tenido que habérmelas con un enfermo cualquiera; tan tranquilo, á lo menos, como me lo permitían la hora avanzada, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que me inspiraba mi huésped.

—Os pido perdón, Doctor Lanyón—contestó bastante cortesmente;—vengo aquí á ruego de vuestro compañero el Doctor Enrique Jekyll, para un asunto de cierta importancia, y quería decir....

Detúvose, y se llevó la mano á la garganta, reparando por su acción que luchaba contra los síntomas de un ataque de histeria.

—Quería decir, una gaveta....

Tuve entonces compasión del estado del desconocido, y quizá tam-

bién llevado por mi curiosidad, contesté:

—Aquí está—le enseñé la gaveta que estaba en el suelo detrás de una mesa y cubierta con el lienzo.

Saltó hacia el lado de la gaveta, luego se paró, y llevó una mano al corazón; oí rechinar sus dientes; su rostro era tan horrible de ver, que me alarmé, y temí á la vez por su vida y su razón.

—Reponéos—le dije.

Volvióse á mí, me dirigió una sonrisa atroz, y como un desesperado descubrió la gaveta. Al ver lo que contenía lanzó un gemido ahogado y un grito de alivio tal, que permanecí petrificado. Un instante después, con voz ya algo más tranquila, me dijo:

—¿Tenéis un vaso graduado?

Me levanté de mi asiento, no sin dificultad, y le entregué lo que pedía.

Dióme las gracias con un gesto adecuado, midió algunas gotas de la tintura encarnada y añadió uno de los polvos. La mezcla, que al principio era de un color rojizo, á medida que los cristales se deshacían comenzó á adquirir un color más vivo, á hervir visiblemente, luego echó como una nubecilla de vapor. De pronto cesó la ebullición, y la mezcla adquirió un color de púrpura obscuro, pasando después lentamente á un verde agua. El desconocido, que había seguido con mirada muy atenta todas aquellas metamórfosis, se sonrió, colocó el vasó sobre la mesa, y volviéndose hacia mí y mirándome con un aire muy grave, me dijo:

—Ahora hay que tomar una determinación en cuanto á lo que resta que hacer. ¿Querés ser prudente? ¿queréis ser conducido? ¿queréis que me lleve este vaso en la mano y que salga de vuestra casa sin decir una palabra más? ¿O bien vuestra curiosidad exige otra cosa? Reflexionad antes de contestar, pues se hará lo que mandéis. Si queréis, quedaréis como antes, tal cual estáis ahora, ni más rico ni más sabio, á menos que la conciencia de haber prestado un servicio á un hombre puesto en un apuro mortal, no pueda ser considerada como una especie de riqueza. O si preferís escoger el otro camino, un nuevo reino de ciencia, nuevas vías que conducen á la fama y al poderío os serán abiertas, aquí ante vos, en este cuarto, al instante mismo; vuestra vista quedará confundida por un prodigio que haría vacilar, que conmovería la incredulidad del mismo Satanás.

—Señor—contesté, haciendo creer en una calma y tranquilidad que estaba lejos de tener—habláis con enigmas, y no os sorprenderá el que escuche vuestras palabras sin darles mucho crédito; pero he ido demasiado lejos al prestar esos servicios inexplicables, para detenerme antes de haber visto el final.

—Bien está—replicó el desconocido.—Lanyón, recordáis vuestros juramentos; lo que va á acontecer se halla colocado bajo el sagrado secreto de nuestra profesión. Y ahora, vos, que desde largo tiempo estáis encadenado á las concepciones más estrechas y más materiales, vos que habéis negado la virtud de la medicina trascendental, vos que habéis hecho burla de vuestros superiores, ¡mirad!

Llevó el vaso á los labios y bebió su contenido de un solo trago. A esto siguió un grito; bamboleó, tropezó, cogió la mesa para apoyarse, y continuó sus movimientos, con los ojos extraviados é inyectados en sangre, la boca abierta y espumosa, y mientras que yo miraba, se producía un cambio, según mi imaginación; íbase hinchando, su rostro se

volvió negro de repente y las líneas fisonómicas parecieron fundirse y modificarse, y un instante después me puse en pie, retrocedí hasta la pared, con un brazo extendido hacia adelante como para defenderme contra aquel milagro, y con mi espíritu anonadado por el terror:—¡Oh, Dios!—exclamé aterrorizado;—¡Oh, Dios!—dije varias veces; ¡pues allí, delante de mi vista, pálido, tembloroso, medio desfallecido, palpando con las manos como un hombre que acaba de resucitar, estaba Enrique Jekyll!

Lo que me dijo durante la hora siguiente me es imposible reconcentrar suficientemente el espíritu para escribirlo. Ví lo que ví, oí lo que oí, y mi alma iba enfermando, y hoy que aquella visión se borra de mis ojos, me pregunto á mí mismo si creo en ella, y no puedo contestar. Mi vida está resentida hasta en los cimientos; un terror mortal se apodera de mí continuamente, noche y día; comprendo que mis días están contados y que es preciso morir; y lo que es más, moriré incrédulo.

En cuanto á la ignominia moral que ese hombre enseñó ante mí, ni con lágrimas de penitencia, podría, ni aun como recuerdo, pensar en ella sin estremecerme de horror. Sólo puedo decir una cosa, Utterson, y será (si podéis creerla cierta) más de lo necesario.

Ese sér que se arrastró aquella noche por mi casa, era, según confesión del mismo Jekyll, conocido bajo el nombre de Hyde y perseguido en todos los rincones del país como asesino de Carew.

HASTIE LANYÓN.»

EXPLICACION COMPLETA DEL CASO EXTRAÑO DEL DOCTOR ENRIQUE JEKYLL

Nací en el año de 18**, heredero de una gran fortuna, dotado con excelentes cualidades, mi naturaleza me inducía al trabajo, estimaba mucho la consideración de aquellos de mis compañeros que me parecían prudentes y buenos, en una palabra, hasta donde era posible creerlo, poseía las condiciones necesarias para tener un porvenir honroso y distinguido. En realidad, el peor de mis defectos era una tendencia excesiva hacia la alegría, lo que causa el júbilo en otros, pero difícil de conciliar con mi vivo deseo de llevar la frente alta y afectar en público una actitud más seria de la que generalmente tienen los otros hombres. De ahí resultó que comencé á ocultar mis diversiones y placeres, y cuando llegué á la edad en que se piensa y reflexiona, empecé á mirar á mi alrededor y á considerar la próspera posición que ocupaba en el mundo. Me sentí ya destinado á una profunda duplicidad en mi manera de vivir. Más de uno hubiera tenido á gloria las irregularidades de que era yo culpable, pero desde el alto punto de vista en el cual me había colocado, las miraba y las ocultaba con una sensación de vergüenza casi mórbida. De modo que fué más bien la naturaleza exigente de mis aspiraciones, que ninguna clase de degradación particular en mis faltas, lo que me llevó á ser cuanto fuí, lo que con un surco más hondo del que ordinariamente existe para la mayor parte de los hombres, dividió en dos, en mi sér, aquellas provincias del bien y del mal, que parten y forman el dualismo de la naturaleza humana. En tal estado de ánimo, me ví inclinado á reflexionar profundamente y sin descanso res-

pecto de esa dura ley de la existencia que reposa sobre las bases de la religión y que es una de las causas de la desgracia de nuestra raza. A pesar de ser en modo tan absoluto un hombre de doble faz, no era hipócrita en la acepción que se da á esta palabra; las dos partes de mi *yo* eran ambas verdaderamente serias. No era más *yo* en realidad, cuando arrojando todo freno, obraba vergonzosamente, que cuando, á la luz del día, trabajaba para aumentar mis conocimientos, ó cuando procuraba aliviar á los desgraciados y á los enfermos. La casualidad quiso que la orientación de mis estudios científicos, que me guiaban absolutamente hacia lo místico y trascendental, diese de rechazo ejerciendo como una fuerza de repulsión, y me hiciese comprender, iluminándolo con mayor claridad, ese estado de perpetua lucha entre las distintas partes de mi sér. Cada día, y desde el doble punto de vista de la moral y de la inteligencia, llegaba con mayor seguridad al conocimiento de aquella verdad, cuyo descubrimiento parcial me arrastró á este espantoso naufragio: á saber que el hombre no es realmente una entidad, si no que existen dos entidades en él. Digo dos, porque el estado de mi propia ciencia no me ha permitido pasar de ahí. Otros me seguirán, otros irán más allá en esa vía, y aventuro, y me atrevo á emitir la opinión de que ulteriormente se reconocerá que el hombre es una simple aglomeración de diversos individuos sin ninguna relación entre sí. En cuanto á mí, por la misma naturaleza de mi vida, adelanté forzosamente en una sola y única dirección.

En el sér moral y en mi propia persona aprendí á conocer el perfecto y primitivo dualismo del hombre; ví que, de las dos naturalezas que parecían satisfechas en la extensión de mi conciencia, aunque hubiese podido realmente ser la una y la otra, era únicamente porque, en absoluto, tenía ó poseía las dos á la vez, y desde aquel momento, antes de que hubiese comenzado la marcha de mis descubrimientos científicos á sugerirme la más evidente posibilidad de semejante milagro, había aprendido á insistir con placer, como en un sueño despierto, en la idea de la separación de esos dos elementos.

«Si—me decía á mí mismo—cada uno de ellos pudiese estar domiciliado en entidades diferentes, la vida se hallaría desembarazada de todo cuanto la hace insoportable; lo injusto seguiría su camino, libre de las aspiraciones y de los remordimientos de la parte gemela, de la parte más virtuosa; y lo justo podría á su vez viajar segura y constantemente por sus elevados senderos, llevando á cabo el bien que le llenaría de satisfacción, y sin verse expuesto á los disgustos y remordimientos que le ocasionarían los actos de la parte extraña y mala. Fué, pues, destino fatal de la humanidad ver unir esos haces opuestos y disparatados. y que en la matriz agonizante de la conciencia, aquellas dos estrellas polares estuviesen luchando continuamente. ¿Cómo, entonces, podrían ser separadas?»

A ese punto había llegado en mis reflexiones cuando, según he dicho ya, una luz inesperada comenzó á brotar sobre este asunto, de la mesa del laboratorio. Empecé á concebir de un modo más profundo que hasta entonces la vacilante inmaterialidad, el paso aún obscuro de un estado á otro, de ese cuerpo que parece tan sólido y en el cual caminamos con todos nuestros adornos. Hallé ciertos agentes que poseen el poder de separar y de rechazar esa

vestidura carnal, como el viento posee el de agitar los lienzos de una tienda de campaña. Pero por dos excelentes razones no entraré completamente de lleno en esta parte científica de mi confesión. Primero, porque he aprendido que los hombros del hombre deben para siempre jamás soportar el destino y la carga de nuestra vida, y si llega á efectuarse alguna tentativa para separar á los dos elementos, sólo servirá para aumentar su peso de un modo más desagradable y más terrible. Y después, porque (mi relación lo demostrará ¡ay! harto claramente) mis descubrimientos no eran completos. Me bastará, por consiguiente, decir que no sólo reconocí que mi cuerpo natural era el fantasma y el éter de algunos de los poderes que componían mi espíritu, sino que llegué á inventar una pócima con la cual esos poderes podían perder su supremacía, y reemplazarlos con una segunda forma, que era tan natural como la primera, tan *yo* como la otra, porque constituía la manifestación misma de los más bajos y despreciables elementos de mi alma.

Vacilé mucho tiempo, antes de someter esta teoría á la prueba de la práctica. Sabía perfectamente que me exponía á morir, pues una droga que debía medirse con tanta exactitud y sacudir, conmover la verdadera fortaleza de la individualidad, podía con el menor aumento en la dosis, ó por la inoportunidad del momento escogido para el experimento, hacer desaparecer para siempre el envoltorio material que no no deseaba yo cambiar. Pero la tentación de un descubrimiento tan original y tan importante, concluyó por hacerme vencer los temores y alarmas. Tenía la pócima preparada hacía ya tiempo; compré de una vez, en casa de un droguero, gran cantidad de una sal especial que, después de mis experimentos, sabía yo que era el último producto necesario; y finalmente, en una noche maldita, reuní los ingredientes, vigilé su ebulición, los vapores que salían del vaso, y cuando cesó el hervor, en un arranque de valor bebí la pócima.

Terribles angustias se apoderaron de mí; crujidos de huesos, náuseas mortales y un horror del alma que no puede ser mayor en la hora de la muerte ó del nacimiento. Luego, aquellos instantes de agonía comenzaron á disminuir gradual y lentamente, y volví en mí como si hubiese salido de una grave enfermedad. Había algo extraño, algo nuevo é indescriptible en mis sensaciones, y su novedad real las hacía extraordinariamente dulces y gratas. Me sentía más joven, más feliz en todo mi ser; en mi fuero interno experimentaba como una audacia embriagadora, tenía á la vista un mundo de imágenes sensuales que corrían con la misma rapidez que el agua al salir de un molino; sentíame desligado de los lazos de toda obligación, y tenía una libertad de alma desconocida, pero no inofensiva. Desde el primer aliento de aquella nueva vida, me consideré malo, diez veces más malo, esclavo de mi genio maléfico original; y estas ideas, en aquel instante, me fortalecían y me embriagaban como hubiera podido hacerlo el vino. Alargaba las manos con la alegría de disfrutar, de acariciar unas sensaciones tan nuevas, y al hacerlo, pude observar que mi estatura había disminuido.

No había entonces espejo en mi gabinete, el que estaba cercas de mí mientras escribo estas líneas, fué puesto allí más tarde con objeto de ver esas transformaciones.

Sin embargo, hacía ya tiempo que la noche había cedido su puesto á la

mañana, y la mañana obscura como estaba, iba á desvanecerse ante la claridad del día. Los inquilinos de mi casa estaban encerrados en sus habitaciones, durante esas horas tan necesarias al sueño. Decidíme, hinchado como me hallaba por la esperanza y el triunfo, á llegar con mi nuevo envoltorio hasta mi cuarto de dormir. Atravesé el patio, lo que permitió á las constelaciones lanzar sus reflejos sobre mí, pues podía imaginar, con admiración, que era la primera criatura de esa especie que hubiese aparecido á su vigilancia siempre despierta; me escurrí por los corredores como un extraño en su propia casa, y ví por vez primera el aspecto exterior de Eduardo Hyde.

Es preciso que hable aquí desde el punto de vista teórico solamente, sin decir lo que sé, sino lo que supongo que debe sér más probable. La parte mala de mi ser, á la cual habia dado ahora mi vida propia, era menos robusta y menos desarrollada que la parte buena. Además, en el curso de mi existencia que, en sus nueve décimas partes, después de todo, ha sido una vida de esfuerzos, de virtudes y de vigilancia, ese lado malo había sido mucho menos ejercitado y puesto de relieve que el otro. Y de ahí resultaba, según infiero, que Eduardo Hyde era mucho más pequeño, más delgado y más jóven que Enrique Jekyll. Así como el uno lleva sobre el rostro el resplandeciente sello del bien, el otro tenía escrito sobre su cara el sello de la maldad. La maldad, que no debe considerarse aún como causa del caracter mortal del hombre, había impreso en aquel cuerpo signos de deformidad y de decadencia. Y cuando miré, entonces, en el espejo aquel ídolo perverso, tuve conciencia, no de un sentimiento repulsivo, sino más bien de la brusca transición producida y del buen éxito de mis tentativas. Aquel ídolo, por lo demás, era yo mismo. Parecía natural y humano. Para mí tenía á la vista una imagen más viva del espíritu; había allí más expresión y originalidad que en el sér imperfecto y doble, hasta aquel momento acostumbrado á llamar *yo;* é indudablemente tenía razón. Observé que cuando aparecía bajo la apariencia de Eduardo Hyde, nadie podía aproximársele sin experimentar primero un extremecimiento visible, en todo su cuerpo. Eso, según comprendí, procede de que todos los seres humanos, tal cual los vemos, son un compuesto de bien y de mal; únicamente Eduardo Hyde, en las filas de los humanos, era puramente malo sin mezcla ninguna.

Permanecí por algunos momentos delante de' espejo, pero faltaba intentar todavía el último experimento, el decisivo; quedaba por saber si había perdido yo mi identidad, sin esperanza de recobrarla, y tenía que esconderme de la luz del día y salir de una casa que ya no era mía, y apresurándome á volver á mi gabinete, preparé inmediatamente la pócima necesaria, y bebí: sufrí otra vez las angustias de una descomposión, y volví á ser yo mismo, con el caracter, la estatura y el rostro de Enrique Jekyll.

Aquella noche liegué, pues, al fatal encuentro de los distintos caminos de la vida; si hubiese trabajado mi descubrimiento con un espíritu más elevado, si hubiese intentado la experiencia bajo el influjo de aspiraciones generosas y piadosas, las cosas hubieran ido de otro modo y hubiera salido yo de aquellas agonías del nacimiento y de la muerte como un ángel, en vez de haber salido de ellas como un demonio. La poción, en suma, era

una cosa neutra, quiero decir, que no era ni diabólica ni divina; no hacía más que sacudir las puertas de mi carcel y de mi estado de ánimo; y como los presos de Filipi, lo que estaba encerrado se escapaba fuera. En aquel momento mi virtud se durmió, y mi genio malo, al contrario, despertado por la ambición, estaba alerta y dispuesto para aprovechar las ocasiones, y sus esfuerzos traían siempre á Eduardo Hyde. Así pues, aunque tuviese dos carácteres y dos rostros, uno era absolutamente malo, y el otro era siempre el viejo Enrique Jekyll, compuesto disparatado que ya desesperaba de poder perfeccionar y mejorar. Sus aspiraciones actuales lo empujaban enteramente hacia el mal.

Pero ni aún en aquel instante había podido dominar la aversión que me inspiraba esa conocida aridez de la vida estudiosa. En ciertos momentos tenía todavía inclinaciones favorables al júbilo y á la alegría; como mis placeres eran (empleando la palabra más benévola) deshonestos, y como no sólo era mejor conocido y más considerado, sino que llegaba á ser también hombre de edad, aquella incoherencia en mi vida me era cada día más importuna, por eso mi nuevo poder me tentó para el bien hasta que caí sumido en la esclavitud. Bastábame con beber la copa, para despojar al conocido profesor y vestir el burdo traje, el cuerpo de Eduardo Hyde. Esa idea me agradaba, me hacía sonreir; la cosa me parecía cómica; y hacía los preparativos con el cuidado más atento y minucioso. Alquilé y amueblé aquella casa de Soho, en donde Hyde fué perseguido por la policía, y tomé como guarda á una mujer que me constaba ser callada y no tener escrúpulos. Por otra parte, dije á mis criados que un señor Hyde, cuyas señas les dí, tenía plena libertad y poder para entrar y salir en mi casa; y para prevenir cualquiera acontecimiento desagradable, hice visitas á casa del Doctor Jekyll y pasé como familiar suyo.

Luego escribí aquel testamento contra el cual opusísteis tantas observaciones, y que me permitía, si algo me ocurría en la persona del Doctor Jekyll, entrar en la de Eduardo Hyde sin pérdida pecuniaria. Tranquilizado así respecto del porvenir, comencé á aprovechar las extrañas inmunidades de mi situación.

Ha habido hombres antes que yo, que pagaron asesinos para hacer ejecutar sus crímenes, dejando á cubierto su propia personalidad y su reputación; pero yo he sido el primero que ha podido obrar así en cuanto á sus placeres. He sido el primero que ha podido aparecer ante el público con su carga de respetabilidad, y un instante después, como un colegial, despojarme de aquellos disfraces y arrojarme sin miramientos en un océano de libertades.

Bajo mi impenetrable envoltura, mi salud era completa, excelente. Pensad en ello: ¡ni siquiera existía! Bastaba que pudiese penetrar por la puerta de mi laboratorio, tener dos ó tres segundos para preparar y beber la pócima que estaba siempre lista, y fuese cualquiera cosa lo que hubiese hecho Eduardo Hyde, desaparecía como la señal del aliento sobre un cristal; y allí, en vez de Hyde, tranquilo en su casa, arreglando su lámpara para la noche, se hallaba un hombre que hubiera podido burlarse de toda sospecha dirigida contra él, Enrique Jekyll en persona.

Los placeres que me apresuraba á buscar con mi disfraz, eran como ya lo he dicho, deshonestos, por no emplear una palabra más severa, y con un sér tal cual era Eduardo

Hyde, no tardaron en adquirir un caracter monstruoso. Cuando regresaba de mis excurciones, quedaba estupefacto de la depravación de la otra parte de mi sér. El demonio familiar que sacaba de mi propia alma y que enviaba solo á sus placeres, era un sér profundamente malévolo y vil; todos sus actos, todas sus ideas no tenían más objetivo que su egoísmo; tenía placer en una sed bestial de torturar á sus semejantes; sin entrañas, como una estatua de piedra. Había instantes en que Enrique Jekyll estaba horrorizado de los hechos de Eduardo Hyde; peró la situación se hallaba fuera de las leyes ordinarias, y gradualmente la influencia de la conciencia se fué relajando. Después de todo, Hyde era el culpable, únicamente Hyde. Jekyll no era peor que antes; sus buenas cualidades se despertaban y aparecían en él sin haber disminuído, y procuraba cuando le era posible, remediar los daños causados por Hyde, y así, su conciencia dormitaba.

No me propongo referir circunstanciadamente las infamias en que me vi mezclado ó complicado, pues ni aún hoy puedo admitir que fuese yo quien las cometió. Sólo quiero mencionar los avisos y las etapas sucesivas que me anunciaban la aproximación del castigo. Ocurrióme primero un incidente, que como no tuvo consecuecias, me limitaré á indicar nada más. Un acto de crueldad contra una niña excitó la cólera de un transeunte que reconocí el otro día como uno de vuestros parientes: el médico y la familia de la criatura se unieron á él; hubo un instante en que temí por mi vida; pero finalmente, para calmar su harto justo resentimiento, Eduardo Hyde se vió obligado á llevarlos hasta la puerta de la casa del Doctor Jekyll y á darles un vale girado á la vista, con el nombre de éste último. Pero ese peligro quedó fácilmente evitado para el porvenir, abriendo una cuenta en otro Banco á nombre de Eduardo Hyde, y haciendo mi letra con una caída más oblícua, había dado una firma doble á mi otro sér, y creí de aquel modo ponerme á cubierto contra todo ataque de la fatalidad.

Dos meses antes del asesinato de Sir Danvers, había andado en busca de aventuras; regresé tarde, y desperté al siguiente día, presa de raras sensaciones. Miré en vano á mi alrededor, y en vano vi los ricos adornos y las grandes líneas de mi cuarto; en vano, también, reconocí los dibujos de las colgaduras de mi cama y su marco de caoba; algo me decía continuamente que no estaba en donde estaba realmente, sino que debía estar en el pequeño cuarto de Soho, en donde tenía costumbre de dormir en el cuerpo de Eduardo Hyde. Me sonreí, y con mis ideas psicológicas empecé á estudiar perezosamente los principios y los datos de semejante ilusión, y resultó que pensando en ello, volví á caer en el dulce sueño de la mañana. Estaba aún medio dormido, y accidentalmente fijé la vista en mis manos. La mano de Enrique Jekyll, como habéis podido verlo á menudo, era la mano de un médico en cuanto á forma y tamaño; era grande, sólida, blanca y bien proporcionada, pero la mano que vi entonces, bastante claramente á pesar de la luz pálida de la mañana, medio oculta como se hallaba sobre la colcha, aquella mano era descarnada, huesosa, de una palidez mate, y cubierta de abundantes pelos negros. Era la mano de Eduardo Hyde.

Debí permanecer como medio minuto contemplándola, y quedé tan anonadado de admiración y de sor-

presa, que el terror tardó en despertarse en mi pecho, pero despertó súbitamente y me produjo un estremecimiento parecido al que se experimenta al oír un inesperado redoble de tambores; salté de la cama y fuí á mirarme al espejo. Al ver lo que éste me enseñó, mi sangre casi se heló en las venas. Sí, me había acostado como Enrique Jekyll, y me despertaba cambiado en Eduardo Hyde. ¿Cómo explicar semejante transformación? Dirigíme esa pregunta, y luego, con otro estremecimiento de espanto, ¿cómo remediarla? Era ya muy entrada la mañana; los criados estaban levantados; todas mis drogas se encontraban en el gabinete, era preciso un largo viaje para ir hasta él, bajar dos pisos, atravesar un corredor, el patio abierto y la sala de anatomía, lo cual me asustaba. Podía, es verdad, taparme la cara, ¿pero de qué me hubiera servido, puesto que no podía ocultar el cambio de mi estatura? Luego, con indecible alegría recordé que los criados estaban ya acostumbrados á las idas y venidas de mi otro yo. Vestíme pronto lo mejor que pude, con el traje de mi estatura ordinaria; atravesé rápidamente la casa y tropecé con Bradshaw, quien me miró sorprendido, apartándose al ver á Mr. Hyde á aquella hora y con aquel traje; diez minutos después, el Doctor Jekyll había recobrado su forma habitual, y estaba sentado, con la frente sombría, para aparentar que almorzaba.

Mi apetito era realmente bien escaso. Ese incidente inexplicable, esa contradicción en mis experimentos previos, parecían, como los dedos babilónicos sobre la pared, escribir los términos y las letras de mi sentencia. Comencé á reflexionar más seriamente de lo que hasta entonces, sobre el fin y sobre los acontecimientos posibles de mi doble existencia. La parte de mi sér que tenía yo el poder de producir, estaba más fortalecida y más nutrida; hasta me parecía que desde algún tiempo hacía, el cuerpo de Eduardo Hyde había ganado en estatura; cuando me hallaba bajo aquella forma, tenía conciencia de que la sangre circulaba más generosa por sus venas, y comenzaba á entrever el peligro de que si ese estado se prolongaba, el equilibrio de mi doble naturaleza podría quedar definitivamente destruido, anonadado el poder de un cambio á voluntad, y que el caracter de Eduardo Hyde sería finalmente el mío. El poder de la pócima no había tenido siempre igual resultado. Un día, al principio de mis transformaciones, su efecto había sido completamente nulo; desde entonces tenía con frecuencia que doblar la dosis, y una vez, hasta con riesgo de mi vida, tuve que ponerla triple; estos fracasos, aunque raros, habían contribuído á nublar algo mi alegría. Pero ahora, advertido por el accidente de la mañana, llegué á observar que, así como al principio la dificultad había consistido en echar fuera el cuerpo de Enrique Jekyll, había ido poco á poco cambiando de aspecto, y consistía ahora en desalojar á la otra individualidad. Todo parecía, pues, conducirme á la misma conclusión; á saber, que perdía lentamente mi poder sobre mi sér primitivo, el mejor, el superior, y que con la misma lentitud me iba incorporando en el segundo y el peor.

Comprendía que era preciso escoger entre esos dos séres. Mis dos naturalezas tenían una memoria común, pero en cuanto á las otras facultades, estaban desigualmente compartidas. Jekyll (que era una mezcla) sufriendo á veces los temores más vivos y los apetitos más ávidos, se complacía tomando parte en

los placeres y aventuras de Hyde; pero Hyde era indiferente para con Jekyll, ó sólo se acordaba de él como el bandido de las montañas se acuerda de las cuevas en donde se oculta cuando lo persiguen. Jekyll tenia más que el interés de un padre; Hyde tenía más que la indiferencia de un hijo. Identificarme con Jekyll, era renunciar á esos apetitos por los cuales había tenido siempre la mayor indulgencia y que desde algún tiempo acá empezaba á acariciar. Identificarme con Hyde, era renunciar á mil intereses y ambiciones, y volver á ser de golpe y para siempre un ser despreciable y privado de toda amistad.

El contrato podía parecer desigual, pues había aún otra consideración que tener en cuenta; mientras que Jekyll sufriría el martirio y se quemaría vivo á causa de su abstinencia, Hyde ni siquiera tendría conciencia de lo que habría perdido. Por extrañas que sean las circunstancias en que me encuentro, los efectos de este dualismo son tan viejos y tan vulgares como el hombre mismo; pues son poco más ó menos los mismos apetitos y los mismos temores los que hacen titubear al pecador apasionado y tembloroso, y sucede conmigo lo que con el mayor número de mis semejantes, y es que escojo la mejor parte, sólo que me falta firmeza para persistir en mi resolución.

Sí, prefería al doctor anciano y descontento, rodeado de amigos y de esperanzas honradas y envidiables; dije resueltamente adiós á la libertad, á la juventud (si se tenía en cuenta mi edad), al andar ligero, al ardiente hervir de la sangre, á los placeres juveniles, cosas de las cuales disfrutaba bajo el disfraz de Hyde. Tomé este partido, no quizá sin ninguna reserva mental, pues no abandoné la habitación de Soho ni destruí los trajes de Eduardo Hyde. que están siempre en mi gabinete, dispuestos para ser puestos en uso. Durante dos meses, sin embargo, fuí sincero en mi determinación; durante dos meses, seguí una vida de una severidad tal cual nunca había llegado antes á observar, y me regocijaba con las compensaciones que me proporcionaba mi conciencia. Pero andando el tiempo, la impresión de mis temores concluyó por desvanecerse; las alabanzas de la conciencia empezaron á ser únicamente cosa vulgar; comenzaron á torturarme dolores y deseos apasionados, como si Hyde luchase para recobrar su libertad; un día, en un instante de decaimiento moral, compuse de nuevo la bebida transformadora, y la absorbí de un trago.

No creo que, si un borracho discute ó raciocina consigo mismo respecto de su vicio, haya sido detenido ó impedido, de cada quinientas veces una sola, por los peligros que va á correr á causa de la insensibilidad bestial y física en que va á sumirse; jamás tampoco, al examinar mi situación, me había dado cuenta de la completa insensibilidad moral, y de aquella increíble tendencia hacia el mal, que eran los puntos característicos del genio de Eduardo Hyde. También por ahí fuí castigado. Mi demonio había permanecido mucho tiempo enjaulado, y salió rugiendo de su encierro. Tenía yo conciencia, sin embargo, en el momento mismo en que bebí la pócima, de aquella tendencia hacia el mal, más desenfrenada, más furiosa. Supongo que debe atribuirse á esa excitación de mi alma, la violencia y la impaciencia con las cuales escuché las atentas palabras de mi desgraciada víctima; quiero á lo ménos confesarlo delante de Dios: es imposible que un hombre moralmente sano haya podido hacerse culpable de ese

crímen tras una provocación tan insignificante; quiero declarar también, que herí con una idea tan falta de razón como la que puede tener un niño enfermo que despedaza un juguete. Pero me había despojado voluntariamente á mí mismo de todos esos instintos que hacen vacilar, y que obligan al peor de los hombres á conservar cierta compostura, aun cuando se deje arrastrar por sus malas pasiones; en mi estado, tener una tentación, por ligera que fuese, era caer, sucumbir.

El espíritu infernal despertó instantáneamente en mí con furor. Con un verdadero transporte de júbilo molía á palos aquel cuerpo que no oponía resistencia, y producía delicioso gozo en mi sér cada golpe que descargaba; sólo cuando vino el cansancio fué cuando repentinamente, en medio de mi acceso de locura, me llegó al corazón una fuerte sensación de terror. La neblina que cubría mi vista se disipó, y comprendí que mi vida iba á ser deshonrada; huí léjos del teatro de tales excesos, radiante de gloria y temblando á un mismo tiempo, satisfecha y estimulada mi pasión por el mal, y con el amor de la vida subido al más alto grado.

Corrí á la casa de Soho, y para librarme mejor de cuaquiera persecución, destruí mis papeles; luego salí; paseé por las calles, que alumbraban los faroles, llevando la misma alegría en mi espíritu, regocijándome de mi crímen, con el juicio bastante claro y dispuesto para preparar otros, pero con los ojos y el oído atentos, temiendo los pasos de algún vengador.

Hyde tenía una canción en los labios cuando preparó la pócima, y al tormarla, bebió á la salud de su víctima.

Apenas habían concluido las angustias de la transformación, Enrique Jekyll vuelto á su propio sér, caía de rodillas con un torrente de lágrimas de gratitud y de remordimiento, elevando hacia Dios sus manos cruzadas. El velo que ocultaba mi indulgencia se rasgo de arriba á bajo; volví á ver mi vida entera; la vi desde los días de la infancia, cuando me paseaba dando la mano á mi padre; la vi otra vez en medio de los trabajos austeros de mi profesión, y llegué finalmente, con un sentimiento de incredulidad, hasta los espantosos horrores de aquella noche. Hubiera podido ponerme á gritar, pero busqué en el llanto y en la oración el medio de borrar las figuras asquerosas y los ruidos espantables que volvían á mi memoria para anonadarme, y continuamente, en medio de mis oraciones, el rostro malo de mi iniquidad me miraba hasta las profundidades del alma.

Cuando el vivo dolor de esos remordimientos comenzó á calmarse, llegué poco á poco hasta ideas menos tristes. Lo que tenía que hacer en adelante era sencillo. Hyde no podía volver para el porvenir; queriéndolo ó sin quererlo yo, estaba desde aquel momento encerrado en la parte mejor de mi existencia, y ¡cuánto me complacía esa idea; ¡Con qué humildad voluntaria me felicitaba por hallarme de nuevo dentro de las restricciones naturales de la vida ordinaria! ¡Con qué sincera sumisión cerré la puerta por la cual había entrado y salido tantas veces, y destrocé la llave bajo mis pies!

Al día siguiente, los diarios anunciaron que el asesino había sido visto, que el crímen de Hyde era evidente, y que la víctima era un hombre que disfrutaba del aprecio público. Aquello no había sido únicamente un crimen, sino tambien una locura trágica. Me agradaba ver emitir esa opinión; felicitábame in-

teriormente viendo que mis tendencias mejores se hallaban fortalecidas en aquel mundo, y puestas, además, bajo la salvaguardia del horror que inspira el cadalso.

Jekyll era, pues, mi refugio, mi asilo; que Hyde se dejase ver un instante fuera, y los brazos de todos los hombres se levantarían para prenderlo y para matarlo.

Resolví rescatar lo pasado con mi conducta futura, y puedo añadir que mi resolución produjo algún bien. Sabéis por vos mismo cuánto trabajé recientemente, en los últimos meses del año pasado, para mejorar la suerte de los desgraciados; sabéis que he hecho mucho por otros, y que los días han transcurrido para mí tranquilamente, casi con dicha y felicidad. No puedo decir por cierto que esa vida de beneficencia y de inocencia me pesase; creo, al contrario, que cada día era para mí más agradable.

Pero me atormentaba siempre el dualismo de mis tendencias, y cuando los rigores de la penitencia impuesta comenzaron á dulcificarse, los malos instintos de mi sér, durante tanto tiempo acariciados, aunque encadenados hacía poco, rugieron con violencia pidiendo su libertad. No pensaba ciertamente en resucitar á Hyde, sólo la idea de esa resolución bastaba para asustarme y extremecerme, y como un pecado vulgar, concluí, sin embargo, por sucumbir á los constantes asaltos de la tentación.

Todas las cosas tienen fin; el vaso mayor concluye por llenarse; y esa débil condescendencia á mis malhadados instintos concluyó, también, por destruir mis buenos propósitos; no me hallaba aún alarmado, la caída parecía natural, y ser únicamente un retroceso á aquellos antiguos días anteriores á mi descubrimiento. Oíd lo que me aconteció:

Era un hermoso y claro día de Enero, atravesaba el Parque del Regente, el suelo estaba húmedo en los puntos dode la nieve se había derretido, pero el cielo parecía despejado y sin nubes; el gorjeo de los pájaros se mezclaba á unos olores suaves y deliciosos, casi primaverales. Me senté en un banco al sol. La parte animal de mi sér se gozaba en los recuerdos; la parte espiritual estaba algo dormida, pero dispuesta á futuras expiaciones, aunque sin querer comenzarlas desde luego. Después de todo, deciame á mí mismo, que era semejante á mis vecinos; y entonces sonreí comparándome con los demás hombres, mi buena voluntad, mis beneficios y mi actividad, con su crueldad y su pureza.

En el mismo instante en que me acudía aquel orgulloso pensamiento, un calambre, un extremecimiento me pasó por todo el cuerpo, una horrible náusea, un temblor mortal se apoderaron de mí.

Todo ello pasó dejándome algo débil; y á pesar de esa debilidad comencé á experimentar un cambio en el curso de mis ideas, mayor osadía, desprecio del peligro, y un abandono real de los deberes y obligaciones de este mundo. Miré al suelo; mi traje caía informe sobre mis miembros encogidos y arrugados; la mano que descansaba en mi rodilla era nerviosa y peluda. Otra vez volvía á ser Eduardo Hyde. Poco antes me hallaba seguro del respeto de los demás hombres, rico, estimado; mientras que ahora me veía convertido en vulgar presa de los hombres, perseguido, sin domicilio, un asesino común amenazado con el cadalso.

Mi razón vacilaba, pero no me abandonó completamente. Más de

una vez había observado ya que, bajo mi segunda forma, mis facultades parecían más vivas y animadas, mis ideas más elásticas; y así aconteció que allí en donde quizá Jekyll hubiese sucumbido, Hyde se elevó á la altura que requería el momento. Mis ingredientes se hallaban en una de las gavetas de un armario de mi gabinete; ¿cómo hacer para tenerlos? Ese era el problema cuya solución buscaba, apretándome las sienes con ambas manos. Había cerrado la puerta del laboratorio. Si hubiese tratado de entrar por la casa, mis propios criados me hubieran llevado á la horca. Vi que tenía que acudir á otras manos, y pensé en Lanyón. Pero, ¿cómo llegar hasta él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que llegase á evitar el arresto en las calles, ¿cómo hacer para ir hasta él? Y ¿cómo lograría yo, visita desconocida y repugnante, persuadir al gran médico á ir á saquear el gabinete de estudio de su colega el Doctor Jekyll?

Recordé entonces la originalidad de mi caracter; me quedaba un partido que tomar; podía escribir con mi propia letra, y cuando me hallé iluminado por aquella chispa vivificadora, la vía que debía seguir se presentó á mi vista desde el principio hasta el fin.

En esto arreglé mi traje lo mejor que pude, y llamando un coche que pasaba, me hice conducir á una posada de la calle de Portland, cuyo nombre recordaba felizmente. Al verme (mi aspecto era verdaderamente bastante cómico, aunque el traje convenía más bien á un hombre que estuviese en un instante trágico) el cochero no pudo ocultar la risa. Rechiné los dientes, mirándolo con furor diabólico; la sonrisa desapareció de sus labios, afortunadamente para él y más aún para mí, pues en cualquiera otra circunstancia le hubiera arrojado á viva fuerza de su sitio. Al entrar en la posada, eché una mirada á mi alrededor con aire tan terrible, que temblaron las personas allí presentes; mientras estuve á su vista, no se miraron entre sí, recibieron obsequiosas mis órdenes, me condujeron á un cuarto y me llevaron recado de escribir. Hyde en peligro de perder la vida, era un sér desconocido hasta para mí, pues conmovido por una cólera desenfrenada, estaba suficientemente excitado para cometer otro asesinato, deseoso de hacer sufrir á sus semejantes. Pero fué, sin embargo, hábil, y contuvo sus accesos de furor, con grandes esfuerzos de voluntad; arregló las dos importantes cartas, una para Lanyón, y otra para Poole, y pudo convencerse de que habían sido realmente llevadas al correo, pues dió orden para que las certificasen.

Luego permaneció todo el día sentado junto al fuego en su cuarto, comiéndose las uñas; más tarde le sirvieron la comida allí mismo, sin más compañía que sus temores; el criado temblaba bajo el ascendiente de sus miradas, y así que fué entrada la noche, tomó un carruaje cerrado y se paseó de un lado á otro por la ciudad. El, digo—no me es posible decir *yo*—ese hijo del infierno no tenía nada de humano; nada vivía en él fuera del temor y el odio. Cuando, en fin, creyó que el cochero iba á empezar á desconfiar, bajó del coche y se aventuró á pie, con su traje desproporcionado para su estatura, y propio para atraer sobre él la atención de los transeuntes nocturnos. Sus dos bajas pasiones, el miedo y la rabia, hervían en él furiosas. No cesó de andar, perseguido por sus temores, gruñendo en su interior, ocultándose en los parajes menos frecuentados y contando los minutos que le separaban aún de

la media noche. En cierto instante creo que le habló una mujer para ofrecerle una caja de fósforos. Pególe en el rostro, y huyó.

Cuando llegué á casa de Lanyón, el horror que experimentó mi antiguo amigo me causó quizá alguna impresión; pero no lo aseguro, pues en todo caso fué sólo un gota más en el océano de horrores que habían llenado las horas precedentes. Acababa de operarse un cambio en mí. Ya no era el miedo del cadalso, era el horror de ser Hyde lo que me atormentaba. La repulsión que inspiraba á Lanyón me apareció como un sueño, y como soñando, también, volví á mi casa y me acosté. Dormí, después del cansancio de aquel día, con un sueño profundo y pesado, que ni siquiera fué interrumpido por las pesadillas que me atormentaban. Desperté por la mañana conmovido, debilitado, pero más tranquilo. Seguía odiando al animal, á la bestia que dormitaba en mí, y la temía, pues no había olvidado los terribles peligros del día anterior; pero volvía á estar en mi casa, y cerca de mis drogas, y la gratitud que tuve por haber escapado al peligro fué tan grande en mi alma, que casi rivalizaba con el resplandor de la esperanza.

Después de almorzar, atravesé el patio tranquilamente, respirando con placer el aire fresco, cuando me acometieron de nuevo repentinamente aquellas indescriptibles sensaciones, heraldos seguros de la transformación, y apenas tuve el tiempo preciso para ponerme á cubierto en mi gabinete, y ya rabiaba y tiritaba de frío, atormentado una vez más por las pasiones de Hyde. Tomé entonces doble dosís para recobrar mi identidad, pero ¡hay! seis horas después, mientras contemplaba tristemente el fuego, los dolores me acometieron y tuve que volver á tomar la pócima. En una palabra, desde aquel día sólo por medio de grandes esfuerzos, como los que exige la gimnástica, y bajo la influencia inmediata de la pócima, podía permanecer siendo el mismo, es decir, conservar la personalidad de Jekyll. A cada instante, á cualquiera hora del día ó de la noche me acometían los escalofríos precursores; sobre todo, cuando dormía, ó estando soñoliento, y aun haliándome ocupado en el trabajo, sentado en mi sillón, me despertaba siempre convertido en Hyde. Oprimido por el peso incesante de esta sentencia, absteniéndome voluntariamente de todo sueño, más allá de lo que consideraba posible para el hombre, me convertí bajo la forma de Jekyll, en una criatura devorada por la fiebre, que se consumía y se debilitaba á la vez de cuerpo y alma, y perseguida únicamente por una idea, á saber: el horror que me inspiraba mi otro *yo*. Pero cuando dormía, ó cuando el efecto de la medicina había pasado, sentía casi sin transición (pues los dolores de la transformación iban disminuyendo cada día) un estado de espíritu en el cual me acometían visiones terribles, en que sentía hervir en mi alma odios sin razón ni motivo, y en que mi cuerpo no parecía ya bastante fuerte para contener las rabiosas energías vitales. Hubiérase dicho que el vigor de Hyde había crecido con la debilidad de Jekyll. Y en verdad, el odio que los dividía entonces era igual en ambos lados. Para Jekyll era una lucha por su propia vida. Habíase dado cuenta de la deformidad de aquella criatura que compartía con él algunas de sus facultades intelectuales, y era su compañero obligado, forzoso ante la muerte; y más allá de esos lazos comunes, que en sí mismos formaban la parte más penosa de sus

tormentos, consideraba á Hyde, á pesar de la energía de su vitalidad, como á un sér no sólo infernal, sino también inorgánico. Pero lo que le producía mayor terror, era la idea de que el lodo del infierno podía emitir sonidos y lanzar gritos; que aquel polvo informe podía gesticular y cometer pecados; que lo que estaba muerto y no tenía ninguna forma, podía sin embargo llenar las funciones de la vida; y que todo aquel conjunto estaba unido á su persona, más estrechamente de lo que hubiera podido estarlo una esposa, un ojo; que aquel conjunto estaba preso en su propia carne, hasta el punto de que durante el misterio del sueño, podía luchar contra él y arrebatarle su misma existencia. El odio que experimentaba Hyde contra Jekyll era de otra naturaleza. Su miedo al patíbulo le obligaba continuamente á suicidarse por un momento, volviendo á su estado de dependencia, formando entonces una parte de otro sér, en vez del sér mismo; odiaba aquella tristeza á la cual Jekyll se entregaba ahora, y experimentaba todo el odio que sentían contra él. De ahí aquellos juegos de manos que me hacia, garabateando con mi propia letra blasfemias en mis libros, quemando las cartas, destruyendo el retrato de mi padre, y en realidad, si el temor de su muerte no le hubiese contenido, tiempo haría que se hubiese perdido para arrastrarme en su ruina. Pero tenía extraordinario amor á la vida; voy aun más allá; yo, que siento revolvérseme el corazón y me extremezco con sólo pensar en él, cuando recuerdo sus temores de que llegase á suicidarme, casi tengo compasión de él.

Es inútil y me falta tiempo para prolongar esta descripción; bástame decir que nadie ha sufrido jamás tormentos iguales; y sin embargo, el hábito de sobrellevarlos ha producido, no un alivio, no un descargo, sino cierta dureza del alma, cierto abandono, cierta indiferencia para con la desesperación; mi castigo hubiera podido durar años todavía, si no me hubiese ocurrido la última desgracia, y por fin, no me hubiese separado de mi propia personalidad. Mi provisión de sal, que jamás había renovado desde mi primer experimento, comenzaba á disminuir. Envié á buscar nuevas provisiones y compuse la pócima; produjose la ebullisión, el primer cambio de color también pero no el segundo; la bebí, pero no produjo efecto. Sabréis por Poole cómo y hasta qué punto he registrado todo Lóndes, pero inútilmente, y estoy persuadido hoy de que mi primera provisión era impura (tenía mezcla) constituyendo precisamente esa impureza desconocida la eficacia de la pócima.

Ha transcurrido una semana, y concluyo esta relación gracias al efecto producido por los últimos paquetes de mis antiguos polvos. Es, pues, la última vez—salvo un milagro—en que Enrique Jekyll puede decir sus propias ideas, ver su propio rostro (y ¡cuán cambiado está!) en el espejo. Además, no puedo demorar el concluír este escrito, pues si hasta aquí ha podido salvarse de la destrucción, débese á una gran prudencia de mi parte, y á una gran casualidad. Si los dolores de la transformación me acometen mientras escribo, Hyde lo hará pedazos; pero si ha transcurrido algún tiempo después que lo haya puesto aparte, su egoísmo increíble y sus ideas siempre fijas en el presente, lo salvarán otra vez de su maldad de mono; pues el destino que pesa á la vez sobre nosotros dos, ha contribuido también á cambiarlo y á anonadarlo. Me queda todavía media

hora que esperar antes de volver á entrar para siempre en esa personalidad maldecida, y sé como estaré entonces sentado, gimiendo y tiritando en una silla, escuchando con atención y espanto, yendo y viniendo en esta habitación (mi último asilo en la tierra) sin cesar un instante, deteniéndome para escuchar los ruidos amenazadores.

¿Morirá Hyde en el patíbulo? ¿ó tendrá á última hora el valor de librarse de sí propio? Sólo Dios lo sabe. Poco cuidado me da; éste es el verdadero término de mi muerte, y todo cuanto venga después corresponde á otro que yo. Aquí, pues, dejando la pluma y sellando mi confesión, concluyo de referir la vida del desgraciado ENRIQUE JEKYLL.»

FIN

La vida de un perillán.

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

WILKIE COLLINS.

LA VIDA DE UN PERILLAN.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

LA VIDA DE UN PERILLAN.

CAPITULO I.

Voy á ver si puedo escribir algo acerca de mí mismo. Mi vida ha sido bastante singular. Quizás no parezca muy útil ó digna de consideración y respeto; pero no carece de aventuras; y esta circunstancia puede darle títulos suficientes para que se lea, aún en aquellos círculos más encopetados y llenos de prevenciones. Soy un ejemplo vivo de algunos de los resultados que producía el sistema social de esta ilustre Inglaterra á principios del siglo; y por lo tanto, sin pecar de vanidoso, puedo presentarme como modelo, para edificación de mis compatriotas.

Ante todo ¿quién soy yo?

Puedo decir á ustedes que soy persona muy bien emparentada. Vine á este mundo con la gran ventaja de tener por abuela nada menos que á Lady Mortimer, por madre á una hija de esta señora, y al Doctor Juan Federico Turner (conocide generalmente con el nombre del Dr. Turner) por padre. Pongo á mi padre el último, porque su familia no era de tantas campanillas como la de mi madre, y he nombrado en primer lugar á mi abuela, por ser de más elevada alcurnia que ninguno de los tres. A pesar de todo soy, he sido y continuaré tal vez siendo un perillán; aunque me linsonjeo de que no he llegado aún al extremo de olvidar el respeto y concideración que se deben al rango. Esto sentado, nadie esperará por un momento que hable mucho acerca de mi tio materno. Aquel inhumano deshonró el nombre de su familia realizando una fortuna en el comercio.... ¡de jabón y velas! Pido perdón por mencionarle, aunque sea de paso. El hecho es que hizo á mi hermana Arabela un legado algo raro, aparejado de ciertas condiciones que de un modo indirecto me concernían; pero no es esta la oportunidad de tratar de este capítulo de historia doméstica. De nuevo pido perdón por aludir á asuntos de dinero antes de que sea absolutamente necesario. Ocupémonos de un asunto más agradable y decente, diciendo algo acerca de mi padre.

Empezaré por manifestar que me asaltan dudas respecto á la habilidad facultativa de mi señor padre, porque, á pesar de sus parientes y relaciones de elevada alcurnia, la verdad es que su clientela no era muy brillante ni numerosa.

En otras circunstancias podría haber prosperado con el ejercicio de su profesión médica, pero el hijo político de Lady Mortimer estaba obligado á erguir la cabeza, á tener carruaje, y no malo, á vivir en un barrio elegante y habitado por gente de viso, y á mantener un costoso y lerdo lacayo que hiciera las

veces de portero y recibiese á los pacientes, en vez de tener un simple criado que para el caso hubiera sido lo mismo. Cómo se las compuso para "mantener su posición" (según creo que se dice), es lo que no puedo explicarme. Su esposa no le trajo un céntimo de dote. Cuando falleció el padre de aquella, abuelo mío y nada menos que un barón, quedaron los negocios de la familia en un estado tal de confusión, que la pobre viuda Lady Mortimer no supo qué hacer. Su hijo (el tío de quien con vergüenza me veo de nuevo obligado á hablar), hizo un esfuerzo para sacar á su madre de aquella difícil posición; se vió envuelto en una serie de esos desastres pecuniarios que la gente de comercio llama, según creo, especulaciones; luchó durante algún tiempo para desenredarse y salir triunfante de sus compromisos como un caballero; fracasó en su empresa, y al fin, descorazonado, se refugió vergonzosamente en el tráfico de jabones y velas de cebo! Su madre siempre le miró con cierto desdén después de este acontecimiento, pero le pedía prestado dinero con harta frecuencia, sin duda para hacer ver, según supongo, que su interés maternal hacia su hijo no se había extinguido por completo. Mi padre trató de seguir el mismo ejemplo de su madre política, por supuesto que en interés de su esposa; pero el vendedor de jabón apretó los cordones de su bolsa de la manera más brutal y plebeya, diciendo á mi padre, sin muchos rodeos, que se pusiera á trabajar. Tenemos, pues, que la familia era en realidad pobre á pesar de los aires que se daba, del barrio elegante en que vivía, del carruaje y del lacayo que hacía de portero.

La cuestión era ¿qué hacer conmigo y cómo educarme?

Si mi padre hubiera consultado sus recursos, me debería haber enviado á una academia mercantil barata. Pero tenía que consultar á Lady Mortimer, y fuí por lo tanto enviado á una de nuestras grandes escuelas más famosas y de moda. No mencionaré su nombre porque no creo que mis maestros se enorgullecerán mucho con su discípulo. Varias veces hice rabona, y otras tantas fui castigado con una buena azotaina. Contraje cuatro amistades aristocráticas, y sostuve otros tantos combates campales con mis amigos: tres veces salí mal trecho y una fuí vencedor. Aprendí á jugar á los bolos, á odiar á los ricos, á curar las verrugas, á escribir versos latinos, á nadar, recitar discursos, hacer caricaturas de mis maestros, traducir el griego, dar betún á los zapatos, y á recibir puntapiés y consejos con la mayor resignación. Después de esto, ¿quién podrá decir que aquella elegante escuela no me fué de utilidad alguna?

Al dejar tan distinguido establecimiento de educación, corrí grave peligro de entrar en otro destinado también á la gente de viso. Para ser más claro, diré que estuve á punto de ser enviado á un colegio. Por fortuna mía, mi padre pérdió un pleito precisamente por aquel tiempo, y se vió obligado á reunir hasta el último céntimo que poseía para pagarse el lujo de haber entablado un pleito judicial. A no ser por esta circunstancia, me habría enviado á una gran universidad; pero su bolsa estaba vacía y su hijo no se hallaba en posición de que se le admitiera como corresponde á un caballero.

El problema que se presentaba era el de elegir una profesión.

En este punto mi padre fué lo más liberal del mundo. Dejó la elección á mi cargo. Por temperamento

era yo de caracter aventurero y hasta algo vagabundo, y mis deseos eran alistarme en el ejército. ¿Pero de dónde saldría el dinero necesario para comprar un grado de oficial? En cuanto á entrar de simple soldado y ganar mis grados á fuerza de trabajo y méritos, las instituciones sociales de Inglaterra obligaban al nieto de Lady Mortimer á empezar la carrera militar con el grado de oficial ó abandonarla por completo. No habia, por lo tanto, que pensar en el ejército. ¿La Iglesia? Tampoce había que pensar en ella. ¿El Foro? Necesitaba cinco años para recibirme de abogado y tendría que gastar unas doscientas libras al año antes de que pudiera ganar un cuarto. ¿La Medicina? Esta me pareció la única profesión digna de un caballero en que refugiarme. Y sin embargo, teniendo á la vista lo que pasaba con mi padre, fuí tan ingrato que no me sentí inclinado á seguirla. Confieso que es hasta degradante lo que voy á decir, pero no puedo menos de recordar que deseé muchas veces no estar emparentado con personas de tanta distinción, creyendo que la vida de un agente ó viajero comercial era lo que más atractivo tenía para mí, y lo que más me convenía, á no haber sido yo un caballero pobre. Ir de lugar en lugar, vivir alegremente en las posadas, ver todos los días caras nuevas, y ganar dinero divirtiéndome en vez de gastarlo,—¡qué vida para mí, si en vez de ser el nieto de un barón, hubiera sido hijo de un destripaterrones y nieto de un gañán!

Mientras mi padre no sabía qué hacer conmigo, no faltó una de sus amistades que le sugiriera una nueva profesión para mí, que hasta el último dia de mi vida lamentaré no me hayan dejado adoptar.

Este amigo era un caballero de alguna edad, un tanto exéntrico, dueño de una gran fortuna y muy considerado de mi familia. Un día mi padre, en mi presencia, le preguntó en qué podía yo emplearme, teniendo en cuenta mi noble parentela y mi propia utilidad.

—Preste usted oído á las palabras resultado de mi experiencia,—dijo nuestro exéntrico amigo,—y si es usted un hombre cuerdo, no dudo que hará usted lo que le diga. Tengo tres hijos: el primero lo he dedicado á la Iglesia: dice que le va muy bien, pero me cuesta trescientas libras al año. El segundo lo dediqué al Foro: dice que le va admirablemente; pero me cuesta cuatrocientas libras esterlinas al año. El tercero lo dediqué á bailar *cuadrillas*. Se ha casado con una rica heredera y no me cuesta nada.

¡Si mi padre hubiera seguído el consejo de aquel sabio! ¡Si me hubiera dedicado á bailar cuadrillas! ¡Si me hubiera lanzado en los salones de baile de Londres, como la mejor recomendación para una rica heredera! !Oh señoritas con dinero! Yo tenía cinco pies y diez pulgadas de estatura, barba sedosa, pelo rizado y una hermosa voz. Jóvenes doncellas con abundantes libras esterlinas, bellas ninfas con sustanciosos billetes de banco, llorad sobre el marido que habéis perdido,—sobre el perillán que ha violado las leyes que, como compañero de una opulenta mujer, habría tal vez ayudado á hacer en los bancos del Parlamento británico! ¡Oh moradas y hogares celebrados en tantas canciones, en tantos libros en tantos discursos, con acompañamiento de tantos aplausos; que hombre de su casa, qué propietario, qué padre de familia os fué arrebatado cuando el Doctor, mi padre, se negó á dedicar á su hijo á la noble profesión de bailar cuadrillas!

Me resigné, pues, á la desgracia de abrazar la carrera de la medicina.

Si era un buen muchacho y trabajaba y tenía cuidado en rozarme con la buena sociedad, podría esperar con el curso de los años suceder á mi padre en su casa situada en calle elegante, con su carruaje costoso y lerdo lacayo. No era mala la perspectiva que se presentaba á un joven de bríos, por cuyas venas corría la sangre de los antiguos Mortimer (que habían sido perillanes de gran talento y distinción en los tiempos feudales). Cuando doy una ojeada retrospectiva y recuerdo la paciencia con que acepté mi profesión médica, yo mismo me considero punto menos que un héroe. Hice aún más que aceptar pasivamente mi destino: estudié verdaderamente; me familiaricé con el esqueleto humano, y me fué perfectamente conocido el sistema muscular, y los misterios de la fisiología me fueron descubiertos poco á poco.

Pero no era esta la parte peor del asunto. Abrigaba decidida repugnancia á los estudios abstrusos de mi nueva profesión; pero aun odiaba más la especie de esclavitud á que tenía que someterme diariamente para, desde el punto de vista social, echar las bases de mi futura prosperidad. Mi buen padre insistió en presentarme á toda su clientela. Me llevaba en su carruaje cuando salía á hacer sus visitas, con la bolsa de instrumentos de cirujía y una "Revista Médica," sentado al lado del Doctor Turner, que ponía lo más cerca posible de la ventanilla, la cabeza, como para que le vieran bien.

Me sentía más á mis anchas en compañía de estudiantes pobres y alegres (tal es la natural depravación y perversidad de mi carácter) que en las habitaciones de los distinguidos clientes y respetables amigos de mi padre. Ni terminaron mis infortunios con estas visitas matutinas. Se me ordenó que asistiera á las comidas que se daban de vez en cuando en las moradas de personas de alto rango, y se me dijo que me hiciera agradable en todos los bailes.

Las comidas eran la prueba más dura á que tenía que someterme. A veces nos la componíamos de modo que nos hacíamos invitar á las casas de altos y poderosos anfitriones, donde comíamos los más exquisitos platos de la cocina francesa y bebíamos los vinos mejores y más añejos, hallando en esto una especie de compensación al frio glacial que reinaba entre los invitados. De estas comidas nada tengo que decir; pero de las que nosotros dábamos y de las que las personas de nuestro propio rango social daban en nuestro obsequio, de esas sí que me quejo amargamente.

¿Habéis observado, por ventura, la notable uniformidad que caracteriza el lenguaje de los que no hablan más que tonterías? Pues bien, la misma imitación servil reina en el orden y distribución de las comidas de ciertas gentes que se creen de tono.

Cuando dábamos una comida en casa, teníamos invariablemente sopa, pescado con salsa de langosta, pernil de carnero, pollo guisado y lengua, pastelillos de ostras, pato silvestre, pudín, jalea, helado y pastelillos. Excelentes cosas todas ellas, excepto si las comemos continuamente. Casi era nuestro alimento diario durante la temporada. Cada uno de nuestros hospitalarios amigos nos obsequiaba con una comida, en pago de la nuestra, que era una reproducción de la que le habíamos dado, la cual á su vez era una copia perfecta de la comida con

que nos habían favorecido el año anterior. Cocían lo que cocíamos, y asaban lo que asábamos. Ninguno de nosotros alteró jamás la sucesión de los platos, ni hizo más ó menos que los otros, ni cambió la posición de las aves, en frente de la señora de la casa; ni del carnero, en frente del dueño. Mi estómago padecía indeciblemente en aquellos tiempos, cuando la sopera se destapaba y el olor del inevitable caldo concentrado renovaba su conocimiento diario con mi olfato, y era una señal inerrable que me indicaba todo lo que vendría después.

Yo creo que la gente honrada que sabe lo que es no tener que comer (cosa que, en mi calidad de perillán nunca me ha acontecido), habrá padecido considerablemente merced á esa privación. Sírvales de consuelo la idea de que, excepto morirse de hambre, la misma comida de sociedad, todos los días, es una de las pruebas más duras á que está sujeta la paciencia humana. Mi firme resolución de mandar á paseo mi profesión médica en la primera oportunidad que se me presentase, data de la segunda temporada de esa serie de comidas á que las aspiraciones de mi familia á hacer de mí una lumbrera médica, me condenaban á asistir de una manera tan regular cuanto inevitable.

CAPITULO II.

La oportunidad que yo deseaba se presentó de un modo bastante raro, que dió origen á consecuencias tan inesperadas como importantes hasta cierto punto.

Ya he dicho que entre otros ramos del saber humano que adquirí en la aristocrática escuela, fué uno, el de hacer caricaturas de los maestros que se tomaban el trabajo de educarme. Tenía aptitudes naturales para este útil departamento del arte pictórico; hice rápidos progresos después que dejé la escuela, gracias á mi constante práctica, aunque en secreto, y se convirtió al fin en el medio de realizar algún dinerillo cuando abracé la carrera médica. ¿Qué podía hacer yo? No esperaba ganar un cuarto en algunos años con el ejercicio de mi profesión. La posición social de mi familia me alejaba de todos los medios inmediatos de hacer algo de provecho, y mi padre sólo podía proporcionarme una suma tan insignificante, que no vale la pena mencionarse. Ya en la escuela, á las callandas, había conseguido ganar algunos cuartos vendiendo mis caricaturas; y cuando regresé á mi casa me ví obligado á repetir el mismo procedimiento.

En aquel tiempo el arte de la caricatura se acercaba precisamente al fin de su más extravagante periodo de desenvolvimiento. La sutileza y la verdad natural que hoy se requieren en ese arte, eran cosas en que entonces apenas se había comenzado á pensar. Pinturas grotescas de colorido chillón era lo que el público deseaba. Un amigo mío, médico, gran crítico artístico de la edad madura de diez y nueve años, fué el primero que me afirmó que mis caricaturas reunían todos los requisitos de que acabo de hablar. Conocía á un editor de láminas y grabados, y le mostró con el mayor entusiasmo una cartera llena de mis dibujos y bosquejos, teniendo cuidado, á ruego mío, de no mencionar mi nombre. Con alguna sorpresa mía (pues yo era harto presuntuoso para esperar un desaire completo), el editor eligió unas cuantas de las mejores de mis producciones y me las compró,—por supuesto poniéndoles él mismo el precio. Desde entonces fui, aunque anónimamente, uno de los jóvenes filibusteros de la

caricatura inglesa: en mis momentos de ocio iba de un lado á otro, donde quiera que podía, en busca de algo que me diera material para mis caricaturas. Muy lejos estaba de pensar mi entonada madre que entre las láminas de colores chillones que en las vidrieras de las tiendas representaban de un modo poco respetuoso los actos públicos y privados de individuos de viso y campanillas, las que estaban firmadas con el clásico nombre de «*Tersites Junior*» eran producto de su estudioso hijo. Muy lejos estaba mi respetable padre de sospechar, cuando con gran dificultad y mortificación conseguía hacerme penetrar consigo en el círculo de la sociedad elegante y á la moda, que con eso me estaba ayudando á estudiar las fisonomías que, merced á mi lápiz implacable, se hallaban destinadas á hacer reír al público á expensas de sus más augustos patrones, llenando los bolsillos de su hijo con el dinero por "honorarios" de una profesión con que jamás soñó.

Durante más de un año, sin que nadie tuviera la menor sospecha de ello, conseguí tener mi bolsillo privado bastante bien provisto, gracias al ejercicio de mis habilidades caricaturistas. ¡Pero iba á llegar el día en que todo había de descubrirse!

Sea que la admiración de mis amigos, estudiantes de medicina, hacia mis dibujos satíricos les hiciera hablar en público con muy poca reserva, ó que los criados de mi casa hubiesen tenido la oportunidad de atisbarme en mis momentos de estudios artísticos, es lo cierto que alguien me hizo traición, y que el descubrimiento de mi ilícito comercio fué comunicado á mi venerable abuela, raíz y fuente del honor de la familia. ¡Lamentable suceso para mí!

Una mañana mi padre recibió una carta escrita de puño y letra de Lady Mortimer, en la que le informaba en caractéres todos torcidos á impulsos de punzante dolor, y con las dos terceras partes de las palabras medio borradas, por la violencia de virtuosa indignación, que el "Tersites Junior" era nada menos que su propio hijo; y que en una de las últimas caricaturas de ese "bribón," los venerables rasgos de la fisonomía de ella misma se representaban de un modo inequívoco, bajo la forma de un enorme buho!

Por supuesto que, llevándome la mano al pecho, negué todo con la mayor indignación. Inútil negativa. El original que me sirvió de modelo para mi buho había conseguido irrefragables pruebas de mi delito.

Mi padre, que en general era un hombre en extremo melífluo y que se dominaba mucho, tuvo un acceso de violenta cólera en esta ocasión; declaró que yo estaba poniendo en peligro el honor y alta posición de la familia; insistió en que jamás volviera á hacer una caricatura en toda mi vida, y me ordenó que al punto fuera á ver á Lady Mortimer y le pidiese perdón en los términos más humildes que encontrase. Respondí que estaba dispuesto á obedecerle con la condición de que se me asignara una suma tres veces mayor de la que actualmente se me daba, por vía de compensación de lo que perdería abandonando el arte de la caricatura; ó que si eso no era posible, Lady Mortimer me nombrase su médico ordinario con un buen sueldo. Estas proposiciones tan extremadamente moderadas, de tal modo aumentaron la cólera de mi padre, que, con un juramento, que ni un soldado lo echaría más fuerte, me hizo presente su resolución de ponerme de patitas en la calle si no hacía lo que me ordenaba, sin condiciones de ninguna clase. Yo le dije que le evitaría el tra-

bajo de plantarme en la calle, yéndome yo mismo. Cerró los puños y me amenazó; y entonces fué mi deber, como caballero y miembro de una profesión pacífica, salir del cuarto. Aquella misma noche me usenté de la casa, sin que una sola vez, á contar de aquel día, el costoso y lerdo lacayo de marras haya tenido la molestia de abrirme la puerta.

Tengo mis razones para creer que mi salida del hogar paterno fué, después de todo, bien mirada por mi madre, puesto que así desaparecía toda posibilidad de que mi conducta y mala reputación fuesen un obstáculo al porvenir de mi hermana.

Merced á la destreza y paciencia que desplegó en el arte de echar el anzuelo, había logrado mi hermosa hermana Arabela pescar á un marido elegible, hombre enjuto, avaro, de color atezado, de más de cincuenta años de edad, que había logrado realizar una fortuna en las Antillas. Su nombre era Batterbury. El sol de los trópicos lo había acartonado en tal manera, que parecía una momia que debía durar siglos. Dos eran los temas favoritos de su conversación: la fiebre amarilla y las ventajas de andar, considerado como ejercicio higiénico. Su rustiquez llegó al extremo de experimentar por mí una decidida aversión. Fué un pez difícil de hacerle tragar el anzuelo, y aún después de que Arabela lo consiguió, mi padre y mi madre tuvieron mucha dificultad en sacarle á tierra, debido, como decían bondadosamente, á mi presencia en la casa. De aquí lo conveniente que había sido mi partida. Gran placer me causa ahora recordar cuán desinterasadamente estudiaba yo en aquellos lejanos días el bien estar de mi familia.

Entregado por completo á mis propios recursos, me dediqué, como era natural, con redoblado ardor, al noble arte de caricaturar.

Por aquel entonces fué cuando "Tersites Junior" comenzó á tener algo así como una reputación, y á llevar en su bolsillo una cartera con billetes de banco que no hacían por cierto mala figura entre los otros papeles que allí guardaba. Durante un año viví vida alegre y divertida entre la sociedad más despreocupada de Londres; y al cabo de ese tiempo varios tenderos y vendedores me enviaron sus cuentas sin que yo se las hubiera pedido. Me encontré en la absurda posición de no tener dinero con que pagarlas, y así lo hice presente á todos con esa franqueza que es una de mis pocas buenas cualidades. Recibieron mis proposiciones de arreglo con una descortesía que rayaba en crueldad, me trataron después con tal falta de consideración y de confianza en mi palabra, que podré perdonarla pero no olvidarla.

Cierto día un desconocido, nada limpio por más señas, me tocó en el hombro y me mostró un pedacito de papel, bastante sucio por cierto, que creí al principio era su tarjeta; pero antes de que pudiese decirle una palabra, dos personas extrañas, aun más sucias, si cabe, me hicieron entrar en un carruaje de alquiler. Y antes también de que pudiera probarles que este modo de proceder era una fracción chocante de las libertades de un súbdito inglés, me encontré alojado entre las paredes de una cárcel.

¡Bien! y ¿que? ¿Quién soy yo para hacer reparos en que me pongan en una cárcel, cuando tantos reales personajes y tantos individuos ilustres de la historia, han estado en prisión antes que yo? ¿No podré continuar allí mi vocación con mayor comodidad que en la casa de

mi padre? ¿Hay algo fuera de estos muros que sea para mí un motivo de ansiedad? No; porque mi querida hermana se ha casado. La red que le tendió la familia sacó en fin á tierra al Sr. Batterbuy. No, porque según leí días pasados en un periódico, el Doctor Turner (seguramente debido á Lady Mortimer) ha sido nombrado Médico consultor adjunto del Cirujano Barbero del Rey. Mis parientes gozan de comodidades en su esfera: goce yo también de comodidades en la mía. Pluma, tintero y papel pedí al carcelero y escribí á mi editor la siguiente epístola:

"Muy Señor mio:

"Sírvase usted anunciar la próxima publicación de una serie de doce caricaturas picantes, de mi fértil creyón, tituladas «Escenas de la vida moderna en una cárcel,» por *Tersites Junior*. Los dos primeros dibujos estarán listos para fin de la semana, y se pagarán cuando se entreguen, según las condiciones convenidas entre nosotros respecto á los trabajos del mismo tamaño. Soy de usted con lo mayor consideración y afecto, atento S. S.

Francis Turner."

Habiendo arreglado de este modo la manera de cubrir los gastos de la prisión, entré en relaciones con mis compañeros, y me puse á estudiar el mismo día de mi encarcelamiento la variedad de sus caractéres, para la nueva serie de láminas.

Si el curioso lector desea conocer mis asociados de cautiverio, le ruego que trate de adquirirlas «Escenas de la vida moderna en una cárcel,» hoy sumamente raras, pero que me imagino podría verlas, si con un poco de paciencia y de perseverancia emplea una semana en recorrer el catálogo del Museo Británico. Mi fértil creyón delineó con tal vigor y relieve los caractéres con que tropecé en aquel período de mi vida, que mi pluma no puede rivalizar con él; los retraté á todos de una manera más ó menos prominente, con excepción de un prisionero llamado el Caballero Webster. Las razones que tuve para excluirlo de mi galería de retratos son tan honrosas para los dos, que tengo que mencionarlas brevemente.

Mis compañeros de prisión pronto descubrieron que yo estaba estudiando sus peculiaridades personales en provecho mío y diversión del público. Algunos tomaron la cosa como una broma de buena ley; pero otros se opusieron y se disgustaron conmigo. Pero mi liberalidad en materia de bebidas y algunos pequeños préstamos que hice, reconcilió con su suerte á la mayoría de los opositores. A la minoría recalcitrante la traté con desdén y la fustigué con el punzante látigo de la caricatura. En aquella época era yo quizá el hombre más impudente de mi edad que hubiese en Inglaterra, y todos aquellos prisioneros se doblegaban ante la magnificencia de mi descaro. Sólo uno de los presos me desafió á mí y á mi creyón, y ese fué el Caballero Webster.

Había recibido tal calificativo por lo noble de su aspecto, lo comedido de su lenguaje y la cortesía de sus modales. Estaba en la fuerza de los años, pero era muy calvo; había servido en el ejército, se había empleado en el comercio de carbón de piedra; usaba cuellos muy almidonados y puños de camisa en extremo largos; apenas se reía, pero hablaba con notable fluidez, y jamás se le vió que perdiese la calma, ni aun bajo las circunstancias más provocativas de la vida de cárcel.

Se abstuvo de mezclarse en mis

asuntos y en mis estudios artísticos, hasta que se dijo en nuestra sociedad que en la sexta lámina de mi serie el Caballero Webster, altamente caricaturado, sería una de las figuras principales. Entonces se dirigió á mi en persona, delante de todos, y me habló en los siguientes términos:

—Caballero,—dijo con su acostumbrada cortesía y su invariable sonrisa—usted me hará un gran favor con no caricaturar mis peculiaridades personales. Tengo la desgracia de no comprender nada en materia de chanzas y agudezas; de consiguiente, si usted hiciera mi caricatura, mucho me temo que no comprendería el chiste del asunto.

—Caballero,—le contesté con mi acostumbrada impudencia,—poco me importa que usted vea el chiste ó no. El público lo verá, y eso me basta.

Y con este político discurso le volví la espalda, mientras los presos se desternillaban de risa. El Caballero Webster, sin alterarse en lo más mínimo, alisó sus puños, sonrió, y se fué como si tal cosa.

Aquella misma noche me hallaba solo en mi cuarto imaginando una nueva lámina, cuando oí un golpecito en la puerta, y ví entrar al Caballero Webster. Me levanté y le pregunté qué diablos queria. Se sonrió y, doblando sus largos puños de camisa, me dijo:

—Solamente quiero dar á usted una lección de urbanidad.

—¿Qué dice usted, caballero? ¿Cómo se atreve usted á....?

La respuesta fué una bofetada. Lleno de furor levanté la mano para pagarle en la misma moneda; pero paró el golpe con gran agilidad y me asestó un golpe en la cabeza que me arrojó al suelo medio atontado y en tal condición, que á ras penas podía distinguir la diferencia entre el piso y el techo.

—Señor,—me dijo el Caballero Webster alisando los puños de su camisa, y dirigiéndome la palabra con suave acento mientras yo me hallaba aún tendido en la alfombra,—tengo la honra de notificar á usted que acaba de recibir su primer lección de urbanidad. Sea usted siempre cortés con los que usan de cortesía con usted. En cuanto al asunto de la caricatura, lo arreglaremos más adelante. Deseo á usted muy buenas noches.

El ruido de mi caída atrajo á los otros huéspedes de los cuartos de mi piso. Afortunadamente para mi dignidad, cuando vinieron á ver lo que había acontecido, me hallaba sentado de nuevo en mi silla. Al entrar ellos creí que podrían fácilmente distinguir la señal rojiza de la bofetada en mi rostro, pero el pelo ocultaba la marca del golpe en la cabeza. Con tan favorables circunstancias, pude conservar intacto mi honor entre mis amigos, cuando me preguntaron qué había pasado, diciéndoles que el Caballero Webster había plantado audazmente su mano en mi rostro, poniéndome en la necesidad de arrojarle al suelo. Mi palabra en la cárcel valía tanto como la suya; y si mi versión del asunto se anticipaba á la del Caballero Webster, las probabilidades de ser creído estaban á mi favor.

El siguiente día confieso que no era poca mi ansiedad en saber qué conducta observaría mi cortés y pugilístico instructor. Con gran sorpresa mia me saludó con la urbanidad de costumbre, cuando nos encontramos en el patio; no desmintió mi versión del suceso nocturno; y cuando mis amigos se reían de él como de hombre vapuleado, no hizo el menor caso de sus alegres comentarios. Creo que la antigüedad nos presenta sólo unos pocos carac-

teres más notables que el Caballero Webster.

Aquella noche juzgué conveniente invitar á un amigo para que pasáramos el tiempo juntos. Mientras hubo qué beber se quedó en mi compañía; cuando no tuve un trago más que ofrecerle, se fué. Estaba precisamente cerrando la puerta después de su partida, cuando la empujaron de una manera suave, aunque muy fuertemente, y he aquí al Caballero Webster de nuevo en mi cuarto.

Mi orgullo, que me había impedido impetrar la protección de las autoridades de la cárcel, me impidió también pedir auxilio en aquel momento. Traté de acercarme á la chimenea y armarme con el hurgón, pero el Caballero Webster no me dió tiempo para ello.—He venido esta noche, me dijo, á darle á usted una lección de moralidad,—y levantó la mano derecha.

Detuve la bofetada preliminar; pero antes de que me fuera posible asestarle un golpe, su terrible puño izquierdo cayó sobre mi cabeza, y al suelo vine también, aunque no con el ruido de la caída de la noche anterior.

—Señor,—dijo el Caballero Webster, haciéndome un saludo,—usted acaba de recibir ahora su primer lección de moralidad. Hable usted siempre la verdad, y jamás diga lo que es falso respecto á otra persona, á sus espaldas. Mañana, con su permiso, arreglaremos finalmente el asunto de la caricatura. Buenas noches.

Tenía yo sobrada prudencia para dejarle que arreglase ese asunto á su manera, así es que la primera cosa que hice la mañana siguiente fué escribir una esquela muy cortés al Caballero Webster, notificándole que había abandonado toda idea de exhibir al público su parecido en mi serie de láminas, y que le daba pleno permiso para que inspeccionara todo mis dibujos antes de que saliesen de la cárcel. Recibí una respuesta muy política en que me daba las gracias por mi cortesía, felicitándome por la extraordinaria aptitud que había demostrado en aprovecharme de la instrucción más incompleta y elemental. Pensé entonces que bien merecía yo la felicitación, y todavía pienso lo mismo. Nuestro proceder, como ya he indicado, fué honorable para ambos. Fué honorable atención de parte del Caballero Webster el corregirme cuando estaba equivocado; y fué honorable mi buen sentido en aprovecharme de esta corrección. No he vuelto á ver á este gran hombre desde que se arregló con sus acreedores y salió de la cárcel; pero mis sentimientos hacia él son y seguirán siendo los de la más profunda gratitud y respeto. Me proporcionó la única enseñanza útil que hasta entonces había recibido; y si el Caballero Webster leyere estas líneas, reciba aquí las más cumplidas gracias por haber empezado y terminado mi educación en dos noches, sin que á mí ni á mi familia nos costase un cuarto.

III

Volvamos á mis asuntos mercantiles. Una vez que me instalé cómodamente en mi prisión y supe con exactitud el monto de mis deudas, creí de mi deber poner al corriente de todo á mi padre, dándole así una oportunidad de sacarme de la cárcel. Su contestación á mi carta contenía una cita de unos versos de Shakespeare acerca de los hijos ingratos, pero no me envió ningún dinero. Después de eso, lo único que me quedaba que hacer era emplear á un abogado y lograr que se me declarase insolvente. Fuí tratado

con la mayor descortesía. En fin, cuando se vendió todo lo que poseía á beneficio de mis acreedores, recibí una reprimenda y fuí puesto en libertad. Me es grato recordar que aún entonces, mi fe en mí mismo y en la humanidad, permanecieron inalterables.

Como diez días antes de mi excarcelación, quedé sorprendido, más de lo imaginable, con la visita del esposo acartonado y color de caoba de mi hermana, el señor Batterbury. Cuando yo vivía con mis padres, este caballero no se dignaba mirarme sin fruncir el entrecejo; y ahora, que era poco menos que un tuno en prisión, venía fraternal y piadosamente á condolerse conmigo de mis infortunios. Unas cuantas preguntas, diestramente hechas, me revelaron el secreto de este prodigioso cambio en nuestras relaciones mutuas, y me hicieron conocer un acontecimiento de familia que alteraba mi posición hacia mi hermana de la manera más curiosa.

Mientras se me estaba juzgando para declararme insolvente, mi tío, el del comercio de jabón y velas, falleció. En su testamento no hizo mención alguna de mi padre ni de mi madre; pero dejó á mi hermana (que siempre se supuso era su favorita en la familia), un legado de dinero, de lo más extraordinario. Era nada menos que la suma de tres mil libras esterlinas (unos quince mil duros) que le serían pagadas al fallecimiento de Lady Mortimer, caso de que yo le sobreviviese.

A qué se debiera este extraño documento, era asunto de que nada sabía el señor Batterbury y de que nada pude yo averiguar. Lo único que llegó á mis noticias, fué que el legado estaba acompañado de algunas observaciones sarcásticas, que daban á entender que el testador se consideraría muy feliz, si el referido legado llegaba á producir el efecto de revivir el interés de un sólo miembro de la familia del doctor Turner hacia la suerte del joven caballero que se había fugado de la casa paterna. Mi estimable tío seguramente comprendió que no podía menos de hacer algo en beneficio de la familia de su hermana; y lo realizó de la manera más maligna y maliciosa. Esto era característico de él: si no hubiera poseído el documento, era hombre capaz de haberlo hecho extender en su lecho de muerte solamente con el propósito de que sirviera precisamente para lo que ahora servía.

Aquí se presentaba una complicación interesante. Se había hecho á mi hermana un legado, nada mezquino, cuyo cumplimiento dependía de que yo sobreviviese á mi abuela. Esto en sí no dejaba ya de ser divertido; pero la conducta del señor Batterbury lo fué aún mucho más.

Aquel infeliz avaro, no solo trató de ocultar su ardiente deseo de no gastar su dinero, si conseguía la suma legada á su esposa, sino que persistió en no darse por entendido de que la causa principal de su visita emanaba del interés pecuniario que tanto él como mi hermana Arabela tenían ahora en la vida y salud de un humilde servidor de ustedes. Yo hice toda clase de alusiones, en son de broma, acerca de la fuerza vital de Lady Mortimer, y de lo quebrantada que estaba mi constitución: pero él hizo como si nada comprendiese, como si eso no tuviera absolutamente nada que ver con su desinteresada visita. Sin inmutarse en lo más mínimo, sin que su viejo rostro color de caoba diese señales del más leve rubor, me dijo cuán profundamente sentían su esposa y él mi actual situación, y cuánto le había recomendado Arabela que me hiciera presente lo sincero

de su amor. ¡Oh criatura de tierno corazón! ¡No hacía sino seis meses que estaba en la cárcel, cuando ese testimonio abrumante del cariño de mi hermana, vino á regocijarme en mi encierro! ¡Angel consolador! tú conseguirás tus tres mil libras. Tengo cincuenta años menos de edad que Lady Mortimer, y en obsequio tuyo tendré sumo cuidado con mi persona, mi querida Arabela.

La siguiente vez que ví al señor Batterbury, fué el dia en que me pusieron en libertad. No vino, por supuesto, para informarse acerca de mis futuros planes, ni para ver qué riesgo corría mi vida con el recobro de mi libertad, sino que simplemente vino, como me dió á entender, á congratularme y hacerme presente el cariño fraternal de Arabela. Era en verdad una atención llena de la mayor delicadeza, á la que no podía permanecer insensible.

¿Cómo está mi querida Lady Mortimer?—le pregunté cuando mi emoción de gratitud me lo permitió.

El Sr. Batterbury movió tristemente la cabeza y dijo: Siento mucho manifestar que no se encuentra tan bien como sus amigos desearan. La última vez que tuve el placer de verla, me pareció tan amarilla, que si hubiéramos estado en Jamaica habría creído que no viviría más de doce horas. He tratado que comprenda á esa respetable dama la necesidad de mantener las funciones del hígado en un estado activo, mediante paseos diarios á pie: el tiempo que debe andar, la distancia y el paso, todo proporcionado á su edad ¿me entiende usted? con debida atención á su edad.

—No podía haberle dado usted seguramente mejor consejo,—le dije. —La última vez que vi á Lady Mortimer, hace dos años, la noble señora se imaginaba que á su edad de setenta y cinco no habia más activa en toda Inglaterra. Rodaba las escaleras dos ó tres veces por semana porque no quería que nadie la ayudara á bajarlas; se creía dotada de excelente vista, aunque era tan ciega como un topo, y no era posible hacerla comprender que sus piernas eran tan débiles como las de un niño de un año. Ahora que usted le ha aconsejado que dé paseos á pie, se obstinará más que nunca, y es seguro que constantemente estará tropezando y cayendo, tanto dentro como fuera de casa. Con semejante ejercicio, á pesar de la celebrada vitalidad de los Mortimer, no durará ella muchas semanas. Teniendo en cuenta lo delicado de mi salud, no podría usted haberle dado un consejo más conveniente; bajo mi palabra de honor que no ha podido dorle usted mejor consejo.

—Mucho me temo,—dijo el Señor Batterbury con una serenidad de fisonomía realmente envidiable,—mucho me temo, mi querido Francis, (permítame usted que le llame Francis á secas), no comprende exactamente lo que usted quiere decir; y por desgracia no tenemos mucho tiempo para entrar en explicaciones. Diez millas á pie es mi ejercicio cuotidiano: he andado ya cinco para venir y aun me faltan cinco que hacer. Mucho me alegro ver á usted de nuevo en libertad. Háganos V. saber dónde piensa instalarse, y cuídese mucho. Reconozca usted la importacia del ejercicio corporal diario, y póngalo usted en practica. ¿Le he dado á usted los recuerdos cariñosos que le envía Arabela? Ella está muy bien. ¡Adiós!

Y el señon Batterbury se fué á andar las cinco millas que le quedaban por hacer para conservar su salud; y yo partí también para ver á mi editor en beneficio de mi bolsillo.

Un desengaño inesperado me aguardaba, Mis "Escenas de la vida

moderna en la cárcel" no se vendieron como yo me había imaginado, y mi editor no se mostraba muy dispuesto á entrar en especulaciones sobre obras ejecutadas en el mismo estilo. Durante mis meses de prisión un nuevo caricaturista se había presentado con un estilo, que podía llamarse propio, había creado ya una nueva escuela, y el público inconstante le otorgaba su protección. Entonces me dije para mis adentros: "Esta escena del drama de tu vida ha terminado, amigo mío: entra en una nueva escena, ó haz bajar el telón inmediatamente." Por supuesto que entré en una nueva escena.

Me despedí de mi editor y fui á consultar á un amigo mío, artista, acerca de mis planes futuros. Yo creía que sólo estaba en camino de entrar en una nueva profesión, pero según lo ordenó el destino, me hallaba también en camino de dar con la mujer que no solamente debía de ser el objeto de mi primer amor, sino causa inocente del gran desastre de mi vida.

La primera vez que la ví fué en una de las calles que conducen de la plaza de Leicester al Strand. Algo había en su rostro que me hizo detener cuado pasó por mi lado. Miré hacia atrás, y vacilé. Todo en ella me parecia un modelo de gracia y de modestia. No pude resistir á la tentación del momento, y la seguí.

Ella dió una mirada al rededor, me descubrió, y al instante apresuró el paso. Al llegar á la extremidad de la calle, entró de repente en un establecimieto.

Miré por la vidriera de la ventana y la ví que estaba hablando con una persona de alguna edad, que me arrojó una mirada llena de indignación y condujo al instante á mi encantadora desconocida al fondo del establecimiento. Durante unos segundos me quedé como un tonto sin saber qué hacér, á pesar de no ser esa mi condición; pero debe recordarse que todos los hombres que se enamoran por vez primera son unos tontos. Pronto recobré, sin embargo, el uso de mis sentidos. El establecimiento hacía esquina á una calle lateral que conducía al mercado. "¡Ah! ¡el establecimiento es una casa con dos puertas que dan á dos calles distintas!" pensé para mis adentros y me dirigí apresuradamente á la otra puerta. ¡Demasiado tarde! ¡Mi bella fugitiva había desaparecido! ¿La habría yo perdido para siempre en el gran mundo de Londres? Así pensé entonces. Los acontecimientos demostrarán que jamás me equivoqué tanto en mi vida.

No estaba de humor de ir á ver á mi amigo. Sólo al siguiente día, cuando se hubo calmado un tanto mi emoción amorosa y ví que me amenazaba la pobreza, comprendí que no me quedaba otro remedio que ir á visitar al referido artista, hombre de buen corazón, y pedirle que me prestase su auxilio y me diese sus consejos.

Había oído decir que era una especie de vagamundo. Pero este epiteto se aplica con tanta frecuencia, y tan mal, que es difícil definir realmente lo que se entiende por un vagamundo, sobre todo si se trata de un artista. Sin hacer caso de todas estas hablillas, fui á verle y le hice presente la difícil situación en que me encontraba. Era hombre muy expeditivo y me indicó al instante lo que debía hacer.

—Usted tiene buen ojo para reproducir las fisonomías, me dijo, y hasta ahora esto le ha servido para ganarse la vida. Haga Vd. que continúe rindiéndole el mismo servicio. No hay que contar con caricaturas No importa. Vaya Vd. al otro extremo; en vez de caricaturar á las personas, es preciso lisonjearlas.

Hágase pintor de retratos. Vd. puede usar mi estudio tres días á la semana, y dormirá en él, si quiere. Me abonará Vd. una corta suma semanalmente. Traiga Vd. sus cajas de pintura; hable á sus amigos, y manos á la obra. El dibujo no importa nada; el colorido no importa nada; la perspectiva nada importa, ni tampoco las ideas. Lo único que importa es el parecido y lisonjear al cliente; y eso corre de cuenta de Vd.

Tenía la conciencia de que podía hacerlo, me despedí de él, y fuí á proporcionarme los colores. Pero antes de entrar en el establecimiento me dí de manos á boca con el Sr. Batterbury que hacía su ejercicio pedestre. Se detuvo, me dió un apretón de manos con todo el afecto de que era capaz, y me preguntó á dónde iba. Una idea feliz me ocurrió. En vez de responder á su pregunta me informé de Lady Mortimer.

—No se alarme Vd., dijo el Sr. Batterbury, Lady Mortimer rodó las escaleras ayer de mañana.

—Mi querido amigo, permítame Vd. que le congratule.

—Afortunadamente, continuó el Sr. Batterbury recalcando esta palabra y mirándome con fijeza — afortunadamente la criada, por descuido, había dejado un gran bulto de ropa al pie de la escalera mientras fué á abrir la puerta. Al rodar Lady Mortimer, dió con la cabeza en mitad del bulto de ropa. Al principio experimentó las consecuencias naturales del sacudimiento producido por la caída, pero esta mañana continuaba como si tal cosa. ¿No es verdad que ha sido afortunada? ¿Ha visto Vd. en los periódicos las noticias de Demerara?

—No, señor, contesté, ¿qué hay de nuevo?

—La fiebre amarilla hace estragos en Demerara.

—Ojalá estuviese yo en Demerara, dije con voz cavernosa.

—¿Usted? ¿Por qué? exclamó el Sr. Batterbury espantado.

—No tengo hogar, ni amigos, ni dinero; continué dando cada vez un acento más lúgubre á mis palabras. Todo me dice que yo podría labrarme una posición decente en el mundo y vivir como Dios manda, si me dedicara á pintar retratos, que es para lo que creo poseer especial talento. Pero no tengo á nadie que me tienda una mano protectora y me ayude; nadie que quiera retratarse; nada en mi bolsillo, excepto unos pocos reales; y nada en la mente sino la duda de si vale la pena continuar luchando como hasta ahora, ó poner de una vez fin á mis males arrojándome al río inmediatamente. No interrumpa Vd. su paseo por causa mía, Sr. Batterbury, le dije para terminar. Mucho me temo que no sea yo quien sobreviva á Lady Mortimer, al fin y al cabo

—¡No hable Vd. así! ¡no hable Vd. así! exclamó el Sr. Batterbury todo alarmado y pálido, hasta donde le era posible palidecer á su rostro color de caoba.—No hable usted de esa manera tan desacertada: se lo ruego á Vd.; insisto en ello. Vd. tiene amigos de sobra; Vd. me tiene á mí, tiene á su hermana. Dedíquese Vd. á hacer retratos: piense Vd. en su familia; hágase Vd. pintor de retratos.

—¿Dónde encontraré una persona que quiera retratarse? le pregunté moviendo la cabeza melancólicamente.

—Aquí tiene Vd. á una, dijo el Sr. Batterbury haciendo un gran esfuerzo. Yo seré su primer cliente. Como principiante que es Vd., y sobre todo tratándose de un miembro de la familia, supongo que sus pre-

cios serán moderados. Vd. sabe que muchas gotas de cera....

Aquí se detuvo y todo su rostro reveló la sórdida avaricia de aquella alma mezquina.

—Le haré á usted un retrato de medio cuerpo, tamaño natural, por cincuenta libras—le dije.

El Sr. Batterbury se extremeció y dirigió sus miradas á derecha y á izquierda como si quisiera echar á correr. Sus entradas ascendían á cinco mil libras, unos veinticinco mil duros, al año; pero en aquel instante, al ver su rostro, se hubiera dicho que apenas montaba á una bicoca. Yo me alejé unos cuantos pasos.

—Me parece que ese precio es demasiado alto para uno que ahora empieza, me dijo el Sr. Batterbury siguiéndome. Yo creía que treinta libras esterlinas, ó á lo sumo cuarenta....

—Un caballero, le dije, no puede rebajarse á regatear. Páselo usted muy bien.—Y saludándole continué mi camino.

—¡Está bien, está bien! exclamó el Sr. Batterbury, acepto sus precios. Déme usted su dirección. Mañana iré á verle. ¿Está en el precio incluso el marco? No, no; por supuesto que no se incluye el marco. ¿Dónde va usted ahora? ¿A comprar la pintura? No creo que su tienda esté en la cercanía de los puentes del Támesis. Piense usted en su querida hermana, piense usted en la familia, piense usted en las cincuenta libras esterlinas; una bonita entrada anual para un hombre cuerdo. Le ruego á usted que se tranquilice, que cuide de su persona: prométame usted, mi querido amigo, mi querido Francis, deme usted su palabra de honor que no hará ningún desatino!

Le dejé bajo aquella impresión y temor, en que tal vez estaba padeciendo el único ataque serio de inquietud y alarma por el bienestar ajeno en todo el curso de su existencia.

Heme aquí comenzando de nuevo mi carrera en el mundo, y esta vez de pintor de retratos, con el pago del parecido de mi primer parroquiano dependiendo acaso de la vida de mi abuela. Si el lector que hasta aquí me ha seguido fielmente desea saber algo acerca de la salud de la noble señora, y de cómo me fué en mi nueva profesión, le ruego que se tome el trabajo de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Compré los colores necesarios para mis retratos y arreglé aquel mismo día las condiciones del alquiler del estudio.

El día siguiente por la mañana, antes de la hora en que esperaba á mi parroquiano, y teniendo yo tanto interés ahora en la vida de mi abuela como interés en su muerte tenía el Sr. Batterbury, fuí á informarme de la salud de Lady Mortimer. La respuesta fué en extremo satisfactoria. Mi abuela no tenía en la actualidad intención alguna de permitirme que le sobreviviera. En aquellos momentos se encontraba ocupada en la meritoria tarea de almorzar. Como el porvenir se me presentaba risueño, me sentí impulsado á escribir á mi padre informándole la nueva profesión á que iba á dedicarme; y proponiéndole al mismo tiempo que reanudásemos nuestras relaciones. Tengo el sentimiento de decir que mi carta se quedó sin ser contestada.

Mi cuñado fué puntual como un cronómetro. Respiró como si se viera libre de un gran peso al contemplarme lleno de vida, paleta y pincel en mano y con el lienzo preparado en el caballete.

—Perfectamente, dijo; me alegro de verlo á usted ya tranquilizado; Arabela quería acompañarme, pero hoy ha despertado con un ligero dolor de cabeza. Le envía á usted sus más cariñosos recuerdos.

Tomé mi tiza y dí principio á la obra con aquella confianza en mí mismo que jamás me ha abandonado en circunstancia alguna. Estando plenamente convencido que el arte de hacer retratos depende por completo del arte de lisonjear, resolví empezar con un simple bosquejo que fuera ya una lisonja á mi primer parroquiano.

Pero es mucho mas fácil resolverse á hacer una cosa que ejecutarla. En primer lugar, la costumbre de caricaturar hacía que mi mano, involuntariamente, se empeñara en volver á las andadas. En segundo lugar, el rostro de mi cuñado era de una fealdad tan inveterada y tan completa, que todos los artificios del arte pictórico para atenuarla serían inútiles. Cuando un hombre está dotado de una nariz de una pulgada de longitud, con las ventanillas perpendiculares, es imposible lisonjearlo: hay que darle una nariz de fantasía, ó resignarse á reproducir lo que tiene. Cuando un hombre apenas tiene pestañas, y sus ojos redondos proyectan de tal modo que parece se van á caer al suelo cada vez que se inclina, ¿qué mano mortal, ni qué pincel puede mejorarlos sin cambiar su verdadera expresión? Es preciso hacerles justicia á secas por horribles y feos que parezcan; ó abandonar la empresa.

El pintor Lawrence era uno de los artistas que mayor habilidad ha desplegado en suavizar y atenuar los defectos característicos de una fisonomía: en esto no se le conoce rival. Pues bien, ese parásito perfecto habría encontrado que el rostro del Sr. Batterbury era demasiado para él, y por vez primera en el ejercicio de su arte se hubiera visto obligado á la no acostumbrada y poco cortesana necesidad de hacer un retrato de parecido exacto.

En cuanto á mí, puse toda mi confianza en la vital energía de Lady Mortimer y retraté la fisonomía del Sr. Batterbury en todo su natural horror. Al mismo tiempo me puse á cubierto de los accidentes más probables, haciéndole pagarme las cincuenta libras convenidas poco á poco. Tuvimos diez sesiones. En cada una de ellas mi cuñado fué portador de un mensaje de mi hermana que me enviaba sus recuerdos más cariñosos é invariablemente se disculpaba de no haberle sido posible venir á verme. Cada sesión terminaba con una especie de discusión entre mi cuñado y yo, relativa al traspaso de cinco libras de sus bolsillos á los mios. Salí victorioso en cada ocasión, gracias al noble comportamiento de Lady Mortimer que se abstuvo de rodar las escaleras, durante tres semanas consecutivas, y comía, bebia y dormía como una bendita. ¡Venerable mujer! Fué causa de que entraran cincuenta libras esterlinas en mi bolsillo. Pensaré en ella con gratitud y respeto hasta el fin de mis días.

Una mañana, á tiempo que me hallaba contemplando el retrato del Sr. Batterbury, completamente terminado, y que me estremecía interiormente ante su fealdad inconcebible, sentí invadido mi estudio de un olor sofocante de almizcle, seguido de un crugir de vestido de seda, que me reveló la aparición en persona de mi cariñosa hermana, con su marido tras ella. Arabela había agotado el repertorio de sus disculpas y había venido á verme.

Se llevó el pañuelo á la nariz desde el instante que entró en la habitación.

—¿Cómo estás Francis? No me beses: apestas á pintura y yo no puedo soportarla.

Yo experimentaba igual antipatía al olor del almizcle, y no había tenido la menor intención de besarla; pero era demasiado galante para decírselo, y tan sólo le pedí que me hiciera el favor de ver el retrato de su marido.

Arabela dió una ojeada en derredor del cuarto, siempre con el pañuelo á la nariz, y recogió su magnífico vestido de seda con la otra mano.

—¡Qué lugar tan horrible!—dijo con voz débil sin separar el pañuelo de la nariz.—¿No puedes hacer que desaparezca un poco de la pintura que hay por donde quiera? Tengo la seguridad de que el piso está lleno de aceite. ¿Cómo podré pasar junto á esa sucia mesa donde están la paleta y los colores? ¿Por qué no bajas el retrato á la portezuela de mi coche, Francis.

Avanzando algunos pasos, y mirando con recelo en su derredor mientras hablaba, vió en la repisa de la chimenea una botella de agua de Colonia que tomó inmediatamente con un lánguido suspiro.

La botella, que había sido de agua de Colonia en otros tiempos, contenía aguarrás para lavar los pinceles. Antes de que pudiera decirle una palabra, había rociado su traje con la mitad del líquido. A pesar de todo el almizcle de que estaba impregnado el estudio, el aguarrás se hizo sentir violentamente á tiempo que yo le gritaba: «¡Cuidado!» Arabela, con un grito de horror, lanzó la botella furiosamente en el hogar de la chimenea. Por fortuna era verano, pues de otro modo habría tenido que acompañar su grito con los de «¡Fuego! ¡Fuego!»

—¡Malvado, animal! ¡Grosero, pérfido, tunante, estafador!—gritaba mi amable hermana sacudiendo las faldas de su traje con todas sus fuerzas—tú has hecho esto de propósito. No te defiendas. Yo sé que lo has hecho de intento. ¿Qué idea tenías al atormentarme día y noche para que viniera á esta pocilga?—continuó, dirigiéndose furiosamente al compañero de su existencia y único receptáculo de toda su supérflua cólera—¿Qué idea tuviste al traerme aquí á menos que fuera, para ver como te han estafado? ¡Sí, engañado, estafado! Tanto entiende él de hacer retratos como tú. Te ha estafado tu dinero. Si se estuviera muriendo de hambre, sería el último hombre de Inglaterra capaz de poner fin á su existencia. Es demasiado indigno, demasiado vicioso, ha perdido toda idea de honor y de respeto á sí propio, es un descrédito para la familia. ¡Sácame de aquí! ¡Dame tu brazo al instante! Desde el principio te dije que no tuvieras trato alguno con él. Todo esto se debe á tu horrible amor al dinero. Supón que Lady Mortimer le sobreviva; supón que yo pierda mi legado. Y bien ¿qué son tres mil libra para tí? Mi vestido está arruinado. Mi chal ya no vale nada. ¿Morirse *él!* Si mi abuela viviera más que Matusalén él la sobreviviría. Dame tu brazo. No. Ve á buscar á mi padre: necesito que me recete algo. Mis nervios están en una condición terrible. ¡Me va á dar un vértigo, voy á desmayarme, estoy enferma, muy enferma.

Con esto, casi histérica, desapareció dejando tras de sí un olor que era una mezcla de aguarrás y almizcle que me conservó vivo el recuerdo de la visita de mi hermana varios días.

—Otra escena del drama de mi vida terminará antes de mucho, pensé. No tengo ahora grandes esperanzas de que mi amable herma-

na patrocine á un genio en lucha con el destino. ¿Conozco por ventura á alguien que quiera retratarse? No, ni una alma.—No teniendo pues á nadie que retratar, ¿cuál era, pues, mi deber de artista desdeñado? ¿Claro está que retratarme á mí mismo?

Y esto fué lo que ejecuté, haciendo de mi retrato un agradable contraste á la fealdad imposible de mi cuñado. Era mi intención enviar ambos retratos á la Exposición Anual de la Academia Real para darme á conocer. Y como sabía perfectamente de qué pie cojeaba la institución con que tenía que habérmelas, á mi propio parecido le dí el titulo de "Retrato de un Noble."

Este diestro llamamiento al lado flaco de mis distinguidos compatriotas, estuvo casi á punto de darme el resultado apetecido. El retrato del Sr. Batterbury (que estaba hecho con mucho más esmero que el mío), fué desechado sin ceremonias. El "Retrato de un Noble" fué atentamente reservado para ser expuesto si los señores Académicos Reales podían hallar un lugar conveniente donde colgarlo. No pudieron y por lo tanto el retrato volvió á su obscuro autor. Personas débiles de caracter y que se ahogan en poca agua, se habrían desesperado en circunstancias iguales; pero un perillán como yo no se deja abatir tan fácilmente, ni aun por cosas más serias. Envié el retrato del Sr. Batterbury á la morada de este distinguido Mecenas, y el "Retrato de un Noble" á la de un prestamista. Hecho esto, me quedaba sobrado espacio en mi estudio y podía pasearme en todos direcciones, fumando mi pipa y pensando en lo que debía emprender.

Había observado que el generoso amigo y vagamundo artista, cuyo inquilino era á la sazón, nunca parecía hallarse escaso de dinero; y, sin embargo, las paredes de su estudio me informaron que nadie compraba sus cuadros. Allí estaban colgadas todas sus grandes obras rechazadas por la Real Academia y desatendidas por lós patrocinadores del arte; y allí, no obstante, estaba mi amigo manejando alegremente el pincel; no rico, es cierto, pero siempre con dinero bastante para sufragar sus modestas necesidades. ¿Dónde encontraba esos recursos? Me resolví á preguntárselo la primera vez que viniese al estudio.

—Roberto, le dije, ¿dónde diablos consigues tú el dinero que tienes?

—Francis ¿por qué me haces esta pregunta? me respondió.

—La necesidad me obliga á ello, le replique. Mi bolsa se va quedando vacía y no sé cómo llenarla de nuevo. La Academia me ha devuelto mis cuadros; nadie viene á retratarse; yo no puedo hacer un real, y tengo que dar otro giro á mis talentos artisticos ó abandonar tu estudio. Somos antiguos amigos. Te he pagado honradamente mi alquiler semana tras semana; y si quieres servirme, creo que lo harás. Tu ganas dinero de algún modo. ¿Qué puedo hacer para ganarlo también?

—¿Eres muy escrupuloso? me preguntó Roberto.

—No mucho, le respondí.

Roberto se sonrió; me dió mi sombrero y se puso el suyo.

—Tú eres precisamente de la clase de hombre que me agradan, dijo, y tengo más confianza en tí que en ninguno de mis otros conocidos. Me preguntas ¿cómo me las compongo para ganar dinero, cuando mis cuadros están aún en mi poder? Pues bien, mi querido amigo, cada vez que mi bolsa está vacía y nece-

sito llenarla, hago un cuadro antiguo.

Le miré sorprendido, porque en realidad no comprendía lo que quería decir eso de un cuadro antiguo.

—Los cuadros antiguos, es decir, de pintores antiguos que puedo imitar mejor, continuó Roberto, son los de Claudio Lorena, que según debes de saber, es un famoso pintor de paisajes clásicos. No sé exactamente cuántos cuadros hizo; pero supongamos que fueron quinientos. En el trascurso de cinco años, quizás ni cinco de estos cuadros legítimos se ponen en venta. Entendidos coleccionadores de cuadros antiguos acuden sin embargo á las ventas por centenares; mientras que cuadros legítimos de Claudio Lorena ó de cualquiera de los antiguos maestros, sólo se ofrecen uno ó dos de tarde en tarde. Sentado esto ¿qué hacer? ¿Deben quedarse chasqueados los inocentes dueños de galerías privadas que acuden á las ventas para enriquecer sus colecciones? ¿Ó debemos aumentar caritativamente el número de las obras de Claudio Lòrena y de los otros distinguidos artistas, para satisfacer los deseos de las personas de gusto, dinero y calidad? Es preciso ser muy inhumano para no decidirse por lo último. Debes tener presente que los coleccionadores no saben una jota de pintura; compran un Claudio Lorena (para presentar un ejemplar de lo que ha acontecido conmigo), como comprarían cualquiera de los antiguos maestros, no por el placer que sus obras les pueden proporcionar, sino por la reputación de que gozan. Dales un cuadro que represente las ruinas de un antiguo castillo, con árboles fantásticos, ninfas retozonas y un cielo acuoso, empolvado bastante; pónle un marco también antiguo; llámalo un "Claudio Lorena," y el número de las obrás de los antiguos maestros se habrá aumentado, el coleccionador no cabe en sí de contento, el traficante en cuadros se enriquece, y el desatendido artista moderno puede hacer sonar una bolsa bastante repleta. Ciertos hombres tienen un dón especial para hacer un Rembrandt, otros se dedican á producir un Rafael, un Ticiano, un Murillo, un Wateau, etc. Sea como fuere, todos quedamos contentos y mutuamente satisfechos y todos beneficiados. La buena harmonía se propaga y el dinero no qúeda estancado. Ven conmigo y vamos á ver qué hacemos contigo.

CAPITULO V.

A medida que me iba endilgando este discurso, continuábamos nuestro camino. Sentí la fuerza irresistible de su lógica. Simpaticé con la ardiente filantropía de sus motivos. Ya ardía yo en la noble ambición de acrecentar el número de las obras de los antiguos maestros y ensanchar la esfera de su influencia benéfica. En una palabra, seguí á Roberto plenamente convencido de que tenía razón.

Nos internamos en unas callejuelas y entramos en una casa, aunque no por la puerta principal sino por la del fondo. Un caballero anciano, de pequeña estatura, vestido con una bata negra nos recibió al paso. Roberto nos presentó uno á otro al instante. El desconocido, que se llamaba Samuel Levy, de raza hebrea, me miró con desconfianza. Le saludé con la inexorable urbanidad que aprendí á apreciar bajo el puño instructivo del Caballero Webster, y que nada me ha hecho abandonar en mi vida.

—Ve á la habitación del frente y mira los cuadros mientras yo hablo con el Sr. Levy—me dijo Roberto

abriendo una puerta y haciéndome entrar en una especie de galería. Nadie había allí: me hallé rodeado de cuadros antiguos, de creación reciente, de todos los tamaños y de todas las escuelas; de todos los grados de empolvamiento, con los nombres de todos los famosos antiguos maestros, desde Ticiano hasta Teniers, inscritos en sus marcos. Una "Joya" de Claudio Lorena con un papelito que decía "Vendido" me llamó particularmente la atención. Era la última producción de Roberto que le proporcionó diez libras esterlinas, y en verdad que revelaba la suma habilidad del joven artista en reproducir un Claudio Lorena.

Según me han informado, desde la época de que hablo, á nuestros días, los negocios del Sr. Samuel Levy han decaído un tanto, y hoy tenemos traficantes en cuadros que son hombres tan justos y honorables como los que pueden hallarse en cualquiera otra profesión ó carrera. Este cambio favorable, que consigno con gusto, es resultado inmediato de lo mucho que ha mejorado también la condición del arte contemporaneo, que tenía gran necesidad de reformas y mejoras en lo que se relaciona al comercio de cuadros.

En la época á que me estoy refiriendo, los que alentaban y animaban á los pintores modernos eran unos pocos miembros de la aristocracia que, en materia de gusto, á lo menos, nunca presumían pensar por sí mismos, ó habían heredado ó adquirido una galería más ó menos rica en cuadros antiguos. Formaba parte de su educación tener fe en esto, tan sólo de oídas, como en el Rey y el Parlamento. Era para ellos artículo de fe creer que los pintores que murieron hace tiempo eran todos hombres grandes, y que cuanto más los imitaran los pintores del día, tanto mayor era la probabilidad de que en lo porvenir, aunque en escala menor, fueran también hombres grandes.

A veces uno de estos caballeros, lleno de desconfianza y no muy seguro de su gusto, entraba en el estudio de un artista moderno, admiraba ciertos cuadros y compraba uno ó dos á precios que parecerían hoy tan increiblemente ínfimos, que no me atrevo á mencionarlos. El cuadro era enviado á la casa del noble comprador, que invitaba al artista á su morada y lo presentaba á los distinguidos individuos que la frecuentaban; pero nunca admitía su cuadro, en términos de igualdad, en la sociedad de los maestros antiguos ni aunque éstos fueran de tercer orden. Su obra se colgaba en el rincón más obscuro de la galería: había sido comprada con todas reservas, y admitida por pura tolerancia. La frescura y brillantez de sus colores padecía horriblemente merced al contraste de lo empolvado y descolorido de sus antiguos predecesores, y lo único que en ellos se celebraba era la semejanza que tuviese con el amaneramiento peculiar de algún maestro antiguo.

Todo esto ha cambiado ahora. Los artistas y los traficantes en cuadros han hecho una verdadera revolución en este particular. De entonces acá los buenos cuadros modernos han ido aumentando en precio, y aun á veces dejan muy atrás á los de los viejos maestros.

Estaba aún admirando la galería del Sr. Levy, cuando se abrió una puertecita y entró una joven dama. Mi corazón latió apresuradamente. Reconocí en ella á la encantadora señorita á quien había seguido en la calle.

Esta vez no llevaba puesto el velo, y pude admirar en toda su belleza la dulce melancolía de sus gran-

des ojos garzos. Su delicado cutis se cubrió súbitamente de un tinte sonrosado. Su hermoso cabello negro.... no, no puedo describir mi éxtasis. Diré tan sólo que ella, indudablemente, me reconoció. Al saludarla con la cabeza, sentí sonrojársemé las mejillas, cosa que jamás me había acontecido hasta entonces.

En este instante el muchacho que la había hecho entrar en la galería le dijo:

—El dueño está ocupado: sírvase usted esperar aquí.

—Yo no deseo molestar al Sr. Levy—contestó ella. ¡Qué voz! ¡qué voz!.... Baste decir que era digna de su belleza.

—Si usted tuviera la bondad de darle esto, continuó; él sabe lo que es. Sírvase usted decirle también que mi padre está muy enfermo y muy lleno de ansiedad. Bastará con que el Sr. Levy me diga simplemente, por conducto de usted—sí ó no.

Le entregó al muchacho una tira de papel con un sello, que sería seguramente un pagaré que deseaba descontar.

El muchacho, portador del mensaje de aquel ángel de belleza, salió de la habitación.

Aproveché esta oportunidad para dirigirle la palabra. Si se me preguntara lo que le dije en aquella ocación, me vería en un verdadero aprieto. No sé lo que hablé: no recuerdo una sola palabra. Segura mente las tonterías que ensarta un joven enamorado en ocasión semejante El muchacho regresó antes de que yo hubiese terminado mi discurso, y le devolvió el documento, agregando:

—Señorita, el Sr. Levy dice que lo siente mucho y que la respuesta es—No.

Mi bella desconocida palideció, dió un suspiro y se dispuso á salir. Al ponerse el velo ví que tenía los ojos cuajados en lágrimas. Sin saber realmente lo que estaba haciendo, le dije que se sirviera ocuparme como si fuese un antiguo amigo, que tenía dinero bastante en el bolsillo para descontar el pagaré. Ella me llamó á la razón con la mayor suavidad, diciéndome: «Veo que usted olvida, caballero, que no somos ni aún conocidos. Buenos días.»

La seguí hasta la puerta. Le pedí que me permitiese visitar á su padre, y que le pondría al corriente de quén era yo y quiénes eran mis padres y allegados. Me respondió simplemente que su padre se hallaba demasiado enfermo para recibir visitas. La acompañé hasta el descanso de la escalera, entonces con severo acento me dijo:

—Caballero, bien puede usted ver que me encuentro en una situación angustiada. Apelo á usted, como caballero, para que me deje en paz.

Incliné la cabeza y la dejé partir.

Volví á la galería de cuadros, y cuando recuerdo que no se me ocurrió entonces descubrir su nombre y las señas de su morada estoy por creer que en aquellos momentos había perdido realmente el juicio. Me había portado como un chiquillo; yo, uno de los hombres más audaces de Londres. Había perdido de nuevo á mi desconocida y esta vez á nadie, sino á mí mismo, tenía que culpar.

Estas melancólicas meditaciones fueron interrumpidas con la llegada de mi amigo Roberto, que se me acercó de un modo casi misterioso y me dijo en voz baja:

—Samuel Levy está receloso, y me ha costado mucho trabajo conseguir que consienta en aceptar tus obras. Sin embargo, si logras darte maña en hacer un pequeño Rembrandt, como muestra de tu habilidad, puedes considerarte empleado aquí has-

ta nueva orden. Me veo obligado á precisar un Rembrandt, porque es el único pintor antiguo de que no hay cuadro en la actualidad. El caballero que acostumbraba proporcionar obras de ese maestro falleció días pasados. Tenia un talento especial para los Rembrandt que no se podrá reemplazar con facilidad. ¿Crees tú que te será dado llenar su puesto? Es un dón particular como un buen oído para la música ó disposición para las matemáticas. Naturalmente que tendrás que hacer tu aprendizaje. Se te dará por vía de modelo y guia el último Rembrandt del caballero aludido: el resto depende, mi querido amigo, de tus facultades de imitación. No te desanimen los fracasos: prueba y vuelve á probar. Tú debes de haber oído hablar de la luz y sombra de Rembrandt: recuerda siempre que en tu caso la luz quiere decir un amarillo oscuro y la sombra un negro intenso; recuerda que y....

—No cuente usted con un cuarto, dijo la voz del señor Levy detrás de mí, —no cuente usted con un cuarto, amigo mío, á menos que su Rembrandt sea tan bueno que me engañe á mi, á mí que trafico en cuadros y sé lo que me pesco en el asunto.

¿Qué me importaba Rembrandt en aquel momento? Estaba pensando en la desaparición de mi hermosa desconocida, y probablemente no le habría hecho caso al señor Levy, á no habérseme ocurrido que el pícaro traficante en cuadros conocía el nombre del padre y la dirección de la adorable joven. Se lo pregunté, pues, sin andar con muchos rodeos. El viejo marrullero movió su encanecida cabeza, y me dijo:

—Su padre se encuentra muy atrasado pecuniariamente, y á caliar tocan, amigo mio.

Y á pesar de todo lo que hice no le pude sacar una sílaba más. Sin embargo, si él se mostró obstinado en su silencio, yo me mostré más determinado en averiguar lo que deseaba

Entré, pues, al servicio del honrado Levy, proponiéndome hacerme primero necesario á su prosperidad comercial, y amenazarle después con ofrecer mis talentos á un fabricante su rival en el asunto de los cuadros antiguos, si no me revelaba el nombre y las señas de la morada de mi desconocida. Mi plan me pareció al principio muy brillante; pero alguien ha dicho que el hombre es el juguete de las circunstancias, y el señor Levy y yo tuvimos que separarnos inesperadamente, y por fuerza mayor. Y Lady Mortimer fué la causa inconsciente de los acontecimientos que por tercera vez me hicieron dar con mi angel adorado.

CAPITULO VI.

El siguiente día entré en el taller del honrado Levy y fuí presentado á los eminentes caballeros que allí trabajaban. Se me dió mi Rembrandt modelo; se me explicaron las sencillas reglas elementales, y todos los materiales necesarios me fueron proporcionados.

No entraré en detalles acerca de mis trabajos, mis primeros fracasos y subsecuente buen éxito. Solamente diré que mi Rembrandt tenía que ser pequeño, y que como á la sazón había una demanda considerable de burgomaestres, mi cuadro debía naturalmente representar á un burgomaestre. Las tres cuartas partes de mi obra se componían de sombras de un pardo sucio y negro; la otra cuarta parte la formaba un rayo de luz amarilla que caía sobre el rostro arrugado de un anciano color de melaza. Una vislumbre de mano y algo que con un poco de fantasía

podría tomarse por un lavamanos de latón, completaban mi obra, que satisfizo por completo al señor Levy, quien la describió como sigue en su catálogo:

"Un Burgomaestre almorzando. Perteneció al principio á la colección de Mynheer Van Grubb, Amsterdam. Una muestra rara del maestro. No hay grabados. El claro-obscuro de esta obra extraordinaria es verdaderamente de un caracter sublime. Precio: doscientas libras esterlinas, mil duros."

Yo recibí cinco libras, y supongo que el honrado señor Levy recibió ciento noventa y cinco.

Desde el punto de vista pecuniario no era esto muy alentador para un principiante; pero yo debía de recibir cinco libras esterlinas más en el caso de que mi Rembrandt se vendiese dentro de cierto tiempo dado. Se vendió una semana después de haberse arreglado de una manera conveniente para que pudiera colgarse con toda confianza en la sala de exhibición. Recibí mi dinero y puse manos, lleno de entusiasmo, á otro Rembrandt que era esta vez "La esposa de un Burgomaestre avivando el fuego" En el cuadro anterior, el claro-obscuro del maestro había sido amarillo y negro; ahora debía de ser rojo y negro. Estaba á punto de ganarme la plena confianza del señor Levy, como había resuelto, cuando sobrevino una catástrofe que cerró el establecimiento y puso fin á mis experimentos de fabricante de cuadros antiguos.

"El almuerzo del Burgomaestre" había sido comprado por un nuevo parroquiano, venerable *connaisseur* dotado de inmensa fortuna y con una gran galería de pinturas. El anciano caballero estaba entusiasmado con el cuadro, con su tono, con el efecto, con el simple tratamiento de los detalles. En su opinión, lo único que le faltaba era limpiarlo un poco. El señor Levy conocía perfectamente lo expuesto de tal operación para permitir la más ligera tentativa en ese sentido, y aseguró solemnemente que no sabía que existiese preparación alguna que pudiera usarse para limpiar un Rembrandt, "sin grave peligro de destruir los últimos exquisitos toques del pincel del inmortal maestro." El comprador quedó satisfecho con esta razón para no limpiar el cuadro, y se lo llevó á su casa en su propio carruaje.

Durante tres semanas no volvimos á oír nada del caballero comprador; pero pasado ese tiempo, un hebreo, amigo del señor Levy, escribiente en la oficina de un abogado, nos aterrorizó informándonos que un caballero, relacionado con nuestro venerable *connaisseur*, había visto el Rembrandt y había dicho que era una impudente falsificación, y agregó que se proponía llevar el asunto á los tribunales donde haría que se examinase la pintura por peritos, acusando, además, al vendedor y al autor del cuadro, de haberse confabulado para conseguir dinero bajo falsas premisas. Samuel Levy y yo nos miramos mútuamente con rostros desmesuradamente largos, al recibir esta desagradable noticia.

Nuestra primer pregunta fué ¿que debíamos hacer? Recobré pronto el uso de mis facultades, y resolví aquel asunto importante y difícil mientras nuestros compañeros se hallaban enteramente desconcertados.

—¿Me promete usted veinticinco libras esterlinas en presencia de éstos caballeros si le libro á usted de este enredo?—le dije á mi aterrorizado principal. Samuel Levy se retorció las manos y con un profundo esfuerzo dijo: «Sí, amigo mío.»

Nuestro informante en este malhadado negocio, estaba empleado precisamente en la oficina de los abogados que habían de presentar y seguir la demanda contra nosotros, así es que pudo ponerme al corriente de ciertos particulares que yo deseaba saber relativos al cuadro.

Averigué que el Rembrandt estaba aún en poder del comprador, quien había consentido en que se discutiese en un tribunal el asunto de si el cuadro era ó no legítimo, á pesar de que tenía muy alta idea de sí mismo como conocedor en pintura, para consentir que se dijera que había sido engañado. Su suspicaz pariente no residía en la casa, pero acostumbraba visitarle diariamente antes del medio día. Con saber esto me dí por satisfecho: el resto dependía de mí, de mi buena fortuna, del tiempo, de la credulidad humana y de ciertos conocimientos de química adquiridos en los días de mis estudios médicos. Salí de la galería de nuestro traficante en cuadros y compré en la botica más cercana una botella de cierto poderoso líquido, que no quiero especificar por escrúpulos de conciencia. Le puse un rótulo que decia: «Preparación de Amsterdam para limpiar,» y la envolví en un papel. Escribí además lo siguiente:

«Samuel Levy, después de saludar respetuosamente al señor (llamémosle Black,) tiene el gusto de manifestarle que ha hallado, inesperadamente, algo que podrá satisfacer los deseos del señor Black acerca de limpiar «El almuerzo del Burgomaestre.» La preparación adjunta acaba de llegar de Amsterdam. Está hecha según receta hallada entre los papeles del mismo Rembrandt, ha sido usada con los resultados más sorprendentes en los cuadros del maestro en todas las galerías de Holanda, y en la actualidad se está empleando en el Rembrandt de mayor tamaño de la colección privada del que traza estas líneas. El modo de usarlo es el siguiente: póngase el cuadro en posición horizontal, viértase sobre el lienzo el contenido de la botella con el mayor cuidado, para que cubra toda la superficie: déjese allí el líquido seis horas, al cabo de las cuales se secará con un pedazo de paño suave, de un tamaño conveniente. El resultado será la desaparición de todo el polvo y suciedad, y una completa y brillante metamórfosis del aspecto negruzco que ahora presenta el cuadro.»

Yo mismo dejé estas líneas y la botella á las dos de la tarde en casa del rico protector de las bellas artes, y me retiré á la mía esperando confiadamente los resultados.

La mañana siguiente, nuestro consabido amigo en la oficina del abogado vino á vernos, y apenas entró, prorrumpió en una carcajada. El señor Black había seguido al pie de la letra las instrucciones para usar el líquido. No bien lo hubo recibido, vertió la «Preparación de Amsterdam para limpiar» sobre la superficie de su cuadro donde la dejó hasta las ocho de la noche; pidió el pedazo de lienzo más fino que pudo hallarse en la casa, y con sus mismas venerables manos secó cuidadosamente el líquido, y ¡borró completamente toda la pintura! El color pardo, el negro, el burgomaestre, el almuerzo, y el rayo de luz amarilla, todo desapareció en menos de un minuto sin dejar huellas ningunas. Si el cuadro se presentáse ahora á un tribunal, únicamente se vería un marco y un lienzo manchado de negro.

Nuestra defensa, en caso necesario, se hubiera basado en que la preparación se había usado mal. Por lo demás, confiábamos en la falta de

pruebas contra nosotros. Sin embargo, el señor Levy cerró muy prudentemente su establecimiento por algún tiempo y pasó al Continente á saquear, como decía, las galerías extranjeras. Yo recibí mis veinticinco libras esterlinas, borré lo que había pintado de mi segundo Rembrandt. cerré la puerta privada del taller y comprendí que otra escena del drama de mi vida había terminado. Sólo sentía una cosa y lo lamentaba amargamente: ignorar por completo el nombre y la morada de la bella señorita que tanta impresión me había causado.

Mi primer visita fué al estudio de mi excelente amigo, el artista pintor de quien ya he hablado, mi buen Roberto. Me saludó presentándome una carta que tenía en la mano, dirigida á mí. Hacía pocos días que la habían dejado allí. La letra era de mi cuñado Batterbury. ¿Habrán cambiado los sentimientos del marido de mi hermana respecto á mi humilde persona? ¿Podía yo esperar todavía algún beneficio de él? Léase su carta, y júzguese:

«Muy señor mio: aunque la conducta poco caballerosa que usted ha observado conmigo, y el recibimiento poco afectuoso y hasta malévolo que de usted mereció mi querida esposa, han destruido todos los derechos que pudiera usted tener á la consideración y simpatías del más tolerante de los parientes de usted, estoy sin embargo dispuesto, en parte atendiendo á la tranquilidad de la familia de mi esposa, y en parte resultado de mi bondad natural, estoy dispuesto, repito, á ofrecer á usted una vez más la oportunidad de mejorar su posición, si usted quiere vivir de una manera digna de respeto. El puesto que puedo ofrecer á usted es el de secretario de una nueva Institución Científica y Literaria que va á establecerse en la población de Duskydale, cerca de la cual, como usted debe de saber, poseo yo algunos terrenos. El destino se ha puesto á disposición mía, como vicepresidente que soy de la nueva sociedad. El sueldo será de cincuenta libras esterlinas al año, con habitación en el último piso. Las obligaciones son varias y le serán explicadas por el comité local del Instituto, si usted quiere avistarse con dicho comité haciendo uso de la adjunta carta de introducción. Después de la manera poco escrupulosa con que abusó usted de mi liberalidad, obteniendo cincuenta libras esterlinas por una audaz caricatura, que pretendió usted era mi retrato, y que me ha sido imposible colgar en ninguna habitación de mi casa, creo que esta nueva muestra de mi bondad y de mis deseos de servir á usted, después de todo lo que ha pasado, deberá avivar en usted cualesquiera buenos sentimientos que aún posea, y despertar las dormidas emociones de arrepentimiento y propósito de enmienda, cuando piense usted en su seguro servidor.

DANIEL BATTERBURY.»

—¡Dios me guarde! exclamé. Cuánta palabrería y qué estilo tan confuso, y cuánto ruido acerca de cincuenta libras esterlinas al año y una cama en una buhardilla!

Estas fueron las primeras emociones que produjo en mí la carta de mi cuñado. Pero, ¿á qué obedecía esta epístola? Para aclarar mis dudas, aunque en realidad ninguna tenía, me dirigí inmediatamente á la morada de mi respetable abuela Lady Mortimer, con objeto de informarme si había de nuevo corrido el riesgo de morir antes que yo.

—Mucho mejor, señor, me respondió el venerable mayordomo de mi

abuela. La salud de la señora ha mejorado mucho, después de su último accidente.

—¡Cómo! ¡un nuevo accidente! exclamé. ¿De nuevo las escaleras?

—No, señor; ésta vez no han sido las escaleras, sino la ventana de su alcoba,—respondió el mayordomo con toda la gravedad que le era posible.—La vista de su señoría, que en estos últimos años no ha sido muy buena, le ocasiona ciertas dificultades en calcular las distancias. Hace tres días, su señoría fué á asomarse á la ventana, y no habiendo calculado bien la distancia....

Aquí el mayordomo con cierto aire melodramático para producir efecto, se detuvo y me miró con ojos que querian revelar profundo sentimiento.

—¿Y no habiendo calculado la distancia? repetí con impaciencia.

—Rompió el vidrio de la ventana con la cabeza,—dijo el mayordomo con apacible voz acomodada á lo patético de la noticia.—Por fortuna ¡Dios sea loado! la señora estaba vestida para salir y tenía puesta su gorra. Esto le preservó la cabeza. Pero por un milagro no se degolló, porque un pedazo del vidrio le hizo una herida á un cuarto de pulgada de distancia de la yugular. Le he oido decir al médico, señor, y esto no lo olvidaré hasta el fin de mis días, que la vida de la señora estuvo pendiente de un cabello. La pérdida de sangre, según á dicho también el doctor, fué para la señora una bendición, pues como tiene cierta propensión á la apoplegía, ha alejado ese temor. El apetito de su señoría ha mejorado mucho desde el accidente; cuando sube ó baja las escaleras, se apoya en el brazo de su cochero ó de su criada de mano, lo que jamás quería hacer ántes; ahora sale á dar paseos y á tomar aire en su coche. «Me siento diez años más jóven,» son las palabras textuales que me dijo esta mañana, «me siento diez años más jóven, Pedro, desde que rompí el vidrio de la ventana de mi alcoba.» Y así es en efecto, señor.

No me quedó duda alguna. Esta era la clave de la carta de perdón de mi cuñado. La perspectiva de recibir el dinero consabido, se había alejado más que nunca; no podia tener la misma confianza que su esposa en mi vigor para resistir impunemente el hambre y la adversidad y por lo tanto se hallaba dispuesto á aprovechar la primera ocasión que se le presentó de propender á mi bienestar y seguridad personal, sin que le costase un cuarto. Todo lo ví claramente, y admiré con más gratitud que nunca, la hereditaria vitalidad de la familia Mortimer. ¿Qué hacer? ¿Ir á Duskydale? ¿Por qué no? Poco me importaba el lugar á donde yo fuera, ahora que habia perdido la esperanza de volver á ver los hermosos ojos de mi desconocida.

El día siguiente me dirigí á mi nueva morada, á hacerme cargo de mi nuevo destino: presenté mis credenciales, y no dejé de aprovecharme de las ventajas que me proporcionaban mis elevadas relaciones de familia, lo que me valió ser recibido con entusiasmo y con distinción.

Encontré que la nueva sociedad científico-literaria era presa de un cisma, aun antes de haberse inaugurado públicamente. Dos facciones la dividian y gobernaban: la facción de la gente seria y la de la gente alegre. Dos cuestiones la agitaban: referíase una á si sería propio celebrar la inauguración por medio de un baile público. El segundo punto discutible, que tenía dividida la opinión de la sociedad naciente, era decidir si debian ó no

admitirse novelas en la biblioteca del instituto. Como es de suponerse, los puritanos y fanáticos del lugar estaban por la negativa, tanto respecto al baile como á la admisión de novelas que habían propuesto los que llamaban libres pensadores, despreocupados y de manga ancha en materia de prácticas religiosas.

Fuí presentando oficialmente á la sociedad cuando se hallaba el debate en su período de mayor intencidad. Me ví en medio de un numeroso concurso, aglomerado en habitación reducida, al rededor de una mesa larga. Cada uno de los concurrentes se hallaba provisto de tintero, pluma y una gran hoja de papel blanco. Viendo que uno tras otro iban todos haciendo uso de la palabra, me puse en pie como los demás y pronuncié un vigoroso discurso tomando partido con los llamados libres pensadores y despreocupados. No bien hube acabado mi peroración, cuando el jefe de los severos puritanos, enemigos de bailes y diversiones, empezó á hablar.

—Si no hubiera otras razones contra el baile, dijo mi reverendo opositor, hay por lo menos una objeción que no tiene respuesta. ¡Caballeros: San Juan Bautista fué decapitado, gracias al baile!

Cuando este formidable argumento fué presentado, todos los personajes austeros y avinagrados golpearon tumultuosamente la mesa, y mi buen hombre se sentó con aire de triunfador. Me puse en pie al instante para contestarle en medio de los aplausos de la gente de buen humor; pero antes de que pudiese pronunciar una palabra, el Presidente de la Institución y el rector de la iglesia entraron en el salón.

Eran ambos hombres de autoridad y de buen sentido y por añadidura padres de hijas encantadoras, y su presencia hizo que la balanza se inclinara del lado razonable. El asunto de la admisión ó no admisión de novelas en la biblioteca se dejó para más adelante, mientras que la cuestión candente del baile se puso inmediatamente á votación. El Presidente, el rector y yo abrimos la marcha votando en favor y previniendo á todos los galanes caballeros que estaban presentes, que no dejaran chasqueadas las esperanzas de las muchachas. Esto decidió á los que vacilaban, y los vacilentes decidieron á la mayoría. El triunfo fué completo. Mi primera ocupación como secretario fué diseñar un modelo de billete de admisión al baile.

Mi segunda ocupación fué dar un vistaso á las habitaciones que se me destinaban para morada.

La Sociedad de Duskydale ocupaba una casa desvencijada, si se me permite la expresión, con diez cuartos y un gran salón lateral que olía á pintura y á humedad y llevaba el pomposo título de "Teatro de las Conferencias." Era el lugar más triste, lóbrego, feo y frío en que jamás he entrado. Me parecía que para lo único que podía servir era para hacer penitencia y llorar á lágrima viva; pero la comisión de baile pensaba de un modo distinto y lo consideraba un perfecto salón para bailar.

Las habitaciones destinadas al secretario eran dos buhardillas, desnudas de todo. Si hubiera intentado hacer algo más que cobrar el sueldo del primer trimeste, me habría quejado inmediatamante. Pero como no tenía las más remota intención de permanecer en Duskydale, no me era difícil ganar la reputación de complaciente no emitiendo la mejor queja.

—¿Ha visto usted al Sr. Turner, el nuevo secretario? Es un caballero muy distinguido y una gran adquisición para la sociedad, y para

la población.—Tal era el concepto de que gozaba entre las señoritas y los habitantes de ideas liberales de Duskydale.—¿Ha visto usted al Sr. Turner, el nuevo secretario? Un joven mundano y vanaglorioso. La última persona de Inglaterra para hacer adelantar los intereses de nuestra Institución.—Tal era la contrarréplica, acerca de mis méritos, corriente entre los puritanos y gentes severas. Presento ambas opiniones, porque en cada asunto hay siempre dos lados que ver; y en cuanto á mí, he procurado la imparcialidad, aun cuando se trate de mis perfecciones ó imperfecciones.

Los fines, intereses y negocios generales de la Institución de Duskydale, eran asuntos en los cuales, al hacerme cargo de la secretaría, no pensé jamás ocupar mucho mi inteligencia. Toda mi energía la dediqué á lo que se relacionaba con el baile de apertura.

Fuí elegido por aclamación, director general del ramo de diversiones, é hice cuanto estuvo de mi parte para merecer y corresponder á la confianza que en mi se depositaba, dejando la literatura y las ciencias, por lo que á mí hacía, en perfecta libertad de progresar ó no, como mejor les pluguiera. Lo que en este particular hayan hecho mis colegas después que me separé de ellos, asunto suyo ha sido, y nadie podrá acusarme de que he contribuido á perturbar la paz de los pacíficos ciudadanos recargándolos de conocimientos útiles. Mi obligación y árdua empresa eran enseñar al pueblo inglés á divertirse honestamente, y la tarea de propagar la ciencia la dejé á otros.

Como es sabido, á mis compatriotas, los ingleses, cualquiera les puede predicar un sermón (y ¡cuántos predicadores hay!) ó darles una conferencia sobre esto y sobre lo de más allá ó hacerlos asociar para este objeto ó el otro. ¿Pero quién es el que trata de que se diviertan? No leáis novelas, no vayáis al teatro, no bailéis; esto es lo que se oye por todas partes y en todos los tonos posibles. Como yo pienso de un modo distinto y creo que un poco de esparcimiento y diversión inocente son indispensables en la vida, deseando la mayor concurrencia al baile de inauguración, recomendé que el precio de admisión fuese moderado, para ponerlo al alcance de las personas decentes, desprovistas de medios de fortuna, que desearan esparcir el ánimo una noche, en honesto solaz, en los salones de nuestra sociedad. La proposición fué rechazada ignominiosamente por los directores del Instituto. Como yo soy un tanto obstinado, no me descorazoné por esta negativa, sino que apelé á un medio que se me ocurrió para llenar nuestros salones.

Me procuré un directorio local, me puse cincuenta billetes de admisión en los bolsillos, me endosé mi levita azul celeste y mis pantalones de mahón (que entonces eran el colmo de la moda), y salí á buscar danzantes entre las personas que, no siendo notoriamente puritanas, no nos habían favorecido comprando billetes para el baile.

Como por temperamento no me es posible hacer alguna cosa con regularidad, abrí el directorio al azar y determiné hacer mi primer visita á las primeras personas con cuyos nombres dieran mis ojos, que acertaron á ser el doctor Dulcifer y la señorita Dulcifer, Vallombrosa, Nº1. Muy bien. No tengo preferencias. Aquí venderé mis dos primeros billetes, y como á Dios gracias, no soy nada tímido ni tengo mucho orgullo, allí me dirigí.

La morada era una de esas habitaciones semicampestres con un jar-

dincillo al frente, cuyo enrejado abrí. Me adelanté á la puerta de la casa, pensando en la clase de gente que hallaría. Si se me preguntase cuál era la verdadera causa de esta actividad extraordinaria para servir los intereses de personas que me eran del todo indiferentes, deberé confesar que la pérdida de mi bella desconocida tenía mucho que ver con ello. Aceptaba con gusto cualquiera ocupación que de algún modo me distrajera de la idea fija que me atormentaba, desde que creí perdida para siempre á aquella hermosa joven.

¿Experimenté por ventura algún presentimiento de la sorpresa deliciosa que me esperaba cuando tiré de la campanilla de la casa N°. 1 ?—No, nada de eso. La verdad es que mi salud era excelente, mis digestiones de primer orden, y que esos presentimientos se relacionan, más de lo que generalmente se cree, con un estómago delicado y una salud no muy buena.

Me abrieron la puerta, pregunté por la señorita Dulcifer; y me dijeron que estaba en la sala de recibo, adonde fuí conducido.

No esperen mis lectores que me ponga á hacer una descripción de las sensaciones que esperimenté Estas fueron innumerables y de todas clases. ¡Allí estaba ella: sola, sentada cerca de la ventana! ¡Allí estaba ella haciendo con sus delicados y blancos dedos una bolsa de seda!

Tanto de su rostro como de su aspecto general había desaparecido aquella melancolía que reinaba en su sér la últlma vez que la ví. Estaba vestida con cierta elegancia y la habitación se hallaba bien amueblada. Evidentemente su padre había cambiado de posesión. Confieso que cuando ví en el directorio el el nombre de Dulcifer no pude menos de sonreírme por lo estraño que me parecía, comencé ahora á mirarle con desagrado viendo que también era el apellido de mi sin par desconocida. Me servía de consuelo la idea de que ella podría cambiarlo. ¿Lo cambiaría por el mío?

Yo fuí el primero que recobró la sangre fría. Me senté en una silla cerca de ella, y le tomé la mano.

—Usted vé, le dije, que no es posible evitarme. Esta es la tercera vez que nos hemos encontrado. Dadas tan extraordinarias circunstancias ¿se negará usted á recibir mi visita? ¿No querrá usted proporcionarme un poco de felicidad, de compensación de cuanto he padecido desde la última vez que ví á usted?

Sonrió y se sonrrojó,

—Estoy tan sorprendida, me contestó, que no sé realmente qué decir.

—¿Desagradablemente sorprendida? le pregunté,

Continuó primero con su labor y después contestó (me pareció que con cierta tristeza):

—¡No!

Yo quise aprovecharme de las ventajas que creía haber obtenido, pero ella supo contenerme con perfecta política. Parecía que recordaba con vergüenza las circunstancias en que hicimos conocimiento.

—¿Cómo es que ha venido usted á vivir á Duskydale? me preguntó de repente cambiando el tema de la conversación. ¿Y cómo ha podido usted dar con nosotras?

Mientras le estaba dando las explicaciones nesesarias, entró su padre á quien miré con notable curiosidad.

Era un caballero alto, grueso, de continente respetable, frente despejada, abdómen un tanto abultado, chaleco negro y corbata blanca. Todo guardaba en él la mayor harmonía excepto los ojos que eran brillantes, vivos y de mirada resuelta, encontra-

dicción con el aire de benevolencia y afabilidad esparcido en todo el hombre. Aquellos ojos revelaban su inteligencia y gran confianza en sí mismo, tal vez se vislumbraba en ellos cierta falsedad, que yo habría podido descubrir inmediatamente bajo circunstancias ordinarias; pero á la zazón miraba al Doctor Dulcifer al tráves del prisma de su hija, y á primera vista sólo pude distinguir sus méritos.

—Estamos muy agradecidos á usted, caballero, por su atención en visitarnos, me dijo con excesiva cortesía. Pero nuestra permanencia en este lugar toca á su fin; pues solamente vine aquí con objeto de restablecer la salud de mi hija. Ha ganado mucho con el cambio de aires, y hemos hecho ya todos los preparativos para partir mañana; de otro modo, habríamos tenido mucho gusto en aceptar los billetes de admisión al baile.

Como es de presumirse, mientras el padre hablaba, yo tenía fijos los ojos en la hija, quien á su vez miraba á su padre, y ví que una súbita tristeza se iba apoderando de su rostro. ¿Qué significaba aquella tristeza? ¿Sentimiento de no poder asistir al baile? No; era algo más que eso. Mi interés se despertó vivamente. Supliqué al padre que no nos privara de la presencia de su hija: le dije que pensara en el irreparable eclipse que padecería el salón de baile de Duskydale. Con gran sorpresa mía, la joven, mientras yo hablaba, dirigía una triste mirada al trabajo que tenía entre manos. Su padre se rió de una manera un tanto desdeñosa.

—Nosotros no conocemos aquí á nadie, dijo, para que se eche de menos nuestra presencia. Al contrario, se me figura que la sociedad de Duskydale se alegrará de nuestra partida. Perdóname, Alicia, debí haber dicho *mi* partida.

¡Su nombre era Alicia! Declaro que fué para mí una dicha inefabilísima oírlo. ¡El nombre le cuadraba tan perfectamente! ¡Estaba tan en harmonía con la gracia y dignidad de su belleza!

Dirigí una mirada á Alicia cuando su padre acabó de hablar. Su rostro estaba aún más triste que antes. Protesté contra lo que había dicho el Doctor, quien se rió de nuevo, dando á su hija, una rápida ojeada en la que había como cierta desconfianza.

—Si usted llega á mencionar mi nombre entre los respetables habitantes de la población, dijo recalcando con notable sorna la palabra respetables, estoy seguro que abrirán tamaños ojos, se encogerán de hombros y pondrán el rostro de una vara de largo. Desde que dejé de ejercer mi profesión de médico, me he ocupado en investigaciones químicas en gran escala, que creo están destinadas á producir resultados públicos importantes. Mientras no los obtenga, me veo obligado, en interés propio, no sólo á guadar profundo secreto acerca de mis experimentos, sino también á imponer igual discreción á las personas que empleo. Este inevitable aspecto de misterio, y la vida estrictamente retirada que llevo, y que mis estudios me obligan á llevar, constituyen una ofensa á los ojos de mis vecinos en la parte del país donde resido, cerca de Barkingham; y la impopularidad de mis estudios y ocupaciones, parece que me ha seguido hasta aquí. Según lo que se me alcanza, la opinión general es que yo me dedico á buscar la piedra filosofal y que empleo para ello las reprobadas artes de la magia. A pesar de ser un hombre tan sencillo como soy, poco á poco voy adquiriendo entre el pue-

blo la reputación de nigromántico, algo así como un Doctor Fausto. Y aún las personass educadas de esta población mueven la cabeza y parece como que se apiadan de mi hija que se ve obligada á vivir con un padre alquimista, respirando los olores que se exhalan de un laboratorio en que puede haber una explosión de un momento á otro. ¿No es esto estremadamente absurdo.

Hubiera podido ser todo lo absurdo que se quiera; pero la encantadora Alicia estaba sentada con los ojos clavados en su labor, con el aspecto de la más profunda tristeza, sin responder con la más leve sonrisa á su padre, cuando éste la miró de una manera interrogativa al emitir sus últimás palabras.

Yo no sabía qué decir. El Doctor hablaba de las consecuencias sociales de sus investigaciones químicas, como si estuviera viviendo en plena edad media. Sin embargo, de tal modo deseaba contemplar de nuevo los hermosos ojos de su hija, que no quise preguntar nada que contribuyese á mantenérselos clavados en su labor. Cambié por lo tanto de tema de conversación; me puse á hablar de química en general, y le dije al Doctor acerca de los estudios que había hecho en esa ciencia en otro tiempo, lo cual le causó tanto placer como sorpresa.

Esto me condujo á mencionar el nombre de mi padre, cuya reputación había llegado á oídos del Dr. Dulcifer. Cuando me dijo eso, su hija levantó la cabeza y ví de nuevo brillar el sol de su hermosura. Hice después mención de mis distinguidos parientes y de Lady Mortimer; dí á entender que en la actualidad me encontraba como desterrado de mi casa, gracias á ciertas caricaturas festivas y á alguna que otra calaverada juvenil. Alicia parecía interesarse en mi conversación; se sonrió, y la luz de su belleza fué más radiante.

Hablé después de diversidad de cosas y hasta estuve brillante y chistoso, consiguiendo hacerla reír más de una vez. Su rostro se animó y sus mejillas se tiñeron de suave carmín. ¡Pobre joven! Bien se veía cuán poco acostumbrada estaba á asociarse con personas de disposición un tanto alegre. Creo que si me hubiera dicho en aquellos momentos que diese una vuelta de carnero, lo habría hecho sin vacilar, si esto le hubiera proporcionado alguna diversión.

No puedo decir cuánto tiempo prolongué mi visita. Un criado entró trayendo un refrigerio, y sin hacerme mucho de rogar, comí y bebí, y continué hablando cada vez con mayor animación. Al fin me decidí á partir; los bellos ojos de Alicia me miraron con bondadosa expresión y el Doctor me dió su tarjeta.

—Si usted no teme á las garras del Doctor Fausto, dijo sonriendo, tendré mucho gusto en recibir su visita, si alguna vez pasa usted por las cercanías de Barkingham.

Le estreché la mano, proponiéndome, mentalmente, renunciar á mi secretaría, mientras le daba las gracias por su invitación. Extendí también la mano á su adorable hija, quien me dió un vigorosa y cordial apretón de mano.

Cuando salí de aquella morada iba como embriagado de felicidad, de tal manera, que, sin ver realmente lo que me rodeaba, tropecé con un caballero de cierta edad que pasaba frente á la puerta del jardín. Por poco le derribo á tierra, y al detenerme para disculparme, reconocí á mi estimable colega el digno tesorero de la Institución de Duskydale.

—He recorrido media población

en busca de usted, me dijo. La Mesa Directiva, después de maduro debate, cree que el plan de usted de solicitar personalmente la asistencia al balle, compromete la dignidad de la Institución, y por lo tanto suplica á usted que no se ocupe más en el asunto.

—Muy bien, dije, ningún daño se ha hecho todavía, pues hasta ahora sólo he solicitado la asistencia de dos personas: el Doctor Dulcifer y su hija.

—¿Supongo que usted no quiere decir que *los* ha invitado á que asistan á nuestro baile?

—Ciertamente que los he invitado. Y siento manifestar á usted que no puedo aceptar la invitación. Pero ¿por qué no he debido invitarlos?

—Porque nadie los visita.

—¿Y por qué no los visita nadie?

El tesorero me tomó del brazo con aire confidencial y continuamos andando.

En primer lugar, me dijo, el nombre del Doctor Dulcifer no aparece en la Guía Médica.

—Tal vez debido á algún error, ó á que su diploma lo adquirió en alguna universidad extranjera y no ha sido revalidado en Inglaterra, dije yo sin saber realmente lo que decía.

—En segundo lugar, continuó el tesorero, hemos averiguado que tampoco nadie le visita en Barkingham. Por lo tanto, sería el colmo de la imprudencia visitarle aquí.

—¡Bah! ¡Bah! exclamé. Eso no pasa de ser hablillas de gentes de estrecha miras y de alma pequeña. Llevar una vida de retiro, estar ocupadado en experimentos químicos, que el público ignorante es incapaz de apreciar, constituyen su grave delito.

—Las persianas del piso alto de su casa en Barkingham están siempre cerradas, me dijo el tesorero con voz misteriosamente baja. Me lo ha dicho un amigo que vive cerca de él. Además, las ventanas tienen barras de hierro, y se asegura que dicho piso tiene puertas también de hierro que los incomunican por completo con los pisos inferiores. En una palabra, se han tomado muchas precauciones para disfrutar en él de toda la seguridad posible. Los obreros que allí trabajan no pertenecen al vecindario, ni beben en las tabernas de la población, ni se asocian con nadie, excepto entre ellos mismos. A veces se oyen ruidos y se aspiran olores acres y poco comunes. No es posible hacer hablar á ninguno de los que habitan esa casa. El Doctor, como él se llama á sí mismo, ni aún siquiera ha hecho una tentativa de entrar en relaciones con sus vecinos más inmediatos, aunque no fuera sino para que su infortunada hija no llevase una existencia tan solitaria. ¿Qué piensa usted de todo esto?

—Lo que pienso, contesté desdeñosamente, es que los habitantes de Barkingham son la gente más desocupada y chismosa de Inglaterra. El Doctor está haciendo importantes experimentos químicos (cuyo valor posible puede apreciar, por entender algo de química,) y no es tan tonto que vaya á exponer secretos valiosos á la vista de todo el mundo. Su laboratorio está en el piso superior de la casa, completamente incomunicado de los demás con barras y puertas de hierro para impedir accidentes. Es una de las personas más agradables que jamás haya tratado, y su hija es una criatura verdaderamente encantadora. ¿Por qué dan ustedes tanta importancia á pequeñeces y hablillas vulgares? Me ha invitado á visitarle. De seguro que aún en eso halla-

rán ustedes algo tenebroso y lleno de misterio.

—¿Por supuesto que usted no aceptará la invitación?

—Me aprovecharé de la primer oportunidad que se me ofrezca para visitarle, y si usted hubiese visto á su hija Alicia haría lo mismo.

—No vaya usted. Siga usted mi consejo y no vaya, dijo el tesorero con acento de la mayor gravedad. Usted es joven, continuó; y al comenzar la vida es preciso tener amigos que gocen de buena reputación.

Esto es de la mayor importancia. No digo nada en contra del Doctor Dulcifer: vino aquí sin conocer á nadie, y se va sin conocer á nadie y sin que nadie le conozca; pero usted no sabe si al invitar á usted á que le visite, le mueve algún motivo oculto. Contraer una nueva amistad es siempre asunto serio; pero cuando se trata de una persona á quien nadie visita....

—Porque no abre las persianas de sus ventanas, le interrumpí sarcásticamente.

—Porque hay acerca de él y de su casa dudas que él no quiere aclarar, replicó el tesorero. Usted puede hacer lo que mejor le agrade, continuó; tal vez tenga usted razón y estemos nosotros equivocados. Lo único que de nuevo digo, es que contraer amistad con gentes de dudosa reputación, es siempre algo arriesgado. Tarde ó temprano se arrepiente uno. Si yo fuera usted, ciertamente que no visitaría al Doctor Dulcifer.

—Si usted se encontrara en mi lugar, le contesté, seguramente haría usted lo mismo que yo pienso hacer.

El tesorero desenganchó su brazo, y sin agregar una palabra más, se despidió de mí y continuó su camino.

CAPÍTULO VII.

Mientras discutía con el tesorero de la Institución de Duskydale la respetabilidad del Doctor Dulcifer, me expresé en un tono en extremo confiado; pero si no hubiera tenido ofuscado el juicio con mi admiración hacia Alicia, creo que habría dudado de mi opinión, en secreto, tan pronto como quedé á solas conmigo. Si hubiese estado en plena posesión de mi raciocinio, me habría preguntado si las explicaciones del Doctor acerca de los motivos que mantenían alejados de él á sus vecinos eran realmente satisfactorias. Se dice que el amor es un sentimiento tierno; pero cuando recuerdo el efecto que produjo en todas mis facultades, me hallo inclinado á calificarlo de una especie de baño de vapor que debilita todas nuestras nociones de elevada moralidad.

No puedo imaginarme lo que la Mesa Directiva de la Institución de Duskydale pensó del cambio que se operó en mí. El Doctor y su hija dejaron la población el día fijado para la partida, sin que me dieran tiempo para hacerles una nueva visita. La consecuencia inmediata de esta partida fué que yo perdiera todo interés en el asunto del baile, y que me fastidiase y bostezara continuamente cuando, en mi calidad de secretario, me veía obligado á asistir á las deliberaciones de la Directiva.

Hicieran lo que hicieran, sólo Alicia llenaba mis pensamientos. Leía las minutas de las actas pensando en ella: el eco de su risa melodiosa resonaba en mis oídos en medio del tartamudeo y pesadez de los discursos de nuestros miembros. Cuando nuestro ceremonioso Presidente creía que había visto en mis ojos el deseo de perorar, y me excitaba desde su sillón presidencial á que

hiciera uso de la palabra, yo me hallaba abismado en la contemplación de una bolsa de seda y de los blancos dedos que la estaban haciendo.

Llegó la noche del baile, del cual sólo conservo un vago recuerdo. Lo que puedo traer á la memoria es que el salón me pareció más sombrío y feo que nunca; que el número de los asistentes no llegaba á cincuenta, y como el salón podía contener holgadamente unas trescientas personas, fácil es imaginarse cuán desierto luciría. Aún me parece que estoy viendo á unos veinte de esos individuos ejecutando solemnemente los pasos y figuras de un baile complicado bajo la dirección del maestro de danzar de la población, un pobre inválido, una figurilla que se contorneaba perdido en medio de una sala casi vacía. Me parece también que me estoy mirando á mí mismo al través del tiempo y el espacio, vestido de frac, con un sombrero bajo el brazo, una roseta en el ojal de mi casaca, con una sonrisa en los labios, moviéndome de un lado á otro en mi calidad de maestro de ceremonias. Todo esto lo recuerdo de una manera vaga y confusa, y mis reminiscencias de la famosa fiesta se reducen á esto. El baile fué, por otra parte, un fiasco completo, lo que habría sido bastante para hacerme abandonar Duskydale y mi secretaría, si no hubiera tenido otras razones que me impulsaran á extender mis viajes en el interior de Inglaterra con dirección á las cercanías de Barkyngham.

La dificultad consistía en encontrar un pretexto decente para dejar la plaza. Por fortuna la Mesa Directiva me libró de mi perplejidad en este asunto, adoptando un día una resolución que autorizaba al Presidente á que me reprendiese por mi falta de interés en los asuntos de la Institución. A los reproches que se me hicieron respondí que los asuntos de la Sociedad eran tan fastidiosos y tan faltos de vida, que era absurdo á la vez que injusto, esperar de ningún ser humano que se interesase lo más mínimo por ellos. Decir yo esto, y resonar un grito unánime de "Haga usted dimisión" fue todo uno. A esa exclamación contesté con la mayor cortesía, que tendría sumo gusto en complacer á los caballeros de la Directiva, y partiría inmediatamente, con la condición previa de que se me abonase el sueldo correspondiente á un trimestre, por vía de compensación.

Aunque hubo una minoría que se opuso á mi proposición, fué ésta, sin embargo, aceptada. Escribí una carta en que hacía dimisión de mi empleo; recibí la suma que me correspondía, y aquel mismo día me dirigí á Barkingham en una de las diligencias que á esa población hacían viajes regulares.

Apenas contaba veinticinco años de edad y ya había tratado de ganarme la vida como médico, como caricaturista, como pintor de retratos, productor de cuadros antiguos; secretario de una institución, y ahora, con el auxilio de Alicia, estaba á punto de ver cómo me iba en la vida de casado.

En la diligencia que me condujo á Barkingham me enteré, entre otras cosas, de que por aquellas cercanías había una corriente de agua abundante en pesca, y lo primero que hice al llegar á la población fué, comprar una caña de pescar con todos sus accesorios.

Me pareció que la mejor manera de presentarme al doctor Dulcifer era decirle que había venido á aquellas inmediaciones para pescar un poco. De este modo creía yo impedir que se imaginara que me había da-

do mucha prisa en aprovecharme de la hospitalidad ofrecida. Me alojé, como era natural, en la posada; puse en los bolsillos de mi traje de caza algunos avios de pescar, de una manera descuidada, de modo que pudieran verse, y me dirigí inmediatamente á casa del Doctor. El criado á quien le pregunté las señas, me miró con cierta desconfianza, mientras me las estaba dando. Por lo visto los moradores de la posada habían oído hablar de mi nuevo amigo, y no se hallaban muy favorablemente dispuestos hacia sus investigaciones científicas.

La casa estaba como á media legua del poblado, en una especie de hondonada cerca de la famosa corriente de agua abundante de pesca. Era un edificio solitario, de forma antigua, de ladrillos rojos, rodeado de altos muros, con un jardín y una huerta detrás.

Cuando tiré de la campanilla, me puse á observar la casa. No había duda que las ventanas del piso superior estaban cerradas con barras. Un hombre con librea abrió la puerta y me hizo entrar. En sus maneras y aspecto más bien parecía un operario ó trabajador que lacayo ó sirviente. Sus miradas indicaban un caracter desconfiado, y cuando le entregué mi tarjeta de visita, fijó en mí sus ojos de un modo que no me fué muy agradable.

Entré en un saloncito, y después de esperar gran rato se me presentó el Doctor con unos grandes guardapuños de cuero y delantal al cinto. Me suplicó que le dispensara si me recibía en su traje de trabajo, y me dijo todo lo que se dice en esas ocasiones acerca del inesperado placer de volver á verme tan pronto, etc. En sus ojos brillantes y resueltos me pareció notar algo que le preocupaba; pero lo atribuí, como era natural, al interés y cuidados crecientes de sus investigaciones científicas. Por supuesto que no creyó ni una palabra de la partida de pesca que me traía á Barkingham; pero fingió que lo creía al pie de la letra, y demostró un interés muy grande en todo lo que á ello se refería.

Le pregunté por su hija; me dijo que estaba en el jardín, y me propuso que fuéramos á buscarla. La encontramos con tijeras en mano arreglando los arbustos y las flores, cortando ramas y hojas secas. Pareció que realmente se alegraba de verme: sus hermosos ojos garzos brillaron dulce y bondadosamente. Me tendió una mano que estreché con la efusión que es de suponerse. Las brisas estivales movían á uno y otro lado los rizos de su adorable cabellera. Llevaba un sombrero de paja y vestía un traje apropiado á los trabajos á que estaba entonces dedicada.

Me quedé á tomar un refrigerio con ellos. El Doctor habló de nuevo de mis proyectos de pesca, y preguntó á su hija si sabía qué partes del río eran las más apropósito para que yo realizara mis deseos.

Ella contestó con una mezcla de modesta evasiva y de adorable sencillez, que algunas veces había visto á uno que otro caballero pescando como á un cuarto de milla más abajo del jardín. Con mi desenvoltura de costumbre le pregunté si tenía inconveniente en mostrarme ese lugar, en cuyo caso yo vendría al día siguiente completamente equipado con mi caña de pescar y demás avios. Dirigió una mirada interrogativa á su padre, quien sonrió y movió la cabeza en señal de asentimiento. ¡Inestimable padre!

Al levantarme para despedirme se me ocurrió la idea de que tal vez me ofrecería una habitación donde hospedarme. Seguramente que adivinó mis pensamientos, pues me dijo que sentía infinito no tener ningún cuar-

to que poder ofrecerme, pues todos estaban ocupados por los asistentes que empleaba en sus trabajos químicos y los ingredientes y materiales necesarios á sus experimentos. Mientras el Doctor decía estas pocas palabras, la fisonomía de Alicia cambió de expresión, precisamente como había sucedido en nuestra primera entrevista. Su rostro se cubrió de un velo sombrío y expresó profundo abatimiento. Su padre le dirigió una mirada al mismo tiempo que yo, y de repente la fisonomía del Doctor reveló aquel aire de desconfianza que ya había observado en Duskydale en circunstancias parecidas. ¿Qué quería decir esto?

El Doctor me dió un apretón de manos, y el lacayo con aspecto de operario, me abrió la puerta.

Me detuve un instante para admirar una hermosa cornamenta de ciervo, pero el lacayo tosió con cierta impaciencia. Me quedé aún un momento más, pues oía los pasos del Doctor que subía las escaleras. De repente cesaron, y entonces hubo algo parecido al ruido de una puerta de hierro, ó de un material muy fuerte, que se cerraba: luego, profundo silencio interrumpido por otra tos impaciente del lacayo-operario. Entonces pensé que lo mejor que podía hacer era irme antes de que mi misterioso sirviente tomara alguna medida más enérgica.

Pasé la noche desvelado é inquieto. Mis pensamientos se detenían con inefable dicha en Alicia; pero luego me asaltaba el deseo de saber algo más acerca de la existencia del Doctor, y de su manera de ser y de vivir.

La mañana siguiente encontré á la señora de mis destinos, con ligero chal en los hombros, una sombrilla de brillantes colores en la mano y el sombrerito de paja con que el día anterior la había visto en el jardín, lista para mostrarme el sitio más apropósito para pescar. Si yo tuviese la seguridad de que estas páginas iban á ser leídas solamente por personas que estuviesen enamoradas, entraría en algunos detalles tan tiernos cuanto interesantes respecto al primer día de mi pesca bajo los adorables auspicios de Alicia. Pero como no creo que así sea, me contentaré con limitarme á generalidades y á describir los progresos de mi amor lo más brevemente posible que lo consienta la magnitud del asunto.

Empezaré por confesar que me dí todos los aires de un pescador muy difícil de satisfacer, y que supe componérmelas de tal modo, que pasé una semana entera tratando de descubrir el lugar más conveniente donde echar el anzuelo, siempre, como es de suponerse, bajo la guía y dirección de Alicia. Recorrimos una orilla del río ya subiendo, ya bajando; cruzamos el puente y comenzamos la misma operación en la márgen opuesta. Tomamos una barquilla y remontamos el río y volvimos á descender, siempre probando dónde arrojar el anzuelo. Nos dirigimos á una islita en medio del río; le dimos la vuelta á pie, inspeccionando atentamente el agua desde aquel punto central. La islita la encontramos húmeda y volvimos á la orilla, y empezamos de nuevo el examen de ambas márgenes, hasta que al fin, por vez primera, la dulce joven me dirigió una mirada suplicante y me confesó que había agotado todo su conocimiento de la localidad. Hacía precisamente una semana que la seguía con mi caña de pescar al hombro por las orillas del río, y si algo pesqué, fué la mano de Alicia, y eso, no con el anzuelo.

Nos sentamos en la ribera desesperados de no hallar un sitio conveniente para la pesca. Fijé los ojos en sus hermosos ojos y ella los volvió

hacia la corriente como si la contemplara. Hice lo mismo, y ella dirigió las miradas á otra parte del río. ¿Estaba este ángel de paciencia y bondad buscando un sitio para pescar? No. Sonrió y movió la cabeza cuando le hice la pregunta, y me dirigió una mirada furtiva. No pude contenerme por más tiempo. Tomé sus dos manos entre las mías con repentino impulso, y le pregunté medio tartamudeando si quería ser mi esposa.

Trató débilmente de desasir sus manos aprisionadas, abandonó la empresa; sonrió, hizo un esfuerzo para aparecer seria y grave, no lo consiguió; suspiró de repente, quiso decir algo; se contuvo y guardó silencio. Tal vez debería haber tomado por concedida mi petición; sin embargo, repetí la pregunta. Se llenó de confusión: sus miradas se fijaron en la casa de su padre que se veía al través de la arboleda, y su rostro palideció instantáneamente. Sentí que sus manos se volvían frías; las retiró resueltamente y se puso en pie con lágrimas en los ojos. ¿La habría ofendido por ventura?

—No,—me dijo cuando le hice la pregunta, y volvió de nuevo á mi lado y me tendió la mano con tal bondad y con tanta franqueza que estuve á punto de arrojarme á sus pies y darle las gracias.

—¿Podría esperar alguna vez un *sí* á la pregunta que le había hecho?

Suspiró con amargura, dirigiendo de nuevo las miradas á la casa de ladrillos rojos que era su morada.

—¿Habría acaso algunas razones de familia que se opusiesen á decirme «*Sí?*» ¿Algo sobre qué yo no debía hacer preguntas? ¿Alguna oposición de parte de su padre?

No bien hube mencionado á su padre, cuando se separó de mí y prorrumpió en llanto.

—¡No hable usted más de este asunto! dijo entre sollozos. Yo no debo.... yo no debo.... ¡Ah! no diga usted una palabra más sobre este asunto. Usted no tiene la culpa de lo que está aconteciendo. Pero no me diga usted una palabra más. Déjeme usted tranquila y sola por un minuto, y todo pasará.

Se enjugó las lágrimas y tomó mi brazo. Estaba toda trémula. La conduje á su casa, y comprendiendo que después de lo que había sucedido no podía entrar y tomar con ella mi refrigiero, como de costumbre, dije que me iba á pescar de nuevo.

—¿Podré venir á comer esta tarde? pregunté cuando tiré de la campanilla.

—¡Oh sí, sí, venga usted, ó él....!

El misterioso sirviente abrió la puerta, y Alicia y yo nos separamos antes de que ella hubiera podido terminar la frase empezada.

CAPITULO VIII.

Volví á mi sitio de pescar con el corazón oprimido, lleno por primera vez en mi vida, de sombríos pensamientos. Estaba visto que yo no le era indiferente, y era claro que había algún obstáculo en que entraba por mucho su padre, que la impedía dar oídos á mi proposición de casamiento. Desde el instante en que Alicia arrojó una mirada casual á la casa de ladrillos rojos, algo en sus maneras, que es imposible describir, me sugirió la idea de que este obstáculo no era solamente de naturaleza tal que no podía mencionármelo, sino de que en parte se avergonzaba, le inspiraba temor ó la llenaba de dudas. ¿Qué podría ser? ¿Cómo llegó á adquirir conocimiento del asunto? ¿Hasta qué punto estaba su padre relacionado con ese particular?

En el curso de nuestros paseos,

todo lo que Alicia me había dicho acerca de sí misma, revelaba una perfecta sencillez y la mayor naturalidad.

Había pasado su infancia en Inglaterra. Después vivió con sus padres en París, donde el Doctor contaba con muchos amigos, por los cuales recordaba ella haber experimentado un sentimiento más ó menos repulsivo, sin saber por qué.

Regresaron á Inglaterra y vivieron en Londres, con bastante pobreza durante algún tiempo. Pero al fallecimiento de su madre, que murió de repente de una enfermedad del corazón, hubo un cambio en los negocios que ella no puede explicarse. Se mudaron á la casa donde ahora viven, pues el Doctor deseaba tener amplio espacio en que llevar á cabo sus trabajos científicos. Con frecuencia iba su padre á Londres, pero nunca la llevaba consigo. La única mujer que había en la casa, además de ella, era una que hacía al mismo tiempo de ama de llaves y de cocinera y había estado á su servicio muchos años. A veces era para ella muy duro estar siempre sola, sin ninguna compañera de su edad; pero había terminado por acostumbrarse á esto, y se distraía con sus libros, la música y el cuidado y cultivo de las flores.

Respecto á sí misma hablaba sin restricción de ninguna especie; pero cuando intenté, aún de la manera más vaga, discutir con ella las causas de la vida tan extrañamente retirada que llevaba, se volvía de repente tan triste, tan silenciosa, que no me atrevía á decir una palabra más sobre ese particular. Sin embargo, de todo lo que me había referido, saqué como consecuencia, para mí indudable, de que la conducta de su padre respecto á ella, aunque no absolutamente censurable, ó que indicara gran falta de atención ó descuido, no era de naturaleza capaz de inspirarla un ardiente amor al autor de sus días. Este cumplía con sus obligaciones paternales, pero parece que no se había cuidado de ganarse el amor que su hija hubiera consagrado á un padre más cariñoso.

Cuando después de reflexionar en lo que Alicia me había dicho, empecé á recordar lo que yo había podido observar por mí mismo, ví que tenía motivos de sobra para excitar mi curiosidad y hasta mi desconfianza respecto al Doctor.

Ya he hablado del ruido de la pesada puerta que oí cuando hice mi primera visita á la casa de ladrillos rojos. El día siguiente, cuando el Doctor se despidió de mí en el pasillo, se me ocurrió un plan para ver la puerta que causaba aquel ruido. Retardé mis pasos hasta que lo oí de nuevo; entonces pretendí recordar un recado importante que debía dar al Doctor, y con una prisa inocente me puse á subir las escaleras para alcanzarle. El lacayo consabido corrió tras mí con un grito de «¡Alto!» Naturalmente hice como que no oía, y continué subiendo hasta llegar á la puerta que separaba completamente la escalera del resto de la casa. Era una puerta de hierro tan sólida como la de las oficinas de un Banco donde se atesorasen millones. Regresé al pasillo sin darme por entendido de las observaciones del sirviente, nada civiles por cierto, y me retiré, diciendo que esperaría hasta ver de nuevo al Doctor.

El día después, dos hombres pálidos, en traje de artesanos, llegaron á la puerta al mismo tiempo que yo lo hacía. Cada uno traía bajo el brazo una gran caja de madera con aros de hierro. Traté de entrar en conversación con ellos mientras esperaba que me abriesen, pero no

pude conseguir más respuesta que un «sí» ó un «no,» secamente. Ambos tenían algo de siniestro en la fisonomía.

Al día siguiente el ama de llaves-cocinera vino á abrirme. Era una mujer de aspecto atrevido y sonrisa fácil, y algo en sus maneras indicaba que no siempre había llevado una vida tranquila y honrada como entonces. Pareció muy complacida de mis prendas personales; habló con mucha volubilidad sobre asuntos indiferentes; pero de repente enmudeció y se volvió diplomática cuando, dirigiendo las miradas á las escaleras, le pregunté con la mayor inocencia si tenía que subirlas y bajarlas muchas veces en el curso del día.

En cuanto al Doctor, era inabordable en el asunto de las misteriosas habitaciones superiores. Si durante nuestra conversación llegaba yo á introducir la química en términos generales, me suplicaba que no le nublase las raras y felices horas que pasaba al lado de su hija, trayéndole á la memoria sus pensamientos y trabajos diarios. Si me refería á sus propios experimentos en particular, se descolgaba con una chanzoneta, diciéndome que tenía miedo de mis conocimentos químicos, y agregraba que yo quería aprovecharme de sus trabajos para privarle de la gloria que le habían de proporcionar. En una palabra, al cabo de una semana de recorrer las regiones inferiores, la parte superior de la casa de ladrillos rojos y la naturaleza verdadera de las ocupaciones de su dueño, permanecían aún impenetrables misterios para mí, á pesar de cuanto había hecho para resolverlos.

Pensando en estas cosas, en la escena que acababa de pasar con Alicia, y en su tristeza y sus lágrimas, hallé que el misterioso obstáculo á que ella había aludido, la misteriosa vida que llevaba su padre y el misterioso piso superior de la casa, que hasta entonces había resistido á todas mis tentativas, formaban en mi mente como los eslabones de una misma cadena. El obstáculo á mi casamiento con Alicia, era lo que más me perturbaba. Si pudiese averiguar en qué consistía, y si no le daba importancia, lo que tenía resuelto, fuese ó lo que fuese, acabaría probablemente por vencer sus escrúpulos y por llevármela, en calidad de legítima esposa, lejos de aquella ominosa casa de ladrillos rojos. ¿Pero cómo hacer tan importante descubrimiento?

Poniendo en tortura mi cerebro para obtener una respuesta, hice poco más ó menos el siguiente razonamiento: La misteriosa región superior de la casa se relaciona íntimamente con el Doctor, y el Doctor se relaciona con el obstáculo que se opone á mi felicidad con Alicia. Si logro subir á ese piso misterioso, tal vez descubra la naturaleza de mi obstáculo. El experimento es peligroso é incierto, pero suceda lo que suceda, trataré de averiguar cuáles son realmente las ocupaciones del Doctor Dulcifer al otro lado de la poderosa puerta de hierro.

Habiendo adoptado esta resolución, lo que me faltaba era buscar el medio mejor y menos expuesto de subir á las misteriosas regiones superiores de la casa.

No había que pensar en abrir la cerradura de la puerta de hierro. Eso era simplemente una locura. La única vía posible de ascender al piso superior, era por el fondo de la casa. Dos ó tres veces lo había examinado mientras me paseaba en el jardín con Alicia después de comer. ¿Qué era lo que me había proporcionado el examen de la parte posterior de la morada de mi huésped?

Me había puesto al corriente de varias cosas, al parecer insignificantes, pero muy útiles.

En primer lugar, había allí una magnífica parra que crecía á lo largo de la pared de la casa, sostenida por un fuerte enrejano. En segundo lugar, había una ventana en el primer piso que daba á un balconcito muy fuerte, construido encima de la puerta del jardín. En tercer lugar, las ventanas del piso misterioso las había visto abiertas siempre que había dirigido á las miradas, probablemente para ventilar la casa que no podía serlo por el frente durante los meses de calor, á consecuencia de tener cerradas todas las ventanas de aquel lado. En cuarto lugar, junto á la cochera donde el Doctor tenía su bonito calesín, había un colgadizo en que el jardinero guardaba su escalera pequeña portátil. En quinto lugar, al lado de la cuadra en que la yegua del Doctor pasaba su existencia solitaria, había una perrera donde estaba encadenado un gran mastín día y noche. Si pudiera librarme del perro, enorme animal medio muerto de hambre y medio selvático, gracias á su perpetuo encadenamiento, no veía razón para desesperar de la idea de llegar, sin ser descubierto, á una de las ventanas del piso misterioso, con tal de esperar á que fuese bien tarde y lograse escalar las tapias del jardín de la casa.

Como la vida sin Alicia no me parecía que sirviese de nada, me determiné á arriesgarlo todo aquella misma noche.

Volviendo inmediatamente á la población de Barkingham, me proveí de un pedazo de cuerda, de una pequeña linterna sorda, de un destornillador, y de un pedacito de carne químicamente preparada para aquietar los perros turbulentos. Me vestí, distribuí estos artículos cuidadosamente en los bolsillos de mi levita y fuí á comer á casa del Doctor. En un sentido la fortuna favoreció mi audacia. Era uno de los días más calientes de la estación, y de seguro nadie pensaría en cerrar aquella noche las ventanas posteriores del piso misterioso.

Alicia estaba pálida y silenciosa. Sus bellos ojos cuando se fijaban en mí, parecían decirme que había llorado mucho desde que nos separamos en la mañana. Sus pequeños y blancos dedos dieron á los míos un apretón significativo, y eso fué la única alusión á lo que había pasado entre los dos aquel día. Durante la comida, Alicia se portó heroicamente; pero cuando vinieron los postres se levantó y se despidió por aquella noche, con unas pocas palabras pronunciadas de carrera acerca del excesivo calor. Me levanté para abrirle la puerta y cambiamos una mirada, llena de ternura. Me saludó y desapareció. Muy lejos estaba yo entonces de pensar que, durante muchos y muchos días, tendría que alimentar mi amor tan sólo con los recuerdos de aquella mirada de despedida.

El Doctor Dulcifer estaba de buen humor, se mostró en extremo obsequioso. Estuvimos charlando hasta después de las ocho. Entonces mi huésded me pidio permiso para escribir una carta, y entre tanto me fuí á dar un paseo por el jardín.

Las ventanas posteriores del piso misterioso estaban todas abiertas; la atmósfera, más bochornosa que nunca; la escalera portátil del jardinero muy tranquila en el colgadizo; el fiero mastín en su perrera royendo los huesos que le habían dado. Bueno. Ya no vendrán á visitar al perro otra vez esta noche. Debo, pues, arrojarle mi pedacito de carne químicamente preparada. Lo hi-

ce sin pérdida de tiempo: el perro cogió el pedazo de carne: oí como un mordiscón, un ruido sordo, un gruñido, y se acabó con el mastín que quedó dentro de la perrera, donde nadie podría ver que estaba muerto hasta la mañana siguiente cuando vinieran á darle su ración diaria.

Volví donde estaba el Doctor; tomamos juntos una copa de licor, encendí un puro habano, y me despedí á eso de las diez. El misterioso sirviente cerró la puerta, no bien hube salido. Me dirigí á Barkingham, seguí el camino durante cinco minutos, al cabo de los cuales cambié mi itinerario, é hice rumbo á la huerta del Doctor; encendí mi linternllla con auxilio de mi puro y uno de aquellos horribles fósforos de azufre que eran los únicos que entonces se conocían, cerré mi linterna y me encaminé á las tapias del jardín.

Eran estas formidablemente altas, guarecidas con pedazos de botella; pero tan viejas eran las tapias, que cuando las escarbé un poco con mi destornillador, vi que se desmoronaban con la mayor facilidad.

Saqué cuatro ladrillos para dar puntos de apoyo á los pies en diferentes posiciones. Fué un trabajo duro y largo, por fácil que parezca en la descripción, particularmente si se tiene en cuenta que tenía que sostenerme en el borde del muro, apoyado en mi sombrero gacho que me servía de protección para no herirme las manos con los vidrios, mientras con la otra mano trataba de hacerlos desaparecer para poner las rodillas y descender por el lado opuesto. Después de haberlo conseguido, la gran dificultad estaba vencida, y lo único que me quedaba por hacer, era dejarme caer suavemente sobre un cuadro de flores.

En el jardín reinaba completo silencio; en la parte posterior de la casa no se veía el menor indicio de luz; las ventanas del primer piso estaban cerradas; las del segundo piso, el misterioso, estaban aún abiertas. Busqué la escalerita portátil del jardinero, la arrimé á la pared, até en la extremidad de la escalerita una punta de la cuerda, tomé la otra entre los dientes, y me preparé á trepar al balconcito valiéndome de las fuertes ramas de la parra y del enrejado que le servía de sostén.

Todo hombre con experiencia de la vida debe de haber observado cuán unidos están, en las circunstancias más críticas, lo grotesco y lo terrible, lo cómico y lo serio. En esos instantes pensamos á veces en cosas que en realidad no están en harmonía con la situación. Cuando puse la vida en peligro en aquella memorable noche, al empezar á escalar la pared de la casa, me acordé de la eterna Lady Mortimer sumergida á la sazón en refrigerante sueño, y en las exclamaciones frenéticas en que mi cuñado Batterbury habría prorrumpido, si hubiese visto al nieto de mi respetable abuela poniendo en tan grave riesgo su preciosa vida en aquel momento crítico. No la quiero echar de héroe, tenía plena conciencia del peligro á que me estaba exponiendo; sin embargo, no pude menos de sonreirme á la idea de contemplar el rostro que pondría mi cuñado al verme donde estaba.

Llegué al balconcito con toda seguridad. Mi tarea ahora era tirar de la escalerita, por medio de la cuerda, con el menor ruido posible. Conseguido esto, la arrimé á la pared, presté atención, medí con la vista la distancia á la ventana abierta en el segundo piso, escuché de nuevo, y viendo que todo estaba tranquilo comencé mi segunda y última ascensión. La escalerita no era

muy corta, y como mi estatura es bastante elevada, me apoyé con la mano en el antepecho de la ventana, y mi cabeza quedó al nivel del cuarto misterioso.

Entonces se me ocurrió que alguien podría estar durmiendo allí.

Apliqué el oído á la ventana atentamente antes de aventurarme á sacar mi linternilla. La noche estaba tan tranquila que no había en el jardin el más leve ruido que pudiera distraer mi atención. Me volví todo oídos. En aquella calma absoluta é intensa habría podido distinguir la respiración más ténue de alguno que hubiese estado durmiendo allí, dado caso que hubiera sido un dormitorio. No oía realmente sino los latides apresurados de mi corazón. Los momentos que estuve en suspenso me parecieron siglos. Apoyé la otra mano en el antepecho de la ventana. Entonces tuve un instante de vacilación y duda. ¿Debía proseguir mi aventura? Ya era tarde para retroceder, así es que me díje: «adelante,» y penetré por el postigo abierto.

No bien estuve dentro de aquella habitación obscura y desconocida, saqué la linterna de mi bolsillo, y levanté la pantalla.

Hasta entonces todo iba bien. Me encontré que estaba en un cuarto donde se guardaba la leña y el carbón de piedra. Los objetos principales que observé en aquel cuarto fueron unas cajas vacías con aros de hierro, semejantes á aquellas que traían los dos trabajadores de que ya he hablado; algunos sacos viejos de carbón; una caja llena de hulla; y fuelles de herrero. La puerta de comunicación estaba abierta, como era de esperar, para qne penetrara el aire exterior. Me quité los zapatos y atravesé la puerta. Mi primer impulso fué bajar la pantalla de la linterna y prestar oído de nuevo.

Nada se oía; pero á la extremidad del pasillo ví una luz brillante que salía por la puerta entreabierta de uno de los misteriosos cuartos del frente.

Me arrastré hacia allí lo más cautelosamente posible. Percibí un fuerte olor de ingredientes químicos. Presté de nuevo oido y me pareció distinguir encima de mí, y en algún cuarto distante, un ruido semejante al de un gran horno, pero que se había tratado de amortiguar. ¿Debería retroceder en esa dirección? No, mientras no hubiese visto algo de lo que contenía el cuarto de la luz brillante. Me adelanté con la mayor precaución hasta llegar á la puerta. Me detuve, y cuando me convencí de que no había allí alma viviente, dormida ó despierta, impulsado por una fatal curiosidad, penetré inmediatamente y empecé á mirarlo todo con ávidos ojos.

Ví cucharones de hierro, cacerolas llenas de arena blanca, sierras en cuyos dientes habían aún pedacitos de metal, moldes de yeso, sacos con polvo de yeso, una máquina poderosa cuyo nombre y uso no me eran desconocidos teóricamente; botellas de agua fuerte, cuños esparcidos sobre un aparador, crisoles, papel de lija, barras de metal é innumerables instrumentos de la más extraña forma.

Como el lector debe de saber, á estas horas no era yo hombre que me paraba mucho en escrúpulos; pero cuando ví estos objetos y pensé en Alicia, no pude menos de estremecerme. No quedaba la menor duda, á pesar de lo poco que había visto; los importantes trabajos y experimentos químicos á que se dedicaba el Doctor Dulcifer, eran pura y simplemente los de fabricar moneda falsa.

¿Sabía Alicia lo que yo había des-

cubierto entonces, ó solamente lo sospechaba?

De cualquier modo que respondiese yo esta pregunta para mis adentros, había hallado ya la explicación de su conducta en el prado á orillas del río, y conocía la causa de aquella tristeza y aquella profunda melancolía que se apoderaban de ella tan luego como nuestra conversación giraba sobre las ocupaciones de su padre. ¿Vacilé en mi resolución de casarme con Alicia ahora que había descubierto cuál era el obstáculo que se había opuesto á nuestra mutua falicidad? De ningún modo. Estaba por encima de todas esas preocupaciones, mejor dicho, estaba perdidamente enamorado y no tenía que temer oposición alguna de mi familia que de tal manera me había segregado de su seno. Después que la sorpresa del descubrimiento hubo pasado, mi resolución de ser el marido de Alicia se afirmó en mi con más vigor que nunca.

Había una mesita redonda en un rincón del cuarto, en el punto más apartado de la puerta, que aún no había examinado. Un deseo febril de verlo todo, de penetrar en lo más íntimo del laberinto en que me había metido, me dominaba por completo. Me dirigí á la mesita, y vi arreglados simétricamente cuatro objetos que parecían gruesos cilindros envueltos en papel. Abrí las puntas de uno de ellos, y hallé que contenía monedas de plata.

Cerré de nuevo el rollo y levantaba la cabeza de la mesa sobre que había estado inclinado, cuando sentí en la mejilla derecha algo frío y duro. Retrocedí, alcé los ojos, y me vi frente á frente del Doctor Dulcifer, que con una pistola me tocaba las sienes.

CAPITULO IX.

El Doctor se había quitado también los zapatos y se había acercado sin hacer el menor ruido. Amartilló la pistola sin pronunciar una palabra. Comprendí que quizás me hallaba ante la muerte. Nos miramos mutua, fija y silenciosamente; él, poderoso y próspero malvado, con mi vida en sus manos; yo, el abyecto y pobre diablo, esperando su decisión.

Debió transcurrir lo menos un minuto desde que oí amartillar la pistola hasta que el Doctor habló.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? me preguntó.

La manera tan sencilla con que me hizo la pregunta y la perfecta calma y cortesía con que me habló, me trajeron á la memoria al Caballero Webster. Pero el Doctor tenía aspecto más respetable; su calva era más intelectual y benévola; había cierta delicadeza en la carnosidad de la barba, una especie de afabilidad en los carrillos perfectamente afeitados, y una reverente rudeza en las cejas que, fisonómicamente hablando, lo elevaban en la escala social á una altura muy superior á la de mi antiguo compañero de prisión.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?—repitió sin dar muestra de la menor irritación.

Le dije como lo había logrado, sin ocultar nada. La gravedad de la situación y la viveza del entendimiento del Docter, expresada en sus ojos, hacían muy peligrosa toda tentativa mía de desfigurar los hechos.

—¿Usted deseaba saber en qué me ocupaba, no es verdad?—dijo cuando hube concluido mi confesión.—¿Lo sabe usted ya?

El cañón de la pistola rozó mi mejilla al pronunciar el Doctor las úl-

timas palabras. Pensé en todos los objetos sospechosos esparcidos en aquella habitación, en la probabilidad de que me hacia esa pregunta para poner á prueba mi valor, y en la certidumbre de que me dispararía inmediatamente su arma si yo empezaba á faltar á la verdad. Pensé en todas estas cosas y respondí resueltamente:

—Si, lo sé ahora.

Me dirigió una mirada pensativa; y luego con voz baja, resuelta, como quien reflexiona á solas, dijo sin digirse á mí, sino hablando consigo mismo:

—¿Supongamos que dispare?

Ví en sus miradas que si yo daba muestras de debilidad, tiraría del gatillo de la pistola.

—¿Supongamos que usted confie en mí?—dije sin mover un músculo del rostro.

—Abajo, en el salón de recibo, tenía confianza en usted creyéndole un hombre honrado; pero aquí no pasa usted de ser sino un ladrón—replicó el Docter con una sonrisa de satisfacción, producida sin duda por la lucidez de su respuesta.—No, continuó como hablando consigo mismo, hay peligro de todos modos; pero el menor es tal vez quitarlo de en medio.

—Un grave error, dije. Hay parientes míos que tienen un interés pecuniario en mi vida, pues de ésta depende que reciban ó no una gruesa suma de dinero. Si desaparezco, me buscarán.

Desde entonces me he maravillado cómo pude guardar mi sangre fría en presencia de la pistola del Doctor; pero mi vida dependía de conservar la serenidad de espíritu, y la naturaleza, desesperada de la situación en que me hallaba, me dotó también de un valor desesperado.

—¿Cómo saber que no está usted mintiendo? preguntó.

—¿No he hablado la verdad hasta ahora?

Estas palabras le hicieron vacilar. Bajó la pistola lentamente. Yo empecé á respirar con más libertad.

—Confie usted en mí, repetí. Si usted no cree que podré guardar silencio acerca de lo que he visto aquí, por lo que á usted concierne, á lo menos usted debe tener la seguridad que lo haré por....

—Por mi hija, me interrumpió con una sonrisa sarcástica.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento. El Doctor movió la pistola con aire despreciativo.

—Sólo hay dos modos de hacer que usted guarde silencio, dijo. El primero, es quitarle la vida; el segundo, es hacer de usted un criminal. Después de reflexionar en lo que acaba usted de decir, el riesgo en uno y otro caso parece casi igual. Yo soy por naturaleza humano; la familia de usted no me ha hecho ningún mal; yo no quiero ser la causa de que pierdan dinero alguno; no le privaré á usted de la vida, sino de su reputación. En este piso de la casa todos somos criminales. Usted á venido á buscarnos, y será por lo tanto, uno de los nuestros. Tire usted de aquella campanilla.

Señaló con la pistola el botón de una campanilla detrás de mí. Tiré de ella en silencio.

¡Criminal! La palabra tenía un sonido desagradable. Pero considerando cuán á punto estuvo de bajarse el telón de una vez y concluirse el drama de mi existencia ¿tenía acaso motivos para quejarme de la prolongación del mismo? Pero algunos de los sentimientos mejores de la naturaleza humana, me obligaban á preferir la existencia de un criminal á una muerte honrosa. El amor y el honor me ordenaban que viviese para ca-

sarme con Alicia, y cierto deber de familia me hacía retroceder ante la idea de ocasionar á mi cariñosa hermana la pérdida de una gruesa suma de dinero.

—Si usted pronuncia una sola palabra contradiciendo algo de lo que yo manifieste delante de mis operarios cuando entren al taller, dijo el Doctor guardando la pistola no bien hube tirado de la campanilla, cambiaré de opinión acerca de dejarle la vida y quitarle la reputación. Recuérdelo usted y guarde silencio.

La puerta se abrió y entraron cuatro hombres. Uno era un anciano á quien no había visto antes; en los otros tres reconocí al portero de marras y á los dos trabajadores de siniestro aspecto que había encontrado una vez en la puerta de la casa. Todos, al verme, hicieron un movimiento de sorpresa.

—Presento á usted, dijo el Doctor asiéndome del brazo, á Lima vieja y Lima nueva, á Fuelle y á Tornillo, mis compañeros de trabajo. Y luego, dirigiéndose á los hombres les dijo: les presento á ustedes al señor Francis Turner. Todos tenemos apodos en este taller, señor Turner, derivados de nuestros instrumentos y maquinaria. Cuando haya permanecido usted aquí algún tiempo, tambien recibirá su apodo. Hablando después con sus operarios:

—Caballeros, les dijo, este señor es un nuevo afiliado que posee conocimientos en química, que nos serán de suma utilidad. Está perfectamente enterado de que la naturaleza de nuestra ocupación nos hace que sospechemos de todos los recienvenidos, y por lo tanto desea daros una prueba evidente de que se puede contar con él. Para ello, fabricará una moneda inmediatamente y la enviará á nuestros estimables corresponsales de Londres, con la dirección y explicaciones escritas de su puño y letra. Cuando ustedes vean que ha hecho todo esto por su propia voluntad, y que por lo tanto, ha puesto su vida tan completamente en manos de la justicia como nosotros, verán ustedes que es en realidad uno de los nuestros y que nada tenemos que temer acerca de lo porvenir. Tan pronto como haya fabricado una moneda pasablemente buena, bajo la inspección y dirección de ustedes, me lo harán saber. Voy á descansar unas cuantas horas en mi estudio, y allí me hallarán ustedes si para algo me necesitan.

Nos saludó de la manera más amistosa y salió de la habitación.

Miré con considerable desconfianza á los cuatro "caballeros" que debían instruirme en el noble y honrado arte de fabricar moneda falsa. Lima nueva era el portero que parecía un trabajador; Lima vieja era su padre; Fuelle y Tornillo los dos operarios de rostro siniestro. El que menos me agradó de los cuatro fué Tornillo. Sus ojillos inquietos me seguían por todas partes con traicionera expresión, tanto que me dije á mí mismo más de una vez: "Vas á tener que ver con Tornillo."

Entré sin dilación á ejercer mis nuevas y criminales funciones. La resistencia era completamente inútil, y en cuanto á pensar en pedir auxilio era simple locura, pues aun suponiendo que las ventanas no estuviesen, como lo estaban, cerradas con barras, la casa se hallaba completamente aislada, estando la habitación más inmediata á una milla de distancia. Por lo tanto, me abandoné á mi suerte con la magnanimidad de costumbre. Con tal de que al fin pudiera obtener á Alicia, me resignaba á perderlo todo: tal era mi filosofía.

No entraré en detalles acerca del arte de fabricar moneda falsa bajo los auspicios de Lima vieja, Lima

nueva, Fuelle y Tornillo. Diré solamente que yo era una especie de máquina en las manos de estos hábiles obreros. Pasé de una habitación á otra y de un procedimiento á otro, bajo la dirección inmediata de estos cuatro honrados individuos. Me dí varias cortaduras; me quemé varias veces; casi perdí el habla de pura fatiga y tuve vértigos de puro sueño. Al fin, ya muy entrado el día, llamaron al Doctor Dulcifer. Emplée en fabricar mi primer moneda más tiempo de lo que emplearía un hombre en ganarla honradamente, lo que no es poco decir.

Con rostro sonrosado y fresco, después de su noche de reposo, el Doctor inspeccionó la moneda que yo habia hecho, del mismo modo que examina un maestro las planas y ejercicios de un niño. La pasó á Lima vieja para que le diese la última mano y corrigiese las faltas. Después me fué entregada. Con mis propias manos la puse en uno de los rollos de monedas falsas, y de mi puño y letra escribí las señas del paquete dirigido á cierto traficante de Londres que debía de recibirlo el día siguente. Hecho esto, mi iniciación quedó completa.

—He enviado por el baúl de usted á la posada y he pagado la cuende usted en la misma, dijo el Doctor. Naturalmente, en nombre de usted. Ahora podrá usted gozar la hospitalidad que antes no me fué dado ofrecerle. Arriba se le ha preparado una habitación. No se encuentra usted realmente aprisionado; pero hasta que no haya terminado usted su educación, me parece lo más acertado que no la interrumpa saliendo á la calle.

—¿Estoy preso? pregunté lleno de sorpresa.

—La palabra preso es dura, exclamó el Doctor. Digamos un huésped vigilado.

—¿Piensa usted seriamente en tenerme encerrado en esta parte de la casa á merced de su voluntad? le pregunté sintiendo que me desfallecía el corazón á cada palabra que decía.

—Esta parte de la casa es muy espaciosa y ventilada, dijo el Doctor. En cuanto á la parte baja, no encontrará á nadie en ella; de modo que sería inútil que usted fuese.

—¿No hay nadie? repetí con voz apenas perceptible.

—No. Mi hija partió para el campo esta mañana, en compañía del ama de llaves, con objeto de cambiar de aire. Usted me mira sorprendido, amigo mío. Me explicaré con toda franqueza. Mientras era usted el respetable hijo del Doctor Turner y nieto de Lady Mortimer, no tenía inconveniente en que mi hija se asociara con usted, y no me habría opuesto á que se casara con un individuo de família tan altamente emparentada. Ahora, sin embargo, que no es usted sino uno de los trabajadores de mi fábrica de hacer moneda, la posición social de usted se ha alterado de manera desventajosa, y como no es posible que trate de hacer á usted mi hijo político, he creído que lo más acertado, para impedir toda probabilidad de que usted viese de nuevo á Alicía, era enviarla lejos de esta casa, mientras usted permanezca en ella. Usted se quedará con nosotros hasta que yo acabe de arreglar ciertos negocios que tengo entre manos y se hallan muy adelantados. Entonces podrá usted irse si gusta. Recuerde usted, señor mío, que á nadie, sino á usted mismo, tiene que echar la culpa de la posición en que ahora se encuentra; y hágame usted la justicia de admitir que mi conducta hacia usted ha sido muy recta y muy natural atendidas las circunstancias del caso.

Estas palabras realmente me anonadaron, y ni siquiera hice la tentativa de contestarlas. Todas las fatigas, tanto físicas como morales á que había estado sometido hacia doce horas, me habían quitado hasta las fuerzas de hablar. Silencioso me retiré á mi cuarto, y una vez allí, prorrumpí en llanto como un niño.

Cuando me hube fortalecido y descansado con algunas horas de sueño, pude entonces ocuparme del porvenir con más tranquilidad.

¿Qué era lo que más me convenía hacer? ¿Intentar evadirme? No desesperaba de conseguirlo; pero cuando empecé á pensar en las consecuencias del buen éxito, vacilé. Mi objeto principal ahora no era tanto obtener mi libertad, como hallar los medios de saber de Alicia. Nunca había estado tan profunda y perdidamente enamorado de ella, como al saber que se hallaba separada de mí. Supongamos que lograse escaparme de las garras del Doctor Dulcifer, ¿no equivaldría á quedarme sólo en el mundo sin la menor probabilidad de dar con su hija? Supongamos, por otra parte, que permaneciese por ahora en la casa de ladrillos rojizos, ¿no me encontraría por esa sola circunstancia en la posición más conveniente para hacer algún descubrimiento favorable á mi propósito?

En primer lugar, había la probabilidad de que Alicia pudiese hallar algún medio secreto de comunicarse conmigo, si yo permanecía donde estaba. En segundo lugar, el Doctor probablemente escribiría á su hija ó recibiría cartas de ella, y si yo lograba aclarar las sospechas respecto á mi persona, mediante una conducta tranquila y llena de docilidad y siempre pendiente de cualquiera eventualidad que se presentase, podría al fin hallar oportunidad de sorprender los secretos de su pupitre. Me decía que me encontraba libre de todo miramiento para con un hombre que me mantenía preso y me había hecho su cómplice, amenazándome quitar la vida. Por lo tanto, resolví demostar exteriormente una sumisión amable á mi destino, determinando al mismo tiempo estar alerta y aprovecharme de la primera ocasión que se me presentara de jugar una pasada al Doctor Dulcifer. La primera vez que lo ví al siguiente día, le saludé y le hablé con la mayor cortesía, á lo cual él respondió en el mismo estilo.

—Permítame usted que le dé la enhorabuena por el cambio favorable que noto en sus maneras y aspecto. Muy bien, continúe usted como ha empezado.

CAPITULO X.

Los primeros días que pasé en mi nuevo oficio me convencieron de que el Dr. Dulcifer se guardaba de que le hiciera traición por medio de un sistema de vigilancia digno de los peores tiempos de la Inquisición.

Ninguno de nosotros sabía si estaba ó no vigilado en casa, ó en la calle, cuando salía á desempeñar alguna comisión. En la pared de todas las habitaciones había agujeritos invisibles; y ninguno, mientras estaba trabajando, tenía la seguridad de que no estuviesen espiando sus acciones ó escuchando lo que hablaba. Aunque todos vivíamos juntos, éramos probablemente el grupo de hombres menos unidos que jamás existiera bajo un mismo techo. Para perpetuar la falta de unión entre nosotros, no éramos tratados todos de la misma manera. Pronto descubrí que Lima vieja y Lima nueva merecían en grado su-

perior la confianza del Doctor Dulcifer con preferencia á Fuelle, á Tornillo y á mí mismo. Había un cuarto cerrado, una puerta también continuamente cerrada que impedía el acceso á una escalera que daba al fondo de la casa, cuyas llaves tenían Lima vieja y Lima nueva, y que jamás se confiaron á los otros. Había también una trampa en el pavimento del salón en que trabajábamos, cuyo uso nadie conocía sino el Doctor y sus dos operarios privilegiados. Si en materia de sueldos no hubiéramos estado casi en completa igualdad, estas distinciones habrían sido causa de malquerencia entre nosotros. Pero como nadie podía quejarse de que se le pagara injustamente menos que á otros, poco importaba el asunto de la preferencia personal cuando en ella no iba envuelta mayor grado de utilidad.

El Doctor debía de haber ganado mucho dinero con su industria de monedero falso. Sus utilidades en el negocio no podían haber bajado de quinientos por ciento; y para hacerle plena justicia, era un amo tan generoso como rico. Aún á mí que era completamente novicio, se me pagaba, proporcionalmente, tan bien como á los demás.

Por supuesto que nosotros no teníamos nada que ver con el asunto de pasar el dinero falso: nuestro único oficio era fabricarlo, á veces hasta unas cuatrocientas libras esterlinas, cerca de dos mil duros, á la semana. Su circulación quedaba á cargo de nuestros parroquianos en Londres y las grandes ciudades. Todo lo que pagábamos ó comprábamos en Barkingham, se hacía con dinero legítimo, contante y sonante. Yo, á veces, comparaba las monedas genuinas que tenía con las que se fabricaban bajo la dirección del Doctor, y confieso que siempre la semejanza me sorprendía. Nuestro científico jefe había descubierto un procedimiento algo parecido á lo que hoy creo que se llama electrotipia. Se enorgullecía de esto; pero aún más, y con sobrada razón, del sonido de sus piezas. El que pudiera descubrir los falsos tonos en las monedas del Doctor, tendría que estar dotado de un oído muy exquisito. Aunque yo hubiera sido el hombre más escrupuloso del mundo, habría recibido el dinero de mi salario para no aparecer que me quería distinguir desdeñosamente de mis compañeros. En general me llevaba bien con todos. Lima vieja y yo hasta nos hicimos buenos amigos. Lima nueva y Fuelle trabajaban en harmonía conmigo; pero Tornillo y yo, como lo había previsto, no podíamos llevarnos bien.

El tal Tornillo tampoco se hallaba en buenos términos con sus compañeros, y poseía en grado menor que ninguno de nosotros la confianza del Doctor. Como Tornillo no estaba dotado de caracter apacible y agradable por naturaleza, su aislamiento en la casa lo había agriado mucho, y trató de desfogar su mal humor en mí, como novicio y recien llegado que era. Durante algunos días lo sufrí todo con paciencia; pero al fin ésta me faltó, y me ví obligado á darle una lección como la que yo mismo había recibido del Caballero Webster. Ni me devolvió los golpes que recibió, ni se quejó al Doctor; lo único que hizo fué echarme una mirada siniestra y decirme: «Algún día arreglaremos esta cuenta y quedaremos saldados.» Pronto olvidé las palabras y la mirada.

Como he dicho, me había hecho muy amigote de Lima vieja, y excepto los secretos de nuestra casa-prisión, no tuvo inconveniante en hablar largo y tendido acerca de

asuntos sobre los cuales tenía suma curiosidad de ser instruido.

Había conocido al Doctor cuando éste era muy joven, y estaba al corriente de todos los acontecimientos de su vida. De varias conversaciones que tuvimos en momentos desocupados, saqué en limpio que el Doctor Dulcifer había empezado su carrera en calidad de lacayo con la familia de un caballero; que la hija del caballero aludido se fugó con él llevándose consigo todos los artículos de su propiedad personal en materia de vestidos y joyas; que vivieron algún tiempo con el producto de la venta de estas joyas, y que el marido, una vez que se agotaron los recursos de su esposa, se hizo cómico de la legua durante un par de años. Abandonando esta carrera siguió la de médico-charlatan, primero de asiento en una población, y luego vagando de un punto á otro. Entonces tomó el título de Doctor que se confirió él mismo, y que ha conservado y parece dispuesto á conservar el resto de su vida. De la venta de medicinas de charlatán, pasó á la adulteración de vinos extranjeros, ocupación que alternaba pasando las noches en las casas de juego de París. Al regresar á su país nativo, continuó haciendo uso de sus conocimientos químicos, en el ramo de industria comercial conocido comunmente con el nombre de adulteración de substancias alimenticias, y de aquí gradualmente fué ascendiendo á la adulteración del oro y de la plata, ó en otros términos, á fabricar moneda falsa.

Según lo que refería Lima vieja, aunque el Doctor Dulcifer no había realmente tratado mal á su esposa, nunca habían vivido en completa harmonía, siendo la causa principal de este alejamiento en los últimos años, la negativa absoluta de la señora Dulcifer á consentir en los planes del Doctor, que quería salir de la pobreza por el simple procedimiento de acuñar él mismo su propio dinero. La pobre señora se aferraba aún á los principios que se le habían inculcado en su juventud, y amaba apasionadamente á su hija. Cuando ocurrió su muerte repentina, estaba haciendo en secreto preparativos para abandonar al Doctor, acompañada de su hija, y dirigirse á un país extranjero, bajo la protección del único amigo de su familia que le había permanecido fiel.

Preguntando á mi informante respecto á Alicia, vine en conocimiento de que sabía muy poco acerca de las relaciones entre padre é hija en los últimos años. Lima vieja no tenía duda alguna de que Alicia había descubierto hacía tiempo que su padre no era hombre tan digno de respeto como parecía, y creía también que la muchacha sospechaba que en la actualidad se hacía en la casa algo que no era exactamente como Dios mandaba; pero sí dudaba que supiese algo positivo acerca de la naturaleza de las ocupaciones de su padre. El Doctor no era hombre de dar á su hija ni á ninguna mujer la más leve oportunidad de descubrir sus secretos.

Todos estos particulares los adquirí en un mes de servidumbre y de prisión en aquella fatal casa de ladrillos rojos.

Durante este tiempo no tuve la más mínima idea del paradero de Alicia. ¿Me habría olvidado? No podía creerlo. A menos que aquellos hermosos ojos no fueran los más falsos é hipócritas del mundo, no era posible que me hubiese olvidado. ¿Estaba vigilada? ¿Le habían privado cuidadosamente de todos los medios de comunicarse en secreto conmigo? Siempre que se me ocu-

rrían estas preguntas, dirigía las miradas al bufete del Doctor; pero jamás se apartaba de él sin cerrarlo primero con llave, y además, nunca dejaba ningún papel esparcido en la mesa, ni se ausentaba del cuarto sin haber tomado antes numerosas precauciones. Yo comenzaba á desesperarme, y á veces me entraban deseos de llorar como un chiquillo.

¿Cuánto tiempo había de durar esto? ¿Dónde debería dirigir mis pasos tan pronto como recobrase mi libertad? ¿En qué punto de Inglaterra debería empezar mis investigaciones acerca de Alicia?

Dormido y despierto, trabajando y no haciendo nada, esas eran mis constantes preguntas. Hice cuanto estuvo de mi parte para prepararme á todo lo que pudiera acontecer; traté de armarme de antemano contra cualquier accidente que pudiera sobrevenir. Mientras trabajaba y me esforzaba en aguzar mis facultades y disciplinar mi voluntad de esta manera, ocurrió algo en que no me había atrevido á pensar, ni aún en los momentos en que más esperanzado me sentía.

CAPITULO XI.

Una mañana me encontraba yo en el taller principal con el Doctor. Estábamos solos. Lima vieja y su hijo estaban ocupados en otra parte. Tornillo había sido enviado á Barkingham, acompañado, como de costumbre y por precaución, de Fuelle. Haría una hora que habían salido cuando el Doctor me ordenó que fuese á la pieza inmediata á preparar un molde. Mientras me empleaba en esta operación, oí de repente voces extrañas en el taller principal. Mi curiosidad se despertó al instante. Retiré la tapita que cubría uno de los consabidos agujeritos en la pared y me puse á ver lo que pasaba.

Al primero que distinguí fué á mi antiguo enemigo Tornillo con su rostro de traidor más pálido que de costumbre; luego, dos hombres completamente extraños para mí, de aspecto decente, á quienes parecía haber traído al taller, y junto á ellos á Lima nueva que hablaba al Doctor en estos términos:

—Dispénseme usted, señor, dijo mi amigo el antiguo portero de aspecto de operario, pero antes de que estos caballeros hablen, deseo manifestar, pues me parece que usted no los conoce, que si los he dejado entrar fué después de oírles dar la palabra de pase. No tengo ánimo de ofender á nadie, pero deseo que se sepa que he cumplido con mi deber.

—Perfectamente, dijo el Doctor con el acento más suave. Puede usted ir á continuar su trabajo.

Lima nueva salió de la habitación arrojando una mirada escudriñadora á los extraños y frunciendo el entrecejo á Tornillo.

—Permítanos usted que nos presentemos nosotros mismos, dijo el de más edad.

—Excúsenme ustedes un momento, interrumpió el Doctor. ¿Dónde está Fuelle? agregó dirigiéndose á Tornillo.

—Está en Barkingham desempeñando las órdenes de usted, contestó Tornillo, poniéndose más pálido que de costumbre.

—Encontramos, casualmente, á vuestros dos empleados, y les pedimos que nos encaminaran á la casa de usted, dijo el que había hablado. Este hombre, con una precaución que redunda en su crédito, quiso saber el objeto de nuestra visita, antes de acceder á nuestra demanda. En la respuesta introdujimos la palabra de pase: "la fortuna te guíe," lo que calmó sus temores. Entonces, á petición nuestra, nos guió aquí, dejando á su compañero, como acaba de

decir, desempeñando los encargos de usted en Barkingham.

Al tiempo que se decían estas palabras, ví que las miradas de Tornillo vagaban al rededor de la habitación expresando descontento y sorpresa. Me había dejado allí con el Doctor antes de haber salido. ¿Se habría dado chasco al no encontrarme á su regreso?

Mientras este pensamiento me ocurría, el hombre que había hablado continuó sus explicaciones.

—Hemos venido, dijo, en calidad de agentes para arreglar ciertos negocios privados en nombre del señor Manassés en Londres, con quien creemos está usted en relaciones comerciales.

—Sí, señor, dijo el Doctor con una sonrisa.

—Que le debe á usted una cierta suma, y nos ha comisionado para que arreglemos esa cuentecita.

—Perfectamente, respondió el Doctor restregándose las manos, con aire de complacencia. Mi buen amigo Manassés no quiere fiarse del correo. Me alegro de conocer á ustedes, caballeros. ¿Han traído ustedes algunos apuntes acerca de la cuenta?

—Sí, pero creemos que hay una pequeña inexactitud. Tendría usted algún inconveniente en dejarnos ver su libro mayor?

—Ninguno, absolutamente, dijo el Doctor.

Y luego, dirigiéndose á Tornillo, le ordenó que fuera á su estudio privado y le trajera un libro con pasta de pergamino que encontraría en el sitio que le indicó.

Al obedecerle Tornillo, noté que éste cambió una mirada de inteligencia con los dos extraños, lo que empezó á darme cierta inquietud. Creo que el Doctor notó también la mirada; pero conservó, como de costumbre, toda la serenidad de su semblante, ni aun inmutarse siquiera.

—¡Cuánto tarda ese mozo! exclamó alegremente. Tal vez será mejor que yo mismo vaya á buscar el libro.

Los dos hombres extraños habían ido acortando gradualmente la distancia que los separaba del Doctor desde que Tornillo salió de la habitación. Apenas había pronunciado las últimas palabras, cuando los dos desconocidos se arrojaron sobre el Doctor, asiéndole cada uno de un brazo.

—¡Alto ahí, amigo mío! exclamó el que había llevado la palabra. No hay necesidad de salir. Somos agentes de policía, y lo apresamos á usted por monedero falso.

—No hay duda alguna, contestó el Doctor con la más sublime sangre fría. No hay necesidad de que me tengan ustedes asido del brazo. No soy tan loco que pretenda resistir cuando no hay otro remedio.

—Antes que todo lo registraremos á usted, y después veremos lo que se hace.

El Doctor se sometió tranquilamente al registro. No habiendo hallado arma de ninguna especie en sus bolsillos, le permitieron que se sentara en la silla más inmediata.

—Supongo que Tornillo.... dijo el Doctor con una mirada interrogativa á los empleados de policía...

—Exactamente, respondió el principal de los agentes. Hemos estado en correspondencia secreta con él hace algunas semanas. El hombre que le acompañaba está ya á la sombra; y en cuanto á Tornillo, no espere usted que vuelva con el libro mayor. Tan pronto como vea que el resto de la banda está en casa, irá á buscar un par de compañeros nuestros que están afuera aguardando nuestras órdenes. Sólo necesitamos á un anciano y á un joven, y á un tercero, que es un caballero de na-

cimiento, para dejar la casa limpia. Una vez que hayáis caído todos, será la mejor presa verificada desde que estamos en el servicio.

Lo que el Doctor contestó á esto no lo sé, porque precisamente cuando el agente de policía había acabado de hablar, oí pasos que se acercaban al cuarto donde yo estaba escuchando. ¿Me buscaba Tornillo? Tapé al instante el agujerito y me escondí detras de la puerta. Tornillo entró andando en la punta de los pies con el mayor sigilo.

Frente á la puerta habia un guardarropa vacío. Seguramente, sospechando que yo me había alarmado y ocultado allí, se acercó sin hacer ruido. Le seguí también con la mayor cautela, y cuando sus manos se preparaban á cerrar la puerta del guardarropa, lo así por la garganta. Era Tornillo hombre de pequeña estatura, y de ningún modo podía habérselas conmigo. Fácilmente le arrojé al suelo, medio sofocado, y me eché sobre él para mantenerlo quieto. Cuando ví que su rostro se iba volviendo negro, abrí una de las manos con que le apretaba la garganta, le introduje en la boca el saquillo de yeso que tenía al lado, se lo até fuertemente y haciendo la misma operación con sus pies y manos, le dejé allí completamente inmóvil é incapaz de hacer daño alguno, mientras yo pensaba qué era lo que debía hacer para obtener mi libertad sin peligro alguno.

Podía haberme escapado inmediatamente, pero me detuvo lo que había oído decir al polizonte respecto á los hombres dejados al acecho fuera de la casa. ¿Estaban esperando cerca ó lejos? Creí que sería preferible ver si podía averiguar algo por medio de la conversación de los hombres que se hallaban con el Doctor, antes de correr el riesgo de caer en sus garras si me aventuraba á salir.

Destapé nuevamente y con la mayor cautela el agujerito consabido.

El Doctor parecia estar aún en los términos más amistosos con sus vigilantes guardianes.

—¿Tienen ustedes algún inconveniente en que toque la campanilla y pida algún refrigerio antes de que partamos para Londres? preguntó el Doctor con el mejor buen humor del mundo. Un vaso de vino y un pedazo de pan y queso no vendrán mal, caballeros, si es que ustedes tienen tanta hambre como yo.

—Si usted quiere comer y beber, ordénelo usted cuanto antes, dijo uno de los hombres con áspero acento. Nosotros no queremos nada.

—Lo siento mucho, dijo el Doctor. Tengo el mejor vino de Madera que puede beberse en Inglaterra.

—No lo dudo, respondió uno de los hombres sarcásticamente. Pero usted no nos tomará seguramente por unos mentecatos, y debe de saber que algo se nos alcanza en materia de vinos praparados para casos especiales.

—¡Vaya! exclamo el Doctor ¡vaya! ¿Cómo pueden ustedes imaginar semejante traición de parte mía que, después de todo, á nada conduciría?

Se dirigió á una esquina de la habitación y tocó un botón incrustado en la pared, botón que yo no habia visto antes. Sonó inmediatamente una campanilla cuyo retintín me pareció nuevo á mis oídos. Luego, descorriendo algo en la pared, aplicó la boca al agujero de un tubo que también era para mí del todo nuevo, y dijo:

—¡Rubén!

Era la primera vez que yo oía semejante nombre en la casa.

—¿Quén es Rubén? preguntaron á la vez los dos hombres adelantándose hacia al Doctor como gente que sospechaba algo.

—Sólo mi criado, contestó el Doctor, que de nuevo se dirigió al tubo, y dijo:

—Trae un poco de queso de Roquefort y una botella de Madera, añejo.

El queso que siempre habíamos comido era de Holanda. Y en cuanto á vinos, los que bebí en los días en que comía con el Doctor y su hija, habían sido Jerez, Oporto, Burdeos, pero no por cierto Madera añejo. Tal vez, pensé para mis adentros, se guardaba el mejor vino para su uso personal.

—Pedro, dijo uno de los agentes de policía, ten cuidado aquí de nuestro cortés amigo, que yo le echaré el guante á Rubén cuando traiga el refrigerio.

—¿Quieren ustedes enterarse de la manera de fabricar dinero mientras mi sirviente arregla lo que ha de traer? dijo el Doctor. Tal vez les sirva á ustedes en la causa que supongo se me seguirá, si pueden ustedes dar testimonio de que les he proporcionado todas las facilidades de enterarse de cuánto desean saber. Lo único que suplico es que digan ustedes que desde el principio no he hecho resistencia alguna y me he sometido átodo. Esto tal vez me recomiende á la clemencia de mis jueces.

Y empezó á explicar con el mismo tono que lo hubiera hecho un catedrático en su cátedra, el nombre, uso y modo de emplear algunas de las máquinas que estaban á la vista. Los dos agentes no pudieron menos de prorrumpir en una carcajada. Dirigí entonces una mirada á Tornillo que me quería asesinar con los ojos. Presentaba un aspecto tan repugnante, que volví la cabeza con disgusto. ¿Qué es lo que debía hacer? El tiempo pasaba y no había oído una sola palabra que me arrojase alguna luz acerca de los guardas que estaban fuera de la casa. ¿No sería mejor arriesgarlo todo y salir de una vez por el fondo del edificio?

Cuando me había resuelto á jugar el todo por el todo, oí á los agentes de policía interrumpir al Doctor en su científica conferencia.

—Vuestro refrigerio tarda mucho, dijo uno de los hombres.

—Rubén es algo lento, respondió el Doctor, y el Madera está en lugar remoto de la bodega. Me permiten ustedes que toque de nuevo la campanilla?

—¡Al diablo con la campanilla y el refrigerio! exclamó impaciente el de más edad. No comprendo cómo es que nuestros hombres no están ya aquí. Si tú fueras y los llamaras con un pitazo, Pedro!

—No me atrevo á dejarte solo, replicó Pedro. Este sabio caballero es un mozo muy escurridizo, y me parece que ni aún dos, somos suficientes para vigilarle como se debe.

—¿Qué es lo que pasa? exclamó el compañero de Pedro con acento de desconfianza.

El ruido de vasos, platos ó botellas rotas en la parte baja de la casa se había oído casi simultáneamente con las palabras del cauteloso funcionario. Naturalmente, no pude formarme la más remota idea de lo que significaba ese ruido, pero es lo cierto que despertó en mí tal curiosidad y sospecha, que me hizo irresistiblemente permanecer junto al agujerito de espionaje, aunque momentos antes había resuelto huir de la casa.

—Rubén es tan torpe como lento, dijo el Doctor. ¡De seguro que ha dejado caer la bandeja! Sí ¡ha dejado caer la bandeja!

—Bajemos con nuestro sabio amigo, llevándole de brazo, dijo Pedro. No estaré tranquilo hasta que no le tengamos fuera de esta casa.

—Y yo hasta que no le haya puesto esposas antes de que salgámos de esta habitación, replicó el otro.

—Me parece una conducta muy ruda, después de haber visto como me he comportado con ustedes, observó el Doctor. ¿Podré al menos tomar mi sombrero mientras tengo las manos libres? Cuelga de aquella percha que ven ustedes. Y mientras hablaba se adelantó hacia el medio de la habitación.

—¡Alto! gritó Pedro. Yo se lo trairé á usted, y antes de dárselo veremos si oculta algo.

El Doctor permaneció inmóvil como un soldado á la voz de "¡alto!"

Y yo buscaré las esposas, dijo el otro registrando los bolsillos de su levita.

El Doctor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Tengan ustedes la bondad de darme mi sombrero y estaré listo para todo, dijo el Doctor que se detuvo un momento, y luego repitió en voz más alta: «Listo,» y desapareció instantáneamente al través del piso, como por arte de tramoya.

Ví á los dos funcionarios correr precipitadamente de ambas extremidades de la habitación á la gran abertura en el piso. La trampa en que el Doctor había estado en pie, y en la que descendió, se cerró con un golpazo en el mismo instante; y una voz amistosa exclamó desde las regiones inferiores: «¡Adiós!»

Los funcionarios se dirigieron inmediatamente á la puerta de la habitación. Había sido cerrada por fuera. Mientras la sacudian furiosamente, se oyó el ruido que formaban las ruedas del cabriolé del Doctor frente á la casa, y de nuevo resonó una voz amistosa que decia: «¡Adiós!»

Me detuve el tiempo necesario para ver á los chasqueados funcionarios quitar las barras de las ventanas con el objeto de dar la alarma. Tapé entonces el agujeríto y dando una mirada á mi postrado enemigo, salí del cuarto.

Al bajar las escaleras ví que estaba abierto el estudio del Doctor. La cartera que probablemente contenía el único indicio del paradero de Alicia, se hallaba sobre la mesa. No había tiempo para abrirla, pues estaba cerrada con un candado, así es que la envolví en mi delantal de trabajo, me la puse bajo el brazo y decendí á la puerta de hierro que cortaba la comunicación con el resto de la casa. Ya estaba cerca de ella cuando ví que la abrian por fuera. Retrocedí inmediatamente para subir las escaleras, cuando una voz, cuyo acento me era familiar, me gritó: «¡No huyáis!» Era Lima nueva.

—¡Todo va bien! exclamó. Mi padre y el Doctor han partido en el cabriolé, y los hombres que estaban al acecho afuera, van corriendo tras ellos. ¡Tiempo perdido! No hay caballo que alcance á la yegua del Doctor, cuanto más dos hombres á pie. ¿Qué es de Tornillo?

—Atado de pies y manos por mí y con una mordaza en el cuarto de moldar.

—¡Bien hecho! Veo que usted tiene sus efectos bajo el brazo. Espéreme usted dos segundos mientras voy á buscar mi dinero. No haga usted caso de los polizontes que están arriba. Nadie hay afuera que los pueda auxiliar, y aunque hubiera, la puerta de la calle está cerrada.

Subió las escaleras. Yo podía oír los gritos de los funcionarios aprisionados que estaban pidiendo socorro desde las ventanas. Los hombres que habían dejado afuera deberían de estar muy lejos persiguiendo el cabriolé del Doctor; y no había muchas probabilidades de

que los aprisionados polizontes recibieran auxilio de alguno que pasara por allí, excepto enviar á Barkingham noticia de lo ocurrido. De todos modos, se podía contar con media hora para escaparnos.

—Ahora, dijo Lima nueva ya de regreso, salgamos por la puerta del huerto. ¿Cómo logró usted echar mano á Tornillo? continuó cuando hubimos pasado la puerta de hierro, que cerramos de nuevo.

—Dígame usted primero cómo se las compuso el Doctor para hacer aquella tronera en el piso en el momento oportuno?

—¡Qué! ¿Vió usted funcionar la trampa?

—¡He visto todo!

—¡Vaya! ¿Tenía usted la menor idea de que durante todo el tiempo que estaba usted al acecho, no cesaban las señales de inteligencia entre el Doctor y nosotros? Teníamos un juego completo de señales para caso de accidentes. Era una regla invariable que mi padre, el Doctor y yo nunca estuviésemos juntos en el taller, de modo que uno de nosotros estuviera siempre en estado de proceder á hacer lo necesario, según las señales. ¿Dónde va usted?

—A buscar la escalerilla del jardinero para saltar la cerca. Prosiga usted su narración.

—La primera señal, la da una campanilla privada que significa *Oído al tubo.* La segunda, es llamar á «Rubén» que significa, *¡Peligro! Cerrad la puerta.* «Queso Roquefort,» quiere decir, *Enganchen la yegua*; y «Madera viejo,» significa, *Poneos junto á la trampa.* Esta funciona en el cuarto cerrado en que usted nunca entró, y cuando estamos ocupados en la maquinaria, cometemos siempre la torpeza de que ocurra un accidente con la bandeja del refrigerio. «Listo» es la señal para bajar la trampa, que se hace como en las tramoyas de un teatro. Bajamos la trampa con mucha rapidez, como usted habrá visto, y descendemos por la escalera de atrás. Mi padre montó en la calesa con el Doctor, yo les dejé salir y cerré inmediatamente la puerta. Ya sabe usted cuanto es posible decir ahora.

Franqueamos con facilidad el muro ayudados de la escalera. Cuando estuvimos de la parte exterior, Lima nueva me dijo que lo más seguro y conveniente para los dos sería separarnos, y que cada cual tomara un camino distinto. Nos dimos un apretón de manos y nos separamos. El se dirigió hacia Londres, y yo hacia el oeste con la preciosa carpeta del Doctor Dulcifer bajo el brazo.

CAPÍUTLO XII.

Durante dos horas anduve sin detenerme ni fijarme mucho en qué dirección iba, con tal de que me alejase de Barkinghan.

Según mis cálculos habría andado unas siete millas, cuando empecé á considerar que la carpeta del Doctor era una verdadera carga, y me determiné á examinar su contenido sin pérdida de tiempo. Dejé, pues, el camino, penetré en un campo y me interne en un bosque espeso, donde hallándome perfectamente oculto á las miradas del mundo, abrí con gran trabajo la carpeta y empecé á inspeccionar sus papeles.

Con gran sorpresa y chasco mío, vi que apenas había qué examinar.

Hallé el material necesario para una extensa correspondencia, pero por junto, no encontré sino media docena de cartas, de las cuales cuatro eran de nogocios, y las otras dos de amigos que se referían á asuntos y personas que nada me interesaban. Encontré también unos cuantos recibos, papel de cartas de va

rios tamaños, y algunas hojas de papel secante. Nada más; absolutamente nada más en esta engañadora carpeta en la que había cifrado toda mi esperanza de poder hallar el paradero de Alicia.

Nada es capaz de pintar mi dolor y mi desesperación al ver destruidos de un golpe todos mis planes y más queridos sueños. Si en aquel instante hubiesen llegado allí los agentes de policía, creo que los habría dejado apresarme sin hacer el más mínimmo esfuerzo para escaparme de sus garras. Pero ni un alma se veía en aquellos contornos. Me parece que permanecí sentado al pie del árbol más de una hora con los papeles inútiles del Doctor entre las manos, entregado profundamente á mis amargos pensamientos, y sin saber qué hacer.

Al cabo de ese tiempo la inquietud y movilidad natural de mi espíritu, empezaron á manifestarse.

Levante la cabeza, y me dije que ese no era por cierto el modo de encontrar á Alicia ni conseguir mi seguridad personal, y cobrando ánimo y fuerzas me puse de nuevo en marcha; pero antes me pareció conveniente destruir los recibos y las cartas, por temor de que pudieran servir para dar con mi paradero si los encontraban allí. Dejé la carpeta entre las hierbas espesas, pues no tenía nombre ni inicial alguna que indicara su dueño; el papel de cartas y las plumas los guardé en el bolsillo; en previsión de uso futuro. El papel secante fué la última cosa de que dispuse. Eran dos pedazos, muy limpios, excepto en un lugar en que se veía la impresión dejada por unas cuantas líneas al tiempo de secarlas. Iba á guardarlos en mi bolsillo junto con las plumas y el papel de cartas, cuando algo me llamó la atención.

Cuatro líneas borradas se veían, cada una de dos ó tres palabrar, sobresaliendo cada línea á la de arriba de izquierda á derecha. ¿Habría estado el Doctor escribiendo versos y los habría secado de prisa y carrera? Esto es lo que á primera vista parecía. Después de varias tentativas para descifrar aquella especie de geroglíficos, y de mirarlos de uno y otro lado, pude al fin sacar en limpio lo siguiente:

Señorita Giles,
Plaza Zión 2,
Crickgelly,
Gales del Norte.

Difícil era poderse formar una opinión acerca de la escritura; pero el carácter de algunas de las letras se me pareció al de las del Doctor Dulcifer, á pesar de estar medio borradas en el papel secante. Pero suponiendo que hubiera acertado en mis cálculos ¿quién era esa Señorita Giles, de quien nunca había oído hablar?

Este era el problema que debía de resolver. ¿Era tal vez alguna amiga del Doctor residente en el País de Gales? Probablemente. Pero ¿porqué no sería la propia Alicia bajo un nombre supuesto?

Me detuve en esta idea, y me dije: puesto que su padre la ha hecho salir de su casa para alejarla de mi lado, lo que parecía más lógico era que hubiese tomado todas las precauciones posibles para impedir que yo diese con su paradero, y por lo tanto, como primera y más prudente medida, la prohibición de que viajara con su verdadero nombre.

Cierto es que Crickgelly, en el Norte de Gales, era un lugar muy remoto para desterrarla; pero el Doctor Dulcifer no era hombre que se paraba en pelillos ni hacía las cosas á medias: sabía hasta dónde llegaban mi astucia y mi resolución una vez que me proponía ejecutar algo; y habría dado muestras de

una candidez, que no tenía, si hubiese ocultado á su hija en un lugar cualquiera á una distancia razonable de Barkinghan.

En fin, y esto era de la mayor importancia; el nombre de la señorita Giles me olía á la legua á nombre supuesto. Y aunque hubiera existido una persona con ese apellido, no sé por qué razón me resistía entonces á admitir la posibilidad de la existencia de semejante mujer.

Antes de guardar en el bolsillo el precioso pedazo de papel secante, había resuelto para mis adentros que mi primer deber era dirigir mis pasos inmediatamente á Crickgelly. No estaba seguro de nada, ni siquiera de la identificación de la escritura del Doctor en la impresión dejada en el papel secante; pero de lo que sí estaba cierto, y muy cierto, era que tenía que alejarme de Barkinghan cuanto más me fuera posible. Por lo demás, poco me importaba el lugar á donde fuera; y careciendo de toda certeza acerca del punto en que residía mi adorada Alicia, hallaba una especie de consuelo y hasta algo de alentador en seguir los dictados de mi imaginación

Cuando me encontré de nuevo en el camino real era ya otro hombre: había desaparecido toda aquella indecisión y abatimieto que dejaron en mi espíritu la idea de que había perdido á Alicia para siempre. Después de caminar algunas horas divisé á lo lejos el humo y las chimeneas de una gran población fabril. Allí podría encontrar una diligencia que me llevase á Crickgelly, sin tener que hacer á pie la larga distancia que de ese lugar me separaba.

Al acercarme á la población fabril y al notar las miradas de los que pasaban junto á mí, caí en la cuenta de algo que hasta entonces había desatendido, ó mejor dicho, olvidado por completo; esto es, la necesidad de cambiar radicalmente mi apariencia exterior.

No tenía que temer á los agentes de policía, porque ninguno me había visto; pero me asaltó la idea de que podía tropezar de manos á boca con mi antiguo enemigo el honrado Tornillo, de quien seguramente harían uso los funcionarios de marras, con objeto de identificar á los compañeros á quienes había hecho traición. Tenía, además, sobrados motivos para creer que los auxiliaría en apresarme con preferencia á todos los demás, sin exceptuar al Doctor.

Mi traje era de un *dandy* ó pisaverde, algo averiado, para decir la verdad, pero de colores alegres y corte horrible. No lo había cambiado por el traje de un artesano durante mi permanencia en el laboratorio del Doctor, porque nunca tuve la intención de quedarme allí un minuto, si me era dado efectuar mi fuga. El delantal en que había envuelto la carpeta consabida, era lo único que participaba del honorable uniforme de un obrero.

¿Sería conveniente agregar al delantal otros artículos que me diesen más el aspecto de un honrado artesano? No: mis manos eran demasiado blancas y demasiado bien cuidadas; mis modales eran en extremo corteses y escogidos para disfrazarme de artesano. Lo más seguro era afeitarme las patillas, recortarme el pelo, comprar otra clase de sombrero, un paraguas y vestir un traje completamente negro.

En la primera tienda que encontré, compré una maleta y un traje negro que me daba la apariencia de un ministro protestante. En la primera barbería con que tropecé, me recorté el pelo é hice desaparecer mis patillas. Hecho esto, me dirigí de nuevo al campo, hasta que en-

contré un lugar bastante protegido y oculto donde mudé mi vestimenta, saliendo con aire modesto, tranquilo, reverendo, con el paraguas de algodón bajo el brazo, las miradas fijas en el suelo y el sombrero hasta los ojos. Cuando ví á dos labradores que, al pasar junto a mí, se llevaron respetuosamente la mano al sombrero, comprendí que no había que temer mucho y que hasta podía desafiar los vindicativos ojos del mismo Tornillo.

No tenia la más leve idea del lugar en que me encontraba cuando llegué á la Posada del Toro Verde, que fué la primera que se me presentó á la vista. Allí, no sin cierto aire de modestia, pregunté si podrian informarme de la hora en que saldría la próxima diligencia para Gales.

La respuesta que recibí no fué muy alentadora.

La diligencia habia partido hacía una hora y no saldría otra hasta la mañana siguiente, lo que me obligaba á pernoctar en la Posada del Toro Verde. Tomé con debida antelación un puesto en la diligencia, bajo el nombre del Reverendo Juan Peter.

Despues de ordenar se me guardara un cuarto en la posada, y de despachar una comida frugal que consistió en pescado, dos costillas de carnero, papas fritas, postres y media botella de vino ordinario, salí á dar una vuelta por la población.

Como ni siquiera sabía el nombre de ésta y como no quería despertar sospechas, ó por lo menos sorpresa, haciendo una pregnnta de tal naturaleza, me decidí á mezclarme entre la gente del pueblo y sacar el mejor partido que pudiese de mi rara posición.

Héme aquí, me dije, en el corazón de Inglaterra, tan ignorante en materias de localidades como si estuviese en el centro del Africa. Mi fantasía se puso á inventar un nombre para aquella población en que entonces me hallaba, á formar una especie de estadística del número de habitantes que tenía, sus antigüedades é historia, mientras recorría sus calles y me detenia á mirar las vidrieras de los establecimientos y examinaba atentamente el mercado y la casa consistorial.

Al regresar á mi posada, ví en la mesa del salón de recibo todos los periódicos de Londres. El que más á mano estaba, era el "Morning Post." Lo tomé; me senté cómodamente en un lugar retirado y me puse á pasar la vista por la sección de anuncios de la primera página, sin saber por qué, cuando con gran sorpresa leí las siguientes líneas al principio de una columna:

"Si Fr–nc–s T–r–n–r quiere ponerse en comunicación con sus desconsolados y alarmados parientes, la Sra. y el Sr. B–tt–rb–ry, se enterará de algo que le conviene, y puede tener la seguridad de que será perdonado una vez más. Ar–b–la le ruega que le escriba."

—¿Qué quiere decir este misterioso anuncio? fué lo primero que se me ocurrió después de leerlo. Ha arrendado Lady Mortimer otro nuevo plazo de vida, chasqueando á la Señora Muerte que ha estado llamando inútilmente á su puerta varias veces durante estos últimos años? Nada más probable. ¿O han llegado á sospechar mis relaciones con el Doctor Dulcifer? Me parece improbable. Una cosa, sin embargo, estaba fuera de duda; me echaban de menos, y los Batterbury experimentaban, como era natural, ansiedad acerca de mi paradero, ansiedad tal, que les hacía insertar un anuncio en los periódicos.

Discutí conmigo mismo si debía

ó no contestar esta patética súplica. Tenía en mis bolsillos todo el dinero que habia ganado en el último tiempo, pues nunca me desprendí de él durante mi permanencia en la casa de los ladrillos rojos, y la suma era sobrada para las necesidades del momento: por consiguiente, pensé que lo mejor sería dejar en su alarma y desconsuelo á mis ansiosos parientes un poco de tiempo más, y continuar tranquilamente la lectura del "Morning Post."

Después de leer aquí y allí, tropecé con algo que me dió la explicación deseada del anuncio. Era un suelto titulado:

"ALARMANTE ENFERMEDAD DE LADY MORTIMER.—Tenemos el sentimiento de anunciar que esta venerable señora fué atacada de una alarmante enfermedad el sábado último en su residencia campestre. El ataque tuvo todo el caracter de un paroxismo, aunque no se nos ha podido informar su naturaleza exacta. El médico de cabecera de su señoría, que es además su hijo político, el Doctor Turner, fué enviado á buscar inmediatamente, y pronosticó los más funestos resultados. Hubo consulta médica, y se hizo venir á los parientes más cercanos de la distinguida enferma, la Sra. Turner, la Sra. Batterbury, su esposo, el Sr. Batterbury. Cuando llegaron á la morada de la Sra. Mortimer, la condición de esta dama era muy crítica y su respiración altamente estertosa. Si no estamos mal informados, el Doctor Turner y los otros médicos presentes declararon, que si el pulso de la venerable enferma no experimentaba un cambio favorable en el transcurso de un cuarto de hora, habia que esperar un funesto desenlace. Durante catorce minutos, como se informó á nuestro *reporter*, no hubo cambio alguno; pero por extraño que parezca, inmediatamente después, el pulso de la distinguida señora se reanimó de súbito de la manera más extraordinaria. Se la vió abrir los ojos y se oyó preguntar, con sorpresa y contento de cuantos rodeaban su lecho, ¿por qué su almuerzo habitual de caldo de gallina con una copa de Jeréz Amontillado, no estaba en la mesa como de costumbre? Habiéndose traído este refrigerio, mediante el beneplácito de los señores médicos, la anciana paciente lo despachó con todas las apariencias del mejor apetito. Desde aquella feliz alteración en un sentido favorable, la salud de Lady Mortimer ha mejorado rápidamente, y la respuesta que ahora se dá á las amistosas preguntas que se hacen sobre el particular es, para usar la humorística fraseología de la venerable señora: "Mucho mejor de lo que podia esperarse."

¡Bien hecho, mi excelente abuela, mi firme, infatigable é inmortal amiga! Jamás podré decir que mi situación es desesperada mientras puedas tragar tu caldo de gallina y sorber tu Amontillado. Tan pronto como necesite dinero escribiré á mi querido cuñado Batterbury, y le haré que suelte un pedacito de las mil libras esterlinas de marras, por las que ya ha sufrido y sacrificado tanto!

Después de terminado este apóstrofe mental á mi venerada abuela, me retiré á mi habitación y me acosté animado de las más risueñas esperanzas. Mi buena fortuna parecía como que venía á saludarme de nuevo, y empecé á tener la certeza de que iba á descubrir en Crickgelli á mi adorada Alicia bajo el supuesto nombre de la señorita Giles.

El día siguiente por la mañana el Reverendo Juan Peter bajó á almorzar, tan apacible, sonrosado y risueño, que las sirvientas se sonrieron

al verle pasar y la patrona le saludó graciosamente al atravesar el salón. La diligencia llegó, y el reverendo caballero subió á su asiento en la imperial. Un hombre estaba ya allí en su puesto. Mi sorpresa no fué poca al reconocer en él al jefe de los agentes de policía que había intentado, con sobrada confianza en su habilidad, reducir á prisión al Doctor Dulcifer.

No podía haber la menor duda acerca de su identidad, y yo le habría reconocido entre cien personas. Me dirigió una mirada escudriñadora cuando me senté á su lado, y luego se puso á mirar el camino. Como me constaba que era esta la primera vez que me veía, juzgué que mi encuentro con él redundaría tal vez en beneficio mío. De todos modos se me presentaba la oportunidad de vigilar las acciones de uno de mis perseguidores, y ya esto era una ganancia.

—¡Qué hermoso día! le dije con la mayor cortesía.

—¡Sí! replicó de mal humor.

No me di por ofendido, pues hartas razones tenía el funcionario representante de la ley para no estar de muy buen talante, si se considera que había sido burlado y encerrado por su propio prisionero.

—¡Muy hermoso día en verdad! repetí con el acento más melifluo que me fué dable emplear.

El agente de policía sólo respondió esta vez con una especie de gruñido. Todos tenemos nuestras debilidades, y no me causó mucha impresión la rudeza del chasqueado funcionario.

El pasajero que subió después de mí á la imperial de la diligencia y se sentó á mi lado, tenía el rostro de un rojo subido; era vivo y excesivamente hablador y familiar. Luego subió un joven labrador taciturno y reservado, hasta que al fin el número de pasajeros quedó completo.

—¿Ha oído usted las noticias? me preguntó el hablador, dirigiéndose á mí.

—No sé de qué noticias habla usted le contesté.

—Es la cosa mas tremenda que haya acontecido desde hace cincuenta años, dijo. Una banda de monederos falsos ha sido descubierta en Barkingham en una casa denominada la Granja. Toda la mala plata de que nos hemos visto inundados en estos tiempos se debe á ellos. ¡Y decir que no han apresado al jefe de la banda! ¡Se escapó, caballero, se escapó como un fantasma de teatro, al través de una trampa, después de dejar encerrados á los agentes de policía en su mismo laboratorio! Los herreros de Barkingham tuvieron que ir á descerrajar las puertas para hacer salir á los funcionarios del orden público. Toda la casa estaba llena de puertas de hierro, escaleras ocultas, y qué se yo cuántas cosas más. Parecía aquello, según dicen, un edificio ocupado por la inquisicion. ¡Y el dueño de la casa, és un hombre tan respetable, tan decente y tan honrado! ¡Piense usted en la desgracia de haber alquilado su casa á un bribón que la ha llenado de trampas, hornillos, y puertas de hierro! ¿Qué será de nuestra sociedad? ¿Dónde hallaremos protección, si estamos á merced de estos pillos? Los tiempos en que vivimos son terribles, caballero, son verdaderamente terribles!

—Dígame usted señor, ¿hay alguna probabilidad de atrapar á éste monedero falso? le pregunté con la mayor inocencia.

—Espero que sí, caballero; espero que sí; en obsequio de la vindicta pública y de las costumbres ultrajadas, me respondió todo agita-

do. En Barkingham han impreso unos carteles en que se ofrece una recompensa al que lo aprese. Esta mañana muy temprano, mi amigo, el Corregidor me mostró los carteles que acababan de imprimirse y le pedí unos cuantos ejemplares para hacerlos circular. Aquí están. Tome usted algunos, caballero, y tenga la bondad de distribuirlos también. Como usted verá, además del principal bribón hay tres individuos más que atrapar, uno de ellos un pillete que pertenece á una familia respetable. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos! Tome usted tres ejemplares y sírvase usted hacerlos circular donde puedan dar buenos resultados. Quizás el caballero que está al lado de usted querrá también algunos. ¿Quiere usted tomar tres, caballero?

—No, no quiero, dijo de mal humor el agente de policía; ni siquiera uno, y creo que el mejor modo de atrapar á la banda de monederos falsos es que usted no se mezcle en ayudar á la policía en el ejercicio de sus funciones.

Esta respuesta produjo una violenta contrarréplica de mi excitable vecino, á la que no presté atención alguna, ocupado como estaba en leer el impreso que me había dado.

En él se describía la persona del Doctor con notable exactitud, y se ponía sobre aviso á las autoridades de los puertos de mar para que no se descuidasen. Lima vieja, Lima nueva y yo mismo, éramos mencionados, no muy honrosamente, en el segundo párrafo, tratándonos como fugitivos de poca importancia. No se decía una sola palabra en el impreso que denotase que las autoridades de Barkingham tuviesen la menor sospecha de la dirección tomada por ninguno de nosotros. Esto habría sido muy alentador para mí, á no ser por la circunstancia de tener á mi lado á uno de los agentes de policía, lo que me indicaba que éstos tenían sus sospechas, á pesar de lo que dijera el cartel impreso por el Corregidor de Barkingham.

¿Habría dirigido el Doctor sus pasos á Crickgelly? Me estremecí interiormente al hacerme esta pregunta. Es de presumir que él preferiría escribir á la señorita Giles que fuera á unírsele cuando estuviese en un lugar en que se considerase completamente seguro, más bien que impedir la libertad de sus movimientos llevando consigo á su hija, antes de verse fuera del alcance del brazo de la justicia. Esto me parecía lo más lógico, dadas las circunstancias en que se encontraba el Doctor.

Sin embargo, ahí estaba el agente de policía con dirección al país de Gales, y ciertamente no lo hacía á humo de paja. Me guardé los impresos en el bolsillo y presté oido á lo que pudiera serme de alguna utilidad en la especie de disputa que sostenía mi hablador vecino con el funcionario público. Pero éste no dijo esta boca es mía. Cuanto más mi vecino trataba de disputar con él, tanto más se obstinaba en su silencio. Empecé á desear con impaciencia que llegásemos á Shrewsbury, porque allí esperaba descubrir algo más tangible acerca de los planes de mi formidable compañero de viaje.

La diligencia hizo una parada para que comieran los pasajeros, y algunos se quedaron en aquel lugar; entre otros, el vecino hablador con sus impresos. Yo bajé también y me quedé á la entrada de la posada. como si deseara examinar el edificio, pero en realidad vigilando los movimientos del agente de policía.

—Con gran sorpresa mía le ví acercarse á la portezuela de la diligencia y hablar á uno de los pasa-

jeros. Después de una breve conversación, de la que no pude oir una sola palabra, el funcionario entró en la posada, pidió un vaso de agua con brandy y se lo llevó al que se había quedado en la diligencia, que sacó la cabeza por la ventanilla para beber el contenido del vaso. Entreví su rostro, y sentí que las rodillas me flaqueaban....¡Era Tornillo!

Si, Tornillo, pálido y desencajado, y que por lo visto aún no se había restablecido de los efectos de la presión de mis manos en su garganta, Tornillo, servido por el agente de policía y viajando en el interior de la diligencia como enfermo. Debía de ser seguramente para ayudar á los funcionarios del orden público á identificar á algunos de los miembros de nuestra esparcida banda en cuya persecución andaban. No podia tratarse del Doctor, pues el agente de policía podría descubrirle sin auxilio ajeno. ¿Se trataría acaso de mi persona?

Empecé á reflexionar acerca de lo que sería más acertado: si confiar en mi disfraz y continuar en mi asiento en la imperial de la diligencia, ó abandonar inmediatamente á mis compañeros de viaje. No era fácil decidir qué partido era el mejor en las circunstancias en que me encontraba, así es que me puse á pesar las ventajas y las desventajas de la alternativa de mi posición.

¿Debería arriesgarlo todo é ir resueltamente á Crickgelly, con la esperanza de descubrir que Alicia y la señorita Giles eran una misma persona; ó debía abandonar al punto la única probabilidad de hallar á mi perdido bien, y dirigir mi atención tan sólo al medio mejor de ponerme en salvo?

Esta alternativa quedó reducida á la simple pregunta de si debía proceder como un hombre que estaba realmente enamorado ó no. La contestación no era difícil de adivinar é imité resueltamente el ejemplo de mis compañeros de viaje, y fuí á comer, determinado á continuar mi peregrinación á Crickgelly, aunque todos los corchetes de Londres me estuvieran pisando los talones.

CAPITULO XIII.

A pesar de lo seguro que yo me creía merced al cambio de traje, á la desaparición de mis patilas y á lo recortado de mi pelo, me mantuve siempre á una respetable distancia de la ventanilla de la diligencia cuando terminó la comida en la posada y se llamó á los pasajeros para que ocupasen sus asientos de nuevo. Hasta entonces, gracias á la fuerte presión que mis dedos ejercieron en la garganta de Tornillo y le obligó á quedarse dentro de la diligencia, mi antiguo enemigo no me había visto; y si yo andaba con tiento, no había para qué temer que me viera antes de que yo llegase á mi destino.

Durante el resto del viaje observé la más estricta cautela, y la fortuna secundó mis esfuerzos. Cuando llegamos á Shrewsbury había anochecido. Al dejar la diligencia, y protegido por las sombras de la noche, pude vigilar los movimientos de Tornillo y su compañero. No pararon en la posada, sino que se dirigieron á una taberna en donde mi traje de eclesiástico, me vedaba la entrada. Allí los dejé.

Regresé á la posada para enterarme de los medios de comunicación con que podía contarse.

Me informaron que Crickgelly era una pequeña aldea de pescadores y que no había vehículos que fueran allí directamente, sino dos diligencias que hacían viajes á otras dos pequeñas poblaciones situadas

casi á igual distancia de aquella, y que al día siguiente pasarían por Shrewsbury. El sirviente agregó que si yo quería, podría ajustar un asiento en cualquiera de las dos diligencias, y que como siempre estaban llenas, sería conveniente que me diese prisa.

La cosas habían llegado ya á tal punto, que no me quedaba otro remedio, sino confiarme al azar. Si esperaba hasta el día siguiente para ver si Tornillo y el agente de policía viajaban en la misma dirección que yo, y en caso de que lo hicieran, supiese qué diligencia tomaban, corría el riesgo de perder yo mi asiento y demorar mi viaje un día más. No había que pensar en esto. Le dije, pues, al sirviente que me ajustase un asiento en la diligencia que quisiera. Así lo hizo. Aquella noche apenas pude cerrar los ojos. Me levanté al rayar el día y me senté á la puerta de la posada esperando ansiosamente la llegada de la diligencia.

Nadie sabía á ciencia cierta cuál de los dos vehículos pasaría primero, y cada uno de los sirvientes de la posada á quien pregunté, me dió una respuesta de acuerdo con su preferencia personal; pues en este particular, la servidumbre y demás empleados estaban divididos en dos bandos.

Al fin oí el cuerno que avisaba la llegada de los coches y á poco llegó uno de estos, que resultó no ser la diligencia en que había tomado yo mi asiento. Había tres vacíos; uno fué ocupado por un labrador; el otro puesto, con indescriptible disgusto y terror mío, lo tomó el funcionario de policía que ayudó á subir al débil Tornillo que se sentó á su lado. Se dirigían á Crlckgelly, no había la menor duda.

Me puse á esperar mi diligencia; la impaciencia se apoderó de mí. Transcurrió media hora, un cuarto de hora más, y ya comenzaba á desesperarme, cuando de nuevo resonó el consabido cuerno, y el vehículo ansiado entró á escape en la población y se detuvo á la puerta de la posada. "¡Qué tal, que no haya asiento para mí!" me dije allá en mis adentros. Me dirigí á la portezuela de la diligencia todo trémulo, y pregunté si había lugar para mí.

—Hay un asiento en el interior, y si usted quiere pagar el. . . . .

No le dejé concluir la frase, y en un abrir y cerrar de ojos estaba yo instalado en el puesto vacío. No recuerdo nada del viaje, á no ser que me pareció excesivamente largo y fastidioso. Al fin llegamos á una población cuyo nombre ni siquiera pregunté, y allí me dijeron que la diligencia no seguía adelante.

Busqué una silla de posta, y ni aun conocían el nombre de esta clase de vehículos. Con increíble dificultad conseguí un calesín, después un hombre que lo manejara, y finalmente, un caballo. Partimos al galope. Pensaba en Tornillo y su compañero que se estaban acercando por diverso lado á Crickgelly, quizás á carrera tendida. Pensé en esto, y hubiera dado todo el dinero que tenía en los bolsillos por disponer, durante dos horas, de un buen caballo.

A juzgar por el tiempo que empleamos en el viaje y tal vez teniendo en cuenta mi impaciencia, me parece que Crickgelly debía de estar á veinte millas de la población donde tomé el calesín. El sol se estaba poniendo cuando oímos el rumor lejano de las olas del mar, y ya era casi de noche cuando entramos en la pequeña aldea de pescadores, y dejamos á nuestro infortunado caballo que descansara á la puerta de una pequeña posada. Bien lo necesitaba.

La primera pregunta que hice al posadero, fué si dos caballeros, por supuesto, dos amigos míos á quienes esperaba, habían llegado á Crickgelly un poco antes que yo. La respuesta fué una negativa; y el peso que me quitó de encima fué para mi cuerpo y mi espíritu una especie de reposo absoluto después de las fatigas y ansiedades de mi viaje. O yo me había anticipado á los espías ó ellos no habían salido con destino á Crickgelly. De todos modos, era yo el primero que me encontraba en el campo de la acción.

Le pagué al hombre que me había traído y me informé dónde estaba la plaza de Zión. Las señas fueron de una extrema sencillez. Lo único que tenía que hacer, era seguir en toda su longitud la calle principal de Crickgelly, y en la extremidad de la misma encontraría la plaza de Zión.

La aldea olía intensamente á mariscos, y sus habitantes tenían la curiosa costumbre de construir sus botecillos y embarcaciones en la calle, entre los espacios libres dejados entre casa y casa. Recorrí con toda la rapidez que me fué posible la llamada calle principal, y entre las sombras del crepúsculo divisé cuatro pequeñas casas de campo, frente á un espacio vacío que debía de ser la anhelada plaza de Zión. Con gran dificultad pude descubrir el número 2, pues reinaba ya bastante obscuridad. Tiré de la campanilla, y una robusta muchacha, cuya inteligencia ví después que no había tenido igual desarrollo que el cuerpo, me abrió la puerta.

—¿Vive aquí la Srita. Giles? le pregunté.

—No recibe visitas, me respondió la corpulenta doncella. Ya otra persona ha tratado de verla y ha tenido que irse. Váyase usted también sin verla.

—¿Otra persona? repetí. ¿Otra visita? ¿Y cuándo vino?

—Hace más de una hora.

—¿Estaba alguien con él?

—No. La señorita no recibe visitas. El otro se fué y haga usted lo mismo.

Precisamente cuando había repetido esta última frase, se abrió una puerta al fondo. Mi voz había llegado seguramente al oído de alguien que estaba en aquella habitación. No podía ver quién fuese, pero oí el roce de un vestido de mujer. Mi situación se volvía desesperada, mis sospechas se despertaron todas en aquel instante. Determiné jugar el todo p r el todo, y con acento suave dije: ¡Alicia!

Una voz respondió:

—¡Cielos! ¡Es Francis!

Era la voz de Alicia que había reconocido la mía. Eché á un lado á la gigantesca sirviente y en dos pasos me puse al lado de Alicia.

Allí estaba ella, sola, en aquella habitación, de pie, al lado de una mesa. Al ver mi nuevo traje y las alteraciones sufridas por mis cabellos y mis patillas, palidecié mortalmente y extendió las manos como para asirse de algo. La tomé en mis brazos, pero no me atreví á vesarla, pues estaba toda trémula y pronta á desmayarse.

—¡Francis! exclamó levantando la cabeza: ¿Qué es lo que pasa? ¿Cómo habéis descubierto?.... En nombre del cielo, ¿qué significa esto?

—Significa, amor mío, que he venido á hacerme cargo de tí para el resto de tu vida y de la mía, si lo consientes. No tiembles: no hay motivo para ello. Serénate y te diré por qué estoy aquí en este traje tan extraño. Ven, ven, Alicia! No me mires de esa manera.

Ví que comenzaba á recobrar el color: su rostro empezó á animarse. Si ella no hubiera estado tan cerca

de mí, yo podría haberme dominado; pero en el momento aquel me fué completamente imposible y estampé un beso en su pura y hermosa frente.

Alicia dió un paso hacia atrás medio asustada y medio confusa, aunque no parecía ofendida. Antes de que pudiera darse cuenta de lo peligroso y extraño de nuestra posición, le hice las primeras preguntas necesarias con gran rapidez.

—¿Dónde está la Señora Baggs? dije.

La Señora Baggs era el ama de llaves.

Alicia señaló las puertas corredizas y cerradas de su habitación.

—Allí, dijo, durmiendo en el sofá.

—¿Sospechas quién pueda ser el individuo que te vino á ver hace más de una hora?

—No. La criada le dijo que yo no recibía visitas, y el hombre se fué sin dejar su nombre.

—¿Tienes noticia de tu padre?

Empezó á palidecer de nuevo; pero se dominó y respondió con voz apenas perceptible:

—La Señora Baggs recibió unas cuantas líneas de mi padre esta mañana. No tenía fecha, y solamente decía que había sucedido algo que le obligaba á partir de casa inmediatamente, y que yo debía permanecer aquí hasta que me escribiese de nuevo, lo que sería dentro de unos pocos de días.

—Pues bien, ahora, Alicia, le dije con la manera más indiferente que me fué posible: te diré que tengo la más alta opinión de tu valor, buen sentido y dominio sobre tí misma; y espero, por lo tanto, que conserves esa reputación para conmigo mientras oyes lo que tengo que referirte.

Y diciendo esto, la tomé de la mano y la hice sentarse á mi lado. Entonces comencé, lo más gradual y suavemente que pude, á comunicarle todo lo que había ocurrido en la casa de ladrillos rojos, desde la noche en que ella, al salir del comedor, cambió conmigo aquella mirada inolvidable.

Fué un esfuerzo tan grande de mí parte hablar, como de ella oír. Sufría Alicia tan violentamente, experimentaba tanta vergüenza, tal agonía, tanto terror mientras yo le estaba refiriendo los extraños acontecimientos ocurridos en su ausencia, que una ó dos veces tuve que detenerme alarmado, y casi me arrepentí de decirle la verdad. Sin embargo, no me quedaba otro camino, por duro y cruel que entonces pareciese, y la conducta que adopté era la más acertada y segura para el porvenir de los dos. ¿Cómo podría yo esperar que Alicia depositara toda su confianza en mí, si empezaba por engañarla, si caía en contradiciones y excusas al principio de la renovación de nuestro trato? Continué, pues, desesperadamente mi relación hasta el fin, haciéndola lo más corta que me fué dado, y tratando de presentar las cosas más sombrías, bajo su aspecto menos desfavorable.

Cuando terminé mi penosa narración, la pobre muchacha, olvidando en la extremidad de su dolor y de su abatimiento todas las llamadas conveniencias sociales, y toda esa falsa etiqueta que se enseña á las jóvenes de su edad, ocultó su cabeza en mi seno y prorrumpió á llorar como si fuera una niña y yo la madre de quien esperaba palabras de consuelo y de aliento.

No hice la menor tentativa para contener sus lágrimas; eran el mejor desahogo á la violenta agitación de que era presa la infeliz muchacha. No dije nada, pues en circunstancias tales, mis palabras sólo habrían servido á agravar su situación. Todas

las preguntas, todas las proposiciones que tenía que hacerle, era preciso, costare lo que costare, aplazarlas para un momento más propicio. Allí permanecimos silenciosos, á la luz de una vela, oyendo yo los sollozos de la pobre joven, á los que se unían los ronquidos del ama de llaves en el cuarto del lado. Ningún otro ruído se percibía en toda la casa.

Ahora que el asunto delicado de comunicar las malasá noticias á Alicia había terminado, y que mi espíritu se veía libre de este peso, empecé á experimentar suma inquietud acerca del individuo que había venido una hora antes que yo. No podía haber sido el doctor Dulcifer, porque habría sido admitido. ¿Sería el empleado de policía, ó quizás mi amigo Tornillo? Es verdad que los había perdido de vista; ¿pero les había sucedido á ellos lo mismo respecto de mi persona?

Poco á poco se fué calmando el dolor de Alicia. Levantó débilmente la cabeza, y volviéndola á otro lado la ocultó entre sus manos. Ví que aún no se encontraba en estado de hablar, y le supliqué que se retirara á su cuarto y descansara un poco. Dirigió una mirada tímida á las puertas de la habitación donde dormía el ama de llaves.

—Eso corre de mi cuenta, le dije. Quiero hablar con ella unas cuantas palabras. Una vez que hayas subido á tu cuarto, haré ruido y la despertaré.

Alicia me miró como queriéndome hacer una pregunta, pero no me preguntó nada. Yo tampoco dije una palabra más. No teníamos tiempo que perder, y cada segundo era precioso. La conduje á la puerta y la dí las bnenas noches.

CAPITULO XIV.

Tan pronto como estuve solo, saqué de mis bolsillos uno de los impresos que mi compañero de viaje, el parlanchín eterno, me había dado, de modo que cuando llegase el momento oportuno pudiese á mi vez dárselo al ama de llaves. Armado de esta ominosa carta de introducción, arrojé una silla contra la puerta del cuarto donde dormía mi señora Baggs, con ánimo de llamar su atención. El efecto fué inmediato. El ama de llaves abrió la puerta violentamente. Un ligero olor de aguardiente penetró en la habitación en que yo me hallaba, y poco después apareció la respetable ama con rostro furibundo y cabellos en desorden.

—¿Qué quiere usted caballero? ¿Cómo se atreve usted?..... empezó la buena dueña, y se contuvo toda sorprendida, fijando en mí sus miradas atónitas.

—Me he visto obligado á hacer una ligera alteración en mi aspecto personal, señora, le dije, pero siempre soy el mismo Francis Turner de antes.

—No me hable usted de aspecto personal, exclamó la señora Baggs volviendo en sí. ¿Qué busca usted aquí? Salga usted de esta casa inmediatamente. Esta misma noche se lo escribiré al Doctor.

—No tiene señas donde escribirle; ysi usted no me quiere creer, lea usted esto, dije, y le entregué el impreso de marras sin agregar una palabra más.

El ama de llaves dió una mirada al impreso, y perdió al instante gran parte del subido color que habían comunicado á su rostro el sueño y la bebida. Se sentó en la silla más cercana, y me miró fijamente y con cierta dureza.

—Serénese usted, señora le dije, serénese usted. Tome las cosas con

calma y tenga usted entendido que, á menos que no vea usted al doctor Dulcifer en la horca, probablemente no tendrá usted el gusto de volver á verle en mucho tiempo.

El ama de llaves se retorció las manos suavemente y murmuró para sus adentros algo que tal vez podría ser una devota inspiración.

—Permítame usted que la trate, señora, como á una mujer de mundo y de experiencia, continué. Si usted tiene la bondad de prestarme atención unos cuantos minutos, yo le explicaré á usted cómo han llegado á mi conocimiento estas cosas, cómo es que he venido aquí, y qué es lo que tengo que proponer á la señorita Alicia y á usted.

—Si usted es un hombre sensible, dijo el ama moviendo la cabeza y levantando los ojos al cielo, tendrá usted presente que yo tengo nervios y espero que usted no lo olvidará.

Al emitir la respetable dueña las últimas palabras, me parece que ví que sus miradas en vez de dirigirse al cielo tomaban un rumbo muy terrestre hacia el cuarto donde había estado durmiendo. Me pareció también que sus labios estaban muy secos. Teniendo en cuenta estas dos suposiciones, le dije:

—¿No cree usted, señora, que le convendría tomar un estimulante? Recuerdo haber oído con frecuencia á mi respetable abuela, Lady Mortimer, que "una gota á tiempo nos ahorra ciento."

—Usted encontrará la botella bajo la almohada del sofá, respondió la buena dueña con prontitud. «Una gota á tiempo nos ahorra ciento,» como dice con mucha razón su respetable abuela. Usted encontrará las copas en la mesa, señor Turner. Espero que su señora abuela se encontraba bien la última vez que tuvo usted noticias de ella. ¿Padece también de los nervios? Lo mismo que yo, sin duda. ¡Ah! ¡qué noticias! ¡qué horribles noticias me ha dado usted!

Encontré la botella del brandy en el lugar indicado, pero no había ninguna copita de licor, y lo único que hallé fué un vaso grande que estaba en una silla junto al sofá. La señora Baggs no pareció notar la diferencia cuando traje el vaso y lo llené de brandy.

—Tome usted tambien un trago, exclamó la dueña bebiéndose de un golpe su ración. «Una gota á tiempo,» no puedo cansarme de repetir el dicho de su respetable abuela; ¡está tan delicadamente expresado! Sin embargo, á pesar de elogiar á esa distinguida dama cuanto se merece, se me ocurre la idea, señor Turner, de que si una gota á tiempo nos ahorra ciento, dos nos ahorrarán doscientas.

Aquí la señora Baggs olvidó por completo sus nervios y me guiñó los ojos.

Comprendí lo que esto quería decir, y llené el vaso una segunda vez.

—¡Oh! ¡qué noticias! ¡qué noticias! exclamó la señora Baggs recordando sus nervios.

Precisamente en aquellos momentos creí que oía pasos frente á la casa; pero escuchando más atentamente hallé que había empezado á llover. Sin embargo, la mera sospecha de que el mismo hombre que había solicitado ver á Alicia pudiera entonces estar vigilando la casa, me alarmó seriamente y me hizo apreciar la absoluta necesidad de no ocupar más un tiempo tan precioso haciendo caso de los nervios de la señora Baggs. Era verdaderamente necesario que le hablase, mientras conservaba la cabeza bastante despejada para que pudiera comprender lo que yo quería decirle.

Convencido, como lo estaba, de que la respetable dueña corría inminente peligro de embriagarse por

completo si le daba otra copa, conservé la botella en la mano y le relaté mi historia de la manera más breve que se pudo, sin andarme con muchos rodeos ni darle por un momento ocasión de que se pusiera á hacer comentarios acerca de mi relación, ya fuera llorando, suspirando, bebiendo ó por medio de exclamaciones.

Como lo había previsto, cuando concluí mi historia, y tuvo ella una oportunidad de decir unas cuantas palabras, afectó la mayor sorpresa y virtuosa indignación al oir la naturaleza de las ocupaciones á que se habia dedicado el Doctor, y me reprochó en términos vehementes mi condescendencia en haber tomado también parte en ellas, aunque lo hubiera hecho por el muy excusable motivo de salvar mi vida. Confieso que esto me pareció muy divertido, pero comencé á experimentar cierta sorpresa cuando al tratar de la fuga del Doctor, ví que la señora Baggs consideraba su determinación de refugiarse á un lugar conocido de él sólo, como una ofensa personal que á ella se le había inferido.

—Demuestra una falta de confianza en mí, dijo la anciana dueña, que podré perdonar, pero que no puedo olvidar. Los sacrificios que he hecho en obsequio de ese hombre ingrato, no pueden expresarse en palabras. La mañana que nos envió aquí, ¿qué fué lo que yo hice? Empaquetarlo todo y partir en el momento que me lo ordenó. Tenía infinidad de cosas que hacer; otras mujeres hubieran refunfuñado: yo lo hice todo más pronto y mejor que una muchacha de dieciocho años. El Doctor me dijo: quiero apartar á Alicia del lado del joven Turner, y tenéis que hacerlo. Yo repliqué: ¿hoy mismo? Sí, ahora mismo, sin pérdida de tiempo, me dijo. ¿A dónde iremos? le pregunté. Lo más lejos que pueda usted ir; á la costa de Gales, á Crickgelly. No estaré tranquilo si se queda en las cercanías. El joven Turner es muy listo y Alicia se interesa demasiado por él. ¿No me da usted otras órdenes, señor? le pregunté. Sí, me dijo, tome usted cualquier nombre, Simkins, Paley, Giles, Black, cualquiera, excepto Dulcifer, porque ese tuno de Turner, revolverá cielo y tierra para encontrarla. ¿Qué más? le pregunté. Nada más, me contestó, sino que esté usted muy sobre aviso. Y tenga usted presente una cosa, á saber: que Alicia no reciba visitas, ni ponga cartas en el correo.

La dueña hizo una pausa y prosiguió:

—Antes de que hubiera transcurrido una hora después que sus malvados labios pronunciaron estas palabras, ya habíamos nosotras partido. No fué poco trabajo hacerlo, ni impedirle que le escribiese á usted, sin decir nada lo que me costó retenerla en este lugar. Pero lo hice: obedecí sus órdenes como un esclavo en un ingenio sobre cuyas espaldas siempre está pendiente un látigo. He padecido reumatismo, pasado malas noches, y qué se yo cuántas cosas más, todo para obedecer las órdenes del Doctor. Y ¿cuál es mi recompensa? Se vuelve monedero falso, se fuga sin decirme una palabra, me escribe una esquela engañadora sin fecha ni dirección, sin enviarme un ochavo, sin decirme nada en resumidas cuentas. Considere usted mi confianza y mi fe en él, y después vea usted cómo me ha tratado! ¿Qué nervios de mujer podrán resistir eso? Deme usted otro trago, Sr. Turner, ó yo no sé qué será de mí.

—No señora, el Doctor no tiene disculpa, dije. Pero cambiemos el asunto de la conversación porque no hay tiempo que perder. Usted

parece que está al corriente de la favorable opinión que tanto la señorita Alicia como yo, tenemos mutuamente uno del otro. Yo espero que no será, pues, nueva ocasión para un ataque de nervios si yo le digo á usted, sin más rodeos, que he venido á Crickgelly con el objeto de casarme con la Srita. Alicia.

—¡Casarse con ella, casarse con ella!.... Si usted no deja en paz esa botella, Sr. Turner, y cambia el asunto de su conversación, tocaré inmediatamente la camponilla.

—Oigame usted, señora, y después toque usted la campanilla cuantas veces quiera. Si usted persiste en considerarse todavía la servidora confidencial de un hombre criminal que está huyendo de la justicia para salvar su vida, y si usted se opone á que la Srita. Alicia proceda según sus deseos, sepa usted que ella tiene edad suficiente para salir de esta casa cuando quiera, sin que tenga usted ni el poder ni la autoridad para impedirlo. Sin embargo, en vez de acudir á tal extremo, quiero preguntar á usted, ¿qué es lo que se propone usted hacer, teniendo en cuenta la carencia de recursos con que tropezará usted para dar un sólo paso? Usted no puede encontrar á su padre para entregársela; y dado caso que usted pudiera hacerlo, ¿quién sería su mejor protector, él, un hombre que es el principal criminal ante los ojos de la justicia, ó yo, que sólo he sido su cómplice por fuerza? Los agentes de policía le conocen personalmente; á mí no me conocen. Las autoridades han ofrecido un premio por su captura mientras que por la mía no han ofrecido nada. El carece de parientes ó amigos respetables y de influencia: yo tengo muchos. Todas las probabilidades están á mi favor, y por lo tanto, yo soy, bajo todos conceptos, la persona más adecuada á quien confiar á Alicia. ¿No piensa usted lo mismo?

El ama de llaves no respondió inmediatamente. Me arrebató la botella de las manos, tomó un trago, y movió la cabeza, exclamando de una manera verdaderamente lamentable: «¡Mis nervios! ¡Mis pobres nervios! ¡Qué corazón de piedra debe usted de tener para tratar así á mis nervios!»

—Concédame usted un minuto más, le dije. Me propongo llevar á usted y á Alicia mañana por la mañana á Escocia. No se queje usted. Solamente hago ese viaje con el objeto de casarme, pues usted debe de saber, señora mía, que en Escocia, si un hombre y una mujer se aceptan mutuamente como marido y mujer delante de un testigo, eso equivale á un casimiento legal; y semejante clase de boda es, como usted comprenderá, la única ceremonia segura para un hombre que se encuentra en mi situación. Si usted consiente en venir con nosotros á Escocia y servirnos de testigo en nuestro casamiento, yo le mostrare á usted mi agradecimiento, poniendo al instante en sus manos un billete de banco de cinco libras esterlinas.

—Mientras decía esto, había tenido el cuidado de quitarle la botella de la manos y me dirigí al cuarto en que estaba Alicia. Me parece que la honrada dueña intentó seguirme, porque la oí que se levantaba de la silla. No lo hizo, sin embargo. Yo tenía la seguridad de que ella nos auxiliaría, si había conservado la cabeza bastante despejada para pensar en lo que le había propuesto. El viaje á Escocia era largo y fastidioso, y quizás arriegado; pero no me quedaba otra alternativa que escoger.

En los tiempos en que pasa esta verídica historia no había en Ingla-

terra las facilidades que ahora existen para contraer matrimonio sin tantos requisitos é inconvenientes como entonces. Las molestias y los gastos que ocasionaba llevar en nuestra compañía á la Sra. Baggs, los consideraba de indispensable necesidad, únicamente por consideración á Alicia, sobre todo en las circunstancias en que se encontraba después de lo acontecido á su padre. Eso mismo hacía que yo tuviese para con ella mayores miramientos y un mayor grado de delicadeza. El ama de llaves, á decir verdad, no tenía toda aquella templanza en el beber ni las costumbres irreprochables que debe poseer una persona á quien se confía el cuidado de una señorita; pero de todos modos era una compañera de suma utilidad en la situación en que Alicia y yo nos encontrábamos.

En la puerta de la habitación de Alicia ví que mi reloj marcaba las nueve de la noche. ¡Las nueve, y nada se había hecho aún para facilitar nuestra fuga de Crickgelly á Escocia la mañana siguiente! Toqué ligeramente la puerta, y el sonido de la voz de Alicia, al decirme que entrara, era ya más firme y tranquilo. Me senté en el sofá á su lado y me pareció más confusa que asustada y admirada cuando le repetí los principales puntos de la conversación que acababa de tener con su ama de llaves.

—Ahora, hija mía, le dije terminando, yo no tengo la menor duda que la Sra. Baggs accederá á mis proposiciones. Lo único que falta es que me des la respuesta que he estado esperando desde el último día que nos vimos á orillas del río. Entonces ignoraba la causa de tu silencio y de tus lágrimas. La conozco ahora, y después de conocerla te amo más que antes.

Ocultó de nuevo la cabeza en mi seno y murmuró unas cuantas palabras, pero en voz tan baja que apenas pude percibirlas.

—¿Sabías entonces acerca de tu padre más de lo que yo sabía? le pregunté con voz casi imperceptible.

—Menos de lo que me has dicho ahora, respondió con prontitud sin levantar la cabeza.

—¿Sabías sin embargo lo bastante para convencerte de que estaba violando las leyes, y para hacer que, como hija suya, retrocedieses ante la idea de decirme «*sí*,» cuando estábamos á orillas del río?

No me respondió. Uno de sus brazos, que descansaba en mis hombros, lo pasó al rededor de mi cuello y lo estrechó suavemente.

Desde aquel día continué, tu padre me ha comprometido. Estoy corriendo algún peligro, no mucho, en lo que toca á la ley. Todas mis esperanzas son muy dudosas; y no tengo razón ninguna para pedirte que las compartas, excepto que mi presente infortunio se debe á haber querido descubrir el obstáculo que nos separaba. Si hay en el mundo quien te ofrezca una protección menos dudosa que la mía, nada tengo entonces que decir, y saldré de esta casa. Pero si no tienes otra protección, no creo que sea egoísmo de parte mía pedirte que unas tu suerte á mi suerte. Creo que si procedo con prudencia, no tendré mucha dificultad en escapar á mis perseguidores y encontrar un hogar seguro en otro país donde empiece de nuevo la carrera de mi vida con mayor vigor y fe más robusta. ¿Qué me respondes, Alicia? Tal vez he dicho demasiado, y en mi actual situación no tengo el derecho de hablarte como te hablo.

Su otra brazo me rodeó el cuello, apoyó su mejilla contra mi mejilla y dijo á media voz:

—Sé bueno conmigo, Francis. Tú

eres la única persona que me ama en el mundo.

Sentí sus lágrimas correr por mi rostro; mis ojos también se humedecieron cuando traté de responderle. Quedamos sentados unos cuantos mintos en completo silencio, sin movernos, sin que otro pensamiento que el de la hora presente viniese á interrupir lo que llenaba nuestras almas. El silbido del viento y el ruido de la lluvia que daba contra las ventanas me trajeron á la realidad de nuestra situación.

Me levanté de mi asiento y en una cuantas palabras le díje á Alicia lo que me proponía hacer al día siguiente, y fijé la hora á que vendría á buscarla. Cuando agregué que la Sra. Baggs nos acompañaría hasta Escocia, el rostro de Alicia reveló cierta satisfacción involuntaria que comprendí perfectamente, y me alegré entonces de la idea de haber pedido á la buena ama de llaves que nos acompañara.

La otra dificultad que se presentaba era respecto á su padre. Este nunca había demostrado mucho cariño hacia su hija; y á la sazón, hasta donde nos era dado presumir, se había separado de ella para siempre. Sin embargo, la conciencia instintiva de la posición en que ella se encontraba, la hacía vacilar hasta el último momento cuando se hablaba de su padre y pensaba en la naturaleza seria de la palabra de casamiento que nos habíamos dado. Logré al fin calmar sus escrúpulos, prometiéndole que dejaríamos en Crickgelly las señas del lugar á donde deberían enviar cualquier carta de su padre, caso de que llegase alguna. Cuando ví que esta esperanza de poder comunicarse con su padre, si éste le escribía ó deseaba verla, la había tranquilizado un tanto, me despedí de ella.

Era de la mayor importancia volver á la posada y hacer los arreglos necesarios para nuestra partida la mañana siguiente, antes de que la gente aquella, de costumbres casi primitivas, se hubiese retirado á dormir.

Cuando pasé frente á la habitación donde dejé á la honrada dueña, oí su voz que murmuraba: «botella,» «audacia» y «nervios.» Le dije, «Adiós, hasta mañana;» y me respondió con una especie de gruñido. Abrí después la puerta de la calle y me dirigí á la posada en medio de las tinieblas de la lluvia.

Tal vez sería el ruido del agua que caía de los techos de las casas junto á las cuales pasaba, ó la alarma de mi temerosa fantasía, pero me pareció que alguien me seguía á mi regreso á la posada. Dos ó tres veces volví la cabeza de repente; pero la noche era tan obscura, que si me hubiesen perseguido veinte hombres, no los habría visto. Proseguí, pues, mi camino.

Cuando llegué á la posada aún estaba todo el mundo en pie. Envié á llamar al posadero para consultar con él acerca de los medios de transportación con que se podía contar. Tal vez fueron de nuevo los temores y sospechas de mi fantasía, pero me pareció que sus maneras habían cambiado, como si en parte me temiera, y en parte desconfiase de mí, sobre todo, cuando le pregunté si durante mi ausencia había habido noticia alguna de los dos caballeros de quienes me había imformado al llegar á su puerta aquella noche. Me dijo que no, dirigiendo las miradas á otro lado mientras me hablaba. Creyendo prudente no dejarle comprender que había notado un cambio en él, le pregunto acerca de los medios de transporte y me dijo que podía alquilar un carricoche ligero en el cual tenía costumbre de ir al mercado á la población vecina.

Fijé la hora de la partida al siguiente día y me retiré á mi cuarto.

No había que soñar en dormir. Los pensamientos que me ocupaban eran muchos y de diversa naturaleza. El bribón de Tornillo y el agente de policía me llenaban de ansiedad. ¿Quién podría ser el hombre que quiso ver á Alicia? Mis dudas se extendían aún al mismo posadero. Jamás en mi vida había sabido lo que era padecer á consecuencia de dudas é incertidumbre hasta aquella noche memorable.

Cualesquiera que hubieran sido mis temores, ninguno se realizó la mañana siguiente. Nadie me siguió á la morada de Alicia, y nadie se había vuelto á presentar allí después de mi partida. Encontré á Alicia toda llena de sonrojo y á la Sra. Baggs dándose todos los aires de la mayor dignidad y reserva. Después de notificarme con una altiva mirada que estaba dispuesta á acompañarme á Escocia y á recibir mi billete de banco de cinco libras esterlinas, se retiró para empaquetar sus efectos. El tiempo que se empleó en esto y otras menudencias nos detuvo hasta el medio día, hora en que estuvimos ya listos para entrar en el carricoche alquilado.

Cuando partimos miré con cierta ansiedad detrás de mí, operación que repetí varias veces en el camino, pero nada ví que excitara mis sospechas. Al areglar el asunto con el posadero la noche anterior, habíamos convenido que me llevara á la población inmediata donde pudiera obtenerse una silla de posta. Según mis cálculos de dinero que tenía, me duraría hasta llegar á Escocia, incluyendo todos los gastos. Después podría contar con mi reloj, mi cadena, sortijas, alfiler de camisa, y en último recurso con mi cuñado Batterbury para llenar mi bolsa vacía. Mi ansiedad era por otras cosas; el asunto del dinero, una vez que me encontrara yo en salvo con Alicia, no me preocupaba lo más mínimo.

CAPITULO XV.

Recorrimos treinta y cinco millas y nos detuvimos para descansar dos horas y esperar una diligencia que fuera hacia el Norte durante la noche.

Al entrar en este vehículo tuvimos la fortuna de encontrar asientos en el interior. La Sra. Baggs se ató un pañuelo al rededor de la cabeza á manera de turbante, é inmeditamente se durmió. Esto nos dió á Alicia y á mí la oportunidad de hablar en completa libertad. Nuestra conversación fué en su mayor parte de una naturaleza que no tendrá interés alguno para un tercero. Sin embargo, una parte, aunque reducida, ejerció una influencia notabla en el resto de mi vida, y por lo tanto, la mencionaré.

Habíamos mudado de caballos por cuarta vez, nos habíamos sentado cómodamente en nuestros asientos, y habíamos visto á la Sra. Baggs resumir su ocupación grata de dormir y roncar, cuando Alicia me dijo:

—Yo no debo tener secretos para tí, Francis, ¿no es así?

—Tú puedes guardar los secretos que quieras, hacer lo que quieras y decir todo lo que quieras. Tú nunca debes pedirme permiso para nada, sino concédermelo.

—¿Me diras siempre lo mismo, Francis?

No le contesté con palabras, pero la conversación sufrió una interrupción momentánea cuya naturaleza dejo presumir á las almas tiernas y sensibles, que son para quienes escribo.

—Mi secreto no debe alarmarte, prosiguió Alicia con un acento que

me parecía impregnado de tristeza; se trata solamente de una cajita de cartón que puedo llevar oculta en el seno de mi vestido. Pero hay allí tres diamentes y un hermoso rubí. ¿Creíste alguna vez que yo podría tener objetos de tanto valor? ¿Quieres que te los dé para que los guardes?

Al instante recordé lo que Lima vieja me había referido acerca de la fuga de la Sra. Dulcifer y de las joyas que tenía. Era fácil de adivinar que la pobre señora había conservado en secreto algunas de sus joyas en beneficio de su hija.

—Al presente no tengo necidad de dinero, mi querida Alicia; le dije, conserva la cajita donde está.

Aquí me detuve sin decir una palabra acerca de lo que realmente era el pensamiento más fijo en mi mente. Si algo imprevisto me hacía caer en las garras de la justicia, no quería sufrir el doble tormento de separarme de mi esposa para ir á la cárcel y dejarla sin recursos ningunos.

Pasó la noche, amaneció, y el día nos halló despiertos. El sol brilló y la honrada ama de llaves cesó de roncar, á tiempo de que llegábamos á un paradero antes de nuestro destino final.

Salí de la diligencia con objeto de traer una taza de té á mis compañeras de viaje, y dí un vistazo á los pasajeros que iban en la imperial de la diligencia. Uno de ellos me dirigió una mirada. Parecía un campesino y tenía uno de los ojos cubierto con un parche verde. Algo en la expresión del ojo que no estaba cubierto me hizo detener, reflexionar, alejarme concierta inquietud, y volver á mirarle de soslayo. Entoncés un escalofrío me corrió por todo el cuerpo, sentí que me flaqueaban las piernas y estuve á punto de desmayarme. ¡El campesino disfrazado era el agente de policía que había visto en compañía de Tornillo!

Permanecí alejado del cocho hasta que estuvo á punto de partir, pues temía que Alicia me viera el rostro después del descubrimiento que había hecho. Notó sin embargo mi palidez cuando me senté á su lado. La atribuí á las fatigas y á emociones del viaje, é insistí con dulzura en que tratara de dormir un poco después de haber pasado toda la noche en vela. Se reclinó en un rincón de la diligencia. La Sra. Baggs, que había echado en su taza de té un poco de brandy, se quedó dormida de nuevo. Me quedaba una hora para pensar en lo que había de hacer.

Tornillo no iba en compañía del polizonte. Me debía de haber identificado de algún modo, y el funcionario público, sin duda me conocía ya personalmente lo bastante para seguirme y apresarme sin su auxilio. No me quedaba tampoco duda alguna de ser yo el hombre á quien perseguía, y su puesto en la imperial de la diligencia me lo probaba ampliamente.

Pero ¿porqué no se había apoderado de mí? Probablemente porque tenía alguna idea ulterior que mi prisión inmediata habría trastornado. Después de mucho meditar me parece que dí con el propósito que le había movido á no molestarme por lo pronto. Más difícil me fué resolver lo que yo debía hacer cuando llegásemos á nuestro destino. Escaparme teniendo dos mujeres á mi cargo, era simplemete imposible. Tratarle como había tratado á Tornillo en la casa de los ladrillos rojos, era también asunto en que no había que pensar, porque de seguro que se guardaría muy bien de habérselas conmigo sin auxilio de otros. El único plan que se me ofreció, y que presentaba algunas ga-

rantías de seguridad, era mantenerle en la ignorancia del objeto verdadero de mi viaje y de este modo demorar que se me descubriese y me hiciera su prisionero. Así, pués, determiné hacer que se supiera que el punto objetivo de mi viaje era Edimburgo.

Tal fué lo que resolví, tras largo meditar.

Dar una idea del estado de perturbación en que se encontraban mis facultades intelectuales cuando adopté este plan, es algo que raya en lo imposible. Lo único en que no vacilaba era en mi resolución irrevocable de casarme con Alicia, tan pronto como se presentase la oportunidad; es decir, en la primera posada en que parásemos una vez atravesada la frontera de Escocia. Formaba parte de mi plan, alquilar una silla de posta; hacer que entraran en ella Alicia y el ama de llaves, sentarme yo atrás de la silla y fiarme de mi audacia y mi ingenio para chasquear al agente de policía.

Ahora que escribo estos recuerdos de mi juventud, después de tantos años, se me presenta ese plan como lo más descabellado y absurdo que pueda imaginarse; pero en el estado en que se encontraba en aquella época mi cerebro, me parecía de facilísima realización y no abrigaba la menor duda acerca de sus resultados.

Al llegar á la población en que la diligencia cesaba su viaje, nos vimos obligados á alquilar un carruaje que nos condujera una corta distancia hasta el lugar donde nos esperaba otra diligencia en que deberíamos continuar nuestro camino. De nuevo me senté dentro con mis compañeras, y de nuevo en la primer parada que hicimos ví sentado en el tope del vehículo á mi agente de policía disfrazado de campesino, con un parche verde en el ojo izquierdo. En todos los vehículos en que entramos durante nuestra jornada hacia Escocia, siempre le ví acompañándonos. Nunca intentó hablarme, nunca pareció que se había fijado en mi, pero nunca tampoco me perdió de vista.

Seguimos nuestro camino que me parecía interminable; siempre con la terrible espada de la justicia pendiente sobre mi cabeza. Mi rostro inquieto, mis manos febriles, mis maneras confusas, mi enexplicable impaciencia, todo contradecía las excusas con que trataba continuamente de calmar los crecientes temores de Alicia y las sospechas del ama de llaves.

—¡Oh, Francis, Francis, algo ha acontecido. Dímelo por vida tuya!

—Sr. Turner, yo puedo ver más lejos de lo que muchas personas imaginan. Usted esta siguiendo el mal ejemplo del Doctor en su falta de confianza en mí.

Estas eran las palabras que Alicia y su ama de llaves no cesaban de repetirme.

Atravesamos al fin la frontera de Escocia, y aún era un hombre libre. Llegamos á una población pequeña y paramos en una posada de mala muerte.

—¿Estamos en Escocia? pregunté á la sirvienta que nos recibió.

—Sí, señor, replicó. ¿Qué desea usted?

—Un cuarto, algo que comer cuanto antes, y después una silla de posta que nos lleve al punto más cerca donde haya diligencias para Edimburgo. Dando estas órdenes á la carrera, me dirigí con mis compañeras de viaje á la habitación que nos habían destinado. Cerré la la puerta con llave y tomando á Alicia por la mano, le dije al ama de llaves:

—Ahora, Sra. Baggs, sea usted testigo....

—¡Cómo! Supongo que usted no se va á casar aquí, ahora mismo! exclamó el ama de llaves llena de indignación. ¡Qué sea testigo! ¡Vaya una idea! No seré testigo hasta que no me haya quitado la gorra de viaje y arreglado los cabellos!

—La ceremonia no durará un minuto, le respondí, y tan pronto como termine, le daré á usted el billete de cinco libras esterlinas y abriré la puerta del cuarto. Sea usted testigo, continué pronunciando las palabras sacramentales, «de que tomo á esta mujer, Alicia Dulcifer, por legítima y legal esposa mía.»

—En buena y mala salud ó en buena y mala fortuna, agregó la señora Baggs, que al papel de testigo quiso unir el de oficiante.

—Mi querida Alicia, dije interrumpiendo á mi vez al ama de llaves, repite mis palabras. Dí: «Yo tomo á este hombre, Francis Turner, por mi legítimo y legal esposo.»

Alicia repitió mis palabras con rostro en extremo pálido, y con las manos trémulas y frías entre las mías.

—Para bien, ó para mal, continuó la indomable Sra. Baggs. Temo que habrá muy poco de lo primero y Dios sabe cuánto de lo segundo, agrego por vía de comentario.

Interrumpí de nuevo á nuestro testigo, le puse el billete de banco de cinco libras esterlinas en la mano y abrí la puerta. «Ahora, le dije, puede usted ir á su cuarto, quitarse la gorra de viaje y arreglarse los cabellos cuanto quiera.»

La Sra. Baggs alzó los ojos y manos al cielo exclamándo: «¡Qué vergüenza!» y salió furiosa de la habitación.

Tal fué ni más ni menos mi casamiento escocés con Alicia; una ceremonia tan legal que consagraba nuestra unión con tanta fuerza y de una manera indisoluble como si se hubiese celebrado en la primer iglesia de Inglaterra delante de un millar de testigos. Tal era la ley que regía en Escocia.

Pasó una hora y no había podido aún resolverme á comunicar á Alicia mi verdadera situación. La entrada de la sirvienta que vino á poner la mesa, seguida de la Sra. Baggs que siempre estaba presente cuando se trataba de comer ó de beber, me fueron de gran auxilio. Resolví salir unos momentos para reconocer el terreno, y ver qué esperanzas había de huirme ú ocultarme en la posada. No me quedaba duda de que el agente de policía se encontraba al acecho por ahí; pero, como era natural, habría oído ó se habría informado de las órdenes que dí respecto al vehículo que me llevase á Edimburgo, y en este caso no estaba ahora en más peligro de que se me declarase quién era y me redujera á prisión antes de mi llegada á Escocia.

—Voy á ver en que estado se encuentra el asunto de la silla de posta, le dije á Alicia, Ella me dirigió una mirada llena de ansiedad y temor. ¿Pudo acaso leer en mi rostro el objeto verdadero que me hacía salir? De todos modos dejé el cuarto precipitadamente para no darle tiempo á que me hiciera pregunta alguna.

La posada se encontraba en el centro de la calle principal de la población. Lo que era por el frente no había esperanza de podernos escapar. No vi por allí al agente de policía ni señal alguna que me lo indicase. Me dirigí, pues, á inspeccionar el fondo de la posada, al través de la cual se distinguían algunas casuchas campestres y luego un marjal abundante en brezos. Todo ello muy bueno para escaparse, pero de ningún valor para esconderse.

Volví desconsolado á la posada, y me dirigía á mi cuarto, cundo derrepente oí pisadas detrás de mí; vuelvo la cabeza, y veo al agente-policía, vestido en su traje ordinario, que acompañado de dos hombres más me cerraban el paso.

—Siento mucho impedir que prosiga usted su viaje á Edimburgo, Sr. Turner; pero hace usted falta en Barkingham, me dijo el polizonte. He descubierto el objeto de ese viaje, y lo reduzco á usted á prisión como miembro de la cofradía de monederos falsos. Tome usted las cosas con calma, caballero; tengo quienes me auxilien, y no creo que le será fácil acogotar á tres hombres cualesquiera que hayansido sus hazañas en Barkingham, cuando se las hubo con un hombre solo,

Mientras me estaba hablando, me puso un par de esposas en las manos. Lo único que pude hacer fué, apelar á su bondad en beneficio de Alicia.

—Déme usted diez minutos, le dije, para comunicar á mi esposa lo acontecido. Sí sabe esto de repente, puede ocasionarle la muerte.

—Usted me ha hecho dar bastantes carreras, dijo el funcionario de policía con mal humor, pero cuando hay mujeres de por medio, nunca he sido muy duro. Suba usted á su cuarto, y deje usted la puerta abierta de modo que pueda verle á usted si lo deseo. Sostenga usted el sombrero sobre los puños si no quiere usted que se vean las esposas.

Subí las escaleras y parecía que el corazón se me quería salir por la boca, como se dice vulgarmente. Me detuve mudo, atónito, al ver á Alicia de pie en el descanso de la scalera. La rápida ojeada que le dí me hizo ver que había oído cuanto había pasado. Levantó el sombrero con el que trataba de ocultar las esposas, y me estrechó en sus brazos con tan repentina y desesperada energía, que casi me lastimó.

—Yo abrigaba temores Francis, me dijo. Te seguí unos cuantos pasos. Me detuve aquí, y he oído todo. No permitas que nos separen. Tengo más fortaleza de la que piensas. Ni me asustaré, ni lloraré, ni molestaré á nadie, si ese hombre me permite que te acompañe.

El polizonte se mostró inxiblefle en no quitarme las esposas de lsa manos, é insistió en llevarme inmediátamente, sin pérdida de tiempo, á Barkingham; pero consintió en lo demás. Cuando viajábamos en carruaje privado, no había reparo en que Alicia y el ama de llaves me acompañaran. Cuando entrábamos en una diligencia, no había tampoco inconveniente en que las dos mujeres entraran en ella.

Dí á Alicia mi reloj, mis sortijas, mi última moneda, aconsejándola que bajo ningún pretexto dejase á nadie ver la cajita de sus joyas hasta que pudiésemos hallar el medio más adecuado de convertirlas en dinero. Oyó estas y otras instrucciones con una calma que verdaderamente me sorprendió.

—No dirás, amado mio, que tu esposa ha contribuido con una mirada ó una palabra á hacer más penosa tu situación presente; me dijo cuando salimos de la posada.

Y cumplió su promesa al pié de la letra durante nuestro viaje forzado á Barkingham. Sólo una vez la ví perder su calma y su paciencia, y fué cuando la señora Baggs, no bien emprendimos nuestra jornada de regreso, y considerándose, no sé porqué, gravemente ofendida por mí con motivo de mi desgracia, me reprendió por mi falta de confianza en ella, y declaró que á eso debía la situación en que entonces me encontraba. No bien hubo proferido éstas palabras, cuando Alicia se diri-

gió á ella con una mirada y un tono de voz que la redujeron inmediatamente al silencio:

—Si usted pronuncia una sílaba más sobre este particular, ó dice algo que sea desagrable á mi marido, seguirá usted su camino sola.

Las palabras no parecerán de mucha importancia á los otros; pero al oír las yo, justificaron cuantos sacrificios había hecho por obtener la mano y el cariño de aquella mujer.

CAPITULO XVI.

Durante el viaje forzado á Barkingham recibí de mi captor algunas explicaciones de su conducta respecto á mí, conducta que me había parecido incomprensible.

Empezaré por decir que lo primero que hicieron los funcionarios de policía al salir del cuarto donde los dejó encerrados el Doctor, fué hacer un registro escrupuloso de los papeles del mismo en su estudio y dormitorio. Entre otros documentos que no tuvo tiempo de destruir, hallaron una carta de Alicia. Viendo por los que trataron de perseguir al Doctor, que éste les había tomado tal delantera que alejaba toda toda esperanza de alcanzarle, y no teniendo la menor idea de la dirección que llevaba, se vieron obligados á darle caza en varios lugares.

La carta de Alicia á su padre daba las señas de la casa en Crickgelly, y allí se dirigió el agente de policía, con la esperanza de interceptar ó descubrir cualquiera comunicación que el Doctor pudiera tener con su hija. El funcionario público hizo que le acompañara Tornillo para identificar á Alicia. Después de dejar, antes de llegar á Crickgelly, el vehículo que habían tomado, fueron á pié á la población para no despertar, sospehas, si el Doctor estuviese oculto en las cercanías. El agente de policía había tratado inútilmente de visitar á Alicia. Después que le negaron la admisión, se puso con Tornillo á vigilar la casa, y me vieron acercarme al número 2 de la plaza de Zión. Sus sospechas se despertaron al punto.

Hasta entónces Tornillo ni me había reconocido ni aún siquiera visto; pero inmediatamente me identificó por la voz, mientras yo estaba hablando con la estúpida criada en la puerta de la casa. El agente de policía, al enterarse de quién era yo, dedujo que yo era también el medio de comunicación entre el padre y su hija; sobre todo al ver que me habían admitido inmediatamente, después que alguien había hablado en el interior de la casa.

Dejando á Tornillo de guardia, se fué á la posada, llamó al posadero, le dijo quien era, y le pidió que se informara del día en que yo pensaba salir de Crickgelly y de la dirección que intentaba tornar. Al saber que iba á partir el día siguiente con Alicia y la señora Baggs, sospechó inmediatamente que se me había confiado la comisión de llevar á la hija al lugar donde su padre estaba escondido, ó á sus cercanías, y por esta razón se abstuvo de interrumpir prematuramente mis movimientos. Sabiendo ya á donde me dirigía, me había seguido en su disfraz de campesino, dejando á Tornillo en Crickgelly de guardia para el caso de una mistificación ó equivocación,

La posibilidad de que me fugara con Alicia, se le había ocurrido; pero la desechó por imposible al ver al ama de llaves en nuestra compañía y al saber que me dirigía á Edimburgo. Confesó que estaba dispuesto á seguirnos á dicha ciudad y hasta al continente, si de este modo había esperanza alguna de

dar con el Doctor; pero desistió al enterarse de nuestro casamiento en la habitación de la posada. Una de las criadas, al ver cerrar la puerta, se puso á espiarnos por el ojo de la llave y á escuchar lo que se hablaba. El agente de policía, que no me había perdido un momento de vista, consiguió por medio de hábiles preguntas que la criada le diera cuenta de todo lo que había oido y visto.

Transcurrió media hora antes de que pudiera encontrar dos personas más que le auxiliaran en caso de que yo quisiera oponer resistencia, ó tratara de fugarme, y á esto se debe la hora de respiro que disfruté y me fué tan útil para dejar arreglados todos mis asuntos con Alicia. Al llegar á Barkingham, me condujeron inmediatamente á la cárcel.

Alicia, por consejo mío, alquiló una habitación modesta en un suburbio de Barkingham. Mientras su padre vivió en la casa de ladrillos rojos, apénas la vieron en la población, y nadie la conocía en el suburbio.

Convenimos en que me visitaría cuantas veces se lo permitieran las autoridades. No tenía compañera alguna ni la deseaba. El ama de llaves no pudo perdonarle la lección recibida al comenzar nuestro viaje de regreso, y se separó de nosotros cuando llegamos á Barkingham. Su despedida fué patética, y trató de conservar cierto aire de dignidad. Informó á Alicia, bondadosamente, que la deseaba todo el bien posible, aunque no podía en conciencia considerarla una mujer legitimamente casada: y me suplicó, en caso de que se me pusiera en libertad, que la primera vez que me encontrara una persona que fuese buena para conmigo, procurara enmendar mis pasadas faltas y que tuviera en mi próxima bienhechora más confianza de la que había tenido en ella.

Lo primero que hice una vez instalado en la cárcel, fue escribir á mi cuñado Batterbury.

En esta ocasión había motivos sobrados para dirigirme á mi cuñado. Aunque yo creía, y hasta había persuadido á Alicia, de que no me quedaba duda que usarían clemencia conmigo, no por eso era menos cierto que se me acusaba de un delito que en aquellos tiempos se castigaba con la pena de muerte. En la carta á mi cuñado dejé entrever delicadamente cuál era mi situación verdadera, y le hice ver que las consabidas tres mil libras esterlinas corrían grave peligro de no ir á manos de mi hermana, pues mi vida estaba amenazada por la justicia, y Lady Mortimer gozaba de excelente salud según se me había informado.

Mientras esperaba tranquilamente su contestación, y cuando Alicia no estaba á mi lado en la cárcel, eran muy variados los asuntos que me ocupaban. Allí se encontraba también mi compañero de oficio, el artesano Fuelle, el primer miembro de la cofradía vendido por Tornillo, con quien podía hablar; y allí estaba también cierto preso que había sido deportado á Australia y me comunicó muchos y muy interesantes particulares y noticias respecto á la vida que llevaban los reos conducidos á aquella lejana colonia. Conversé largo y tendido con este hombre, porque preveía que su experiencia y conocimiento de aquellas apartadas regiones me podrían ser quizás de mucha utilidad.

La respuesta de mi cuñado fué corta, puntual y al grano. Mi carta había dado al traste con su sistema nervioso, pero al mismo tiempo agregaba que había estimulado su afecto á mi familia y que sus sentimien-

tos cristianos le hacian contemplar con piedad mis errores. Habia hablado al jurisconsulto más notable del Condado para que defendiese mi causa, y habria venido á verme inmediatamente á no ser por su esposa, mi querida hermana, que le suplicaba que no expusiera sus nervios á tal prueba. Respecto á mi abuela, nada me decia en la carta; pero después descubrí que á la sazón se encontraba en un lugar de temporada, muy de moda, bebiendo aguas minerales, jugando al whist y gozando de excelente salud.

Aunque parezca una paradoja, casi estoy por afirmar que la sociedad en general manifiesta siempre una gran indulgencia hacia un perillán.

Por ejemplo, á mi padre, jamás se le demostró la mitad del interes y atenciones de que yo habia sido objeto desde que se me alojó en la cárcel de Barkingham. Nadie procuró jamás el autógrafo de mi padre; en cambio, docenas de individuos solicitaron el mio. A nadie se le ocurrió jamás adornar un periódico con el retrato de mi padre, ni describir su persona y sus maneras y modo de ser, en las columnas del mismo, y yo gocé de todas estas distinciones. Tres funcionarios públicos vinieron á suplicarme atentamente que, en caso de que yo no gozara en mi nueva morada de todas las comodidades posibles, les diera aviso; nadie se ocupó jamás en saber si mi padre gozaba ó no de comodidades en su morada. Cuando llegó el dia de verse mi causa, la sala del tribunal estaba llena de bellas campesinas que padecieron con paciencia toda clase de molestias é incomodidades, antes de privarse del placer de ver que figura tenia el perillán y qué diria y cómo se comportaria. Cuando mi padre daba algunas de sus conferencias científicas tituladas: "Consejos á las madres de familia y á las jóvenes solteras sobre las consecuencias del uso del corcé, etc," la sala de conferencia estaba enteramente vacia, y mi docto padre tenia que retirarse con su manuscrito bajo el brazo sin haber leido una sola linea.

Si de todo lo anterior se deducen consecuencias no muy laborables á nuestra moderna sociedad, no es culpa mía; pero es la realidad, y como tal la presento, sin detenerme en hacer explicaciones más ó menos trascendentales.

La defensa de mi abogado se basó en la simple verdad. Era imposible negar los hechos y las pruebas aducidas encontra mia; por lo tanto, mi abogado confesó sin rodeos y ambajes, que la causa de todo era mi amor invencible á Alicia, la hija del Doctor Dulcifer, y sacó todo el partido posible de esta circunstancia, haciendo una relación en estremo sentimental. Al fin mi abogado empezó á derramar lágrimas: el contagio fué general: las mujeres lloraron; el jurado lloró, el juez lloró y mi cuñado Batterbury, que habia venido lleno de desesperación á oir mi sentencia preparado para lo peor, sollozó con tanta vehemencia, que hasta hoy creo que influyó notablemente en el veredicto del jurado.

Fui recomendado á la clemencia del juez, quien me condenó á catorce años de deportación á Australia. El desgraciado compañero que llamábamos Fuelle fué condenado á la pena capital.

EPILOGO.

Con mi sentencia de deportación termina mi vida de perillán y comienza mi existencia de hombre serio y respetable.

Lo que primero me ocupó fué el porvenir de mi jóven esposa.

Mi cuñado Batterbury no me dió oportunidad alguna de pedirle sus consejos sobre el particular. No bien oyó pronunciar mi sentencia, se retiró del Tribunal sin dirigirme siquiera una mirada, en un estado de lamentable postración nerviosa, y al día siguiente partió para Londres. Sospecho que temia avistarse conmigo, y además debía de estar impaciente por comunicar á su querida esposa, mi afectuosa hermana, la noticia de que había salvado de nuevo el legado de las tres mil libras esterlinas mediante un gran sacrificio.

Mis padres, á quienes había escrito sobre el asunto de Alicia, no me fueron de mayor beneficio que mi cuñado. Mi padre, al contestarme la carta, me dijo que creía en conciencia haber hecho bastante con perdonarme mi falta de aprovechamiento de la buena educación que me había dado, habiendo además deshonrado yo con mi conducta un apellido respetable. Agregó que había interceptado la carta dirigida á mi madre, por consideración al mal estado de su salud, y para evitarle un nuevo pesar; y concluyó diciéndome que la esposa de un hijo como yo, no tenía derecho alguno á la protección de su suegro.

No había, pues, esperanza ninguna de que los miembros de mi familia tendieran una mano generosa y auxiliaran á Alicia.

Lo que yo tenía que hacer era ver si descubría los medios de proporcionarla algunos recursos sin la ayuda de mi familia. Para esto había formado un proyecto, después de meditar en lo aprendido en las largas conversaciones habidas con el deportado que conocí en la cárcel de Barkingham, y me parecía que obtendría buen éxito en mi empresa.

Alicia se manifestó tan decidida en ayudarme en mi experimento, que declaró que preferiría morir antes de abandonarlo. Por lo tanto, se arreglaron los preliminares necesarios, y cuando llegó la hora de separarnos, nuestro dolor tuvo cierto consuelo con la idea de que no tardaríamos mucho en reunirnos. Alicia debía irse á vivir á Londres con un pariente de su madre, con quien se pondría de acuerdo para realizar sus joyas de la manera más provechosa, después de lo cual seguiría á su marido á Australia, bajo un nombre supuesto, al cabo de seis meses.

Si mi familia no me hubiera abandonado, no me habría visto forzado á adoptar esta determinación. Pero no me quedaba otro remedio. Una cosa me servía de consuelo: Alicia no corría ya el peligro de ser perseguida por su padre. Una carta del Doctor, llegada á Crickgelly, había sido remitida al lugar designado por mí antes de partir de aquella población. La carta estaba fechada en Hamburgo, y en ella le decia á su hija que permaneciera en Crikgelly, y esperase nuevas instrucciones y dinero, tan pronto como arreglase ciertos importantes asuntos que le habían llevado al extranjero. Alicia le contestó dándole noticias de su casamiento, y las señas del lugar donde podía dirijir sus cartas y de ahí no pasó el asunto.

¿Qué es lo que por mi parte debía yo hacer? Por lo pronto tratar de adquirir la reputación de buena conducta en mi nueva posición de deportado criminal. Desde los primeros días de mi viaje en el buque en que íbamos unas cuantas docenas de deportados de toda clase, comencé á hacer todo lo posible para alcanzar, como quien dice, un certificado de buena conducta; así es que cuando llegamos á la colonia penal desembarqué con la reputación de ser uno de los más dóciles y tranquilos de los reos convictos.

Después de haberme empleado en los trabajos más comunes de presidiario, tales como composición de caminos y cosas por el estilo, se me dedicó á ocupaciones más en harmonía con la educación que había recibido. Pero en todas las circunstancias, y trabajare en lo que trabajare, siempre traté de hacerme agradable á todos. Mi reputación de compañero jovial, complaciente y entretenido, empezó á establecerce grado por grado y á elevarme á igual altura, en esta extremidad del mundo, á la que tenía en la extremidad opuesta. Los meses pasaron con la mayor rapidéz de lo que yo esperaba. Al cabo del primer año de mi deportación, se empezó á susurrar que pronto se me destinaría al servicio privado. Este era uno de los fines por cuya consecución había trabajado más; pero lo que me infundía singular aliento era la próxima venida de Alicia.

Llegó un mes más tarde de lo que yo había calculado, sana y salva, y bella como nunca, con quinientas libras esterlinas, unos 2,500 duros en el bolsillo, producto de sus joyas, y con el antiguo nombre que usaba en Crickgelly sólo que en vez de señorita, se llamaba ahora señora Giles, para alejar toda sospecha de que nos conociéramos.

Según convenimos antes de que yo saliese de Inglaterra, se presentó como una señora viuda que había venido á fijarse en Australia, para ver el modo más provechoso de emplear lo poco que tenía. Una de las primeras cosas que deseaba la señora Giles, era naturalmente un sirviente digno de toda confianza, y se le concedió el privilegio de que ella misma escogiese entre los deportados que gozasen de mejor reputación. Siendo yo uno de los de este honroso número, es casi innecesario agregar que fuí el afortunado en quien recayó la elección de la señora Giles. De consiguiente, el primer destino que conseguí en Australia, fué el de sirviente de mi propia esposa.

Alicia fué una ama muy indulgente.

Si hubiese estado dotada de un natural perverso, habría podido, dirigiéndose á un magistrado, hacer que me azotasen ó pusieran con un grillete á trabajar en los caminos, cuando me mostraba perezoso ó me insubordinaba, lo que aconte-

ció más de una vez. Pero en lugar de quejarse, la bondadosa criatura besaba al sirviente y se ocupaba mucho con él, después que el trabajo del día había terminado. Eso sí, no le permitía trato con ninguna compañera joven, y sólo empleaba en el servicio de la casa, á una mujer vieja y fea al mismo tiempo. El sirviente masculino era llamado Francis á secas, delante de los demás, y "mi amado Francis," cuando estaban á solas. Cuando la joven viuda rehusaba ofertas de matrimonio que eran con no poca frecuencia, el doméstico favorito era informado de lo que pasaba.

Para no extenderme en este período anómalo de mi existencia, diré brevemente que mi nueva posición junto á mi esposa, era muy conveniente para manejar en secreto, con provecho, el pequeño capital de que ella podía disponer.

Empezamos con una excelente especulación en ganado, comprándolo en sumas insignificantes, y vendiéndolo con una ganancia casi fabulosa. Con el producto, comenzamos á especular en casas; primero comprándolas poco á poco, y luego fabricándolas, alquilándolas y vendiéndolas con grandes utilidades.

Mientras estas especulaciones progresaban, mi conducta al servicio de mi esposa fué tan ejemplar, y ella dió tan buenos informes acerca de mi persona, cuando se hicieron las investigaciones oficiales de costumbre, que pronto obtuve otros favores de parte de las autoridades. Por este tiempo conseguí también un perdón condicional, lo que me permitía viajar por donde quisiera en Australia, y comerciar en mi propio nombre como cualquiera otro ciudadano. El número de nuestras casas se había aumentado mucho, nuestras tierras se habían vendido á muy buenos precios para edificios públicos, y teníamos acciones en un banco, que nos producían una bonita entrada anual.

Ya no había necesidad de conservar por más tiempo la máscara.

Tuve que repetir la supérflua ceremonia de un segundo casamiento con Alicia; compré almacenes en la ciudad, edifiqué una bonita casa de campo, donde en la actualidad estoy escribiendo esta autobiografía, siendo un comerciante rico, próspero, altamente respetado, á pesar de que aún faltan dos años para que se cumplan los catorce de mi deportación. Tengo un carruaje, dos caballos hermosos, un cochero, un paje con librea, tres niños encantadores, una aya francesa, y dos criadas para mi esposa. Esta es tan hermosa como siempre, aunque está engordando un poco. Lo mismo me sucede á mi, como lo notó un amigo mío días pasados.

¿Qué dirían mis parientes y amigos que tengo en Inglaterra, si pudieran verme en mi posición actual?

De vez en cuando, y por diferentes conductos, he tenido noticias de ellos. Lady Mortimer, después de vivir hasta cerca de cien años, á pesar de diversos y variados accidentes, falleció tranquilamente una tarde sentada en su sillón, con un plato vacío delante de ella, y sin que hubiese ocurrido nada que hiciera presumir un fin tan repentino.

Mi cuñado, que había sacrificado tanto para que las consabidas tres mil libras esterlinas fuesen á parar á mi hermana, no tuvo provecho alguno de esa herencia tan anhelada. Los disgustos y querellas con mi amable hermana, que comenzaron cuando su marido empezó á servirme, por su propio interés, terminaron con la separación legal de ambos cónyuges. Esto vino á aumentar el mal humor de mi cuñado,

pues lejos de aprovechar un real de la herencia famosa, tuvo que pasarle anualmente, en calidad de alimentos, algunos centenares de libras esterlinas. No es extraño, pues, que siempre que se mencionara mi nombre, hiciera el Sr. Batterbury uso de una fuerte imprecación, deseando al mismo tiempo que la fiebre amarilla hubiera dado cuenta de él antes de haber tropezado con la familia Turner.

Mi padre se retiró del ejercicio de su profesión, y en compañía de mi madre se fué á vivir al campo, cerca de la morada del único marqués que conocía real y personalmente, quien le invitaba á comer una vez al año, y enviaba una tarjeta de despedida á mi madre cuando regresaba á Londres. En el comedor había un retrato de cuerpo entero de Lady Mortimer. De modo que mis padres vivieron tranquilos y contentos los últimos años de su vida, de lo cual recibí verdaderamente gran satisfacción.

La última vez que recibí noticias del doctor Dulcifer, se me dijo que estaba en los Estados Unidos, donde publicaba un periódico. Lima vieja, que le había acompañado en su fuga, era el editor del periódico. Lima nueva volvio de nuevo á dedicarse á la fabricación de moneda falsa en Londres; cayó en manos de la justicia y subió á las gradas del patíbulo donde, como ya he dicho, le había precedido Fuelle. En cuanto á Tornillo, se había dedicado al remunerativo oficio de espía y delator.

Esto es lo que tengo que decir de mis parientes y asociados. En cuanto á mí, podría aún escribir largo y tendido; pero teniendo á la vista el título de "La Vida de un Perillán," ¿cómo se podrá esperar, ahora que soy rico, casado, y que gozo de una excelente reputación, que comunique ulteriores detalles autobiográficos á lectores inteligentes y sensatos? He cesado de ser una persona interesante, soy un hombre respetable, como ustedes, y, por lo tanto, ya es tiempo de decir: "Adiós."

FIN.

Los tres arcos de Cirilo.

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

Emilia Pardo Bazán.

NOVELAS EJEMPLARES.

LOS TRES ARCOS DE CIRILO.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

Los tres arcos de Cirilo.

I

Don Dámaso Hinojales, modesto empleadillo de Hacienda, atenido á un sueldo escaso y con descuento, y á una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del ministerio, auguraron al retoño brillante pervenir.

Quedó la esposa de D. Dámaso delicada y resentida del trance de parir, y la ciencia pronosticó que ya no descendiría más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo, este nombre habían puesto á su heredero, por ser el mismo del papá de D. Dámaso, sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo; dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, á cuidarle y á adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó á constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien á su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrones y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien, pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelcon ochenta y tres céntimos que entregan religiosamente á su consorte. La madre, más vivaracha y despierta, azuzaba al padre, y le impulsaba á buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que D. Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones y llevase los libros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados á las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pajar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de D. Dámaso sufrían más reviravueltas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos ó color de ala de mosca, y mientras

presentaban á su unigénito el jugoso *beefsteack* ó el suculento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos ó un guisado de habichuelas. Para el chico no habia de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según Doña Clara, «carne cria.»

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendian adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo á su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, D. Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leido y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando á penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él, allá á su modo, una conciliación ó sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancios y pasados de moda, y otro poco de los que más se campanean hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio D. Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada cual importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo ó en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar á estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será—pensaba D. Dámaso—meterle á un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descanse sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse á tierra. Guiado por esta verdad, D. Dámaso avezó á su hijo á los ejercicios corporales, desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares; la gimnasia artística y natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona á un hombre el medio de salir airoso en lances apurados, hasta el más reciente capricho del moderno *sport*, ó sea el manejo de los variados artefactos cíclicos. El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera ó el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística ó la química. Porque es de advertir que en lo tocante á la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir á su hijo en un enfadoso sabio especialista, ó de limitarle á erudito á la violeta, superficial y parlanchín.

Entendía D. Dámaso que importa dominar, no una sola materia, en cuyo caso nos volvemos dogmáticos, exclusivistas é impertinentes, creyendo ó aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos ó tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, ó cuando menos, no deben ignorar-

se enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por D. Dámaso, asomarse á todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba á mal D. Dámaso con los limitados positivistas que reducen á hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstración, y abandonando la tierra se echase á pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró D. Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si no poseer los rudimientos de las artes y desconocer su valor y su puesto en nuestra existencia,—que tanto embellecen, decoran y encantan,—es digno de un vándalo, tambien sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Trató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un aficionado; obligóle á que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi nadie tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no titubee ó tropiece, que dé sentido á las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió á leer con un dómine, pero con un actor consumado, lecciones pagadas por D. Dámaso á muy alto precio.

También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arquelógica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debian ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas de la ignorancia del ayer. Estos viajecillos aprovecharon á Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse á sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas; para avenirse á usos y costumbres distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo á la ajena.

Bien desearía Don Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo á las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino á países remotos, como Norte América, verbigracia, á fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y sobre todo, más al diapasón de nuestro siglo. Pero aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente é insidioso de los obstáculos, ó sea la falta de ese jugo sustantífico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo, realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse Don Dámaso, fuera de su empleo, le proporcionaban ganancias muy lícitas y no despreciables; aunque los jefes de Don Dámaso habiendo llegado á considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y práctica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que sin embargo no pu-

do realizar su sueño de enviar á Cirilo por esos mundos de Dios, á correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en puridad que Cirilo, á los veintitrés años que dió por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filosofía india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos individuos, tan contados, que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado á disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichos platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillar toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio, únicamente advertiré que por reunirse en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brío, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosmente montada por Don Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

II

—Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas obscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido á tí, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente, y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir que necesitamos reposar, cuidarnos unas miajas y echarle al cuerpo viejo y en ruinas un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa abundante y de abrigo, y consulte á un médico entendido, y vaya á aguas donde se le alivie el maldito reuma, y coma bien, y duerma mejor, y se distraiga un poco la pobrecilla con el goce de asistir á algún teatro....en fin, mil

cosas que sé que la hacen falta para no dar consigo al traste; y asimismo convendría que yo, rendido del trabajo árido á que me consagré y de forzar la máquina para que este trabajo rindiese lo necesario, tenga buena alimentación, vinito de Jerez que es la leche de los viejos, libros que me distraigan, esparcimiento que me haga conllevar mis secatonas tareas. Todo esto, Cirilo, en dinero se cifra. Lo que gastábamos antes en tus maestros, ¡y cuidado que son caritos los señores maestros en Madrid! y en libros, y en viajes, y en el picadero, y en el gimnasio, y en tantísima cosa como dentro de esa cabeza te hemos metido, ahora vamos á dedicarlo á nuestra comodidad y al cuidado de nuestros molidos huesos. A ti, de hoy más, te miramos como al paladín armado de todas armas, avezado á los ejercicios militares, dispuesto para entrar en la liza, y que sólo tiene que embrazar el escudo, asestar la lanza, y conseguir la victoria.

Cirilo oyó atentamente á su padre sin interrumpirle ni dar la más mínima señal de impaciencia, en lo cual sin duda ya se revelaba los efectos de la excelente educación y cultura de su espíritu. Y así que vió á Don Dámaso en actitud de quien aguarda respuesta, sonrió con agrado y dijo con convicción y sencillez:

—Está muy puesto en razón, papá, todo lo que usted piensa, y le aseguro que para mí será una satisfacción imponderable el que ustedes se cuiden y se regalen cuanto les sea posible, y alarguen asi la vida, si cabe, mil años. Bien sé que no me juzga usted tan bárbaro ni tan egoísta que no haya sentido siempre gran repugnancia á verme mejor tratado de lo que se trataban ustedes. Vuelvan las cosas á su quicio, y yo señalaré la fecha con piedra blanca: pues como dice el Mahabarata, el padre es el sustento y el vigor del hijo, la cuerda de su arco y la pupila de sus ojos. En esto quedamos, y de esto no hay más que hablar, por ser cosa tan natural, justa y obvia. Pero ya que la magna tarea de mi educación debe considerarse terminada, ya que soy el paladín armado para la lucha, permítame usted papá, que le pregunte: ¿cual lucha es esa, que enemigos tengo que combatir y qué victoria es la que debo ganar? O más claro, y dejándonos de decir figuradamente lo que puede expresarse con lisura: ¿qué objeto se han propuesto ustedes al darme una educación tan superior á sus medios de ustedes y á mi categoría social? ¿Qué tengo yo que hacer; á qué debo aspirar; cuáles han de ser mis propósitos y mis actos, para corresponder á los fines de ustedes y para que no se desaproveche y malogre todo lo que por mí han hecho? Esta pregunta ya supondrán ustedes que no se me ocurre hoy, queridos papás; esta pregunta desde hace mucho tiempo me bulle en la boca y en el deseo, pero no me he resuelto á formularla, prestándome á atesorar habilidades y conocimientos sin darme cuenta del para qué, y aguardando á que se revelase mi porvenir. Ea pues: ya que ha llegado la hora, entérenme ustedes de mi providencial misión. ¿Hacia que punto del horizonte dirijo la cabeza del caballo? ¿Qué empresas solicitan mi actividad y mi valor? Estoy dispuesto....digo mal, deseoso de entrar en la liza á probar mi denuedo y mis fuerzas.

—Ahora, repuso el padre, es cuando empieza la liza para tí. Porque yo, que he sabido dirigir tu educación y consagrar á ella toda la medula de mi pobre vida, no sé, llegado el momento de aprovecharla, de

gozar los frutos de mi sudor, decirte donde y como los vas á recoger. Paréceme que es la educación algo análogo á la vida: un dón precioso, inestimable, sin equivalente, pero que no se da á nadie con fin predeterminado ni con la obligación y estricto deber de emplearlo en esto ó aquello; sino que las circunstancias y las aptitudes nos dirigen insensiblemente, y esta dirección sólo es capaz de modificarla el interesado, sin intervención ajena, pues nadie puede vivir en lugar de otro, ni sustituirse á otro en lo esencial. Asi pues, hijo mío, al declararnos tu madre y yo exentos del cuidado y gasto de educarte, por creer que hemos hecho lo muy suficiente, te emancipamos en lo referente á buscarte tu rumbo, declarándote intelectualmente mayor de edad, y dejándote dueño de tu albedrío. Posees diploma oficial de dos carreras, la de Derecho y la de Filosofía y Letras, y por lo tanto te hallas en aptitud de seguir varios caminos, á tu elección; pero en tales diplomas no es, á mi ver, donde has de encontrar la senda que te lleve á la fortuna y á la gloria. Porque si bien tu madre y yo no queremos influir en lo más mínimo sobre la elección del fin á que consagres tu actividad; si bien queremos dejarte una libertad omnímoda y no echar en la balanza ni el peso de un consejo, estamos convencidos de que para algo grande y estupendo has nacido tú y te hemos preparado y adobado nosotros á costa de privaciones y vigilias. A ti te toca, pues, dirigirte, y á nosotros regocijarnos de tu seguro y esplendoroso triunfo.

De aquí no pudo sacar Cirilo á su padre, por mucho que insistió en pedirle opinión que le iluminase sobre tan difícil problema; con lo cual quedó Cirilo sumergido en un mar de confusiones, engolfado en mil dudas y recelos, y al par mecido por las ilusiones más fantásticas y ardorosas, pues el vaticinio de su padre, de que á algo inaudito y piramidal llegaría, le excitaba el cerebro, y á cada vuelta del pensar le parecía más verosímil y más próximo. Intentaba Cirilo adivinar lo futuro, y creía divisar, entre los limbos de lo que aún no tiene forma ni color, algo como ancha vía enarenada sobre la cual—á considerable distancia la una de la otra—se elevan tres arcadas majestuosas, constituyendo una especie de carrera triunfal por donde pasaba, sereno é impávido, un hombre que tenía su mismo rostro, su mismo talle; que era, en suma, Cirilo en persona. Y Cirilo se estremecía, casi reventaba de placer, al considerar la magnificencia, y, sobre todo, la expresiva significación de aquellas tres arcaditas. La primera, toda entretejida de verde y fresquísimo follaje de mirto, estaba recamada de rosas lindas y muy fragantes, de los varios y vivos colores que tienen las variedades de esta preciosa flor; las había blancas como el sueño de una virgen, de un tono de nácar como las ilusiones de la juventud, amarillentas y pálidas como la nostalgía, encendidas como el deseo, de un púrpura sangriento como la pasión insaciable, sombrias como los celos. De este arco de rosas, se exhalaba una fragancia tan exquisita, que enagenaba los sentidos y hacía perder la razón, pero con un enloquecimiento ó trastorno muy grato, más delicioso aún para Cirilo, porque es fuerza confesar que con sus grandes estudios y la complicada mecánica pedagógica de su padre, Cirilo no había respirado rosas de cerca, y no estaba familiarizado con su deleitoso é insinuante perfume. La segunda arcada, era de estilo enteramente distinto y de muy diferente materia: com-

poníase sólo de bronce y mármol, todo labrado con admirable artificio, sin duda por el cincel del más diestro escultor del mundo, pues no se diría sino que Benvenuto Cellini, con su portentosa maestría, habia ahondado aquellos relieves tan perfectos. Representaban asuntos alegóricos, todos referentes á escenas de victorias y de regocijos, de multitudes que se congregan para aclamar á un triunfador ó á un héroe, de entradas bajo palio en poderosas ciudades, entre olas de gentío, que lleva en la mano airosas palmas y á quien parece que se oye gritar *Hossana*; de desfiles de ejércitos cargados de coronas de laurel y despojos enemigos, y á cuya cabeza marcha un joven gallardo, arrogante, hermoso, con los cabellos flotando al aire, y la mirada destellando júbilo y altivéz. Los carros, parecían rodar; relinchar los indómitos corceles, hiriendo la tierra con el duro casco; la trompetería, rasgar el aire con sus estridentes sones; el polvo, arremolinarse en densas nubes, que no conseguían, sin embargo, eclipsar el radiante sol de la victoria, cuyos destellos hacen refulgir las armas y encienden una aureola en las pálidas frentes. No se crea que todos los relieves del arco aludian á la gloria militar: en otros se veía á un mancebo rendido de sueño ó de fatiga, descansando la cabeza sobre la mesa donde están esparcidos libros y papeles, y á un alado genio, de flotante ropaje, depositaba un beso en su sien, le rodeaba con sus brazos el cuello, y le presentaba una lira, como anunciándole las preces y lauros de la poesía y del arte. En otros lienzos de la arcada aparecían escenas alusivas á luchas incruentas: un sabio entre alambiques y retortas, en el momento de realizar algún descubrimiento portentoso y para la humanidad utilísimo; un gobernante promulgando una ley de admirables efectos, y que los pueblos acogen con clamores de entusiasmo y gratitud. Y así sucesivamente representábanse en la arcada todos los casos en que un hombre, por alguna acción señalada y memorable, se eleva sobre los demás y se convierte en ídolo de la muchedumbre.

El tercer arco, si bien menos poético en su significación que los anteriores, no dejaba de atraer tenazmente los ojos de Cirilo Era nada menos que de oro purísimo y macizo enteramente: lo que se dice de oro, desde la base hasta el coronamiento y el ático. Y aún esto del oro sería lo que menos resaltase en tan espléndido monumento: lo que completaba su magnificencia y rareza increible, eran las pedrerías de que estaba cuajado, y que por su tamaño y limpieza debían de valer un imperio. Desde el diamante claro y fulgente como una estrella, hasta el obscuro granate y el negro ónice; desde la perla de Golconda al zafiro oriental; desde el bezoar de mágicas virtudes á la casta amatista; allí estaban cuantos tesoros la tierra guarda en su seno, cuantas riquezas deslumbran en los zátrapas, todos los ricos minerales en que la naturaleza agotó luces y colores. Y con ser tan sorprendente en el arco portentoso aquella suntuosidad increible, que sólo se ve en los cuentos fantásticos, era lo que menos asombraba, pues una cualidad rarísima se advertía en él, y es que hacia su base confluían muchas sendas, que formaban como una estrella de innumerables radios; y estas sendas, que partían del arco, se bifurcaban después y se repartían en otras infinitas que á su vez iban subdividiéndose, y abarcando todos, absolutamente todos los caminos del mundo, sobre el cual se tendían á manera

de sutil red, sin que en el espacio del planeta pudiese decirse que existía ningún lugar al cual no se pudiese llegar pronto partiendo del arco del oro. Y no es eso sólo, sino que, cuanto más se aproximaban al arco, más fáciles, anchas y practicables se hacían las sendas, de modo que podía asegurarse que tomando el arco por punto de partido, ni el viajero erraría la ruta, ni le detendría ningún obstáculo.

Al pronto Cirilo quedóse un tanto perplejo, discurriendo cuál de las arcadas escogería para pasar por ellas. Las tres le parecían encantadoras, dígase la verdad: dulcemente atractiva la de mirto y rosas; noblemente incitante la de bronce y marmol; tentadora y mágica, hasta lo sumo, la de oro y piedras. Y después de recapacitar y de sumar y recontar sus propios méritos, determinó Cirilo que pasaría sucesivamente bajo las tres.

III.

Adoptada esta resolución, ni más ni menos que si las arcadas vistas durante una especie de sueño con los ojos abiertos fuesen tan reales y verdaderas, que las estuviese tocando con las manos, Cirilo empezó á pensar en cómo se obtienen á la vez los triunfos del amor, de la ambición y de la omnipotente riqueza. Y aquí, naturalmente, empezaron sus perplejidades.

Bien se le alcanzaba á Cirilo, aunque poco versado en la ciencia de vivir, que por mucho que supiese y valiese, por mucho que le adornasen los estudios y las gracias de la persona, estos méritos son como el diamante en la mina, y sólo al contacto de la sociedad refulgen y descubren sus luces y sus quilates. Para que el mérito de la piedra preciosa pueda estimarse, menester es que por algún medio lleguen á enterarse las gentes de que existe, y necesario sobre todo, que las ocasiones y las circunstancias faciliten los medios de que luzca y sea contemplada. En resumen, Cirilo comprendía que era indispensable cimentar el edificio de su futura grandeza, felicidad y renombre; pero no veía ese pícaro cimiento, ese cabito en pos del cual, tirando bien y con maña, había de venir toda la madeja de un destino incomparable y deslumbrador.

Cirilo y su familia apenas trataban á nadie, pues no pueden asimilarse á lo que entendemos por *trato* las relaciones esencialmente interesadas y secas con maestros y catedráticos y hasta con compañeros de aula, hoy que se ha suprimido la fraternidad escolar. Los padres de Cirilo por modestia y por evitar gastos; Cirilo, por haberse abstraído completamente en sus estudios y en los ejercicios que los completaron, carecían de relaciones, y mucho más de relaciones lucidas, de esas que ponen en conveniente evidencia, siendo como pedestal donde se destaca la figura. Con todas sus sabidurías, sus habilidades y sus gracias, nuestro Cirilo era en la corte uno de los infinitos sujetos anónimos que pasan y repasan sin que nadie vuelva la cabeza para concederlas la limosna de una mirada, de un elogio ó de una murmuración. Ciertamente que si las aspiraciones de Cirilo hubiesen sido modestas y al alcance de la mano, podía empezar á lograrlas bien pronto, pues los jefes de D. Dámaso y hasta el propio Ministro del ramo de D. Dámaso, estimando con justicia la asiduidad y la inteligencia de empleado tan probo, no se negarían á buscar para su hijo una plaza subalterna, desde la cual, por sus pasos contados y con gran cachaza y forma-

lidad y algún favor, iría ascendiendo hasta lograr, al fin de su vida, la categoría de su padre ó cosa análoga. Tampoco le sería difícil á Cirilo, después de tanto quemarse las cejas, hacer oposiciones á una cátedra, lo cual le aseguraría un mezquino sueldo y la probabilidad de vender á cinco duros el libro de texto que valiese tres pesetas, ni menos le faltaría el indigesto recurso de dedicarse á dar lecciones particulares ó de meter la cabeza en la redacción de un periódico, ó de buscar un establecimiento comercial donde le dedicasen á llevar la correspondencia extranjera, ó de ingresar en la carrera jurídica, ó.... Lo malo es que por ninguno de estos senderos veía Cirilo que so pudiese llegar ni siquiera acercarse á las tres hermosas y sugestivas arcadas. Para recorrer cualquiera de esos caminos largos, obscuros, deslucidos y fatigosos, reconocía Cirilo que le sobraban más de las tres cuartas partes de su brillante y escogidísima educación. Para la cátedra, podrían servirle, sino el prákrito y la filosofía india, la química ó el griego; pero tendría que prescindir de la pintura, la música, la equitación y la arqueología. Para la redacción del periódico, no le vendrían mal sus conocimientos generales; pero las especialidades le estorbaban y la filosofía érale completamente inútil: quizás no le faltaría ocasión de ejercitar la esgrima del palo. En resumen, para cualquiera de las varias direcciones que podía elegir, Cirilo comprendía que bastaba con muy poco de lo aprendido, practicado y trabajosamente adquirido, y que si se trataba de ser catedrático, juez, empleado, periodista ó cosa por el estilo, no debió haber madrugado tanto la guarnición, como suele decirse. Cirilo no pensaba emprender carrera artística, dedicándose, por ejemplo, á la música, á la pintura ó á las letras; pues si bien de todo esto poseía nociones y no cabía considerarle un profano, se le alcanzaba, que para el arte, es preciso haber nacido con especialísima gracia y disposición y llevar dentro del alma un no se qué, y á la vez afición invencible á ejercitar esos naturales dones, perfeccionando y desarrollando así la obra de la naturaleza, y llegando á dar á las facultades todo su empleo. Y Cirilo no notaba en sí afán de cultivar las artes cuyos rudimientos había adquirido, ni particulares disposiciones para ninguna de ellas. Asistía á un concierto, y se quedaba frío: tenía delante un cuadro de Velázquez ó de Rembrandt, y sólo se le ocurría que estaba muy bien pintado; leía á Goëthe y á Homero, y aunque no dejaba de saborear sus obras maestras, no advertía prurito de lanzarse á escribir ni una mala redondilla. Confuso por esta especie de indiferencia, discurrió Cirilo si sería la ciencia su vocación preferente; pero tampoco por este lado vió luz, pues si no aborrecía el estudio y no le parecían tediosos los libros, ya era mayor su deseo de ver mundo y de iniciarse en los misterios de la sociedad, que el de continuar tratando asiduamente á la señora Urania. En suma, Cirilo, mirándose y remirándose hacia el espíritu, no consiguió averiguar donde ardía la chispa misteriosa. Pero aunque no columbraba siquiera cómo escalaría las cimas, Cirilo estaba completamente seguro de escalarla, y no con pacientes esfuerzos, con trabajo diario y asíduo, sino por un golpe de varilla mágica, ó mejor dicho, por imposibilidad absoluta de que la cantidad de fuerza sumada en él no cautivase á la suerte, trayéndola á sus pies enamorada y rendida. Esto sí que no podría fa-

llar: tan seguro, cómo el maná para los israelitas en el desierto. Una cosa era que no se sospechase cuándo ni cómo acudiría, y otra que acudiría la suerte, sin falta, y generosa y leal. Si no ¿á qué tanto trabajo y tanto esfuerzo invertido en la labor de su educación? Recordaba Cirilo que los libros sagrados y los poemas de la India, hablan de ciertos bramanes que han sufrido maceraciones tan horrendas, que purificado y concentrado su espíritu, conviértese en eje del universo, y un deseo de los tales bramanes es una orden para la obediente naturaleza. Algo semejante suponía Cirilo que iba á acontecerle, por la cantidad de energía que su educación representaba

La misma relativa y aparente inutilidad de muchas cosas que le habían hecho aprender; el carácter puramente ornamental y poético de un lado de su cultura, indicaban que el era un escogido, un sér señalado de antemano para algo sublime, besado en la frente por la fortuna, como lo fué un día Napoleón. Su destino tenía que ser diferente de tantos y tantos destinos vulgares y prosaicos como veía á su alrededor: en esto sí que no cabía duda; ya la suerte, apoyado el blanco pie sobre la rueda de oro, esperaba sonriendo á dar la rápida vuelta que encumbrase á Cirilo hasta las nubes y le hiciese refugiar entre sus contemporáneos. Si Cirilo poseyese, como el emperador Vespasiano, alguna encina consagrada á los dioses, no le sorprendería verla retoñar prodigiosamente, ni que les dijese el oráculo que por alta empresa que meditase, podía estar seguro del éxito feliz.

En tal disposición de ánimo Cirilo, y mientras pasaban días sin que acabase de eligir ocupación ni carrera, un dia que paseaba por matar el tiempo, encontróse de manos á boca con su antiguo profesor de esgrima, italiano inofensivo y bonachón, que respodía al terrible nombre de Aquiles Tagliatesta. Siempre se había mostrado el tal Aquiles cariñoso y bien intencionado con Cirilo, y donde se tropezaban discípulo y maestro se saluban afectuosamente, preguntándose por su vida con gran interés, y acostumbrado Aquiles decir á Cirilo que si hallaba ocasión de servirle y serle útil, no la desperdiciaría. Esta vez conoció Cirilo, en el aire misterioso del italiano, que algo muy importante tenía que comunircarle; y acertó, porque el maestro de esgrima, después de arrastrarle á un cafetucho, donde se sentaron en actitud de despachar dos colmados tanques de cerveza, le enteró de que tenía para él una excelente noticia, ó para hablar con propiedad, una excelente colocación, verdadera ganga, que ni buscada con un candil. Mientras el italiano, con la hiperbólica facundia de su raza, ponía la colocación en las nubes sin decir aún en qué consitía, Cirilo pensaba que, fuese lo que fuese, no sería sino una miseria, bien inferior y diferente de lo que él se prometía y aguardaba. Así fué que oyó al italiano con una calma y una frialdad que dejaron parado al buen hombre, pues creía ofrecer á Cirilo cosa equivalente al premio gordo.

Tratábase nada menos que del puesto de secretario íntimo y particular del duque de Ambas-Castillas, personaje empingorotado por todos conceptos, excelso en linaje, pingue en hacienda, cargado de honores, y que precisamente en aquel momento desempeñaba altísimo puesto en la gobernación del Estado. Lo que Tagliatesta brindaba á Cirilo, no era un empleo, sino un cargo privado, que ejercería desahogadamen-

te en la misma casa del duque, espléndidamente retribuido, comiendo á su mesa, tratado con suma distinción, y puede decirse que formando parte de la familia é investido con toda la confianza del magnate. Adelantándose á las preguntas que pudiese dirigirle Cirilo, Aquiles explicó que el duque, asediado por compromisos políticos, y acosado por recomendaciones todas de gran fuerza y peso, no había encontrado más medio de salir del apuro que dejarles iguales á todos, y buscar un secretario desconocido, que no le hubiese recomendado nadie, y á quien sólo abonasen sus propios merecimientos y condiciones. A este fin el duque investigó, escudriñando con maña aquí y allí, sobre todo en esferas sociales donde los intereses políticos no están en juego, y puede dejarse oir la voz de la verdad. Acostumbraba el duque hacer armas dos veces por semana á domicilio, bajo la dirección de Aquiles, y por el maestro de esgrima había averiguado la existencia de un mancebo de modesta posición, edad conveniente, instrucción maravillosa, y que en caracter, modales y figura, era cortado á la medida para el cargo que deseaba conferirle el duque. No bastándole los informes de Tagliatesta, había tomado lenguas, enterándose de multitud de detalles á cual más propio para confirmar los encomios del maestro de esgrima.

Supo la honradez, la competencia y el intachable comportamiento de D. Dámaso; se enteró, no sin sorpresa, de lo escogido y variado y extraño de la cultura de Cirilo; encareciéronle su simpática apostura y no común discreción; se cercioró de que no estaba afiliado á ningún partido, ni conocía á nadie, ni era, en suma, sino una tablilla cubierta de cera y lisa y rasa, preparada á recibir lo que grabasen en ella. Resolvió el duque grabar, por medio de la liberalidad y los beneficios, la lealtad y la gratitud; determinó pagar bien y tratar ópticamente al joven secretario, y descargar en él el peso de ciertas que ya le iban siendo enojosas, como extractar libros, recoger citas y argumentos para contestar á contradictores, redactar discursos, manifiestos y correspondencia delicada y peliaguda, y en suma, tener en el mozo Hinojales un otro yo, pero un yo joven, sabio, activo, diestro y que podía ahorrar al verdadero yo ducal y político infinitas molestias. Hasta fué lisonjero para el duque saber que su futuro secretario era profesor en esgrima, el tiro al blanco y la equitación, pues nada hubiese desagradado tanto al elegante señor como tener que habérselas con un pedante tímido y apocado, y le deleitaba encontrar un erudito forrado en *sportman* y fácil de transformar en *dandy*. Propúsose, pues, que el secretario quedase tan satisfecho de su situación, que no pensase en dejarla por otro puesto ninguno.

Y ocho días después de la conferencia con Aquiles en el café, Cirilo, instalado ya en el palacio de Ambas Castillas, se ponía por primera vez en su vida el frac, para bajar á comer, servido por criados de calzón corto.

IV

Al llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habíase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más sanea-

dos caudales de España. Falleció esta señora á los pocos años de matrimonio, dejando á su esposo en prenda de su unión, dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se le llevó al cielo la difteria, y quedó el segundo, Fernán todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela; que auque pálida, desmedrada y sujeta á frecuentes ataques nerviosos, tenia mil adoradores que acudían formando enjambre, como moscas á la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen á reunirse los bienes, títulos y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, solazó su viudez con diversas aventuras más ó menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, gozan el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan á su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambas Castillas era oriunda de Valencia y recriada en Córdoba, y aliaba á la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes, recordaban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasiadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Este, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice *mesalianza*, pero sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres ó cuatro mil duros de renta, que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin cortar otros alfileres de cabeza más gorda, que pagaba él contentísimo. Además el duque tenía en su casa, como á cosa propia, á una hermana soltera de la marquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poseer la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante, se parecían en la estatura, el andar, y en ese indefinible *no sé qué* conocido por *aire de familia*. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de simpático y dulce caracter.

Entreteníase Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo, colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar á su secretario la natural cortedad, de presentarle á todos y de colocarse desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le correspondía allí. Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió, el *usted*, y mientras el duque le llamaba

Hinojales, él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que *el señor duque*. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla. Poco después que el duque, apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris, y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataivada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento, realzaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe porqué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duqnesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas á concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el caso era frecuentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club ó Dios sabe donde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña á la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando á hurtadillas á su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente á la duquesa de Ambas Castillas, sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco, con la presteza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingorotadas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas y tan distantes de él que probablemente ni recordaban su presencia, podían servir de base á dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto á la arcada de bronce y marmol, ó sea la que significa fama y gloria, ¿en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, ó sea en el duque? El duque abriría á su *yerno* las puertas más cerradas é infranqueables; el duque empollaría y sacaría á luz su reputación; el duque le serviría de pedestal á él, á Cirilo Hinojales, le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos por cuenta propia, dejándose á su mentor muy atrás....¡Ya tenemos á Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó á congojarle y poducirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban á ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia á la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leonela, la duquesa se había de sentir y hasta oponerse á la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó á Cirilo tanto, que estuvo á punto de creer fallidas sus esperanzas. por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre y zosobra volvió á mirar y remirar á las dos damas, á fin de resolver

allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo, que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres, veía tan de cerca á una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso á un anacoreta penitente. Contemplanda de soslayo á la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucecitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracteriza el parosismo del deseo. La sola idea de merecer, ó disfrutarlos sin haberlos merecido los favores de aquella deidad, estremecía á Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole á regiones que se parecían mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo detallaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaban el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda! un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza á la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas los valores y títulos, y en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además, suprimiendo con riguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver, también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermoseados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta á sus padres. Por no tacharse á sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos su planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa ó por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fué que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó á comer, y que ni siquiera había mirado á la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos á él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó á dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fué la gota de agua que hizo desbordar se las ambiciosas ilusiones de Cirilo. "Me ha mirado"—pensaba—"y con sólo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar á disimular la impresión que la produje." Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decírselo el espejo en que se había contemplado con sus arreos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo á la se-

ñorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasosegaba mucho era que la señorita se derritiese tan derrepente y tanto, en presencia de su padre y de su madrasta, que por fuerza habían de hacer á al boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, á cada palabrilla dicha con tono entre despótico é insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo á los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado ó de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando habiéndose empeñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le ocurrió el siguiente comentario: "Va usted á oír á Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto *Otelo* más admirable."

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señorones y caballeritos á quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían á hablar por lo bajo con el duque, ó á reir y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo, por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz; Leonela, en vez de atender á tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso á cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, á cuerno quemado la tal maniobra. Dos ó tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita ó arañazo muy mono, que le obligó á retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad, y su embriaguez procedía, no sólo de los mimillos y atenciones de la hija del duque, que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, (y le tenía materialmente sujeto) sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro; la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor.... ¡esto va viento en popa!

V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no seguir alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le

torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba á terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen á los duques y á Leonela sonrisas, frases y expresiones de explísita y halagüeña aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y emvuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban á pedirle su opinión, á tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre ta familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan escogida educación y de tan gran señor, no se desdeñaba de consultar á menudo á Cirilo, rindiendo tributo á la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar á Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración á su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer á una estátua de granito. "Usted, Hinojales, que es un sabio, me dirá tai ó cual cosa" solía exclamar el duquecito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas tan incitantes para el amor propio de Cirilo, notaba este con terror que en la lucha que sostenía en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía; ó sea, que el ver de cerca y diariamente á una mujer como la duquesa; el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios; era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hacia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos y miserables. En resumen: lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo—porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma, —que la duquesa, á pesar de su radiante hermosura y los escollos que por por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación,

que guardaba á su esposo el decoro y la fidelidad más estricta. Aunque aficionada al mundo y á sus pompas, y dada á divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podia alabarse de haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver á los turiferario. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arredrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecíale natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto á ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que le cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliese.

Cuando más alborotado y nerviosico le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no á él, sino á otro más práctico, y á cualquiera, hubiese puesto á dos dedos de la locura. Y fué que una noche, al retirarse á sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenian reja y puertecilla al jardín. encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuro á recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve viciones. El corazón le latía atropelladamente, y la cabeza le daba vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, fué que el papel era el mismo usaba la duquesa para escribir sus billetes de confianza y amistad. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos ó tres ocaciones en manos de la camarera ó del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras habían recortado cuidadosamente algo, que era, á no dudarlo, la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator é inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba á Cirilo vértigo indecible. La letra—Cirilo la conocía por haber echado una rápida ojeada á las esquelitas vistas en manos de la camarera ó del portero—confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame, qué sentiría al repasar la carta, y ver qne era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epístola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba á aquel medio para dar á entender su estado de alma, por no atreverse á indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente,

que no comprede ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto*, sólo aspiraba á que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaban la carta. Insitía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas por evitar el enojo de *ciertas personas*, y sugería que la respuesta debía ser colocada á tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede á las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho á Cirilo contra los coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en depreciarle si le creía rendido. En su estilo y aun en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica á buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración á encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el consancio, se pasa la vida soñando con el hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso! la pepita aparece, gruesa, pesada, enorme.... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito á la felicidad que momentos antes firmemente esperaba.... Algo así le sucedio á Cirilo. En la primer sorpresa—á pesar de su fatuidad inocente é involuntaria—dudó si la carta que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos á la frente, á fin de evitar que se le escapase la razón....

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadísimo, garrapateó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiese, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quinta esencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloísa*, del *Werther*, de la correspondeucia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosamente para no infundir sospechas á nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que viniesen á ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer á colación nada desagradable, Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni á los sagrados deberes que por él infringía la duquesa.—Y al día siguiente, á la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar á hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento.... en que le pareció que se

fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el de mirar involuntariamente á los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarlo, la duquesa había leído la carta de Cirilo: tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver á su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se formase de ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir á un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y donde quiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, á quienes sólo recomienda y distingue el nacimiento ó la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar á su adorador rendido, á ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada á la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar....—Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrecece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La es-

pesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á al minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga usted, Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá usted oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire usted, aquí en confianza, Orduña, valía muy:... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con usted ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En usted hay veta, hay personal...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modestia que desmentía su radiante é involuntario sonreír.

—Estoy—añadió el duque—muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado á usted. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer.... se podría decir que será obra de usted el discurso. Gracias á lo que usted revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos ó tres buenos revolcones á mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, usted ha aligerado mis tareas; y se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para usted, porque tiene usted fondo de repuesto en lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que usted podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de usted son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, á no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque—respondió Cirilo con franqueza.—A usted deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que usted, absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas notas de mala muerte, no significa que no sepa usted cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse—repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado á su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.—Lo que he querido decir es que por bonitos muebles que ponga usted en una habitación, mientras no dé usted luz á las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser para usted, la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de usted para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoís-

ta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré á usted volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse á nuevas elecciones, ó pierdo mi nombre, ó usted tiene su acta.

Sintió Cirilo á estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece á la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela.... !ni dado ni gracias! ¡acta y aun actas le había de regalar á montones su *señor suegro!*

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantanse á formular ideas que no podía expresar el secretario, añadió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el *a b c* de cualquiera posición, es el cable á que tienen que agarrarse todos, si han de empezar á salir á flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique usted á pensar en otra cosa....¿No adivina cuál? Vamos á que sus años de usted no aguardaría yo á que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer.... Una mujer que vea en usted prenda personales suficientes para compensar la falta de caudales y de un nombre ya hecho, de esos que se imponen.... y que le traiga á usted en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!... Créame usted: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y usted sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto donde anida media docena de fénices—sea en su futuro distrito ó en Madrid—para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda á sus aspiraciones de usted.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlona é involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiendo sin dilacion al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas fraces el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto á seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias á tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido á su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan á un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición social y política; muy cerca, el momento en que las insinuantes é imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el dia de la fiesta que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar á sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad á su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que

si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidéz, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y bujías, en el jardin de invierno una mano previsora y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse obscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo, y estudió el sitio donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa, y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones, que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, é hicieron girar su sangre impetuasa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio á la media noche en punto, porque poco despues se calculaba que empezarían á caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado á la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitian gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad ó algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul ó de crujiente seda, realzados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras á todos los puntos de España, París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas ó de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al lado izquierdo.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, á las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, ó saliendo del jardín de invierno al otro jardín. Pensaba vestírselo cuando conviniese á su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vió organizarse el primer rigodón, y no quiso bailarlo, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoledad, un sabarítico aislamiento en medio del bureo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que se le aproximaba cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecia tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada á la señorita Leona, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el disfraz ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro á la cintura de la máscara. El caballero parecia pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. El solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, "Aquí

está la pareja á quién prometí este vals," exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó á Cirilo las palabras siguientes: «Por cierto que ya iba á reclamar mis derechos, figurándome que los olvidava usted.» Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballeresca cruz, lanzóse al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar á compás al són de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde la primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser ebjeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnacia corporal habían prestado á Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardóse bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecian las orejitas menudas donde danzaba una perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación indefinible.... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso, «creo que sí,» respuesta á una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna á la vez.... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió á valerse de la confusión del gentío para llegar á su pecho el pecho de Leonela, estrechando á su vez su flaca mano, calenturienta á través del guante.

«Pedir más sería gollería,» pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó á la inmutada Leonela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por hábil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó y empezar á maniobrar hacia el rinconcito del jardín de invierno. Acababa de ver pasar á una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacia el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volvióse, y vió al dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortesmente. El diálogo fué rápido y sustancioso.—«¿Se puede saber dónde has aprendido á mentir con tal frescura, señor secretario?»—«En la misma cátedra donde tú cursaste la necedad.»—«Agradece que respeto la casa donde estoy: á no ser así, tendría gusto especial en soltarte....»—«¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré á usted en moneda contante, señor marqués de Altacruz.»—«Pues espere usted la visita de un par de amigos míos mañana.»—«Se les recibirá, y ni ellos ni usted tendrán que quejarse de mí.»

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni á sentir

temor ni á especular sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió á Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando en que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr á su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando á la desconocida, ó sea á la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos: en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercóse al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguíen por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan á tiempo, que ya una mujer encapuchonada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebato imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo; de tal manera se explicó, que convenció á la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen á salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo importuno y delator; echadas las llaves que incomunicaban el aposento, á fin de que ningún criado pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo, la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos ó tres puntos, á prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin....

VII

Al otro día de la memorable fiesta, Cirilo se despertó de un sueño de oro, luz y fuego, con la noticia de que el duque le llamaba urgentemente á su despacho. Levantado á prisa, no sin cierta alarma, y vestido en un decir Jesús, no necesitó Cirilo sino mirar á la cara del duque para comprender instantáneamente que aquel señor *sabía algo*.

Algo, sí: ¿pero qué? ¿La escena del vals con Leonela? ¿El inminente duelo con el marqués de Altacruz? O más bien, ¡cielos vengadores! ¿el episodio del jardín y su incomparable desenlace, cuyo recuerdo aún le producía un estremecimiento de profunda y soñada dicha?

Mas, ¿cómo cabía que supiese esto último el duque? Cerrada y oscura la habitación; apagado el diálogo, en que más que palabras hubo una mímica del cielo; cauta la salida, con mil precauciones; relativamente breve la entrevista; imposible de advertir, en noche de máscaras una ausencia tan corta del salón.... á no ser que el mismo diablo, que todo lo añasca, hubiese enterado al ofendido esposo!.... Y si éste no estaba al tanto de lo ocurrido, ¿qué significaba aquel gesto sombrío y fosco, aquellos ojos destellando ira, aquella voz dura, sibilante y seca, como un latigazo, con que el duque dijo á su secretario, mientras le mantenía

de pie con la actitud y acentuaba la mortificante, ironía:

—¡Bien á correspondido usted á mis atenciones, señor Hinojales! ¡Bien! ¡Cada cual se porta como quien es.... y usted es hombre de fiar!

—Señor duque....—balbució el culpado, pronto á arrojarse á los piés del magnate y pedirle perdón, tal se encontró de aturdido, y tanto le llegó al alma el reproche.

—Los ingratos, añadió severamente el duque, rara vez cobran el precio de su ingratitud. Siento haber calentado en el pecho una víbora, pero esto me servirá de lección, haciéndome en lo sucesivo más cauto. Yo sabré mirar mucho á quien introduzco en mi casa.

—No soy ingrato, señor duque, no —exclamó afligido Cirilo.—La fuerza de la pasión me ha extraviado. Un sentimiento irresistible.....

—A otro perro con ese hueso, repuso prontamente el duque. Bien sabemos el valor de semejante excusa. ¡La pasión! Veo que es usted mozo de más cuidado de lo que parece, y cuando el otro día le dí á usted consejos para el porvenir, no debió usted de reirse poco de mi candidez. Muy ajeno me encontraba de creer que ya había usted planteado bajo mi techo el socorrido sistema de la caza de gangas matrimoniales. No se podrá decir de usted que no pica alto! ¡Por vida del señorito, ira de Dios!

—De Leonela se trata—pensó Cirilo respirando un poco, pues le parecía que de dos males el menor era aquel. Las palabras que el duque añadió inmediatamente y sin endulzar el tono de enojo y desprecio con que se expresaba, dejaron atónito al secretario, causándole el efecto de una ducha de agua helada, despedida con violento empuje.

—A pesar de todos mis consejos; desoyendo mis advertencias y rehusando otras soluciones más racionales y más conformes con su interés, mi cuñada Fina jura y perjura que después de lo acaecido no tiene más recurso que casarse con vd. sin demora, en lo cual, por otra parte, según dice, sigue los impulsos de su corazón, pues asegura que se ha prendado de usted desde el mismo día en que le ha visto.

—Su cuñada de usted señor duque! exclamó Cirilo con el más profundo asombro.—¿He oído bien? ¿Se trata de la señorita Fina?

—Pues de quién se había de tratar? ¡Hágase usted de nuevas!.... Ella misma me ha confesado la verdad, y que anoche perdió la noción de su decoro, hasta el punto de que..... de que va usted á ser mi concuñado, y me parece que, para principio de carrera, no es malo el salto que ha sabido usted pegar..... Además, yo no ocultaré á usted que por amor propio, por egoísmo bien entendido, he de procurar elevarle lo más posible: pero cualquiera que sea mi esfuerzo por hacer de usted un personaje, en el fondo de mi alma, amiguito, en el fondo de mi alma le he juzgado á usted.... y le considero un vividor de la peor ralea, y sobre todo, oígalo usted bien, un ingrato!

Mientras el duque se producía así, Cirilo hacía una serie de rapidísimas reflexiones para tratar de entender el extraño enigma. No cabía duda: el duque había sospechado de la duquesa; tal vez había visto salir del cuarto del secretario á la dama recatada en su capuchón, y Fina se sacrificaba por salvar á su hermana, por dejar su honor á cubierto, y él tenía que imitarla, emulando su heroico sacrificio.

—Señor duque.... murmuró aturdido, confieso que no sé qué pensar ni qué decir.... Su enojo de usted me aflige, me destroza el alma, y le

ruego que no siga hablándome en ese tono, y que tenga compasión de mí. Por firme que sea mi propósito de no faltar al respeto que le debo por tantos estilos, temo que una frase injuriosa me lastime demasiado y dé al traste con mi sufrimiento, y desearía que no le quedase á usted de mí triste memoria. Antes de contestar á lo que acaba usted de decirme, permítame usted—se lo ruego por favor,— que conferencie un instante con la señora duquesa.

—Accedo—dijo el duque—porque á mi esposa le interesa mucho la suerte de su hermana, y precisamente me había dicho también que con usted deseaba hablar un momento.

Salió el duque, y al poco tiempo Cirilo sintió el crujido de las faldas de la duquesa, que entraba serena y magnífica como la Juno de Homero. Y á primer mirada que cruzó con la dama; sin que mediasen otras explicaciones, comprendió Cirilo de golpe y porrazo el extraño error que había padecido, y vió abatirse á tierra, marchito y lánguido, envuelto en las ruinas de su corazón, el gallardo arco de mirto y rosas.

—Mi hermana, dijó apaciblemente la duquesa, ha cometido una imprudencia insensata; ha labrado en un instante su desdicha. No sólo se ha precipitado de cabeza en el abismo, desmintiendo en una hora una vida entera de recogimiento y dignidad; no sólo ha sucumbido como una niña sin experiencia, á los treinta y cinco años que tiene, sino que ni ha reparado, en su ceguedad, que me comprometía gravísimamente á mí. Se ha servido, para escribir á usted de mi papel de cartas; y como nuestra letra se parece mucho, pues hemos sido educadas en el mismo colegio, y las cartes fueron anónimas, excuso decir á usted lo que podría suponerse si alguna cayese en malas manos. A no tener yo, por fortuna, reputación bien sentada; á no poseer la absoluta confianza de mi esposo, porque la merezco, he podido verme envuelta en alguna horrible red. Ha llegado á tanto la obcecación de esa pobre hermana mía, que hasta convertía mis muebles en estafeta, y que ayer, en el empeño que tuvo en vestirse y encapuchonarse exactamente como yo sin pliegue más ni pliegue menos, demostró que al jugar su honra no le importaba echar la ajena por el balcón. En fin, ella lo ha querido, y ella es quien ha de soportar las consecuencias de este desliz. Procure usted que nunca tenga que arrepentirse, porque Fina es una santa, y si usted la juzgase por este paso imprudentísimo, sería injusto con la que pronto se llamará su mujer. Y aquí la duquesa dió muestras de enternecerse, y aún llevó el pañuelo de batista á los bellos ojos.

—Alto ahí, señora duquesa, exclamó Cirilo, que empezaba á perder los estribos al apurar tan á fondo la hiel del desengaño. Yo no he dicho todavía si estoy dispuesto á aceptar el inmerecido honor que se me ofrece con la mano de la señorita Fina. Antes de resolver sobre este punto delicado, permítame usted que reflexione un par de horas. Ya volveré á comunicar á usted lo que haya decidido.

Y saliendo bruscamente de la estancia, dirigióse como un rayo á las habitaciones de Leonela, á cuya doncella intimó que necesitaba, á todo trance, ver y hablar sin dilación á la señorita. Al ruido del diálogo, salió Leonela vestida de mañana, ojerosa, deshecha; y al reconocer al secretario, sus enjutas mejillas se tiñeron de rubor. Despidió á la doncella, encargándola que no llamase á la *Fraulein* y se acercó á Cirilo, como interrogando.

—Leonela, dijo Cirilo sin embajes

ni circunloquios, anoche he debido á usted una distinción....no, no, varias distinciones.... de tan alto precio, que trastornarían á cualquiera la cabeza y el alma. De lo que usted me diga ahora pende mi vida. ¿Qué debo creer? Repito la pregunta que dirigí á usted anoche valsando: ¿siente usted algo por mí? ¿Soy para usted *alguien*, alguien en quien piensa, alguien que le importa?

—Ojalá me fuese usted indiferente, contestó tartamudeando la señorita. Ojalá, Hinojales. No me costaría entonces tanto trabajo determinarme á fijar el día de mi boda con el marqués de Altacruz, á quien me complazco en desesperar, para que no crea el muy tonto que me ha seducido.

—Es que entonces, Leonela, si es así no debe usted casarse sino conmigo, y no con el marqués, á quien no quiere. ¡No faltaba más, Leonela! Seguro de que usted me distingue, disputo esta mano al mismísimo Cid. Que venga el marqués á arrebatármela. Que venga todo el género humano.

—Amigo mío, murmuró zalameramente la señorita, echando á Cirilo un brazo por el cuello, ¿qué está usted fantaseando? ¡Si pudiésemos hacer como en las zarzuelas, que se casa la gente con quien le gusta, y los reyes con las pastorcitas!.... Le aseguro á usted que lo deploro, y que me caso de bien mala gana. Pero reflexione usted y comprenderá que el mundo no es así....como querríamos que fuese. Sólo nos está permitido, todo lo más, un *rêve*....No le gusta á usted *rêver*?... ¡Es tan bonito!....Es casi más bonito que la realidad....¡Oh *rêver*!

Al expresarse así Leonela, acercábase más al secretario, y sus dedos secos se enclavijaban y fundían en los de la fuerte y varonil mano del jóven, y su aliento precipitado delataba la vehemencia y acción del consabido *rêve*. Cirilo separo su diestra en un arranque de indignación furiosa, y haciendo una reverencia sarcástica, salió disparado de las habitaciones de Leonela, llevando sobre su espíritu todo el peso del arco de oro y pedrería que acaba de derrumbarse estrepitosamente. Sentíase capaz de estrangular y patear á Leonela, olvidando que los móviles que le arrastraban hacia la hija del duque no eran más puros que los que atraían á la hija del duque hacia él.

Desde su cuarto escribió Cirilo al duque una carta lacónica y glacial, renunciando á la honra que se le brindaba de ser esposo de la señorita Fina, y rogando que se le dispensara también, desde aquel punto y hora de su cargo de secretario. Metió sus efectos en la maleta, llamó á un mozo de cuerda, y al cruzar el umbral del palacio de Ambas Castillas creyó sentir un fragor terrible, un estrépito como de cien cañonazos: era el arco de mármol y bronce, que lo mismo que los dos arcos anteriores, se venían al suelo.

Del lance con Altacruz, que se verificó dos días después, sacó Cirilo, á pesar de su gran experiencia de sala de armas, un mediano charrascazo, que á poco que se hubiese corrido el filo del sable le parte la sién. Del episodio con la cuñada del duque, la mala voluntad y tirria perseverante de este señor, el cual se dió gran prisa á buscar á Fina un pretendiente y á casarla, aprovechando el natural despecho que concibió la señorita contra su seductor involuntario. Privado de las aldabas á que se asia, en vano luchó Cirilo para buscar nuevas sendas por donde ascender y prosperar: la única gente que le conocía, le conocía por el duque, y éste, que un tiempo

pensó elevarle, se esmeró tanto en rebajarle y obscurecerle, que Cirilo se vió rechazado de todas partes, sin medio humano de romper la conjura del olvido y de la frialdad desdeñosa que en torno suyo formó su antiguo protector y amo.

Hoy, desempeñando una cátedra en un instituto de provincia, única situación que pudieron alcanzar sus méritos, Cirilo suele meditar sobre los problemas de su educación y de su destino. Sospecha que se perdió por falta de cultura moral; porque siendo en todo un sabio y un ateniense, en su conciencia fué un salvaje, esclavo del apetito y ajeno al sentimiento del deber. No le consuela el reconocer que esta deficiencia es común á toda la generación contemporánea. Además, comprende que no debió querer remontarse tan de golpe, y que, en resumidas cuentas, le convendría mucho haberse casado con Fina, dueña de no despreciable caudal, mujer honesta, sencible y enamorada, y escalón seguro para conservar valimiento con el duque. Pero aquella visión de los tres arcos, que tanto le persiguió, aún le persigue á veces, pues la esperanza y la ilusión nos acompañan hasta el sepulcro; y sé de buena tinta que Cirilo espera la gloria y la medalla de académico C., por una *Gramática analítica razonada y tesoro de etimologías de la lengua prákrita.*

FIN.

UN DRAMA.

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

Emilia Pardo Bazán.

NOVELAS EJEMPLARES.

UN DRAMA.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

UN DRAMA.

I

Representábase aquella noche, en la Comedia Francesa, nada menos que la *Fedra* de Racine. Los periódicos habían hablado de su desempeño como se habla de una solemnidad artística, y en efecto, la más escrupulosa propiedad y exactitud en decoraciones y trajes y el estudio más concienzudo de los papeles, probaban con cuánta veneración se interpretaba en la famosa *Casa de Molière* la obra maestra de la tragedia clásica.—Los actores parecían figuras desprendidas de algún elegante vaso griego. Mounet Sully, que caracterizó el papel de *Hipólito*, podía, en cualquiera de sus aptitudes sentidas y nobles, servir de modelo á un artista. Su barba y su pelo rizados con simetría, su blanco palio de lana, de esculturales pliegues, las cintas y ataduras de la sandalia, que abarcaban bien el contorno de las piernas musculosas, eran detalles dignos del pincel del decorador de alfarería de las edades heróicas helenas.

Sin embargo, la concurrencia, que oía en silencio religioso y con respetuosa atención los parlamentos e Hipólito, de Teramenes, de Aricia y de Enona, sólo parecía despertar y reanimarse al impulso de una emoción más viva, siempre que salía á escena *Fedra*, papel que desempeñaba la Desclée. Mientras los demás actores, conservando las tradiciones de reverencia fría y convencional que suele infundir la clásica pureza del arte, accionaban con acompasada rigidez y declamaban solemnemente, la actriz había comprendido que Fedra tiene que ser la mujer eterna, la pasión que puede modificar sus formas al través de los siglos, pero cuya esencia no cambia jamás. La terrible enfermedad de la hija de Minos, el mal de amor, el *mal sagrado* de la antigüedad, el que atiranta los nervios y abrasa con altísima fiebre la sangre, se revelaba en la gran trágica (nunca tan grande como entonces) por medio de una acción romántica y libre, y hasta en ocasiones impregnada de sentido realista, á la moderna. Las lácias actitudes de su quebrantado cuerpo; la expresión conmovedora de su cara; el oscuro livor que rodeaba sus ojos; la contracción de su seca boca; la crispatura de sus manos, que arrugaban el largo *peplum;* y sobre todo, la voz humedecida por las lágrimas ó ronca como arrullo de paloma por la intensidad del deseo, hacían que el auditorio, desde-

ñando el juego de los demás actores, sólo tuviese ojos y oídos para la interesante *Fedra*.

Un observador, de esos que gozan refinadamente en comprender y cultivan la manía de escrutar almas, persuadidos de que en la humanidad hay tanto que descifrar, por lo menos, como en los libros, encontraría magnífico asunto para sus estudios en un palco obscuro ó *baignoire*, ocupado por dos damas y tres caballeros, que seguían el desarrollo del drama con impresiones tan diferentes, como distintos eran entre sí los cinco espectadores.

Era evidente que el espectáculo del horrible conflicto moral de *Fedra* producía en ellos sentimientos opuestísimos que hubiesen podido servir de piedra de toque para discernir inmediatamente la complexión moral de cada uno. La obscuridad relativa de esa clase de plateas, peculiares de los teatros franceses, sobre las cuales proyecta densa sombra la línea saliente de los palcos entresuelos, contribuía á que las cinco personas á quienes vamos á conocer, dejasen salir al rostro, sin reparo, las impresiones del terrible drama, que alguna de ellas conocía por primera vez aquella noche, no habiéndolo leído jamás.

Instaladas las dos señoras en los asientos delanteros, la una frente á la otra, formaban marcado contraste sus tipos. La que ocupaba el lugar de preferencia, de cara á la escena, era la mayor en edad; no tanto, sin embargo, que pasase de ese período de plenitud y apogeo de la vida femenina, comprendido entre los veintiocho y los treinta y dos. La blancura luminosa y algo ambarina de su piel la realzaba el cabello, teñido del color castaño, como de concha carey, que á la luz tiene ligeros cambiantes cobrizos. Este artificio de tocador, inspirado en pasajero capricho de la moda, por casualidad, en la figura especial de aquella dama era artístico acierto, pues completaba la semejanza de su cabeza con las de las mujeres de Veroneso, en quienes el evidente vigor físico sólo sirve para revelar la vehemencia y energía de la voluntad. La robustez y vitalidad profunda de la dama sentada en la *baignoire*, no se expresaban con formas mórbidas y turgentes, como en los modelos de Rubens, tan materialotes y carnosos, sino en la buena proporción del cuerpo, en la victoriosa juventud que conservaban las formas, en el brillo deslumbrador de la dentadura, en la morvosa elegancia del cuello y de las manos, en el sólido tejido de la epidermis, en la riqueza del cabello que se espesaba en la dura nuca de marfil,—según permitía ver el peinado, de alto rodete mezclado con bucles vaporosos.—Aquella mujer, que con su delgado talle, su busto recogido, su fino cuello algo inclinado, en actitud de quien escucha atento, y la delicada línea de sus brazos, ceñidos por el elegante guante de Suecia, y apoyados en el antebrazo de la *baignoire*, podía parecer desde lejos una belleza llena de espiritualidad, era realmente, vista de cerca, uno de esos seres en quienes la ardiente y fuerte acción de los sentidos se explica no sólo por antecedentes de raza y de familia, sino por circunstancias de la vida, que completan la obra de la naturaleza.

Durante tres generaciones, los ascendientes de Teodora se habían casado jóvenes, tenido pocos hijos, y criádolos en una aldea de la costa italiana, al borde del mar, donde poseían hacienda. Era una familia oriunda de Nápoles, llamada de los Gabrielli. La madre de Teodora, de rara belleza, casó con un caballero loronés, Gastón de Montcal, enri-

quecido por la herencia de un tío que pasó á la Guyana y se trajo de allí mucho oro ganado entre aventuras y lances que nunca se supieron con exactitud, pero que se leían en su rostro amarillo, surcado y devastado por las privaciones y los sufrimientos. Los Montcal habían sido ligeros, duelistas, enamorados; y si el padre de Teodora obtuvo la mano de la hermosa Jacoba Gabrielli, lo debió á que, manteniendo las tradiciones de su familia, se empeñó en andar á estocadas con otro pretendiente ya aceptado de antiguo, y esto y la involuntaria preferencia de la italiana por el atrevido hidalgo, decidió en favor suyo la contienda. Teodora fué el único fruto de este enlace. Poco después de su nacimiento, la madre contrajo una de esas enfermedades que hacen mayores estragos en las organizaciones recias y vigorosas,—la viruela,—y á ella sucumbió en pocos días. El enamorado esposo—inconsolable entonces, aunque después harto se consoló, como veremos—se retiró al campo, dejando á Teodora al cuidado de sus abuelos maternos. Teodora se creó en Italia y se recreó en París.

A su infancia y adolescencia pasadas á orillas del Mediterráneo, á sus atrevidos juegos en la playa, por donde la dejaron travesear semidesnuda, con los piés encharcados en agua salobre y las manos llenas de algas, arenas y conchillas, debió Teodora la rica sangre, la intacta energía de un temperamento meridional puro, de instinto, de ímpetu, de esos que acaban por prevalecer y dominar sobre las demás influencias de la vida. La huella de una existencia tan decisiva para lo físico y lo moral de una criatura, reaparece imperiosa y casi fatal al través de todas las situaciones en que puede encontrarse el sér humano. Por más que la frivolidad parisiense, sus excitaciones enervantes y sus placeres casi siempre vacíos y facticios, que borran el caracter y embotan el sentimiento, pasasen después sobre Teodora Montcal, no habían de conseguir nunca desgastar y reducir al molde común de la parisiense versatil y amuñecada á aquel trozo de marmol pagano, pulido por los besos del sol y las ásperas caricias de la brisa que riza el oleage. A los quince años, Teodora fué llamada al lado de su padre, que acababa de enviudar por segunda vez y tenía de las segundas nupcias un niño, á quien esperaba que cuidaría Teodora. La primera entrada de ésta en la casa paterna fué coger á solas al muchacho, su hermanillo, y profiriendo una blasfemia aprendida de los pescadores del golfo, y en la cual había *sangres* y *cuerpos* de algo divino y sacratísimo, abofetearle duramente y morderle después la oreja, con una crueldad y unos dientes agudos de tigresa joven. Y como el padre, interviniendo para salvar al rapaz, reprendiese indignado á Teodora, ésta, echando venablos por los negros ojos, declaró que á aquel chiquillo le aborrecía, que le había detestado á aquel hijo de cabra desde el instante de verle, que era horrible, que era odioso, y que no respondía de sí, caso de que volviesen á ponérselo delante. El mismo día Montcal depositó á su hija en un convento del Sagrado Corazón, no sin escribir á los abuelos una carta muy severa, lamentándose de que hubiesen educado á su hija como á una salvaje, ó peor aún.

Cosa extraña: la salvaje dió bien poca guerra á las monjitas. Como si se hubiese convencido de que por el camino de abofetear y morder orejas no se iba á parte alguna, ó como si desease aprender la ciencia de las

buenas formas y de la moderación, indispensable para que una señorita se presente en el mundo, la salvaje se hizo en breves dias una colegialita encantadora, aplicada, obediente, graciosa, zalamera, que embelesó á las monjas y se captó las simpatías de las educandas. Aprendió con facilidad sorprendente cuanto la enseñaron, y su memoria y suinteligencia fueron encanto de las profesoras y envidia de las compañeras de colegio. Sin embargo, el padre, no sin causa prevenido contra la hija no se fiaba; y tanto no se fiaba, que para tener en su casa mujer, alguien que velase por el ni-ño, paso á terceras nupcias. Entonces los abuelos de Teodora hicieron el sacrificio de establecerse en París; reclamaron á su nieta, la sacaron del convento, y picados de honor, completaron su educación de un modo brillante, con escogidos profesores á domicilio. A los veinte años, cuando salió de su capullo, Teodora de Montcal era, en lo exterior, la más pulcra damisela, la más delicada *ingénue* que cabe soñar, según el patrón clásico de la tierra donde todavía informan el sentido de la educación de las jóvenes las ideas correctas y relamidas de la ilustre fundadora de San Cyr.

Pero en vano cubriréis con tierra de labor ó con infecunda arena el ardiente cráter del Vesubio. Sí: algún tiempo creeréis haber triunfado de la tenaz naturaleza. Veréis en las laderas antes surcadas por la lava destructora germinar una vegetación pacífica, la viña verdeará, el olivo extenderá sus brazos cargados de fruto, el suelo no se estremecerá de terror, en el horizonte no flotará el penacho de humo que anuncia la catástrofe, el cielo será puro y azul, el mar parecerá una balsa de líquido zafiro, encerrado en concha nacarina....Un dia, mientras dormís, imperceptible bostezo conmueve ligeramente las entrañas de la tierra: diríase que aquel leve movimiento ni aun puede derrocar un paredoncillo arruinado. Sin embargo, la oscilación aumenta, y una chispa de luz rojiza colorea la cresta del monte. Entonces, los que conocen el país, los que saben como se inicia el tremendo cataclismo, recogen á escape su hacienda y sus ganados, y huyen sin mirar atrás, con el pánico en el corazón y la palidez de la muerte en el rostro. Es que ya la lava en fusión, serpiente horrible de llama, les persigue y les acosa, y desciende en hervidoras aleadas, abrasando cuanto encuentra, dejando el suelo arrasado y convirtiendo en inmensa hoguera pueblos enteros, que luego sepultará la lluvia de cenizas. El Vesuvio se ha despertado: peor para los que creyeron que dormiría siempre.

II

Tres años después de su aparición en el mundo, Teodora de Montcal hizo una brillante boda con un español de distinción, rico é ilustrado, lo que se dice el ave fénix, Jacinto Castellá y Manrique, hijo de un opulento negociante de Bilbao que tuvo el buen sentido de liquidar, fincar y dejar á sus hijos Jacinta y Fermina un caudal á prueba de reveses. La hermana de Castellá era la señorita que ocupaba el asiento de frente á Teodora; el caballero sentado detrás de ésta, su marido, y el que con Fermina conversaba á media voz en castellano, y con acento que revelaba nacionalidad española, era su prometido, Lorenzo Gurrea.

He dicho que por el efecto que producía en aquellas cuatro personas la representación de *Fedra*, pudiérase conocer lo intimo de su modo

de ser, esa esencia oculta que, permaneciendo tal vez encubierta muchos años para los que ven las cosas desde afuera, se revelará infaliblemente al primer conflicto, á la primer circunstancia grave y decisiva, de esas que desnudan el alma.

Jacinto Castellá, el esposo de Teodora, seguia la representación con pura curiosidad y grato *dilettantismo* de literato y artista. Ambas cosas era de afición, no por oficio, y por necesidad mucho menos; y cultivaba sus gustos delicados y selectos con íntima convicción de que no le habian de llevar á la inmortalidad, y sin esas aspiraciones ardientes á la gloria que gastan tanto fluido nervioso y después de las cuales cae á veces el artista genial y creador en profundo desaliento y negro pesimismo. El millonario Jacinto Castellá, al par que iba reuniendo selectísima biblioteca de obras inestimables; al par que recorría las tiendas de los anticuarios y escribia á todos los puntos del globo para enriquecer su galería de cuadros ó su interesante colección de hierros forjados góticos y bronces de la época griega y romana—se entretenia en rimar, en cincelar, mejor dicho, versos materialmente perfectos, pero incoloros, tibios, sin esa chispa divina de inspiración que caldea la forma y la hace inflamar el espíritu del que lee. La forma, en los versos de Castellá, era inerte, aunque correcta y pura, y cuando se decidia á imprimir un tomito, de forma rara, en tirada de muy pocos ejemplares numerados, sobre papel de hilo, de cuba, con viñetas y finales de Vierge, nunca faltaba algún crítico académico y docto que le enviase bocanadas de incienso rancio, en artículos empedrados de arcaísmos, y que por otra parte nadie leía. Una especie de discreta reputación, una reputación mate, sin reflejos, rodeaba el nombre de Jacinto Castellá, prestándole vaga aureola de distinción, más bien de persona culta que de literato. El no aspiraba á otra cosa. La belleza del arte la sentia como recreo, como algo que se hace á su hora y que presta á esa hora el encanto peculiar de un goce tranquilo.

Jacinto era una naturaleza linfática, perezosa, y lo revelaba bien su fisonomía. Frisaba, cuando le conocemos, en los treinta y ocho, y nadie podía llamarle feo, pues sus facciones eran finas y aniñadas, mediana su estatura, y su cuerpo, aunque algo encorvado como si conservase la posición del que lee ó se inclina para examinar un cachivache curioso, no carecía de soltura y elegancia bajo la bien cortada ropa. Pero los ojos de un azul apagado y frío; la barba castaño pálido; el pelo suave, ralo ya, y las sienes despojadas de él; la boca inteligente, de delgados labios y de indolente expresión; las manos larguiruchas y marchitas, como de viejo, todo delataba en Jacinto Castellá al individuo de sangre pobre y escasa energía física, producto de unas cuantas generaciones nerviosamente agotadas por el trabajo sedentario y la devoradora ansiedad del tráfico y la ganancia. En efecto, la fortuna de la casa Castellá y Amblera, cimentada oscuramente por el bisabuelo de Jacinto, no se consolidó hasta que su padre se hubo lanzado á grandes negocios de carbón y de mineral, en los cuales más de una vez vió cara á cara y amenazadora la quiebra, y despertó de noche con el estremecimiento que precede al suicidio. Jacinto, liquidada su parte, no tuvo ánimo para arrostrar tales sustos, y vivía apaciblemente, entretenido con sus aficiones, deslumbrado un momento por la belleza de Teodora, de quien se habia

prendado como se prendaría de un objeto de arte, de una estatuilla griega ó de una soberana testa de Venus encontrada en alguna excavación. Aquellas puras líneas, aquella soberana forma modelada por un artífice que cuando quiere se deja atrás á los escultores paganos, ejercieron sobre Jacinto una atracción que por algún tiempo pareció amor, y amor ardiente y profundo. Sin embargo, incluido ya en colección el precioso objeto, calmóse, como suele suceder, la fiebre del coleccionista, pero no el empeño de conservar aquella inestimable joya en lugar preferente y visible, sobre fondo que la hiciese resaltar, de manera que envidiasen á su afortunado poseedor. Con el mismo esmero con que editaba y encuadernaba sus tomitos de poesías, Jacinto Castellá presentaba en público á su hermosa mujer, ataviada y prendida con estudio y arte. Hasta tal extremo llegaba la inocente vanidad de Jacinto, y tal era la fe de Teodora en la natural inteligencia estética de su esposo, que tenía empeño en llevarle consigo á esas excursiones á casa de modistos, zapateros y joyeros, á las cuales prefieren siempre ir solas las damas. Doucet, el célebre sastre de señoras, profesaba gran consideración á Jacinto, y le consultaba gravemente sobre ciertas restauraciones arcáicas, destinadas á refrescar y acentuar la moda contemporánea.

En Fermina, la hermana de Jacinto—mucho más joven que él, como que representaba veinticuatro años á lo sumo—notábase que la tragedia, lejos de producir el deleite y la refinada complacencia que en su hermano, causaba una eztrañeza unida á cierta curiosidad más bien repulsiva, del género de la que hace que al cruzar por la calle y ver un corro formado al rededor de un objeto de espanto, un hombre muerto de muerte violenta, en vez de pasar de largo, nos incorporemos al corrillo é intentemos ver, para cubrirnos luego con las manos los ojos y estar todo el día *reviendo* la horrible imagen. Es evidente que á Fermina le parecía monstruosa aquella mujer agonizando de incestuoso amor, declarando en un impulso invencible, solicitando al propio hijo de su esposo, increpando á los dioses porque encendieron en su seno y en el de toda su raza una funesta hoguera; y ni la sonoridad y armonía de los versos, ni la admirable profundidad del estudio psicológico, ni la verdadera grandiosidad de la catástrofe moral de *Fedra*, existían para aquel alma joven y virgen, que conservaba frescas las nociones de estricta moral y de normalidad sana aprendidas en el hogar de la familia y corroboradas en la atmósfera de un pueblo de provincia influido por la probidad comercial y guiado por el confesonario. Fermina, tardío fruto de una unión que duró cerca de cuarenta años, creatura engendrada en indiferente abrazo conyugal por un padre devorado de inquietudes que nada tenía que ver con el amor, había sido en todo y por todo, figura y caracter, á su madre que, libre de los cuidados que al negociante abrumaban, y en la edad robusta de los treinta y siete años cuando concibió á Fermina, impuso su temperamento bien equilibrado y su excelente complexión á aquel último vástago.

No cabía tipo más opuesto al de Jacinto que el de Fermina. Esta lucía una frescura vulgar, semiplebeya, y era de correctas facciones, algo carnosas; de buenos ojos rasgados y francos, duros cuando se enojaba; blanca, pelinegra, guapa, sin expresión y sin el encanto indefinible de una sonrisa inteligente;

de trato más cordial y alegre que dulce, aferrada á sus ideas, y como niña provinciana, algo recelosa y suspicaz. París no entraba en ella, solía decir á sus horas de impaciencia y tedio, poco después de haber llegado á la populosa capital. Sólo estaba en París desde hacia año y medio, el tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, que había sido causa natural de que Jacinto se hiciese cargo de la muchacha.

En efecto, el trasplante tuvo que ser violento y antipático para Fermina, no sólo destetada del mimo materno, sino privada de toda su sociedad familiar de Bilbao, sus amiguitas, ese círculo que tanto agrada á los espíritus algo limitados, ese placer de conocer todas las caras y no pasar por una calle sin que hasta las puertas nos saluden. Mal sabría Fermina definir por qué no sólo la repugnaba París y el modo de vivir parisiense, sino hasta la vivienda de su hermano, elegante hotelito próximo al antiguo palacio Rasilewski, rodeado de árboles, más tranquilo y solitario que una casa de aldea. Era lo que experimentaba Fermina un alejamiento inexplicable, sordo malestar de esos que nacen en lo más íntimo de nuestro sér, en los ocultos replieges donde vigila el instinto para suplir con ventaja las deficiencias de la razón. Sin poder justificar la sensación que á pesar suyo la dominaba; sin basarla en hecho alguno, ello es que Fermina no se acostumbraba al hogar de su hermano. Dos ó tres veces, al pasar por delante de las vitrinas donde se ostentaban preciosos bronces antiguos, esmaltes, ágatas y juguetes de marfil, había exclamado Fermina apartando los ojos y ruborizándose: «¡Qué porquería!» Y Jacinto, con la convicción de que su hermana carecía en absoluto de gusto y de criterio, tuvo que guardar dos ó tres preciosidades pompeyanas en un armario de puertas de madera. Las mismas protestas, ó por lo menos una silenciosa desaprobación, manifestada como la manifiestan la muchachas jóvenes, que no saben disimular ni por cortesía, provocaban en Fermina ciertos detalles del tocador de su cuñada—la forma de los espejos, las dos náyades de mármol que sostenían la bañadera, y el techo, voluptuoso fragmento de Tiépolo, hallazgo inestimable de Jacinto.—En general, Fermina era hostil á los trajes de Teodora, á sus joyas, á sus aficiones, á su modo de hablar, si bien la hostilidad contra la persona no hallaba todavía ocasión de revelarse, porque Teodora trataba á su cuñadita con fraternal llaneza y hasta con mimo y halago. Las pequeñeces pueriles de Fermina habían tenido caracter más belicoso y agresivo en los primeros tiempos de estancia en París, y las había exacerbado el empeño de la muchacha en llevar por su madre un luto cerrado, al estilo de provincia, con muchas prácticas religiosas y un retiro completo, casi con prohibición de reir y de hablar alto. Pero Jacinto estaba demasiado hecho á la vida parisiense, para que, transcurridas las primeras semanas, no la reanudase, si bien prescindiendo de grandes fiestas y comidas y buscando en los teatros la sombra de las *baignoires*. Y al principio Fermina declaróse en rebelión é inició una protesta furiosa, una testarudez en quedarse en casa, que no podían vencer ni las bromas de la cuñada ni la afectuosa súplica del hermano. La decoración cambió de repente, tan de repente, que Fermina misma se admiraría si se lo hiciesen notar.... La clave del enigma la poesía el hombre que se sentaba á su lado, Lorenzo Gurrea, su novio, mejor di-

cho, su futuro, encontrado en aquel París tan aborrecible.... ¡Ah! Desde que Lorenzo Gurrea apareció, Fermina se sintió reconciliada con París, y con la vida, y hasta con las vitrinas de su hermano....

Ya que sabemos la distinta impresión que en Jacinto y en Fermina producía la representación de *Fedra*, bueno será que digámos la que causaba en el arrogante mancebo, á quien su apellido delataba por aragonés de origen, y emparentado con los linajes más nobles y antiguos de la tierra de Aragón, tal vez con la misma casa real. Pero antes de estudiar en su expresiva fisonomía los efectos del drama, apresurémonos á decir que la raza humana, que aparece empobrecida y gastada en los ejemplares que cría en países de excesiva y recargada civilización y donde no se contrasta la excitación cerebral con los ejercicios físicos, presenta ya muy pocos tipos comparables á Lorenzo Gurrea. El padre de Lorenzo, el viejo general carlista Gurrea Pinós, acostumbraba decir babándose de vanidad paternal y de lealtad monárquica: «Mi chico sería el mejor mozo de la tierra.... si no fuese por el rey.»

Menos apersonado que Don Cárlos, y de estatura menos prócer, en Lorenzo admiraba la proporción del cuerpo y su noble gallardía. Aunque toda ropa le cayese bien, despegábase del torso de Lorenzo el feo y prosaico traje actual, y su esternón curvo y desarrollado, su quebrada cintura, sus piernas fuertes y nerviosas, su elegante y arqueado pie, pedían á gritos uno de esos uniformes pintorescos que se ajustan á la línea y avaloran la perfección de una estatua humana. El exiguo frac, destinado precisamente á lo contrario; á encubrir miserias anatómicas, diríase que iba á romperse, saltando en pedazos, al fuerte latir de aquel vigoroso pecho.

Pero lo que superaba á la magnificencia del cuerpo—al fin belleza puramente animal,—era la simpática irradiación de la españolísima cabeza. Moreno, con palidez cálida y entonada; de facciones no tan marmóreas y recias que no las alterase el paso de la emoción, ni tan blandas que no se acentuasen con intachable diseño; con cabos de ese negro intenso que al sol adquiere reflejos rojos, Lorenzo era uno de los más acabados modelos de raza que el etnógrafo puede encontrar. Los elementos de su fisonomía eran los que á cada paso se ven en el pueblo de las provincias del Sur de España; pero estos elementos, que fácilmente dan por resultado rostros bastos, duros y vulgares, en Lorenzo se combinaban de admirable modo, creando uno de esos hombres que, en el apogeo de la juventud, á los veinticinco años, son como el ideal de la belleza masculina. La cara de Lorenzo, sus aterciopelados ojos árabes, sus labios descoloridos, entre los cuales rebrillaba una dentadura perfecta, su frente lisa, coronada por la densa cabellera que á duras penas conseguía dominar la tijera del peluquero—expresaban el heroísmo, el entusiasmo, la generosidad, las cualidades viriles más nobles y atractivas. En el rostro del hijo de Gurrea Pinós, sobre la hermosura predominaba la poesía del alma. Y cuando aquella faz de tonos románticos, serios, tan semejante á las esculturas que se ven en algunos retablos del siglo XVII, se animaba con la sonrisa, adquiría, sobre todo al dirigir Lorenzo la palabra á las mujeres, una sumisión halagüeña que era una caricia, pudiéndose decir de Lorenzo Gurrea que su mirada se arrodilla.

Aquella noche, en la representa-

ción de *Fedra*, Lorenzo oía, no con la tranquila y golosa curiosidad literaria de Jacinto, ni con la indignación y la tácita protesta de Fermina, sino con ese misterioso estremecimiento interior que producen las obras de arte impregnadas de pasión en las organizaciones juveniles y poco gastadas por la vida, y en las cuales hay almacenado un gran depósito de sensibilidad que no se ha puesto en juego. Las palabras de *Fedra*, dichas con desgarradora ó melancólica expresión por la actriz; los suspiros de fuego que su pecho exhalaba; aquella alternativa de arrullos de paloma y rugidos de leona con que declara su mortal delirio á Hipólito, producían evidentemente en Lorenzo uno de esos efectos reflejos, alta muestra del poder de la literatura dramática, efecto en que nos sustituimos al actor, y sintiendo por él y con él, olvidamos nuestra existencia real, y por una hora vivimos en la antigua Grecia—en las regiones adonde quiera el poeta trasladarnos.—Lorenzo Gurrea, movido á dolorosa piedad, encontraba á Hipólito muy duro, muy cruel, muy impío con la pobre mujer que tenía la desgracia de idolatrarle y de perder por él la dignidad, el reposo, la salud y la vida; y creía que bien hubiese podido Hipólito, sin ceder á la culpable incitación de Fedra, tratarla con más dulzura, consolarla, decirla palabras algo tiernas y benignas, secar sus lágrimas, ¿qué sé yo? hasta aparentar, no amor criminal á la desdichada hija de Minos y Pasifae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase á la enferma, á la loca, á la víctima de la cólera celeste..... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre—y más cuanto más hombre sea—aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, á la atenta y lúcida mirada de Teodora.....

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano á su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato, que tumultuosa y rápida quería asomarse á sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de sí el espíritu de Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III.

Apenas había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al *¡chist!* suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó á permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante á pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones á su hijo, pero era muy distinto no sólo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa é interrogadora, el veterano expresaba

en su rostro dos condiciones de caracter que en las épocas de su vida militar le habían sido, más que útiles, indispensables: una energía rayana en dureza, y á la vez una gran astucia desconfiada. Preciso era que tales cualidades ejercitase á cada momento el hombre que en ocasiones necesitara, para salvar su propia piel y la de sus soldados, ordenar sin vacilaciones un fusilamiento, y ni dormir una noche á pierna suelta, ni entregarse descuidado al amigo que le pareciese más leal. Algunos años de esta clase de existencia modifican profundamente un rostro, y desarrollan profundamente en un espíritu ciertas propensiones latentes, hasta convertirlas en dominantes. La mirada de Gurrea Pinós había conseguido muchas veces hacer bajar los ojos, demudarse y palidecer á los espías y á los traidores, sacándoles al rostro la señal de su delito; y otras veces había logrado inspirar confianza y ardimiento á los que vacilaban y temían. No acostumbraba el guerrillero, en campaña, hablar mucho; pero sus ojos suplían á su lengua. Si Lorenzo hubiese alcanzado la edad de tomar un fusil cuando su padre sostenía la guerra en el Alto Aragón, tal vez la semejanza de ambos se acentuaría, por la identidad de impresiones.—Pero en aquellos tiempos azarosos Lorenzo era un niño que se creaba en Ricia al lado de su madre, mujer humilde y tímida, de fervorosas creencias, que sólo pensaba en que su hijo aprendiese á rezar y á obedecer al temido padre, á quien apenas veían. Semejante educación, estrecha y mimosa, algo monjil, había depositado en el alma de Lorenzo gérmenes de femenil sensibilidad, y le había hecho retraído y meditabundo en sus primeros años. A su padre le respetaba como se respeta á Dios, mezclándose en tal sentimiento la admiración del niño por el valor indiscutible y heroico del adulto, y la veneración hacía el representante de todas las formas de la autoridad en el hogar doméstico. Muerta la madre, acabado el levantamiento, el emigrado y no convenido Gurrea, recogió á su hijo y compartió con él los primeros tiempos de estrechez y de lucha en Francia. No fueron largos ni excesivamente penosos. Merced á un fenómeno de adaptación menos extraño de lo que se cree, y por esa maña que tienen los hombres de acción para aplicarse al comeróis, que también es actividad y combate—aptitud que demostraron históricamente ciertos Estados tan sobresalientes en el tráfico como en la guerra, Venecia por ejemplo—Gurrea Pinós supo desempeñar á maravilla el cargo de representante de la casa bilbaína Castellá y Amblera y algunas otras comisiones del mismo género, que bastaron para asegurarle modesta holgura. Su espíritu esencialmente militar le infundió la puntualidad y el orden; su astucia de guerrillero le enseñó á orientarse en los negocios. El ex-general fué un admirable agente é hizo prodigios de economía—dejándose atrás su sobriedad celtibérica á la sórdida tacañería francesa—para educar á Lorenzo como él entendía que debía educarle, en uno de esos *Seminarios* donde la nobleza legitimista de Francia encierra á sus hijos hasta los veintidós ó los veintitrés años, hasta que terminan la carrera. Dos ó tres veces por semana, el veterano de la guerra civil se acicalaba y vestía el frac, se atusaba la híspida cabellera, se colgaba sus condecoraciones, y sustituía la detestable pitanza del figón, mal llamado *restaurant*, á que estaba abonado, con la opípara lista de la condesa de Mortemart Nancy, anciana señora

tan sorda como católica y benéfica, que tenía mesa puesta para los *blancos* españoles. En aquel palacio de la silenciosa calle de Galande no era Gurrea Pinós el modesto agente de negocios; á boca llena y con respetuoso acento le daban los más calificados representantes de la aristocracia del *faubourg*, no sólo su título de general, sino el de marqués de la Resolución y vizconde de Amposta, mercedes algo quiméricas que le concediera Don Carlos por una acción obscura, pero realmente heroica y admirable, ganada cerca de la villa y fortaleza de que eran *castellanes* los Lunas. En las contadas salidas de Lorenzo, exigía la anciana señora que se lo llevasen á almorzar y á comer, y con un desenfado que procedía directamente de la tradición del siglo XVIII, hartábase de pronosticar á aquel *charmant garçon*, á aquel *beau fils*, toda clase de triunfos incruentos y un brillante matrimonio. La misma idea expresaban mudamente los ojos de las linajudas damas y damiselas que de noche se reunían en el palacio, á hacer labor para los pobres, pues no podían sacar hilas —ni ya las sacarían aunque hubiese guerra, dados los adelantos científicos—para los insurrectos. La sorprendente gallardía de Lorenzo hizo latir en secreto el corazón de alguna descendiente de los cruzados.

No entraba en los planes del veterano, entonces, el que su hijo ascendiese por medio del matrimonio. En su fe inquebrantable—pues Gurrea, si traficaba, traficaba como los hebreos, esperando la venida del Mesías—creía que era inminente otra guerra civil, la decisiva la última, la que había de restablecer el derecho y consolidar la religión, y en ella veía, cabalgando á su lado por las abruptas montañas y las feraces planicies aragonesas, al apuesto mozo, con los dorados cordones de ayudante, que refulgían al sol de la victoria! Pero ¿qué tendrán los sueños, que aun cuando los acariciemos con vida y alma y les consagremos la flor del pensar, son las realidades las que al fin guían nuestros actos? Gurrea estaba seguro, lo que se dice seguro, de que vendría la guerra, la guerra más terrible de todas, el alzamiento general, la conflagración....! pero, por si acaso....por si se hacía esperar mucho....por si Dios quería probar una vez más la paciencia y el sufrimiento de *los buenos* y prolongar el castigo de España....no sería malo que Lorenzo encontrase en su camino á la heredera opulentísima, sobrado feliz en aceptarle por esposo, y cuyas riquezas podrían hoy ó mañana, ¿quién sabe? contribuir al triunfo de la *cauca santa*.....

Mal conocería la psicología especial de hombres como Gurrea Pinós quien creyese que al imponérsele la idea, pensó en las niñas del *faubourg*, por más severa que fuese su educación, por más decantadas y cristianas que fuesen sus costumbres. El españolismo de Gurrea revestía caracteres pasionales, y su odiosidad y prevención contra la mujer francesa rayaba en fanática manía, aunque su instinto de cautela le enseñaba á ocultar esta tirría, que le hubiese obligado á desertar de la única casa donde se le recibía con honor y halago.—El veterano, infatuado é iluso, pensaba en viajes á España, donde Lorenzo encontraría desde el primer instante la millonaria esposa que merecían sus prendas. Y cuando maduraba estos proyectos, ocurrió la muerte del padre y la madre de Jacinto Castellá, la liquidación de la casa y la vuelta de Jacinto con su hermana á París. La nueva razón social Amblera y Compañía conservó su confianza á Gu-

rrea—y bien lo merecía por su probidad y su activa labor—y Jacinto, no empleándole ya como agente, se esmeró en honrarle como amigo, abriéndole su casa y trayéndole á su intimidad de la manera más cortés y afectuosa. La noche que se vieron y hablaron Fermina y el general Gurrea, diríase que eran ellos los destinados á quererse y casarse. Por primera vez, la actitud taciturna de la huérfana se trocó en un júbilo expansivo, y su mal humorado silencio en una viva locuacidad. Pegaron la hebra ella y el cabecilla, con derroche de españolismo, quitándose la palabra para decir cuántas ventajas y cuántas bellezas atesora España, á diferencia de Francia en la cual todo es feo, malo y reprobable. Desde el sol y los vinos de Jerez hasta las pasas, los toros y las iglesias, todo lo característicamente español salió á relucir en aquel diálogo, alternando con los anatemas á la tierra francesa y la condenación más explícita de sus hábitos y del caracter de sus moradores. En la crítica de Fermina y Gurrea, las consecuencias no eran tal vez rigurosamente lógicas, pero obedecían á los dictados del sentimiento. Del clima nublado y lluvioso de París deducían el egoísmo y frialdad de los parisienses, y de la excelencia de los melones valencianos, el genio franco y simpático de la gente del Mediodía. Gurrea Pinós tenía en este particular su criterio formado é invariable: sólo los españoles eran valientes, sinceros, hidalgos; sólo pasando el Pirineo se encontraban ejemplos de lealtad y de exquisita abnegación.

En nuestras iglesias sí que se rezaba, porque no había alfombras ni sillas, ni caloríferos; las de París eran *teatros*—y Gurrea apoyaba con indignación en la palabra *teatros*; la pronunciaba abofeteando. Fermina se reía y aprobaba. De tan entera conformidad de pareceres resultó que el General declarase que no existía en el mundo criatura más angelical y discreta que Fermina Castellá. "Es un sol, una santa, una verdadera española, dijo, al volver á casa, á Lorenzo, que aún no conocía á la señorita. Al acostarse, Gurrea Pinós empezaba á rumiar la idea; al levantarse, la halló madura; porque en aquella naturaleza firme y activa, la reparación del sueño procuraba, al despertar, la repentina decisión.

Y como allí no se necesitaba diplomacia, y de la obediencia del hijo, ¡no faltaría más! el padre estaba seguro, la estrategia se redujo á enterarle de que la mujer destinada para él se llamaba Fermina, y de que encontrar tal mujer no era sino un patente beneficio del cielo, recompensa reservada sin duda á los que estaban dispuestos á defender la monarquía y la religión.

Los tres años transcurridos desde su salida del Seminario, no habían pasado en balde para Lorenzo. Aunque sometido á severa disciplina, y habituado á recogerse temprano, á besar la mano á su padre y pedirle la bendición, la atmósfera de París —esa sutil penetración, por todos los poros, del ambiente que respiramos —iba poco á poco señalando en él la doble huella del espíritu moderno: la disipación del ideal colectivo, y la excitabilidad pasional, disposiciones en que se mezclan y confunden las dos concupiscencias del espíritu y de la carne. Reprimida su juventud por la severidad de un padre que fiscalizaba sus menores acciones y le vigilaba como vigilaría á un oficial si le sospechase traidor, el deseo de amar y la fiebre de los sentidos, inevitable á los veinticuatro años, adquirieron en Lorenzo ese caracter de neurosis y de ensueño

que suelen presentar en la mujer, obligada á luchar consigo misma y á ocultar la lucha. Incapaz de encenagarse en el vicio, porque le preservaba la pureza de su educación y el ojo avizor del guerrillero también, Lorenzo se encontró indefenso contra la ternura, más peligrosa quizá. Era el guapo mozo un montón de leña seca, pronto á inflamarse con la menor chispa. Las escapatorias que había podido realizar á espaldas de su padre, si le habían iniciado en las realidades de la mala vida, siendo como válvulas de desahogo para su hirviente juventud, no habían satisfecho su alma, antes bien, le infundieron la nostalgia de dichas que no fuesen sólo brutales paroxismos, y á la vez una especie de repugnancia al vicio, la sensación de una mancha persistente en las manos y en el rostro; sensación que agravaba en aquel español de raza neta lo que en él sobrevivía incólume de sus creencias de adolescente y de las reprobaciones enérgicas del confesonario. Así es que la alegría de poder acercarse á una mujer, á una mujer joven y agradable como Fermina, y de poder abrirla los brazos sin vergüenza y sin remordimiento, hizo que Lorenzo se creyese en los primeros instantes hasta enamorado. Contribuyó á ello lo que puso de su parte Fermina, aturdida de Felicidad, exaltada desde que vió á Lorenzo. En cualquier circunstancia, la presencia de Lorenzo no podia dejar indiferente á una muchacha casadera, que ha cumplido veintitres y no tiene vocación de monja; pero debía sentir Fermina con mayor intensidad los efectos de tal encuentro, cuando traída á París contra su gusto, rodeada de una atmósfera para ella desagradable, la sorprendió la aparición de un español tan amable y digno. No pensó ni un minuto en la diferencia de fortuna, y hay que hacerle á Jacinto Castellá la justicia de que tampoco vió en eso obstáculos á la unión de su hermana con Lorenzo Gurrea. Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretear con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo—«mientras no te llame el rey» —advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo costante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del encuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo des-

dén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en la playa ó las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumbe la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizá se las encomiaría menos, ó se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido á propósito para colocarla en el puesto social que la correspondía, había sido fiel á sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, podía alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables. La libertad que Jacinto otorgaba á su mujer permitió á ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos é inteligentes, que acudían á su saloncito á tomar el té los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno á su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase á Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla—cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción.—Dos ó tres intentonas de galancetes de la colonia española ó de *clubmen* de la «alta goma» parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo, á las antiguallas curiosas; y esta clase de gustos daba pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas á los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barnizajes* de las Exposiciones primaverales, hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y chamarileros. Los amigos de Teodora —el general Herbay, el portugués conde de Vedras-Novas, el diplomático chileno D. Cármenes Valenzuela y Castillo—eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa á decir bien de la mujer entendida, hermosa y adulada que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias á ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas; Vedras-Novas los grabados antes de la letra y las medallas; Valenzuela los esmaltes y los códices miniados, y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones á la encantadora dama, y oír de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación que, propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fué indiferente para el desarrollo del dra-

ma que he de referir esta aureola de respeto que á Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo—que hacía que aún prepondérase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha—bastaría para que viese de muy distinto modo á Teodora si éste registrase en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y á la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede calcular si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro diametralmente opuesto. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba á pretender la mano y ganar el corazón de Fermina, y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegírico de Fermina, dijo el general primores de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque «algo frío» en religión y en política. Pero al llegar á Teodora, Gurrea Pinós, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: "Mucho cuidado.... Hay pies de plomo.... Lo que es á mí la doña Teodora no me engaña." Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese á su padre explicaciones más completas, el veterano, al parecer arrepentido de las palabras anteriores, se perdió en un laberinto de frases ambiguas. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y á Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad é irritándola. Por la advertencia de su padre, Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan á las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar á Teodora, deslumbrado á primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, á dudar de la infalibilidad y hasta de la equidad y la sinceridad paternales. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así á una mujer tan digna.

Y en efecto, á Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en que fundar sus acerbas expresiones. Ningún dato, ningún hecho los confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan á desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo período de la vida sin poder fiar nada al cálculo y al discurso, y tuvieron que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo á acciones de suma trascendencia, para no poseer ese inefable olfato con que la fiera de los bosques ventea á su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían á esta misma clase de perspicacia, su actual

refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba.—Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en una alma candorosa y hasta entonces sumisa.—Es el caso que el guerrillero, á la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela extremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entorpecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adoptó frente á la mujer de Jacinto Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció á Lorenzo, después de lo que había oido, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante á sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió á Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al General, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente á frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, había pasado cinco ó seis años—casi tantos como contaba de fecha su matrimonio—acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficie psicológica aceptada por la literatura, nos presenta á la mujer, antes de la falta, entregada á vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten á despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los dramas buenos. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenía que aparecer*. Pertenecía Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades—donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar—de los seres que se aceptan enteros á sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen á la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad á la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás á la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética—del Renacimiento en eso también—había encontrado hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebedizo. No, porque algunos de los

que la asediaron fuesen hombres de prendas y de aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba á recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase á lo que ella misma era capaz de sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenian para Teodora la musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una píldora de libertinaje secreto, más ó menos dorada.... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec ó con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión, decía á Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fé, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para éste reservaba Teodora el dón de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, estos laboriosos edificios y estos planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadadas horas en que un alma acepta el yugo. Tal le hubiese acontecido quizás á Teodora cuando conoció á Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta á crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento, cuando al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer dia á la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la lucha que habria que sostener y de las vallas que habría que saltar. Que Lorenzo, extraño á la familia Castellá, amase á la mujer de Jacinto, podia ser un capricho, un arrebato de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase á la novia por la esposa del hermano....¡eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente en su sistema, dominado el impetu de su perversa voluntad, Teodora, con la diplomacia del que aspira á un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que de dama, que así aparecía, se pensase sino bien. La gradación de su conducta no fué menos hábil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal, casi, con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen rebelado lentamente, empezó á mostrarse reservada, melancólica, absorta á veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía; y los inevitables celos que sentía al ver á Fermina y Lorenzo mano á mano, palidecían sus hermosas mejillas y se cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fué difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés Contrastataban demasiado con la visible y aturdida alegría de Fermina para que no obligasen al joven á establecer involuntariamente esa comparacion que es el primer sin-

toma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza á amar, se empieza también á detestar en otros cualidades opuestas á las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron á causar tedio á Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma ó en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa á media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos ó la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fué tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y más cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina y por que Teodora iba á ser su hermana casi, no recelaba mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, recontar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la misera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número.....

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fué para Teodora la vuelta á la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto y la creatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapiña que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber y, que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne.... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. !Y que lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el general no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra á la dama, en silencio, por no molestar á Jacinto.

V

Caía el telón sobre la catástrofe de la tragedia y los espectadores se aglomeraban en los pasillos recogiendo abrigos y sombreros, cuando Teodora, cogiendo con naturalidad el brazo de Lorenzo, salió delante, siguiéndola Fermina, que se apoyaba en el del general.

Mucho se ha hablado del peligro de verse á solas; pero es más arriesgado todavía, cuando se inician cier-

tos desórdenes en el alma, el encontrarse aislados en medio de una multitud indiferente. Lorenzo, al romper entre el gentío notaba contra su brazo un eco débil, pero perceptible, del impetuoso latir del corazón de Teodora, y el ligero temblor del cuerpo que sostenía se comunicaba al suyo. Su mutismo daba indicios claros de que el observar todo esto le causaba honda preocupación. No era la primera vez que habían reinado entre Teodora y el novio de Fermina esos silencios tormentosos, cargados de electricidad, que presagian la tormenta. Sin embargo, Lorenzo, descuidado aún, con la conciencia tranquila á pesar de la involuntaria vibración de sus nervios, no se daba cuenta sino de dos cosas bien inocentes y naturales: que Teodora estaba muy triste y que á él la tristeza de Teodora le inspiraba profunda compasión, mezclándose en el sentimiento extraño y enervante que sufría las recientes impresiones de la tragedia de Racine y las ya familiares del trato con Teodora.

Mientras los dos callaban, protegidos por el hervidero de la gente apresurada y distraida, Gurrea Pinós no se tomaba ni el trabajo de mirarles. Al veterano no le tocaba el papel de observador, porque no necesita observar quien ya ha adivinado.

Sin poder alegar razones ni pruebas que evidenciasen el delito, Gurrea había llegado á tenerlo por seguro en el pensamiento de los culpables. Y este convencimiento, que se impuso al viejo súbitamente, era tan cruel, que consiguió un instantante doblegar su probada fortaleza; olvidóse de que llevaba á Fermina del brazo, y clavó la quijada en el pecho, tan cejijunto y sombrío, que la muchacha se alarmó, y dijo cariñosamente, dando al veterano un nombre que él solía reclamar en broma:

—¿Qué hay, papá? ¿Tiene usted algo? Se ha puesto usted..... así..... muy arrebatado de pronto.

—No es nada, hija querida....—contestó él rehaciéndose.—Es que estos malditos teatros son un envenenadero. No se respira aquí sino miasmas. Luego, esa tragedia me ha dado asco.

—A mí lo mismo—asintió Fermina.—No debían representarse tales cosas. ¡Y Jacinto empeñado en que es preciosa y en que no lo entendemos!

—Respeto muchísimo—repuso Gurrea con ironía mal encubierta—la opinión de mi amigo el Sr. D. Jacinto, que es un sabio, mientras yo sólo soy un soldado y no tengo más libros de estudio que el Catecismo y la Ordenanza; pero, hija mía, no hay quien me convenza de que quepa hermosura ninguna en sacar á la escena pecados tan horribles. Y seré un ignorante, lo seré; pero me complace que te hayan ruborizado las maldades de la bribona de Fedra. Una mujer de bien, ¿cómo va á resistir sin abochornarse tales inmundicias?

—¡Que les oigo á ustedes!—dijo festivamente Jacinto, ocupado en abrirse paso y en acabar de enrollar al cuello un pañuelo de seda blanca, preservativo contra los catarros bronquiales á que era propenso.—¡Que les oigo, y que les azoto por blasfemos! Esa tragedia de que ustedes se asustan se representaba ante las damas y caballeros de la corte de Luis XIV. Me parece....

—Valientes bellacos y bellacas serían—afirmó Gurrea.

—Hipólito sí que me es simpático—añadió Fermina, contestando á la vez á su hermano y al general.

—Hipólitos hay pocos, cuando encuentran con tunantes—pronunció

duramente Gurrea, que hablaba consigo mismo.

—Y ¿dónde se han metido Lorenzo y Teodora?—preguntó ansiosamente Fermina, que ya no veia á su novio.

—En el pórtico esperarán—indicó Jacinto.

—Démonos prisa—exclamó el general, arrastrando con fuerza á su futura hija política, sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que la conversación en español causaba entre la apiñada concurrencia.

Por más prisa que se dieron, habrían pasado diez minutos cuando lograron reunirse al pie de la escalinata con Teodora y Lorenzo, cogidos aún del brazo. El rostro de Teodora despedia un especie de resplandor, que pareció insolente y elocuentísimo al viejo. «Ya ha caído mi desdichado hijo,» pensó, sin poder explicarse de otra manera el brillo de los magníficos ojos de la Monteal. El caso es que si una persona menos ejercitada en la sospecha y el presentimiento que Gurrea hubiese escuchado el corto diálogo de Teodora y Lorenzo, encontraría que era la cosa más sencilla é insignificante del mundo.

—¿Acostumbra usted madrugar? —había dicho de pronto la señora.

—Tanto como acostumbrar....no; pero madrugo algunas veces. Por gusto de mi padre me levantaría con el sol—respondió Lorenzo sin comprender; pero ya prevenido.

—¿Le asusta á usted la idea de... levantarse mañana á las siete, y.... recogerme en mi casa.... á las ocho y media?

—¡Asustarme!—murmuró el mozo, que á pesar suyo se turbó algún tanto.—¡Asustarme, Teodora! Disponga de mí.

—Es que quiero comprar una sorpresa á Fermina....y que no se entere....y que usted...que usted... dé su opinión....Son regalos.....

—Perfectamente—murmuró Lorenzo, á quien tan verosímil explicación desconcertó algo, sin saber por qué.

—¡Mucho sigilo!—añadió Teodora gravemente.—¡Que *nadie* lo sepa! Es condición precisa.—Y al subrayar el *nadie* con cierto énfasis imperioso, Lorenzo sintió que á su padre se refería el encargo, y en vehemente efusión respondió bajo, casi al oído de Teodora:

—Haré lo que usted quiera, todo lo que usted mande, y mañana, y siempre..

Teodora experimentó por segunda vez una alegría mortal. Nada grave significaban tomadas al pie de la letra las palabras de Lorenzo: en otros labios y sin antecedentes serían una vulgaridad cortés; pero el tono de voz y la visible alteración del que las pronunciaba, les daban recóndito sentido. Y el mismo Lorenzo, al acabar de decirlas, sintió algo de sorpresa, porque le parecía que quien se expresaba con tal calor por su boca, era otra persona, un Lorenzo nuevo y desconocido.

—¡Que hermosa es *Fedra!*—articuló Teodora así que pudo respirar, desviándose con maña de la conversación anterior.

—Demasiado hermosa. Hace daño—contestó Lorenzo.—Yo no la conocía. A mi padre no le gusta que vaya mucho al teatro, y sobre todo á los teatros serios. ¿No parece imposible? Mi padre prefiere las bufonadas: en el *Vaudeville* y en el *Palais Royal* goza como un chiquillo y se ríe á carcajadas de las estupideces y las barbaridades. Y yo, entretanto, me duermo.

Hizo Teodora un movimiento imperceptible de desdén. Su perspicacia, redoblada por la viva tensión de todas sus facultades en una hora

que consideraba decisiva, la decía que el enemigo era el general, y que ayudando á destruir su prestigio, aniquilaba su poder. Sonrió, y articuló como si hablase consigo misma:

—Es natural que no entienda á *Fedra*, y que le encanten Lulú Albine y Charles Rigolo.

Y sus ojos encontraron los ojos de Lorenzo, y se detuvieron allí algunos segundos. Lorenzo no los bajó, y pronunció quedamente, con afán:

—Mañana....á las ocho y media?

Hizo la dama ligera señal de asentimiento. Casi al mismo instante se reunió al grupo el otro, compuesto de Fermina, el general y Jacinto, y un lacayito, ladeando el lustroso sombrero de enhiesta cucarda, avisó con respetuoso *Madame* que el coche esperaba allí, á dos pasos, á la salida.

Era la noche de las frescas de primavera de París, que convidan á velar, á andar y á beber aire. Algo más que aire deseaba beber Jacinto, pues á semejante hora una bavaresa de espuma de chocolate y una *brioche* desmigajada en ella le confortaban singularmente el débil estómago. Se convino en que bajarían á pie por el bulevar, y el coche les aguardaría á la puerta de un café muy de moda, donde refrescarían todos. A las doce ó doce y media de la noche, los principales bulevares, sin perder enteramente su animación, empiezan á verse libres del denso gentío que de día obstruye esa pletórica arteria parisiense. Los parroquianos de cafés y *restaurants* se instalan en mesas colocadas en la acera, y las cortesanas de oficio, solas en su velador, arreboladas, peripuestas, en estudiada actitud, esgrimiendo el pie, tratan de cazar al paso á cualquier pajarillo incauto. Si una señora acompañada por caballeros se sienta cerca de alguna de estas buenas alhaja, guarda la ojeada insolente y la risita mofadora. Por evitar vecindades semejantes, Jacinto escogía siempre una mesa dentro del café, en una esquina, donde le servían volando, porque sus generosas propinas de á franco eran proverbiales entre los mozos, que sabían por experiencia que la gente en París no derrocha ni quince céntimos por el gusto de derrocharlos.

Teodora pidió un sorbete y se sentó, afectando dejar juntos á los novios. No deseaba otra cosa Fermina, siempre codiciosa de palique; pero Lorenzo, menos dueño de sí mismo que la esposa de Castellá, conmovido aún por las palabras que se habían cruzado entre los dos, é imprevisor por lo mismo que su intención no era aún deliberadamente culpable, no pudo menos de apartar la mirada del rostro de Fermina y recrearla en el de Teodora, que serena é impasible saboreaba á cucharaditas el sorbete. Aunque el general era en aquel instante víctima de Jacinto —que le explicaba la leyenda mitológica de *Fedra*, los precedentes de la obra de Racine en Séneca y en Eurípides y las intriguillas de Mad. Deshoulières y el duque de Nevers para conseguir echar abajo á la *Fedra* del gran poeta y ensalzar la de su émolo Pradón—no se le escapó la mirada de su hijo, ni le engañó la calma de Teodora. Tan sobre aviso estaba, que presintió lo que iba á suceder: que estinguida la conversación entre los novios, Fermina se pondría encapotada y ceñuda, como siempre que ocurría esto— y ocurría de algún tiempo acá con frecuencia, por involuntario cansancio del joven, que no sabía qué decir á su futura. Lorenzo, después de pedir otro sorbete como el que

estaba tomando la señora de Castellá, se situó casi de espaldas á Fermina, tan inadvertidamente, que el veterano le hizo una expresiva seña. «Los hombres tienen espalda» advirtió la misma Teodora, sonriendo á su propio rasgo de habilidad; y Lorenzo, algo confuso, hubo de volverse, dando una excusa que era casi agravio:

—¡Ay!.... ¡Perdón!.... ¡Estaba distraído!

Fermina calló, pero un mohin violento contrajo su boca, y sus ojos se nublaron, y el general, paladeando el primer sorbo de la copa de aguardiente de Riga que había pedido—por no haber ahí Ojén, ni noticia de él siquiera—reflexionó un minuto, y de repente, volviéndose hacia Jacinto, soltó este cañonazo:

—Amigo señor de Castellá, siento el disgusto que voy á dar á mis hijos queridos, á los dos tórtolos, pero....ya no lo callo más, porque se acerca el término, y no hago nada con tapujos.

—¿Qué es ello, querido General?

—¡Si me parece que ya le hablé á usted del negocio! ¿A que salimos con que no se acuerda? Se trata del viajecillo que tenemos que hacer Lorenzo y yo á España.... Una correría de tres ó cuatro meses.... Pero que no se asuste Fermina, volveremos al tiempo señalado para la boda. ¡No faltaba más! La víspera de la ceremonia, aquí estamos más fijos que el sol.

Si el general contaba con el efecto de este golpe que se le había ocurrido mientras bajaban el bulevar á pie, y que acababa de decidir sorbiendo el aguardiente, no se equivocó respecto á Lorenzo, pero hubo de sufrir una decepción por lo que á Teodora respecta. Mientras la hermosa y morena faz de su hijo se demudaba de asombro, la de Teodora no se alteró poco ni mucho, ni se borró de sus labios la sonrisa, ni tembló la mano con que sostenía la cucharita llena de *parfait*. Diríase que tomaba del sorbete ejemplo de frescura.

—No sabíamos nada de esos planes—gritó Jacinto.—Nunca me habló usted de ellos. Y me parecen una atrocidad. ¡Separar ahora á los novios! Usted se ha olvidado de sus veinte, querido Gurrea.

—Amigo mío, ante el interés y la necesidad..... Como el viaje tengo yo que hacerlo, en cierto modo, de incógnito, no lo he trompeteado por ahí.... Pero al tomar estado Lorenzo, es preciso revisar papeles, arreglar asuntos, hablar con parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas.... El viaje es indispensable.

—Que vaya usted, bueno—exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoista del amor—pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia materna de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo.... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que á la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen ustedes muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un peco.... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehuyendo una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

Si cuando el guerrillero se recogió á su casa aquella noche hubiese tenido á su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia á lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa ó persona, los muros de una ciudad ó el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmente en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dósis de aconitina más ó menos graduadas. Habíale encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo, su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el sér de quien se creía obligado á responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa..... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando á la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!

En todo padre hay un calculador interesado, feroz casi. Los padres que no creen en la vida futura, calculan de tejas abajo. Los que creen, llevan sus cálculos hasta la misma región de la justicia inmanente y eterna. El general Gurrea Pinós, que á su manera adoraba en Lorenzo, tenía sus cuentas sobrado bien echadas para que no le enfureciese el comprender que una circunstancia imprevista, un miserable obstáculo—el brillo de unos ojos, el sonido de una voz femenil—los desbarataba. Ni eran sólo sus combinaciones para la felicidad presente y futura de Lorenzo lo que había deshecho de un capirotazo el blanco dedo de Teodora: era también aquella autoridad omnímoda y jamás discutida del padre sobre el hijo, forma de la monarquía absoluta en el hogar doméstico; porque el general *sentía* que si Lorenzo no le negaba acatamiento aún, en su alma se había roto ya el freno misterioso de la disciplina moral, recobrando sus derechos la voluntad propia y la inclinación incontrastable.

No era Gurrea Pinós de los que confieren á nadie sus planes y pensamientos, ni necesitaba consejos quien tantas veces había tenido que contar solamente consigo mismo; pero se hubiese visto en apurado trance si, caso de elegir confidente, éste le preguntase en qué fundaba tales desconfianzas y temores. ¿Qué había hecho Lorenzo? Punto menos que nada. Mirar á Teodora, cosa natural porque Teodora atraía los ojos; algo de tibieza en cortejar á Fermina; cierta abstracción, cierta melancolía..... Para Gurrea Pinós era bastante. Sabía, por la experiencia del pasado, que los sentimientos dormitan largo tiempo, y un día se despiertan furiosos. Recordaba que, en la guerra civil, dos oficiales que jamás habían reñido, pero que se profesaban secreta envidia y antipatía sorda, salieron á una expedición juntos, y el uno aprovechó un descuido del otro, lo interpretó como traición, y á la media hora, arrimando á su émulo á una pared, le pegó cuatro tiros.—Lorenzo estaba en peligro, en peligro inminente..... y á su padre tocaba salvarle.

Así discurría Gurrea, mientras la sangre, agolpándose á sus sienes, le encendía el rostro con tonos bermejos. Estaba, sin embargo, satisfecho de la idea del viaje á España, que le parecía genial. Con tal viaje salía Lorenzo de la esfera de acción de Teodora; recobraba el padre su dominio sobre el hijo, volvía á imponerle el yugo, y al regreso le llevaba al altar derechito, no soltándole

hasta empaquetarle en el camino de hierro, con su mujer, facturados ambos para España. Eso haría, y á ver quién osaba contrarrestar su voluntad y oponerse á su resolución, porque al que tal intentase, le arrollaría sin compasión y sin reparo! ¡Si Jacinto Castellá era un pelele, ya vería Teodora cómo las gastaba el caudillo de Amposta y de Torrellas!

Era hombre Gurrea para cumplir al pie de la letra este programa. No decaería seguramente su voluntad. —Sin embargo, tenía su combinación una base errónea. La acción resuelve victoriosamente los conflictos del orden material, y es de admirables resultados en la guerra; pero en la esfera del sentimiento no basta la acción para triunfar. Las almas se dominan por el convencimiento: la violencia no las vence. Y se equivocaba Gurrea al suponer que la obediencia pasiva de Lorenzo, aquel modelo de hijos, no podía quebrantarse cuando se debilitase el prestigio paternal. Era también en daño de Gurrea no poder ejecutar sin dilación alguna su plan de viaje. Un agente de negocios no deja de sopetón y sin previo aviso sus asuntos. Ocho días calculó que le hacían falta—y eso desplegando suma actividad—para preparar la salida. Gurrea Pinós era probo hasta la exageración y la nimiedad. De ningún modo quería marcharse con apariencias de fuga. Lo que se juró á sí mismo fué no perder de vista á Lorenzo en los días que faltaban para retirarle del borde del precipicio con fuerte mano.

¡Por sagaz que fuese el general, no podía adivinar que su hijo tenía cita con Teodora á las ocho de la mañana del día siguiente!—Había tropezado el viejo con una adversaria terrible, y el modo de dar la cita y la elección de hora revelaban la destreza de la dama. Lorenzo jamás iba á casa de su prometida antes de las cuatro de la tarde, ni se levantaba hasta las nueve de la mañana, porque las noches pasadas en el teatro le obligaban á trasnochar, y estaba en la edad en que se vive, más que de la comida, del sueño.—Así es que su padre le creía seguro en casa y en la cama, cuando ya se acercaba él á la verja del hotelito, tendiendo la mano para oprimir el botón eléctrico. No tuvo tiempo de realizarlo: Teodora esperaba en el jardín vestida de mañana, sencillísima, algo descolorida, sonriente, y ella misma corrió el pasador y salió al encuentro de Lorenzo, antes que éste apoyase el pie en la senda enarenada que rodeando la fuentecilla conducía al vestíbulo. Se dieron los buenos días, y sin hablar otra palabra, Teodora cogió el brazo de Lorenzo, y echaron á andar por una de esas calles de plátanos, negrillos y acacias, que la primavera hace deliciosas en el húmedo clima de París.

Las primeras palabras de Lorenzo fueron para proponer á Teodora que tomasen un coche, á fin de evitar el cansancio de la larga caminata; pero la señora se negó, murmurando con súplica tierna y humilde:

—¡Déjeme usted andar, si no es usted el que se cansa.... Me siento tan bien.... voy tan contenta!.....

No respondió Lorenzo más que con los ojos, pero respondió detenidamente, y á paso igual bajaron por la avenida de los Campos Elíseos, fresca y solitaria á tal hora, embalsamada por las emanaciones de las acacias, y alfombrada con las flores blancas y rosadas del precioso árbol. El sol, siempre festejado en el brumoso París cuando se digna aparecer libre de nubarrones, alumbraba sin calentar mucho, y una brisa palpitante, saturada de la humedad

del río y del riego, no llegaba á mover los árboles, pero los acariciaba y les encrespaba las hojas. De vez en cuando, por la calle central de la avenida, rodaba un coche, algún faetón, alguna *charrette*, guiada por madrugador aficionado, y el brillo de sus barnizadas ruedas y el volteo del polvo que levantaban, distraía un segundo á los paseantes. Poco tráfago en aquel barrio de gente elegante y rica; niños correteando y empujando grandes pelotas bajo la inspección de una niñera soñolienta y rubia, y la graciosa silueta de dos amazonas escoltadas por tres ó cuatro jinetes, erguidas en la silla, y que dejaban en los ojos el rastro de una falda de paño azul tendida como la vela de un esquife sobre un anca de caballo reluciente y como irisada á fuerza de buen pelo, y de una mejilla sofocada sobre la línea blanca de un cuello almidonado.

Teodora y Lorenzo andaban despacio y apenas trocaban alguna frase sin interés. Al encontrarse sus miradas, ambos sonreían involuntariamente. Al acercarse ya á la plaza de la Concordia, la dama suspiró y volvió atrás la vista, como si sintiese dejar la grata soledad semicampestre de la avenida y llegar á sitios más frecuentados. No notaba fatiga alguna; el ejercicio prestaba á sus facciones animación singular. Parecía que ella y Lorenzo se habían dado el santo y seña para no hablar seguido; sin embargo, lo que en Lorenzo se debía al sentimiento que le embargaba, era en Teodora efecto de un bienestar tan grande, que no quería alterarlo. Si Teodora fuese una mujer vulgar, forzaría la situación y acaso perdería el terreno conquistado, tratando de arrancar á Lorenzo declaraciones explícitas. La esposa de Jacinto Castellá, aunque inexperta, era hábil por instinto, y comprendía que en tan solemne hora la más leve torpeza sería fatal. Repugnar á Lorenzo, permitirse una familiaridad, una provocación, un movimiento en apariencia libre..... ¡qué horror, qué vergüenza, y además, qué equivocación tan lastimosa! Ni necesitaba Teodora esforzarse para no sentir al lado de Lorenzo, en aquel instante, más que dulzuras del orden espiritual. La pasión presenta este fenómeno, que es preciso calificar de bello: así como sabe exaltar los sentidos, sabe aniquilarlos: aspira á todo y se contenta con nada. Sin más que llevar cerca á Lorenzo y sentir cómo entraba suavemente en su alma, iba Teodora fuera de sí, transportada con ideal ensueño.

En Lorenzo se verificaba el fenómeno contrario. El hallarse próximo á tan atractiva mujer el acompañarla á aquella hora, el sentirla tan conmovida, al respirar su aliento sano y perfumado, y sobre todo, la conciencia de que allí existía *algo* ya muy antiguo y de cierto muy profundo, exaltaba en Lorenzo una juventud intacta y fuerte. Su terrible padre, al intimarle la víspera, sin previo anuncio ni consulta, sin réplica, la orden del viaje á España, había incurrido en un yerró, precipitando la explosión. A Lorenzo le pesaba el dominio de su padre. En la buena voluntad, en el júbilo con que acogió el plan de su boda con Fermina, había entrado por mucho el secreto deseo de emancipación que experimenta todo jóven educado con severidad excesiva y sometido á una voluntad de hierro y á los rigores de la inquisición doméstica, que fiscaliza constantemente sus actos. Sordamente, el deseo de la independencia germina en el espíritu. Al oír el día anterior el decreto del general, Lorenzo comprendió, ó por lo menos

infirió la causa: y la necesidad de dominar su cólera y lo repugnante de la forzosa obediencia, le pusieron por algunos instantes como loco. El cachorro del león se despertaba, rugía y sacudía la melena. «Soy un hombre» pensaba «y mi padre me trata como á un niño ó como á una mujer. ¿Qué idea tiene de mí? ¿Se figura que voy á pasarme la vida con andadores y llevado de la mano? Lo que él sospecha de mí y de Teodora es una infamia; pero aunque fuese cierto, ¿quién le mete á intervenir en tales cuestiones? La idea de que Teodora sintiese por él un interés que la tuviese abatida y enferma empezó á precisarse, y Lorenzo, desvelado en su cama, dió el paso inmenso de considerarla sin espanto, ó más bien con secreta alegría. Tan rápidamente como gira la veleta al impulso del viento, vió Lorenzo que había cambiado, que no era el mismo, que se volvía diferente de sí propio, que su alma se orientaba hacia el mal, hacia lo que pocos meses antes le hubiese horrorizado. Parecíale oír una voz insinuante que al oído le prometía mortales dichas; y el océano de la pasión, sin límites visibles, le tentaba brindándole sus olas de fuego. Al encontrarse al lado de Teodora, creyó verla por primera vez. El riesgo de mirar así á una mujer tan peligrosa se duplicaba por encontrarla embebida de sentimientos que no se tomaba el trabajo de ocultar ya....

En esta disposición de ánimo se internaron por la calle de Rivoli, nunca muy concurrida, y se acercaron á la Comedia Francesa, asaltados por los recuerdos de la víspera y oyendó aún los gritos desgarradores de *Fedra*.

O haine de Venus! O fatale colère!

Y como involuntariamente cruzasen la mirada, una mozuela que pasaba, desgreñada y con los ojos hinchados de dormir, al acercarse á ellos les contempló de un modo insolente por lo familiar, y soltó, entre una risotada, esta frase:

—*Joli couple!* (Bonita pareja).

VII

Teodora palideció y Lorenzo se ruborizó. Era que la exclamación de la mozuela daba forma casi plástica á lo que ambos pensaban y sentían. En toda mujer de entendimiento claro y alma enérgica—y estas dos cualidades no podían negársele á Teodora—el momento de la transgresión definitiva de la ley moral siempre lleva consigo una impresión fuerte y honda de queja y protesta contra la suerte. El decoro forma hábito, no siendo el hábito la menor salvaguardia del decoro, y Teodora, impecable aún en el terreno de los hechos no podía dominar un estremecimiento de temor y casi de repugnancia ante la culpa, estremecimiento á veces más poderoso que otras embriagadoras fruiciones que disfrutaba por primera vez. Teodora imaginaba, en aquellos instantes, que hubiese podido encontrar á Lorenzo cuando aún tenía derecho á ofrecerle la blanca flor de naranjo que significa la pureza y la integridad del cuerpo y del corazón; y que entonces podría oír sin rubor ni recelo aquella halagüeña exclamación de la moza que saludaba en la pareja cogida del brazo la irradiación del amor y de la hermosura. Pensamientos semejantes torturaban á Lorenzo y le encendían el rostro. Recapacitaba queriendo dominar la tempestad que ya rugía en su espíritu, en la diferencia de lo que sentía al lado de Fermina, y lo qne experimentaba al de Teodora; y se figuraba que

había salido de una comarca lluviosa, fría, donde se respira el tedio, para entrar en un país de sol y luz, de rojos crepúsculos, de auroras radiantes y de noches claras, templadas y alumbradas por misteriosa luna y por espléndidas constelaciones. Si Fermina fuese Teodora, ¡qué sueño tan divino el de arrodillarse con ella ante el altar del cual desciende la bendición á hacer lícitas las alegrías y á convertir, por singular privilegio, en virtud y en deber la misma felicidad!

A esta visión de desposorios, estéril nostalgia de lo imposible, infundía nueva vida imaginaria la exclamación de la mozuela que con tal descaro acababa de unir á Teodora y Lorenzo. Los ojos de ambos volvieron á encontrarse, y su ardiente y persuasiva elocuencia hizo otra vez inútiles las palabras. Si hasta aquel momento existía duda, se disipó toda niebla de incertidumbre desde entonces, porque ninguna frase diría más que aquella mirada.

Siguieron andando en silencio, sin soltarse, incapaces de articular una sílaba.

No se les había ocurrido ponerse de acuerdo acerca de las famosas compras, ni trazar itinerario fijo para su paseo; pero Teodora, con esa lucidez de concepción que caracteriza á las almas valientes en momentos críticos, guiaba, como insensiblemente, hacia el punto que quería. Hay personas que no pueden menos de estar siempre *haciendo intención*, aún cuando no se lo proponen. La voluntad de Teodora la impulsaba constantemente en la dirección de sus deseos. Por eso, al traves de las calles, unas tan animadas y otras tan apacibles, que convergen alrededor del foco de delirante actividad é histérica algarabía que se llama la Bolsa de París, eligió el cambio de la Plaza de las Victorias, donde se gallardea la estatua ecuestre de Luis XIV con inmenso pelucón y atavío á la romana, y donde se alza el templo que el mismo *Rey Sol* erigió para conmemorar un suceso que hace época en los anales del catolisismo: la toma de la Rochela.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con su portada jónica y corintia y su interior del mismo frío estilo neo-griegó, no ofrece ese aspecto solemne y romántico de otros templos, que hacen entrar por los sentidos la compunción y la tristeza religiosa. Sin embargo, hay estados del ánimo en que toda iglesia, sólo por serlo, nos conmueve, y Teodora contaba con la robusta fe de Lorenzo para arrancarle del modo más inesperado y noble—sin rebajar marcadamente su dignidad de mujer—la confesión verbal que confirmase la de los ojos. No era que dudase Teodora; pero sus observaciones—aunque no fundadas en la experiencia—le habían demostrado que las palabras son un lazo muy resistente y que esa imperceptible agitación del aire forma resortes de acero y cadenas de hierro, malas de romper. Detúvose, pues, al pie de la estatua y ante el pórtico de la iglesia, y de pronto, como si obedeciese á súbita inspiración, arrastró vivamente á Lorenzo, y subiendo la escalinata, ambos penetraron en la iglesia. Al entrar, por respeto, se soltaron el brazo; pero Teodora, al punto, tomó la mano del español y le llevó ante la imagen de Nuestra Señora.

La iglesia de las Victorias jamás está solitaria. Los desastres de la guerra y los castigos y desmembraciones que ha sufrido el suelo francés, se diría que han acrecentado una devolución que cimentaron los triunfos. A cualquier hora que en-

tréis en el templo fundado por el gran rey, encontraréis algunos fieles postrados y veréis lucir docenas de cirios ante la imagen de la celestial Emperatriz. La imagen inclina la cabeza bajo el peso de su enorme corona. y el rostro, honesto y grave, orlado por la toca blanca y el el rubio cabello, se tuerce hacia el Niño Dios, que en actitud de bendecir al que le implora, descansa sobre estrellado globo. Al levantar la vista hacia el grupo encantador de la madre y del hijo, Teodora vaciló en su atrevido propósito: era más pagana que cristiana, y sin embargo, sentía en lo profundo de su conciencia el temblor del sacrilego que pone las manos en el copón. Venció instantáneamente aquel recelo, y haciendo seña á su acompañante, los dos se arrodillaron juntos, próximos, en el fondo de la capilla. Volvióse hacia Lorenzo la señora de Castellá, y murmuró en voz baja, temblorosa, velada por el llanto:

—Lorenzo, recemos, que lo necesitamos bien.

—¡Sí lo necesito, Teodora!—murmuró Lorenzo con mayor turbación aún.

—¿Va usted á pedirle á la Virgen lo que le pediré yo?—preguntó como á pesar suyo la dama.

—Si tenemos que pedirle lo mismo, ese consuelo me quedará—respondió el mozo, cuyos ojos pensó Teodora que se humedecían, aunque tal vez fuese el reflejo de los cirios.

—Yo sé lo que he de pedirle, pero no sé lo que usted pedirá—articuló Teodora con tan vehemente expresión, que Lorenzo, trastornado, hubo de decirle:

—No quererla, Teodora..... no adorarla..... eso pido á Dios, que todo lo puede!

Llevóse Teodora las manos á la garganta, se levantó y salió precipitadamente de la iglesia. La abrumaba el mismo resultado que tenía tan previsto, y aturdida, sólo pensaba en respirar el aire libre. Apoyada contra la puerta, cerró los ojos y conoció que iba á desvanecerse si hubiese permanecido en la iglesia un minuto más. Entre tanto, Lorenzo, confundido y medroso, tartamudeaba la Salve; pero mientras sus palabras querían volar al cielo, sus pensamientos bajaban á la tierra y no acertaban á separarse de ella. De su piadosa educación en el Seminario había conservado Lorenzo la costumbre de encomendarse á la Virgen diciendo en lengua francesa la más sencilla de las jaculatorias: *Marie, oh ma mère! priez pour nous.* Maquinalmente repitió estas dulces palabras, clavando los ojos en el cándido rostro de la efigie. La seductora había calculado con infernal habilidad, al hacer que chocase repentina y bruscamente la pasión juvenil de Lorenzo con la única valla que podría contenerla acaso. Mas ya era tarde. En vano Lorenzo quería asirse desesperado al áncora de oro de sus creencias. En aquel instante había un recelo pueril que le consternaba y que se interponía entre su arrepentimiento y su conciencia: y era el temor de haber ofendido ó desagradado á Teodora. «Se ha ido» pensaba: «se ha ido avergonzada de mi declaración.... y tal vez no me espera á la puerta ya.» Que este insignificante recelo pudiese en el alma de Lorenzo más que otras consideraciones, demuestra hasta qué punto estaba ya cautivo.

Se levantó de pronto, de un salto, y salió perseguido por el olor melancólico del incienso y de los ardientes cirios, como por una voz triste que nos avisa para que no nos despeñemos.

Y al salir, lo primero que vió fué

á la dama, reclinada en la pared, desencajada, respirando fuerte, con angustia. «Se ha puesto mala, y es por culpa mía,» pensó Lorenzo, precipitándose hacia la esposa de Castellá. En su aturdimiento, balbuceaba preguntas llenas de interés, ofrecimientos, ruegos, palabras de ternura. Teodora le miró, deleitándose en verle así, y dijo con languidez:

No tengo nada; gracias, Lorenzo.... Me siento muy bien, sólo que un poco debil.... Llame vd. un coche.

—¿Un coche?

—Sí, abierto.... En la plaza de la Bolsa los hay.

Mientras el español corría á cumplir el encargo, Teodora, repentinamente serena, habiendo reaccionado ya, reflexionaba. En aquella mujer, que era un hombre de acción, las emociones estimulaban la exactitud del raciocinio. Preocupada un instante en la iglesia, al salir de ella se dejó dentro los pocos escrúpulos que en su caracter cabían. Mientras á Lorenzo le aturrullaban los fenómenos pasionales, á Teodora la ponían sobre las armas, en guardia, pronta á la lucha. Había pedido el coche, no porque se sintiese cansada ni enferma, sino porque, libres del cuidado de andar y aislados de la gente, se completaría la confesión de Lorenzo y quedarían acordes. Y había querido el coche abierto, porque si contaba con la fiebre de los sentidos de Lorenzo para que éste se entregase atado de manos y piés, por nada del mundo buscaría una soledad equívoca y sospechosa, pues comprendía que su delicadeza había asegurado su triunfo.

¡Ah, si Lorenzo Gurrea pudiese leer de corrido en el alma de aquella mujer, que sin embargo le quería con pasión incontrastable; si viese aquel cálculo al servicio de aquel sueño.... tal recordaría el consejo del poeta místico, y pensando que *sólo el que huye escapa,* rogaría á su padre que adelantase el viaje proyectado y que le salvase del inminente peligro! Mas su destino era otro, y él corría como corremos á la muerte. Iba aprisa cuando tomó el coche, aprisa cuando subió á él, y más aprisa cuando saltó para ofrecer á Teodora la mano y ayudarla á entrar. Se consultaron con los ojos: Teodora los bajó, y al fin Lorenzo, recobrando la iniciativa que á su sexo pertenece, dijo al cochero:

—Al Jardín de Plantas.

Teodora no se opuso: se trataba de ir en dirección opuesta á la que habían traído y alejarse de la casa de la Castellá. No eran más que las diez y media de la mañana; y la prueba de la sangre fría que conservaba la dama, es que pensó en la hora, echando cuenta de que aún podía detenerse hasta la una sin infundir extrañeza en su marido. Lorenzo, por el contrario, sentíase perdido de emoción, ebrio, semi loco. La capota de la victoria, baja para evitar el sol, les permitía hablar confidencialmente sin que el cochero se enterase, y lo primero que dijo el español, á pocas rodadas del coche, fué la prevista serie de vulgaridades, eternamente peligrosas.

—Teodora, ya no vale callar, porque se me ha escapado la verdad á pesar mío. La quiero á vd. con toda el alma, no lo sabía; hoy me he convencido de ello. Es una desgracia muy grande, convenido; pero es verdad. Mire vd.: lo he conocido cuando mi padre me anunció que quiere llevarme á España. No iré aunque me lo mandase, en vez de mi padre, Dios. Perdóneme vd., me expreso muy mal; estoy hecho un insensato..... y lo que le repito

á vd., es que no me iré á España.

—Se quedará vd. aquí para casarse con Fermina, y da lo mismo—respondió Teodora comprendiendo la violencia que se hacía el mozo para no cogerla una mano, para no atraerla hacia sí por el talle.

—Tampoco. Por el alma de mi madre, no me casaré con Fermina jamás. Si teme vd. eso, viva tranquila. Antes se hunde el mundo, Teodora!

VIII

Entre las singulares condiciones que había desarrollado en el general Gurrea Pinós su vida de guerrillero, contábase la de un dominio casi absoluto sobre el sueño y el hambre. Estas dos imperiosas exigencias del organismo las satisfacía Gurrea Pinós, cuando le era posible, con ímpetu casi brutal; sobrio por costumbre, sabía saciarse y devorar por diez; vigilante como un gallo, nadie era más capaz que él de dormir á pierna suelta, con ronquido marcial y sonoro. Pero la sospecha, la inquietud, le suprimían instantáneamente el sueño, sin que la privación de tan indispensable sedante debilitase ó sobrexcitase en lo más mínimo su bien regulado sistema nervioso.

La noche que siguió á la representación de la *Fedra*, la pasó en vela el general. Con los ojos abiertos en la obscuridad de la alcoba, repasó y combinó los acontecimientos pasados y calculó los venideros. Juntando indicios con indicios, atando cabos sueltos y aplicando las nociones de psicología adquiridas en horas supremas, llegó á ver clara la situación. Lorenzo no estaba aún completamente *envuelto;* pero un descuido, una casualidad, bastarían para que lo estuviese. Había que irse cuanto antes, poniendo por obra el anunciado plan del viaje á España. Gurrea Pinós repasaba mentalmente los obstáculos que esta combinación podía encontrar en mil asuntos pendientes, y se proponía removerlos sin tardanza alguna, desplegando actividad febril. Lo malo era que para tal empresa necesitaba perder de vista muchas horas á su hijo. Enviarle á casa de Castellá—que parecía lo más natural—era meterle en la boca del lobo. Una idea, inspirada por sus reminiscencias de la guerra civil, se le ocurrió al buen general entonces. Acordóse de que cuando desconfiaba de dos oficiales, temiendo que se entendiesen para venderle, recurría á aislarlos, confiando al uno de ellos una comisión en lugar distante. Gurrea Pinós tenía, por cuenta y cargo de la casa Amblera, pendientes negociaciones con un gran fabricante de pañería de Elbœuf. Había dificultades relativas á una considerable remesa de género que Amblera se negaba á recibir por excesivo retraso, y por oposición de la tienda madrileña que hacía el pedido á admitirlo fuera de estación. Gurrea Pinós tegió instantáneamente el ardid de que mientras él arreglaba en París los asuntos, su hijo desenredase el de Elbœuf. Y resuelto firmemente este punto importantísimo, el general, á eso de las cinco, entendió que convenía dormir, y durmió como un lirón, hasta más de las ocho, contra su costumbre.

Despierto, afeitado, vestido, despachado el chocolate con bollo que le servía una criada aragonesa cincuentona y de aspecto monacal Gurrea Pinós pensó en preguntar descuidadamente:

—¿Y el señorito Lorenzo? Si está vestido que venga aquí.

—El señorito ha salido temprano—contestó la criada con sencillez, y su respuesta hizo saltar al viejo, que

desvió la taza y se puso en pie encendido y furioso.

—¿No ha dicho á dónde iba?

—No, señor..... A misa ó confesión irá de seguro—contestó la sirviente, que quería mucho á Lorenzo.

—¡Qué misa ni qué..... baraja francesa! juró Gurrea, que en las ocasiones críticas tenía boca de carretero. Reprimióse en seguida al ver que Hilaria—así se llamaba la buena mujer—bajaba los ojos y se encaminaba hacia la puerta silenciosamente; y mostrando ya más dominio de sí mismo, preguntó:

—Dice usted que salió temprano... ¿A qué hora?

—A eso de las siete y cuarto.

—¿Iba bien vestido?

—Sí, señor, el traje nuevo..... y él hecho un espejo de limpio. Me pidió la camisa mejor planchada, por cierto. Se levantó antes de las seis.

No esperó á más Gurrea y se dirigió al cuarto de su hijo. El espionaje no asustaba al veterano, y el registro mucho menos: ambas cosas entraban en su moral. El aspecto de la habitación no revelaba cosa alguna: Hilaria la había puesto en orden minucioso. El general abrió cajones, pero ningún papel delator encontró en ellos, pues no se habían de juzgar tales los insulsos billetes de Fermina, en que el amor apenas sabía tartamudear frases candorosas. Gurrea vió que por aquel lado no adelantaría nada, y sin pérdida de tiempo, tomando sombrero y bastón, bajó las escaleras con agilidad juvenil. Paróse ante el tugurio de la portera, interpelándola familiarmente:

—Madama Brisset—la dijo—¿sabe usted hacia dónde va mi hijo hoy? No le vi antes de que saliese....

Asomó á la puerta del cuchitril una cabeza con papalina negra y unas narices rojas como un tomate, y una boca desdentada pronunció:

—¿A dónde ha de ir, *cher Monsieur Gurrié?* Llamó un coche ahí de la parada de enfrente..... y claro: á la Avenida de los Campos Elíseos.

Zumbáronle los oídos al veterano, y una luz roja tembló delante de sus ojos. Era aquello, para él, la certeza absoluta. A hora tal, ni Fermina podía esperar á Lorenzo, ni Jacinto saber que el novio de su hermana pasaba por su puerta. ¿Qué duda quedaba? Sólo una cita de Lorenzo y Teodora explicaba la matinal excursión.

Precipitóse el general hacia la calle, é hizo seña á un coche que iba de vacío. Como el cochero torciese el gesto á la no floja carrera entre la calle Mazarine y los Campos Elíseos, el general, que era más bien cicatero que otra cosa, pero no entonces, pronunció las mágicas palabras:

—¡Aprisa, y buena propina!

El coche arrancó desempedrando el arroyo, y en todo el trayecto no aflojó el paso. Al detenerse ante la verja del hotelito, Gurrea, después de pagar espléndidamente, llamó con cautelosa suavidad. Salió á abrir el portero, que era á la vez mozo de cuadra, y Gurrea, inspirado, le dijo como al descuido:

—Al señorito Lorenzo, que ya llegué; que baje.

—¿Que baje?—repitió el portero atónito.—¡Pero si no está aquí el señorito!

—¿Pues dónde? Aquí vino esta mañana.

—En efecto, pero era para salir con la señora, que le aguardaba. Iban á compras.

Gurrea quedó inmovil. No había contado él con tan sencilla explicación de lo que á no dudarlo era cita amorosa en toda regla. Al mismo

tiempo, la tranquila naturalidad de aquel pretexto le pareció que revelaba la astucia impudente de los que ya tenia por criminales. La sangre le dió un nuevo vuelco, y subió á enrojecer su frente y abultar la gruesa vena que la cruzaba. Su impulso era de echarlo todo á rodar, de entrar en la casa como un torbellino, arrancar la venda al esposo y batirle las cataratas á Fermina; pero su segunda naturaleza, de estratégico y de caudillo prudente, le sujetó en el jardín, y le movió á encender un cigarro, para tener tiempo de reflexionar. Paseando arriba y abajo y chupando el puro, concibió un proyecto cien veces más radical y atrevido que todos los de la noche anterior, y al afirmarse en él, tiró el habano y subió las gradas del vestíbulo, penetrando en la antesalita decorada con grandes y raros tibores japoneses verdes, de donde emergían plantas de hoja plumeada y elegante. Entró rápidamente por una puertecilla á mano derecha, que era la del despacho de Jacinto, todo revestido de cueros auténticos cordobeses y trozos de bordadas telas, recortadas de viejas casullas del siglo XV. Sobre aquel fondo obscuro, intenso, suntuoso, la cabeza del marido de Teodora resaltaba pálida y fina, sin realce ni vigor. Gurrea Pinós volvió á sentir tentaciones de darle un puñetazo, pero se contuvo; y al ver que Jacinto se levantaba del sillón y acudía deferente á preguntarle qué le llevaba tan temprano por allí, dijo con calma:

—Quería echar un párrafo con Fermina.

—¡Qué suegro tan pegajoso!—contestó riendo Jacinto.—Aguarde usted, voy á decirla por el tubo acústico que baje al jardín..... Me escaman estos secretos, mi general. Usted se la va á pegar á su hijo, vamos..... Usted le sopla la novia.

Diez minutos después de esta chanza, Gurrea Pinós y su futura nuera se reunían en un cenador de cabrifollo, bignonia y clemátida, al otro extremo del jardín y en completa soledad. Gurrea atrajo á sí á la joven y á la usanza francesa la besó en la frente. Después, desviándola un poco, la interrogó:

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?

—¡No parece sino que usted no lo sabe! ¡Porque se marcha Lorenzo, y con ese viaje que usted ha discurrido me voy á pasar la friolera de cuatro meses sin verle! Para sorpresas agradables, usted.

—¡Miren la pizpireta! Ganas me dan de callarme lo que pensaba decirte....

—No, por Dios..... Hable usted pronto.

—Siéntate ahí..... Eso..... ¿Qué opinarías tú si yo te propongo hacer el viaje conmigo..... y con Lorenzo? ¿Eh? ¿Me explico?

—¿El viaje?

—El viaje; el viaje á España; el viaje á Aragón.... Cabal.

—¿Y.... cómo?

—¿Cómo? Comiendo..... Casándote dentro de tres días.... ¿lo oye usted? de tres días

Fermina dió un grito, cogió la mano del general y la llevó á sus labios.

—Vamos, vamos, juicio y serenidad.... Si te trastornas, la boda se concluyó, ¿entiendes?—Mira, hija mía, he pensado que no hay motivo ninguno para separaros ahora y reuniros después. Tú eres dueña de tu voluntad; Lorenzo..... claro que por Lorenzo no habrá dificultades. A mí me conviene salir de París; á vosotros os servirá de diversión. Os casáis volando; vais á Aragón y arregláis vuestros asuntillos personalmente.... después tomáis baños de

mar..... y en el otoño, á preparar la instalación en Bilbao.

Fermina tenía los ojos clavados en los de su futuro suegro. Una desconfianza súbita, inexplicable, la obligaba á fruncir el entrecejo y endurecía sus facciones.

—Mire usted, papá—murmuró—debe usted conocer cuáles son mis deseos..... pero veo en todo esto algo raro, algún misterio que me extraña y me preocupa. No soy tan lista como mi cuñada.... pero tampoco soy tan tonta que no note estos cambios y estas resoluciones tomadas de pronto, volviendo patas arriba lo que teníamos resuelto.... No me diga usted que no pasa nada, porque no lo creeré.

Gurrea Pinós había previsto el recelo de Fermina y tomado su partido de antemano.

—Hija mía—pronunció con firmeza—¿crees que te aprecio?

—Sí, señor..... lo creo, estoy segura.

—¿Crees que hago las cosas por tu bien?

—¡Y tanto!

—Pues entonces vas á no preguntarme nada y á darme plenos poderes y á dejarme proceder á mi gusto.... Yo te respondo de que dentro de tres ó cuatro días estás casada con Lorenzo y camino de España. Mira, todo lo bueno que hacen los hombres, lo hacen obedeciendo y callando, y mandando uno solo y sometiéndose á su voluntad los demás. Esto yo lo sé por experiencia, y ojalá pudiese ponerlo siempre en práctica, que ni habría vicios ni escándalos en el mundo. Tú dí que sí á cuanto yo ordene, y basta.

—¿Y Lorenzo?—replicó la tozuda Fermina. Y Lorenzo, ¿qué opina en esta cuestión?

—Opinará lo que yo determine... ¡Pues no faltaría otra cosa!

Fermina calló, pero al cabo de un instante, cejijunta y sombría, alzó la cabeza y dijo:

—¡Yo creo que Lorenzo me quiere menos.... ó que no me quiere!

Y el general, con voz entera, echando rayos por los ojos, sólo respondió:

—¡Pobre de él!

IX

Como dos horas después del diálogo con Fermina, el antiguo cabecilla fumaba en el mismo cenador de floridas enredaderas, pero solo ya y sin cuidarse de que su rostro reflejase el formidable estado de su ánimo. Este era tal, que no recordaba Gurrea otro parecido, y la imposibilidad de ejercer actos de violencia le exasperaba doblemente. La sangre, fuerte y espesa se agolpaba á sus sienes y hacía resonar en su cerebro un estrépito como de galope de caballos, y el veterano reconocía, en la contracción involuntaria de sus dedos y en la sequedad de su boca, las sensaciones que preceden á las horas de lucha mortal; sensaciones al fin homicidas.

Intentó, sin embargo, reflexionar, calculando la dirección de los acontecimientos. Al obtener que Fermina se prestase—aunque recelosa—á acelerar su enlace, realizándolo en el improrrogable plazo de tres días, había pasado al despacho de Jacinto, significándole la resolución de su hermana. Y en el marido—¡oh desprecio!—encontró Gurrea una oposición chancera y culta, una repugnancia á alterar el orden establecido, que le impulsaron á abrir los ojos á aquel mentecato.... No se determinó á semejante enormidad; pero cuando Jacinto, sorprendido del empeño de Gurrea, pidió razones, el general, mordiéndose rabiosamente el bigote, gruñó:

—Yo soy perro viejo, don Jacinto, y no doy puntada sin nudo. Lorenzo es un muchacho.... y sin vanidad, un muchacho como un pino de oro....

—Por cierto que sí—exclamó Jacinto, con la apasionada sinceridad de su admiración hacia la belleza. No lo sabe usted bien, general. Lorenzo es objeto de museo, y le he rogado á Bonnat que me estudie su cabeza, poniéndole una gola, algo de traje del XVI....

—Más valdría—objetó Gurrea amostazado—que Dios le diese, en lugar de hermosura, prudencia, que eso de la hermosura es mojiganga, y en los hombres me irrita. Con la edad y el tipo de Lorenzo, se corren en París mil peligros ... y no digo más, ni me pida usted que diga, sino que me guíe por mí, y me deje adelantar la boda.

Jacinto se echó á reir, y sin cesar de examinar una cajita esmaltada muy curiosa que acababan de traerle, murmuró entornando sus ojos finos y rebuscones:

—Vamos, general.... que si es por eso por lo que quiere vd. ir á paso de carga.... No estoy enterado, pero una de dos: ó lo de Lorenzo es alguna intriguilla, ó es una pasión fulminante, de esas que (créame usted) no abundan tanto y nos gustan mucho á los amigos de la poesía y del arte.... ¡En el primer caso.... déjelo usted correr! ya se deshará.... ¡En el segundo.... que es el inverosimil.... ni usted ni yo lograremos nada! La pasión es más fuerte que nosotros y que el mundo, amigo mio....!

Mientras Jacinto se expresaba así, Gurrea, literalmente, trepidaba como una caldera de vapor sujeta á presión excesiva y próxima á estallar. Las frases gordas querían subir á su boca, pero el esfuerzo heróico de su voluntad las contenía. Con todo, no pudo menos de refunfuñar.

—Don Jacinto, no me pregunte, que más vale, y permítame disponer de mi hijo, que yo sé donde me aprieta el zapato. ¡Vaya si lo sé!

Y Castellá, con algo de repentina sombra en el rostro, y como un velo de humo en las inteligentes pupilas, insistió á su vez:

—Crea usted que no puedo avenirme á una variación tan inesperada, querido general, sin conferenciar con la interesada, y sin enterar á mi mujer.... Echa usted abajo nuestros planes. Al quitarnos el luto, haríamos una bonita boda, en Santo Tomás de Aquino, convidando, dando á nuestros amigos un almuerzo decente, todo en regla. El *trousseau* no está corriente, ni lo estará en algunas semanas, aunque matásemos á las bordadoras; los trajes mucho menos, porque váyales usted con apremios á sus majestades los modistos; el aderezo de mi madre, que regalo á Fermina, desmontado; en fin, la novia no tiene que ponerse.... Crea usted que este achuchón es un desatino irrealizable.

—Pues se realizará, señor don Jacinto. Me rio de las zarandajas de la vanidad, cuando juegan más graves intereses.

—Es que esos graves intereses no los veo.

—Los veo yo, y basta. Fíese en la experiencia de un veterano.

Y después de esta categórica declaración, levantóse el general y salió al jardín, porque le alarmaba el giro que había tomado el diálogo. Castellá se encogió de hombros, no quería discutir tampoco, y prefería estar solo para reflexionar sobre algo que vislumbraba, y que tenía tonos de vapor sombrío.

Gurrea midió de arriba abajo el jardinete, donde ya secaba el sol el

aljófar salpicado por la manga de riego, y donde las rosas y las glicinias empezaban á despedir su penetrante esencia de las horas meridianas. A seguir sus impulsos, el veterano destrozaría las flores, vengándose en ellas del coraje que se veía precisado á esconder. Con el cigarro apretado entre los dientes sanos aunque amarillentos, Gurrea Pinós se refugió en el cenadorcillo, lejos de las fiscalizadoras ventanas del hotel. Estaba irritado hasta contra sí propio, y empezaba á temer que el grande y salvador principio de que uno mande y los demás obedezcan ciegamente, como sucede en la monarquía absoluta, no fuese aplicable á la vida real en nuestros tiempos. El maldito afán de discurrir, el libre examen, el racionalismo impertinente de todos—hasta de Fermina, bajo cuya sumisión protestaba la sospecha—estorbaban el único remedio eficaz para curar á Lorenzo y restablecer el orden moral en aquella familia. Mil antecedentes se reunían para contrariar á Gurrea. Fermina alarmada; Jacinto súbitamente receloso, con indefinible recelo; Teodora resuelta, Lorenzo ya en abierta rebeldía.... eran datos para que el general temiese una derrota, á la cual estaba bien decidido á no resignarse.

Lo que contribuía á sacar de quicio al viejo, era el tardío paso de las horas, que se deslizaban con cruel lentitud entre la soñolienta paz del jardín lleno de sol y dulcemente perfumado por las flores, y que tal vez señalaban para Lorenzo las etapas de una dicha infame. Los criminales—así les llamaba redondamente el general—estaban fuera de casa desde las ocho y media, y los rayos del astro, completamente en su zenit, indicaban que eran más de las doce. Si Gurrea Pinós pudiese crreeen la eficacia de una carrera al través de París para encontrar á la pareja, ¡dónde estaría ya, y á qué medios de locomoción no hubiese acudido! ¡Pero la maldita ciudad, encubridora y cómplice, les prestaba seguro asilo, y bien podían reirse del enojo del padre! ¡Ah! ¡en cuanto pareciese Lorenzo, ya le guardaría y le aislaría con un centinela de vista, si era preciso!

La ira del viejo no recaía toda en los delincuentes. Si algo bueno daría por estrangular á alguien, ese alguien era Jacinto, á quien echaba la culpa. Creía el general—y tal vez no fuese descaminado, — que dada la autoridad efectiva del marido sobre la mujer, á él incumbe la responsabilidad de cuanto ella hace. Bueno que de Lorenzo me encargue yo—pensaba Gurrea atormentando el cigarro—que eso me toca por ley de la naturaleza y por derechos sacratísimos que ejerzo en nombre de Dios; pero á esa bribona, quien debe tenerla á raya es su legítimo dueño. Hay hombres que andan en dos piés por misericordia divina, y ¡baraja francesa! estos que se dedican á recoger madera apolillada y trapos con mugre, son del número. ¡Ya podía mi mujer faltar de casa cuatro horas mortales acompañada de un caballerito como Lorenzo! ¡En las Arrepentidas la meto.... ó *más abajo!*

Y un pensamiento tétrico, feroz, cruzó como exhalación tempestuosa por la mente del general. Jamás había dudado de que el marido y el padre poseen sobre la esposa y el hijo omnímodos derecho, y su convicción de que hay estados y situaciones peores mil veces que la muerte, suscitó de nuevo la visión de una tragedia en que el honor quedase vindicado, y la conciencia, altiva y gloriosa, se alzase por cima del dolor y de los afectos del corazón, malos consejeros de transac-

ciones y flaquezas. Gurrea Pinós, aunque rudo y embotado para la estética, era hombre que cultivaba sus ideales, y si entre los personajes históricos tenía un héroe favorito, era un admirable bárbaro—profundamente español—aquel que se ríe con desprecio de otro héroe de queso de nata llamado Guillermo Tell y de su juego de la manzanita; era, en fin, Guzmán el Bueno. Firme en su persuasión, el veterano repetía: «La mujer.... es cuenta del marido; el hijo.... ese conmigo se las habrá.»

Al mirar el reloj por centésima vez, Gurrea Pinós vió que faltaban diez minutos para la una, y casi al mismo tiempo oyó, por detrás de la verja, el pesado rodar de un vehículo que debía de ser coche simón. Aprovechando la elevación del cenadorcito, miró por la redonda ventana practicada en las enredaderas, y vió que en efecto se acercaba sin prisa un coche de alquiler, y por debajo de la capota notó como asomaban los pliegues de la falda y los bien calzados pies de la señora de Castellá. "Viene sola", fué la primera idea del veterano; y experto en sorpresas, al punto ideó una. Salió del cenador y se emboscó en un grupo de lilas y citisos, esperando á que Teodora entrase. El primer resultado de la estratagema fué que pudo ver el rostro de Teodora cuando ésta ni sospechaba que la atisbase nadie. Habíase bajado del cochecillo sin más que un distraído *bonjour* al cochero, indicio de que la carrera estaba pagada de antemano, y al oprimir el botón de la puerta para llamar, el general comprobó en el semblante de la esposa de Castellá huellas de una emoción paofundísima, y á la vez algo que recordaba la expresión estática de los rostros de ciertas imágenes que se veneran en los templos. Pero al sentir los pasos del jardinero que corría á abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almuerzo, avise usted, avise que ya puede Giácomo dorar los *maccaroni*.....

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa golosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendara á Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión á Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó á reír, y palmoteando exclamó:

—¡General....si viese usted! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseábamos.... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería....¡Ya sabe usted que el devocionario es lo que le quiero regalar á Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir á misa que al baile!.....¡Vea usted! Es un primor.....

X

La admiración del general ante la presencia de espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crísis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga, llevan consigo un estado de exaltación, que borran-

do las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el ejercicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando lo obtuviese, porque detestaba los planes prematuros é inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehizose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y sólo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva del hombre fascinado y enloquecido, cuyas ardientes frases, cuyos juramentos delirantes de amor acababa de beber, y segura ya de llevarle adonde quisiera, se asomó intrépidamente al abismo, midió la profundidad, y pensó en el modo de salvarlo.

La extraña lucidez que aquella mujer conservaba en tan suprema hora, la permitió pesar todas las contingencias de lo venidero. Echó la sonda de nuevo en su corazón, y comprobó que, á pesar de las consecuencias terribles, de los insuperables obstáculos, su ansia de Lorenzo persistía, y que, sobrada de valor para todo, carecía del necesario para aconsejar á Lorenzo la abnegación y separarse de él entregándole en brazos de una esposa. Comprendió que la fatalidad pasional la empujaba á la caída pero que aún poseía fuerzas suficientes para dirigir esa caída, y hacerla bella como una muerte de gladiador. Su repugnancia á lo clandestino—hija de un caracter indómito y altanero—su antipatía por las luchas ínfimas y arteras; su desprecio hacia el engaño á mansalva; la misma tranquila estimación que profesaba á Jacinto, la impidieron soñar en establecer con Lorenzo esos lazos que atan en secreto á personas que ante la sociedad nada son la una para la otra. Además, comprendía que Lorenzo, al lado de su padre, jamás podría disponer de sí. Para asegurar su tesoro, Teodora necesitaba rescatarlo del vigilante dragón.

No sólo pensó en todo esto Teodora, sino que—mientras el *fiacre* levantaba el polvo de la avenida y en el rincón que había ocupado Lorenzo flotaba aún algo de la fragancia de su pelo y casi revolaban ardiendo sus frases de entusiasmo loco—pudo acordarse de que la vida práctica tiene leyes imperiosas y de que aquella cuestión de amor llevaba envuelto sin remedio una cuestión de hacienda. Teodora, acostumbrada por su marido á las sutilezas analíticas de la crítica literaria, se había reído muchas veces de los dramas y novelas en que los héroes y las heroínas se ponen en marcha hacia tierras remotas sin un céntimo en el bolsillo. Así es que, con la calma fría del suicida, echó sus cuentas, unas cuentas muy cabales, sin ilusión ni error. Ella no servía para el trabajo, y estaba habituada al lujo: Lorenzo nada poseía. En el Nuevo continente, natural refugio de los que rompen todas las trabas y se eximen de todos los deberes, hay un deber que persiste, y es el de pagar lo que se gasta. Aquella mujer—que sólo en calzado y guantes derrochaba al año más de mil francos—reflexionó, con la cabeza despejada, acerca de este problema, que no consideraba baladí. Y si han de tomarse en cuenta—como es justo—todos los antecedentes antes de condenar ó absolver á un reo, el instante en que Teodora resolvió el problema económico debe contarse entre los datos que inclinan á ejercer misericordia con

esta pecadora trágica. En un segundo, la voluntad de la dama renunció, no sólo á las vanidades, sino á los íntimos y sibaríticos goces de la elegancia exquisita, al deleite de anidar entre sedas y encajes, por el cual tantas veces pisotea la mujer moderna su dignidad. Calculando lo que podrían valer sus joyas, y lo que representaba su herencia materna—en valores al portador había tenido la singular previsión de colocarla—Teodora comprendió que ella y Lorenzo no debían temer la miseria, pero que no les sería lícito ningún lujo. Y borrando de su horizonte esa perspectiva luminosa, sonrió al pensamiento de que tal sacrificio, lejos de asustarla, dilataba su corazón, y la causaba un transporte de entusiasta alegría, semi-infantil, que la hizo soltar una risa de gozo. «Lorenzo podrá seguir estimándome,» pensó, en el paroxismo de la felicidad.

Ni un segundo dudó que Lorenzo aceptase la heroica solución de la fuga. ¿Qué significaban si no las palabras de total abnegación, qué las delirantes efusiones y los ofrecimientos espontáneos de la vida entera, hechos en aquellas horas breves, pero capitales, que habían seguido á la confesión de Lorenzo en Nuestra Señora de las Victorias? El acto gravísimo de renegar de su matrimonio, concertado, medio hecho ya; la seguridad una y mil veces reiterada de que tal enlace no se verificaría, eran la base de la convicción de Teodora. En un año de trato había tenido ocasión de estudiarle, con esa intuición rápida y profunda, no incompatible con la ceguera amorosa; y fiaba en la seriedad de su carácter, en la virginidad de sus sentimientos, en la religión del honor caballeresco que, si á veces preserva de ciertas faltas, otras hace perseverar en ellas, y sobre todo, en la fuerza de la pasión en un alma de fuego y de hierro, española, vehemente, tenaz, exaltada hasta el fanatismo. Teodora aceptaba la iniciativa, pero Lorenzo no se quedaría atrás: la seguirá hasta el fin del mundo. Lo que importaba era engañar al general, adormeciendo su suspicacia y procediendo de la manera más natural y normal, hasta el día de la desaparición. "Ese día empezará mi vida verdadera,» pensaba Teodora, mientras por uno de los espantosos contrastes que se presentan en la existencia de la mujer—que es mil veces comedia y algunas drama—examinaba sobre el mostrador del joyero de la calle de la Paz dos ó tres devocionarios, maravillas de arte y riqueza, y daba su opinión sobre las miniaturas recientes, comparándolas á las del siglo XV que ostentan en los códices....—Al verla entrar en el jardín con la cajita en la mano, al verla explicar con tanta naturalidad su correría y el empleo de su tiempo, el general sintió que aquel era adversario más terrible que cuantos le habían traído al retortero por las montañas de Aragón.

No podía el general—como no fuese por revelación divina—conocer el verdadero estado de las relaciones entre su hijo y la esposa de Castellá: y aunque seguro de que algo existía, y algo muy serio, y algo que obligaba á adoptar toda clase de precauciones y hasta medidas extremas, faltábale la clave del misterio, y tenía que ir á tientas por ignorancia. Cuando Teodora le presentó el misal, una inspiración repentina iluminó á Gurrea Pinós. Se le ocurrió sorprender á Teodora con una noticia contundente—que al fin y al cabo tenía que saber por Jacinto.—Miró el devocionario, lo cogió, lo abrió, y lo alabó con afectación extremada.

—¡Vaya una preciosidad! Señora, tiene usted un gusto exquisito. ¡El regalo es muy apropósito para Fermina, tan religiosa y tan angelical! Esto lo prefiere ella á un collar ó á un brazalete: ¿lo oye usted?

—¡Vaya una noticia!..... Fué Lorenzo el que me puso cien mil objeciones. Empeñado en preferir una esmeralda con cerco de brillantes. ¡Ah! ¡Qué tercos son ustedes los aragoneces! Más quiero que me encarguen de convencer á un santo de piedra, que á un natural de Aragón.

—No sabe usted bien todavía á dónde llega nuestra terquedad. En metiéndosenos una cosa aquí.... —Y el veterano apoyó en el entrecejo un dedo fuerte y peludo, poniendo sordina á su voz para que la frase no adquiriese indefinible acento de amenaza.—Cuando algo se nos encaja aquí—repitió—hasta verlo realizado no paramos. No crea usted que la digo esto á humo de pajas, doña Teodora..... ¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Quién lo duda?

—Diez minutos de conversación en el cenadorcito.....—antes de que el señor de Castellá se entere de que ha regresado.

—¿Una entrevista galante? ¡Bien, mi general! Usted ha debido ser temible en sus veinte años—exclamó Teodora riendo.

—No señora—respondió Gurrea Pinós perdiendo algo los estribos.—A ninguna edad las faldas me desviaron á mí del camino de la honra y del deber.

Hizo Teodora como si no entendiese, y siguió al veterano, entrando en el cenador entonces más perfumado, más poático que nunca. Una idea sardónica la mortificaba en aquel instante: pensaba que era una mueca burlona de la casualidad el haber estado con el hijo en un destartalado alquilón, mientras la entrevista con el padre iba á tener un techo de flores y unas paredes de follaje rumoroso.

—Se trata—pronunció Gurrea, sentándose al lado de la señora—de la boda de Lorenzo.

—¿Pues qué hay de nuevo en ese asunto? La creía concertada y muy próxima—respondió la esposa de Castellá riendo.

—Concertada, sí; próxima.... de eso trato, y para eso cuento con que usted me ayude poderosa y eficazmente.

—¿Pretende usted acortar el plazo?

—Justo.

—Tiene usted mil razones—aprobó Teodora con el mayor aplomo.—A nada conducen los noviajos pesados, y puesto que ha de ser.. cuanto antes.

—Ya presumía yo que las señoras ven en esto más más claro que los hombres.... D. Jacinto presenta un sinnúmero de dificultades, y yo ruego á usted que, como buena mediánera, interceda con su esposo para que se ablande....

—Ya lo creo que intercederé.... *¿Cómo no?* que dice nuestro amigo D. Cármenes Valenzuela. Usted márchese tranquilo con Lorenzo, señor marqués de la Resolución, que al volver, tendré á Jacinto como un guante....

—¿A la vuelta?—interrogó el viejo, preparando el golpe.—¿Qué vuelta?

—A la vuelta de España. ¿No iba usted á llevarse allá á Lorenzo, dentro de ocho ó diez días? Pues cuando regresen....

—¡Ay, señora! ¡Pero si.... precisamente.... de lo que se trata es de que.... yo pretendo llevarme, no á mi hijo.... sido á mis dos hijos, ya unidos en santo matrimonio!

A pesar de toda su serenidad, de

toda su presencia de ánimo, de su disimulo, indispensable en tal momento, Teodora palideció, y un estremecimiento agitó su cuerpo, modelado estrictamente por el paño de su elegante traje de mañana, de corte algo masculino. Una angustia horrible, parecida á la del marco de mar, oprimió su corazón, y sus manos, enguantadas aún, se crisparon y se enfriaron de pronto. «Quiere adelantarse»—calculó, y la probabilidad de la derrota arrancó de sus frentes sudor de agonía. El pensamiento de que aquello era la declaración de guerra abierta y sin cuartel, la devolvió casi instantáneamente su vigor de implacable amazona, y mirando cara á cara al viejo, pronunció con irónica lentitud.

—Puede usted contar con mi auxilio.

XI

Teodora no tardó quince minutos en cumplir esta singular promesa. Corrió á casa, subió á sus habitaciones, y ordenó á la doncella—antes de inclinar y volver la cabeza para que la desprendiesen la aguja que sujetaba la toca:

—Dígale usted á Dionisio que ponga plato para el general Gurrea Pinós.... y al señorito, que venga á mi tocador, que deseo hablarle un momento.

A poco se oyeron los pasos de Jacinto, que salvaba la escalera de caracol, y entró el marido en el tocador de la mujer, encontrándola entregada á dejarse desabrochar las botas de tafilete, que la doncella sustituía por un fino zapatito inglés, de hebilla ancha. Teodora, llamando á Jacinto con graciosa seña, le dijo, sin bajar la voz, como si no la importase que oyese la doncella:

—Es preciso que tramemos un complot, mira, como en las novelas.... Me he comprometido á ayudar á Gurrea Pinós, no sólo persuadiéndote á tí, sino también al novio..... A apresurar..... ¿ya sabes?

Y Lorenzo hizo con los ojos una seña por cima del moño de la *maid* arrodillada. Como ésta se dirigiese al armario de los trajes, Teodora la indicó que podía salir, que almorzaría con él puesto.

Jacinto, de pie, metidas las manos en los bolsillos, la cara descolorida y fatigada, porque ya sentía mucha necesidad de alimento y pasaba de la hora habitual, tuvo, sin embargo, valor para responder, con disimulado mal humor:

—¡Hija, pero si lo que pretende ese pobre señor.... es un absurdo! Nos echa á perder nuestros preparativos; da lugar á que la gente malicie cosas nada favorables al buen nombre de Fermina ¡y aun no sé si al de Fermina sólo!.... Te aseguro que me va molestando de veras tanta trapisonda y tanto tejer y destejer con el matrimonio.

Teodora pareció quedarse pensativa un momento. Las frases de su marido la dieron la voz de alarma, indicándola que el general había ido lejos en su conversación con Jacinto Castellá, y que éste podía, de un momento á otro, recelar, despertarse y ver clarísimo. El admirable tino que le guiaba al través del laberinto de su pasión, no la desamparó en aquel instante.

—Jacinto querido — murmuró — ¿piensas tú que no me hago cargo de eso? Conozco los inconvenientes de un paso así. Pero, créeme; con los aragoneses más vale ceder, porque al fin y al cabo se han de salir con la suya. Que nos dé ese guerrillero al menos ocho días de plazo, y yo me comprometo á organizar la fiesta y á quitarle el caracter-

de extrañeza á esta precipitación. Después de todo, en París la gente no se mete mucho en lo que hace nadie.

—¡Pues no estás poco decidida á ser cómplice del viejo!—exclamó Jacinto, en cuyo rostro creyó leer Teodora una secreta complacencia, una repentina paz.

—Se lo he prometido.... También yo cultivo la formalidad.... ¿Qué quieres? Me cogió la acción.... Me comprometí á coadyuvar á esa fazaña.... y lo único que haré, por transigir, será prorrogar los fatídicos tres días que nos otorgan, y procurar que la gente no extrañe tanto este repentón, arreglando la ceremonia y los accesorios para dentro de una semana.... Desde esta tarde me dedico á recorrer casas de modistas y almacenes, á ver si improvisamos un equipo presentable.... Haremos milagros.... Jacinto, creeme á mí. Cuanto más pronto despachemos este asunto y casemos á tu hermana, mejor. Gurrea, francamente, es un hombre pesado, fastidioso, entrometido, amigo de mandar en las casas ajenas. ¿No estábamos muy bien solos? Pues ellos á su rincón y nosotros al nuestro. Esa gente no tiene nuestras aficiones.

Jacinto sonrió, demostrando conformidad absoluta con aquel lenguaje lleno de intimidad conyugal.

—Tienes razón, Dora—dijo por fin—No sé qué mosca les ha picado. ¡Vayan benditos de Dios! Así no tendré que esconder el lampadario pompeyano, ni el grupo de Júpiter y Ganimedes.... que están en un cajón muertos de risa.... ¡Mi hermana va á ser tan feliz allá en provincia, rezando todo el día, si quiere!

—¡Sí; fíate en las beatitas! No se casa tu hermana para rezar—contestó maliciosamente Teodora, alisándose el pelo con un suave cepillo y picando en el moño dos ó tres horquillas de concha con cabeza de diamantes.

Cuando Jacinto iba á bajar, su mujer le llamó, en tono del que recuerdo algo indispensable:

—¡Ah!.... Oye.... ¿Puedes prestarme á Will para un recado? Como no sirve á la mesa....

—¿Y si llaman?

—¿A estas horas? No llamarán. Necesito que lleve una misiva.... Estoy ya en campaña para complacer al ínclito general.

—Ahora mismo sube Will—anunció Jacinto marchándose.

Cuando entró el mozo de cuadra, que llenaba también las funciones de portero, Teodora cerraba ya un billetito de tres ó cuatro líneas, dirigido á Lorenzo Gurrea. Decía lo siguiente: «Espérame hoy sin falta, dentro de dos horas justas, delante de la Embajada de Inglaterra, en un coche: y para evitar toda contingencia, salga ahora mismo de casa, antes que vuelva á ella su padre.» A tiempo que se sentaban á la mesa Teodora, Fermina, Jacinto y el guerrillero, el portador de esta misiva salía en dirección á la calle Mazarine, y cuando Gurrea logró tomar el mismo camino, á cosa de las cuatro (porque antes no le soltó Jacinto), y vió que Lorenzo había salido otra vez, aunque al pronto se alarmó, se tranquilizó recordando que aquella era la hora en que se reunían los novios, y después de pelar la pava un rato, iban á paseo en coche. «Allá estará,» supuso, adormecida su desconfianza por la diplomacia de Teodora, que en todo el almuerzo no había hecho sino afirmar que la divertía mucho arreglar un matrimonio así, á escape; contrastando su nerviosa animación con el silencio ensimismado de Fermina.

Reuniéronse los que ya podemos

llamar amantes, en un coche que bajó sin rumbo fijo por los malecones de Orsay y de Grenelle. Lorenzo, ebrio con los recuerdos de la mañana, no pensaba sino en la inesperada ventura de ir cerca de su Teodora; pero ésta le había citado, no para oír ternezas sino para hacer frente á los acontecimientos y combinar una solución definitiva. Al principio, Lorenzo, como suele seceder á los hombres en casos análogos, se espantó de lo radical del arbitrio que Teodora le proponía. Vió el infierno abrirse bajo sus pies, y aunque embriagado de amor y de intrépido corazón como el que más, tuvo miedo. El creyente firme, el hijo acostumbrado á la sumisión, temblaron en él.

¡Ah sanguinario y duro cabecilla Gurrea Pinós! ¡Si pudieses comprender cómo tu único hijo, en tan solemne momento, conseguiría salvarse quizá, á no haberle acorralado tú con tu violencia despótica en el callejón sin salida de un enlace que ya su conciencia y su corazón detestaban! A no verse Lorenzo compelido á dar mano de esposo á Fermina Castellá, nunca la idea de abandonar todo, de romper con el mundo entero, de atropellar á la sociedad y á la ley, huyendo en compañía de Teodora, se hubiese abierto camino en alma leal y honrada. Pero era fatal la disyuntiva, y en ella se apoyaba, como en irresistible argumento, la apasionoda mujer que, dueña de las manos de Lorenzo y entrechándolas contra su seno palpitante, murmuraba en voz baja y ardorosa: «No tenemos elección, no podemos transigir ...O te casas con Fermina y no volvemos á encontrarnos en este mundo, ó por nuestra voluntad y nuestra decisión nos unimos para jamás separarnos. Lorenzo mío, esta es la hora....Decide de mi vida.»

Y Lorenzo veía el rostro descolorido, y los ojos de magnético mirar, y la boca de puras líneas, con el húmedo rebrillar de los dientes, tan cerca, que sentía como un desvanecimiento en que se derretía de ternura y de deseo infinito. Hablaban en espeñol, por discreción á causa del cochero, pero éste, indiferente y seguro de una buena propina—propina de enamorados—ni por casualidad había vuelto atrás la cabeza. Y Lorenzo, desfallecido de amor, en uno de esos arranques que siempre tienen que ser impremeditados porque no se conciben á sangre fria, se inclinó furtivamente sobre aquella boca fresca, dulce y quemante á la vez, y vertió en ella el juramento. «Por mi fe de caballero..... A donde quieras y como quieras....Manda, y obedezco.... Soy tuyo....» Le contestó un gemido de felicidad.

Combinaron en seguida los detalles. Lorenzo apremió para que fuese cuanto antes, lo más pronto. «¿Por qué no hoy mismo?» Pero Teodora, conteniendo lo que había desencadenado, y alarmada porque esta prisa le parecia indicio de una voluntad que no está segurá, trató de hacerle comprender que era necesario prepararse, y que se requerían dos dias lo menos. Y al ver que Lorenzo fruncía el entrecejo cuando se habló de valores que había de realizar Teodora, la dama exclamó: «Tú trabajaras, Lorenzo; he contado con tu trabajo, en el país nuevo y libre adonde iremos.»

Serenóse algo al español con esta perspetiva, y concertaron día, hora, y primer sitio en que se detendrían. El intinerario no era dudoso: Calais, Douvres, Londres—Londres, la ciudad inmensa en que se pierde el rastro de la gente como una aguja en un pajar.—Luego, de Londres á Liverpool y de Liverpool á

América. Teodora, recostada en el hombro de Lorenzo, cerrando los ojos, creía sentir ya el vivo aleteo del aire cargado de emanaciones salinas, y veía—con esa precisión de la imagen física propia de las imaginaciones ricas y poderosas—un grupo que cruzaba el puente y se reclinaba en la borda para admirar el hermoso espectáculo del sol poniente reverberando en la extensión infinita de los mares. Componían el grupo un hombre y una mujer, que se apoyaba tiernamente en un brazo; ella airosa bajo su *waterproof* liso, de tela fuerte y su sombrero marinero de paja con velo de gasa bien enrollado: él, gallardo y noble, á pesar del capotón de viaje que cubría su cuerpo. Y la dulce laxitud del amor satisfecho, convertida á tal hora en melancolía voluptuosa y tiernísima, obligaba á los amantes á mirarse con ojos en que había llanto, mientras la luz solar se prolongaba formando volutas de fuego sobre una inmensidad verde, sombría, aterradora....De ella parecía alzarse la idea de la omnipotencia divina, de *algo* que era castigo y justicia severísima para las debilidades del corazón....

Convinieron en todo; la hora de encontrarse dentro de dos días en la estación; el modo de salir sin despertar sospechas; el no verse antes, por precaución también; el ligero equipaje que debían llevar; el rumbo que tomarían para despistar en todo caso á los perseguidores.... Sólo se les olvidó una pequeñez, la que siempre se olvida.... Teodora no pensó en suplicar á Lorenzo que, por indispensable disimulo, siguiese haciendo á Fermina la acostumbrada corte; y Lorenzo, cuando se separó de Teodora, iba bien resuelto á dejase matar antes que prestarse de nuevo á lo que ya le parecía una indigna comedia.

XII.

Durmió relativamente tranquilo aquella noche el veterano; pero á la mañana siguiente, un billetito de Fermina le enteró de que Lorenzo no había parecido por la avenida de los campos Elíseos. De un salto plantóse el viejo en la habitación de su hijo, y le interrogó brusca y severamente, como se interoga á los reos en los consejos de guerra. Una palabra paternal, una pregunta cariñosa, hubiesen ruborizado y conmovido á Lorenzo: el tono y las maneras de su padre le prestaron energía. No era ya el niño que tiembla y obedece: y la entereza casi feroz con que se repuso desde el primer momento, probó á Gurrea Pinós que allí corría de veras su indómita sangre.

Era la rebelión tan franca y explícita, que en los primeros momentos el veterano se quedó sobrecogido—¡sobrecogido, él!—y no acertó á pronunciar palabra, parte por que lo inesperado del suceso le quitaba toda facultad de discurrir: era una sorpresa en regla, la aparición fulminante del enemigo donde se contaba con hallar al aliado. A la intimación de Gurrea, de que se dispusiese á casarse en plazo brovísimo, Lorenzo respondió negándose terminantemente, y declarando que ni entonces ni nunca había de llevar á Fermina Castellá á los altares.

—Y me alegro, padre—añadió con la sencillez obstinada de su raza y con la calma del que diciendo la verdad se cree á salvo,—de que usted me haya puesto en el caso de terminar la situación falsa en que me encontraba con esa señorita. Ni la quiero, ni la he querido jamás... y no me casaría con ella....aunque mi madre saliese del sepulcro para ordenármelo!

Gurrea Pinós cerró los puños, y

morado de furor, avanzó sobre Lorenzo. El hijo pálido pero constante en su voluntad, bajó los ojos y aguardó, determinado á sufrir el ultraje. Pero cuando el padre alzaba ya la mano para descargar el bofetón, se contuvo de repente, y dijo con voz ronca, despreciativa, que abofeteaba mejor aún:

—¡Infame! ¡Maldita la hora en que te engendré y el vientre que te concibió.

Tembló Lerenzo al oir la injuria á su madre, pero continuó guardando silencio.

No creas—añadió—que por callar te librarás de mi justicia. ¡Tiémbla!, ¡Eres mi hijo, eres.....lo que más he querido en este mundo!..... y como respondo de tí ante Dios... yo te aseguro que te arrancaré de las uñas del demonio aunque tenga que hacerte picadillo.... ¿sabes? A Martín Gurrea Pinós no se le ahoga con un pelo de bribonaza, ni se le monta encima un mequetrefe.—Si te cojo en malos pasos, ¡encomiéndate á Dios, que te perdone lo mucho que le ofendes! y lo que es la mala mujer por quien me das esta pesadumdre á mis años...¿No oyes que la llamo mala mujer? ¡Defiéndela al menos, si eres hombre!

Ya no estaba pálido Lorenzo, sino lívido. Su juventud y su fresca sensibilidad le llenaban en aquel instante los ojos de lágrimas de coraje y de vergüenza profunda; pero, sin cambiar de actitud, sólo tartamudeó:

—¡Ya ve usted que tampoco defendí á mi madre cuando usted la maldijo!.....¡usted puede decir lo que quiera....lo que quiera!

Con un movimiento que en aquellos momentos era hermoso, Gurrea Pinós tendió la mano, la misma mano con que se disponía poco antes á abofetear, y el hijo, réprimiendo un sollozo, apoyó los labios en ella, guiado por su inveterada costumbre de de obediencia y veneración. Creyó el viejo que Lorenzo se rendía, y murmuró, queriendo ser jovial:

—¡Ea, tarambana, no se hable más del caso! ¡Andando á ver á la novia!

Y Lorenzo, más pálido todavía replicó:

—Pídame usted la vida, y no eso, porque no lo haré.

Volvieron á inyectarse de sangre los ojos del veterano, pero se contuvo, y sin añadir palabra, mirando á su hijo con el mayor desprecio, salió y sacó la llave de la puerta, dejando encerrado al jóven.

Mientras Gurrea Pinós inventa una enfermedad para excusar á Lorenzo en casa de Castellá, y medita en los medios de reducirle y subyugarle, Teodora no pierde el tiempo; realiza sus valores y se prepara, sin que los que la rodean puedan suponer que, cuando sale oficialmente á activar los preparativos de la boda de Fermina, dispone en realidad los de su propia desaparición.

Una persona hay, sin embargo, en casa de Castellá que recela, que observa y que no se descuida. Nunca había podido Fermina desechar enteramente sus prevenciones y su instintiva antipatía contra Teodora. Adormecidos estos sentimientos en el primer transporte del amor y en las primeras ilusiones del noviazgo, desde algún tiempo habían renacido, sin que Fermina se diese cuenta exacta de que el verdadero nombre de la desazón e inquietud que la poseían, y de su enojo cuando Lorenzo hablaba con Teodora, era el sordo y lento trabajo de unos roedores celos.

Hay personas en quienes el elemento tradicional, el residuo depositado en el alma por la educación y por los principios en que se amamantaron, es muy superior al de la indivi-

dualidad. Tal era el caso de Fermina. La vulgaridad de su modo de ser, cierto sentir burdo, cierta traza mezquina del caracter, tenían por correctivo la firmeza de la enseñanza cristiana, las obligaciones de caridad y de rectitud que envuelve. Así como en Teodora existían elementos de grandeza y generosidad que no había beneficiado la cultura y que la indisciplina moral descarrió enteramente, en Fermina las peores inclinaciones se corregían por la doctrina á que se ajustaba. Así es que al notar la creciente frialdad de su novio, al percibir que otra mujer le atraía más, y que ésta era la esposa de su hermano, y que indignos celos se enroscaban como víboras en su corazón, Fermina, espantada de lo que creía descubrir, sobresaltada su conciencia por el mal que podía hacer si hablase, resolvió callar, desechar la sospecha, reprimir el enojo, y estuvo á punto de arrodillarse ante el confesor y acusarse así propia de un delito atroz de juicio temerario. Pero la adquisición educativa no prevalece mucho tiempo contra los sentimientos naturales. Fermina quería á Lorenzo con el ímpetu de una juventud vigorosa, con la exigencia que dan los afectos legítimos, con el exclusivismo que nace de la seguridad de consagrar la vida á un deber, y del derecho á reclamar el pago. La pasión de Teodora y Lorenzo se precipitó de tal manera los últimos días, que ya Fermina, por mucho que atendiese á religiosos escrúpulos, tuvo que abrir los ojos. El retraimiento de Lorenzo era tan extraño; tan raro el aire de Gurrea Pinós, al decir que su hijo se encontraba indispuesto; tan peregrino el empeño de acelerar la boda, y hasta tan extraordinarias las salidas de Teodora á cada momento—aunque pretextadas por las compras indispensables—que Fermina no pudo menos de comprender que algo de inusitada gravedad comprometía su dicha.

Lo primero que se desarrolla en un alma pequeña herida y soliviantada por la pasión, es el instinto del espionaje. El segundo día en que Lorenzo—cerrado bajo llave por el general, que le llevaba en persona la comida a su cuarto—no acudió al hotel de los Campos Elíseos, Fermina vió salir á Teodora muy de mañana, y con un pretexto logró que la doncella la facilitase la llave del tocador de su señora. Miró hacia todos lados, y al pronto nada vió que mereciese fijar la atención ni que diese pábulo á la sospecha. Aquella habitación tenía el dón de indignar á la muchacha, por lo que contrastaba con su caracter y sus gustos. Las suaves pinturas del techo; las diosas apenas vestidas de vaporosos celajes; los amorcillos rientes; los mil artísticos cachivaches esparcidos sobre el tocador; el delicioso espejillo Médicis con marco de plata; la gran meridiana amplia y mullida; los sillones de raso brochado velados por rancios encajes; el cuarto de baño misterioso y todo blanco como una alcoba; el lujo inteligente, refinado, de aquel nido, exasperaban á la provincianita, causándola una mezcla de envidia y de enojo púdico. Al mismo tiempo la producían insaciable curiosidad, acre y persistente como el mal deseo....

Los ojos inquisidores de Fermina seguían buscando algo, cuando de pronto se fijaron en el coquetón armario-luna, de laca rosada con guirnaldas de rosas de color más fuerte; y al entreabrir la puerta, que tenía puesta la llave, una exclamación se apagó en la garganta de la novia de Lorenzo..... Acababa de ver un saco de viaje completamente nuevo,

y en él varios paquetes envueltos en papel de seda, mientras los estuches de las ricas joyas de Teodora, vacíos, yacían en desorden al pie del estante.

Fermina sabía que Teodora depositaba siempre sus alhajas en el Banco al salir de veraneo; pero que las enviaba dentro de los estuches, en una vasta caja que lo encerraba todo, y como si la hubiesen descargado un repentino mazaso en la cabeza, se quedó aturdida, fría de espanto....

EPILOGO.

La estación estaba casi desierta cuando llegó á ella Lorenzo, tembloroso como un criminal, y sintiendo en las rodillas esa flojedad que hace que cada paso que damos nos fatigue el pecho y nos acorte la respiración. La mano izquierda del mozo venía envuelta en un pañuelo obscuro, para ocultar la lastimadura que se había causado al abrir violentamente, con el impulso y peso de su cuerpo y con varias puñadas recias, la puerta de las habitaciones donde le tenía cautivo su padre. Aunque conocía Loronzo que le sobraba fuerza para hacer saltar aquella cerradura, no quiso hacer uso de medios violentos de recobrar su libertad, hasta que se acercase el momento de reunirse con Teodora. Apenas supo por la criada — cómplice involuntaria y siempre adicta—que su padre había salido un momento, apoyó Lorenzo los hombros y descargó el puño; abriéronse las hojas, vendó el mozo su herida precipitadamente, y cogiendo el saquillo donde había puesto lo indispensable para los primeros momentos, saltó en un coche y mandó al cochero que volase, dirigiéndose á la estación. Hubiese querido estar en tal momento tranquilo, frío, sin remordimiento alguno, sin oir la voz de su conciencia; pero no podía: sus nervios tirantes y su alma angustiada y llena de zozobra, no lograban aquietarse con la acción y la voluntad, que son, sin embargo, el mejor bálsamo en ocasiones semejantes. Mal sabría definir por qué se encontraba en tan penoso estado; ignoraba si era el temor á que todavía pudiesen sorprenderles, ó á la desazón del que atenta contra lo que más debe respetar; lo cierto es que sufría, que temblaba, que no le sostenían las piernas. ¡Con qué afán esperaba la aparición de Teodora, columbrar la silueta de una mujer, que con paso vacilante, mirando á derecha e izquierda, se orienta, trata de encontrar al que la aguarda! ¡Con qué gozo, con qué júbilo insensato se instalaría en el departamento, al lado de la amada, sin tener que temer ya censuras ni reproches, salvando distancias, devorando la llanura, cruzando el negro túnel, penetrando en la ciudad donde fuese desconocido y donde la dicha de llevarla del brazo y de beber su sonrisa y la fogosa languidez de su mirada no es delito, ó al menos, nadie puede calificarla de tal!

Buscó Lorenzo un rincón apartado y se sentó en un banco, porque no podía tenerse. Amparando con una mano el saquillo, siguió maquinalmente con los ojos el ir y venir de los viajeros que iban llegando

ya. Oíase en el andén el ruido de los trenes al formarse y la batahola de la muchedumbre y de las disputas y órdenes á cargadores y criados, y más cerca, en la sala misma, el susurro de las conversaciones íntimas y de las despedidas afanonosas. Lorenzo, inerte de cuerpo, pero activo de espíritu, no apartaba la mirada de la puerta por donde Teodora había de aparecer. Al fin la impaciencia le obligó á ponerse en pie, y aunque sentía los miembros quebrantados, paseó lleno de nerviosa inquietud. ¡Cuánto se hace desear! ¡Si no vendrá! ¡A que no viene!

De improviso, el corazón enamorado, como pájaro á quien abren la puerta de la juala, salta impetuoso..... ¡No hay duda, es ella; es Teodora! A pesar del espeso velo, del largo ulster, del sombrero que avanza y deja en sombra la frente —atavío que ya aparece anunciar la travesía, el viaje á través del Atlántico—Lorenzo la ha reconocido, corre, se precipita.... Pálidos y turbados se tienden la mano, se la estrechan con fuerza, pero sin rastro de emoción sensual....

—¡Al tren!—exclama Teodora.—Aquí corremos peligro de que nos vean.... Tengo los billetes desde por la mañana, comprados en la agencia del bulevar....

Y sin mirarse, pensando sólo en darse prisa para ocultar el delito, corren al andén, saltan en el primer departamento vacío, se refugian, se vuelven á coger las manos libres ya, se dirigen una sonrisa en que brilla la esperanza y asoma el contento.....

Casi en el punto crítico en que los fugitivos se creían seguros, llegaba á la estación Gurrea Pinós. Una carta de Fermina, recibida á las tres de la tarde y en que la muchacha pedía hablarle con urgencia, le había sacado de su casa, donde vigilaba á Lorenzo, llevándole á escape al hotel de la Castellana. Jacinto se encontraba ausente, Teodora también; sólo estaba la novia de Lorenzo. A las primeras indagaciones, al detalle del saco y de las joyas, una idea terrible cruzó por la mente del general: si eran ciertas las indicaciones de Fermina, ni un minuto debía haber faltado del lado de de su hijo. La muchacha, deseosa de cerciorarse completamente, hizo subir al general al tocador de Teodora. Todo estaba como la víspera.. pero en el armario sólo quedaban los estuches de las alhajas. El saquillo que las encerraba había desaparecido.

Gurrea Pinós rugió como una fiera. Creyó inútil seguir la pista á Teodora, pues faltaba desde las dos, y no era tan necia que hubiese ido á la estación en derechura. El general corrió á su casa, donde le esperaba la noticia de la evación y fuga de Lorenzo. La portera le había visto subir á un coche, pero ignoraba qué dirección llevase. Tuvo el padre la ocurrencia feliz de preguntar á los demás cocheros del punto. Uno de ellos había oído la orden: inmediatamente el general subió al coche y dió la misma, encomendando la prisa y ofreciendo una propinaza.

Antes de volver á bajar á la calle, había tomado Gurrea Pinós, por si acaso, dinero, abrigo y un revólver de seis tiros, cargado y certero. Podía tener que emprender viaje..... y no convenía ir desprevenido.

Llegó á la estación y comprobó con sombría satisfacción que el tren no se había puesto en marcha. Juró como un réprobo porque la gente le estorbaba, y pasando plaza de loco, se abrió camino á empellones. El tren ya oscilaba y cerrábanse de golpe las portezuelas. El padre iba de-

salado, asomándose á las ventanillas desde el estribo para registrar el interior de los vagones. Por fin un grito de dolor y una interjección furiosa salieron de sus labios casi á la vez, y se lanzó dentro de un departamento ocupado por dos personas...

Lorenzo se volvió. "Vente ahora mismo conmigo.... Deja á esa perra." Al hablar así, Gurrea le asía del brazo, y como Lorenzo resistiéndose, forcejase por rechazar á su padre, éste sintió pasar ante sus pupilas una nube roja y sacó el revolver. Te mato. Por la Vírgen del Pilar lo juro. Antes te mato que consentir esfa infamia." Lorenzo luchaba, empujaba á su padre al estribo, quería echarle fuera... El veterano, comprendiendo que llevaba la peor parte y que iba á ser lanzado, ciego de rabia, de indignación, alzó el arma, apretó el gatillo, disparó.. Pero antes, Teodora, rescatando en un segundo todas sus culpas y pagando su deuda con gallardía y lealtad, se interpuso entre el padre y el hijo, y la bala dirigida al pecho de Lorenzo, le atravesó á ella de sien á sien. Lorenzo, que la sostuvo por el talle, la sintió doblegarse, pesar, deslizarse al suelo.... y estúpido de horror, no se daba cuenta aún de que aquello era la muerte.

FIN.

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

ARCO IRIS.

CUENTOS

POR

Emilia Pardo Bazán.

MEXICO.
IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»
Segunda de las Damas número 4.
1896.

EL TALISMAN.

La presente historia, aunque verídica, no puede leerse á la claridad del sol. Te lo advierto, lector, no vayas á llamarte á engaño: enciende una luz, pero no eléctrica, ni de gas corriente, ni siquiera de petróleo, sino uno de esos simpáticos velones trípicos, de tan graciosa traza, que apenas alumbran, dejando en sombra la mayor parte del aposento. O mejor aún: no enciendas nada; salte al jardín, y cerca del estanque, donde las magnolias derraman efluvios embriagadores y la luna rieles argentinos, oye el cuento de la mandrágora y del barón de Helynagy.

.....

Conocí á este extranjero (y no lo digo por prestar colorido de verdad al cuento, sino porque en efecto le conocí) del modo más sencillo y menos romancesco del mundo: me lo presentaron en una fiesta de las muchas que dió el embajador de Austria. Era el barón primer secretario de la embajada; pero ni el puesto que ocupaba, ni su figura, ni su conversación, análoga á la de la mayoría de las personas que á uno le presentan, justificaban realmente el tono misterioso y las reticentes frases con que me anunciaron que me le presentarían, al modo con que se anuncia algún importante suceso.

Picada mi curiosidad, me propuse observar al barón, si era posible. Parecióme fino, con esa finura engomada de los diplomáticos, y guapo, con la belleza algo impersonal de los hombros de salón, muy acicalados por el ayuda de cámara, el sastre y el peluquero—goma también, goma todo.—En cuanto á lo que valiese el barón en el terreno moral é intelectual, difícil era averiguarlo en tan insípidas circunstancias. A la media hora de charla volví á pensar para mis adentros: «Pues no sé por qué hablan de este señor con tanto énfasis.»

Apenas dió fin mi diálogo con e barón, pregunté á diestro y siniestro, y lo que saqué en limpio acrecentó mi curioso interés. Dijéronme que el barón poseía nada menos que un talismán. Sí, un talismán verdadero: algo que, como la *piel de zapa* de Balzac, le permitia realizar todos sus deseos y salir airoso en todas sus empresas. Refiriéronme golpes de suerte, inexplicables á no ser por la mágica influencia del talismán. El barón era húngaro, y aunque se preciaba de descender de

Tacsoni, el glorioso caudillo magyar, lo cierto es que el último vástago de la familia de Helynagy puede decirse que vegetaba en la estrechez, confinado allá en su vetusto solar de la montaña. De improviso, una serie de raras casualidades concentró en sus manos respetable caudal: no sólo se murieron oportunamente varios parientes ricos, dejándole por universal heredero, sino que al ejecutar reparaciones en el vetusto castillo de Helynagy, encontróse un tesoro en monedas y joyas, Entonces el barón se presentó en la corte de Viena, según convenía á su rango, y allí se vieron nuevas señales de que sólo una protección misteriosa podía dar la clave de tan extraordinaria suerte. Si el barón jugaba, era seguro que se llevase el dinero de todas las puestas; si fijaba sus ojos en una dama, en la más inexpugnable, era cosa averiguada que la dama se ablandaría. Tres desafíos tuvo, y en los tres hirió á su adversario: la herida del último fué mortal, cosa que pareció advertencia del destino á los futuros contrincantes del barón. Cuando éste sintió el capricho de ser ambicioso, de par en par se le abrieron las puertas de la Dieta, y la secretaría de la embajada en Madrid hoy le servía únicamente de escalón para puesto más alto. Susurrábase ya que le nombrarían ministro plenipotenciario el invierno próximo.

Si todo ello no era patraña, efectivamente merecía la pena de averiguar con qué talismán se obtienen tan envidiables resultados, y yo me propuse saberlo, porque siempre he profesado el principio de que en lo fantástico y maravilloso hay que creer á pies juntillas, y el que no cree—por lo menos desde las once de la noche hasta las cinco de la madrugada,—es tuerto del cerebro, ó sea, medio tonto.

A fin de conseguir mi objeto hice todo lo contrario de lo que suele hacerse en casos tales: procuré conversar con el barón á menudo y en tono franco, pero no le dije nunca palabra del talismán. Hastiado probablemente de conquistas amorosas, estaba el barón en la disposición más favorable para no pecar de fatuo, y ser amigo, y nada más que amigo, de una mujer que le tratase con amistosa llaneza. Sin embargo, por algún tiempo mi estrategia no surtió efecto alguno: el barón no se espontaneaba, y hasta percibí en él, más que la insolente alegría del que tiene la suerte en la mano, un dejo de tristeza y de inquietud, una especie de negro pesimismo. Por otro lado, sus repetidas alusiones á tiempos pasados, tiempos felices, obscuros, y á un repentino encumbramiento, á una deslumbradora racha de felicidad, confirmaban la versión que corría. El anuncio de que había sido llamado á Viena el barón y que era inminente su marcha, me hizo perder la esperanza de saber nada más.

Pensaba yo en esto una tarde, cuando precisamente me anunciaron al barón. Venía sin duda á despedirse y traía en la mano un objeto que depositó en la mesilla más próxima. Sentóse después, y miró alrededor como para cerciorarse de que estábamos solos. Sentí una emoción profunda, porque adiviné con rapidez intuitiva, femenil, que del talismán iba á tratarse.

—Vengo—dijo el barón—á pedir á usted, señora, un favor inestimable para mí. Ya sabe usted que me llaman á mi país, y sospecho que el viaje será corto y precipitado. Poseo un objeto.... una especie de reliquia.... y temo que los azares del viaje.... En fin, recelo que me la roben, porque es muy codiciada, y el vulgo le atribuye virtudes asom-

brosas. Mi viaje se ha divulgado: es muy posible que hasta se trame algún complot para quitármela. A usted se la confío: guárdela usted hasta mi vuelta y la seré deudor de verdadera gratitud.

¡De manera que aquel talismán precioso, aquel raro amuleto, estaba allí, á dos pasos, sobre un mueble, é iba á quedar entre mis manos!

—Tenga usted por seguro, que si la guardo estará bien guardada——respondí con vehemencia—pero antes de aceptar el encargo, quiero que usted me entere de lo que voy á conservar. Aunque nunca he dirigido á usted preguntas indiscretas, sé lo que se dice, y entiendo que, según fama, posee usted un talismán prodigioso que le ha proporcionado toda clase de venturas. No le guardaré sin saber en qué consiste, y si realmente merece tanto interés.

El barón titubeó. Ví que estaba perplejo y que vacilaba antes de resolverse á hablar con toda verdad y franqueza. Por último prevaleció la sinceridad, y no sin algún esfuerzo, dijo:

—Ha tocado usted, señora, á la herida de mi alma. Mi pena y mi torcedor constante es la duda en que vivo, sobre si realmente poseo un tesoro de mágicas virtudes, ó cuido supersticiosamente un fetiche despreciable. En los hijos de este siglo, la fé en lo sobrenatural es siempre torre sin cimiento: el menor soplo de aire la echa por tierra. Se me cree *feliz*, cuando realmente no soy más que *afortunado*: sería feliz si estuviese completamente seguro de que lo que ahí se encierra es en efecto un talismán que realiza mis deseos y pára los golpes de la adversidad; pero este punto es el que no puedo esclarecer. ¿Qué sabré yo decir? Que siendo muy pobre y no haciendo nadie caso de mí, una tarde pasó por Helynagy un israelita venido de Palestina, y se empeñó en venderme eso, asegurándome que me valdría dichas sin número. Lo compré.... como se compran mil chucherías inútiles.... y lo eché en un cajón. Al poco tiempo empezaron á sucederme cosas que cambiaron mi suerte, pero que pueden explicarse todas.... sin necesidad de milagro. —Aquí el barón sonrió y su sonrisa fué contagiosa.—Todos los días——prosiguió recobrando su expresión melancólica—estamos viendo que un hombre logra en cualquier terreno lo que no merece,.... y es corriente y usual que duelistas inexpertos venzan á espadachines famosos. Si yo tuviese la convicción de que existen talismanes, gozaría tranquilamente de mi prosperidad. Lo que me amarga, lo que me abate, es la idea de que puedo vivir juguete de una apariencia engañosa, y que el día menos pensado caerá sobre mí el sino funesto de mi estirpe y de mi raza. Vea usted cómo hacen mal los que me envidian, y cómo el tormento del miedo al porvenir compensa esas dichas tan cacareadas. Así y todo, con lo que tengo de fé me basta para rogar á usted me guarde bien la cajita.... porque la mayor desgracia de un hombre es el no ser escéptico del todo, ni creyente á macha martillo.

Esta confesión leal me explicó la tristeza que había notado en el rostro del barón. Su estado moral me pareció digno de lástima, porque en medio de las mayores venturas le mordía el alma del descreimiento, que todo lo marchita y todo lo corrompe. La victoriosa arrogancia de los hombres grandes dimanó siempre de la confianza en su estrella, y el barón de Helynagy, incapaz de creer, era incapaz asimismo para el triunfo.

Levantóse el barón, y recogiendo el objeto que había traído, desenvolvió un paño de raso negro y ví una cajita de cristal de roca con aristas y cerradura de plata. Alzada la cubierta, sobre un sudario de lienzo guarnecido de encajes, que el barón apartó precavidamente, distinguí una cosa horrible, una figurilla grotesca, negruzca, como de una cuarta de largo, que representaba perfectamente el cuerpo de un hombre. Mi movimiento de repugnancia no sorprendió al barón.

—¿Pero qué es este mamarracho? —hube de preguntarle.

—Esto—replicó el diplomático,— es una maravilla de la naturaleza; esto no se imita ni se finge: esto es la propia raíz de la mandrágora, tal cual se forma en el seno de la tierra. Antigua como el mundo es la superstición que atribuye á la mandrágora antropomorfa las más raras virtudes. Dicen que procede de la sangre de los ajusticiados, y que por eso, de noche, á las altas horas, se oye gemir á la mandrágora como si en ella viviese cautiva un alma llena de desesperación. ¡Ah! Cuide usted por Dios de tenerla envuelta siempre en un sudario de seda ó de lino: sólo así dispensa protección la mandrágora.

—¿Y usted cree todo eso?—exclamé mirando al barón fijamente.

—¡Ojalá!—respondió en tono tan amargo que al pronto no supe añadir palabra.—A poco el barón se despidió repitiendo la súplica de que tuviese el mayor cuidado, por lo que pudiera suceder, con la cajita y su contenido. Advirtióme que regresaría dentro de un mes, y entonces recobraría el depósito.

Así que cayó bajo mi custodia el talismán, ya se comprende que lo miré más despacio, y confieso que si toda la leyenda de la mandrágora me parecía una patraña grosera, una vil superstición de Oriente, no dejó de preocuparme la perfección extraña con que aquella raíz imitaba un cuerpo humano. Discurrí que sería alguna figura contrahecha, pero la vista me desengañó, convenciéndome de que la mano del hombre no tenía parte en el fenómeno, y que el *homunculus* era natural, la propia raíz, según la arrancaran del terreno. Interrogué sobre el particular á personas veraces que habían residido en Palestina largo tiempo, y me aseguraron que no era posible falsificar una mandrágora, y que así, cual la modeló la naturaleza, la recogen y venden los pastores de los montes de Galaad y de los llanos de Jericó.

Sin duda la rareza del caso, para mí enteramente desconocido, fué lo que en mala hora exaltó mi fantasía. Lo cierto es que empecé á sentir miedo, ó al menos una repulsión invencible hacia el maldito talismán. Lo había guardado con mis joyas en la caja fuerte de mi propio dormitorio, y cátate que me acomete un desvelo febril, y que doy en la manía de que la mandrágora dichosa, cuando todo esté en silencio, va á exhalar uno de sus quejidos lúgubres, capaces de helarme la sangre en las venas.... Y el ruido más insignificante me despierta temblando, y á veces, el viento que mueve los cristales y estremece las cortinas se me antoja que es la mandrágora que se queja con voces del otro mundo.... En fin, no me dejaba vivir la tal porquería, y determiné sacarla de mi cuarto y llevarla á una cristalera del salón, donde conservaba yo monedas, medallas y algunos cachivaches antiguos. Aquí está el origen de mi eterno remordimiento, del pesar que no se me quitará en la vida. Porque la fatalidad quiso que un criado nuevo, á quien tentaron las monedas que la

cristalera encerraba, rompiese los vidrios y al llevarse las monedas y los dijes, cargase también con la cajita del talismán. Fué para mi terrible golpe. Avisé á la policía, la policía revolvió cielo y tierra; el ladrón pareció, sí señor, pareció; recobráronse las monedas, la cajita y el sudario.... pero el talismán confesó mi hombre que lo había arrojado á un sumidero de alcantarilla, y no hubo medio de dar con él, aun á costa de las investigaciones más prolijas y mejor remuneradas del mundo.

.....

—¿Y el barón de Helynagy?—pregunté á la dama que me había referido tan singular suceso.

—Murió en un choque de trenes, cuando regresaba á España—contestó ella más pálida que de costumbre y volviendo el rostro.

—¿De modo que el talisman era?..

—¡Válgame Dios!—repuso.—¿No quiere usted concederles nada á las casualidades!

FIN

NIETO DEL CID.

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente sentado á la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa: en el centro su sobrino guapo mozo de veintidos años, despachaba con buen apetito la ración; y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también la cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier—preguntó en una de estas maniobras—¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate.....—contestó el mancebo alzando su cara animada y morena... —¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria....Sí, me contaron.....

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridá de cuartos.....cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más aquellos días estaba encamado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—Qué defenderse ni qué... En toda su vida supo Lubrego por dónde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—Bah! lo que es por viejo.....Se senta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará el en Corpus: lo sé de buena tinta, me lo dijo él mismo. De modo que la edad....lo que es á mí no me ha quitado la puntería, ¡alabado sea Dios!

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó usted la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo—intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo.—¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastrado* con una soga, así (y se apretaba el gasnate) gañía de Dios! Ouú..... Ouú: ....

—Allí está el maldito—murmuró el cura señalando hacia la puerta, donde se extendía clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No coméra más gallinas—agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego que trae *La Fè*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca, Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... señor amo.... señor amo.

—Calla—ordenó Javier, y de puntillas acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros: más éste se aquietó de repente.

El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tio—siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces:

—¿Entónces, cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, alzó la falleba, y animado por el silencio, resolvióse á empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fué á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobrino, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re.... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—Si aciertan á tirar con munición lobera.... me divierten!—pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros carrajos del soto.

—Pon la tranca.... así.... nda volando por la escopeta.... la balas.... el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuchè*.... ¿oes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar.... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría—opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre. temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; enseguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito, Linda.... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí.... ánimo. Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido de lucha, amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación y luego quejas como de animal agonizante

—El pobre Morito.... ya no dará más el raposo!—murmuró el gañán.

Entre tanto el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices; vieja y tronada.... Tú entiéndete con el *Lafuché*....yo, esas novedades.... ¡Bah! estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí, señor—contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pie mismo de la ventana.... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que no. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego.... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato.... Aguarday, aguarday, amíguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las pupilas encendidas, los ojuelos brillantes ni más ni menos, que cuando en el monte el perdiguero favorito separaba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábale aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más á gusto en los claustros de la universidad, en el café ó en la feria del quince, comprándoles rosquillas y caramelos á las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió á ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los bueyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pelaje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casilliña del Pazo, que le decía con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, déme el brazo, por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Creyó sentir la presión de un bracito.... No: era la mano peluda y

musculosa del cura que le impulsaba hacia la ventana.

—A apagar el velón.... (hízolo de tres vallentes soplidos). A empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas.... tú cargas, yo disparo.—¡Eh, Tomasa!—gritó á la criada;—no chilles, que pareces la comadreja.... Pon á hervir agua, aceite, vino, cuanto haya.... Tú—añadió dirigiéndose al gañán—á la solana. Si montan á caballo de la muralla, me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se extremeció al sentir el helado ambiente nocturno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba: se oía como una deliberación, en voz misteriosa.

—¡Fuego!—le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más—respondió Javier.

—Y qué!—gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán, y apoyando en el alféizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba.... *quoniam!*—murmuró pronunciando la palabra latina con la cual desde los tiempos del seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española.—Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba....

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefaucheux, más al punto se aflojaron.

—Tío—atrevióse á murmurar—entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de lo que decían en la feria. Aseguran que vienen el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere usted que les hable? Con un poco de dinero puede que se conforten y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero!—exclamó roncamente el cura.—¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Sin del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los piés como le hicieron al cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujeren á uno la piel de una vez y no que se la tuesten ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo iré yo.

—Miedo no—declaró Javier; y descansó la carabina en el alféizar.

—Lárgales los tiros—mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y á las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas: componía su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben haberme roto la muñeca—gimió Javier, yendo á sentarse casi exánime en el banco.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba á sus piés. Era la criada, que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor....señor amo....ríndase, señor....por el alma de quien lo parió.... señor, que nos matan.... que aquí morimos todos.

—¡Suelta, *quoniam!*—profirió el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se desprendió el de abajo; alzó luego la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echo á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, reanimándose, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste usted ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petroleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servile á usted de algo.

—Vierteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

--Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y echar un golpe hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontraras difunto. Rapaz, adios. Rezame un padre nuestro y que me digan misas. ¡Entra, taco, si quieres!

¡Haga usted que se rinde.... entreténgalos....! Yo iré por el aire.

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heróica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros, y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culataos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas poztizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábales un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura, vencido.

Eh, señor abad.... no se haga el muerto.... Hay ahí un hombre herido por usted y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llegaron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tiznado; la boca estaba entreabierta.

—¡Qué confesión, ni....—dijo el jefe.—¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas le sentaron en el banco sosteniéndole la

cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡Confesión!—clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y le empujaron al pie del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma color de rosa que asomaba á los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llevádselo—ordenó el jefe.—Y ahora diga el señor abad dónde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á ustedes—respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, extranguladas por los cordeles, temblaban con temblaqueteo senil.

—Ya dirá usted otra cosa dentro de diez minutos..... Le vamos á freir á usted los dedos en aceite del que usted nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una.... á las dos.

El cura miró al rededor y vió, sobre la mesa donde habían cenado, el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á obscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras á quemarropa le acribillaban á balazos....

El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban mútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jérgón, y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boán abundaban las perdices, y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.

FIN.

Fermatinnat

LF
0385f
.S

344061

Ohnet, Georges
La hija del difunto.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 25 08 11 002 6